

Drácula



Bram Stoker

DRÁCULA

EDITORIAL ANTO

Drácula

Novela de Bram Stoker

Editada en el año de 1897

Clásicos Universales

Edición e–book del mes de diciembre del 2011 realizada por Editorial Anto

www.editorialanto.com.ar

consultas@editorialanto.com.ar

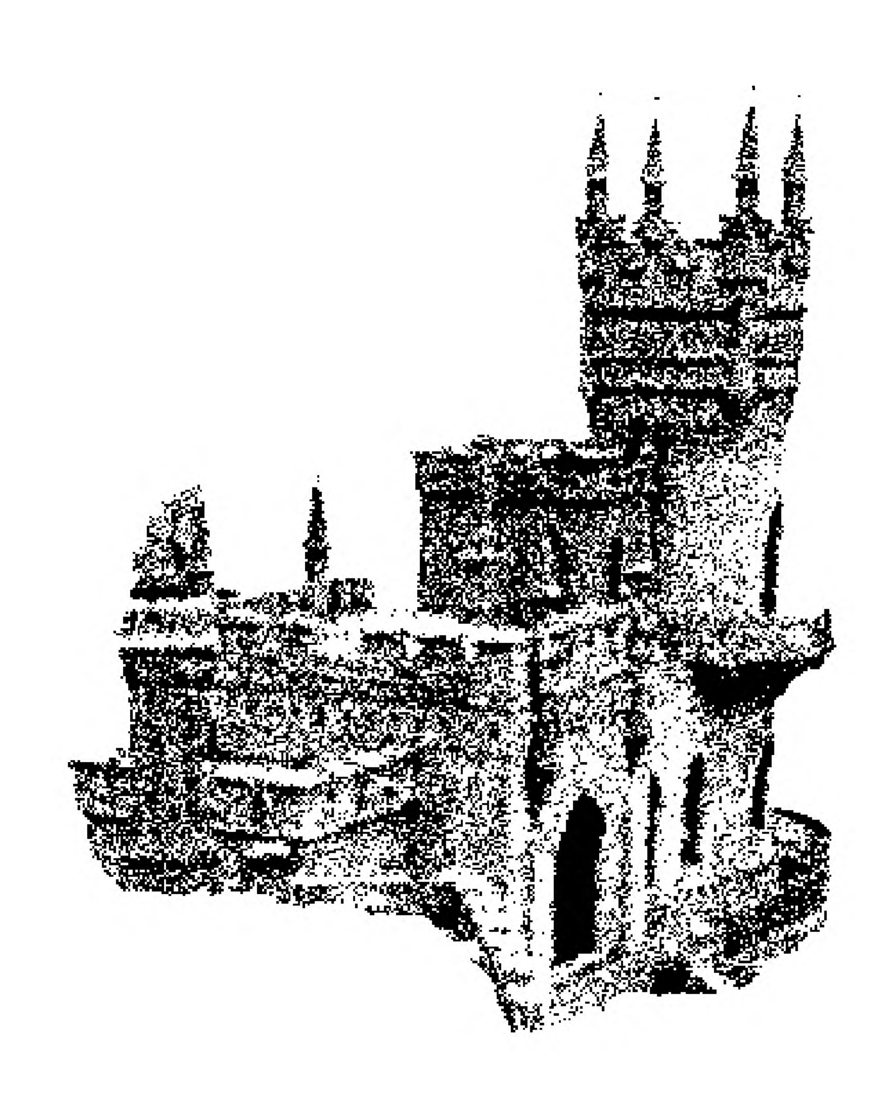
Buenos Aires–Argentina

Diseño e ilustración

Enrique Gustavo Sosa

enriquegs@live.com.ar

ISBN 978–987–27246–1–0



I

Del diario de Jonathan Harker

Bistritz*, 3 de mayo*. Salí de Mũnich a las 8:35 de la noche del primero de mayo, llegué a Viena a la mañana siguiente, temprano; debí haber llegado a las seis cuarenta y seis; el tren llevaba una hora de retraso. Budapest parece un lugar maravilloso, a juzgar por lo poco que pude ver de ella desde el tren y por la pequeña caminata que di por sus calles. Temí alejarme mucho de la estación, ya que, como habíamos llegado tarde, saldríamos lo más cerca posible de la hora fijada. La impresión que tuve fue que estábamos saliendo del oeste y entrando al este. Por el más occidental de los espléndidos puentes sobre el Danubio, que aquí es de gran anchura y profundidad, llegamos a los lugares en otro tiempo sujetos al dominio de los turcos.

Salimos con bastante buen tiempo, y era noche cerrada cuando llegamos a Klausenburg, donde pasé la noche en el hotel Royale. En la comida, o mejor dicho, en la cena, comí pollo preparado con pimentón rojo, que estaba muy sabroso, pero que me dio mucha sed. (Recordar obtener la receta para Mina). Le pregunté al camarero y me dijo que se llamaba "*paprika hendl*", y que, como era un plato nacional, me sería muy fácil obtenerlo en cualquier lugar de los Cárpatos. Descubrí que mis escasos conocimientos del alemán me servían allí de mucho; de hecho, no sé cómo me las habría arreglado sin ellos.

Como dispuse de algún tiempo libre cuando estuve en Londres, visité el *British Museum* y estudié los libros y mapas de la biblioteca que se referían a Transilvania; se me había ocurrido que un previo conocimiento del país siempre sería de utilidad e importancia para tratar con un noble de la región. Descubrí que el distrito que él me había mencionado se encontraba en el extremo oriental del país, justamente en la frontera de tres estados: Transilvania, Moldavia y Bucovina, en el centro de los montes Cárpatos; una de las partes más salvajes y menos conocidas de Europa. No pude descubrir ningún mapa ni obra que arrojara luz sobre la exacta localización del castillo de Drácula, pues no hay mapas en este país que se puedan comparar en exactitud con

los nuestros; pero descubrí que Bistritz, el pueblo de posta mencionado por el conde Drácula, era un lugar bastante conocido. Voy a incluir aquí algunas de mis notas, pues pueden refrescarme la memoria cuando le relate mis viajes a Mina.

En la población de Transilvania hay cuatro nacionalidades distintas: sajones en el sur, y mezclados con ellos los valacos, que son descendientes de los dacios; magiares en el oeste, y escequelios en el este y el norte. Voy entre estos últimos, que aseguran ser descendientes de Atila y los hunos. Esto puede ser cierto, puesto que cuando los magiares conquistaron el país, en el siglo XI, encontraron a los hunos, que ya se habían establecido en él. Leo que todas las supersticiones conocidas en el mundo están reunidas en la herradura de los Cárpatos, como si fuese el centro de alguna especie de remolino imaginativo; si es así, mi estancia puede ser muy interesante. (Recordar que debo preguntarle al conde acerca de esas supersticiones).

No dormí bien, aunque mi cama era suficientemente cómoda, pues tuve toda clase de extraños sueños. Durante toda la noche un perro aulló bajo mi ventana, lo cual puede haber tenido que ver algo con ello; o puede haber sido también el pimentón, puesto que tuve que beberme toda el agua de mi garrafón, y todavía me quedé sediento.

Ya de madrugada me dormí, pero fui despertado por unos golpes insistentes en mi puerta, por lo que supongo que en esos momentos estaba durmiendo profundamente. Comí más pimentón en el desayuno, una especie de potaje hecho de harina de maíz que dicen era "mamaliga", y berenjena rellena con picadillo, un excelente plato al cual llaman "impletata" (recordar obtener también la receta de esto). Me apresuré a desayunarme, ya que el tren salía un poco después de las ocho, o, mejor dicho, debió haber salido, pues después de correr a la estación a las siete y media tuve que aguardar sentado en el vagón durante más de una hora antes de que nos pusiéramos en movimiento. Me parece que cuanto más al este se vaya, menos puntuales son los trenes. ¿Cómo serán en China?.

Pareció que durante todo el día vagábamos a través de un país que estaba lleno de toda clase de bellezas. A veces vimos pueblecitos o castillos en la cúspide de empinadas colinas, tales como se ven en los antiguos misales; algunas veces corrimos a la par de ríos y arroyuelos, que por el amplio y pedregoso margen a cada lado de ellos, parecían estar sujetos a grandes inundaciones. Se necesita gran cantidad de agua, con

una corriente muy fuerte, para poder limpiar la orilla exterior de un río. En todas las estaciones había grupos de gente, algunas veces multitudes, y con toda clase de atuendos. Algunos de ellos eran exactamente iguales a los campesinos de mi país, o a los que había visto cuando atravesaba Francia y Alemania, con chaquetas cortas y sombreros redondos y pantalones hechos por ellos mismos; pero otros eran muy pintorescos. Las mujeres eran bonitas, excepto cuando uno se les acercaba, pues eran bastante gruesas alrededor de la cintura. Todas llevaban largas mangas blancas, y la mayor parte de ellas tenían anchos cinturones con un montón de flecos de algo que les colgaba como en los vestidos en un *ballet,* pero por supuesto que llevaban enaguas debajo de ellos. Las figuras más extrañas que vimos fueron los eslovacos, que eran más bárbaros que el resto, con sus amplios sombreros de vaquero, grandes pantalones bombachos y sucios, camisas blancas de lino y enormes y pesados cinturones de cuero, casi de un pie de ancho, completamente tachonados con clavos de hojalata. Usaban botas altas, con los pantalones metidos dentro de ellas, y tenían el pelo largo y negro, y bigotes negros y pesados. Eran muy pintorescos, pero no parecían simpáticos. En cualquier escenario se les reconocería inmediatamente como alguna vieja pandilla de bandoleros. Sin embargo, me dicen que son bastante inofensivos y, lo que es más, bastante tímidos.

Ya estaba anocheciendo cuando llegamos a Bistritz, que es una antigua localidad muy interesante. Como está prácticamente en la frontera, pues el paso de Borgo conduce desde ahí a Bucovina, ha tenido una existencia bastante agitada, y desde luego pueden verse las señales de ella. Hace cincuenta años se produjeron grandes incendios que causaron terribles estragos en cinco ocasiones diferentes. A comienzos del siglo XVII sufrió un sitio de tres semanas y perdió trece mil personas, y a las bajas de la guerra se agregaron las del hambre y las enfermedades.

El conde Drácula me había indicado que fuese al hotel Golden Krone, el cual, para mi gran satisfacción, era bastante anticuado, pues por supuesto, yo quería conocer todo lo que me fuese posible de las costumbres del país. Evidentemente me esperaban, pues cuando me acerqué a la puerta me encontré frente a una mujer ya entrada en años, de rostro alegre, vestida a la usanza campesina: ropa interior blanca con un doble delantal, por delante y por detrás, de tela vistosa, tan ajustado al cuerpo que no podía calificarse de modesto. Cuando me acerqué, ella se inclinó y dijo:

—¿El señor inglés?—.

—Sí—. Le respondí: —Jonathan Harker—.

Ella sonrió y le dio algunas instrucciones a un hombre anciano en camisa de blancas mangas, que la había seguido hasta la puerta. El hombre se fue, pero regresó inmediatamente con una carta:

"*Mi querido amigo: bienvenido a los Cárpatos. Lo estoy esperando ansiosamente. Duerma bien, esta noche. Mañana a las tres saldrá la diligencia para Bucovina; ya tiene un lugar reservado. En el desfiladero de Borgo mi carruaje lo estará esperando y lo traerá a mi casa. Espero que su viaje desde Londres haya transcurrido sin tropiezos, y que disfrute de su estancia en mi bello país.*

Su amigo,

DRÁCULA"

4 de mayo. Averigüé que mi posadero había recibido una carta del conde, ordenándole que asegurara el mejor lugar del coche para mí; pero al inquirir acerca de los detalles, se mostró un tanto reticente y pretendió no poder entender mi alemán. Esto no podía ser cierto, porque hasta esos momentos lo había entendido perfectamente; por lo menos respondía a mis preguntas exactamente como si las entendiera. Él y su mujer, la anciana que me había recibido, se miraron con temor. Él murmuró que el dinero le había sido enviado en una carta, y que era todo lo que sabía. Cuando le pregunté si conocía al Conde Drácula y si podía decirme algo de su castillo, tanto él como su mujer se persignaron, y diciendo que no sabían nada de nada, se negaron simplemente a decir nada más.

Era ya tan cerca a la hora de la partida que no tuve tiempo de preguntarle a nadie más, pero todo me parecía muy misterioso y de ninguna manera tranquilizante.

Unos instantes antes de que saliera, la anciana subió hasta mi cuarto y dijo, con voz nerviosa:

—¿Tiene que ir? ¡Oh! Joven señor, ¿tiene que ir?

Estaba en tal estado de excitación que pareció haber perdido la noción del poco alemán que sabía, y lo mezcló todo con otro idioma del cual yo no entendí ni una palabra. Apenas

comprendí algo haciéndole numerosas preguntas. Cuando le dije que me tenía que ir inmediatamente, y que estaba comprometido en negocios importantes, preguntó otra vez:

—¿Sabe usted qué día es hoy?—.

Le respondí que era el cuatro de mayo. Ella movió la cabeza y habló otra vez:

—¡Oh, sí! Eso ya lo sé. Eso ya lo sé, pero, ¿sabe usted qué día es hoy?—.

Al responderle yo que no le entendía, ella continuó:

—Es la víspera del día de San Jorge. ¿No sabe usted que hoy por la noche, cuando el reloj marque la medianoche, todas las cosas demoníacas del mundo tendrán pleno poder? ¿Sabe usted adónde va y a lo que va?—.

Estaba en tal grado de desesperación que yo traté de calmarla, pero sin efecto. Finalmente, cayó de rodillas y me imploró que no fuera; que por lo menos esperara uno o dos días antes de partir. Todo aquello era bastante ridículo, pero yo no me sentí tranquilo. Sin embargo, tenía un negocio que arreglar y no podía permitir que nada se interpusiera. Por lo tanto traté de levantarla, y le dije, tan seriamente como pude, que le agradecía, pero que mi deber era imperativo y yo tenía que partir. Entonces ella se levantó y secó sus ojos, y tomando un crucifijo de su cuello me lo ofreció. Yo no sabía qué hacer, pues como fiel de la Iglesia Anglicana, me he acostumbrado a ver semejantes cosas como símbolos de idolatría, y sin embargo, me pareció descortés rechazárselo a una anciana con tan buenos propósitos y en tal estado mental. Supongo que ella pudo leer la duda en mi rostro, pues me puso el rosario alrededor del cuello, y dijo: "Por amor a su madre", y luego salió del cuarto. Estoy escribiendo esta parte de mi diario mientras, espero el coche, que por supuesto, está retrasado; y el crucifijo todavía cuelga alrededor de mi cuello. No sé si es el miedo de la anciana o las múltiples tradiciones fantasmales de este lugar, o el mismo crucifijo, pero lo cierto es que no me siento tan tranquilo como de costumbre. Si este libro llega alguna vez a manos de Mina antes que yo, que le lleve mi adiós ¡Aquí viene mi coche!

5 de mayo. El castillo. La oscuridad de la mañana ha pasado y el sol está muy alto sobre el horizonte distante, que pare-

ce perseguido, no sé si por árboles o por colinas, pues está tan alejado que las cosas grandes y pequeñas se mezclan. No tengo sueño y, como no se me llamará hasta que despierte solo, naturalmente escribo hasta que llegue el sueño. Hay muchas cosas raras que quisiera anotar, y para que nadie al leerlas pueda imaginarse que cené demasiado bien antes de salir de Bistritz, también anotaré exactamente mi cena. Cené lo que ellos llaman "biftec robado", con rodajas de tocino, cebolla y carne de res, todo sazonado con pimiento rojo ensartado en palos y asado. ¡En el estilo sencillo de la "carne de gato" de Londres! El vino era Mediasch Dorado, que produce una rara picazón en la lengua, la cual, sin embargo, no es desagradable. Sólo bebí un par de vasos de este vino, y nada más.

Cuando llegué al coche, el conductor todavía no había tomado su asiento, y lo vi hablando con la dueña de la posada. Evidentemente hablaban de mí, pues de vez en cuando se volvían para verme, y algunas de las personas que estaban sentadas en el banco fuera de la puerta (a las que llaman con un nombre que significa "Portadores de palabra") se acercaron y escucharon, y luego me miraron, la mayor parte de ellos compadeciéndome. Pude escuchar muchas palabras que se repetían a menudo: palabras raras, pues había muchas nacionalidades en el grupo; así es que tranquilamente extraje mi diccionario políglota de mi petaca, y las busqué. Debo admitir que no me produjeron ninguna alegría, pues entre ellas estaban "Ordog" (Satanás), "pokol" (infierno), "stregoica" (bruja), "vrolok" y "vlkoslak" (las que significan la misma cosa, una en eslovaco y la otra en servio, designando algo que es un hombre lobo o un vampiro). (Recordar: debo preguntarle al conde acerca de estas supersticiones.) Cuando partimos, la multitud alrededor de la puerta de la posada, que para entonces ya había crecido a un número considerable, todos hicieron el signo de la cruz y dirigieron dos dedos hacia mí. Con alguna dificultad conseguí que un pasajero acompañante me dijera qué significaba todo aquello; al principio no quería responderme, pero cuando supo que yo era inglés, me explicó que era el encanto o hechizo contra el mal de ojo. Esto tampoco me agradó mayormente cuando salía hacia un lugar desconocido con un hombre desconocido; pero todo el mundo parecía tan bondadoso, tan compasivo y tan simpático que no pude evitar sentirme emocionado.

Nunca olvidaré el último vistazo que eché al patio interior de la posada y su multitud de pintorescos personajes, todos persignándose, mientras estaban alrededor del amplio pórtico,

con su fondo de rico follaje de adelfas y árboles de naranjo en verdes tonelitos agrupados en el centro del patio. Entonces nuestro conductor, cuyo amplio pantalón de lino cubría todo el asiento frontal (ellos lo llaman "gotza"), fustigó su gran látigo sobre los cuatro pequeños caballos que corrían de dos en dos, e iniciamos nuestro viaje...

Pronto perdí de vista y de la memoria los fantasmales temores en la belleza de la escena por la que atravesábamos, aunque si yo hubiese conocido el idioma, o mejor, los idiomas que hablaban mis compañeros de viaje, es muy posible que no hubiese sido capaz de deshacerme de ellos tan fácilmente. Ante nosotros se extendía el verde campo inclinado lleno de bosques con empinadas colinas aquí y allá, coronadas con cúmulos de tréboles o con casas campesinas, con sus paredes vacías viendo hacia la carretera.

Por todos lados había una enloquecedora cantidad de frutos en flor: manzanas, ciruelas, peras y fresas. Y a medida que avanzábamos, pude ver cómo la verde hierba bajo los árboles estaba cuajada con pétalos caídos. La carretera entraba y salía entre estas verdes colinas de lo que aquí llaman "Tierra Media", liberándose al barrer alrededor de las curvas, o cerrada por los estrangulantes brazos de los bosques de pino, que aquí y allá corrían colina abajo como lenguas de fuego. El camino era áspero, pero a pesar de ello parecía que volábamos con una prisa excitante. Entonces no podía entender a qué se debía esa prisa, pero evidentemente el conductor no quería perder tiempo antes de llegar al desfiladero de Borgo. Se me dijo que el camino era excelente en verano, pero que todavía no había sido arreglado después de las nieves del invierno. A este respecto era diferente a la mayoría de los caminos de los Cárpatos, pues es una antigua tradición que no deben ser mantenidos en tan buen estado. Desde la antigüedad los hospadares no podían repararlos, pues entonces los turcos pensaban que se estaban preparando para traer tropas extranjeras, y de esta manera atizar la guerra que siempre estaba verdaderamente a punto de desatarse.

Más allá de las verdes e hinchadas lomas de la Tierra Media se levantaban imponentes colinas de bosques que llegaban hasta las elevadas cumbres de los Cárpatos.

Se levantaban a la izquierda y a la derecha de nosotros, con el sol de la tarde cayendo plenamente sobre ellas y haciendo relucir los gloriosos colores de esta bella cordillera, azul pro-

fundo y morado en las sombras de los picos, verde y marrón donde la hierba y las piedras se mezclaban, y una infinita perspectiva de rocas dentadas y puntiagudos riscos, hasta que ellos mismos se perdían en la distancia, donde las cumbres nevadas se alzaban grandiosamente. Aquí y allá parecían descubrirse imponentes grietas en las montañas, a través de las cuales, cuando el sol comenzó a descender, vimos en algunas ocasiones el blanco destello del agua cayendo. Uno de mis compañeros me tocó la mano mientras nos deslizábamos alrededor de la base de una colina y señaló la elevada cima de una montaña cubierta de nieve, que parecía, a medida que avanzábamos en nuestra serpenteante carretera, estar frente a nosotros.

—¡Mire!, ¡Isten szek!, "¡El trono de Dios!"—. Me dijo, y se persignó nuevamente.

A medida que continuamos por nuestro interminable camino y el sol se hundió más y más detrás de nosotros, las sombras de la tarde comenzaron a rodearnos. Este hecho quedó realzado porque las cimas de las nevadas montañas todavía recibían los rayos del sol, y parecían brillar con un delicado y frío color rosado. Aquí y allá pasamos ante checos y eslovacos, todos en sus pintorescos atuendos, pero noté que el bocio prevalecía dolorosamente. A lo largo de la carretera había muchas cruces, y a medida que pasamos, todos mis compañeros se persignaron ante ellas. Aquí y allá había una campesina arrodillada frente a un altar, sin que siquiera se volviera a vernos al acercarnos, sino que más bien parecía, en el arrobamiento de la devoción, no tener ni ojos ni oídos para el mundo exterior. Muchas cosas eran completamente nuevas para mí; por ejemplo, hacinas de paja en los árboles, y aquí y allá, muy bellos grupos de sauces llorones, con sus blancas ramas brillando como plata a través del delicado verde de las hojas. Una y otra vez pasamos un carromato (la carreta ordinaria de los campesinos) con su vértebra larga, culebreante, calculada para ajustarse a las desigualdades de la carretera. En cada uno de ellos iba sentado un grupo de campesinos que regresaban a sus hogares, los checos con sus pieles de oveja blancas y los eslovacos con las suyas de color. Estos últimos llevaban a guisa de lanzas sus largas duelas, con un hacha en el extremo. Al comenzar a caer la noche se sintió mucho frío, y la creciente penumbra pareció mezclar en una sola bruma la lobreguez de los árboles, robles, hayas y pinos, aunque en los valles que corrían profundamente a través de los surcos de las colinas, a medida que ascendíamos hacia el desfiladero, se destacaban contra el fondo de la tardía nieve los

oscuros abetos. Algunas veces, mientras la carretera era cortada por los bosques de pino que parecían acercarse a nosotros en la oscuridad, grandes masas grisáceas que estaban desparramadas aquí y allá entre los árboles producían un efecto lóbrego y solemne, que hacía renacer los pensamientos y las siniestras fantasías engendradas por la tarde, mientras que el sol poniente parecía arrojar un extraño consuelo a las fantasmales nubes que, entre los Cárpatos, parece que vagabundean incesantemente por los valles. En ciertas ocasiones las colinas eran tan empinadas que, a pesar de la prisa de nuestro conductor, los caballos sólo podían avanzar muy lentamente. Yo quise descender del coche y caminar al lado de ellos, tal como hacemos en mi país, pero el cochero no quiso saber nada de eso.

—No; no—. Me dijo.

—No debe usted caminar aquí. Los perros son muy fieros—. Dijo, y luego añadió, con lo que evidentemente parecía ser una broma macabra, pues miró a su alrededor para captar las sonrisas afirmativas de los demás: —Ya tendrá usted suficiente que hacer antes de irse a dormir—.

Así fue que la única parada que hizo durante un momento sirvió para que encendiera las lámparas.

Al oscurecer pareció que los pasajeros se volvían más nerviosos y continuamente le estuvieron hablando al cochero uno tras otro, como si le pidieran que aumentara la velocidad. Fustigó a los caballos inmisericordemente con su largo látigo, y con salvajes gritos de aliento trató de obligarlos a mayores esfuerzos. Entonces, a través de la oscuridad, pude ver una especie de mancha de luz gris adelante de nosotros, como si hubiese una hendidura en las colinas. La intranquilidad de los pasajeros aumentó; el loco carruaje se bamboleó sobre sus grandes resortes de cuero, y se inclinó hacia uno y otro lado como un barco flotando sobre un mar proceloso. Yo tuve que sujetarme. El camino se hizo más nivelado y parecía que volábamos sobre él. Entonces, las montañas parecieron acercarse a nosotros desde ambos lados, como si quisiesen estrangularnos, y nos encontramos a la entrada del desfiladero de Borgo. Uno por uno todos los pasajeros me ofrecieron regalos, insistiendo de una manera tan sincera que no había modo de negarse a recibirlos. Desde luego los regalos eran de muy diversas y extrañas clases, pero cada uno me lo entregó de tan buena voluntad, con palabras tan amables, y con una bendición, esa extraña mezcla de movimien-

tos temerosos que ya había visto en las afueras del hotel en Bistritz: el signo de la cruz y el hechizo contra el mal de ojo.

Entonces, al tiempo que volábamos, el cochero se inclinó hacia adelante y, a cada lado, los pasajeros, apoyándose sobre las ventanillas del coche, escudriñaron ansiosamente la oscuridad. Era evidente que se esperaba que sucediera algo raro, pero aunque le pregunté a cada uno de los pasajeros, ninguno me dio la menor explicación. Este estado de ánimo duró algún tiempo, y al final vimos cómo el desfiladero se abría hacia el lado oriental. Sobre nosotros pendían oscuras y tenebrosas nubes, y el aire se encontraba pesado, cargado con la opresiva sensación del trueno. Parecía como si la cordillera separara dos atmósferas, y que ahora hubiésemos entrado en la tormentosa. Yo mismo me puse a buscar el vehículo que debía llevarme hasta la residencia del conde. A cada instante esperaba ver el destello de lámparas a través de la negrura, pero todo se quedó en la mayor oscuridad. La única luz provenía de los parpadeantes rayos de luz de nuestras propias lámparas, en las cuales los vahos de nuestros agotados caballos se elevaban como nubes blancas. Ahora pudimos ver el arenoso camino extendiéndose blanco frente a nosotros, pero en él no había ninguna señal de un vehículo. Los pasajeros se reclinaron con un suspiro de alegría, que parecía burlarse de mi propia desilusión. Ya estaba pensando qué podía hacer en tal situación cuando el cochero, mirando su reloj, dijo a los otros algo que apenas pude oír, tan suave y misterioso fue el tono en que lo dijo. Creo que fue algo así como "una hora antes de tiempo". Entonces se volvió a mí y me dijo en un alemán peor que el mío:

—No hay ningún carruaje aquí. Después de todo, nadie espera al señor. Será mejor que ahora venga a Bucovina y regrese mañana o al día siguiente; mejor al día siguiente—.

Mientras hablaba, los caballos comenzaron a piafar y a relinchar, y a encabritarse tan salvajemente que el cochero tuvo que sujetarlos con firmeza. Entonces, en medio de un coro de alaridos de los campesinos que se persignaban apresuradamente, apareció detrás de nosotros una calesa, nos pasó y se detuvo al lado de nuestro coche. Por la luz que despedían nuestras lámparas, al caer los rayos sobre ellos, pude ver que los caballos eran unos espléndidos animales, negros como el carbón. Estaban conducidos por un hombre alto, con una larga barba grisácea y un gran sombrero negro, que parecía ocultar su rostro de nosotros. Sólo pude ver el destello de un par de ojos muy

brillantes, que parecieron rojos al resplandor de la lámpara, en los instantes en que el hombre se volvió a nosotros. Se dirigió al cochero:

—Llegó usted muy temprano hoy, mi amigo—.

El hombre replicó balbuceando:

—El señor inglés tenía prisa—.

Entonces el extraño volvió a hablar:

—Supongo entonces que por eso usted deseaba que él siguiera hasta Bucovina. No puede engañarme, mi amigo. Sé demasiado, y mis caballos son veloces.

Y al hablar sonrió, y cuando la luz de la lámpara cayó sobre su fina y dura boca, con labios muy rojos, sus agudos dientes le brillaron blancos como el marfil. Uno de mis compañeros le susurró a otro aquella frase de la *"Leonora"* de Burger:

"Denn die Todten reiten schnell"
(Pues los muertos viajan velozmente).

El extraño conductor escuchó evidentemente las palabras, pues alzó la mirada con una centelleante sonrisa. El pasajero escondió el rostro al mismo tiempo que hizo la señal con los dos dedos y se persignó.

—Dadme el equipaje del señor—. Dijo el extraño cochero.

Con una presteza excesiva mis maletas fueron sacadas y acomodadas en la calesa. Luego descendí del coche, pues la calesa estaba situada a su lado, y el cochero me ayudó con una mano que asió mi brazo como un puño de acero; su fuerza debía ser prodigiosa. Sin decir palabra agitó las riendas, los caballos dieron media vuelta y nos deslizamos hacia la oscuridad del desfiladero. Al mirar hacia atrás vi el vaho de los caballos del coche a la luz de las lámparas, y proyectadas contra ella las figuras de mis hasta hacia poco compañeros, persignándose. Entonces el cochero fustigó su látigo y gritó a los caballos, y todos arrancaron con rumbo a Bucovina. Al perderse en la oscuridad sentí un extraño escalofrío, y un sentimiento de soledad se apoderó de mí.

Pero mi nuevo cochero me cubrió los hombros con una capa y puso una manta sobre mis rodillas, hablando luego en excelente alemán:

—La noche está fría, señor mío, y mi señor el conde me pidió que tuviera buen cuidado de usted. Debajo del asiento hay una botella de *slivovitz,* un licor regional hecho de ciruelas, en caso de que usted guste...—.

Pero yo no tomé nada, aunque era agradable saber que había una provisión de licor. Me sentí un poco extrañado, y no menos asustado. Creo que si hubiese habido otra alternativa, yo la hubiese tomado en vez de proseguir aquel misterioso viaje nocturno.

El carruaje avanzó a paso rápido, en línea recta; luego dimos una curva completa y nos internamos por otro camino recto. Me pareció que simplemente dábamos vuelta una y otra vez sobre el mismo lugar; así pues, tomé nota de un punto sobresaliente y confirmé mis sospechas. Me hubiese gustado preguntarle al cochero qué significaba todo aquello, pero realmente tuve miedo, pues pensé que, en la situación en que me encontraba, cualquier protesta no podría dar el efecto deseado en caso de que hubiese habido una intención de retraso. Al cabo de un rato, sin embargo, sintiéndome curioso por saber cuánto tiempo había pasado, encendí un fósforo, y a su luz miré mi reloj; faltaban pocos minutos para la medianoche. Esto me dio una especie de sobresalto, pues supongo que la superstición general acerca de la medianoche había aumentado debido a mis recientes experiencias. Me quedé aguardando con una enfermiza sensación de ansiedad.

Entonces un perro comenzó a aullar en alguna casa campesina más adelante del camino. Dejó escapar un largo, lúgubre aullido, como si tuviese miedo. Su llamado fue recogido por otro perro y por otro y otro, hasta que, nacido como el viento que ahora pasaba suavemente a través del desfiladero, comenzó un aterrador concierto de aullidos que parecían llegar de todos los puntos del campo, desde tan lejos como la imaginación alcanzase a captar a través de las tinieblas de la noche. Desde el primer aullido los caballos comenzaron a piafar y a inquietarse, pero el cochero les habló tranquilizándolos, y ellos recobraron la calma, aunque temblaban y sudaban como si acabaran de pasar por un repentino susto. Entonces, en la lejana distancia, desde las montañas que estaban a cada lado de nosotros, llegó un aullido mucho más fuerte y agudo, el aullido de los lobos, que afectó a los caballos y a mi persona de la misma manera, pues estuve a punto de saltar de la calesa y echar a correr, mientras que ellos retrocedieron y se encabritaron frenéticamente, de

manera que el cochero tuvo que emplear toda su fuerza para impedir que se desbocaran. Sin embargo, a los pocos minutos mis oídos se habían acostumbrado a los aullidos, y los caballos se habían calmado tanto que el cochero pudo descender y pararse frente a ellos. Los sobó y acarició, y les susurró algo en las orejas, tal como he oído que hacen los domadores de caballos, y con un efecto tan extraordinario que bajo estos mimos se volvieron nuevamente bastante obedientes, aunque todavía temblaban. El cochero tomó nuevamente su asiento, sacudió sus riendas y reiniciamos nuestro viaje a buen paso.

Esta vez, después de llegar hasta el lado extremo del desfiladero, repentinamente cruzó por una estrecha senda que se introducía agudamente a la derecha.

Pronto nos encontramos obstruidos por árboles, que en algunos lugares cubrían por completo el camino, formando una especie de túnel a través del cual pasábamos. Y además de eso, gigantescos peñascos amenazadores nos hacían valla a uno y otro lado.

A pesar de encontrarnos así protegidos, podíamos escuchar el viento que se levantaba, pues gemía y silbaba a través de las rocas, y las ramas de los árboles chocaban entre sí al pasar nosotros por el camino. Hizo cada vez más frío v una fina nieve comenzó a caer, de tal manera que al momento alrededor de nosotros todo estaba cubierto por un manto blanco. El aguzado viento todavía llevaba los aullidos de los perros, aunque éstos fueron decreciendo a medida que nos alejábamos. El aullido de los lobos, en cambio, se acercó cada vez más, como si ellos se fuesen aproximando hacia nosotros por todos lados. Me sentí terriblemente angustiado, y los caballos compartieron mi miedo. Sin embargo, el cochero no parecía tener ningún temor; continuamente volvía la cabeza hacia la izquierda y hacia la derecha, pero yo no podía ver nada a través de la oscuridad.

Repentinamente, lejos, a la izquierda, divisé el débil resplandor de una llama azul. El cochero lo vio al mismo tiempo; inmediatamente paró los caballos y, saltando a tierra, desapareció en la oscuridad. Yo no sabía qué hacer, y mucho menos debido a que los aullidos de los lobos parecían acercarse; pero mientras dudaba, el cochero apareció repentinamente otra vez, y sin decir palabra tomó asiento y reanudamos nuestro viaje.

Creo que debo haberme quedado dormido o soñé repetidas veces con el incidente, pues éste se repitió una y otra vez,

y ahora, al recordarlo, me parece que fue una especie de pesadilla horripilante. Una vez la llama apareció tan cerca del camino que hasta en la oscuridad que nos rodeaba pude observar los movimientos del cochero. Se dirigió rápidamente a donde estaba la llama azul (debe haber sido muy tenue, porque no parecía iluminar el lugar alrededor de ella), y tomando algunas piedras las colocó en una forma significativa. En una ocasión fui víctima de un extraño efecto óptico: estando él parado entre la llama y yo, no pareció obstruirla, porque continué viendo su fantasmal luminosidad. Esto me asombró, pero como sólo fue un efecto momentáneo, supuse que mis ojos me habían engañado debido al esfuerzo que hacía en la oscuridad. Luego, por un tiempo, ya no aparecieron las llamas azules, y nos lanzamos velozmente a través de la oscuridad con los aullidos de los lobos rodeándonos, como si nos siguieran en círculos envolventes.

Finalmente el cochero se alejó más de lo que lo había hecho hasta entonces, y durante su ausencia los caballos comenzaron a temblar más que nunca y a piafar y relinchar de miedo. No pude ver ninguna causa que motivara su nerviosismo, pues los aullidos de los lobos habían cesado por completo; pero entonces la luna, navegando a través de las negras nubes, apareció detrás de la dentada cresta de una roca saliente revestida de pinos, y a su luz vi alrededor de nosotros un círculo de lobos, con dientes blancos y lenguas rojas y colgantes, con largos miembros sinuosos y pelo hirsuto. Eran cien veces más terribles en aquel lúgubre silencio que los rodeaba que cuando estaban aullando. Por mi parte, caí en una especie de parálisis de miedo. Sólo cuando el hombre se encuentra cara a cara con semejantes horrores puede comprender su verdadero significado.

De pronto, todos los lobos comenzaron a aullar como si la luz de la luna produjera un efecto peculiar en ellos. Los caballos se encabritaron y retrocedieron, y miraron impotentes alrededor con unos ojos que giraban de manera dolorosa; pero el círculo viviente de terror los acompañaba a cada lado; forzosamente tuvieron que permanecer dentro de *él*. Yo le grité al cochero que regresara, pues me pareció que nuestra última alternativa era tratar de abrirnos paso a través del círculo, y para ayudarle a su regreso grité y golpeé a un lado de la calesa, esperando que el ruido espantara a los lobos de aquel lado y así él tuviese oportunidad de subir al coche.

Cómo finalmente llegó es cosa que no sé; pero escuché su voz alzarse en un tono de mando imperioso, y mirando hacia

el lugar de donde provenía, lo vi parado en medio del camino. Agitó los largos brazos como si tratase de apartar un obstáculo impalpable, y los lobos se retiraron, justamente en esos momentos una pesada nube pasó a través de la cara de la luna, de modo que volvimos a sumirnos en la oscuridad.

Cuando pude ver otra vez, el conductor estaba subiendo a la calesa y los lobos habían desaparecido. Todo esto fue tan extraño y misterioso que fui sobrecogido por un miedo pánico, y no tuve valor para moverme ni para hablar. El tiempo pareció interminable mientras continuamos nuestro camino, ahora en la más completa oscuridad, pues las negras nubes oscurecían la luna. Continuamos ascendiendo, con ocasionales períodos de rápidos descensos, pero ascendiendo la mayor parte del tiempo.

Repentinamente tuve conciencia de que el conductor estaba deteniendo a los caballos en el patio interior de un inmenso castillo ruinoso en parte, de cuyas altas ventanas negras no salía un sólo rayo de luz, y cuyas quebradas murallas mostraban una línea dentada que destacaba contra el cielo iluminado por la luz de la luna.

II

Del diario de Jonathan Harker (Continuación)

5 *de mayo*. Debo haber estado dormido, pues es seguro que si hubiese estado plenamente despierto habría notado que nos acercábamos a tan extraordinario lugar. En la oscuridad, el patio parecía ser de considerable tamaño, y como de él partían varios corredores negros de grandes arcos redondos, quizá parecía ser más grande de lo que era en realidad. Todavía no he tenido la oportunidad de verlo a la luz del día.

Cuando se detuvo la calesa, el cochero saltó y me ofreció la mano para ayudarme a descender. Una vez más, pude comprobar su prodigiosa fuerza. Su mano prácticamente parecía una prensa de acero que hubiera podido estrujar la mía si lo hubiese querido. Luego bajó mis cosas y las colocó en el suelo a mi lado, mientras yo permanecía cerca de la gran puerta, vieja y tachonada de grandes clavos de hierro, acondicionada en un zaguán de piedra maciza. Aun en aquella tenue luz pude ver que la piedra estaba profusamente esculpida, pero que las esculturas habían sido desgastadas por el tiempo y las lluvias. Mientras yo permanecía en pie, el cochero saltó otra vez a su asiento y agitó las riendas; los caballos iniciaron la marcha, y desaparecieron debajo de una de aquellas negras aberturas con coche y todo.

Permanecí en silencio donde estaba, porque realmente no sabía qué hacer. No había señales de ninguna campana ni aldaba, y a través de aquellas ceñudas paredes y oscuras ventanas lo más probable era que mi voz no alcanzara a penetrar. El tiempo que esperé me pareció infinito, y sentí cómo las dudas y los temores me asaltaban. ¿A qué clase de lugar había llegado, y entre qué clase de gente me encontraba?, ¿En qué clase de lúgubre aventura me había embarcado?, ¿Era aquél un incidente normal en la vida de un empleado del procurador enviado a explicar la compra de una propiedad en Londres a un extranjero?; ¡Empleado del procurador!; A Mina no le gustaría eso. Mejor procurador, pues justamente antes de abandonar Londres reci-

bía la noticia de que mi examen había sido aprobado; ¡De tal modo que ahora yo ya era un procurador hecho y derecho!.

Comencé a frotarme los ojos y a pellizcarme, para ver si estaba despierto. Todo me parecía como una horrible pesadilla, y esperaba despertar de pronto encontrándome en mi casa con la aurora luchando a través de las ventanas, tal como ya me había sucedido en otras ocasiones después de trabajar demasiado el día anterior. Pero mi carne respondió a la prueba del pellizco, y mis ojos no se dejaban engañar. Era indudable que estaba despierto y en los Cárpatos. Todo lo que podía hacer era tener paciencia y esperar a que llegara la aurora.

En cuanto llegué a esta conclusión escuché pesados pasos que se acercaban detrás de la gran puerta, y vi a través de las hendiduras el brillo de una luz que se acercaba. Se escuchó el ruido de cadenas que golpeaban y el chirrido de pesados cerrojos que se corrían. Una llave giró haciendo el conocido ruido producido por el largo desuso, y la inmensa puerta se abrió hacia adentro. En ella apareció un hombre alto, ya viejo, nítidamente afeitado, a excepción de un largo bigote blanco, y vestido de negro de la cabeza a los pies, sin ninguna mancha de color en ninguna parte. Tenía en la mano una antigua lámpara de plata, en la cual la llama se quemaba sin globo ni protección de ninguna clase, lanzando largas y ondulosas sombras al fluctuar por la corriente de la puerta abierta. El anciano me hizo un ademán con su mano derecha, haciendo un gesto cortés y hablando en excelente inglés, aunque con una entonación extraña:

—Bienvenido a mi casa. ¡Entre con libertad y por su propia voluntad!

No hizo ningún movimiento para acercárseme, sino que permaneció inmóvil como una estatua, como si su gesto de bienvenida lo hubiese fijado en piedra. Sin embargo, en el instante en que traspuse el umbral de la puerta, dio un paso impulsivamente hacia adelante y, extendiendo la mano, sujetó la mía con una fuerza que me hizo retroceder, un efecto que no fue aminorado por el hecho de que parecía fría como el hielo; de que parecía más la mano de un muerto que de un hombre vivo. Dijo otra vez:

—Bien venido a mi casa. Venga libremente, váyase a salvo, y deje algo de la alegría que trae consigo—.

La fuerza del apretón de mano era tan parecida a la que yo había notado en el cochero, cuyo rostro no había podido ver,

que por un momento dudé si no se trataba de la misma persona a quien le estaba hablando; así es que para asegurarme, le pregunté:

—¿El conde Drácula?—.

Se inclinó cortésmente al responderme.

—Yo soy Drácula; y le doy mi bienvenida, señor Harker, en mi casa. Pase; el aire de la noche está frío, y seguramente usted necesita comer y descansar—.

Mientras hablaba, puso la lámpara sobre un soporte en la pared, y saliendo, tomó mi equipaje; lo tomó antes de que yo pudiese evitarlo. Yo protesté, pero él insistió:

—No, señor; usted es mi huésped. Ya es tarde, y mis sirvientes no están a mano. Deje que yo mismo me preocupe por su comodidad—.

Insistió en llevar mis cosas a lo largo del corredor y luego por unas grandes escaleras de caracol, y a través de otro largo corredor en cuyo piso de piedra nuestras pisadas resonaban fuertemente. Al final de él abrió de golpe una pesada puerta, y yo tuve el regocijo de ver un cuarto muy bien alumbrado en el cual estaba servida una mesa para la cena, y en cuya chimenea un gran fuego de leños, seguramente recién llevados, lanzaba destellantes llamas.

El conde se detuvo, puso mis maletas en el suelo, cerró la puerta y, cruzando el cuarto, abrió otra puerta que daba a un pequeño cuarto octogonal alumbrado con una simple lámpara, y que a primera vista no parecía tener ninguna ventana. Pasando a través de éste, abrió todavía otra puerta y me hizo señas para que pasara. Era una vista agradable, pues allí había un gran dormitorio muy bien alumbrado y calentado con el fuego de otro hogar, que también acababa de ser encendido, pues los leños de encima todavía estaban frescos y enviaban un hueco chisporroteo a través de la amplia chimenea. El propio conde dejó mi equipaje adentro y se retiró, diciendo antes de cerrar la puerta:

—Necesitará, después de su viaje, refrescarse un poco y arreglar sus cosas. Espero que encuentre todo lo que desee. Cuando termine venga al otro cuarto, donde encontrará su cena preparada—.

La luz y el calor de la cortés bienvenida que me dispensó el conde parecieron disipar todas mis antiguas dudas y temo-

res. Entonces, habiendo alcanzado nuevamente mi estado normal, descubrí que estaba medio muerto de hambre, así es que me arreglé lo más rápidamente posible y entré en la otra habitación.

Encontré que la cena ya estaba servida. Mi anfitrión estaba en pie al lado de la gran fogata, reclinado contra la chimenea de piedra; hizo un gracioso movimiento con la mano, señalando la mesa, y dijo:

—Le ruego que se siente y cene como mejor le plazca. Espero que usted me excuse por no acompañarlo; pero es que yo ya comí, y generalmente no ceno—.

Le entregué la carta sellada que el señor Hawkins me había encargado. Él la abrió y la leyó seriamente; luego, con una encantadora sonrisa, me la dio para que yo la leyera. Por lo menos un pasaje de ella me proporcionó gran placer:

"Lamento que un ataque de gota, enfermedad de la cual estoy constantemente sufriendo, me haga absolutamente imposible efectuar cualquier viaje por algún tiempo; pero me alegra decirle que puedo enviarle un sustituto eficiente, una persona en la cual tengo la más completa confianza. Es un hombre joven, lleno de energía y de talento, y de gran ánimo y disposición. Es discreto y silencioso, y ha crecido y madurado a mi servicio. Estará preparado para atenderlo cuando usted guste durante su estancia en esa ciudad, y tomará instrucciones de usted en todos los asuntos."

El propio conde se acercó a mí y quitó la tapa del plato, y de inmediato ataqué un excelente pollo asado. Esto, con algo de queso y ensalada, y una botella de Tokay añejo, del cual bebí dos vasos, fue mi cena. Durante el tiempo que estuve comiendo el conde me hizo muchas preguntas acerca de mi viaje, y yo le comuniqué todo lo que había experimentado.

Para ese tiempo ya había terminado la cena, y por indicación de mi anfitrión había acercado una silla al fuego y había comenzado a fumar un cigarro que él me había ofrecido al mismo tiempo que se excusaba por no fumar. Así tuve oportunidad de observarlo, y percibí que tenía una fisonomía de rasgos muy acentuados.

Su cara era fuerte, muy fuerte, aguileña, con un puente muy marcado sobre la fina nariz y las ventanas de ella peculiarmente arqueadas; con una frente alta y despejada, y el pelo gris

que le crecía escasamente alrededor de las sienes, pero profusamente en otras partes. Sus cejas eran muy espesas, casi se encontraban en el entrecejo, y con un pelo tan abundante que parecía encresparse por su misma profusión.

La boca, por lo que podía ver de ella bajo el tupido bigote, era fina y tenía una apariencia más bien cruel, con unos dientes blancos peculiarmente agudos; éstos sobresalían sobre los labios, cuya notable rudeza mostraba una singular vitalidad en un hombre de su edad. En cuanto a lo demás, sus orejas eran pálidas y extremadamente puntiagudas en la parte superior; el mentón era amplio y fuerte, y las mejillas firmes, aunque delgadas. La tez era de una palidez extraordinaria.

Entre tanto, había notado los dorsos de sus manos mientras descansaban sobre sus rodillas a la luz del fuego, y me habían parecido bastante blancas y finas; pero viéndolas más de cerca, no pude evitar notar que eran bastante toscas, anchas y con dedos rechonchos. Cosa rara, tenían pelos en el centro de la palma. Las uñas eran largas y finas, y recortadas en aguda punta. Cuando el conde se inclinó hacia mí y una de sus manos me tocó, no pude reprimir un escalofrío. Pudo haber sido su aliento, que era fétido, pero lo cierto es que una terrible sensación de náusea se apoderó de mí, la cual, a pesar del esfuerzo que hice, no pude reprimir. Evidentemente, el conde, notándola, se retiró, y con una sonrisa un tanto lúgubre, que mostró más que hasta entonces sus protuberantes dientes, se sentó otra vez en su propio lado frente a la chimenea. Los dos permanecimos silenciosos unos instantes, y cuando miró hacia la ventana vi los primeros débiles fulgores de la aurora, que se acercaba. Una extraña quietud parecía envolverlo todo; pero al escuchar más atentamente, pude oír, como si proviniera del valle situado más abajo, el aullido de muchos lobos. Los ojos del conde destellaron, y dijo:

—Escúchelos. Los hijos de la noche. ¡Qué música la que entonan!—.

Pero viendo, supongo, alguna extraña expresión en mi rostro, se apresuró a agregar:

—¡Ah, sir! Ustedes los habitantes de la ciudad no pueden penetrar en los sentimientos de un cazador—.

Luego se incorporó, y dijo:

—Pero la verdad es que usted debe estar cansado. Su alcoba está preparada, y mañana podrá dormir tanto como desee. Estaré ausente hasta el atardecer, así que ¡duerma bien, y dulces sueños!—.

Con una cortés inclinación, él mismo me abrió la puerta que comunicaba con el cuarto octogonal, y entró en mi dormitorio.

Estoy desconcertado. Dudo, temo, pienso cosas extrañas, y yo mismo no me atrevo a confesarme a mi propia alma. ¡Que Dios me proteja, aunque sólo sea por amor a mis seres queridos!.

*7 de may*o. Es otra vez temprano por la mañana, pero he descansado bien las últimas 24 horas. Dormí hasta muy tarde, entrado el día. Cuando me hube vestido, entré al cuarto donde habíamos cenado la noche anterior y encontré un desayuno frío que estaba servido, con el café caliente debido a que la cafetera había sido colocada sobre la hornalla. Sobre la mesa había una tarjeta en la cual estaba escrito lo siguiente:

"Tengo que ausentarme un tiempo.
No me espere. D."

Me senté y disfruté de una buena comida. Cuando hube terminado, busqué una campanilla, para hacerles saber a los sirvientes que ya había terminado, pero no pude encontrar ninguna. Ciertamente en la casa hay algunas deficiencias raras, especialmente si se consideran las extraordinarias muestras de opulencia que me rodean. El servicio de la mesa es de oro, y tan bellamente labrado que debe ser de un valor inmenso. Las cortinas y los forros de las sillas y los sofás, y los cobertores de mi cama, son de las más costosas y bellas telas, y deben haber sido de un valor fabuloso cuando las hicieron, pues parecen tener varios cientos de años, aunque se encuentran todavía en buen estado.

Vi algo parecido a ellas en Hampton Court, pero aquellas estaban usadas y rasgadas por las polillas. Pero todavía en ningún cuarto he encontrado un espejo. Ni siquiera hay un espejo de mano en mi mesa, y para poder afeitarme o peinarme me vi obligado a sacar mi pequeño espejo de mi maleta. Todavía no he visto tampoco a ningún sirviente por ningún lado, ni he escuchado ningún otro ruido cerca del castillo, excepto el aullido de

los lobos. Poco tiempo después de que hube terminado mi comida (no sé cómo llamarla, si desayuno o cena, pues la tomé entre las cinco y las seis de la tarde) busqué algo que leer, pero no quise deambular por el castillo antes de pedir permiso al conde. En el cuarto no pude encontrar absolutamente nada, ni libros ni periódicos ni nada impreso, así es que abrí otra puerta del cuarto y encontré una especie de biblioteca. Traté de abrir la puerta opuesta a la mía, pero la encontré cerrada con llave.

En la biblioteca encontré, para mi gran regocijo, un vasto número de libros en inglés, estantes enteros llenos de ellos, y volúmenes de periódicos y revistas encuadernados. Una mesa en el centro estaba llena de revistas y periódicos ingleses, aunque ninguno de ellos era de fecha muy reciente. Los libros eran de las más variadas clases: historia, geografía, política, economía política, botánica, biología, derecho, y todos refiriéndose a Inglaterra y a la vida y costumbres inglesas. Había incluso libros de referencia tales como el directorio de Londres, los libros "Rojo" y "Azul", el almanaque de Whitaker, los catálogos del Ejército y la Marina, y, lo que me produjo una gran alegría ver, el catálogo de Leyes.

Mientras estaba viendo los libros, la puerta se abrió y entró el conde. Me saludó de manera muy efusiva y deseó que hubiese tenido buen descanso durante la noche.

Luego, continuó:

—Me agrada que haya encontrado su camino hasta aquí, pues estoy seguro que aquí habrá muchas cosas que le interesarán. Estos compañeros—. Dijo, y puso su mano sobre unos libros. —Han sido muy buenos amigos míos, y desde hace algunos años, desde que tuve la idea de ir a Londres, me han dado muchas, muchas horas de placer. A través de ellos he aprendido a conocer a su gran Inglaterra; y conocerla es amarla. Deseo vehemente caminar por las repletas calles de su poderoso Londres; estar en medio del torbellino y la prisa de la humanidad, compartir su vida, sus cambios y su muerte, y todo lo que la hace ser lo que es. Pero, ¡ay!, hasta ahora sólo conozco su lengua a través de libros. A usted, mi amigo, ¿le parece que sé bien su idioma?—.

—Pero, señor conde—. Le dije. —Usted sabe y habla muy bien el inglés!—.

Hizo una grave reverencia.

—Le doy las gracias, mi amigo, por su demasiado optimista estimación; sin embargo, temo que me encuentro apenas comenzando el camino por el que voy a viajar. Verdad es que conozco la gramática y el vocabulario, pero todavía no me expreso con fluidez—.

—Insisto en que usted habla en forma excelente—. Le dije.

—No tanto— Respondió él. —Es decir, yo sé que si me desenvolviera y hablara en su Londres, nadie allí hay que no me tomara por un extranjero. Eso no es suficiente para mí. Aquí soy un noble, soy un boyar; la gente común me conoce y yo soy su señor. Pero un extranjero en una tierra extranjera, no es nadie; los hombres no lo conocen, y no conocer es no importar. Yo estoy contento si soy como el resto, de modo que ningún hombre me pare si me ve, o haga una pausa en sus palabras al escuchar mi voz, diciendo: "Ja, ja, ¡un extranjero!" He sido durante tanto tiempo un señor que seré todavía un señor, o por lo menos nadie prevalecerá sobre mí. Usted no viene a mí solo como agente de mi amigo Peter Hawkins, de Exéter, a darme los detalles acerca de mi nueva propiedad en Londres. Yo espero que usted se quede conmigo algún tiempo, para que mediante muestras conversaciones yo pueda aprender el acento inglés; y me gustaría mucho que usted me dijese cuando cometo un error, aunque sea el más pequeño, al hablar. Siento mucho haber tenido que ausentarme durante tanto tiempo hoy, pero espero que usted perdonará a alguien que tiene tantas cosas importantes en la mano—.

Por supuesto que yo dije todo lo que se puede decir acerca de tener buena voluntad, y le pregunté si podía entrar en aquel cuarto cuando quisiese. Él respondió que sí, y agregó:

—Puede usted ir a donde quiera en el castillo, excepto donde las puertas están cerradas con llave, donde por supuesto usted no querrá ir. Hay razón para que todas las cosas sean como son, y si usted viera con mis ojos y supiera con mi conocimiento, posiblemente entendería mejor—.

Yo le aseguré que así sería, y él continuó:

—Estamos en Transilvania; y Transilvania no es Inglaterra. Nuestra manera de ser no es como su manera de ser, y habrá para usted muchas cosas extrañas. Es más, por lo que usted ya me ha contado de sus experiencias, ya sabe algo de qué cosas extrañas pueden ser—.

Esto condujo a mucha conversación; y era evidente que él quería hablar aunque sólo fuese por hablar. Le hice muchas preguntas relativas a cosas que ya me habían pasado o de las cuales yo ya había tomado nota. Algunas veces esquivó el tema o cambió de conversación simulando no entenderme; pero generalmente me respondió a todo lo que le pregunté de la manera más franca. Entonces, a medida que pasaba el tiempo y yo iba entrando en más confianza, le pregunté acerca de algunos de los sucesos extraños de la noche anterior, como por ejemplo, por qué el cochero iba a los lugares a donde veía la llama azul. Entonces él me explicó que era creencia común que cierta noche del año (de hecho la noche pasada, cuando los malos espíritus, según se cree, tienen ilimitados poderes) aparece una llama azul en cualquier lugar donde haya sido escondido algún tesoro.

—Que hayan sido escondidos tesoros en la región por la cual usted pasó anoche —continuó él—, es cosa que está fuera de toda duda. Esta ha sido tierra en la que han peleado durante siglos los valacos, los sajones y los turcos. A decir verdad, sería difícil encontrar un pie cuadrado de tierra en esta región que no hubiese sido enriquecido por la sangre de hombres, patriotas o invasores. En la antigüedad hubo tiempos agitados, cuando los austriacos y húngaros llegaban en hordas y los patriotas salían a enfrentárseles, hombres y mujeres, ancianos y niños, esperaban su llegada entre las rocas arriba de los desfiladeros para lanzarles destrucción y muerte a ellos con sus aludes artificiales. Cuando los invasores triunfaban encontraban muy poco botín, ya que todo lo que había era escondido en la amable tierra—.

—¿Pero cómo es posible —pregunté yo— que haya pasado tanto tiempo sin ser descubierto, habiendo una señal tan certera para descubrirlo, bastando con que el hombre se tome el trabajo solo de mirar?—.

El conde sonrió, y al correrse sus labios hacia atrás sobre sus encías, los caninos, largos y agudos, se mostraron insólitamente. Respondió:

—¡Porque el campesino es en el fondo de su corazón cobarde e imbécil! Esas llamas sólo aparecen en una noche; y en esa noche ningún hombre de esta tierra, si puede evitarlo, se atreve siquiera a espiar por su puerta. Y, mi querido señor, aunque lo hiciera, no sabría qué hacer. Le aseguro que ni siquiera el campesino que usted me dijo que marcó los lugares de la llama sabrá donde buscar durante el día, por el trabajo que hizo esa

noche. Hasta usted, me atrevo a afirmar, no sería capaz de encontrar esos lugares otra vez. ¿No es cierto?—.

—Sí, es verdad—. Dije yo. —No tengo ni la más remota idea de donde podría buscarlos—.

Luego pasamos a otros temas.

—Vamos —me dijo al final—, cuénteme de Londres y de la casa que ha comprado a mi nombre.

Excusándome por mi olvido, fui a mi cuarto a sacar los papeles de mi portafolios. Mientras los estaba colocando en orden, escuché un tintineo de porcelana y plata en el otro cuarto, y al atravesarlo, noté que la mesa había sido arreglada y la lámpara encendida, pues para entonces ya era bastante tarde. También en el estudio o biblioteca estaban encendidas las lámparas, y encontré al conde yaciendo en el sofá, leyendo, de todas las cosas en el mundo, una Guía Inglesa de Bradshaw. Cuando yo entré, él quitó los libros y papeles de la mesa; y entonces comencé a explicarle los planos y los hechos, y los números. Estaba interesado por todo, y me hizo infinidad de preguntas relacionadas con el lugar y sus alrededores. Estaba claro que él había estudiado de antemano todo lo que podía esperar en cuanto al tema de su vecindario, pues evidentemente al final él sabía mucho más que yo. Cuando yo le señalé eso, respondió:

—Pero, mi amigo, ¿no es necesario que sea así? Cuando yo vaya allá estaré completamente solo, y mi amigo Harker Jonathan, no, perdóneme, caigo siempre en la costumbre de mi país de poner primero su nombre patronímico; así pues, mi amigo Jonathan Harker no va a estar a mi lado para corregirme y ayudarme. Estaré en Exéter, a kilómetros de distancia, trabajando probablemente en papeles de la ley con mi otro amigo, Peter Hawkins. ¿No es así?—.

Entramos de lleno al negocio de la compra de la propiedad en Purfleet. Cuando le hube explicado los hechos y ya tenía su firma para los papeles necesarios, y había escrito una carta con ellos para enviársela al señor Hawkins, comenzó a preguntarme cómo había encontrado un lugar tan apropiado. Entonces yo le leí las notas que había hecho en aquel tiempo, y las cuales transcribo aquí:

"En Purfleet, al lado de la carretera, me encontré con un lugar que parece ser justamente el requerido, y donde había

expuesto un rótulo que anunciaba que la propiedad estaba en venta. Está rodeado de un alto muro, de estructura antigua, construido de pesadas piedras, y que no ha sido reparado durante un largo número de años. Los portones cerrados son de pesado roble viejo y hierro, todo carcomido por el moho.

"La propiedad es llamada Carfax, que sin duda es una corrupción del antiguo Quatre Face, ya que la casa tiene cuatro lados, coincidiendo con los puntos cardinales. Contiene en total unos veinte acres, completamente rodeados por el sólido muro de piedra arriba mencionado. El lugar tiene muchos árboles, lo que le da un aspecto lúgubre, y también hay una poza o pequeño lago, profundo, de apariencia oscura, evidentemente alimentado por algunas fuentes, ya que el agua es clara y se desliza en una corriente bastante apreciable. La casa es muy grande y de todas las épocas pasadas, diría yo, hasta los tiempos medievales, pues una de sus partes es de piedra sumamente gruesa, con solo unas pocas ventanas muy arriba y pesadamente abarrotadas con hierro.

"Parece una parte de un castillo, y está muy cerca a una vieja capilla o iglesia. No pude entrar en ella, pues no tenía la llave de la puerta que conducía a su interior desde la casa, pero he tomado con mi *kodak* vistas desde varios puntos. La casa ha sido agregada, pero de una manera muy rara, y solo puedo adivinar aproximadamente la extensión de tierra que cubre, que debe ser mucha. Sólo hay muy pocas casas cercanas, una de ellas es muy larga, recientemente ampliada, y acondicionada para servir de asilo privado de lunáticos. Sin embargo, no es visible desde el terreno.

Cuando hube terminado, el conde dijo:

—Me alegra que sea grande y vieja. Yo mismo provengo de una antigua familia, y vivir en una casa nueva me mataría. Una casa no puede hacerse habitable en un día, y, después de todo, qué pocos son los días necesarios para hacer un siglo. También me regocija que haya una capilla de tiempos ancestrales. Nosotros, los nobles transilvanos, no pensamos con agrado que nuestros huesos puedan algún día descansar entre los muertos comunes. Yo no busco ni la alegría ni el júbilo, ni la brillante voluptuosidad de muchos rayos de sol y aguas centelleantes que agradan tanto a los jóvenes alegres. Yo ya no soy joven; y mi corazón, a través de los pesados años de velar sobre los muertos, ya no está dispuesto para el regocijo. Es más: las murallas de mi castillo están quebradas; muchas son las som-

bras, y el viento respira frío a través de las rotas murallas y casamatas. Amo la sombra y la oscuridad, y prefiero, cuando puedo, estar a solas con mis pensamientos—.

De alguna forma sus palabras y su mirada no parecían estar de acuerdo, o quizá era que la expresión de su rostro hacía que su sonrisa pareciera maligna y saturnina.

Al momento, excusándose, me dejó, pidiéndome que recogiera todos mis papeles. Había estado ya un corto tiempo ausente, y yo comencé a hojear algunos de los libros que tenía más cerca. Uno era un atlas, el cual, naturalmente, estaba abierto en Inglaterra, como si el mapa hubiese sido muy usado. Al mirarlo encontré ciertos lugares marcados con pequeños anillos, y al examinar éstos noté que uno estaba cerca de Londres, en el lado este, manifiestamente donde su nueva propiedad estaba situada. Los otros dos eran Exéter y Whitby, en la costa de Yorkshire.

Transcurrió aproximadamente una hora antes de que el conde regresara.

—¡Ajá!—. Dijo él. —¿Todavía con sus libros?, ¡Bien! Pero no debe usted trabajar siempre. Venga; me han dicho que su cena ya está preparada—.

Me tomó del brazo y entramos en el siguiente cuarto, donde encontré una excelente cena ya dispuesta sobre la mesa. Nuevamente el conde se disculpó, ya que había cenado durante el tiempo que había estado fuera de casa. Pero al igual que la noche anterior, se sentó y charló mientras yo comía. Después de cenar yo fumé, e igual a la noche previa, el conde se quedó conmigo, charlando y haciendo preguntas sobre todos los posibles temas, hora tras hora. Yo sentí que ya se estaba haciendo muy tarde, pero no dije nada, pues me sentía con la obligación de satisfacer los deseos de mi anfitrión en cualquier forma posible. No me sentía soñoliento, ya que la larga noche de sueño del día anterior me había fortalecido; pero no pude evitar experimentar ese escalofrío que lo sobrecoge a uno con la llegada de la aurora, que es a su manera, el cambio de marea. Dicen que la gente que está agonizando muere generalmente con el cambio de la aurora o con el cambio de la marea; y cualquiera que haya estado cansado y obligado a mantenerse en su puesto, ha experimentado este cambio en la atmósfera y puede creerlo. De pronto, escuchamos el cántico de un gallo, llegando con sobrenatural

estridencia a través de la clara mañana; el conde Drácula saltó sobre sus pies, y dijo:

—¡Pues ya llegó otra vez la mañana! Soy muy abusivo obligándole a que se quede despierto tanto tiempo. Debe usted hacer su conversación acerca de mi querido nuevo país Inglaterra menos interesante, para que yo no olvide cómo vuela el tiempo entre nosotros—.

Y dicho esto, haciendo una reverencia muy cortés, se alejó rápidamente.

Yo entré en mi cuarto y abrí las cortinas, pero había poco que observar; mi ventana daba al patio central, y todo lo que pude ver fue el caluroso gris del cielo despejado. Así es que volví a cerrar las ventanas, y he escrito lo relativo a este día.

8 de mayo. Cuando comencé a escribir este libro temí que me estuviese explayando demasiado; pero ahora me complace haber entrado en detalle desde un principio, pues hay algo tan extraño acerca de este lugar y de todas las cosas que suceden, que no puedo sino sentirme inquieto. Desearía estar lejos de aquí, o jamás haber venido. Puede ser que esta extraña existencia de noche me esté afectando, ¡pero cómo desearía que eso fuese todo! Si hubiese alguien con quien pudiera hablar creo que lo soportaría, pero no hay nadie. Sólo tengo al conde para hablar, ¡y él...! Temo ser la única alma viviente el lugar. Permítaseme ser prosaico tanto como los hechos lo sean; me ayudará esto mucho a soportar la situación; y la imaginación no debe corromperse conmigo. Si lo hace, estoy perdido. Digamos de una vez por todas en qué situación me encuentro, o parezco encontrarme.

Dormí sólo unas cuantas horas al ir a la cama, y sintiendo que no podía dormir más, me levanté. Colgué mi espejo de afeitar en la ventana y apenas estaba comenzando a afeitarme. De pronto, sentí una mano sobre mi hombro, y escuché la voz del conde diciéndome: "Buenos días." Me sobresaltó, pues me maravilló que no lo hubiera visto, ya que la imagen del espejo cubría la totalidad del cuarto detrás de mí. Debido al sobresalto me corté ligeramente, pero de momento no lo noté. Habiendo contestado al saludo del conde, me volví al espejo para ver cómo me había equivocado. Esta vez no podía haber ningún error, pues el hombre estaba cerca de mí y yo podía verlo por sobre mi hombro ¡pero no había ninguna imagen de él en el espejo! Todo

el cuarto detrás de mí estaba reflejado, pero no había en él señal de ningún hombre, a excepción de mí mismo. Esto era sorprendente, y, sumado a la gran cantidad de cosas raras que ya habían sucedido, comenzó a incrementar ese vago sentimiento de inquietud que siempre tengo cuando el conde está cerca. Pero en ese instante vi que la herida había sangrado ligeramente y que un hililllo de sangre bajaba por mi mentón. Deposité la navaja de afeitar, y al hacerlo me di media vuelta buscando un emplasto adhesivo. Cuando el conde vio mi cara, sus ojos relumbraron con una especie de furia demoníaca, y repentinamente se lanzó sobre mi garganta. Yo retrocedí y su mano tocó la cadena del rosario que sostenía el crucifijo. Hizo un cambio instantáneo en él, pues la furia le pasó tan rápidamente que apenas podía yo creer que jamás la hubiera sentido.

—Tenga cuidado —dijo él—, tenga cuidado de no cortarse. Es más peligroso de lo que usted cree en este país —añadió, tomando el espejo de afeitar—. Y esta maldita cosa es la que ha hecho el follón. Es una burbuja podrida de la vanidad del hombre. ¡Lejos con ella!

Al decir esto abrió la pesada ventana y con un tirón de su horrible mano lanzó por ella el espejo, que se hizo añicos en las piedras del patio interior situado en el fondo.

Luego se retiró sin decir palabra. Todo esto es muy enojoso, porque ahora no veo cómo voy a poder afeitarme, a menos que use la caja de mi reloj o el fondo de mi vasija de afeitar, que afortunadamente es de metal.

Cuando entré al comedor el desayuno estaba preparado; pero no pude encontrar al conde por ningún lugar. Así es que desayuné solo. Es extraño que hasta ahora todavía no he visto al conde comer o beber. ¡Debe ser un hombre muy peculiar! Después del desayuno hice una pequeña exploración en el castillo. Subí por las gradas y encontré un cuarto que miraba hacia el sur. La vista era magnífica, y desde donde yo me encontraba tenía toda la oportunidad para apreciarla. El castillo se encuentra al mismo borde de un terrible precipicio. ¡Una piedra cayendo desde la ventana puede descender mil pies sin tocar nada! Tan lejos como el ojo alcanza a divisar, solo se ve un mar de verdes copas de árboles, con alguna grieta ocasional donde hay un abismo. Aquí y allí se ven hilos de plata de los ríos que pasan por profundos desfiladeros a través del bosque.

Pero no estoy con ánimo para describir tanta belleza, pues cuando hube contemplado la vista exploré un poco más; por todos lados puertas, puertas, puertas, todas cerradas y con llave. No hay ningún lugar, a excepción de las ventanas en las paredes del castillo, por el cual se pueda salir.

¡El castillo es en verdad una prisión, y yo soy un prisionero!

III

Del diario de Jonathan Harker (Continuación)

Cuando me di cuenta de que era un prisionero, una especie de sensación salvaje se apoderó de mí. Corrí arriba y abajo por las escaleras, pulsando cada puerta y mirando a través de cada ventana que encontraba; pero después de un rato la convicción de mi impotencia se sobrepuso a todos mis otros sentimientos. Ahora, después de unas horas, cuando pienso en ello me imagino que debo haber estado loco, pues me comporté muy semejante a una rata cogida en una trampa. Sin embargo, cuando tuve la convicción de que era impotente, me senté tranquilamente, tan tranquilamente como jamás lo he hecho en mi vida, y comencé a pensar que era lo mejor que podía hacer. De una cosa sí estoy seguro: que no tiene sentido dar a conocer mis ideas al conde. Él sabe perfectamente que estoy atrapado; y como él mismo es quien lo ha hecho, e indudablemente tiene sus motivos para ello, si le confieso completamente mi situación sólo tratará de engañarme.

Por lo que hasta aquí puedo ver, mi único plan será mantener mis conocimientos y mis temores para mí mismo, y mis ojos abiertos. Sé que o estoy siendo engañado como un niño, por mis propios temores, o estoy en un aprieto; y si esto último es lo verdadero, necesito y necesitaré todos mis sesos para poder salir adelante.

Apenas había llegado a esta conclusión cuando oí que la gran puerta de abajo se cerraba, y supe que el conde había regresado. No llegó de inmediato a la biblioteca, por lo que yo cautelosamente regresé a mi cuarto, y lo encontré arreglándome la cama. Esto era raro, pero sólo confirmó lo que yo ya había estado sospechando durante bastante tiempo: en la casa no había sirvientes. Cuando después lo vi a través de la hendidura de los goznes de la puerta arreglando la mesa en el comedor, ya no tuve ninguna duda; pues si él se encargaba de hacer todos aquellos oficios minúsculos, seguramente era la prueba de que no había nadie más en el castillo, y el mismo conde debió haber

sido el cochero que me trajo en la calesa hasta aquí. Esto es un pensamiento terrible; pues si es así, significa que puede controlar a los lobos, tal como lo hizo, por el solo hecho de levantar la mano en silencio. ¿Por qué habrá sido que toda la gente en Bistritz y en el coche sentían tanto temor por mí? ¿Qué significado le daban al crucifijo, al ajo, a la rosa salvaje, al fresno de montaña? ¡Bendita sea aquella buena mujer que me colgó el crucifijo alrededor del cuello! Me da consuelo y fuerza cada vez que lo toco. Es divertido que una cosa a la cual me enseñaron que debía ver con desagrado y como algo idolátrico pueda ser de ayuda en tiempo de soledad y problemas. ¿Es que hay algo en la esencia misma de la cosa, o es que es un medio, una ayuda tangible que evoca el recuerdo de simpatías y consuelos? Puede ser que alguna vez deba examinar este asunto y tratar de decirme acerca de él. Mientras tanto debo averiguar todo lo que pueda sobre el conde Drácula, pues eso me puede ayudar a comprender. Esta noche lo haré que hable sobre él mismo, volteando la conversación en esa dirección. Sin embargo, debo ser muy cuidadoso para no despertar sus sospechas.

Medianoche. He tenido una larga conversación con el conde. Le hice unas cuantas preguntas acerca de la historia de Transilvania, y él respondió al tema en forma maravillosa. Al hablar de cosas y personas, y especialmente de batallas, habló como si hubiese estado presente en todas ellas. Esto me lo explicó posteriormente diciendo que para un boyar el orgullo de su casa y su nombre es su propio orgullo, que la gloria de ellos es su propia gloria, que el destino de ellos es su propio destino. Siempre que habló de su casa se refería a ella diciendo "nosotros", y casi todo el tiempo habló en plural, tal como hablan los reyes. Me gustaría poder escribir aquí exactamente todo lo que él dijo, pues para mí resulta extremadamente fascinante. Parecía estar ahí toda la historia del país. A medida que hablaba se fue excitando, y se paseó por el cuarto tirando de sus grandes bigotes blancos y sujetando todo lo que tenía en sus manos como si fuese a estrujar lo a pura fuerza. Dijo una cosa que trataré de describir lo más exactamente posible que pueda; pues a su manera, en ella está narrada toda la historia de su raza:

"Nosotros los escequelios tenemos derecho a estar orgullosos, pues por nuestras venas circula la sangre de muchas razas bravías que pelearon como pelean los leones por su señorío. Aquí, en el torbellino de las razas europeas, la tribu ugric trajo desde Islandia el espíritu de lucha que Thor y Wodin les habían dado, y cuyos bersequers demostraron tan clara e inten-

samente en las costas de Europa (¿qué digo?, y de Asia y de África también) que la misma gente creyó que habían llegado los propios hombres-lobos.

Aquí también, cuando llegaron, encontraron a los hunos, cuya furia guerrera había barrido la tierra como una llama viviente, de tal manera que la gente moribunda creía que en sus venas corría la sangre de aquellas brujas antiguas, quienes expulsadas de Seythia se acoplaron con los diablos en el desierto. ¡Tontos, tontos! ¿Qué diablo o qué bruja ha sido alguna vez tan grande como Atila, cuya sangre está en estas venas? —dijo, levantando sus brazos —. ¿Puede ser extraño que nosotros seamos una raza conquistadora; que seamos orgullosos; que cuando los magiares, los lombardos, los avares, los búlgaros o los turcos se lanzaron por miles sobre nuestras fronteras nosotros los hayamos rechazado? ¿Es extraño que cuando Arpad y sus legiones se desparramaron por la patria húngara nos encontraran aquí al llegar a la frontera; que el Honfoglalas se completara aquí? Y cuando la inundación húngara se desplazó hacia el este, los escequelios fueron proclamados parientes por los misteriosos magiares, y fue a nosotros durante siglos que se nos confió la guardia de la frontera de Turquía. Hay más que eso todavía, el interminable deber de la guardia de la frontera, pues como dicen los turcos el agua duerme, y el enemigo vela. ¿Quién más feliz que nosotros entre las cuatro naciones recibió "la espada ensangrentada", o corrió más rápidamente al lado del rey cuando éste lanzaba su grito de guerra? ¿Cuándo fue redimida la gran vergüenza de la nación, la vergüenza de Cassova, cuando las banderas de los valacos y de los magiares cayeron abatidas bajo la creciente? ¿Quién fue sino uno de mi propia raza que bajo el nombre de Voivode cruzó el Danubio y batió a los turcos en su propia tierra? ¡Este era indudablemente un Drácula! ¿Quién fue aquel que a su propio hermano indigno, cuando hubo caído, vendió su gente a los turcos y trajo sobre ellos la vergüenza de la esclavitud? ¡No fue, pues, este Drácula, quien inspiró a aquel otro de su raza que en edades posteriores llevó una y otra vez a sus fuerzas sobre el gran río y dentro de Turquía; que, cuando era derrotado regresaba una y otra vez, aunque tuviera que ir solo al sangriento campo donde sus tropas estaban siendo mortalmente destrozadas, porque sabía que sólo él podía garantizar el triunfo! Dicen que él solo pensaba en él mismo. ¡Bah! ¿De qué sirven los campesinos sin un jefe? ¿En qué termina una guerra que no tiene un cerebro y un corazón que la dirija? Más todavía, cuando, después de la batalla de Mohacs,

nos sacudimos el yugo húngaro, nosotros los de sangre Drácula estábamos entre sus dirigentes, pues nuestro espíritu no podía soportar que no fuésemos libres. Ah, joven amigo, los escequelios (y los Drácula como la sangre de su corazón, su cerebro y sus espadas) pueden enorgullecerse de una tradición que los retoños de los hongos como los Hapsburgo y los Romanoff nunca pueden alcanzar. Los días de guerra ya terminaron. La sangre es una cosa demasiado preciosa en estos días de paz deshonorable; y las glorias de las grandes razas son como un cuento que se narra.

Para aquel tiempo ya se estaba acercando la mañana, y nos fuimos a acostar. (Rec., este diario parece tan horrible como el comienzo de las "Noches Árabes", pues todo tiene que suspenderse al cantar el gallo —o como el fantasma del padre de Hamlet.)

12 de mayo. Permítaseme comenzar con hechos, con meros y escuetos hechos, verificados con libros y números, y de los cuales no puede haber duda alguna. No debo confundirlos con experiencias que tendrán que descansar en mi propia observación, o en mi memoria de ellas. Anoche, cuando el conde llegó de su cuarto, comenzó por hacerme preguntas de asuntos legales y en la manera en que se tramitaban cierta clase de negocios. Había pasado el día fatigadamente sobre libros y, simplemente para mantener mi mente ocupada, comencé a reflexionar sobre algunas cosas que había estado examinando en la posada de Lincoln. Hay un cierto método en las pesquisas del conde, de tal manera que trataré de ponerlas en su orden de sucesión. El conocimiento puede de alguna forma y alguna vez serme útil.

Primero me preguntó si un hombre en Inglaterra puede tener dos procuradores o más. Le dije que si deseaba podía tener una docena, pero que no sería oportuno tener más de un procurador empleado en una transacción, debido a que sólo podía actuar uno cada vez, y que estarlos cambiando sería seguro actuar en contra de su interés. Pareció que entendió bien lo que le quería decir y continuó preguntándome si habría una dificultad práctica al tener un hombre atendiendo, digamos, las finanzas, y a otro preocupándose por los embarques, en caso de que se necesitara ayuda local en un lugar lejano de la casa del procurador financiero. Yo le pedí que me explicara más comple-

tamente, de tal manera que no hubiera oportunidad de que yo pudiera darle un juicio erróneo. Entonces dijo:

—Pondré un ejemplo. Su amigo y mío, el señor Peter Hawkins, desde la sombra de su bella catedral en Exéter, que queda bastante retirada de Londres, compra para mí a través de sus buenos oficios una propiedad en Londres. ¡Muy bien! Ahora déjeme decirle francamente, a menos que usted piense que es muy extraño que yo haya solicitado los servicios de alguien tan lejos de Londres, en lugar de otra persona residente ahí, que mi único motivo fue que ningún interés local fuese servido excepto mis propios deseos. Y como alguien residiendo en Londres pudiera tener, tal vez, algún propósito para sí o para amigos a quienes sirve, busqué a mi agente en la campiña, cuyos trabajos sólo serían para mi interés. Ahora, supongamos, yo, que tengo muchos asuntos pendientes, deseo embarcar algunas cosas, digamos, a Newcastle, o Durham, o Harwich, o Dover, ¿no podría ser que fuese más fácil hacerlo consignándolas a uno de estos puertos?

Yo le respondí que era seguro que sería más fácil, pero que nosotros los procuradores teníamos un sistema de agencias de unos a otros, de tal manera que el trabajo local podía hacerse localmente bajo instrucción de cualquier procurador, por lo que el cliente, poniéndose simplemente en las manos de un hombre, podía ver que sus deseos se cumplieran sin tomarse más molestias.

—Pero —dijo él—, yo tendría la libertad de dirigirme a mí mismo. ¿No es así?

—Por supuesto —le repliqué —; y así hacen muchas veces hombres de negocios, quienes no desean que la totalidad de sus asuntos sean conocidos por una sola persona.

—¡Magnífico!—. Exclamó.

Y entonces pasó a preguntarme acerca de los medios para enviar cosas en consignación y las formas por las cuales se tenían que pasar, y toda clase de dificultades que pudiesen sobrevenir, pero que pudiesen ser previstas pensándolas de antemano. Le expliqué todas sus preguntas con la mejor de mis habilidades, y ciertamente me dejó bajo la impresión de que hubiese sido un magnífico procurador, pues no había nada que no pensase o previese. Para un hombre que nunca había estado en el país, y que evidentemente no se ocupaba mucho en asuntos de negocios, sus conocimientos y perspicacia eran maravillosos.

Cuando quedó satisfecho con esos puntos de los cuales había hablado, y yo había verificado todo también con los libros que tenía a mano, se puso repentinamente de pie y dijo:

—¿Ha escrito desde su primera carta a nuestro amigo el señor Peter Hawkins, o a cualquier otro?

Fue con cierta amargura en mi corazón que le respondí que no, ya que hasta entonces no había visto ninguna oportunidad de enviarle cartas a nadie.

—Entonces escriba ahora, mi joven amigo —me dijo, poniendo su pesada mano sobre mi hombre—; escriba a nuestro amigo y a cualquier otro; y diga, si le place, que usted se quedara conmigo durante un mes más a partir de hoy.

—¿Desea usted que yo me quede tanto tiempo? —le pregunté, pues mi corazón se heló con la idea.

—Lo deseo mucho; no, más bien, no acepto negativas. Cuando su señor, su patrón, como usted quiera, encargó que alguien viniese en su nombre, se entendió que solo debían consultarse mis necesidades. Yo no he escatimado, ¿no es así?

¿Qué podía hacer yo sino inclinarme y aceptar? Era el interés del señor Hawkins y no el mío, y yo tenía que pensar en él, no en mí. Y además, mientras el conde Drácula estaba hablando, había en sus ojos y en sus ademanes algo que me hacía recordar que era su prisionero, y que aunque deseara realmente no tenía dónde escoger. El conde vio su victoria en mi reverencia y su dominio en la angustia de mi rostro, pues de inmediato comenzó a usar ambos, pero en su propia manera suave e irresistible.

—Le suplico, mi buen joven amigo, que no hable de otras cosas sino de negocios en sus cartas. Indudablemente que le gustará a sus amigos saber que usted se encuentra bien, y que usted está ansioso de regresar a casa con ellos, ¿no es así?

Mientras hablaba me entregó tres hojas de papel y tres sobres. Eran finos, destinados al correo extranjero, y al verlos, y al verlo a él, notando su tranquila sonrisa con los agudos dientes caninos sobresaliéndole sobre los rojos labios inferiores, comprendí también como si se me hubiese dicho con palabras que debía tener bastante prudencia con lo que escribía, pues él iba a leer su contenido. Por lo tanto, tomé la determinación de escribir por ahora sólo unas notas normales, pero escribirle detallada-

mente al señor Hawkins en secreto. Y también a Mina, pues a ella le podía escribir en taquigrafía, lo cual seguramente dejaría perplejo al conde si leía la carta. Una vez que hube escrito mis dos cartas, me senté calmadamente, leyendo un libro mientras el conde escribía varias notas, acudiendo mientras las escribía a algunos libros sobre su mesa. Luego tomó mis dos cartas y las colocó con las de él, y guardó los utensilios con que había escrito. En el instante en que la puerta se cerró tras él, yo me incliné y miré los sobres que estaban boca abajo sobre la mesa. No sentí ningún escrúpulo en hacer esto, pues bajo las circunstancias sentía que debía protegerme de cualquier manera posible.

Una de las cartas estaba dirigida a Samuel F. Billington, número 7, La Creciente, Whitby; otra a *herr* Leutner, Varna; la tercera era para Coutts & Co., Londres, y la cuarta para Herren Klopstock & Billreuth, banqueros, Budapest. La segunda y la cuarta no estaban cerradas. Estaba a punto de verlas cuando noté que la perilla de la puerta se movía. Me dejé caer sobre mi asiento, teniendo apenas el tiempo necesario para colocar las cartas como habían estado y para reiniciar la lectura de mi libro, antes de que el conde entrara llevando todavía otra carta en la mano. Tomó todas las otras misivas que estaban sobre la mesa y las estampó cuidadosamente, y luego, volviéndose a mí, dijo:

—Confío en que usted me perdonará, pero tengo mucho trabajo en privado que hacer esta noche. Espero que usted encuentre todas las cosas que necesita.

Ya en la puerta se volvió, y después de un momento de pausa, dijo:

—Permítame que le aconseje, mi querido joven amigo; no, permítame que le advierta con toda seriedad que en caso de que usted deje estos cuartos, por ningún motivo se quede dormido en cualquier otra parte del castillo. Es viejo y tiene muchas memorias, y hay muchas pesadillas para aquellos que no duermen sabiamente. ¡Se lo advierto! En caso de que el sueño lo dominase ahora o en otra oportunidad o esté a punto de dominarlo, regrese deprisa a su propia habitación o a estos cuartos, pues entonces podrá descansar a salvo. Pero no siendo usted cuidadoso a este respecto, entonces... —terminó su discurso de una manera horripilante, pues hizo un movimiento con las manos como si se las estuviera lavando.

Yo casi le entendí. Mi única duda era de si cualquier sueño pudiera ser más terrible que la red sobrenatural, horrible,

de tenebrosidad y misterio que parecía estarse cerrando a mi alrededor.

Más tarde. Endoso las últimas palabras escritas, pero esta vez no hay ninguna duda en el asunto. No tendré ningún miedo de dormir en cualquier lugar donde él no esté. He colocado el crucifijo sobre la cabeza de mi cama porque así me imagino que mi descanso está más libre de pesadillas. Y ahí permanecerá.

Cuando me dejó, yo me dirigí a mi cuarto. Después de cierto tiempo, al no escuchar ningún ruido, salí y subí al graderío de piedras desde donde podía ver hacia el sur. Había cierto sentido de la libertad en esta vasta extensión, aunque me fuese inaccesible, comparada con la estrecha oscuridad del patio interior. Al mirar hacia afuera, sentí sin ninguna duda que estaba prisionero, y me pareció que necesitaba un respiro de aire fresco, aunque fuese en la noche. Estoy comenzando a sentir que esta existencia nocturna me está afectando. Me está destruyendo mis nervios. Me asusto de mi propia sombra, y estoy lleno de toda clase de terribles imaginaciones. ¡Dios sabe muy bien que hay motivos para mi terrible miedo en este maldito lugar! Miré el bello paisaje, bañado en la tenue luz amarilla de la luna, hasta que casi era como la luz del día. En la suave penumbra las colinas distantes se derretían, y las sombras se perdían en los valles y hondonadas de un negro aterciopelado. La mera belleza pareció alegrarme; había paz y consuelo en cada respiración que inhalaba. Al reclinarme sobre la ventana mi ojo fue captado por algo que se movía un piso más abajo y algo hacia mi izquierda, donde imagino, por el orden de las habitaciones, que estarían las ventanas del cuarto del propio conde. La ventana en la cual yo me encontraba era alta y profunda, cavada en piedra, y aunque el tiempo y el clima la habían gastado, todavía estaba completa. Pero evidentemente hacía mucho que el marco había desaparecido. Me coloqué detrás del cuadro de piedras y miré atentamente.

Lo que vi fue la cabeza del conde saliendo de la ventana. No le vi la cara, pero supe que era él por el cuello y el movimiento de su espalda y sus brazos. De cualquier modo, no podía confundir aquellas manos, las cuales había estudiado en tantas oportunidades. En un principio me mostré interesado y hasta cierto punto entretenido, pues es maravilloso cómo una pequeña cosa puede interesar y entretener a un hombre que se encuentra prisionero. Pero mis propias sensaciones se tornaron en repul-

sión y terror cuando vi que todo el hombre emergía lentamente de la ventana y comenzaba a arrastrarse por la pared del castillo, sobre el profundo abismo, con la cabeza hacia abajo y con su manto extendido sobre él a manera de grandes alas. Al principio no daba crédito a mis ojos. Pensé que se trataba de un truco de la luz de la luna, algún malévolo efecto de sombras. Pero continué mirando y no podía ser ningún engaño. Vi cómo los dedos de las manos y de los pies se sujetaban de las esquinas de las piedras, desgastadas claramente de la argamasa por el paso de los años, y así usando cada proyección y desigualdad, se movían hacia abajo a una considerable velocidad, de la misma manera en que una lagartija camina por las paredes.

¿Qué clase de hombre es éste, o qué clase de ente con apariencia de hombre? Siento que el terror de este horrible lugar me esta dominando; tengo miedo, mucho miedo, de que no haya escape posible para mí. Estoy rodeado de tales terrores que no me atrevo a pensar en ellos...

15 de mayo. Una vez más he visto al conde deslizarse como lagartija. Caminó hacia abajo, un poco de lado, durante unos cien pies y tendiendo hacia la izquierda. Allí desapareció en un agujero o ventana. Cuando su cabeza hubo desaparecido, me incliné hacia afuera tratando de ver más, pero sin resultado, ya que la distancia era demasiado grande como para proporcionarme un ángulo visual favorable. Pero entonces ya sabía yo que había abandonado el castillo, y pensé que debía aprovechar la oportunidad para explorar más de lo que hasta entonces me había atrevido a ver. Regresé al cuarto, y tomando una lámpara, probé todas las puertas. Todas estaban cerradas con llave, tal como lo había esperado, y las cerraduras eran comparativamente nuevas. Entonces, descendí por las gradas de piedra al corredor por donde había entrado originalmente.

Encontré que podía retirar suficientemente fácil los cerrojos y destrabar las grandes cadenas; ¡pero la puerta estaba bien cerrada y no había ninguna llave! La llave debía estar en el cuarto del conde. Tengo que vigilar en caso de que su puerta esté sin llave, de manera que pueda conseguirla y escaparme. Continué haciendo un minucioso examen de varias escalinatas y pasadizos y pulsé todas las puertas que estaban ante ellos. Una o dos habitaciones cerca del corredor estaban abiertas, pero no había nada en ellas, nada que ver excepto viejos muebles, polvorientos por el viento y carcomidos de la polilla.

Por fin, sin embargo, encontré una puerta al final de la escalera, la cual, aunque parecía estar cerrada con llave, cedió un poco a la presión. La empujó más fuertemente y descubrí que en verdad no estaba cerrada con llave, sino que la resistencia provenía de que los goznes se habían caído un poco y que la pesada puerta descansaba sobre el suelo. Allí había una oportunidad que bien pudiera ser única, de tal manera que hice un esfuerzo supremo, y después de muchos intentos la forcé hacia atrás de manera que podía entrar. Me encontraba en aquellos momentos en un ala del castillo mucho más a la derecha que los cuartos que conocía y un piso más abajo. Desde las ventanas pude ver que la serie de cuartos estaban situados a lo largo hacia el sur del castillo, con las ventanas de la última habitación viendo tanto al este como al sur. De ese último lado, tanto como del anterior, había un gran precipicio. El castillo estaba construido en la esquina de una gran peña, de tal manera que era casi inexpugnable en tres de sus lados, y grandes ventanas estaban colocadas aquí donde ni la onda, ni el arco, ni la culebrina podían alcanzar, siendo aseguradas así luz y comodidad, a una posición que tenía que ser resguardada. Hacia el oeste había un gran valle, y luego, levantándose allá muy lejos, una gran cadena de montañas dentadas, elevándose pico a pico, donde la piedra desnuda estaba salpicada por fresnos de montaña y abrojos, cuyas raíces se agarraban de las rendijas, hendiduras y rajaduras de las piedras. Esta era evidentemente la porción del castillo ocupada en días pasados por las damas, pues los muebles tenían un aire más cómodo del que hasta entonces había visto. Las ventanas no tenían cortinas, y la amarilla luz de la luna reflejándose en las hondonadas diamantinas, permitía incluso distinguir los colores, mientras suavizaba la cantidad de polvo que yacía sobre todo, y en alguna medida disfrazaba los efectos del tiempo y la polilla. Mi lámpara tenía poco efecto en la brillante luz de la luna, pero yo estaba alegre de tenerla conmigo, pues en el lugar había una tenebrosa soledad que hacía temblar mi corazón y mis nervios. A pesar de todo era mejor que vivir solo en los cuartos que había llegado a odiar debido a la presencia del conde, y después de tratar un poco de dominar mis nervios, me sentí sobrecogido por una suave tranquilidad. Y aquí me encuentro, sentado en una pequeña mesa de roble donde en tiempos antiguos alguna bella dama solía tomar la pluma, con muchos pensamientos y más rubores, para mal escribir su carta de amor, escribiendo en mi diario en taquigrafía todo lo que ha pasado desde que lo cerré por última vez. Es el siglo XIX, muy moderno, con toda su alma. Y sin embargo, a menos que mis

sentidos me engañen, los siglos pasados tuvieron y tienen poderes peculiares de ellos, que la mera "modernidad" no puede matar.

Más tarde: mañana del 16 de mayo. Dios me preserve cuerdo, pues a esto estoy reducido. Seguridad, y confianza en la seguridad, son cosas del pasado. Mientras yo viva aquí sólo hay una cosa que desear, y es que no me vuelva loco, si de hecho no estoy loco ya. Si estoy cuerdo, entonces es desde luego enloquecedor pensar que de todas las cosas podridas que se arrastran en este odioso lugar, el conde es la menos tenebrosa para mí; que sólo en él puedo yo buscar la seguridad, aunque ésta sólo sea mientras pueda servir a sus propósitos. ¡Gran Dios, Dios piadoso! Dadme la calma, pues en esa dirección indudablemente me espera la locura. Empiezo a ver nuevas luces sobre ciertas cosas que antes me tenían perplejo. Hasta ahora no sabía verdaderamente lo que quería dar a entender Shakespeare cuando hizo que Hamlet dijera:

"¡Mis libretas, pronto, mis libretas!
es imprescindible que lo escriba", etc.,

pues ahora, sintiendo como si mi cerebro estuviese desquiciado o como si hubiese llegado el golpe que terminará en su trastorno, me vuelvo a mi diario buscando reposo. El hábito de anotar todo minuciosamente debe ayudarme a tranquilizar.

La misteriosa advertencia del conde me asustó; pero más me asusta ahora cuando pienso en ella, pues para lo futuro tiene un terrorífico poder sobre mí. ¡Tendré dudas de todo lo que me diga! Una vez que hube escrito en mi diario y que hube colocado nuevamente la pluma y el libro en el bolsillo, me sentí soñoliento. Recordé inmediatamente la advertencia del conde, pero fue un placer desobedecerla. La sensación de sueño me había aletargado, y con ella la obstinación que trae el sueño como un forastero. La suave luz de la luna me calmaba, y la vasta extensión afuera me daba una sensación de libertad que me refrescaba. Hice la determinación de no regresar aquella noche a las habitaciones llenas de espantos, sino que dormir aquí donde, antaño, damas se habían sentado y cantado y habían vivido dulces vidas mientras sus suaves pechos se entristecían por los hombres alejados en medio de guerras cruentas. Saqué una amplia cama de su puesto cerca de una esquina, para poder, al acostarme, mirar el hermoso paisaje al este y al sur, y sin pensar y sin tener en cuenta el polvo, me dispuse a dormir. Supongo que debo haberme quedado dormido; así lo espero, pero temo,

pues todo lo que siguió fue tan extraordinariamente real, tan real, que ahora sentado aquí a plena luz del sol de la mañana, no puedo pensar de ninguna manera que estaba dormido.

No estaba solo. El cuarto estaba lo mismo, sin ningún cambio de ninguna clase desde que yo había entrado en él; a la luz de la brillante luz de la luna podía ver mis propias pisadas marcadas donde había perturbado la larga acumulación de polvo. En la luz de la luna al lado opuesto donde yo me encontraba estaban tres jóvenes mujeres, mejor dicho tres damas, debido a su vestido y a su porte. En el momento en que las vi pensé que estaba soñando, pues, aunque la luz de la luna estaba detrás de ellas, no proyectaban ninguna sombra sobre el suelo. Se me acercaron y me miraron por un tiempo, y entonces comenzaron a murmurar entre ellas. Dos eran de pelo oscuro y tenían altas narices aguileñas, como el conde, y grandes y penetrantes ojos negros, que casi parecían ser rojos contrastando con la pálida luna amarilla. La otra era rubia; increíblemente rubia, con grandes mechones de dorado pelo ondulado y ojos como pálidos zafiros. Me pareció que de alguna manera yo conocía su cara, y que la conocía en relación con algún sueño tenebroso, pero de momento no pude recordar dónde ni cómo. Las tres tenían dientes blancos brillantes que refulgían como perlas contra el rubí de sus labios voluptuosos. Algo había en ellas que me hizo sentirme inquieto; un miedo a la vez nostálgico y mortal. Sentí en mi corazón un deseo malévolo, llameante, de que me besaran con esos labios rojos. No está bien que yo anote esto, en caso de que algún día encuentre los ojos de Mina y la haga padecer; pero es la verdad. Murmuraron entre sí, y entonces las tres rieron, con una risa argentina, musical, pero tan dura como si su sonido jamás hubiese pasado a través de la suavidad de unos labios humanos. Era como la dulzura intolerable, tintineante, de los vasos de agua cuando son tocados por una mano diestra. La mujer rubia sacudió coquetamente la cabeza, y las otras dos insistieron en ella. Una dijo:

—¡Adelante! Tú vas primero y nosotras te seguimos; tuyo es el derecho de comenzar.

La otra agregó:

—Es joven y fuerte. Hay besos para todas.

Yo permanecí quieto, mirando bajo mis pestañas la agonía de una deliciosa expectación. La muchacha rubia avanzó y se inclinó sobre mí hasta que pude sentir el movimiento de su

aliento sobre mi rostro. En un sentido era dulce, dulce como la miel, y enviaba, como su voz, el mismo tintineo a través de los nervios, pero con una amargura debajo de lo dulce, una amargura ofensiva como la que se huele en la sangre.

Tuve miedo de levantar mis párpados, pero miré y vi perfectamente debajo de las pestañas. La muchacha se arrodilló y se inclinó sobre mí, regocijándose simplemente. Había una voluptuosidad deliberada que era a la vez maravillosa y repulsiva, y en el momento en que dobló su cuello se relamió los labios como un animal, de manera que pude ver la humedad brillando en sus labios escarlata a la luz de la luna y la lengua roja cuando golpeaba sus blancos y agudos dientes. Su cabeza descendió y descendió a medida que los labios pasaron a lo largo de mi boca y mentón, y parecieron posarse sobre mi garganta. Entonces hizo una pausa y pude escuchar el agitado sonido de su lengua que lamía sus dientes y labios, y pude sentir el caliente aliento sobre mi cuello. Entonces la piel de mi garganta comenzó a hormiguear como le sucede a la carne de uno cuando la mano que le va a hacer cosquillas se acerca cada vez más y más. Pude sentir el toque suave, tembloroso, de los labios en la piel supersensitiva de mi garganta, y la fuerte presión de dos dientes agudos, simplemente tocándome y deteniéndose ahí; cerré mis ojos en un lánguido éxtasis y esperé; esperé con el corazón latiéndome fuertemente.

Pero en ese instante, otra sensación me recorrió tan rápida como un relámpago.

Fui consciente de la presencia del conde, y de su existencia como envuelto en una tormenta de furia. Al abrirse mis ojos involuntariamente, vi su fuerte mano sujetando el delicado cuello de la mujer rubia, y con el poder de un gigante arrastrándola hacia atrás, con sus ojos azules transformados por la furia, los dientes blancos apretados por la ira y sus pálidas mejillas encendidas por la pasión. ¡Pero el conde! Jamás imaginé yo tal arrebato y furia ni en los demonios del infierno. Sus ojos positivamente despedían llamas. La roja luz en ellos era espeluznante, como si detrás de ellos se encontraran las llamas del propio infierno. Su rostro estaba mortalmente pálido y las líneas de él eran duras como alambres retorcidos; las espesas cejas, que se unían sobre la nariz, parecían ahora una palanca de metal incandescente y blanco. Con un fiero movimiento de su mano, lanzó a la mujer lejos de él, y luego gesticuló ante las otras como si las estuviese rechazando; era el mismo gesto imperioso que

yo había visto se usara con los lobos. En una voz que, aunque baja y casi un susurro, pareció cortar el aire y luego resonar por toda la habitación, les dijo:

—¿Cómo se atreve cualquiera de vosotras a tocarlo? ¿Cómo os atrevéis a poner vuestros ojos sobre él cuando yo os lo he prohibido? ¡Atrás, os digo a todas! ¡Este hombre me pertenece! Cuidaos de meteros con él, o tendréis que véroslas conmigo.

La muchacha rubia, con una risa de coquetería rival, se volvió para responderle:

—Tú mismo jamás has amado; ¡tú nunca amas!

Al oír esto las otras mujeres le hicieron eco, y por el cuarto resonó una risa tan lúgubre, dura y despiadada, que casi me desmayé al escucharla. Parecía el placer de los enemigos. Entonces el conde se volvió después de mirar atentamente mi cara, y dijo en un suave susurro:

—Sí, yo también puedo amar; vosotras mismas lo sabéis por el pasado. ¿No es así? Bien, ahora os prometo que cuando haya terminado con él os dejaré besarlo tanto como queráis. ¡Ahora idos, idos! Debo despertarle porque hay trabajo que hacer.

—¿Es que no vamos a tener nada hoy por la noche? —preguntó una de ellas, con una risa contenida, mientras señalaba hacia una bolsa que él había tirado sobre el suelo y que se movía como si hubiese algo vivo allí.

Por toda respuesta, él hizo un movimiento de cabeza. Una de las mujeres saltó hacia adelante y abrió la bolsa. Si mis oídos no me engañaron se escuchó un suspiro y un lloriqueo como el de un niño de pecho. Las mujeres rodearon la bolsa, mientras yo permanecía petrificado de miedo. Pero al mirar otra vez ya habían desaparecido, y con ellas la horripilante bolsa. No había ninguna puerta cerca de ellas, y no es posible que hayan pasado sobre mí sin yo haberlo notado. Pareció que simplemente se desvanecían en los rayos de la luz de la luna y salían por la ventana, pues yo pude ver afuera las formas tenues de sus sombras, un momento antes de que desaparecieran por completo.

Entonces el horror me sobrecogió, y me hundí en la inconsciencia.

IV

Del diario de Jonathan Harker (Continuación)

Desperté en mi propia cama. Si es que no ha sido todo un sueño, el conde me debe de haber traído en brazos hasta aquí. Traté de explicarme el suceso, pero no pude llegar a ningún resultado claro. Para estar seguro, había ciertas pequeñas evidencias, tales como que mi ropa estaba doblada y arreglada de manera extraña. Mi reloj no tenía cuerda, y yo estoy rigurosamente acostumbrado a darle cuerda como última cosa antes de acostarme, y otros detalles parecidos. Pero todas estas cosas no son ninguna prueba definitiva, pues pueden ser evidencias de que mi mente no estaba en su estado normal, y, por una u otra causa, la verdad es que había estado muy excitado. Tengo que observar para probar. De una cosa me alegro: si fue el conde el que me trajo hasta aquí y me desvistió, debe haberlo hecho todo deprisa, pues mis bolsillos estaban intactos. Estoy seguro de que este diario hubiera sido para él un misterio que no hubiera soportado. Se lo habría llevado o lo habría destruido. Al mirar en torno de este cuarto, aunque ha sido tan intimidante para mí, veo que es ahora una especie de santuario, pues nada puede ser más terrible que esas monstruosas mujeres que estaban allí — están esperando para chuparme la sangre.

18 de mayo. He estado otra vez abajo para echar otra mirada al cuarto aprovechando la luz del día, pues debo saber la verdad. Cuando llegué a la puerta al final de las gradas la encontré cerrada. Había sido empujada con tal fuerza contra el batiente, que parte de la madera se había astillado. Pude ver que el cerrojo de la puerta no se había corrido, pero la puerta se encuentra atrancada por el lado de adentro. Temo que no haya sido un sueño, y debo actuar de acuerdo con esta suposición.

19 de mayo. Es seguro que estoy en las redes. Anoche el conde me pidió, en el más suave de los tonos, que escribiera tres cartas: una diciendo que mi trabajo aquí ya casi había terminado, y que saldría para casa dentro de unos días; otra diciendo que salía a la mañana siguiente de que escribía la carta, y una tercera afirmando que había dejado el castillo y había llegado a Bistritz. De buena gana hubiese protestado, pero sentí que en el actual estado de las cosas sería una locura tener un altercado con el conde, debido a que me encuentro absolutamente en su poder; y negarme hubiera sido despertar sus sospechas y excitar su cólera. Él sabe que yo sé demasiado, y que no debo vivir, pues sería peligroso para él; mi única probabilidad radica en prolongar mis oportunidades.

Puede ocurrir algo que me dé una posibilidad de escapar. Vi en sus ojos algo de aquella ira que se manifestó cuando arrojó a la mujer rubia lejos de sí. Me explicó que los empleos eran pocos e inseguros, y que al escribir ahora seguramente le daría tranquilidad a mis amigos; y me aseguró con tanta insistencia que enviaría las últimas cartas (las cuales serían detenidas en Bistritz hasta el tiempo oportuno en caso de que el azar permitiera que yo prolongara mi estancia) que oponérmele hubiera sido crear nuevas sospechas. Por lo tanto, pretendí estar de acuerdo con sus puntos de vista y le pregunté qué fecha debía poner en las cartas. Él calculó un minuto. Luego, dijo:

—La primera debe ser del 12 de junio, la segunda del 19 de junio y la tercera del 29 de junio.

Ahora sé hasta cuando viviré. ¡Dios me ampare!

28 de mayo. Se me ofrece una oportunidad para escaparme, o al menos para enviar un par de palabras a casa. Una banda de císngaros ha venido al castillo y han acampado en el patio interior. Estos no son otra cosa que gitanos; tengo ciertos datos de ellos en mi libro. Son peculiares de esta parte del mundo, aunque se encuentran aliados a los gitanos ordinarios en todos los países. Hay miles de ellos en Hungría y Transilvania viviendo casi siempre al margen de la ley. Se adscriben por regla a algún noble o *boyar,* y se llaman a sí mismos con el nombre de él. Son indomables y sin religión, salvo la superstición, y sólo hablan sus propios dialectos.

Escribiré algunas cartas a mi casa y trataré de convencerlos de que las pongan en el correo. Ya les he hablado a tra-

vés de la ventana para comenzar a conocerlos. Se quitaron los sombreros e hicieron muchas reverencias y señas, las cuales, sin embargo, no pude entender más de lo que entiendo la lengua que hablan...

He escrito las cartas. La de Mina en taquigrafía, y simplemente le pido al señor Hawkins que se comunique con ella. A ella le he explicado mi situación, pero sin los horrores que sólo puedo suponer. Si le mostrara mi corazón, le daría un susto que hasta podría matarla. En caso de que las cartas no pudiesen ser despachadas, el conde no podrá conocer mi secreto ni tampoco el alcance de mis conocimientos...

He entregado las cartas; las lancé a través de los barrotes de mi ventana, con una moneda de oro, e hice las señas que pude queriendo indicar que debían ponerlas en el correo. El hombre que las recogió las apretó contra su corazón y se inclinó, y luego las metió en su gorra. No pude hacer más. Regresé sigilosamente a la biblioteca y comencé a leer. Como el conde no vino, he escrito aquí...

El conde ha venido. Se sentó a mi lado y me dijo con la más suave de las voces al tiempo que abría dos cartas:

—Los gitanos me han dado éstas, de las cuales, aunque no sé de donde provienen, por supuesto me ocuparé. ¡Ved! (debe haberla mirado antes), una es de usted, y dirigida a mi amigo Peter Hawkins; la otra —y aquí vio él por primera vez los extraños símbolos al abrir el sobre, y la turbia mirada le apareció en el rostro y sus ojos refulgieron malignamente—, la otra es una cosa vil, ¡un insulto a la amistad y a la hospitalidad! No está firmada, así es que no puede importarnos.

Y entonces, con gran calma, sostuvo la carta y el sobre en la llama de la lámpara hasta que se consumieron. Después de eso, continuó:

—La carta para Hawkins, esa, por supuesto, ya que es suya, la enviaré. Sus cartas son sagradas para mí. Perdone usted, mi amigo, que sin saberlo haya roto el sello. ¿No quiere usted meterla en otro sobre?

Me extendió la carta, y con una reverencia cortés me dio un sobre limpio. Yo sólo pude escribir nuevamente la dirección y se lo devolví en silencio. Cuando salió del cuarto escuché que la llave giraba suavemente. Un minuto después fui a ella y traté de abrirla. La puerta estaba cerrada con llave.

Cuando, una o dos horas después, el conde entró silenciosamente en el cuarto, su llegada me despertó, pues me había dormido en el sofá. Estuvo muy cortés y muy alegre a su manera, y viendo que yo había dormido, dijo:

—¿De modo, mi amigo, que usted está cansado? Váyase a su cama. Allí es donde podrá descansar más seguro. Puede que no tenga el placer de hablar por la noche con usted, ya que tengo muchas tareas pendientes; pero deseo que duerma tranquilo.

Me fui a mi cuarto y me acosté en la cama; raro es de decir, dormí sin soñar. La desesperación tiene sus propias calmas.

31 de mayo. Esta mañana, cuando desperté, pensé que sacaría algunos papeles y sobres de mi portafolios y los guardaría en mi bolsillo, de manera que pudiera escribir en caso de encontrar alguna oportunidad; pero otra vez una sorpresa me esperaba. ¡Una gran sorpresa!

No pude encontrar ni un pedazo de papel. Todo había desaparecido, junto con mis notas, mis apuntes relativos al ferrocarril y al viaje, mis credenciales. De hecho, todo lo que me pudiera ser útil una vez que yo saliera del castillo. Me senté y reflexioné unos instantes; entonces se me ocurrió una idea y me dirigí a buscar mi maleta ligera, y al guardarropa donde había colocado mis trajes.

El traje con que había hecho el viaje había desaparecido, y también mi abrigo y mi manta; no pude encontrar huellas de ellos por ningún lado. Esto me pareció una nueva villanía...

17 de junio. Esta mañana, mientras estaba sentado a la orilla de mi cama devanándome los sesos, escuché afuera el restallido de unos látigos y el golpeteo de los cascos de unos caballos a lo largo del sendero de piedra, más allá del patio. Con alegría me dirigí rápidamente a la ventana y vi como entraban en el patio dos grandes diligencias, cada una de ellas tirada por ocho briosos corceles, y a la cabeza de cada una de ellas un par de eslovacos tocados con anchos sombreros, cinturones tachonados con grandes clavos, sucias pieles de cordero y altas botas. También llevaban sus largas duelas en la mano. Corrí hacia

la puerta, intentando descender para tratar de alcanzarlos en el corredor principal, que pensé debía estar abierto esperándolos. Una nueva sorpresa me esperaba: mi puerta estaba atrancada por fuera.

Entonces, corrí hacia la ventana y les grité. Me miraron estúpidamente y señalaron hacia mí, pero en esos instantes el "atamán" de los gitanos salió, y viendo que señalaban hacia mi ventana, dijo algo, por lo que ellos se echaron a reír. Después de eso ningún esfuerzo mío, ningún lastimero ni agonizante grito los movió a que me volvieran a ver. Resueltamente me dieron la espalda y se alejaron. Los coches contenían grandes cajas cuadradas, con agarraderas de cuerda gruesa; evidentemente estaban vacías por la manera fácil con que los eslovacos las descargaron, y por la resonancia al arrastrarlas por el suelo. Cuando todas estuvieron descargadas y agrupadas en un montón en una esquina del patio, los eslovacos recibieron algún dinero del gitano, y después de escupir sobre él para que les trajera suerte, cada uno se fue a su correspondiente carruaje, caminando perezosamente. Poco después escuché el restallido de sus látigos morirse en la distancia.

24 de junio, antes del amanecer. Anoche el conde me dejó muy temprano y se encerró en su propio cuarto. Tan pronto como me atreví, corrí subiendo por la escalera de caracol y miré por la ventana que da hacia el sur. Pensé que debía vigilar al conde, pues algo estaba sucediendo. Los gitanos están acampados en algún lugar del castillo y le están haciendo algún trabajo. Lo sé, porque de vez en cuando escucho a lo lejos el apagado ruido como de zapapicos y palas, y, sea lo que sea, debe ser la terminación de alguna horrenda villanía.

Había estado viendo por la ventana algo menos de media hora cuando vi que algo salía de la ventana del conde. Retrocedí y observé cuidadosamente, y vi salir al hombre. Fue una sorpresa para mí descubrir que se había puesto el traje que yo había usado durante mi viaje hacia este lugar, y que de su hombro colgaba la terrible bolsa que yo había visto que las mujeres se habían llevado. ¡No podía haber duda acerca de sus propósitos, y además con mi indumentaria! Esta es, entonces, su nueva treta diabólica: permitirá que otros me vean, de manera que por un lado quede la evidencia de que he sido visto en los pueblos o aldeas poniendo mis propias cartas al correo, y por el otro lado,

que cualquier maldad que él pueda hacer sea atribuida por la gente de la localidad a mi persona.

Me enfurece pensar que esto pueda seguir así, y mientras tanto yo permanezco encerrado aquí, como un verdadero prisionero, pero sin esa protección de la ley que es incluso el derecho y la consolación de los criminales.

Pensé que podría observar el regreso del conde, y durante largo tiempo me senté tenazmente al lado de la ventana. Entonces comencé a notar que había unas pequeñas manchas de prístina belleza flotando en los rayos de la luz de la luna. Eran como las más ínfimas partículas de polvo, y giraban en torbellinos y se agrupaban en cúmulos en forma parecida a las nebulosas. Las observé con un sentimiento de tranquilidad, y una especie de calma invadió todo mi ser. Me recliné en busca de una postura más cómoda, de manera que pudiera gozar más plenamente de aquel etéreo espectáculo.

Algo me sobresaltó; un aullido leve, melancólico, de perros en algún lugar muy lejos en el valle allá abajo que estaba escondido a mis ojos. Sonó más fuertemente en los oídos, y las partículas de polvo flotante tomaron nuevas formas, como si bailasen al compás de una danza a la luz de la luna. Sentí hacer esfuerzos desesperados por despertar a algún llamado de mis instintos; no, más bien era mi propia alma la que luchaba y mi sensibilidad medio adormecida trataba de responder al llamado. ¡Me estaban hipnotizando! El polvo bailó más rápidamente. Los rayos de la luna parecieron estremecerse al pasar cerca de mí en dirección a la oscuridad que tenía detrás. Se unieron, hasta que parecieron tomar las tenues formas de unos fantasmas. Y entonces desperté completamente y en plena posesión de mis sentidos, y eché a correr gritando y huyendo del lugar. Las formas fantasmales que estaban gradualmente materializándose de los rayos de la luna eran las de aquellas tres mujeres fantasmales a quienes me encontraba condenado. Huí, y me sentí un tanto más seguro en mi propio cuarto, donde no había luz de la luna y donde la lámpara ardía brillantemente.

Después de que pasaron unas cuantas horas escuché algo moviéndose en el cuarto del conde; algo como un agudo gemido suprimido velozmente. Y luego todo quedó en silencio, en un profundo y horrible silencio que me hizo estremecer. Con el corazón latiéndome desaforadamente, pulsé la puerta; pero me encontraba encerrado con llave en mi prisión, y no podía hacer nada. Me senté y me puse simplemente a llorar.

Mientras estaba sentado escuché un ruido afuera, en el patio: el agonizante grito de una mujer. Corrí a la ventana y subiéndola de golpe, espié entre los barrotes. De hecho, ahí afuera había una mujer con el pelo desgreñado, agarrándose las manos sobre su corazón como víctima de un gran infortunio. Estaba reclinada contra la esquina del zaguán. Cuando vio mi cara en la ventana se lanzó hacia adelante, y grito en una voz cargada con amenaza:

—¡Monstruo, devuélveme a mi hijo!

Cayó de rodillas, y alzando los brazos gritó algunas palabras en tonos que atormentaron mi corazón. Luego se arrancó el pelo y se golpeó el pecho, y se abandonó a todas las violencias de emoción extravagante. Finalmente, corrió, y, aunque yo no podía verla, podía escuchar como golpeaba con sus desnudas manos la puerta.

En algún lugar bastante arriba de mí, probablemente en la torre, escuché la voz del conde llamando en su susurro duro y metálico. Su llamado pareció ser respondido desde lejos y por todos lados por los aullidos de los lobos. Antes de que hubiesen pasado muchos minutos, una manada de ellos entró, como una presa desbordada, a través de la amplia entrada del patio.

No se escucharon gritos de la mujer, y los aullidos de los lobos duraron poco tiempo. Al poco rato se retiraron de uno en uno, todavía relamiéndose los hocicos.

No sentí lástima por la mujer, pues sabía lo que le había sucedido a su hijo, y era mejor que estuviese muerta. ¿Qué haré? ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo puedo escapar de esta horripilante noche de terror y miedo?

25 de junio, por la mañana. Nadie sabe hasta que ha sufrido los horrores de la noche, qué dulce y agradable puede ser para su corazón y sus ojos la llegada de la mañana. Cuando el sol se elevó esta mañana tan alto que alumbró la parte superior del portón opuesto a mi ventana, el oscuro lugar que iluminaba me pareció a mí como si la paloma del arca hubiese estado allí. Mi temor se evaporó cual una indumentaria vaporosa que se disolviera con el calor. Debo ponerme en acción de alguna manera mientras me dura el valor del día. Anoche una de mis cartas ya fechada fue puesta en el correo, la primera de esa serie fatal que ha de borrar toda traza de mi existencia en la tierra.

No debo pensar en ello. ¡Debo actuar!

Siempre ha sido durante la noche cuando he sido molestado o amenazado; donde me he encontrado en alguna u otra forma en peligro o con miedo. Todavía no he visto al conde a la luz del día. ¿Será posible que él duerma cuando los otros están despiertos, y que esté despierto cuando todos duermen? ¡Si sólo pudiera llegar a su cuarto! Pero no hay camino posible. La puerta siempre está cerrada; no hay manera para mí de llegar a él.

Miento. Hay un camino, si uno se atreve a tomarlo. Por donde ha pasado su cuerpo, ¿por qué no puede pasar otro cuerpo? Yo mismo lo he visto arrastrarse desde su ventana. ¿Por qué no puedo yo imitarlo, y arrastrarme para entrar por su ventana? Las probabilidades son muy escasas, pero la necesidad me obliga a correr todos los riesgos.

Correré el riesgo. Lo peor que me puede suceder es la muerte; pero la muerte de un hombre no es la muerte de un ternero, y el tenebroso "más allá" todavía puede ofrecerme oportunidades. ¡Que Dios me ayude en mi empresa! Adiós, Mina, si fracaso; adiós, mi fiel amigo y segundo padre; adiós, todo, y como última cosa, ¡adiós Mina!

Mismo día, más tarde. He hecho el esfuerzo, y con ayuda de Dios he regresado a salvo a este cuarto. Debo escribir en orden cada detalle. Fui, mientras todavía mi valor estaba fresco, directamente a la ventana del lado sur, y salí fuera de este lado. Las piedras son grandes y están cortadas toscamente, y por el proceso del tiempo el mortero se ha desgastado. Me quité las botas y me aventuré como un desesperado. Miré una vez hacia abajo, como para asegurarme de que una repentina mirada de la horripilante profundidad no me sobrecogería, pero después de ello mantuve los ojos viendo hacia adelante. Conozco bastante bien la ventana del conde, y me dirigí hacia ella lo mejor que pude, atendiendo a las oportunidades que se me presentaban. No me sentí mareado, supongo que estaba demasiado nervioso, y el tiempo que tardé en llegar hasta el antepecho de la ventana me pareció ridículamente corto. En un santiamén me encontré tratando de levantar la guillotina. Sin embargo, cuando me deslicé con los pies primero a través de la ventana, era presa de una terrible agitación. Luego busqué por todos lados al conde, pero, con sorpresa y alegría, hice un descubrimiento: ¡el cuarto estaba vacío!

Apenas estaba amueblado con cosas raras, que parecían no haber sido usadas nunca; los muebles eran de un estilo algo parecido a los que había en los cuartos situados al sur, y estaban cubiertos de polvo. Busqué la llave, pero no estaba en la cerradura, y no la pude encontrar por ningún lado. Lo único que encontré fue un gran montón de oro en una esquina, oro de todas clases, en monedas romanas y británicas, austriacas y húngaras, griegas y turcas. Las monedas estaban cubiertas de una película de polvo, como si hubiesen yacido durante largo tiempo en el suelo. Ninguna de las que noté tenía menos de trescientos años. También había cadenas y adornos, algunos enjoyados, pero todos viejos y descoloridos.

En una esquina del cuarto había una pesada puerta. La empujé, pues, ya que no podía encontrar la llave del cuarto o la llave de la puerta de afuera, lo cual era el principal objetivo de mi búsqueda, tenía que hacer otras investigaciones, o todos mis esfuerzos serían vanos. La puerta que empujé estaba abierta, y me condujo a través de un pasadizo de piedra hacia una escalera de caracol, que bajaba muy empinada. Descendí, poniendo mucho cuidado en donde pisaba, pues las gradas estaban oscuras, siendo alumbradas solamente por las troneras de la pesada mampostería. En el fondo había un pasadizo oscuro, semejante a un túnel, a través del cual se percibía un mortal y enfermizo olor: el olor de la tierra recién volteada. A medida que avancé por el pasadizo, el olor se hizo más intenso y más cercano. Finalmente, abrí una pesada puerta que estaba entornada y me encontré en una vieja y arruinada capilla, que evidentemente había sido usada como cementerio. El techo estaba agrietado, y en los lugares había gradas que conducían a bóvedas, pero el suelo había sido recientemente excavado y la tierra había sido puesta en grandes cajas de madera, manifiestamente las que transportaran los eslovacos. No había nadie en los alrededores, y yo hice un minucioso registro de cada pulgada de terreno. Bajé incluso a las bóvedas, donde la tenue luz luchaba con las sombras, aunque al hacerlo mi alma se llenó del más terrible horror. Fui a dos de éstas, pero no vi nada sino fragmentos de viejos féretros y montones de polvo; sin embargo, en la tercera, hice un descubrimiento.

¡Allí, en una de las grandes cajas, de las cuales en total había cincuenta, sobre un montón de tierra recién excavada, yacía el conde! Estaba o muerto o dormido; no pude saberlo a ciencia cierta, pues sus ojos estaban abiertos y fijos, pero con la vidriosidad de la muerte, y sus mejillas tenían el calor de la vida

a pesar de su palidez; además, sus labios estaban rojos como nunca. Pero no había ninguna señal de movimiento, ni pulso, ni respiración, ni el latido del corazón. Me incliné sobre él y traté de encontrar algún signo de vida, pero en vano. No podía haber yacido allí desde hacía mucho tiempo, pues el olor a tierra se habría disipado en pocas horas. Al lado de la caja estaba su tapa, atravesada por hoyos aquí y allá. Pensé que podía tener las llaves con él, pero cuando iba a registrarlo vi sus ojos muertos, y en ellos, a pesar de estar muertos, una mirada de tal odio, aunque inconsciente de mí o de mi presencia, que huí del lugar, y abandonando el cuarto del conde por la ventana me deslicé otra vez por la pared del castillo. Al llegar otra vez a mi cuarto me tiré jadeante sobre la cama y traté de pensar...

29 de junio. Hoy es la fecha de mi última carta, y el conde ha dado los pasos necesarios para probar que es auténtica, pues otra vez lo he visto abandonar el castillo por la misma ventana y con mi ropa. Al verlo deslizarse por la ventana, al igual que una lagartija, sentí deseos de tener un fusil o alguna arma letal para poder destruirlo; pero me temo que ninguna arma manejada solamente por la mano de un hombre pueda tener algún efecto sobre él. No me atreví a esperar por su regreso, pues temí ver a sus malvadas hermanas. Regresé a la biblioteca y leí hasta quedarme dormido.

Fui despertado por el conde, quien me miró tan torvamente como puede mirar un hombre, al tiempo que me dijo:

—Mañana, mi amigo, debemos partir. Usted regresará a su bella Inglaterra, yo a un trabajo que puede tener un fin tal que nunca nos encontremos otra vez. Su carta a casa ha sido despachada; mañana no estaré aquí, pero todo estará listo para su viaje. En la mañana vienen los gitanos, que tienen algunos trabajos propios de ellos, y también vienen los eslovacos. Cuando se hayan marchado, mi carruaje vendrá a traerlo y lo llevará hasta el desfiladero de Borgo, para encontrarse ahí con la diligencia que va de Bucovina a Bistritz. Pero tengo la esperanza de que nos volveremos a ver en el castillo de Drácula.

Yo sospeché de sus palabras, y determiné probar su sinceridad. ¡Sinceridad! Parece una profanación de la palabra en conexión con un monstruo como éste, de manera que le hablé sin rodeos:

—¿Por qué no puedo irme hoy por la noche?

—Porque, querido señor, mi cochero y los caballos han salido en una misión.

—Pero yo caminaría de buen gusto. Lo que deseo es salir de aquí cuanto antes.

Él sonrió, con una sonrisa tan suave, delicada y diabólica, que inmediatamente supe que había algún truco detrás de su amabilidad; dijo:

—¿Y su equipaje?

—No me importa. Puedo enviar a recogerlo después.

El conde se puso de pie y dijo, con una dulce cortesía que me hizo frotar los ojos, pues parecía real:

—Ustedes los ingleses tienen un dicho que es querido a mi corazón, pues su espíritu es el mismo que regula a nuestros *boyars:* "Dad la bienvenida al que llega; apresurad al huésped que parte." Venga conmigo, mi querido y joven amigo. Ni una hora más estará usted en mi casa contra sus deseos, aunque me entristece que se vaya, y que tan repentinamente lo desee. Venga.

Con majestuosa seriedad, él, con la lámpara, me precedió por las escaleras y a lo largo del corredor. Repentinamente se detuvo.

—¡Escuche!

El aullido de los lobos nos llegó desde cerca. Fue casi como si los aullidos brotaran al alzar él su mano, semejante a como surge la música de una gran orquesta al levantarse la batuta del conductor. Después de un momento de pausa, él continuó, en su manera majestuosa, hacia la puerta. Corrió los enormes cerrojos, destrabó las pesadas cadenas y comenzó a abrirla.

Ante mi increíble asombro, vi que estaba sin llave. Sospechosamente, miré por todos los lados a mi alrededor, pero no pude descubrir llave de ninguna clase.

A medida que comenzó a abrirse la puerta, los aullidos de los lobos aumentaron en intensidad y cólera: a través de la abertura de la puerta se pudieron ver sus rojas quijadas con agudos dientes y las garras de las pesadas patas cuando saltaban. Me di cuenta de que era inútil luchar en aquellos momentos contra el conde. No se podía hacer nada teniendo él bajo su

mando a semejantes aliados. Sin embargo, la puerta continuó abriéndose lentamente, y ahora sólo era el cuerpo del conde el que cerraba el paso.

Repentinamente me llegó la idea de que a lo mejor aquel era el momento y los medios de mi condena; iba a ser entregado a los lobos, y a mi propia instigación. Había una maldad diabólica en la idea, suficientemente grande para el conde, y como última oportunidad, grité:

—¡Cierre la puerta! ¡Esperaré hasta mañana!

Me cubrí el rostro con mis manos para ocultar las lágrimas de amarga decepción.

Con un movimiento de su poderoso brazo, el conde cerró la puerta de golpe, y los grandes cerrojos sonaron y produjeron ecos a través del corredor, al tiempo que caían de regreso en sus puestos. Regresamos a la biblioteca en silencio, y después de uno o dos minutos yo me fui a mi cuarto. Lo último que vi del conde Drácula fue su terrible mirada, con una luz roja de triunfo en los ojos y con una sonrisa de la que Judas, en el infierno, podría sentirse orgulloso.

Cuando estuve en mi cuarto y me encontraba a punto de acostarme, creí escuchar unos murmullos al otro lado de mi puerta. Me acerqué a ella en silencio y escuché. A menos que mis oídos me engañaran, oí la voz del conde:

—¡Atrás, atrás, a vuestro lugar! Todavía no ha llegado vuestra hora. ¡Esperad! ¡Tened paciencia! Esta noche es la mía. Mañana por la noche es la vuestra.

Hubo un ligero y dulce murmullo de risas, y en un exceso de furia abrí la puerta de golpe y vi allí afuera a aquellas tres terribles mujeres lamiéndose los labios. Al aparecer yo, todas se unieron en una horrible carcajada y salieron corriendo.

Regresé a mi cuarto y caí de rodillas. ¿Está entonces tan cerca el final? ¡Mañana! ¡Mañana! Señor, ¡ayudadme, y a aquellos que me aman!

30 de junio, por la mañana. Estas pueden ser las últimas palabras que jamás escriba en este diario. Dormí hasta poco antes del amanecer, y al despertar caí de rodillas, pues estoy determinado a que si viene la muerte me encuentre preparado.

Finalmente sentí aquel sutil cambio del aire y supe que la mañana había llegado.

Luego escuché el bien venido canto del gallo y sentí que estaba a salvo. Con alegre corazón abrí la puerta y corrí escaleras abajo, hacia el corredor. Había visto que la puerta estaba cerrada sin llave, y ahora estaba ante mí la libertad. Con manos que temblaban de ansiedad, destrabé las cadenas y corrí los pasados cerrojos.

Pero la puerta no se movió. La desesperación se apoderó de mí. Tiré repetidamente de la puerta y la empujé hasta que, a pesar de ser muy pesada, se sacudió en sus goznes. Pude ver que tenía pasado el pestillo. Le habían echado llave después de que yo dejé al conde.

Entonces se apoderó de mi un deseo salvaje de obtener la llave a cualquier precio, y ahí mismo determiné escalar la pared y llegar otra vez al cuarto del conde.

Podía matarme, pero la muerte parecía ahora el menor de todos los males. Sin perder tiempo, corrí hasta la ventana del este y me deslicé por la pared, como antes, al cuarto del conde. Estaba vacío, pero eso era lo que yo esperaba. No pude ver la llave por ningún lado, pero el montón de oro permanecía en su puesto. Pasé por la puerta en la esquina y descendí por la escalinata circular y a lo largo del oscuro pasadizo hasta la vieja capilla. Ya sabía yo muy bien donde encontrar al monstruo que buscaba.

La gran caja estaba en el mismo lugar, recostada contra la pared, pero la tapa había sido puesta, con los clavos listos en su lugar para ser metidos aunque todavía no se había hecho esto. Yo sabía que tenía que llegar al cuerpo para buscar la llave, de tal manera que levanté la tapa y la recliné contra la pared; y entonces vi algo que llenó mi alma de terror. Ahí yacía el conde, pero mirándose tan joven como si hubiese sido rejuvenecido pues su pelo blanco y sus bigotes habían cambiado a un gris oscuro; las mejillas estaban más llenas, y la blanca piel parecía un rojo rubí debajo de ellas; la boca estaba más roja que nunca; sobre sus labios había gotas de sangre fresca que caían en hilillos desde las esquinas de su boca y corrían sobre su barbilla y su cuello. Hasta sus ojos, profundos y centellantes, parecían estar hundidos en medio de la carne hinchada, pues los párpados y las bolsas debajo de ellos estaban abotagados. Pa-

recía como si la horrorosa criatura simplemente estuviese saciada con sangre.

Yacía como una horripilante sanguijuela, exhausta por el hartazgo. Temblé al inclinarme para tocarlo, y cada sentido en mí se rebeló al contacto; pero tenía que hurgar en sus bolsillos, o estaba perdido. La noche siguiente podía ver mi propio cuerpo servir de banquete de una manera similar para aquellas horrorosas tres. Caí sobre el cuerpo, pero no pude encontrar señales de la llave. Entonces me detuve y miré al conde.

Había una sonrisa burlona en su rostro hinchado que pareció volverme loco. Aquél era el ser al que yo estaba ayudando a trasladarse a Londres, donde, quizá, en los siglos venideros podría saciar su sed de sangre entre sus prolíficos millones, y crear un nuevo y siempre más amplio círculo de semidemonios para que se cebaran entre los indefensos. El mero hecho de pensar aquello me volvía loco. Sentí un terrible deseo de salvar al mundo de semejante monstruo. No tenía a mano ninguna arma letal, pero tomé la pala que los hombres habían estado usando para llenar las cajas y, levantándola a lo alto, golpeé con el filo la odiosa cara. Pero al hacerlo así, la cabeza se volvió y los ojos recayeron sobre mí con todo su brillo de horrendo basilisco. Su mirada pareció paralizarme y la pala se volteó en mi mano esquivando la cara, haciendo apenas una profunda incisión sobre la frente. La pala se cayó de mis manos sobre la caja, y al tirar yo de ella, el reborde de la hoja se trabó en la orilla de la tapa, que cayó otra vez sobre el cajón escondiendo la horrorosa imagen de mi vista. El último vistazo que tuve fue del rostro hinchado, manchado de sangre y fijo, con una mueca de malicia que hubiese sido muy digna en el más profundo de los infiernos.

Pensé y pensé cuál sería mi próximo movimiento, pero parecía que mi cerebro estaba en llamas, y esperé con una desesperación que sentía crecer por momentos.

Mientras esperaba escuché a lo lejos un canto gitano entonado por voces alegres que se acercaban, y a través del canto el sonido de las pesadas ruedas y los restallantes látigos; los gitanos y los eslovacos de quienes el conde había hablado, llegaban. Echando una última mirada a la caja que contenía el vil cuerpo, salí corriendo de aquel lugar y llegué hasta el cuarto del conde, determinado a salir de improviso en el instante en que la puerta se abriera. Con oídos atentos, escuché, y oí abajo el chirrido de la llave en la gran cerradura y el sonido de la pesada puerta que se abría. Debe haber habido otros medios de entra-

da, o alguien tenía una llave para una de las puertas cerradas. Entonces llegó hasta mí el sonido de muchos pies que caminaban, muriéndose en algún pasaje que enviaba un eco retumbante. Quise dirigirme nuevamente corriendo hacia la bóveda, donde tal vez podría encontrar la nueva entrada; pero en ese momento un violento golpe de viento pareció penetrar en el cuarto, y la puerta que conducía a la escalera de caracol se cerró de un golpe tan fuerte que levantó el polvo de los dinteles. Cuando corrí a abrir la puerta, encontré que estaba herméticamente cerrada. De nuevo era prisionero, y la red de mi destino parecía irse cerrando cada vez más.

Mientras escribo esto, en el pasadizo debajo de mí se escucha el sonido de muchos pies pisando y el ruido de pesos bruscamente depositados, indudablemente las cajas con su cargamento de tierra. También se oye el sonido de un martillo; es la caja del conde, que están cerrando. Ahora puedo escuchar nuevamente los pesados pies avanzando a lo largo del corredor, con muchos otros pies inútiles siguiéndolos detrás.

Se cierra la puerta, las cadenas chocan entre sí al ser colocadas; se oye el chirrido de la llave en la cerradura; puedo incluso oír cuando la llave se retira; entonces se abre otra puerta y se cierra; oigo los crujidos de la cerradura y de los cerrojos.

¡Oíd! En el patio y a lo largo del rocoso sendero van las pesadas ruedas, el chasquido de los látigos y los coros de los gitanos a medida que desaparecen en la distancia. Estoy solo en el castillo con esas horribles mujeres.

¡Puf! Mina es una mujer, y no tiene nada en común con ellas. Estas son diablesas del averno.

No permaneceré aquí solo con ellas; trataré de escalar la pared del castillo más lejos de lo que lo he intentado hasta ahora. Me llevaré algún oro conmigo, pues podría necesitarlo más tarde. Tal vez encuentre alguna manera de salir de este horrendo lugar.

Y entonces, ¡rápido a casa! ¡Rápido al más veloz y más cercano de los trenes! ¡Lejos de este maldito lugar, de esta maldita tierra donde el demonio y sus hijos todavía caminan con pies terrenales!.

Por lo menos la bondad de Dios es mejor que la de estos monstruos, y el precipicio es empinado y alto. A sus pies, un

hombre puede dormir como un hombre. ¡Adiós, todo! ¡Adiós, Mina!.

V

La carta de la señorita Mina Murray a la señorita Lucy Westenra

9 de mayo

"Mi muy querida Lucy:

"Perdona mi tardanza en escribirte, pero he estado verdaderamente sobrecargada de trabajo. La vida de una ayudante de director de escuela es angustiosa. Me muero de ganas de estar contigo, y a orillas del mar, donde podamos hablar con libertad y construir nuestros castillos en el aire. Últimamente he estado trabajando mucho, debido a que quiero mantener el nivel de estudios de Jonathan, y he estado practicando muy activamente la taquigrafía. Cuando nos casemos le podré ser muy útil a Jonathan, y si puedo escribir bien en taquigrafía estaré en posibilidad de escribir de esa manera todo lo que dice y luego copiarlo en limpio para él en la máquina, con la que también estoy practicando muy duramente. Él y yo a veces nos escribimos en taquigrafía, y él esta llevando un diario estenográfico de sus viajes por el extranjero. Cuando esté contigo también llevaré un diario de la misma manera.

No quiero decir uno de esos diarios que se escriben a la ligera en la esquina de un par de páginas cuando hay tiempo los domingos, sino un diario en el cual yo pueda escribir siempre que me sienta inclinada a hacerlo. Supongo que no le interesará mucho a otra gente, pero no está destinado para ella. Algún día se lo enseñaré a Jonathan, en caso de que haya algo en él que merezca ser compartido, pero en verdad es un libro de ejercicios. Trataré de hacer lo que he visto que hacen las mujeres periodistas: entrevistas, descripciones, tratando de recordar lo mejor posible las conversaciones. Me han dicho que, con un poco de práctica, una puede recordar de todo lo que ha sucedido o de todo lo que una ha oído durante el día. Sin embargo, ya veremos. Te contaré acerca de mis pequeños planes cuando

nos veamos. Acabo de recibir un par de líneas de Jonathan desde Transilvania. Está bien y regresará más o menos dentro de una semana.

Estoy muy ansiosa de escuchar todas sus noticias. ¡Debe ser tan bonito visitar países extraños! A veces me pregunto si nosotros, quiero decir Jonathan y yo, alguna vez los veremos juntos. Acaba de sonar la campana de las diez. Adiós.

"Te quiere,

MINA

"Dime todas las nuevas cuando me escribas. No me has dicho nada durante mucho tiempo. He escuchado rumores, y especialmente sobre un hombre alto, guapo, de pelo rizado. (???)"

Carta de Lucy Westenra a Mina Murray

Calle de Chatham, 17

Miércoles

"Mi muy querida Mina:

"Debo decir que me valúas muy injustamente al decir que soy mala para la correspondencia. Te he escrito dos veces desde que nos separamos, y tu última carta sólo fue la segunda. Además, no tengo nada que decirte. Realmente no hay nada que te pueda interesar. La ciudad está muy bonita por estos días, y vamos muy a menudo a las galerías de pintura y a caminar o a andar a caballo en el parque. En cuanto al hombre alto, de pelo rizado, supongo que era el que estaba conmigo en el último concierto popular. Evidentemente, alguien ha estado contando cuentos chinos. Era el señor Holmwood. Viene a menudo a vernos, y se lleva muy bien con mamá; tienen muchas cosas comunes de que hablar. Hace algún tiempo encontramos a un hombre que sería adecuado para ti si no estuvieras ya comprometida con Jonathan. Es un partido excelente; guapo, rico y de buena familia. Es médico y muy listo. ¡Imagínatelo! Tiene veintinueve años de edad y es propietario de un inmenso asilo para lunáticos, todo bajo su dirección. El señor Holmwood me lo presentó y vino aquí a vernos, y ahora nos visita a menudo. Creo que es uno de los hombres más resueltos que jamás he visto, y sin embargo, el más calmado. Parece absolutamente imperturbable. Me puedo imaginar el magnífico poder que tiene sobre

sus pacientes. Tiene el curioso hábito de mirarlo a uno directamente a la cara como si tratara de leerle los pensamientos. Trata de hacer esto muchas veces conmigo, pero yo me jacto de que esta vez se ha encontrado con una nuez demasiado dura para quebrar. Eso lo sé por mi espejo. ¿Nunca has tratado de leer tu propia cara? Yo sí, y te puedo decir que no es un mal estudio, y te da más trabajo del que puedes imaginarte si nunca lo has intentado todavía. Él dice que yo le proporciono un curioso caso psicológico, y yo humildemente creo que así es. Como tú sabes, no me tomo suficiente interés en los vestidos como para ser capaz de describir las nuevas modas. El tema de los vestidos es aburrido. Eso es otra vez *slang*, pero no le hagas caso; Arthur dice eso todos los días. Bien, eso es todo. Mina, nosotras nos hemos dicho todos nuestros secretos desde que éramos niñas; hemos dormido juntas y hemos comido juntas, hemos reído y llorado juntas; y ahora, aunque ya haya hablado, me gustaría hablar más. ¡Oh, Mina! ¿No pudiste adivinar? Lo amo; ¡lo amo! Vaya, eso me hace bien. Desearía estar contigo, querida, sentadas en confianza al lado del fuego, tal como solíamos hacerlo; entonces trataría de decirte lo que siento; no sé siquiera cómo estoy escribiéndote esto. Tengo miedo de parar, porque pudiera ser que rompiera la carta, y no quiero parar, porque deseo decírtelo todo. Mándame noticias tuyas inmediatamente, y dime todo lo que pienses acerca de esto. Mina, debo terminar. Buenas noches.

Bendíceme en tus oraciones, y, Mina, reza por mi felicidad.

LUCY

"P. D. No necesito decirte que es un secreto. Otra vez, buenas noches."

Carta de Lucy Westenra a Mina Murray

24 de mayo

"Mi queridísima Mina:

"Gracias, gracias y gracias otra vez por tu dulce carta. ¡Fue tan agradable poder sentir tu simpatía!

"Querida mía, nunca llueve sino a cántaros. ¡Cómo son ciertos los antiguos proverbios! Aquí me tienes, a mí que tendré veinte años en septiembre, y que nunca había tenido una proposición hasta hoy; no una verdadera, y hoy he tenido hasta tres.

¡Imagínatelo! ¡TRES proposiciones en un día! ¿No es terrible? Me siento triste, verdadera y profundamente triste, por dos de los tres sujetos. ¡Oh, Mina, estoy tan contenta que no sé qué hacer conmigo misma! ¡Y tres proposiciones de matrimonio!

Pero, por amor de Dios, no se lo digas a ninguna de las chicas, o comenzarían de inmediato a tener toda clase de ideas extravagantes y a imaginarse ofendidas, y desairadas, si en su primer día en casa no recibieran por lo menos seis; ¡algunas chicas son tan vanas! Tú y yo, querida Mina, que estamos comprometidas y pronto nos vamos a asentar sobriamente como viejas mujeres casadas, podemos despreciar la vanidad.

Bien, debo hablarte acerca de los tres, pero tú debes mantenerlo en secreto, sin decírselo a nadie, excepto, por supuesto, a Jonathan. Tú se lo dirás a él, porque yo, si estuviera en tu lugar, se lo diría seguramente a Arthur. Una mujer debe decirle todo a su marido, ¿no crees, querida?, y yo debo ser justa. A los hombres les gusta que las mujeres, desde luego sus esposas, sean tan justas como son ellos; y las mujeres, temo, no son siempre tan justas como debieran serlo. Bien, querida, el número uno llegó justamente antes del almuerzo. Ya te he hablado de él: el doctor John Seward, el hombre del asilo para lunáticos, con un fuerte mentón y una buena frente. Exteriormente se mostró muy frío, pero de todas maneras estaba nervioso. Evidentemente estuvo educándose a sí mismo respecto a toda clase de pequeñas cosas, y las recordaba; pero se las arregló para casi sentarse en su sombrero de seda, cosa que los hombres generalmente no hacen cuando están tranquilos, y luego, al tratar de parecer calmado, estuvo jugando con una lanceta, de una manera que casi me hizo gritar. Me habló, Mina, muy directamente. Me dijo cómo me quería él, a pesar de conocerme de tan poco tiempo, y lo que sería su vida si me tenía a mí para ayudarle y alegrarlo. Estaba a punto de decirme lo infeliz que sería si yo no lo quisiera también a él, pero cuando me vio llorando me dijo que él era un bruto y que no quería agregar más penas a las presentes. Entonces hizo una pausa y me preguntó si podía llegar a amarlo con el tiempo; y cuando yo moví la cabeza negativamente, sus manos temblaron, y luego, con alguna incertidumbre, me preguntó si ya me importaba alguna otra persona. Me dijo todo de una manera muy bonita, alegando que no quería obligarme a confesar, pero que lo quería saber, porque si el corazón de una mujer estaba libre un hombre podía tener esperanzas. Y entonces, Mina, sentí una especie de deber decirle que ya había alguien. Sólo le dije eso, y él se puso en pie, y

se veía muy fuerte y muy serio cuando tomó mis dos manos en las suyas y dijo que esperaba que yo fuese feliz, y que si alguna vez yo necesitaba un amigo debía de contarlo a él entre uno de los mejores. ¡Oh, mi querida Mina, no puedo evitar llorar: debes perdonar que esta carta vaya manchada. Es muy bonito que se le propongan a una y todas esas cosas, pero no es para nada una cosa alegre cuando tú ves a un pobre tipo, que sabes te ama honestamente, alejarse viéndose todo descorazonado, y sabiendo tú que, no importa lo que pueda decir en esos momentos, te estás alejando para siempre de su vida. Mi querida, de momento debo parar aquí, me siento tan mal, ¡aunque estoy tan feliz!

Noche, "Arthur se acaba de ir, y me siento mucho más animada que cuando dejé de escribirte, de manera que puedo seguirte diciendo lo que pasó durante el día. Bien, querida, el número dos llegó después del almuerzo. Es un tipo tan bueno, un americano de Tejas, y se ve tan joven y tan fresco que parece imposible que haya estado en tantos lugares y haya tenido tantas aventuras. Yo simpatizo con la pobre Desdémona cuando le echaron al oído tan peligrosa corriente, incluso por un negro. Supongo que nosotras las mujeres somos tan cobardes que pensamos que un hombre nos va a salvar de los miedos, y nos casamos con él. Yo ya sé lo que haría si fuese un hombre y deseara que una muchacha me amara. No, no lo sé, pues el señor Morris siempre nos contaba sus aventuras, y Arthur nunca lo hizo, y sin embargo, Querida, no sé cómo me estoy adelantando. El señor Quincey P. Morris me encontró sola. Parece ser que un hombre siempre encuentra sola a una chica. No, no siempre, pues Arthur lo intentó en dos ocasiones distintas, y yo ayudándole todo lo que podía; no me da vergüenza decirlo ahora. Debo decirte antes que nada, que el señor Morris no habla siempre *slang*; es decir, no lo habla delante de extraños, pues es realmente bien educado y tiene unas maneras muy finas, pero se dio cuenta de que me hacía mucha gracia oírle hablar el *slang* americano, y siempre que yo estaba presente, y que no hubiera nadie a quien pudiera molestarle, decía cosas divertidas. Temo, querida, que tiene que inventárselo todo, pues encaja perfectamente en cualquier otra cosa que tenga que decir. Pero esto es una cosa propia del *slang*. Yo misma no sé si algún día llegaré a hablar *slang*; no sé si le gusta a Arthur, ya que nunca le he oído utilizarlo. Bien, el señor Morris se sentó a mi lado y estaba tan alegre y contento como podía estar, pero de todas maneras yo pude ver que estaba muy nervioso. Tomó casi con vene-

ración una de mis manos entre las suyas, y dijo, de la manera más cariñosa:

"Señorita Lucy, sé que no soy lo suficientemente bueno como para atarle las cintas de sus pequeños zapatos, pero supongo que si usted espera hasta encontrar un hombre que lo sea, se irá a unir con esas siete jovenzuelas de las lámparas cuando se aburra. ¿Por qué no se engancha a mi lado y nos vamos por el largo camino juntos, conduciendo con dobles arneses?

"Bueno, pues estaba de tan buen humor y tan alegre, que no me pareció ser ni la mitad difícil de negármele como había sido con el pobre doctor Seward; así es que dije, tan ligeramente como pude, que yo no sabía nada acerca de cómo engancharme, y que todavía no estaba lo suficientemente madura como para usar un arnés. Entonces él dijo que había hablado de una manera muy ligera, y que esperaba que si había cometido un error al hacerlo así, en una ocasión tan seria y trascendental para él, que yo lo perdonara. Verdaderamente estuvo muy serio cuando dijo esto, y yo no pude evitar sentirme también un poco seria (lo sé, Mina, que pensarás que soy una coqueta horrorosa), aunque tampoco pude evitar sentir una especie de regocijo triunfante por ser el número dos en un día. Y entonces, querida, antes de que yo pudiese decir una palabra, comenzó a expresar un torrente de palabras amorosas, poniendo su propio corazón y su alma a mis pies. Se veía tan sincero sobre todo lo que decía que yo nunca volveré a pensar que un hombre debe ser siempre juguetón, y nunca serio, sólo porque a veces se comporte alegremente. Supongo que vio algo en mi rostro que lo puso en guardia, pues repentinamente se interrumpió, y dijo, con una especie de fervor masculino que me hubiese hecho amarlo si yo hubiese estado libre, si mi corazón no tuviera ya dueño, lo siguiente:

"Lucy, usted es una muchacha de corazón sincero; lo sé. No estaría aquí hablando con usted como lo estoy haciendo ahora si no la considerara de alma limpia, hasta en lo más profundo de su ser. Dígame, como un buen compañero a otro, ¿hay algún otro hombre que le interese? Y si lo hay, jamás volveré a tocar ni siquiera una hebra de su cabello, pero seré, si usted me lo permite, un amigo muy sincero.

"Mi querida Mina, ¿por qué son los hombres tan nobles cuando nosotras las mujeres somos tan inmerecedoras de ellos? Heme aquí casi haciendo burla de este verdadero caballero de

todo corazón. Me eché a llorar (temo, querida, que creerás que esta es una carta muy chapucera en muchos sentidos), y realmente me sentí muy mal. ¿Por qué no le pueden permitir a una muchacha que se case con tres hombres, o con tantos como la quieran, para evitar así estas molestias? Pero esto es una 'herejía', y no debo decirla. Me alegra, sin embargo, decirte que a pesar de estar llorando, fui capaz de mirar a los valientes ojos del señor Morris y de hablarle sin rodeos: "Sí; hay alguien a quien amo, aunque él todavía no me ha dicho que me quiere.

"Estuvo bien que yo le hablara tan francamente, pues una luz pareció iluminar su rostro, y extendiendo sus dos manos, tomó las mías, o creo que fui yo quien las puso en las de él, y dijo muy emocionado:

"Así es, mi valiente muchacha. Vale más la pena llegar tarde en la posibilidad de ganarla a usted, que llegar a tiempo por cualquier otra muchacha en el mundo. No llore, querida. Si es por mí, soy una nuez muy dura de romper; lo aguantaré de pie. Si ese otro sujeto no conoce su dicha, bueno, pues lo mejor es que la busque con rapidez o tendrá que vérselas conmigo. Pequeña, su sinceridad y ánimo han hecho de mí un amigo, y eso es todavía más raro que un amante; de todas maneras, es menos egoísta. Querida, voy a tener que hacer solo esta caminata hasta el Reino de los Cielos. ¿No me daría usted un beso? Será algo para llevarlo a través de la oscuridad, ahora y entonces. Usted puede hacerlo, si lo desea, pues ese otro buen tipo (debe ser un magnífico tipo, querida; un buen sujeto, o usted no podría amarlo) no ha hablado todavía.

"Eso casi me ganó, Mina, pues fue valiente y dulce con él, y también noble con un rival (¿no es así?) y él, ¡tan triste! Así es que me incliné hacia adelante y lo besé con ternura.

"Se puso en pie con mis dos manos en las suyas, y mientras miraba hacia abajo, a mi cara, temo que yo estaba muy sonrojada, dijo:

"Muchachita, yo sostengo sus manos y usted me ha besado, y si estas cosas no hacen de nosotros buenos amigos, nada lo hará. Gracias por su dulce sinceridad conmigo, y adiós.

"Soltó mi mano, y tomando el sombrero, salió del cuarto sin volverse a ver, sin derramar una lágrima, sin temblar ni hacer una pausa. Y yo estoy llorando como un bebé. ¡Oh!, ¿por qué debe ser infeliz un hombre como ese cuando hay muchas chicas cerca que podrían adorar hasta el mismo suelo que pisa? Yo sé

que yo lo haría si estuviera libre, pero sucede que no quiero estar libre. Querida, esto me ha perturbado, y siento que no puedo escribir acerca de la felicidad ahora mismo, después de lo que te he dicho; y no quiero decir nada acerca del número tres, hasta que todo pueda ser felicidad.

"Te quiere siempre,

LUCY

"P. D.—¡Oh! Acerca del número tres, no necesito decirte nada acerca del número tres, ¿no es cierto? Además, ¡fue todo tan confuso! Pareció que sólo había transcurrido un instante desde que había entrado en el cuarto hasta que sus dos brazos me rodearon, y me estaba besando. Estoy muy, muy contenta, y no sé qué he hecho para merecerlo. Sólo debo tratar en el futuro de mostrar que no soy desagradecida a Dios por todas sus bondades, al enviarme un amor así, un marido y un amigo.

"Adiós."

Del diario del doctor Seward (grabado en fonógrafo)

25 de mayo. Marea menguante en el apetito de hoy. No puedo comer; no puedo descansar, así es que en su lugar, el diario. Desde mi fracaso de ayer siento una especie de vacío; nada en el mundo parece ser lo suficientemente importante como para dedicarse a ello. Como sabía que la única cura para estas cosas era el trabajo, me dediqué a mis pacientes. Escogí a uno que me ha proporcionado un estudio de mucho interés. Es tan raro que estoy determinado a entenderlo tanto como pueda. Me parece que hoy me acerqué más que nunca al corazón de su misterio.

Lo interrogué más detalladamente que otras veces, con el propósito de adueñarme de los hechos de su alucinación. En mi manera de hacer esto, ahora lo veo, había algo de crueldad. Me parecía desear mantenerlo en el momento más alto de su locura, una cosa que yo evito hacer con los pacientes como evitaría la boca del infierno. (Recordar: ¿en qué circunstancias no evitaría yo el abismo del infierno?) *Omnia Romae venalia sunt*. ¡El infierno tiene su precio! *verb sap*. Si hay algo detrás de este instinto será de mucho valor rastrearlo *después con gran precisión*, de tal manera que mejor comienzo a hacerlo, y por lo tanto...

R. M. Renfield, aetat. 59. Temperamento sanguíneo; gran fortaleza física; excitable mórbidamente; períodos de decaimiento que terminan en alguna idea fija, la cual no he podido descifrar. Supongo que el temperamento sanguíneo mismo y la influencia perturbadora terminan en un desenlace mentalmente logrado; un hombre posiblemente peligroso, probablemente peligroso si es egoísta. En hombres egoístas, la cautela es un arma tan segura para sus enemigos como para ellos mismos. Lo que yo pienso sobre esto es que cuando el yo es la idea fija, la fuerza centrípeta es equilibrada a la centrífuga; cuando la idea fija es el deber, una causa, etc., la última fuerza es predominante, y sólo pueden equilibrarla un accidente o una serie de accidentes.

Carta de Quincey P. Morris al honorable Arthur Holmwood

25 de mayo

"Mi querido Arthur:

"Hemos contado embustes al lado de una fogata en las praderas; y hemos atendido las heridas del otro después de tratar de desembarcar en las Marquesas; y hemos brindado a orillas del lago Titicaca. Hay más embustes que contar, y más heridas que sanar, y otro brindis que hacer. ¿No permitirás que esto sea así mañana por la noche en la fogata de mi campamento? No dudo al preguntártelo, pues sé que cierta dama está invitada a cierta cena, y tú estás libre. Sólo habrá otro convidado: nuestro viejo compinche en Corea, Jack Seward. El también va a venir, y los dos deseamos mezclar nuestras lágrimas en torno de la copa de vino, y luego hacer un brindis de todo corazón por el hombre más feliz de este ancho mundo, que ha ganado el corazón más noble que ha hecho Dios y es el que más merece ganárselo. Te prometemos una calurosa bienvenida y un saludo afectuoso, y un brindis tan sincero como tu propia mano derecha. Ambos juramos irte a dejar a casa si bebes demasiado en honor de cierto par de ojos. ¡Te espero!

"Tu sincero amigo de siempre,

QUINCEY P. MORRIS"

Telegrama de Arthur Holmwood a Quincey P. Morris

26 de mayo.

"Contad conmigo en todo momento. Llevo unos mensajes que os harán zumbar los oídos.



ART "

VI

Diario de Mina Murray

Whitby*, 24 de julio*. Encontré en la estación a Lucy, que parecía más dulce y bonita que nunca, y de allí nos dirigimos a la casa de Crescent, en la que tienen cuartos.

Es un lugar muy bonito. El pequeño río, el Esk, corre a través de un profundo valle, que se amplía a medida que se acerca al puerto. Lo atraviesa un gran viaducto, de altos machones, a través del cual el paisaje parece estar algo más lejos de lo que en realidad está. El valle es de un verde bellísimo, y es tan empinado que cuando uno se encuentra en la parte alta de cualquier lado se ve a través de él, a menos que uno esté lo suficientemente cerca como para ver hacia abajo. Las casas del antiguo pueblo (el lado más alejado de nosotros) tienen todas tejados rojos, y parecen estar amontonadas unas sobre otras de cualquier manera, como se ve en las estampas de Nüremberg.

Exactamente encima del pueblo están las ruinas de la abadía de Whitby, que fue saqueada por los daneses, lo cual es la escena de parte de "Marmion", cuando la muchacha es emparedada en el muro. Es una ruina de lo más noble, de inmenso tamaño, y llena de rasgos bellos y románticos; según la leyenda, una dama de blanco se ve en una de las ventanas. Entre la abadía y el pueblo hay otra iglesia, la de la parroquia, alrededor de la cual hay un gran cementerio, todo lleno de tumbas de piedra. Según mi manera de ver, este es el lugar más bonito de Whitby, pues se extiende justamente sobre el pueblo y se tiene desde allí una vista completa del puerto y de toda la bahía donde el cabo Kettleness se introduce en el mar. Desciende tan empinada sobre el puerto, que parte de la ribera se ha caído, y algunas de las tumbas han sido destruidas. En un lugar, parte de las piedras de las tumbas se desparraman sobre el sendero arenoso situado mucho más abajo. Hay andenes, con bancas a los lados, a través del cementerio de la iglesia. La gente se sienta allí durante todo el día mirando el magnífico paisaje y gozando de la brisa.

Vendré y me sentaré aquí muy frecuentemente a trabajar. De hecho, ya estoy ahora escribiendo sobre mis rodillas, y escuchando la conversación de tres viejos que están sentados a mi lado. Parece que no hacen en todo el día otra cosa que sentarse aquí y hablar.

El puerto yace debajo de mí, con una larga pared de granito que se introduce en el mar en el lado más alejado, con una curva hacia afuera, al final de ella, en medio de la cual hay un faro. Un macizo malecón corre por la parte exterior de ese faro. En el lado más cercano, el malecón forma un recodo doblado a la inversa, y su terminación tiene también un faro. Entre los dos muelles hay una pequeña abertura hacia el puerto, que de ahí en adelante se amplía repentinamente.

Cuando hay marea alta es muy bonito; pero cuando baja la marea disminuye de profundidad hasta casi quedar seco, y entonces sólo se ve la corriente del Esk deslizándose entre los bancos de arena, con algunas rocas aquí y allá. Afuera del puerto, de este lado, se levanta por cerca de media milla un gran arrecife, cuya parte aguda corre directamente desde la parte sur del faro. Al final de ella hay una boya con una campana, que suena cuando hay mal tiempo y lanza sus lúgubres notas al viento. Cuentan aquí una leyenda: cuando un barco está perdido se escuchan campanas que suenan en el mar abierto. Debo interrogar acerca de esto al anciano; camina en esta dirección...

Es un viejo muy divertido. Debe ser terriblemente viejo, pues su rostro está todo rugoso y torcido como la corteza de un árbol. Me dice que tiene casi cien años, y que era marinero de la flota pesquera de Groenlandia cuando la batalla de Waterloo. Es, temo, una persona muy escéptica, pues cuando le pregunté acerca de las campanas en el mar y acerca de la Dama de Blanco en la abadía, me dijo muy bruscamente:

—Señorita, si yo fuera usted, no me preocuparía por eso. Esas cosas están todas gastadas. Es decir, yo no digo que nunca sucedieron, pero sí digo que no sucedieron en mi tiempo. Todo eso está bien para forasteros y viajeros, pero no para una joven tan bonita como usted. Esos caminantes de York y Leeds, que siempre están comiendo arenques curtidos y tomando té, y viendo cómo pueden comprar cualquier cosa barata, creen en esas cosas. Yo me pregunto quién se preocupa de contarles esas mentiras, hasta en los periódicos, que están llenos de habladurías tontas.

Creí que sería una buena persona de quien podía aprender cosas interesantes, así es que le pregunté si no le molestaría decirme algo acerca de la pesca de ballenas en tiempos remotos. Estaba justamente sentándose para comenzar cuando el reloj dio las seis, y entonces se levantó trabajosamente, y dijo:

—Señorita, ahora debo irme otra vez a casa. A mi nieta no le gusta esperar cuando el té ya está servido, pues tarda algún tiempo.

Se alejó cojeando, y pude ver que se apresuraba, tanto como podía, gradas abajo.

Los graderíos son un rasgo distintivo de este lugar. Conducen del pueblo a la iglesia; hay cientos de ellos (no sé cuantos) y se enroscan en delicadas curvas; el declive es tan leve que un caballo puede fácilmente subirlos o bajarlos. Creo que originalmente deben haber tenido algo que ver con la abadía. Me iré hacia mi casa también. Lucy salió a hacer algunas visitas con su madre, y como sólo eran visitas de cortesía, yo no fui. Pero ya es hora de que estén de regreso.

1 de agosto. Hace una hora que llegué aquí arriba con Lucy, y tuvimos la más interesante conversación con mi viejo amigo y los otros dos que siempre vienen y le hacen compañía. Él es evidentemente el oráculo del grupo, y me atrevo a pensar que en su tiempo debe haber sido una persona por demás dictatorial. Nunca admite equivocarse, y siempre contradice a todo el mundo. Si no puede ganar discutiendo, entonces los amedrenta, y luego toma el silencio de los demás por aceptación de sus propios puntos de vista. Lucy estaba dulcemente bella en su vestido de linón blanco; desde que llegamos tiene un bellísimo color. Noté que el anciano no perdió ningún tiempo en llegar hasta ella y sentarse a su lado cuando nosotros nos sentamos. Lucy es tan dulce con los ancianos que creo que todos se enamoran de ella al instante. Hasta mi viejo sucumbió y no la contradijo, sino que apoyó todo lo que ella decía. Logré llevarlo al tema de las leyendas, y de inmediato comenzó a hablar echándonos una especie de sermón. Debo tratar de recordarlo y escribirlo:

—Todas esas son tonterías, de cabo a rabo; eso es lo que son, y nada más. Esos dichos y señales y fantasmotes y convidados de piedra y patochados y todo eso, sólo sirven para

asustar niños y mujeres. No son más que palabras, eso y todos esos espantos, señales y advertencias que fueron inventados por curas y personas malintencionadas y por los reclutadores de los ferrocarriles, para asustar a un pobre tipo y para hacer que la gente haga algo que de otra manera no haría. Me enfurece pensar en ello. ¿Por qué son ellos quienes, no contentos con imprimir mentiras sobre el papel y predicarlas desde los púlpitos, quieren grabarlas hasta en las tumbas? Miren a su alrededor como deseen y verán que todas esas lápidas que levantan sus cabezas tanto como su orgullo se lo permite, están inclinadas..., sencillamente cayendo bajo el peso de las mentiras escritas en ellas. Los "Aquí yacen los restos" o "A la memoria sagrada" están escritos sobre ellas y, no obstante, ni siquiera en la mitad de ellas hay cuerpo alguno; a nadie le ha importado un comino sus memorias y mucho menos las han santificado. ¡Todo es mentira, sólo mentiras de un tipo o de otro! ¡Santo Dios! Pero el gran repudio vendrá en el Día del Juicio Final, cuando todos salgan con sus mortajas, todos unidos tratando de arrastrar con ellos sus lápidas para probar lo buenos que fueron; algunos de ellos temblando, cayendo con sus manos adormecidas y resbalosas por haber yacido en el mar, a tal punto que ni siquiera podrán mantenerse unidos.

Por el aire satisfecho del anciano y por la forma en que miraba a su alrededor en busca de apoyo a sus palabras, pude observar que estaba alardeando, de manera que dije algo que le hiciera continuar.

—¡Oh, señor Swales, no puede hablar en serio! Ciertamente todas las lápidas no pueden estar mal.

—¡Pamplinas! Puede que escasamente haya algunas que no estén mal, excepto en las que se pone demasiado bien a la gente; porque existen personas que piensan que un recipiente de bálsamo podría ser como el mar, si tan sólo fuera suyo. Todo eso no son sino mentiras. Escuche, usted vino aquí como una extraña y vio este atrio de iglesia.

Yo asentí porque creí que lo mejor sería hacer eso. Sabía que algo tenía que ver con el templo. El hombre continuó:

—Y a usted le consta que todas esas lápidas pertenecen a personas que han sido sepultadas aquí, ¿no es verdad?

Volví a asentir.

—Entonces, es ahí justamente en donde aparece la mentira. Escuche, hay veintenas de tales sitios de reposo que son tumbas tan antiguas como el cajón del viejo Dun del viernes por la noche —le dio un codazo a uno de sus amigos y todos rieron—. ¡Santo Dios! ¿Y cómo podrían ser otra cosa? Mire esa, la que está en la última parte del cementerio, ¡léala!

Fui hasta ella, y leí:

—Edward Spencelagh, contramaestre, asesinado por los piratas en las afueras de la costa de Andres, abril de 1845, a la edad de 30 años.

Cuando regresé, el señor Swales continuó:

—Me pregunto, ¿quién lo trajo a sepultar aquí? ¡Asesinado en las afueras de la costa de Andres! ¡Y a ustedes les consta que su cuerpo reposa ahí!. Yo podría enumerarles una docena cuyos huesos yacen en los mares de Groenlandia, al norte —y señaló en esa dirección—, o a donde hayan sido arrastrados por las corrientes. Sus lápidas están alrededor de ustedes, y con sus ojos jóvenes pueden leer desde aquí las mentiras que hay entre líneas. Respecto a este Braithwaite Lowrey..., yo conocí a su padre, éste se perdió en el *Lively* en las afueras de Groenlandia el año veinte; y a Andrew Woodhouse, ahogado en el mismo mar en 1777; y a John Paxton, que se ahogó cerca del cabo Farewell un año más tarde, y al viejo John Rawlings, cuyo abuelo navegó conmigo y que se ahogó en el golfo de Finlandia en el año cincuenta. ¿Creen ustedes que todos estos hombres tienen que apresurarse a ir a Whitby cuando la trompeta suene? ¡Mucho lo dudo! Les aseguro que para cuando llegaran aquí estarían chocando y sacudiéndose unos con otros en una forma que parecería una pelea sobre el hielo, como en los viejos tiempos en que nos enfrentábamos unos a otros desde el amanecer hasta el anochecer y tratando de curar nuestras heridas a la luz de la aurora boreal.

Evidentemente, esto era una broma del lugar, porque el anciano rió al hablar y sus amigos le festejaron de muy buena gana.

—Pero —dije—, seguramente no es esto del todo correcto porque usted parte del supuesto de que toda la pobre gente, o sus espíritus, tendrán que llevar consigo sus lápidas en el Día del Juicio. ¿Cree usted que eso será realmente necesario?

—Bueno, ¿para qué otra cosa pueden ser esas lápidas? ¡Contésteme eso, querida!

—Supongo que para agradar a sus familiares.

—¡Supone que para agradar a sus familiares! —sus palabras estaban impregnadas de un intenso sarcasmo—. ¿Cómo puede agradarle a sus familiares el saber que todo lo que hay escrito ahí es una mentira, y que todo el mundo, en este lugar, sabe que lo es? Señaló hacia una piedra que estaba a nuestros pies y que había sido colocada a guisa de lápida, sobre la cual descansaba la silla, cerca de la orilla del peñasco.

—Lean las mentiras que están sobre esa lápida —dijo.

Las letras quedaban de cabeza desde donde yo estaba; pero Lucy quedaba frente a ellas, de manera que se inclinó y leyó:

—A la sagrada memoria de George Canon, quien murió en la esperanza de una gloriosa resurrección, el 29 de julio de 1873, al caer de las rocas en Kettleness. Esta tumba fue erigida por su doliente madre para su muy amado hijo. "Era el hijo único de su madre que era viuda." A decir verdad, señor Swales, yo no veo nada de gracioso en eso —sus palabras fueron pronunciadas con suma gravedad y con cierta severidad.

—¡No lo encuentra gracioso! ¡Ja! ¡Ja! Pero eso es porque no sabe que la doliente madre era una bruja que lo odiaba porque era un pillo..., un verdadero pillo...; y él la odiaba de tal manera que se suicidó para que no cobrara un seguro que ella había comprado sobre su vida. Casi se voló la tapa de los sesos con una vieja escopeta que usaban para espantar los cuervos; no la apuntó hacia los cuervos esa vez, pero hizo que cayeran sobre él otros objetos. Fue así como cayó de las rocas. Y en lo que se refiere a las esperanzas de una gloriosa resurrección, con frecuencia le oí decir, señorita, que esperaba irse al infierno porque su madre era tan piadosa que seguramente iría al cielo y él no deseaba encontrarse en el mismo lugar en que estuviera ella. Ahora, en todo caso, ¿no es eso una sarta de mentiras? —y subrayó las palabras con su bastón—. Y vaya si hará reír a Gabriel cuando Geordie suba jadeante por las rocas con su lápida equilibrada sobre la joroba, ¡y pida que sea tomada como evidencia!

No supe qué decir; pero Lucy cambió la conversación al decir, mientras se ponía de pie:

—¿Por qué nos habló sobre esto? Es mi asiento favorito y no puedo dejarlo, y ahora descubro que debo seguir sentándome sobre la tumba de un suicida.

—Eso no le hará ningún mal, preciosa, y puede que Geordie se alegre de tener a una chica tan esbelta sobre su regazo. No le hará daño, yo mismo me he sentado innumerables ocasiones en los últimos veinte años y nada me ha pasado. No se preocupe por los tipos como el que yace ahí o que tampoco están ahí. El tiempo para correr llegará cuando vea que todos cargan con las lápidas y que el lugar quede tan desnudo como un campo segado. Ya suena la hora y debo irme, ¡a sus pies, señoras!

Y se alejó cojeando.

Lucy y yo permanecimos sentadas unos momentos, y todo lo que teníamos delante era tan hermoso que nos tomamos de la mano. Ella volvió a decirme lo de Arthur y su próximo matrimonio; eso hizo que me sintiera un poco triste, porque nada he sabido de Jonathan durante todo un mes.

El mismo día. Vine aquí sola porque me siento muy triste. No hubo carta para mí: espero que nada le haya sucedido a Jonathan. El reloj acaba de dar las nueve, puedo ver las luces diseminadas por todo el pueblo, formando hileras en los sitios en donde están las calles y en otras partes solas; suben hasta el Esk para luego desaparecer en la curva del valle. A mi izquierda, la vista es cortada por la línea negra del techo de la antigua casa que está al lado de la abadía. Las ovejas y corderos balan en los campos lejanos que están a mis espaldas, y del camino empedrado de abajo sube el sonido de pezuñas de burros. La banda que está en el muelle está tocando un vals austero en buen tiempo, y más allá sobre el muelle, hay una sesión del Ejército de Salvación en algún callejón. Ninguna de las bandas escucha a la otra; pero desde aquí puedo ver y oír a ambas. ¡Me pregunto en dónde está Jonathan y si estará pensando en mí! Cómo deseo que estuviera aquí.

Del Diario del doctor Seward

5 de junio. El caso de Renfield se hace más interesante cuanto más logro entender al hombre. Tiene ciertamente algunas características muy ampliamente desarrolladas: egoísmo, sigilo e intencionalidad. Desearía poder averiguar cuál es el ob-

jeto de esto último. Parece tener un esquema acabado propio de él, pero no sé cuál es.

Su virtud redentora es el amor para los animales, aunque, de hecho, tiene tan curiosos cambios que algunas veces me imagino que sólo es anormalmente cruel. Juega con toda clase de animales. Justamente ahora su pasatiempo es cazar moscas. En la actualidad tiene ya tal cantidad que he tenido un altercado con él. Para mi asombro, no tuvo ningún estallido de furia, como lo había esperado, sino que tomó el asunto con una seriedad muy digna. Reflexionó un momento, y luego dijo:

—¿Me puede dar tres días? Al cabo de ellos las dejaré libres.

Le dije que, por supuesto, le daba ese tiempo. Debo vigilarlo.

18 de junio. Ahora ha puesto su atención en las arañas, y tiene unos cuantos ejemplares muy grandes metidos en una caja. Se pasa todo el día alimentándolas con sus moscas, y el número de las últimas ha disminuido sensiblemente, aunque ha usado la mitad de su comida para atraer más moscas de afuera.

1 de julio. Sus arañas se están convirtiendo ahora en una molestia tan grande como sus moscas, y hoy le dije que debe deshacerse de ellas. Se puso muy triste al escuchar esto, por lo que le dije que por lo menos debía deshacerse de algunas. Aceptó alegremente esta propuesta, y le di otra vez el mismo tiempo para que efectuara la reducción. Mientras estaba con él me causó muchos disgustos, pues cuando un horrible moscardón, hinchado con desperdicios de comida, zumbó dentro del cuarto, él lo capturó y lo sostuvo un momento entre su índice y su pulgar, y antes de que yo pudiera advertir lo que iba a hacer, se lo echo a la boca y se lo comió. Lo reñí por lo que había hecho, pero él me arguyó que tenía muy buen sabor y era muy sano; que era vida, vida fuerte, y que le daba vida a él. Esto me dio una, o el rudimento de una idea. Debo vigilar cómo se deshace de sus arañas. Evidentemente tiene un arduo problema en la mente, pues siempre anda llevando una pequeña libreta en la cual a cada momento apunta algo.

Páginas enteras de esa libreta están llenas de montones de números, generalmente números simples sumados en tandas, y luego las sumas sumadas otra vez en tandas, como si estuviese "enfocando" alguna cuenta, tal como dicen los auditores.

8 de julio. Hay un método en su locura, y los rudimentos de la idea en mi mente están creciendo; pronto será una idea completa, y entonces, ¡oh, cerebración inconsciente!, tendrás que ceder el lugar a tu hermana consciente. Me mantuve alejado de mi amigo durante algunos días, de manera que pudiera notar si se producían cambios. Las cosas permanecen como antes, excepto que ha abandonado algunos de sus animalitos y se ha agenciado uno nuevo. Se consiguió un gorrión, y lo ha domesticado parcialmente. Su manera de domesticar es muy simple, pues ya han disminuido considerablemente las arañas. Sin embargo, las que todavía quedan, son bien alimentadas, pues todavía atrae a las moscas poniéndoles de tentación su comida.

19 de julio. Estamos progresando. Mi amigo tiene ahora casi una completa colonia de gorriones, y sus moscas y arañas casi han desaparecido. Cuando entré corrió hacia mí y me dijo que quería pedirme un gran favor; un favor muy, muy grande; y mientras me hablaba me hizo zalamerías como un perro. Le pregunté qué quería, y él me dijo, con una voz emocionada que casi se le quebraba en sollozos:

—Un gatito; un pequeño gatito, sedoso y juguetón, para que yo pueda jugar con él, y lo pueda domesticar, ¡y lo pueda alimentar, y alimentar, y alimentar!

Yo no estaba desprevenido para tal petición, pues había notado cómo sus animalitos iban creciendo en tamaño y vivacidad. Pero no me pareció agradable que su bonita familia de gorriones amansados fueran barridos de la misma manera en que habían sido barridos las moscas y las arañas; así es que le dije que lo pensaría, y le pregunté si no preferiría tener un gato grande en lugar de un gatito. La ansiedad lo traicionó al contestar:

—¡Oh, sí!, ¡claro que me gustaría un gato grande! Yo solo pedí un gatito temiendo que usted se negara a darme un gato grande. Nadie puede negarme un pequeño gatito, ¿verdad?

Yo moví la cabeza y le dije que de momento temía que no sería posible, pero que vería lo que podía hacer. Su rostro se ensombreció y yo pude ver una advertencia de peligro en él, pues me echo una mirada torva, que significaba deseos de matar. El hombre es un homicida maniático en potencia. Lo probaré con sus actuales deseos y veré qué resulta de todo eso: entonces sabré más.

10 p. m. Lo he visitado otra vez y lo encontré sentado en un rincón, cabizbajo.

Cuando entré, cayó de rodillas ante mí y me imploró que por favor lo dejara tener un gato; que su salvación dependía de él. Sin embargo, yo fui firme y le dije que no podía decírselo, por lo que se levantó sin decir palabra, se sentó otra vez en el rincón donde lo había encontrado y comenzó a mordisquearse los dedos. Vendré a verlo temprano por la mañana.

20 de julio. Visité muy temprano a Renfield, antes de que mi ayudante hiciera la ronda. Lo encontré ya levantado, tarareando una tonada. Estaba esparciendo el azúcar que ha guardado en la ventana, y estaba comenzando otra vez a cazar moscas; y estaba comenzando otra vez con alegría. Miré en torno buscando sus pájaros, y al no verlos le pregunté donde estaban. Me contestó, sin volverse a verme, que todos se habían escapado. Había unas cuantas plumas en el cuarto y en su almohada había unas gotas de sangre. No dije nada, pero fui y ordené al guardián que me reportara si le había sucedido alguna cosa rara a Renfield durante el día.

11 a. m. Mi asistente acaba de venir a verme para decirme que Renfield está muy enfermo y que ha vomitado muchas plumas. "Mi creencia es, doctor —me dijo—, que se ha comido todos sus pájaros, ¡y que se los ha comido así crudos, sin más!".

11 p. m. Esta noche le di a Renfield un sedante fuerte, suficiente para hacerlo dormir incluso a él, y tomé su libreta para echarle una mirada. El pensamiento que ha estado rondando por mi cerebro últimamente está completo, y la teoría probada. Mi maniático homicida es de una clase peculiar. Tendré que inventar una nueva clasificación para él y llamarlo maniático zoófago (que se alimenta de cosas vivientes); lo que él desea es absorber tantas vidas como pueda, y se ha impuesto la tarea de lograr

esto de una manera acumulativa. Le dio muchas moscas a cada araña, y muchas arañas a cada pájaro, y luego quería un gato para que se comiera muchos pájaros. ¿Cuál hubiera sido su siguiente paso? Casi hubiera valido la pena completar el experimento. Podría hacerse si hubiera una causa suficiente. Los hombres se escandalizaron de la vivisección, y, sin embargo, ¡véanse los resultados actuales! ¿Por qué no he de impulsar la ciencia en su aspecto más difícil y vital, el conocimiento del cerebro humano? Si por lo menos tuviese yo el secreto de una mente tal, si tuviese la llave para la fantasía de siquiera un lunático, podría impulsar mi propia rama de la ciencia a un lugar tal que, comparada con ella, la fisiología de Burdon Sanderson o el conocimiento del cerebro de Ferrier, serían poco menos que nada. ¡Si hubiese una causa suficiente! No debo pensar mucho en esto, so pena de caer en la tentación; una buena causa puede trasmutar la escala conmigo, ¿pues no es cierto que yo también puedo ser un cerebro excepcional, congénitamente?

Qué bien razonó el hombre; los lunáticos siempre razonan bien dentro de su propio ámbito. Me pregunto en cuántas vidas valorará a un hombre, o siquiera a uno. Ha cerrado la cuenta con toda exactitud, y hoy comenzará un nuevo expediente. ¿Cuántos de nosotros comenzamos un nuevo expediente con cada día de nuestra vida? Me parece que sólo fue ayer cuando toda mi vida terminó con mi nueva esperanza, y que verdaderamente comenzó un nuevo expediente. Así será hasta que el Gran Recordador me sume y cierre mi libreta de cuentas con un balance de ganancias o pérdidas. ¡Oh, Lucy, Lucy!, no puedo estar enojado contigo, ni tampoco puedo estar enojado con mi amigo cuya felicidad es la tuya; pero sólo debo esperar en el infortunio y el trabajo. ¡Trabajo, trabajo!.

Si yo pudiese tener una causa tan fuerte como la que tiene mi pobre amigo loco, una buena causa, desinteresada, que me hiciera trabajar, eso sería indudablemente la felicidad.

Del diario de Mina Murray

26 de julio. Estoy ansiosa y me calma expresarme por escrito; es como susurrarse a si mismo y escuchar al mismo tiempo. Y hay algo también acerca de los símbolos taquigráficos que lo hace diferente a la simple escritura. Estoy triste por Lucy y por Jonathan. No había tenido noticias de Jonathan durante algún tiempo, y estaba muy preocupada; pero ayer el querido señor Hawkins, que siempre es tan amable, me envió una carta

de él. Yo le había escrito preguntándole si había tenido noticias de Jonathan y él me respondió que la carta que me enviaba la acababa de recibir. Es sólo una línea fechada en el castillo de Drácula, en la que dice que en esos momentos está iniciando el viaje de regreso a casa. No es propio de Jonathan; no acabo de comprender, y me siento muy inquieta. Y luego, también Lucy, aunque está tan bien, últimamente ha vuelto a caer en su antigua costumbre de caminar dormida. Su madre me ha hablado acerca de ello, y hemos decidido que yo debo cerrar con llave la puerta de nuestro cuarto todas las noches. La señora Westenra tiene la idea de que los sonámbulos siempre salen a caminar por los techos de las casas y a lo largo de las orillas de los precipicios, y luego se despiertan repentinamente y se caen lanzando un grito desesperado que hace eco por todo el lugar. Pobrecita, naturalmente ella está ansiosa por Lucy, y me ha dicho que su marido, el padre de Lucy, tenía el mismo hábito; que se levantaba en las noches y se vestía y salía a pasear, si no era detenido. Lucy se va a casar en otoño, y ya está planeando sus vestidos y cómo va a ser arreglada su casa. La entiendo bien, pues yo haré lo mismo, con la diferencia de que Jonathan y yo comenzaremos la vida de una manera simple, y tendremos que tratar de hacer que encajen las dos puntas. El señor Holmwood (él es el honorable Arthur Holmwood, único hijo de lord Godalming) va a venir aquí por una breve visita, tan pronto como pueda dejar el pueblo, pues su padre no está tan bien, y yo creo que la querida Lucy esta contando los minutos hasta que llegue. Ella quiere llevarlo a la banca en el cementerio de la iglesia sobre el acantilado y mostrarle la belleza de Whitby. Me atrevo a decir que es la espera lo que la pone impaciente: se sentirá bien cuando él llegue.

27 de julio. Ninguna noticia de Jonathan. Me estoy poniendo intranquila por él, aunque no sé exactamente por qué; pero sí me gustaría mucho que escribiera, aunque sólo fuese una línea, Lucy camina más que nunca, y cada noche me despierto debido a que anda de arriba abajo por el cuarto. Afortunadamente el tiempo está tan caluroso que no puede resfriarse; pero de todas maneras la ansiedad y el estar perpetuamente despierta están comenzando a afectarme, y yo misma me estoy poniendo nerviosa y padezco un poco de insomnio. A Dios gracias, la salud de Lucy se sostiene. El señor Holmwood ha sido llamado repentinamente a Ring para ver a su padre, quien se ha puesto seriamente enfermo. Lucy se impacienta por la pospuesta de verlo, pero no le afecta en su semblante, está un poquitín

más gorda y sus mejillas tienen un color rosado encantador. Ha perdido el semblante anémico que tenía. Rezo para que todo siga bien.

3 de agosto. Ha pasado otra semana y no he tenido noticias de Jonathan. Ni siquiera las ha tenido el señor Hawkins, de quien he recibido comunicación. Oh, verdaderamente deseo que no esté enfermo. Es casi seguro que hubiera escrito. He leído su última carta y hay algo en ella que no me satisface. No parece ser de él, y sin embargo, está escrita con su letra. Sobre esto último no hay error posible. La última semana Lucy ya no ha caminado tanto en sueños, pero hay una extraña concentración acerca de ella que no comprendo; hasta cuando duerme parece estarme observando. Hace girar la puerta, y al encontrarla cerrada con llave, va a uno y otro lado del cuarto buscando la llave.

6 de agosto. Otros tres días, y nada de noticias. Esta espera se está volviendo un martirio. Si por lo menos supiera adónde escribir, o adónde ir, me sentiría mucho mejor: pero nadie ha oído palabra de Jonathan desde aquella última carta. Sólo debo elevar mis oraciones a Dios pidiéndole paciencia. Lucy está más excitable que nunca, pero por lo demás sigue bien. Anoche hubo mal tiempo y los pescadores dicen que pronto habrá una tormenta. Debo tratar de observarla y aprender a pronosticar el clima. Hoy es un día gris, y mientras escribo el sol está escondido detrás de unas gruesas nubes, muy alto sobre Kettleness. Todo es gris, excepto la verde hierba, que parece una esmeralda en medio de todo; grises piedras de tierra, nubes grises, matizadas por la luz del sol en la orilla más lejana, colgadas sobre el mar gris, dentro del cual se introducen los bancos de arena como figuras grises. El mar está golpeando con un rugido sobre las poco profundas y arenosas ensenadas, embozado en la neblina marina que llega hasta tierra.

Todo es vasto; las nubes están amontonadas como piedras gigantescas, y sobre el mar hay ráfagas de viento que suenan como el presagio de un cruel destino. En la playa hay aquí y allá oscuras figuras, algunas veces envueltas por la niebla, y parecen "Árboles con formas humanas que caminaran". Todos los lanchones de pesca se dirigen rápidamente a puerto, y se elevan y se sumergen en las grandes olas al navegar hacia el puerto, escorando. Aquí viene el viejo señor Swales. Se dirige

directamente hacia mí, y puedo ver, por la manera como levanta su sombrero, que desea hablar conmigo.

Me he sentido bastante conmovida por el cambio del pobre anciano. Cuando se sentó a mi lado, dijo de manera muy tímida:

—Quiero decirle algo a usted, señorita.

Pude ver que no estaba tranquilo, por lo que tomé su pobre mano vieja y arrugada en la mía y le pedí que hablara con plena confianza; entonces, dejando su mano entre las mías, dijo:

—Tengo miedo, mi queridita, que debo haberle impresionado mucho por todas las cosas malévolas que he estado diciendo acerca de los muertos y cosas parecidas estas últimas semanas; pero no las he dicho en serio, y quiero que usted recuerde eso cuando yo me haya ido. Nosotros, la gente vieja y un poco chiflada, y con un pie ya sobre el agujero maldito, no nos gusta para nada pensar en ello, y no queremos sentirnos asustados; y ése es el motivo por el cual he tomado tan a la ligera esas cosas, para poder alegrar un poquitín mi propio corazón. Pero, Dios la proteja, señorita, no tengo miedo de la muerte, no le tengo ni el menor miedo; sólo es que si pudiera no morirme, sería mejor. Mi tiempo ya se está acabando, pues yo ya soy viejo, y cien años es demasiado para cualquier hombre que espere; y estoy tan cerca de ella que ya el Anciano está afilando su guadaña. Ya ve usted, no puedo dejar la costumbre de reírme acerca de estas cosas de una sola vez: las burlas van a ser siempre mi tema favorito. Algún día el Ángel de la Muerte sonará su trompeta para mí. Pero no se aflija ni se arrepienta de mi muerte —dijo, viendo que yo estaba llorando—, pues si llegara esta misma noche yo no me negaré a contestar su llamado. Pues la vida, después de todo, es sólo una espera por alguna otra cosa además de la que estamos haciendo; y la muerte es todo sobre lo que verdaderamente podemos depender. Pero yo estoy contento, pues ya se acerca a mí, querida, y se acerca rápidamente. Puede llegar en cualquier momento mientras estemos mirando y haciéndonos preguntas. Tal vez está en el viento allá afuera en el mar que trae consigo pérdidas y destrucción, y penosas ruinas, y corazones tristes. ¡Mirad, mirad! —gritó repentinamente—. Hay algo en ese viento y en el eco más allá de él que suena, parece, gusta y huele como muerte. Está en el aire; siento que llega. ¡Señor, haced que responda gozoso cuando llegue mi llamada!

Levantó los brazos devotamente y se quitó el sombrero. Su boca se movió como si estuviese rezando. Después de unos minutos de silencio, se puso de pie, me estrechó las manos y me bendijo, y dijo adiós. Se alejó cojeando. Todo esto me impresionó mucho, y me puso nerviosa.

Me alegré cuando el guardacostas se acercó, anteojo de larga vista bajo el brazo.

Se detuvo a hablar conmigo, como siempre hace, pero todo el tiempo se mantuvo mirando hacia un extraño barco.

—No me puedo imaginar qué es —me dijo—. Por lo que se puede ver, es ruso. Pero se está balanceando de una manera muy rara. Realmente no sabe qué hacer; parece que se da cuenta de que viene la tormenta, pero no se puede decidir a navegar hacia el norte al mar abierto, o a guarecerse aquí. ¡Mírelo, otra vez! Está maniobrando de una manera extremadamente rara. Tal parece que no obedece a las manos sobre el timón; cambia con cualquier golpe de viento. Ya sabremos más de él antes de mañana a esta misma hora.

VII

Recorte Del "Dailygraph", 8 De Agosto (Pegado en el diario de Mina Murray)

De un corresponsal.

Whitby.- Una de las tormentas más fuertes y repentinas que se recuerdan acaba de pasar por aquí, con resultados extraños. El tiempo un tanto bochornoso, pero de ninguna manera excepcional para el mes de agosto. La noche del sábado fue tan buena como cualquier otra, y la gran cantidad de visitantes fueron ayer a los bosques de Mulgrave, la bahía de Robin Hood, el molino de Rig, Runswick, Staithes y los otros sitios de recreo en los alrededores de Whitby. Los vapores *Emma* y *Scarborough* hicieron numerosos viajes a lo largo de la costa, y hubo un movimiento extraordinario de personas que iban y venían de Whitby. El día fue extremadamente bonito hasta por la tarde, cuando algunos de los chismosos que frecuentan el cementerio de la iglesia de East Cliff, y desde esa prominente eminencia observan la amplia extensión del mar visible hacia el norte y hacia el este, llamaron la atención un grupo de "colas de caballo" muy altas en el cielo hacia el noroeste. El viento estaba soplando desde el suroeste en un grado suave que en el lenguaje barométrico es calificado como 2: brisa ligera. El guardacostas de turno hizo inmediatamente el informe, y un anciano pescador, que durante más de medio siglo ha hecho observaciones del tiempo desde East Cliff, predijo de una manera enfática la llegada de una repentina tormenta. La puesta del sol fue tan bella, tan grandiosa en sus masas de nubes espléndidamente coloreadas, que una gran cantidad de personas se reunieron en la acera a lo largo del acantilado en el cementerio de la vieja iglesia, para gozar de su belleza. Antes de que el sol se hundiera detrás de la negra masa de Kettleness, encontrándose abiertamente de babor a estribor sobre el cielo del oeste, su ruta de descenso fue marcada por una miríada de nubes de todos los colores del celaje: rojas, moradas, color de rosa, verdes, violetas, y de todos los matices dorados; había aquí y allá masas no muy grandes, pero

notoriamente de un negro absoluto, en todas clases de figuras; algunas sólo delineadas y otras como colosales siluetas. La vista de aquel paisaje no fue desaprovechada por los pintores, y no cabe ninguna duda de que algunos esbozos del "Preludio a una Gran Tormenta" adornaran las paredes de R. A. y R. I. el próximo mayo. Más de un capitán decidió en aquellos momentos y en aquel lugar que su "guijarro" o su "mula" (como llaman a las diferentes clases de botes) permanecería en el puerto hasta que hubiera pasado la tormenta. Por la noche el viento amainó por completo, y a la medianoche había una calma chicha, un bochornoso calor, y esa intensidad prevaleciente que, al acercarse el trueno, afecta a las personas de naturaleza muy sensible. Sólo había muy pocas luces en el mar, pues hasta los vapores costeños, que suelen navegar muy cerca de la orilla, se mantuvieron mar adentro, y sólo podían verse muy contados barcos de pesca. La única vela sobresaliente era una goleta forastera que tenía desplegado todo su velamen, y que parecía dirigirse hacia el oeste.

La testarudez o ignorancia de su tripulación fue un tema exhaustivamente comentado mientras permaneció a la vista, y se hicieron esfuerzos por enviarle señales para que arriaran velas, en vista del peligro. Antes de que cerrara la noche, se le vio con sus velas ondear ociosamente mientras navegaba con gran tranquilidad sobre las encrespadas olas del mar.

"Tan ociosamente como un barco pintado sobre un océano pintado."

Poco antes de las diez de la noche la quietud del viento se hizo bastante opresiva, y el silencio era tan marcado que el balido de una oveja tierra adentro o el ladrido de un perro en el pueblo, se escuchaban distintamente; y la banda que tocaba en el muelle, que tocaba una vivaracha marcha francesa, era una disonancia en la gran armonía del silencio de la naturaleza. Un poco después de medianoche llegó un extraño sonido desde el mar, y muy en lo alto comenzó a producirse un retumbo extraño, tenue, hueco.

Entonces, sin previo aviso, irrumpió la tempestad. Con una rapidez que, en aquellos momentos, parecía increíble, y que aún después es inconcebible; todo el aspecto de la naturaleza se volvió de inmediato convulso. Las olas se elevaron creciendo con furia, cada una sobrepasando a su compañera, hasta que en muy pocos minutos el vidrioso mar de no hacía mucho tiempo estaba rugiendo y devorando como un monstruo. Olas de cres-

tas blancas golpearon salvajemente la arena de las playas y se lanzaron contra los pronunciados acantilados; otras se quebraron sobre los muelles, y barrieron con su espuma las linternas de los faros que se levantaban en cada uno de los extremos de los muelles en el puerto de Whitby. El viento rugía como un trueno, y soplaba con tal fuerza que les era difícil incluso a hombres fuertes mantenerse en pie, o sujetarse con un desesperado abrazo de los puntales de acero. Fue necesario hacer que la masa de curiosos desalojara por completo los muelles, o de otra manera las desgracias de la noche habrían aumentado considerablemente. Por si fueran pocas las dificultades y los peligros que se cernían sobre el poblado, unas masas de niebla marina comenzaron a invadir la tierra, nubes blancas y húmedas que avanzaron de manera fantasmal, tan húmedas, vaporosas y frías que se necesitaba sólo un pequeño esfuerzo de la imaginación para pensar que los espíritus de aquellos perdidos en el mar estaban tocando a sus cofrades vivientes con las viscosas manos de la muerte, y más de una persona sintió temblores y escalofríos al tiempo que las espirales de niebla marina subían tierra adentro. Por unos instantes la niebla se aclaraba y se podía ver el mar a alguna distancia, a la luz de los relámpagos, que ahora se sucedían frecuentemente seguidos por repentinos estrépitos de truenos, tan horrísonos que todo el cielo encima de uno parecía temblar bajo el golpe de la tormenta.

Algunas de las escenas que acontecieron fueron de una grandiosidad inconmensurable y de un interés absorbente. El mar, levantándose tan alto como las montañas, lanzaba al cielo grandes masas de espuma blanca, que la tempestad parecía coger y desperdigar por todo el espacio; aquí y allí un bote pescador, con las velas rasgadas, navegando desesperadamente en busca de refugio ante el peligro; de vez en cuando las blancas alas de una ave marina ondeada por la tormenta. En la cúspide de East Cliff el nuevo reflector estaba preparado para entrar en acción, pero todavía no había sido probado; los trabajadores encargados de él lo pusieron en posición, y en las pausas de la niebla que se nos venía encima barrieron con él la superficie del mar. Una o dos veces prestó el más eficiente de los servicios, como cuando un barco de pesca, con la borda bajo el agua, se precipitó hacia el puerto, esquivando, gracias a la guía de la luz protectora, el peligro de chocar contra los muelles. Cada vez que un bote lograba llegar a salvo al puerto había un grito de júbilo de la muchedumbre congregada en la orilla; un grito que por un

momento parecía sobresalir del ventarrón, pero que era finalmente opacado por su empuje.

Al poco tiempo, el reflector descubrió a alguna distancia una goleta con todas sus velas desplegadas, aparentemente el mismo navío que había sido avistado esa misma noche. A esas horas, el viento había retrocedido hacia el este, y un temblor recorrió a todos los espectadores del acantilado cuando presenciaron el terrible peligro en el que se encontraba la nave. Entre ella y el puerto había un gran arrecife plano sobre el cual han chocado de tiempo en tiempo tantos buenos barcos, y que, con el viento soplando en esa dirección, sería un obstáculo casi imposible de franquear en caso de que intentase ganar la entrada del puerto. Ya era casi la hora de la marea alta, pero las olas eran tan impetuosas que en sus senos casi se hacían visibles las arenas de la playa, y la goleta, con todas las velas desplegadas, se precipitaba con tanta velocidad que, en las palabras de un viejo lobo de mar, "debía de llegar a alguna parte, aunque sólo fuese al infierno".

Luego llegó otra ráfaga de niebla marina, más espesa que todas las anteriores; una masa de neblina húmeda que pareció envolver a todas las cosas como un sudario gris y dejó asequible a los hombres sólo el órgano del oído, pues el ruido de la tempestad, el estallido de los truenos y el retumbo de las poderosas oleadas que llegaban a través del húmedo ambiente eran más fuertes que nunca. Los rayos del reflector se mantuvieron fijos en la boca del puerto a través del muelle del este, donde se esperaba el choque, y los hombres contuvieron la respiración. Repentinamente, el viento cambió hacia el noreste, y el resto de la niebla marina se diluyó; y entonces, *mirabile dictu,* entre los muelles, levantándose de ola en ola a medida que avanzaba a gran velocidad, entró la rara goleta con todas sus velas desplegadas y alcanzó el santuario del puerto. El reflector la siguió, y un escalofrío recorrió a todos los que la vieron, pues atado al timón había un cuerpo, con la cabeza caída, que se balanceaba horriblemente hacia uno y otro lado con cada movimiento del barco. No se podía ver ninguna otra forma sobre cubierta.

Un gran estado de reverencia y temor sobrecogió a todos cuando vieron que el barco, como por milagro, había encontrado el puerto, ¡guiado solamente por las manos de un hombre muerto! Sin embargo, todo se llevó a cabo más rápidamente de lo que tardo en escribir estas palabras. La goleta no se detuvo, sino que, navegando velozmente a través del puerto, embistió en

un banco de arena y grava lavado por muchas mareas y muchas tormentas, situado en la esquina sureste del muelle que sobresale bajo East Cliff, y que localmente es conocido como el muelle Tate Hill.

Por supuesto que cuando la nave embistió contra el montón de arena se produjo una sacudida considerable. Cada verga, lazo y montante sufrió la sacudida, y una parte del mástil principal se vino abajo. Pero lo más extraño de todo fue que, en el mismo instante en que tocó la orilla, un perro inmenso saltó a cubierta desde abajo, y como si hubiese sido proyectado por el golpe, corrió hacia adelante y saltó desde la proa a la arena. Corriendo directamente hacia el empinado acantilado donde el cementerio de la iglesia cuelga sobre la callejuela que va hacia el muelle del este, tan pronunciadamente que algunas de las lápidas (" transatlánticas" o "piedras atravesadas", como las llaman vernacularmente aquí en Whitby) se proyectan de hecho donde el acantilado que la sostenía se ha derrumbado, y desapareció en la oscuridad, que parecía intensificada justamente más allá de la luz del reflector.

Sucedió que por casualidad en aquellos momentos no había nadie en el muelle de Tate Hill, pues todos aquellos cuyas casas se encontraban en la proximidad estaban, o en cama, o habían subido a las alturas para ver mejor. Por eso el capitán del guardacostas de turno en el lado este del puerto, que de inmediato corrió hacia el pequeño muelle, fue el primero que pudo subir a bordo. Los hombres que manejaban el reflector, después de escudriñar la entrada al puerto sin ver nada, dirigieron la luz hacia el buque abandonado y la mantuvieron allí. El capitán del guardacostas corrió sobre la cubierta de popa, y cuando llegó al lado de la rueda se inclinó para examinarla, y retrocedió de pronto como si estuviera bajo una fuerte emoción. Esto pareció picar la curiosidad general y un buen número de personas comenzaron a correr. Es un buen trecho el que hay desde West Cliff pasando por el puente de Drawbridge hasta el muelle de Tate Hill, pero su corresponsal es un corredor bastante bueno, y llegué con buena ventaja sobre el resto de la gente. Sin embargo, cuando llegué, encontré en el muelle a una muchedumbre que ya se había reunido, y a la cual el capitán del guardacostas y la policía no permitían subir a bordo. Por cortesía del jefe de marineros se me permitió, como corresponsal que soy, subir a bordo, y fui uno de los del pequeño grupo que vio al marinero muerto mientras se encontraba todavía atado a la rueda del timón.

No era de extrañar que el capitán del guardacostas se hubiera sorprendido, o que hubiera sentido temor, pues no es muy común que puedan verse cosas semejantes. El hombre estaba simplemente atado de manos, una sobre otra, a la cabilla de la rueda del timón. Entre su mano derecha y la madera había un crucifijo, estando los rosarios con los cuales se encontraba sujeto tanto alrededor de sus puños como de la rueda, y todo fuertemente atado por las cuerdas que lo amarraban. El pobre sujeto puede ser que haya estado sentado al principio, pero el aleteo y golpeteo de las velas habían hecho sus efectos en el timón de la rueda y lo arrastraron hacia uno y otro lado, de tal manera que las cuerdas con que estaba atado le habían cortado la carne hasta el hueso. Una detallada descripción del estado de cosas fue hecha, y un médico, el cirujano J. M. Caffyn, de East Elliot Place, Nº 33, quien subió inmediatamente después de mí, declaró después de hacer un examen que el hombre debió haber estado muerto por lo menos durante dos días. En su bolsillo había una botella, cuidadosamente tapada con un corcho, y vacía, salvo por un pequeño rollo de papel, que resultó ser el apéndice del diario de bitácora.

El capitán del guardacostas dijo que el hombre debió haber atado sus propias manos apretando los nudos con sus dientes. El hecho de que el capitán del guardacostas fue el primero en subir a bordo, puede evitar algunas complicaciones más tarde en la Corte del Almirantazgo; pues los guardacostas no pueden reclamar el derecho de salvamento a que pueden optar todos los civiles que sean primeros en encontrar un barco abandonado.

Sin embargo, los funcionarios legales ya se están moviendo, y un joven estudiante de leyes está asegurando en altas y claras voces que los derechos del propietario ya están completamente sacrificados, siendo retenida su propiedad en contravención a los estatutos de manos muertas, ya que la caña del timón, como emblema, si no es prueba de posesión delegada, es considerada *mano muerta*. Es innecesario decir que el marinero muerto ha sido reverentemente retirado del lugar donde mantenía su venerable vigilancia y guardia (con una tenacidad tan noble como la del joven Casablanca), y ha sido colocado en el depósito de cadáveres en espera de futuras pesquisas.

Ya esta pasando la repentina tormenta, y su ferocidad está menguando; la gente se desperdiga en dirección a sus casas, y el cielo esta comenzando a enrojecer sobre la campiña de

Yorkshire. Enviaré, a tiempo para su próxima edición, más detalles del barco abandonado que encontró tan milagrosamente la ruta hacia el puerto, en medio de la tormenta.

9 de agosto. La secuela al extraño arribo del barco abandonado en la tormenta de anoche es casi más asombrosa que el hecho mismo. Resulta que la goleta es rusa, de Varna, y que es llamada *Demetrio*. Está llena casi enteramente de lastre de arena de plata, con sólo una pequeña cantidad de carga: muchas cajas grandes de madera llenas de tierra. Esta carga estaba consignada a un procurador de Whitby, el señor S. F. Billington, de La Creciente, Nº 7, quien esta mañana fue a bordo y tomó posesión formal de los bienes consignados a nombre de él. El cónsul ruso, también, actuando por el lado del embarque, tomó posesión formal del barco y pagó todos los impuestos portuarios, etcétera. No se habla de otra cosa aquí que de la extraña coincidencia; los empleados del Ministerio de Comercio han sido exageradamente escrupulosos en ver que todos los trámites legales se cumplan de acuerdo con las disposiciones vigentes.

Como el asunto parece que va a ser "un milagro de nueve días", están evidentemente determinados a que no exista causa para mayores complicaciones. Se ha notado bastante interés por el perro que saltó a tierra cuando el barco encalló, y más de un miembro de la A. P. C. A., que es muy fuerte aquí en Whitby, ha tratado de hacerse cargo del animal. Pero para desconsuelo general, no ha sido posible encontrarlo en ningún lado; más bien parece que ha desaparecido por completo del pueblo. Muy bien puede ser que se encontrara aterrorizado y que haya corrido a refugiarse en los pantanos, donde posiblemente está todavía escondido. Hay algunos que miran con miedo esta última posibilidad pues podría ser que después se convirtiera en un peligro, ya que evidentemente se trata de una bestia feroz. Temprano esta mañana, un perro grande, un mastín mestizo perteneciente a un comerciante de carbón cercano al muelle de Tate Hill, apareció muerto en el camino situado enfrente al patio de su dueño. Había estado peleando, y, manifiestamente tuvo a un oponente salvaje, pues tenía la garganta desgarrada y su vientre estaba abierto como por una garra salvaje.

Más tarde. Por amabilidad del inspector del Ministerio de Comercio, se me ha permitido que eche una mirada al cuaderno de bitácora del *Demetrio,* que está en orden hasta hace tres días, pero que no contenía nada de especial interés, excepto lo

relativo a los hechos de hombres desaparecidos. El mayor interés, sin embargo, se centra respecto al papel encontrado en la botella, que fue presentado hoy durante las averiguaciones; y puedo asegurar que un cuento más extraño como el que parece deducirse de ambas cosas, nunca se había atravesado en mi camino.

Como no hay motivos para guardar secreto, se me permite que los use y le envíe a usted un relato detallado, omitiendo simplemente detalles técnicos de marinería y de sobrecargo. Casi parece como si el capitán hubiese sido sobrecogido por una especie de manía antes de que hubiesen llegado mar adentro, y que ésta se continuara desarrollando persistentemente a través del viaje. Por supuesto, mi aseveración debe ser tomada *cum grano,* porque estoy escribiendo según lo dictado por un empleado del cónsul ruso, quien amablemente traduce para mí, ya que hay poco tiempo.

CUADERNO DE BITÁCORA DEL "DEMETRIO"

De Verna a Whitby

Escrito el 18 de julio. Pasan cosas tan extrañas, de las que mantendré de aquí en adelante una detallada información hasta que lleguemos a tierra.

El 6 de julio terminamos de embarcar el cargamento, arena de plata y cajas con tierra. Por la tarde zarpamos. Viento del este, fresco. Tripulación, cinco manos..., dos oficiales, cocinero y yo (capitán).

El 11 de julio al amanecer entramos al Bósforo. Subieron a bordo empleados turcos de la aduana. Propinas. Todo correcto. Reanudamos viaje a las 4 p. m.

12 de julio a través de los Dardanelos. Más empleados de aduana y barco insignia del escuadrón de guardia. Otra vez propinas. El trabajo de los oficiales detallado, pero rápido. Querían deshacerse de nosotros con prontitud. Al anochecer pasamos al archipiélago.

El 13 de julio pasamos cabo Matapán. La tripulación se encuentra insatisfecha por algo. Parece asustada, pero no dice por qué.

El 14 de julio estuve un tanto ansioso por la tripulación. Todos los hombres son de confianza y han navegado conmigo

otras veces. El piloto tampoco pudo averiguar lo que sucede; sólo le dijeron que había *algo,* y se persignaron. El piloto perdió los estribos con uno de ellos ese día y le dio un puñetazo. Esperaba una pelea feroz, pero todo está tranquilo.

El 16 de julio el piloto informó en la mañana que uno de la tripulación, Petrovsky, ha desaparecido. No pudo dar más datos. Tomó guardia a babor a las ocho campanas, anoche; fue relevado por Abramov, pero no fue a acostarse a su litera. Los hombres, muy deprimidos, dijeron todos que ya esperaban algo parecido, pero no dijeron más sino que había *algo* a bordo. El piloto se está poniendo muy impaciente con ellos; temo más incidentes enojosos más tarde.

El 17 de julio, ayer, uno de los hombres, Olgaren, llegó a mi cabina y de una manera confidencial y temerosa me dijo que él pensaba que había un hombre extraño a bordo del barco. Me narró que en su guardia había estado escondido detrás de la cámara de cubierta, pues había lluvia de tormenta, cuando vio a un hombre alto, delgado, que no se parecía a ninguno de la tripulación, subiendo la escalera de la cámara y caminando hacia adelante sobre cubierta, para luego desaparecer. Lo siguió cautelosamente, pero cuando llegó cerca de la proa no encontró a nadie, y todas las escotillas estaban cerradas. Le entró un miedo pánico supersticioso, y temo que ese pánico pueda contagiarse a los demás. Adelantándome, hoy haré que registren todo el barco cuidadosamente, de proa a popa.

Más tarde ese mismo día reuní a toda la tripulación y les dije que, como ellos evidentemente pensaban que había alguien en el barco, lo registraríamos de proa a popa.

El primer oficial se enojó; dijo que era una tontería, y que ceder ante tan tontas ideas desmoralizaría más a los hombres; dijo que él se comprometía a mantenerlos en orden a punta de garrote. Lo dejé a él encargado del timón, mientras el resto comenzaba a buscar, manteniéndonos todos unos al lado de otros, con linternas; no dejamos una esquina sin registrar. Como todo lo que había eran unas grandes cajas de madera, no había posibles resquicios donde un hombre se pudiera esconder. Los hombres estaban mucho más aliviados cuando terminamos el registro, y se dedicaron a sus faenas con alegría. El primer oficial refunfuñó, pero no dijo nada más.

22 de julio. Los últimos tres días, tiempo malo, y todas las manos ocupadas en las velas: no hay tiempo para estar

asustados. Los hombres parecen haber olvidado sus temores. El piloto, alegre otra vez, y todo marcha muy bien. Elogié a los hombres por su magnífica labor durante el mal tiempo. Pasamos Gibraltar y salimos de los estrechos.

Todo bien.

24 de julio. Parece que pesa una maldición sobre este barco. Ya teníamos una mano menos, y al entrar en la bahía de Vizcaya con un tiempo de los diablos, otro hombre ha desaparecido anoche, sin dejar rastro. Como el primero, dejó su guardia y no se lo volvió a ver. Todos los hombres tienen un miedo pánico; envié una orden aceptando su solicitud de que se hagan guardias dobles, pues tienen miedo de estar solos. El piloto, furioso. Temo que podamos tener algunos problemas, ya que o él o los hombres pueden emplear la violencia.

28 de julio. Cuatro días de infierno, bamboleándonos en una especie de tifón, y con vientos tempestuosos. Nadie ha podido dormir. Todos los hombres están cansados. Apenas sé cómo montar una guardia, ya que ninguno está en condiciones de seguir adelante. El segundo oficial se ofreció voluntariamente a timonear y hacer guardia, permitiendo así que los hombres pudieran dormir un par de horas. El viento está amainando; el mar todavía terrorífico, pero se siente menos, ya que el barco ha ganado estabilidad.

29 de julio. Otra tragedia. Esta noche tuvimos guardia sencilla, ya que la tripulación está muy cansada para hacerla doble. Cuando la guardia de la mañana subió a cubierta no pudo encontrar a nadie a excepción del piloto. Comenzó a gritar y todos subieron a cubierta. Minucioso registro, pero no se encontró a nadie. Ahora estamos sin segundo oficial, y con la tripulación en gran pánico. El piloto y yo acordamos ir siempre armados de ahora en adelante, y acechar cualquier señal de la causa.

30 de julio. Noche. Todos regocijados pues nos acercamos a Inglaterra. Tiempo magnífico, todas las velas desplegadas. Me retiré por agotamiento; dormí profundamente; fui despertado por el oficial diciéndome que ambos hombres, el de guardia y el piloto, habían desaparecido. Sólo quedamos dos tripulantes, el primer oficial y yo, para gobernar el barco.

1 de agosto. Dos días de niebla y sin avistar una vela. Había esperado que en Canal de la Mancha podríamos hacer

señales pidiendo auxilio o llegar a algún lado. No teniendo fuerzas para trabajar las velas, tenemos que navegar con el viento. No nos atrevemos a arriarlas, porque no podríamos izarlas otra vez. Parece que se nos arrastra hacia un terrible desenlace. El primer oficial está ahora más desmoralizado que cualquiera de los hombres. Su naturaleza más fuerte parece que ha trabajado en su interior inversamente en contra de él. Los hombres están más allá del miedo, trabajando fuerte y pacientemente, con sus mentes preparadas para lo peor. Son rusos; él es rumano.

2 de agosto, medianoche. Me desperté después de pocos minutos de dormir escuchando un grito, que parecía dado al lado de mi puerta. No podía ver nada por la neblina. Corrí a cubierta y choqué contra el primer oficial. Me dice que escuchó el grito y corrió, pero no había señales del hombre que estaba de guardia. Otro menos. ¡Señor, ayúdanos! El primer oficial dice que ya debemos haber pasado el estrecho de Dover, pues en un momento en que se aclaró la niebla alcanzó a ver North Foreland, en el mismo instante en que escuchó el grito del hombre. Si es así, estamos ahora en el Mar del Norte, y sólo Dios puede guiarnos en esta niebla, que parece moverse con nosotros; y Dios parece que nos ha abandonado.

3 de agosto. A medianoche fui a relevar al hombre en el timón y cuando llegué no encontré a nadie ahí. El viento era firme, y como navegamos hacia donde nos lleve, no había ningún movimiento. No me atreví a dejar solo el timón, por lo que le grité al oficial. Después de unos segundos subió corriendo a cubierta en sus franelas. Traía los ojos desorbitados y el rostro macilento, por lo que temo mucho que haya perdido la razón. Se acercó a mí y me susurró con voz ronca, colocando su boca cerca de mi oído, como si temiese que el mismo aire escuchara: "Está aquí; ahora lo sé. Al hacer guardia anoche lo vi, un hombre alto y delgado y sepulcralmente pálido. Estaba cerca de la proa, mirando hacia afuera. Me acerqué a él a rastras y le hundí mi cuchillo; pero éste lo atravesó, vacío como el aire." Al tiempo que hablaba sacó su cuchillo y empezó a moverlo salvajemente en el espacio. Luego, continuó: "Pero como está aquí, lo encontraré. Está en la bodega, quizá en una de esas cajas. Las destornillaré una por una y veré. Usted, sujete el timón." Y, con una mirada de advertencia, poniéndose el dedo sobre los labios, se dirigió hacia abajo. Se estaba alzando un viento peligroso, y yo

no podía dejar el timón. Lo vi salir otra vez a cubierta con una caja de herramientas y una linterna y descender por la escotilla delantera. Está loco; completamente delirante de locura, y no tiene sentido que trate de detenerlo. No puede hacer daño a esas grandes cajas: están detalladas como "arcilla", y que las arrastre de un lado a otro no tiene ninguna importancia. Así es que aquí me quedo, cuido del timón y escribo estas notas.

Sólo puedo confiar en Dios y esperar a que la niebla se aclare. Entonces, si puedo pilotear la nave hacia cualquier puerto con el viento que haya, arriaré las velas y me quedaré descansando, haciendo señales, pidiendo auxilio...

Ya casi todo ha terminado. Justamente cuando estaba comenzando a pensar que el primer oficial podría regresar más calmado, pues lo escuché martillando algo en la bodega, y trabajar le hace bien, subió por la escotilla un grito repentino que me heló la sangre; y apareció él sobre cubierta como disparado por un arma, completamente loco, con los ojos girando y el rostro convulso por el miedo. "¡Sálvame, sálvame!", gritó, y luego miró a su alrededor al manto de neblina. Su horror se volvió desesperación, y con voz tranquila dijo: "Sería mejor que usted también viniera, capitán, antes de que sea demasiado tarde. *Está* aquí. Ahora conozco el secreto. ¡El mar me salvará de él, y es todo lo que queda!" Antes de que yo pudiera decir una palabra, o pudiera adelantarme para detenerlo, saltó a la amura, y deliberadamente se lanzó al mar. Supongo que ahora yo también conozco el secreto. Fue este loco el que despachó a los hombres uno a uno y ahora él mismo los ha seguido. ¡Dios me ayude! ¿Cómo voy a poder dar parte de todos estos horrores cuando llegue a puerto? ¡Cuando *llegue* a puerto! ¿Y cuándo será eso?

4 de agosto. Todavía niebla, que el sol no puede atravesar. Sé que el sol ha ascendido porque soy marinero, pero no sé por qué otros motivos. No me atrevo a ir abajo; no me atrevo a abandonar el timón; así es que pasé aquí toda la noche, y en la velada oscuridad de la noche lo vi, ¡a él! Dios me perdone, pero el oficial tuvo razón al saltar por la borda. Era mejor morir como un hombre; la muerte de un marinero en las azules aguas del mar no puede ser objetada por nadie. Pero yo soy el capitán, y no puedo abandonar mi barco. Pero yo frustraré a este enemigo o monstruo, pues cuando las fuerzas comiencen a fallarme ataré mis manos al timón, y junto con ellas ataré eso a lo cual esto —¡él! no se atreve a tocar; y entonces, venga buen viento o mal

viento, salvaré mi alma y mi honor de capitán. Me estoy debilitando, y la noche se acerca. Si puede verme otra vez a la cara pudiera ser que no tuviese tiempo de actuar... Si naufragamos, tal vez se encuentre esta botella, y aquellos que me encuentren comprenderán; si no... Bien, entonces todos los hombre sabrán que he sido fiel a mi juramento. Dios y la Virgen Santísima y los santos ayuden a una pobre alma ignorante que trata de cumplir con su deber...

Por supuesto, el veredicto fue de absolución. No hay evidencia que aducir; y si fue el hombre mismo quien cometió los asesinatos, o no fue él, es algo que nadie puede atestiguar. El pueblo aquí sostiene casi universalmente que el capitán es simplemente un héroe, y se le va a enterrar con todos los honores. Ya está arreglado que su cuerpo debe ser llevado con un tren de botes por un trecho a lo largo del Esk, y luego será traído de regreso hasta el muelle de Tate Hill y subido por la escalinata hasta la abadía; pues se ha dispuesto que sea enterrado en el cementerio de la iglesia, sobre el acantilado. Los propietarios de más de cien barcazas ya han dado sus nombres, señalando que desean seguir el cortejo fúnebre del capitán.

No se han encontrado rastros del inmenso perro; por esto hay mucha tristeza, ya que, con la opinión pública en su presente estado, el animal hubiera sido, creo yo, adoptado por el pueblo. Mañana será el funeral, y así terminará este nuevo "misterio del mar".

Del diario de Mina Murray

8 de agosto. Lucy pasó toda la noche muy intranquila, y yo tampoco pude dormir. La tormenta fue terrible, y mientras retumbaba fuertemente entre los tiestos de la chimenea, me hizo temblar. Al llegar una fuerte ráfaga de viento, parecía el disparo de un cañón distante. Cosa bastante rara, Lucy no se despertó; pero se levantó dos veces y se vistió. Por fortuna, en cada ocasión me desperté a tiempo y me las arreglé para desvestirla sin despertarla, metiéndola otra vez en cama. Es cosa muy rara este su sonambulismo, pues tan pronto como su voluntad es frustrada de cualquier manera física, su intención, si es que la tiene, desaparece, y se entrega casi exactamente a la rutina de su vida.

Temprano esta mañana nos levantamos las dos y bajamos hasta el puerto para ver si había sucedido algo durante la noche. Había muy poca gente en los alrededores, y aunque el sol estaba brillando y el aire estaba claro y fresco, las grandes olas amenazantes, que parecían más oscuras de lo que eran debido a que la espuma las coronaba con penachos de nieve, se abrían paso a través de la estrecha boca del puerto, como un hombre que camina a codazos entre una multitud. Sin razón aparente me sentí contenta de que Jonathan no hubiera estado en el mar, sino en tierra. Pero, ¡oh!, ¿está en tierra o en mar? ¿Dónde está él, y cómo? Me estoy poniendo verdaderamente ansiosa por su paradero. ¡Si sólo supiera lo que debo hacer, y si pudiera hacer algo!

10 de agosto. Los funerales del pobre capitán, hoy, fueron de lo más conmovedor. Todos los botes del puerto parecían estar ahí, y el féretro fue llevado en hombros por capitanes todo el camino, desde el muelle de Tate Hill hasta el cementerio de la iglesia. Lucy vino conmigo, y nos fuimos muy temprano a nuestro viejo asiento, mientras el cortejo de botes remontó el río hasta el viaducto y luego descendió nuevamente. Tuvimos una vista magnífica, y vimos la procesión casi durante todo el viaje. Al pobre hombre lo pusieron a descansar cerca de nuestro asiento, de tal manera que nosotras nos paramos y, cuando llegó la hora, pudimos verlo todo. La pobre Lucy parecía estar muy nerviosa. Estuvo todo el tiempo inquieta y alterada, y no puedo sino pensar que sus sueños de la noche le están afectando. Hay algo muy extraño: no quiere admitirme a mí que hay alguna causa para su desasosiego; o si hay alguna causa, ella misma no la comprende. Hay un motivo adicional en el hecho de que el pobre anciano, el señor Swales, fue encontrado muerto esta mañana en nuestro asiento, con la nuca quebrada. Evidentemente, como dijo el médico, cayó de espaldas sobre el asiento, presa de miedo, pues en su rostro había una mirada de temor y horror, que los hombres decían los hacía temblar. ¡Pobre querido anciano! ¡Quizá ha visto a la muerte con sus ojos moribundos! Lucy es tan dulce y siente las influencias más agudamente que otra gente.

Ahora mismo está muy excitada por un pequeño detalle al que yo no le presté mucha atención, aunque yo misma quiero mucho a los animales. Uno de los hombres que siempre subía aquí para mirar los botes era seguido por su perro. El perro

siempre estaba con él. Los dos son muy tranquilos, y yo nunca vi al hombre enojado, ni escuché que el perro ladrara. Durante el servicio el perro no quiso acercarse a su dueño, que estaba sobre el asiento con nosotras, sino que se mantuvo a unos cuantos metros de distancia y ladrando y aullando. Su dueño le habló primero suavemente, luego en tono más áspero, y finalmente muy enojado; pero el animal no quiso acercarse ni cesó de hacer ruido. Estaba poseído como por una especie de rabia, con sus ojos brillándole salvajemente, y todos los pelos erizados como la cola de un gato cuando se está preparando para la pelea. Finalmente, también el hombre se enojó, y saltando del asiento le dio puntapiés al perro, y luego, tomándolo por el pescuezo, lo arrastró y lo tiró sobre la lápida en la cual está montado el asiento. En el momento en que tocó la lápida la pobre criatura recobró su actitud pacífica, pero comenzó a temblar desesperadamente. No trató de irse, sino que se enroscó, temblando y agachándose, y se encontraba en tal estado de terror que yo traté de calmarlo, aunque sin efecto, Lucy también sintió compasión, pero no intentó tocar al perro sino que sólo lo miró con lástima. Temo mucho que tenga una naturaleza demasiado sensible como para que pueda andar por el mundo sin problemas. Estoy segura de que esta misma noche soñará con todo lo que ha sucedido. Toda la acumulación de hechos extraños (el barco piloteado hasta el puerto por un hombre muerto; su actitud, atado al timón con un crucifijo y rosarios; el emotivo funeral; el perro, unas veces furioso y otras aterrorizado) le dará abundante material para sus sueños.

Creo que para ella lo mejor sería retirarse a su cama, cansada físicamente, por lo que la llevaré a dar una larga caminata por los acantilados de la bahía de Robin Hood, y luego de regreso. No creo que después le queden muchas inclinaciones para caminar dormida.

VIII

Del diario de Mina Murray

Mismo día, 11 p. m. ¡Oh, cómo estoy cansada! Si no fuera porque he tomado como un deber escribir en mi diario todas las noches, hoy no lo abriría. Tuvimos un paseo encantador. Después de un rato, Lucy estaba de mejor humor, debido, creo, a unas pacíficas vacas que llegaron a olfatearnos en el campo cerca del faro, y nos sacaron completamente de quicio. Creo que lo olvidamos todo, excepto, por supuesto, el temor personal, y esto pareció borrarlo todo y damos la oportunidad de comenzar de nuevo.

Tomamos un magnífico "té a la inglesa" en una pequeña y simpática posada, de antiguo estilo, en la bahía de Robin Hood, con una ventana arqueada que daba a las rocas cubiertas de algas marinas en la playa. Creo que hubiéramos asustado a la "Nueva Mujer" con nuestros apetitos. ¡Los hombres son más tolerantes, benditos sean! Luego, emprendimos la caminata de regreso a casa, haciendo alguna o más bien muchas paradas para descansar, y con nuestros corazones en constante temor por los toros salvajes. Lucy estaba verdaderamente cansada, y teníamos la intención de escabullirnos a cama tan pronto como pudiéramos. Sin embargo, llegó el joven cura, y la señora Westenra le pidió que se quedara a cenar. Lucy y yo, ambas, tuvimos una pelea por ello con el molendero; yo sé que de mi parte fue una pelea muy dura, y soy bastante heroica.

Creo que algún día los obispos deben reunirse y ver cómo crían una nueva clase de curas, que no acepten a quedarse a cenar, sin importar cuánto se insista, y que sepan cuándo las muchachas están cansadas. Lucy está dormida y respira suavemente. Tiene más color en las mejillas que otras veces, ¡y su aspecto es tan dulce! Si el Señor Holmwood se enamoró de ella viéndola solamente en la sala, me pregunto qué diría si pudiera verla ahora. Algunas de las escritoras de la "Nueva Mujer" pondrían en práctica algún día la idea de que los hombres y las mujeres deben poder verse primero durmiendo antes de hacer proposiciones o aceptar. Pero yo supongo que la "Nueva Mujer" no condescenderá en el futuro a aceptar; ella misma hará la pro-

puesta por su cuenta. ¡Y bonito va a ser el trabajo que tendrá! En esto hay alguna consolación. Esta noche estoy muy contenta porque mi querida Lucy parece estar bastante mejor.

Realmente creo que ya ha doblado la esquina, y que los problemas motivados por su sonambulismo han sido superados. Estaría completamente feliz con sólo tener noticias de Jonathan... Dios lo bendiga y lo guarde.

11 de agosto, 3 a. m. No tengo sueño, por lo que mejor será que escriba. Estoy demasiado agitada para poder dormir. Hemos tenido una aventura extraordinaria; una experiencia muy dolorosa. Me quedé dormida tan pronto como cerré mi diario...

Repentinamente desperté del todo, y me senté, con una terrible sensación de miedo en todo el cuerpo; con un sentimiento de vacío alrededor de mí. El cuarto estaba a oscuras, por lo que no podía ver la cama de Lucy; me acerqué a ella y la busqué a tientas. La cama estaba vacía. Encendí un fósforo y descubrí que ella no estaba en el cuarto. La puerta estaba cerrada, pero no con llave como yo la había dejado. Temí despertar a su madre, que últimamente ha estado bastante enferma, por lo que me puse alguna ropa y me aresté a buscarla. En el instante en que dejaba el cuarto se me ocurrió que las ropas que ella llevara puestas me podrían dar alguna pista de sus sonámbulas intenciones. La bata significaría la casa; un vestido, la calle. Pero tanto la bata como sus vestidos estaban en su lugar. "Dios mío", me dije a mí misma, "no puede estar lejos, ya que sólo lleva su camisón de dormir." Bajé corriendo las escaleras y miré en la sala. ¡No estaba allí! Entonces busqué en los otros cuartos abiertos de la casa, con un frío temor siempre creciente en mi corazón. Finalmente llegué a la puerta del corredor y la encontré abierta. No estaba abierta del todo, pero el pestillo de la cerradura no estaba corrido. La gente de la casa siempre es muy cuidadosa al cerrar la puerta todas las noches, por lo que temí que Lucy se hubiera ido tal como andaba. No había tiempo para pensar en lo que pudiera ocurrir; un miedo vago, invencible, oscureció todos los detalles. Tomé un chal grande y pesado, y corrí hacia afuera. El reloj estaba dando la una cuando estaba en la Creciente, y no había ni un alma a la vista. Corrí a lo largo de la Terraza Norte, pero no pude ver señales de la blanca figura que esperaba encontrar. Al borde de West Cliff, sobre el muelle, miré a través del puerto hacia East Cliff, con la esperanza o el temor, no sé cuál, de ver a Lucy en nuestro asiento favorito.

Había una luna llena, brillante, con rápidas nubes negras y pesadas, que daban a toda la escena una diorama de luz y sombra a medida que cruzaban navegando; por unos instantes no pude ver nada, pues la sombra de una nube oscurecía la iglesia de Santa María y todo su alrededor. Luego, al pasar la nube, pude ver las ruinas de la abadía que se hacían visibles; y cuando una estrecha franja de luz tan aguda como filo de espada pasó a lo largo, pude ver a la iglesia y el cementerio de la iglesia aparecer dentro del campo de luz. Cualquiera que haya sido mi expectación, no fue defraudada, pues allí, en nuestro asiento, la plateada luz de la luna iluminó una figura a medias reclinada, blanca como la nieve. La llegada de la nube fue demasiado rápida para mí, y no me permitió ver mucho, pues las sombras cayeron sobre la luz casi de inmediato; pero me pareció como si algo oscuro estuviera detrás del asiento donde brillaba la figura blanca, y se inclinaba sobre ella. Si era hombre o bestia, es algo que no puedo decir. No esperé a poder echar otra mirada, sino que descendí corriendo las gradas hasta el muelle y me apresuré a través del mercado de pescado hasta el puente, que era el único camino por el cual se podía llegar a East Cliff. El pueblo parecía muerto, pues no había un alma por todo el lugar. Me regocijó de que fuera así, ya que no deseaba ningún testigo de la pobre condición en que se encontraba Lucy. El tiempo y la distancia parecían infinitos, y mis rodillas temblaban y mi respiración se hizo fatigosa mientras subía afanosamente las interminables gradas de la abadía. Debo haber corrido rápido, y sin embargo, a mí me parecía que mis pies estaban cargados de plomo, y como si cada coyuntura de mi cuerpo estuviera enmohecida.

Cuando casi había llegado arriba pude ver el asiento y la blanca figura, pues ahora ya estaba lo suficientemente cerca como para distinguirla incluso a través del manto de sombras. Indudablemente había algo, largo y negro, inclinándose sobre la blanca figura medio reclinada. Llena de miedo, grité: "¡Lucy! ¡Lucy!", y algo levantó una cabeza, y desde donde estaba pude ver un rostro blanco de ojos rojos y relucientes. Lucy no me respondió y yo corrí hacia la entrada del cementerio de la iglesia. Al tiempo que entraba, la iglesia quedó situada entre yo y el asiento, y por un minuto la perdí de vista.

Cuando la divisé nuevamente, la nube ya había pasado, y la luz de la luna iluminaba el lugar tan brillantemente que pude ver a Lucy medio reclinada con su cabeza descansando sobre el respaldo del asiento. Estaba completamente sola, y por ningún lado se veían señales de seres vivientes.

Cuando me incliné sobre ella pude ver que todavía dormía. Sus labios estaban abiertos, y ella estaba respirando, pero no con la suavidad acostumbrada sino a grandes y pesadas boqueadas, como si tratara de llenar plenamente sus pulmones a cada respiro.

Al acercarme, subió la mano y tiró del cuello de su camisón de dormir, como si sintiera frío. Sin embargo, siguió dormida. Yo puse el caliente chal sobre sus hombros, amarrándole fuertemente las puntas alrededor del cuello, pues temía mucho que fuese a tomar un mortal resfrío del aire de la noche, así casi desnuda como estaba. Temí despertarla de golpe, por lo que, para poder tener mis manos libres para ayudarla, le sujeté el chal cerca de la garganta con un imperdible de gran tamaño; pero en mi ansiedad debo haber obrado torpemente y la pinché con él, porque al poco rato, cuando su respiración se hizo más regular, se llevó otra vez la mano a la garganta y gimió. Una vez que la hube envuelto cuidadosamente, puse mis zapatos en sus pies y comencé a despertarla con mucha suavidad. En un principio no respondía: pero gradualmente se volvió más y más inquieta en su sueño, gimiendo y suspirando ocasionalmente. Por fin, ya que el tiempo pasaba rápidamente y, por muchas otras razones, yo deseaba llevarla a casa de inmediato, la zarandeé con más fuerza, hasta que finalmente abrió los ojos y despertó. No pareció sorprendida de verme, ya que, por supuesto, no se dio cuenta de inmediato de en dónde nos encontrábamos. Lucy se despierta siempre con bella expresión, e incluso en aquellos momentos, en que su cuerpo debía estar traspasado por el frío y su mente espantada al saber que había caminado semidesnuda por el cementerio en la noche, no pareció perder su gracia. Tembló un poco y me abrazó fuertemente; cuando le dije que viniera de inmediato conmigo de regreso a casa, se levantó sin decir palabra y me obedeció como una niña. Al comenzar a caminar, la grava me lastimó los pies, y Lucy notó mi salto. Se detuvo y quería insistir en que me pusiera mis zapatos, pero yo me negué. Sin embargo, cuando salimos al sendero afuera del cementerio, donde había un charco de agua, remanente de la tormenta, me unté los pies con lodo usando cada vez un pie sobre el otro, para que al ir a casa, nadie, en caso de que encontráramos a alguien, pudiera notar mis pies descalzos.

La fortuna nos favoreció y llegamos a casa sin encontrar un alma. En una ocasión vimos a un hombre, que no parecía estar del todo sobrio, cruzándose por una calle enfrente de nosotros; pero nos escondimos detrás de una puerta hasta que desa-

pareció por un campo abierto como los que abundan por aquí, pequeños atrios inclinados, o *wind*s, como los llaman en Escocia. Durante todo este tiempo mi corazón palpitó tan fuertemente que por momentos pensé que me desmayaría. Estaba llena de ansiedad por Lucy, no tanto por su salud, a pesar de que podía afectarle el aire frío, sino por su reputación en caso de que la historia de lo sucedido se hiciera pública. Cuando entramos, y una vez que hubimos lavado nuestros pies y rezado juntas una oración de gracias, la metí en cama. Antes de quedarse dormida me pidió, me imploró, que no dijese una palabra a nadie, ni siquiera a su madre, de lo que había pasado aquella noche.

Al principio dudé de hacer la promesa; pero al pensar en el estado de salud de su madre, y cómo la excitaría la noticia de un acontecimiento como aquél, y pensando además cómo podía ser retorcida aquella historia (no, sería infaliblemente falsificada) en caso de que fuese conocida, pensé que era más cuerdo prometer lo que se me pedía. Espero que haya obrado bien. He cerrado la puerta y he atado la llave a mi muñeca, por lo que tal vez no vuelva a ser perturbada. Lucy está durmiendo profundamente; el reflejo de la aurora aparece alto y lejos sobre el mar...

Mismo día, por la tarde. Todo marcha bien. Lucy durmió hasta que yo la desperté y pareció que no había cambiado siquiera de lado. La aventura de la noche no parece haberle causado ningún daño; por el contrario, la ha beneficiado, pues está mucho mejor esta mañana que en las últimas semanas. Me sentí triste al notar que mi torpeza con el imperdible la había herido. De hecho, pudo haber sido algo serio, pues la piel de su garganta estaba agujereada. Debo haber agarrado un pedazo de piel con el imperdible, atravesándolo, pues hay dos pequeños puntos rojos como agujeritos de alfiler, y sobre el cuello de su camisón de noche había una gota de sangre. Cuando me disculpé y le mostré mi preocupación por ello, Lucy rió y me consoló, diciendo que ni siquiera lo había sentido. Afortunadamente, no le quedará cicatriz, ya que son orificios diminutos.

Mismo día, por la noche. Hemos pasado el día muy contentas. El aire estaba claro, el sol brillante y había una fresca brisa. Llevamos nuestro almuerzo a los bosques de Mulgrave; la señora Westenra conduciendo por el camino, Lucy y yo caminando por el sendero del desfiladero y encontrándonos con ella en la entrada. Yo me sentí un poco triste, pues pude darme cuenta de cómo hubiera sido *absolutamente* feliz si hubiera tenido a Jonathan a mi lado. Pero, ¡vaya! Sólo debo ser paciente.

Por la noche dimos una caminata hasta el casino Terraza, y escuchamos alguna buena música por Spohr y Mackenzie, y nos acostamos muy temprano. Lucy parece estar más tranquila de lo que había estado en los últimos tiempos, y yo me dormí de inmediato. Aseguraré la puerta y guardaré la llave de la misma manera que antes, pues no creo que esta noche haya ningún problema.

12 de agosto. Mis predicciones fueron erróneas, pues dos veces durante la noche fui despertada por Lucy, que estaba tratando de salir. Parecía, incluso dormida, estar un poco impaciente por encontrar la puerta cerrada con llave, y se volvió a acostar profiriendo quejidos de protesta. Desperté al amanecer y oí los pájaros piando fuera de la ventana. Lucy despertó también, y yo me alegré de ver que estaba incluso mejor que ayer por la mañana. Toda su antigua alegría parece haber vuelto, y se pasó a mi cama apretujándose a mi lado para contarme todo lo de Arthur. Yo le dije a ella cómo estaba ansiosa por Jonathan, y entonces, trató de consolarme. Bueno, en alguna medida lo consiguió, ya que aunque la conmiseración no puede alterar los hechos, sí puede contribuir a hacerlos más soportables.

13 de agosto. Otro día tranquilo, y me fui a cama con la llave en mi muñeca como antes. Otra vez desperté por la noche y encontré a Lucy sentada en su cama, todavía dormida, señalando hacia la ventana. Me levanté sigilosamente, y apartando la persiana, miré hacia afuera. La luna brillaba esplendorosamente, y el suave efecto de la luz sobre el mar y el cielo, confundidos en un solo misterio grande y silencioso, era de una belleza indescriptible. Entre yo y la luz de la luna aleteaba un gran murciélago, que iba y venía describiendo grandes círculos. En un par de ocasiones se acercó bastante, pero supongo que, asustándose al verme, voló de regreso, alejándose en dirección al puerto y a la abadía. Cuando regresé de la ventana, Lucy se había acostado de nuevo y dormía pacíficamente. No volvió a moverse en toda la noche.

14 de agosto. He estado en East Cliff, leyendo y escribiendo todo el día. Lucy parece haberse enamorado tanto de este lugar como yo, y es muy difícil arrancarla de aquí cuando llega la hora de regresar a casa para comer, tomar el té, o cenar.

Esta tarde hizo un comentario muy extraño. Veníamos de camino a casa para la cena, y habíamos llegado hasta las gradas superiores del puente Oeste, deteniéndonos para mirar el paisaje como siempre lo hacemos. El sol poniente, muy bajo en el horizonte, se estaba ocultando detrás de Kettleness; la luz roja caía sobre East Cliff y la vieja abadía, y parecía bañarlo todo con un bello resplandor color de rosa. Estuvimos unos momentos en silencio, y de pronto Lucy murmuró como para sí misma:

—¡Otra vez sus ojos rojos! Son exactamente los mismos.

Aquella fue una expresión tan rara, sin venir a colación, que me dejó perpleja.

Me aparté un poco, lo suficiente para ver a Lucy bien sin parecer estar mirándola, y vi que estaba en un estado de duermevela, con una expresión tan rara en el rostro, que no pude descifrar; por eso no dije nada, pero seguí sus ojos. Parecía estar mirando nuestro propio asiento, donde en aquellos instantes estaba sentada una oscura y solitaria figura.

Yo misma me sentí un poco inquieta, pues por unos momentos pareció que aquel desconocido tenía grandes ojos como llamas fulgurantes; pero una segunda mirada disipó la ilusión. La roja luz del sol estaba brillando sobre las ventanas de la iglesia de Santa María, situada detrás de nuestro asiento, y al ponerse el sol había justamente suficiente cambio en la refracción y reflexión de la luz como para dar la apariencia de que la luz se movía. Llamé la atención de Lucy hacia ese efecto peculiar, y ella pareció volver en sí con un sobresalto, aunque al mismo tiempo pareció muy triste. Es posible que estuviera pensando en la terrible noche que había pasado allá arriba. Nunca hablamos de ella; por eso no dije nada, y nos fuimos a casa a cenar. Lucy tenía dolor de cabeza y se acostó temprano. Cuando la vi dormida, salí a dar un pequeño paseo yo sola; caminé a lo largo de los acantilados situados al oeste, y estaba llena de una dulce tristeza, pues pensaba en Jonathan. Al regresar a casa (la luz de la luna brillaba intensamente; tan intensamente que, aunque el frente de nuestra parte de la Creciente estaba en la sombra, todo podía verse distintamente) eché una mirada a nuestra ventana y vi la cabeza de Lucy reclinándose hacia fuera. Pensé que quizá estaba en espera de mi regreso, por lo que abrí mi pañuelo y lo agité. Sin embargo, ella no lo notó, no hizo ningún movimiento. En esos momentos, la luz de la luna se arrastró alrededor de un ángulo del edificio, y sus rayos cayeron sobre la

ventana. Allí estaba Lucy, con la cabeza reclinada contra el lado del antepecho de la ventana, y con los ojos cerrados.

Estaba profundamente dormida, y a su lado, posado en el antepecho de la ventana, había algo que parecía ser un pájaro de regular tamaño. Sentí temor de que pudiera resfriarse, por lo que corrí escaleras arriba, pero cuando llegué al cuarto ella ya iba de regreso a su cama, profundamente dormida y respirando pesadamente; se llevaba la mano al cuello, como si lo protegiera del frío.

No la desperté, sino que la arropé lo mejor que pude; comprobé que la puerta estuviera bien cerrada, y la ventana también. ¡Es tan dulce cuando duerme! Pero está más pálida que de costumbre, y en sus ojos hay una mirada cansada, macilenta, que no me agrada. Temo que esté inquieta por algo. Desearía averiguar qué es.

15 de agosto. Me levanté más tarde que de costumbre. Lucy está lánguida y cansada, y durmió hasta después de que habíamos sido llamadas. En el desayuno tuvimos una grata sorpresa. El padre de Arthur está mejorado, y quiere que el casamiento se efectúe lo más pronto posible. Lucy está llena de callado regocijo, y su madre está a la vez alegre y triste. Más tarde me dijo la causa. Está melancólica por tener que perder a Lucy, pero le alegra que pronto ella vaya a tener alguien que la proteja. ¡Pobre señora, tan querida y dulce! Me hizo la confidencia de que ya pronto morirá. No le ha dicho nada a Lucy, y me hizo prometer guardar el secreto; su médico le ha dicho que dentro de unos meses, a lo sumo, va a morir, pues su corazón se esta debilitando. En cualquier momento, incluso ahora, una impresión repentina le produciría casi seguramente la muerte. ¡Ah! Hicimos bien en no contarle lo ocurrido aquella terrible noche de sonambulismo de Lucy.

17 de agosto. No he escrito nada durante dos días seguidos. No he tenido ganas de hacerlo. Una especie de oscuro sino parece estarse cirniendo sobre nuestra felicidad. Ninguna noticia de Jonathan, y Lucy parece estar cada vez más débil, mientras las horas de su madre se están acercando al desenlace final. No comprendo cómo Lucy se esta apagando como lo hace. Come bien y duerme bien, y goza del aire fresco; pero todo el tiempo las rosas en sus mejillas están marchitándose y día a día

se vuelve más débil y más lánguida; por las noches la escucho boqueando como si le faltara el aire. Siempre tengo la llave de la puerta atada a mi puño durante la noche, pero ella se levanta y camina de un lado a otro del cuarto, y se sienta ante la abierta ventana. Anoche la encontré reclinándose hacia afuera, y cuando traté de despertarla no pude; estaba desmayada. Cuando conseguí hacer que volviera en sí estaba sumamente débil y lloraba quedamente entre largos y dolorosos esfuerzos por aspirar aire.

Cuando le pregunté como había podido ir hacia la ventana, sacudió la cabeza y la volvió hacia el otro lado de la almohada. Espero que su enfermedad no se deba a ese malhadado piquete de alfiler. Observé su garganta una vez que se hubo dormido, y las punturas no parecían haber sanado. Todavía están abiertas las cicatrices, e incluso más anchas que antes; sus bordes aparecen blanquecinos, como pequeñas manchas blancas con centros rojos. A menos que sanen en uno o dos días, insistiré en que las vea el médico.

Carta de Samuel F. Billington e hijo, procuradores, en Whitby, a los señores Carter, Paterson y Cía., en Londres

17 de agosto

"Estimados señores:

"Anexas a la presente les enviamos las mercancías enviadas por el Gran Ferrocarril del Norte. Las mismas han de ser entregadas en Carfax, cerca de Purfleet, inmediatamente después de recibirse las mercancías en la estación de King's Cross. Actualmente la casa está vacía, pero les enviamos también las llaves, todas ellas rotuladas.

"Sírvanse depositar las cajas, cincuenta en total, las cuales constituyen el envío, en el edificio parcialmente derruido que forma parte de la casa, y que está marcado con 'A' en el plano esquemático que les enviamos. Su agente reconocerá fácilmente el lugar, ya que es la antigua capilla de la mansión. Las mercancías, salen por tren a las 9:30 de la noche; llegarán a King's Cross mañana por la tarde a las 4:30. Como nuestro cliente desea que la entrega se haga lo más rápidamente posible, mucho les agradeceríamos que tuvieran preparada alguna gente en King's Cross a la hora indicada, para efectuar el traslado de la mercancía a su destino. Para evitar cualquier demora posible debida a trámites de rutina, tales como pagos en sus departa-

mentos, les enviamos anexo cheque por diez libras (£ 10), cuyo recibo le agradeceríamos nos remitieran. Si los gastos son inferiores a esta cantidad, pueden devolver el saldo; si son más, les enviaremos de inmediato un cheque por la diferencia al tener noticias de ustedes. Al terminar la entrega, sírvanse dejar las llaves en el corredor principal de la casa, donde el propietario pueda recogerlas al entrar en la casa mediante la llave que él posee.

"Por favor no piensen que nos excedemos en los límites de la cortesía mercantil, al insistir por todos los medios en que efectúen este trabajo con la mayor rapidez posible.

"Quedamos de ustedes, estimados señores, sus Attos. y Ss. Ss.

SAMUEL F. BILLINGTON E HIJO "

Carta de los señores Carter, Paterson y Cía., en Londres, a los señores Billington e Hijo, en Whitby

21 de agosto

“Estimados señores:

"Acusamos recibo de £ 10 y les enviamos por £ 1 17s. 9d, excedente, tal como lo muestran los recibos incluidos. La mercancía ha sido entregada según sus instrucciones, y las llaves quedaron en un paquete en el corredor principal, tal como se nos pidió.

"Quedamos de ustedes, estimados señores, con todo respeto,

CARTER, PATERSON Y CÍA."

Del diario de Mina Murray

18 de agosto. Hoy estoy muy contenta, y escribo sentada en el asiento del cementerio de la iglesia. Lucy está mucho mejor. Anoche durmió bien toda la noche, y no me molestó ni una vez. Parece que ya las rosas regresan a sus mejillas, aunque todavía está tristemente pálida y descolorida. Yo entendería su situación si estuviera anémica, pero no es el caso. Está de muy buen humor, y llena de vida y alegría. Toda aquella mórbida reticencia parece haberla abandonado, y hace justamente un momento me recordó, como si yo necesitara que me la recordaran, aquella noche, y lo que sucedió aquí, en este mismo asien-

to, donde la encontré dormida. Al tiempo que me hablaba taconeaba juguetonamente con el tacón de su bota sobre la lápida, y dijo:

—¡Mis pobres pies no hacían mucho ruido entonces! Me atrevo a decir que el pobre señor Swales me habría dicho que era porque yo no quería despertar a Geordie.

Como estaba tan comunicativa, le pregunté si había tenido algún sueño esa noche. Antes de responderme, esa su mirada tan dulce y traviesa asomó a su cara, la cual dice Arthur (lo llamo Arthur por costumbre de ella) que ama; y, de hecho, no me extraña que así sea. Entonces, continuó de una manera ensoñadora, como si estuviera tratando de recordar lo sucedido.

—No soñé propiamente, pero todo parecía ser muy real. Sólo quería estar aquí en este lugar, sin saber por qué, pues tenía miedo de algo, no sé de qué. Aunque supongo que estaba dormida, recuerdo haber pasado por las calles y sobre el puente. Al tiempo que pasaba saltó un pez, yo me incliné para verlo y escuché muchos perros aullando; tantos, que todo el pueblo parecía estar lleno de perros que aullaban al mismo tiempo, mientras yo subía las gradas. Luego tuve una vaga sensación de algo largo y oscuro con ojos rojos, semejante a lo que vimos en aquella puesta de sol, y de pronto me rodeó algo muy dulce y muy amargo a la vez; entonces me pareció que me hundía en agua verde y profunda, y escuché un zumbido tal como he oído decir que sienten los que se están ahogando; y luego todo pareció evaporarse y alejarse de mí; mi alma pareció salir de mi cuerpo y flotar en el aire. Me parece recordar que en una ocasión el faro del oeste estaba justamente debajo de mí, y luego hubo una especie de dolor, como si me encontrara en un terremoto, y volviera a mí, y descubrí que me estabas sacudiendo. Te vi haciéndolo antes de que te pudiera sentir.

Entonces comenzó a reírse. A mí me pareció todo aquello pavoroso, y escuché sin aliento. Aquello era sospechoso, y pensé que sería mejor que su mente no se detuviera más en el tema, por lo que nos pusimos a hablar de otras cosas, y Lucy estaba como en sus buenos tiempos. Cuando regresamos a casa, la fresca brisa la había vigorizado, y sus pálidas mejillas estaban realmente más sonrosadas. Su madre se regocijó al verla así, y todas pasamos muy contentas una velada juntas.

19 de agosto. ¡Alegría, alegría, alegría! Aunque no todo es alegría. Finalmente noticias de Jonathan. El pobrecito ha estado enfermo, y por eso no había escrito. Ya no tengo miedo de pensarlo o decirlo, ahora que lo sé. El señor Hawkins me entregó la carta, y me escribió él mismo. ¡Oh! ¡Qué amable! Voy a salir mañana por la mañana e iré donde Jonathan, para cuidarlo si es necesario y traerlo a casa. El señor Hawkins dice que no estaría mal si nos pudiéramos casar allá. He llorado sobre la carta de la buena hermana, al grado que puedo sentirla húmeda contra mi pecho, donde la guardo. Es sobre Jonathan, y debe estar cerca de mi corazón, ya que él está en mi corazón. He proyectado y previsto mi viaje, y mi equipaje está preparado. Sólo me llevaré una muda de ropa; Lucy se llevará mi baúl a Londres y lo guardará hasta que yo envíe por él, pues puede ser que... Ya no debo escribir. Debo guardármelo todo para decírselo a Jonathan, mi marido. La carta que él ha visto y tocado debe confortarme hasta que nos encontremos.

Carta de la hermana Agatha, Hospital de San José y Santa María, en Budapest, a la señorita Willhelmina Murray

12 de agosto

“Estimada señorita:

"Le escribo por deseos del señor Jonathan Harker, ya que él mismo no está lo suficientemente fuerte para escribir, aunque va mejorando gracias a Dios, a San José y a la Virgen María. Ha estado bajo nuestro cuidado desde hace casi seis semanas, pues sufre de una violenta fiebre cerebral. Le envía a usted su amor, y me ruega que le diga que por este mismo correo le escribo al señor Peter Hawkins, en Exéter, para decirle, con el más profundo respeto, que está muy afligido por su retraso, y que todo su trabajo ha sido completamente terminado. El señor Harker tendrá que permanecer todavía unas semanas descansando en nuestro hospital en las montañas, pero luego regresará. Desea que yo diga que no tiene suficiente dinero consigo, y que le gustaría pagar su estancia aquí, para que otros que necesiten no se queden sin recibir ayuda.

"Considéreme usted siempre a sus órdenes, con mi afecto y bendiciones,

HERMANA AGATHA.

"P. D. Estando mi paciente dormido, abro esta para ponerla al tanto de los acontecimientos. El señor Harker me lo ha

contado todo respecto a usted, y que dentro de pronto usted será su esposa. ¡Todas las bendiciones para ustedes dos! Él ha sufrido una terrible impresión, así dice nuestro médico, y en sus delirios sus desvaríos han sido terribles; de lobos, veneno y sangre, de fantasmas y demonios, y temo decir de qué más.

Tenga siempre mucho cuidado con él para que en lo futuro no haya nada parecido a estas cosas que puedan excitarlo; las huellas de una enfermedad como la que ha tenido no se borran tan fácilmente. Hubiéramos escrito desde hace mucho tiempo, pero no sabíamos nada de sus amigos, y él no decía nada que pudiéramos entenderle. Llegó en el tren de Klausenburgo y el guardia fue avisado por el jefe de estación de aquel lugar, que entró corriendo en la estación pidiendo a gritos un billete para regresar a casa. Viendo por sus violentos gestos que se trataba de un inglés, le dieron un billete para la estación más lejana en esta dirección, a la que llega el tren.

"Esté usted segura de que cuidamos bien de él. Se ha ganado todos nuestros corazones por su dulzura y suavidad. Verdaderamente está mejorando, y no tengo ya ninguna duda de que dentro de pocas semanas estará completamente repuesto. Pero por amor a la seguridad cuide bien de él. Seguramente que hay, así le pido a Dios y a San José y a Santa María, muchos, muchos felices años para ustedes dos."

Del diario del doctor Seward

19 de agosto. Extraños y repentinos cambios en Renfield anoche. Cerca de las ocho comenzó a ponerse inquieto y a olfatear por todos lados, como un perro cuando anda de caza. Mi ayudante se quedó asombrado por su comportamiento, y conociendo mi interés por él lo animó para que hablara. Generalmente es muy respetuoso con mi ayudante, y a veces hasta servil; pero anoche, me ha dicho el hombre, se comportó en forma bastante arrogante. Por nada de este mundo quiso condescender a hablar con él.

Todo lo que dijo fue:

—No quiero hablar con usted: usted ya no cuenta ahora; el patrón está cerca. Mi ayudante cree que es alguna repentina forma de manía religiosa la que se ha apoderado de él. Si es así, debemos de estar alerta ante borrascas, pues un hombre fuerte con manías homicidas y religiosas al mismo tiempo puede ser peligroso. A las nueve de la noche yo mismo lo visité. Su actitud

conmigo fue la misma que con mi ayudante; en su extremo repliegue sobre sí mismo, la diferencia entre mi persona y la de mi ayudante le parece nula. Me parece que es una manía religiosa; dentro de muy poco pensará que es el propio Dios. Las infinitesimales distinciones entre un hombre y otro hombre son demasiado mezquinas para un ser omnipotente. ¡Cómo pueden llegar a exaltarse estos locos! El verdadero Dios pone atención hasta cuando se cae un gorrión; pero el Dios creado por la vanidad humana no ve diferencia alguna entre un águila y un gorrión. ¡Oh, si los hombres por lo menos supieran!

Durante media hora o más, Renfield se estuvo poniendo cada vez más excitado. Aparenté no estar observándolo, pero mantuve una estricta vigilancia sobre todo lo que hacía. De pronto apareció en sus ojos esa turbia mirada que siempre vemos cuando un loco ha captado una idea, y con ella ese movimiento sesgado de la cabeza y la espalda que los médicos llegan a conocer tan bien. Se volvió bastante calmado, y fue y se sentó en la orilla de su cama resignadamente, mirando al espacio vacío con los ojos opacos.

Pensé que averiguaría si su apatía era real o sólo fingida, y traté de llevarlo a una conversación acerca de sus animales, tema que nunca había dejado de llamarle la atención. Al principio no me respondió, pero finalmente dijo, con visible mal humor:

—¿Quién se preocupa por ellos? ¡Me importan un comino!

—¿Cómo? —dije yo—. ¿Acaso ya no le interesan las arañas?

(Las arañas son de momento su mayor entretenimiento, y su libreta se está llenando con columnas de pequeños números.)

A esto me respondió enigmáticamente:

—Las madrinas de la boda regocijan sus ojos, que esperan la llegada de la novia; pero cuando la novia se va a acostar, entonces las madrinas no relucen a los ojos que están llenos.

No quiso dar ninguna explicación de lo dicho sino que permaneció obstinadamente sentado en la cama todo el tiempo que estuve con él.

Esta noche estoy bastante cansado y desanimado. No puedo dejar de pensar en Lucy, y de cómo hubiesen sido las cosas diferentes, Si no duermo de inmediato, cloral, el moderno Morfeo: $CHCl_3CHO$. Debo tener mucho cuidado para no habituarme a él. ¡No, no tomaré nada esta noche! He pensado en Lucy, y no la deshonraré a ella mezclándola con lo otro. Si así tiene que ser, pasaré la noche en vela...

Más tarde. Estoy contento de haber tomado esa resolución; más contento aún de haberla realizado. Había estado dando vueltas en la cama durante algún tiempo; y sólo había escuchado al reloj dar dos veces la hora, cuando el guardia de turno vino a verme, enviado por mi asistente, para decirme que Renfield se había escapado. Me vestí y bajé corriendo inmediatamente; mi paciente es una persona demasiado peligrosa como para que ande suelta. Esas ideas que tiene pueden trabajar peligrosamente frente a extraños.

El asistente me estaba esperando. Me dijo que lo había visto hacía menos de diez minutos, aparentemente dormido sobre su cama, cuando miró a través de la rendija de observación en la puerta. Luego su atención fue atraída por el ruido de una ventana que estaba siendo desencajada. Corrió de regreso y vio que sus pies desaparecían a través de la ventana, y entonces envió rápidamente al guardia a que me llamara. Renfield estaba sólo con su ropa de noche, por lo que no debía andar muy lejos. El asistente pensó que sería más útil mirar hacia donde iba que perseguirlo, ya que podía perderlo de vista mientras daba vuelta para salir por la puerta del edificio.

Era un hombre corpulento, y no podía salir por la ventana. Yo soy delgado, así es que con su ayuda, salí, pero con los pies primero, y como sólo nos encontrábamos a unos cuantos pies sobre la tierra, caí sin lastimarme. El asistente me dijo que el paciente había corrido hacia la izquierda y había desaparecido en línea recta. Por lo que yo me apresuré en la misma dirección lo más velozmente que pude; al tiempo que atravesaba el cinturón de árboles vi una figura blanca escalando el alto muro que separa nuestros terrenos de los de la casa desierta.

Corrí inmediatamente de regreso, y le dije al guardia que trajera tres o cuatro hombres y me siguieran a los terrenos de Carfax, en caso de que nuestro amigo fuese a comportarse peligrosamente. Yo mismo conseguí una escalera, y salvando el muro, salté hacia el otro lado. Pude ver la figura de Renfield que desaparecía detrás del ángulo de la casa, por lo que corrí tras él.

En el otro extremo de la casa lo encontré reclinado fuertemente contra la vieja puerta de roble, enmarcada en hierro, de la capilla. Estaba hablando, aparentemente a alguien, pero tuve miedo de acercarme demasiado a escuchar lo que decía, pues podía asustarlo y echaría de nuevo a correr. ¡Correr detrás de un errante enjambre de abejas no es nada comparado con seguir a un lunático desnudo, cuando se le ha metido en la cabeza que debe escapar! Sin embargo, después de unos minutos pude ver que él no se daba cuenta de nada de lo que sucedía a su alrededor, y me atreví a acercármele más, y con mayor razón ya que mis hombres habían saltado el muro y se acercaban a él. Le oí decir:

—Estoy aquí para cumplir tus órdenes, amo. Soy tu esclavo, y tú me recompensaras, pues seré fiel. Te he adorado desde hace tiempo y desde lejos. Ahora que estás cerca, espero tus órdenes, y tú no me olvidarás, ¿verdad, mi querido amo?, en tu distribución de las buenas cosas.

De todas maneras es un viejo y egoísta pordiosero. Piensa en el pan y los pescados aun cuando cree que está en una presencia real. Sus manías hacen una combinación asombrosa. Cuando le caímos encima peleó como un tigre; es muy fuerte, y se comportó más como una bestia salvaje que como un hombre. Yo nunca había visto a un lunático en un paroxismo de furia semejante; y espero no volverlo a ver. Es una buena cosa que hayamos averiguado sus intenciones y su fuerza a tiempo. Con una fuerza y una determinación como las de él, podría haber hecho muchas barbaridades antes de ser enjaulado. En todo caso, está en lugar seguro. Ni el mismo Jack Sheppard habría podido librarse de la camisa de fuerza que lo retiene, y además está encadenado a la pared en la celda de seguridad. Sus gritos a veces son horribles, pero los silencios que siguen son todavía más mortales, pues en cada vuelta y movimiento manifiesta sus deseos de asesinar.

Hace unos momentos dijo estas primeras palabras coherentes:

—Tendré paciencia, amo. ¡Está llegando..., llegando..., llegando!

De tal manera que yo tomé su insinuación, y también llegué. Estaba demasiado excitado para dormir, pero este diario me ha tranquilizado y siento que esta noche dormiré algo.

IX

Carta de Mina Harker a Lucy Westenra

Budapest*, 24 de agosto*

"Mi queridísima Lucy:

"Sé que estarás muy ansiosa de saber todo lo que ha sucedido desde que nos separamos en la estación del ferrocarril en Whitby. Bien, querida, llegué sin contratiempos a Hull, y tomé el barco para Hamburgo, y luego allí el tren. Siento que apenas puedo recordar lo que pasó durante el viaje, excepto que sabía que iba de camino hacia Jonathan, y que, como seguramente tendría que servir de enfermera, lo mejor era que durmiera lo que pudiera... Encontré a mi amado muy delgado, pálido y débil. Toda la fuerza ha escapado de sus queridos ojos, y aquella tranquila dignidad que te he dicho siempre mostraba en su rostro, ha desaparecido. Sólo es una sombra de lo que era, y no recuerda nada de lo que le ha sucedido en los últimos tiempos. Por lo menos, eso desea que yo crea, y por lo tanto nunca se lo preguntaré. Ha tenido una experiencia terrible, y temo que su pobre cerebro pagará las consecuencias si trata de recordar. La hermana Agatha, que es una magnífica monja y una enfermera nata, me dice que desvariaba sobre cosas horribles mientras tenía la cabeza trastornada. Quise que ella me dijese de qué se trataba, pero sólo se persignó y me dijo que nunca diría nada; que los desvaríos de los enfermos eran secretos de Dios, y que si una enfermera a través de su vocación los llegaba a escuchar, debía respetar sus votos. Es un alma dulce, buena; y al día siguiente, cuando vio que yo estaba muy afligida, ella misma suscitó de nuevo el tema, y después de decir que jamás mencionaría sobre lo que desvariaba mi pobre enfermo, agregó: 'Le puedo decir esto, querida: que no era acerca de nada malo que él mismo hubiera hecho; y usted, que será su esposa, no tiene nada por qué preocuparse. No la ha olvidado a usted ni lo que le debe. Sus temores eran acerca de cosas grandes y terribles, sobre las que ningún mortal debe hablar. Yo creo que la dulce herma-

na pensó que yo podría estar celosa, con el temor de que mi amado se hubiera enamorado de otra mujer.

¡La idea de que yo pudiera estar celosa de Jonathan!. Y sin embargo, mi querida Lucy, déjame susurrarte que cuando supe que no era otra mujer la causa de todos los males, sentí una corriente de alegría por todo el cuerpo. Estoy sentada ahora al lado de su cama, desde donde le puedo ver la cara mientras duerme. ¡Está despertando...!

"Al despertar me pidió su abrigo, ya que quería sacar algo de su bolsillo; le pregunté a la hermana Agatha si podía hacerlo, y ella trajo todas sus cosas. Vi que entre ellas estaba su libreta de apuntes, e iba a pedirle que me dejara verla (pues yo sabía que en ella podría encontrar alguna pista de su mal), pero supongo que debe haber visto mi deseo en mis ojos, pues me dijo que me fuese a la ventana un momento, ya que deseaba estar solo un rato. Luego me llamó y me dijo muy solemnemente:

"Willhelmina (supe que deseaba hablarme con toda seriedad, pues nunca me había dicho mi nombre desde que me pidió que nos casáramos), tu conoces, querida, mis ideas sobre la confianza que tiene que haber entre marido y mujer: no debe haber entre ellos ningún secreto, ningún escondrijo. He sufrido una gran impresión, y cuando trato de pensar en lo que fue, siento que mi cabeza da vueltas, y no sé si todo fue real o si fueron los sueños de un loco. Tú sabes que he tenido una fiebre cerebral, y que eso es estar loco. El secreto esta aquí, y yo no deseo saberlo. Quiero comenzar mi vida de nuevo en este momento, con nuestro matrimonio. (Pues, mi querida Lucy, hemos decidido casarnos tan pronto como se arreglen las formalidades.) ¿Deseas, Willhelmina, compartir mi ignorancia? Aquí está el libro. Tómalo y guárdalo, léelo si quieres, pero nunca menciones ante mí lo que contiene; a menos, claro está, que algún solemne deber caiga sobre mí y me obligue a regresar a las amargas horas registradas aquí, dormido o despierto, cuerdo o loco.

"Y al decir aquello se reclinó agotado, y yo puse el libro debajo de su almohada y lo besé. Le he pedido a la hermana Agatha que suplique a la superiora que nuestra boda pueda efectuarse esta tarde, y estoy esperando su respuesta...

"Ha regresado y me ha dicho que ya han ido a buscar al capellán de la iglesia de la Misión Inglesa. Nos casaremos dentro de una hora, o tan pronto como despierte Jonathan...

"Lucy, llegó la hora y se fue. Me siento muy solemne, pero muy, muy contenta. Jonathan despertó poco después de la hora, y todo estaba preparado; él se sentó en la cama, rodeado de almohadas. Respondió 'sí, la acepto' con firmeza y fuerza. Yo apenas podía hablar; mi corazón estaba tan lleno, que incluso esas palabras parecían ahogarme.

Las hermanas fueron todas finísimas. Nunca, nunca las olvidaré, ni las graves y dulces responsabilidades que han recaído sobre mí. Debo hablarte de mi regalo de bodas...

Cuando el capellán y las hermanas me hubieron dejado a solas con mi esposo, ¡oh, Lucy!, ¡es la primera vez que he escrito las palabras 'mi esposo'!, cuando me hubieron dejado a solas con mi esposo saqué el libro de debajo de su almohada, lo envolví en un papel blanco, lo até con un pequeño listón azul pálido que llevaba alrededor de mi cuello y lo sellé sobre el nudo con lacre, usando como sello mi anillo de bodas.

Entonces lo besé y se lo mostré a mi marido; le dije que así lo guardaría, y que sería una señal exterior y visible para nosotros durante toda nuestra vida de que confiábamos el uno en el otro; que nunca lo abriría, a menos que fuera por su propio bien o por cumplir un deber ineludible. Entonces él tomó mi mano entre las suyas, y, ¡oh, Lucy, fue la primera vez que él tomó las manos de *su muje*r!, y dijo que eran las cosas más bonitas en todo el ancho mundo, y que si fuera necesario pasaría otra vez por todo lo pasado para merecerlas. El pobrecito ha de haber querido decir por parte del pasado, pero todavía no puede pensar sobre el tiempo, y no me sorprendería que en un principio mezclara no sólo los meses, sino también los años.

"Bien, querida, ¿qué más puedo decir? Sólo puedo decirte que soy la mujer más feliz de todo este ancho mundo, y que yo no tenía nada que darle excepto a mí misma, mi vida y mi confianza, y que con estas cosas fue mi amor y mi deber por todos los días de mi vida. Y, querida, cuando me besó, y me atrajo hacia él con sus pobres débiles manos, fue como una plegaria muy solemne entre nosotros dos...

"Lucy, querida, ¿sabes por qué te digo todo esto? No sólo porque es tan dulce para mí, sino también porque tú has sido, y eres mi más querida amiga. Fue mi privilegio ser tu amiga y

guía cuando tú saliste del aula de la escuela para prepararte en el mundo de la vida. Quiero verte ahora, y con los ojos de una esposa muy feliz, a lo que me ha conducido el deber, para que en tu propia vida de matrimonio tú también puedas ser tan feliz como yo. Mi querida, que Dios Todopoderoso haga que tu vida sea todo lo que promete ser: un largo día de brillante sol, sin vientos adversos, sin olvidar el deber, sin desconfianza. No debo desearte que no tengas penas, pues eso nunca puede ser; pero si te deseo que *siempre* seas tan feliz como lo soy yo *ahora*. Adiós, querida.

Pondré esta carta inmediatamente en el correo, y quizá te escriba muy pronto otra vez.

Debo terminar ya, pues Jonathan está despertando. ¡Debo atender a mi marido!

"Quien siempre te quiere,

MINA HARKER"

Carta de Lucy Westenra a Mina Harker

Whitby, 30 de agosto

"Mi queridísima Mina:

"Océanos de amor y millones de besos, y que pronto estés en tu propio hogar con tu marido. Me gustaría que regresaran pronto para que pudieran pasar cierto tiempo aquí con nosotros. El fuerte aire restablecería pronto a Jonathan; lo ha logrado conmigo.

Tengo un apetito voraz, estoy llena de vida y duermo bien. Les agradará saber que ya no camino dormida. Creo que no me he movido de la cama durante una semana, esto es, una vez que me acuesto por la noche. Arthur dice que me estoy poniendo gorda. A propósito, se me olvidó decirte que Arthur está aquí. Damos grandes paseos, cabalgamos, remamos, jugamos al tenis y pescamos juntos; lo quiero más que nunca.

Me dice, que me quiere más: pero lo dudo, porque al principio me dijo que no me podía querer más de lo que me quería ya. Pero estas son tonterías. Ahí está, llamándome, así es que nada más por hoy.

LUCY

“P. D. —Mamá te envía recuerdos. Parece estar bastante mejor la pobrecita.”

“P. D. otra vez. Nos casaremos el 28 de septiembre.”

Del diario del doctor Seward

20 de agosto. El caso de Renfield se hace cada vez más interesante. Por ahora hemos podido establecer que hay períodos de descenso en su pasión. Durante una semana después de su primer ataque se mantuvo en perpetua violencia. Luego, una noche, justamente al alzarse la luna, se tranquilizó, y estuvo murmurando para sí mismo: "Ahora puedo esperar; ahora puedo esperar." El asistente me vino a llamar, por lo que corrí rápidamente abajo para echarle una mirada. Todavía estaba con la camisa de fuerza y en el cuarto de seguridad; pero la expresión congestionada había desaparecido de su rostro, y sus ojos tenían algo de su antigua súplica; casi podría decir de su "rastrera" suavidad. Quedé satisfecho con su condición actual y di órdenes para que lo soltaran. Mis ayudantes vacilaron, pero finalmente llevaron a cabo mis deseos sin protestar. Una cosa extraña fue que el paciente tuvo suficiente buen ánimo como para ver su desconfianza, pues, acercándoseme, me dijo en un susurro, al mismo tiempo que los miraba a ellos furtivamente:

—¡Creen que puedo hacerle daño! ¡Imagínese, *yo* hacerle daño a *uste*d! ¡Imbéciles!

Era un tanto consolador, para mis sentimientos, encontrarme disociado incluso en el cerebro de este pobre loco de los otros; pero de todas maneras, no comprendo sus pensamientos. ¿Debo aceptar que tengo algo en común con él, por lo que siendo como somos, como fuéramos, debemos unirnos? ¿O tiene que obtener de mí un bien tan estupendo que mi salud le es necesaria? Tendré que averiguarlo más tarde. Hoy en la noche no hablará. Ni el ofrecimiento de un gatito, o incluso de un gato grande, es capaz de tentarlo. Sólo dice: "No me importan nada los gatos. Ahora tengo más en qué pensar, y puedo esperar; puedo esperar."

Después de un rato, lo dejé. El ayudante me dice que estuvo tranquilo hasta un rato antes del amanecer y que, entonces, comenzó a dar muestras de nerviosismo.

Finalmente se puso violento, hasta que, por último, cayó en una especie de paroxismo que lo agotó de tal manera que, finalmente, se desvaneció en una especie de coma.

... Tres noches seguidas ha sucedido lo mismo: violento todo el día y tranquilo desde la salida de la luna hasta la salida del sol. Realmente desearía descubrir alguna pista de la causa. Casi parecería como si hubiera alguna influencia que viniera y se fuera. ¡Vaya idea! Esta noche vamos a enfrentar en un juego a los cerebros sanos contra los cerebros enfermos. Una vez se escapó sin nuestra ayuda. Esta noche se escapará con ella. Le daremos la oportunidad, y los hombres estarán preparados para seguirlo en caso de que sea necesario...

23 de agosto. "Siempre sucede lo inesperado." Cómo conocía bien a la vida Disraeli. Cuando nuestro pájaro encontró abierta la jaula, no quiso volar, de tal manera que todos nuestros sutiles preparativos no sirvieron de nada. En todo caso, hemos probado una cosa: que los períodos de tranquilidad duran un tiempo razonable. En lo futuro estaremos en capacidad de aflojarle un poco las restricciones durante unas cuantas horas cada día. Le he dado instrucciones a mi asistente nocturno para que sólo lo encierre en el cuarto de seguridad, una vez que ya se haya calmado, hasta una hora antes de que suba el sol. El pobre cuerpo del enfermo va a gozar de este beneficio, aunque su mente no pueda apreciarlo. ¡Alto! ¡Lo inesperado! Me llaman: el paciente se ha escapado otra vez.

Más tarde. Otra noche de aventuras. Renfield esperó astutamente hasta que el asistente estaba entrando en el cuarto para inspeccionar. Entonces, salió corriendo a su lado y voló por el corredor. Yo envié órdenes a los asistentes para que lo siguieran. Otra vez se fue directamente a los terrenos de la casa desierta, y lo encontramos en el mismo lugar, reclinado contra la vieja puerta de la capilla. Cuando me vio se puso furioso, y si los asistentes no lo hubiesen sujetado a tiempo, hubiera tratado de matarme. Mientras lo estábamos deteniendo sucedió una cosa extraña. Repentinamente, redobló sus esfuerzos, y luego, tan repentinamente, recobró la calma. Yo miré instintivamente a mi alrededor, pero no pude ver nada. Luego capté el ojo del paciente y lo seguí, pero no pude descubrir nada mientras miraba al cielo iluminado por la luna, excepto un gran murciélago, que iba aleteando en su silenciosa y fantasmal travesía hacia el oeste. Los murciélagos generalmente giran en círculos indecisos, pero

éste parecía ir directamente, como si supiera adónde se dirigía o como si tuviera sus propias intenciones. El paciente se calmó más, y al cabo de un rato, dijo:

—No necesitan amarrarme; los seguiré tranquilo.

Sin ningún otro contratiempo, regresamos a la casa. Siento que hay algo amenazante en su calma, y no olvidaré esta noche...

Del diario de Lucy Westenra

Hillingham, 24 de agosto. Debo imitar a Mina y escribir las cosas en un libro. Así, cuando nos veamos podremos tener largas charlas. Me pregunto cuándo será. Desearía que estuviera otra vez conmigo aquí, pues me siento tan infeliz. Anoche me pareció que estaba soñando otra vez como en Whitby. Tal vez es el cambio de clima, o el hecho de que estoy otra vez en casa. Todo es oscuro y horroroso para mí, pues no puedo recordar nada; pero estoy llena de un vago temor, y me siento débil y exhausta. Cuando Arthur vino a comer se miró bastante preocupado al verme, y yo no tuve los ánimos para tratar de parecer alegre. Me pregunto si tal vez pudiera dormir esta noche en el cuarto de mamá. Inventaré una excusa y trataré...

25 de agosto. Otra mala noche. Mi madre no pareció caer en mi propuesta. Ella misma no parece estar tan bien, y no cabe duda de que se preocupa mucho por mí. Traté de mantenerme despierta, y durante un tiempo lo conseguí; pero cuando el reloj dio las doce, me despertó de un sopor, por lo que debo haber estado durmiéndome. Había una especie de aletazos y rasguños en la ventana, pero no les di importancia, y como no recuerdo qué sucedió después, supongo que debo haberme quedado dormida. Más pesadillas. ¡Cómo desearía poder recordarlas! Esta mañana me sentí terriblemente débil.

Mi rostro está sumamente pálido, y me duele la garganta. Algo debe andar mal en mis pulmones, pues me parece que nunca aspiro suficiente aire. Trataré de mostrarme alegre cuando llegue Arthur, porque de otra manera yo sé que sufrirá mucho viéndome así.

Carta de Arthur Holmwood al doctor Seward

Hotel Albemarle, 31 de agosto



"Mi querido Jack:

"Quiero que me hagas un favor. Lucy está enferma; esto es, no tiene ninguna enfermedad especial, pero su aspecto es enfermizo y está empeorando cada día. Le he preguntado si hay alguna causa; no me atrevo a preguntarle a su madre, pues perturbar la mente de la pobre señora acerca de su hija sería fatal, debido a que su propia salud anda muy mal. La señora Westenra me ha confiado que su destino ya está sellado (enfermedad del corazón), aunque la pobre Lucy todavía no lo sabe. Estoy seguro de que algo está ejerciendo influencia en la mente de mi amada novia. Cuando pienso en ella casi me distraigo; el mirarla me produce siempre un sobresalto. Le dije que te pediría a ti que la vieras, y aunque al principio puso algunas dificultades, yo sé por qué, viejo amigo, finalmente dio su consentimiento. Será una tarea dolorosa para ti, lo sé, viejo, pero es por su bien, y yo no debo dudar en pedírtelo ni tú en actuar. Puedes venir a almorzar a Hillingham mañana a las dos, para que la señora Westenra no sospeche nada, y después de la comida Lucy va a buscar una oportunidad para estar a solas contigo. Yo vendré a la hora del té, y podemos irnos juntos; estoy lleno de ansiedad, y quisiera hablar a solas contigo tan pronto como la hayas visto. ¡No faltes!

ARTHUR

Telegrama de Arthur Holmwood a Seward

1 de septiembre

Me llaman para ver a mi padre, que ha empeorado. Escribo. Escríbeme detalladamente por correo nocturno a Ring. Telefonea si es necesario.

Carta del doctor Seward a Arthur Holmwood

2 de septiembre

"Mi querido y viejo amigo:

"Respecto a la salud de la señorita Westenra me apresuro a decirte inmediatamente que en mi opinión no hay ningún trastorno funcional ni enfermedad que yo conozca. Al mismo tiempo, de ninguna manera puedo considerarme satisfecho de su semblante; está totalmente diferente a lo que era la última vez que la vi. Por supuesto, debes tener presente que no tuve oportunidad de hacer un examen minucioso tal como hubiera desea-

do; nuestra misma amistad plantea aquí una pequeña dificultad que ni siquiera la ciencia médica ni la costumbre pueden sobrepasar. Lo mejor será que te diga exactamente lo que sucedió, dejándote en libertad para que saques, dentro de ciertas medidas, tus propias conclusiones. Luego te diré lo que he hecho y lo que me propongo hacer.

"Encontré a la señorita Westenra con bastantes buenos ánimos. Su madre estaba presente, y en pocos segundos me percaté de que estaba tratando por todos los medios de engañar a su madre, y evitarle de esa manera ansiedades. No tengo ninguna duda de que adivina, en caso de que no lo sepa, que hay necesidad de tener cautela. Comimos solos, y como nos esforzamos por parecer alegres, obtuvimos, como una especie de recompensa por nuestros esfuerzos, cierta alegría real, entre nosotros. Entonces, la señora Westenra se retiró a descansar, y Lucy se quedó conmigo. Fuimos a su *boudoir,* y hasta que llegamos ahí su reserva no se modificó, pues los sirvientes iban y venían.

Sin embargo, tan pronto como se cerró la puerta, la máscara cayó de su rostro y se hundió en un sillón dando un gran suspiro y escondiendo sus ojos con la mano.

Cuando yo vi que su animosidad había fallado, me aproveché inmediatamente de su reacción para hacer un diagnóstico. Me dijo muy dulcemente:

"No puedo decirle a usted cuánto detesto tener que hablarle acerca de mi persona.

"Yo le recordé que las confidencias de un doctor eran sagradas, pero que tú estabas verdaderamente muy ansioso por ella. Ella captó inmediatamente el significado de mis palabras, y arregló todo el asunto con un par de palabras.

"Dígale a Arthur cualquier cosa que usted crea conveniente. ¡Yo no me preocupo por mí misma, sino por él!

"Por lo tanto, tengo libertad de hablar.

"Fácilmente pude darme cuenta de que le hace falta un poco de sangre, pero no pude ver los síntomas típicos de la anemia, y por una casualidad tuve de hecho la oportunidad de probar la cualidad de su sangre, pues al abrir una ventana que estaba remachada, un cordón se rompió y ella se cortó ligeramente la mano con el vidrio quebrado. En sí mismo fue un hecho

insignificante, pero me dio una oportunidad evidente, de tal manera que yo me apoderé de unas pocas gotas de sangre, y las he analizado. El análisis cualitativo muestra que existen condiciones normales, y además, puedo inferir, señalan la existencia de un vigoroso estado de salud. En otros asuntos físicos quedé plenamente convencido de que no hay necesidad de temer; pero como en alguna parte debe haber una causa, he llegado a la conclusión de que debe ser algo mental. Ella se queja de tener a veces dificultades al respirar, y de tener sueños pesados, letárgicos, con pesadillas que la asustan, pero de las cuales no se puede acordar. Dice que cuando niña solía caminar dormida, y que estando en Whitby la costumbre regresó, y que una vez salió caminando en la noche y fue hasta East Cliff, donde la encontró la señorita Murray; pero me asegura que últimamente esta costumbre ha vuelto a desaparecer. He quedado con dudas, por lo que he hecho lo mejor que sé: le he escrito a mi viejo amigo y maestro, el profesor van Helsing, de Ámsterdam, que es una de las personas que más conocimientos tiene sobre enfermedades raras en el mundo. Le he pedido que venga, y como tú me dijiste que todas estas cosas estarían a tu cargo, te he mencionado a ti y tus relaciones con la señorita Westenra. Esto, mi viejo amigo, es en obsequio de tus deseos, pues yo me siento demasiado orgulloso y demasiado feliz de poder hacer lo que pueda por ella. Yo sé que Van Helsing hará cualquier cosa por mí por una razón personal, así es que no importa por qué motivos venga, debemos aceptar sus deseos. Es un hombre aparentemente muy arbitrado, pero esto es porque él sabe de lo que habla más que ninguna otra persona. Es un filósofo y un metafísico, y uno de los científicos más avanzados de nuestra época; y tiene, supongo, una mente absolutamente abierta. Esto, con unos nervios de acero, un temperamento frío, una resolución indomable, un autocontrol y una tolerancia exaltada de virtudes y bendiciones, y el más amable de los más sinceros corazones que laten, forman su equipo para la noble tarea que está realizando por la humanidad, trabajo tanto en la teoría como en la práctica, pues su visión es tan amplia como lo es su simpatía. Te cuento esto para que tú puedas saber por qué tengo tanta confianza en él. Le he pedido que venga inmediatamente.

Mañana veré otra vez a la señorita Westenra. Nos veremos en la ciudad, de manera que yo no alarme a su madre con mi visita.

"Tu amigo,

JOHN SEWARD"

Carta de Abraham Helsing, Doctor en Medicina, Filosofía y Letras, etc., al doctor Seward

3 de septiembre

"Mi buen amigo:

"Cuando he recibido su carta ya estoy de camino hacia usted. Por buena fortuna puedo partir de inmediato, sin mal para ninguno de aquellos que han confiado en mí.

Fueran otras las circunstancias, sería perjudicial para esos que han confiado en mí, pues yo voy adonde mi amigo cuando él me llama para ayudar a aquellos a quienes tiene cariño. Dígale a su amigo que cuando aquella vez usted chupó de mi herida tan rápidamente el veneno de la gangrena de aquel cuchillo que nuestro otro amigo, tan nervioso, dejó deslizar, hizo usted más por él cuando él quiere mi ayuda y usted la solicita, que todo lo que puede hacer su gran fortuna. Pero es un doble placer hacerlo por él, su amigo; y hacia usted voy. Tenga ya dispuesto, y por favor así arreglado, que podamos ver a la joven dama no tan tarde mañana mismo, pues es probable que yo tenga que regresar aquí esa noche. Pero si hay necesidad, regresaré otra vez tres días después, y estaré más tiempo si es preciso. Hasta entonces, mi buen amigo John, adiós.

VAN HELSING "

Carta del doctor Seward al honorable Arthur Holmwood

3 de septiembre

"Querido Art:

"Vino Van Helsing y se fue. Fue conmigo a Hillingham, y encontré que, por discreción de Lucy, su madre había salido invitada a comer, de tal manera que quedamos solos con ella. Van Helsing hizo un examen muy minucioso de la paciente.

Quedó en comunicármelo a mí, y yo te aconsejaré a ti, pues por supuesto yo no estuve presente. Está, lo temo, muy preocupado, pero me dijo que debía reflexionar. Cuando yo le dije de nuestra amistad y cómo tú me habías confiado el asunto, él dijo: 'Debe usted decirle todo lo que piensa. Dígale lo que pienso yo, si usted puede adivinar, y usted adivinará. No; no estoy bromeando. Esta no es broma, sino vida y muerte; quizá

más.' Le pregunté qué quería decir con aquello, pues estaba muy serio. Esto sucedió cuando ya habíamos regresado a la ciudad, y estaba tomando una taza de té antes de iniciar su regreso a Ámsterdam. No me dio ninguna pista más. No debes estar enojado conmigo, Art, porque su misma reticencia significa que todo su cerebro está trabajando por el bien de ella. Puedes estar seguro de que, a su debido tiempo, hablará con toda claridad. Así es que yo le dije que escribiría simplemente un registro de nuestra visita, justamente como si estuviese haciendo un artículo descriptivo especial para el *Daily Telegraph*. Pareció no tomar nota de ello, y sólo comentó que el hollín de Londres no era tan malo como solía ser cuando él era estudiante aquí. Yo recibiré su informe mañana, si tiene tiempo para hacerlo. En todo caso, recibiré una carta.

"Bien, ahora, a la visita. Lucy estaba más alegre que el día que la vi por primera vez, y desde luego parecía estar mucho mejor. Había perdido algo de aquella mirada fantasmal que tanto te inquieta, y su respiración era normal. Fue muy dulce con el profesor (siempre lo es), y trató de que se sintiera tranquilo; sin embargo, yo pude ver que la pobre muchacha estaba haciendo un gran esfuerzo. Creo que Van Helsing también lo notó, pues bajo sus espesas cejas vi aquella rápida mirada que tan bien conozco.

Entonces, comenzó a charlar de todas las cosas posibles menos de nosotros y las enfermedades, y lo hizo con tanto ingenio que yo pude ver cómo la pretendida animación de Lucy se convertía en realidad. Entonces, sin que se notara el cambio, mi maestro llevó la conversación suavemente al motivo de su visita, y dijo calmadamente:

"Mi querida joven, tengo este gran placer porque usted es encantadora. Eso es mucho, querida, aunque estuviera aquí ese a quien no veo. Me dijeron que estaba usted desanimada, y que tenía una palidez fantasmal. A ellos les digo: ¡bah! (y tronó los dedos, agregando a continuación): Pero usted y yo les vamos a demostrar cuán equivocados están. Cómo puede él (dijo, y me señaló con la misma mirada y gesto con el que me había sacado de su clase en cierta ocasión, o mejor dicho, después de esa ocasión), ¿cómo puede él saber nada acerca de jóvenes? Él tiene sus locos con quienes juega, y a quienes devuelve la felicidad, juntamente con la felicidad de aquellos que lo quieren. Es bastante lo que hace, y, ¡oh!, pero hay recompensas, en el mismo hecho de poder restaurar esa felicidad. ¡Más de jovencitas!

No tiene mujer ni hija, y los jóvenes no confían en los jóvenes, sino en los viejos como yo, que han conocido ya tantos dolores y las causas de ellos. Así es, querido, que lo enviaremos a que se fume un cigarro en el jardín, mientras usted y yo tenemos una pequeña charla confidencial.

"Acepté la sugestión y salí del cuarto, hasta que al cabo de un rato el profesor salió por la ventana y me pidió que entrara. Parecía preocupado, pero dijo: "He efectuado un minucioso examen, pero no hay ninguna causa funcional.

Estoy de acuerdo con usted en que ha habido mucha pérdida de sangre; ha habido, pero no la hay. Además, el estado general de la joven no muestra ningún síntoma de anemia.

Le he pedido que me envíe a su sirvienta para que yo pueda hacerle un par de preguntas, de tal manera que no quede oportunidad de perder algo. Yo sé muy bien lo que dirá. Y sin embargo, hay una causa; siempre hay una causa para todo. Debo regresar a casa y pensar. Usted debe enviarme el telegrama todos los días; y si hay motivo, vendré otra vez. La enfermedad, pues no estar del todo bien es enfermedad, me interesa y también me interesa ella, la dulce jovencita. Me encanta, y por ella, si no por usted, o por enfermedad, vendré.

"Y como te digo, no quiso decir más, ni cuando estuvimos solos. Así es, Art, que ya sabes todo lo que yo sé. Mantendré una estricta vigilancia. Espero que tu pobre padre siga mejor. Debe ser una cosa terrible para ti, mi querido viejo, estar situado en una posición tal entre dos personas que son tan queridas para ti. Yo conozco tu idea del deber para con tu padre, y haces bien en ser fiel a ella; pero si hay necesidad, te enviaré un mensaje para que vengas de inmediato a donde Lucy; de tal manera que no te acongojes de más, a menos que recibas noticias mías."

Del diario del doctor Seward

*4 de septiembr*e. Mi paciente zoófago siempre me mantiene interesado. Sólo ha tenido un ataque, y eso fue ayer a una hora inusitada. Poco antes del mediodía comenzó a mostrarse inquieto. El asistente reconoció los síntomas y pidió de inmediato ayuda.

Afortunadamente, los hombres llegaron corriendo, y apenas a tiempo, pues al dar el mediodía se volvió tan furioso

que tuvieron que usar toda su fuerza para sujetarlo. Sin embargo, como a los cinco minutos comenzó a tranquilizarse paulatinamente, hasta que finalmente se hundió en una especie de melancolía, estado en el cual ha permanecido hasta ahora. El asistente me dice que sus gritos, durante el paroxismo, fueron realmente escalofriantes; cuando entré, me encontré con las manos llenas, atendiendo a algunos de los otros pacientes que estaban asustados por su comportamiento. De hecho, puedo entender bastante bien el efecto, pues el ruido de sus gritos me perturbó incluso a mí, aunque yo me encontraba alejado, a cierta distancia. Ahora acabamos de cenar en el asilo, y sin embargo, todavía mi paciente está sentado en una esquina murmurando, con una mirada sombría, amenazadora y angustiosa. Su rostro más bien parece indicar, en vez de mostrar algo directamente. No puedo acabar de comprenderlo.

Más tarde. Otro cambio en mi paciente. A las cinco de la tarde lo fui a ver y lo encontré casi tan alegre como solía estar antes. Estaba capturando moscas y comiéndoselas, y mantenía registro de sus capturas haciendo unas rayas con las uñas en el borde de la puerta entre los canales del relleno. Cuando me vio, se dirigió a mí y pidió disculpas por su mala conducta, y me suplicó de una manera muy humilde y atenta que le permitiera regresar otra vez a su cuarto y que le diera su libreta. Pensé que convenía complacerlo; de tal manera que está de regreso en su cuarto con la ventana abierta. Ha regado el azúcar de su té por el antepecho de la ventana, y está entregado otra vez a su colección de moscas. De momento no se las está comiendo, sino que las está poniendo en una caja, igual que antes, y ya está examinando los rincones de su cuarto para encontrar arañas. Traté de hacerle hablar sobre lo sucedido en los últimos días, pues cualquier pista sobre sus pensamientos me sería muy útil, pero él no quiso entrar en conversación. Durante unos momentos puso una expresión bastante triste, y dijo con apagada voz, como si más bien hablara consigo mismo en vez de hablar conmigo:

—¡Todo ha terminado! ¡Todo ha terminado! Me ha abandonado. ¡No tengo esperanza, a menos de que yo mismo lo haga!

Luego, repentinamente, volviéndose a mí de manera resuelta, me dijo:

—Doctor, ¿sería usted tan amable de darme un poquito más de azúcar? Creo que me haría muy bien.

—¿Y las moscas? —le pregunté.

—¡Sí! A las moscas les gusta también, y a mí me gustan las moscas; por lo tanto, a mí me gusta.

¡Y pensar que hay gente tan ignorante que piensa que un loco no tiene argumentos! Le di doble ración de azúcar y lo dejé feliz, como supongo que puede ser feliz un hombre en este mundo. Desearía poder penetrar en su mente.

Medianoche. Otro cambio en él. Había ido yo a visitar a la señorita Westenra, a quien encontré mucho mejor, y acababa de regresar; estaba parado en nuestro propio portón mirando la puesta del sol, cuando escuché que el loco gritaba. Como su cuarto está en este lado de la casa, pude oírlo mejor que en la mañana. Fue una sorpresa muy fuerte para mí, y con desagrado aparté la vista de la maravillosa belleza humeante del sol poniente sobre Londres, con sus fantásticas luces y sus sombras tintáceas, y todos los maravillosos matices que se ven en las sucias nubes tanto como en el agua sucia, para darme cuenta de la triste austeridad de mi propio frío edificio de piedra, con su riqueza de miserias respirantes, y mi propio corazón desolado que la soporta. Llegué junto al paciente en el momento en que el sol se estaba hundiendo, y desde su ventana vi desaparecer el disco rojo. Al hundirse, el paciente empezó a calmarse, y al desaparecer por completo se deslizó de las manos que lo sostenían, como una masa inerte, cayendo al suelo. Sin embargo, es maravilloso el poder intelectual recuperativo que tienen los lunáticos, pues al cabo de unos minutos se puso en pie bastante calmado y miró en torno suyo. Hice una seña a los asistentes para que no lo sujetaran, pues estaba ansioso de ver lo que iba a hacer. Fue directamente hacia la ventana y limpió los restos del azúcar; luego tomó su caja de moscas y la vació afuera, arrojando posteriormente la caja; después cerró la ventana y, atravesando el cuarto, se sentó en su propia cama. Todo esto me sorprendió, por lo que le pregunté:

—¿Ya no va a seguir cazando más moscas?

—No —me respondió él—, ¡estoy cansado de tanta basura!

Desde luego es un formidable e interesante caso de estudio. Desearía poder tener una ligera visión de su mente, o de las causas de su repentina pasión. Alto: puede haber, después de todo, una pista, si podemos averiguar por qué hoy sus paroxismos se produjeron a mediodía y no al ocultarse el sol. ¿Sería

posible que hubiera malignas influencias del sol en períodos que afectan ciertas naturalezas, así como la luna afecta a otros? Lo veremos.

Telegrama de Seward, en Londres, a van Helsing, en Ámsterdam

4 de septiembre.

Paciente todavía mejor hoy.

Telegrama de Seward, en Londres, a van Helsing, en Ámsterdam

5 de septiembre.

Paciente muy mejorada. Buen apetito; duerme bien; buen humor; color regresa.

Telegrama de Seward, en Londres, a van Helsing, en Ámsterdam

6 de septiembre.

Terrible cambio para mal. Venga enseguida; no pierda una hora. No enviaré telegrama a Holmwood hasta verle a usted.

X

Carta del doctor Seward al honorable Arthur Holmwood

6 *de septiembre.*

"Mi querido Art:

"Mis noticias hoy no son muy buenas. Esta mañana Lucy había retrocedido un poquito. Sin embargo, una cosa buena ha resultado de ello: la señora Westenra estaba naturalmente ansiosa respecto a Lucy, y me ha consultado a mí profesionalmente acerca de ella. Aproveché la oportunidad y le dije que mi antiguo maestro, van Helsing, el gran especialista, iba a pasar conmigo unos días, y que yo la pondría a su cuidado; así es que ahora podemos entrar y salir sin causarle alarma, pues una impresión para ella significaría una repentina muerte, y esto, aunado a la debilidad de Lucy, podría ser desastroso para ella. Estamos todos llenos de tribulaciones, pero, mi viejo, Dios mediante, vamos a poder sobrellevarlas y vencerlas. Si hay alguna necesidad, te escribiré, por lo que si no tienes noticias de mí, puedes estar seguro de que simplemente estoy a la expectativa. Tengo prisa. Adiós.

"Tu amigo de siempre,

JOHN SEWARD"

Del diario del doctor Seward

7 de septiembre. Lo primero que van Helsing me dijo cuando nos encontramos en la calle Liverpool, fue: "¿Ha dicho usted algo a su amigo, el novio de ella?"

—No —le dije—. Quería esperar hasta verlo a usted antes, como le dije en mi telegrama. Le escribí una carta diciéndole simplemente que usted venía, ya que la señorita Westenra no estaba bien de salud, y que le enviaría más noticias después.

—Muy bien, muy bien, mi amigo —me dijo—. Mejor será que no lo sepa todavía; tal vez nunca lo llegue a saber. Eso espero; pero si es necesario, entonces lo sabrá todo. Y, mi viejo

amigo John, déjeme que se lo advierta: usted trata con los locos. Todos los hombres están más o menos locos; y así como usted trata discretamente con sus locos, así trate discretamente con los locos de Dios: el resto del mundo. Usted no le dice a sus locos lo que hace ni por qué lo hace; usted no les dice lo que piensa. Así es que debe mantener el conocimiento en su lugar, donde pueda descansar; donde pueda reunirse con los de su clase y procrear. Usted y yo nos guardaremos como hasta ahora lo que sabemos...

Y al decir esto me tocó en el corazón y en la frente, y luego él mismo se tocó de manera similar.

—Por mi parte tengo algunas ideas, de momento. Más tarde se las expondré a usted.

—¿Por qué no ahora? —le pregunté—. Puede que den buen resultado; podríamos llegar a alguna conclusión.

Él me miró fijamente, y dijo:

—Mi amigo John, cuando ha crecido el maíz, incluso antes de que haya madurado, mientras la savia de su madre tierra está en él, y el sol todavía no ha comenzado a pintarlo con su oro, el marido se tira de la oreja y la frota entre sus ásperas manos, y limpia la verde broza, y te dice: "¡Mira!: es buen maíz; cuando llegue el tiempo, será un buen grano."

Yo no vi la aplicación, y se lo dije. Como respuesta extendió su brazo y tomó mi oreja entre sus manos tirando de ella juguetonamente, como solía hacerlo antiguamente durante sus clases, y dijo:

—El buen marido dice así porque conoce, pero no hasta entonces. Pero usted no encuentra al buen marido escarbando el maíz sembrado para ver si crece; eso es para niños que juegan a sembradores. Pero no para aquellos que tienen ese oficio como medio de subsistencia. ¿Entiende usted ahora, amigo John? He sembrado mi maíz, y la naturaleza tiene ahora el trabajo de hacerlo crecer; si crece, entonces hay cierta esperanza; y yo esperaré hasta que comience a verse el grano.

Al decir esto se interrumpió, pues evidentemente vio que lo había comprendido.

Luego, prosiguió con toda seriedad:

—Usted siempre fue un estudiante cuidadoso, y su estuche siempre estaba más lleno que los demás. Entonces usted era apenas un estudiante; ahora usted es maestro, y espero que sus buenas costumbres no hayan desaparecido. Recuerde, mi amigo, que el conocimiento es más fuerte que la memoria, y no debemos confiar en lo más débil. Aunque usted no haya mantenido la buena práctica, permítame decirle que este caso de nuestra querida señorita es uno que puede ser, fíjese, digo *puede ser,* de tanto interés para nosotros y para otras personas que todos los demás casos no sean nada comparados con él. Tome, entonces, buena nota de él. Nada es demasiado pequeño. Le doy un consejo: escriba en el registro hasta sus dudas y sus conjeturas. Después podría ser interesante para usted ver cuánta verdad puede adivinar. Aprendemos de los fracasos; no de los éxitos.

Cuando le describí los síntomas de Lucy (los mismos que antes, pero infinitamente más marcados) se puso muy serio, pero no dijo nada. Tomó un maletín en el que había muchos instrumentos y medicinas, "horrible atavío de nuestro comercio benéfico", como él mismo lo había llamado en una de sus clases, el equipo de un profesor de la ciencia médica. Cuando nos hicieron pasar, la señora Westenra salió a nuestro encuentro. Estaba alarmada, pero no tanto como yo había esperado encontrarla.

La naturaleza, en uno de sus momentos de buena disposición, ha ordenado que hasta la muerte tenga algún antídoto para sus propios errores. Aquí, en un caso donde cualquier impresión podría ser fatal, los asuntos se ordenan de tal forma que, por una causa o por otra, las cosas no personales (ni siquiera el terrible cambio en su hija, a la cual quería tanto) parecen alcanzarla. Es algo semejante a como la madre naturaleza se reúne alrededor de un cuerpo extraño y lo envuelve con algún tejido insensible, que puede protegerlo del mal al que de otra manera se vería sometido por contacto. Si esto es un egoísmo ordenado, entonces deberíamos abstenernos un momento antes de condenar a nadie por el defecto del egoísmo, pues sus causas pueden tener raíces más profundas de las que hasta ahora conocemos.

Puse en práctica mi conocimiento de esta fase de la patología espiritual, y asenté la regla de que ella no debería estar presente con Lucy, o pensar en su enfermedad, más que cuando fuese absolutamente necesario. Ella asintió de buen grado; tan de buen grado, que nuevamente vi la mano de la naturaleza

protegiendo la vida. Van Helsing y yo fuimos conducidos hasta el cuarto de Lucy. Si me había impresionado verla a ella ayer, cuando la vi hoy quedé horrorizado. Estaba terriblemente pálida; blanca como la cal. El rojo parecía haberse ido hasta de sus labios y sus encías, y los huesos de su rostro resaltaban prominentemente; se dolía uno de ver o escuchar su respiración. El rostro de van Helsing se volvió rígido como el mármol, y sus cejas convergieron hasta que casi se encontraron sobre su nariz. Lucy yacía inmóvil y no parecía tener la fuerza suficiente para hablar, así es que por un instante todos permanecimos en silencio. Entonces, van Helsing me hizo una seña y salimos silenciosamente del cuarto. En el momento en que cerramos la puerta, caminó rápidamente por el corredor hacia la puerta siguiente, que estaba abierta. Entonces me empujó rápidamente con ella, y la cerró.

—¡Dios mío! —dijo él—. ¡Esto es terrible! No hay tiempo que perder. Se morirá por falta de sangre para mantener activa la función del corazón. Debemos hacer inmediatamente una transfusión de sangre. ¿Usted, o yo?

—Maestro, yo soy más joven y más fuerte; debo ser yo.

—Entonces, prepárese al momento. Yo traeré mi maletín. Ya estoy preparado.

Lo acompañé escaleras abajo, y al tiempo que bajábamos alguien llamó a la puerta del corredor. Cuando llegamos a él, la sirvienta acababa de abrir la puerta y Arthur estaba entrando velozmente. Corrió hacia mí, hablando en un susurro angustioso.

—Jack, estaba muy afligido. Leí entre líneas tu carta, y he estado en un constante tormento. Mi papá está mejor, por lo que corrí hasta aquí para ver las cosas por mí mismo. ¿No es este caballero el doctor van Helsing? Doctor, le estoy muy agradecido por haber venido.

Cuando los ojos del profesor cayeron por primera vez sobre él, había en ellos un brillo de cólera por la interrupción en tal momento: pero al mirar sus fornidas proporciones y reconocer la fuerte hombría juvenil que parecía emanar de él, sus ojos se alegraron. Sin demora alguna le dijo, mientras extendía la mano:

—Joven, ha llegado usted a tiempo. Usted es el novio de nuestra paciente, ¿verdad? Está mal; muy, muy mal. No, hijo, no se ponga así —le dijo, viendo que repentinamente mi amigo se

ponía pálido y se sentaba en una silla casi desmayado—. Usted le va a ayudar a ella. Usted puede hacer más que ninguno para que viva, y su valor es su mejor ayuda.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Arthur, con voz ronca—. Dígamelo y lo haré. Mi vida es de ella, y yo daría hasta la última gota de mi sangre por ayudarla.

El profesor tenía un fuerte sentido del humor, y por conocerlo tanto yo pude detectar un rasgo de él, en su respuesta:

—Mi joven amigo, yo no le pido tanto; por lo menos no la última.

—¿Qué debo hacer?

Había fuego en sus ojos, y su nariz temblaba de emoción. Van Helsing le dio palmadas en el hombro.

—Venga —le dijo—. Usted es un hombre, y un hombre es lo que necesitamos. Usted está mejor que yo, y mejor que mi amigo John.

Arthur miró perplejo y entonces mi maestro comenzó a explicarle en forma bondadosa:

—La joven señorita está mal, muy mal. Quiere sangre, y sangre debe dársele, o muere. Mi amigo John y yo hemos consultado; y estamos a punto de realizar lo que llamamos una transfusión de sangre: pasar la sangre de las venas llenas de uno a las venas vacías de otro que la está pidiendo. John iba a dar su sangre, ya que él es más joven y más fuerte que yo (y aquí Arthur tomó mi mano y me la apretó fuertemente en silencio), pero ahora usted está aquí; usted es más fuerte que cualquiera de nosotros, viejo o joven, que nos gastamos mucho en el mundo del pensamiento. ¡Nuestros nervios no están tan tranquilos ni nuestra sangre es tan rica como la suya!

Entonces Arthur se volvió hacia el eminente médico, y le dijo:

—Si usted supiera qué felizmente moriría yo por ella, entonces entendería...

Se detuvo, con una especie de asfixia en la voz.

—¡Bien, muchacho! —dijo van Helsing—. En un futuro no muy lejano estará contento de haber hecho todo lo posible por ayudar a quien ama. Ahora venga y guarde silencio. Antes

de que lo hagamos la besará una vez, pero luego debe usted irse: y debe irse a una señal mía. No diga ni palabra de esto a la señora; ¡usted ya sabe cuál es su estado! No debe tener ninguna impresión; cualquier contrariedad la mataría. ¡Venga!

Todos entramos en el cuarto de Lucy. Por indicación del maestro, Arthur permaneció fuera. Lucy volvió la cabeza hacia nosotros y nos miró, pero no dijo nada.

No estaba dormida, pero estaba simplemente tan débil que no podía hacer esfuerzo alguno. Sus ojos nos hablaron; eso fue todo. Van Helsing sacó algunas cosas de su maletín y las colocó sobre una pequeña mesa fuera del alcance de su vista. Entonces, mezcló un narcótico y, acercándose a la cama, le dijo alegremente:

—Bien, señorita, aquí está su medicina. Tómesela toda como una niña buena. Vea; yo la levantaré para que pueda tragar con facilidad. Así.

Hizo el esfuerzo con buen resultado.

Me sorprendió lo mucho que tardó la droga en surtir efecto. Esto, de hecho, era un claro síntoma de su debilidad. El tiempo pareció interminable hasta que el sueño comenzó a aletear en sus párpados. Sin embargo, al final, el narcótico comenzó a manifestar su potencia, y se sumió en un profundo sueño. Cuando el profesor estuvo satisfecho, llamó a Arthur al cuarto y le pidió que se quitara la chaqueta. Luego agregó:

—Puede usted dar ese corto beso mientras yo traigo la mesa. ¡Amigo John, ayúdeme!

Así fue que ninguno de los dos vimos mientras él se inclinaba sobre ella. Entonces, volviéndose a mí, van Helsing me dijo:

—Es tan joven y tan fuerte, y de sangre tan pura, que no necesitamos desfibrinarla.

Luego, con rapidez, pero metódicamente, van Helsing llevó a cabo la operación.

A medida que se efectuaba, algo como vida parecía regresar a las mejillas de la pobre Lucy, y a través de la creciente palidez de Arthur parecía brillar la alegría de su rostro.

Después de un corto tiempo comencé a sentir angustia, pues a pesar de que Arthur era un hombre fuerte, la pérdida de

sangre ya lo estaba afectando. Esto me dio una idea de la terrible tensión a que debió haber estado sometido el organismo de Lucy, ya que lo que debilitaba a Arthur apenas la mejoraba parcialmente a ella. Pero el rostro de mi maestro estaba rígido, y estuvo con el reloj en la mano y con la mirada fija ora en la paciente, ora en Arthur. Yo podía escuchar los latidos de mi corazón. Finalmente dijo, en voz baja:

—No se mueva un instante. Es suficiente. Usted atiéndalo a él; yo me ocuparé de ella.

Cuando todo hubo terminado, pude ver cómo Arthur estaba debilitado. Le vendé la herida y lo tomé del brazo para ayudarlo a salir, cuando van Helsing habló sin volverse; el hombre parecía tener ojos en la nuca.

—El valiente novio, pienso, merece otro beso, el cual tendrá de inmediato.

Y como ahora ya había terminado su operación, arregló la almohada bajo la cabeza de la paciente. Al hacer eso, el estrecho listón de terciopelo que ella siempre parecía usar alrededor de su garganta, sujeto con un antiguo broche de diamante que su novio le había dado, se deslizó un poco hacia arriba y mostró una marca roja en su garganta. Arthur no la notó, pero yo pude escuchar el profundo silbido de aire inhalado, que es una de las maneras en que van Helsing traiciona su emoción. No dijo nada de momento, pero se volvió hacia mí y dijo:

—Ahora, baje con nuestro valiente novio, dele un poco de vino y que descanse un rato. Luego debe irse a casa y descansar; dormir mucho y comer mucho, para que pueda recuperar lo que le ha dado a su amor. No debe quedarse aquí. ¡Un momento! Presumo, señor, que usted está ansioso del resultado; entonces lléveselo consigo, ya que de todas maneras la operación ha sido afortunada. Usted le ha salvado la vida esta vez, y puede irse a su casa a descansar tranquilamente, pues ya se ha hecho todo lo que tenía que hacerse. Yo le diré a ella lo sucedido cuando esté bien; no creo que lo deje de querer por lo que ha hecho. Adiós.

Cuando Arthur se hubo ido, regresé al cuarto. Lucy estaba durmiendo tranquilamente, pero su respiración era más fuerte; pude ver cómo se alzaba la colcha a medida que respiraba. Al lado de su cama se sentaba van Helsing, mirándola intensamente. La gargantilla de terciopelo cubría la marca roja. Le pregunté al profesor:

—¿Qué piensa usted de esa señal en su garganta?

—Y usted, ¿qué piensa?

—Yo todavía no la he examinado —respondí, y en ese mismo momento procedí a desabrochar la gargantilla.

Justamente sobre la vena yugular externa había dos pinchazos, no grandes, pero que tampoco presagiaban nada bueno. No había ninguna señal de infección, pero los bordes eran blancos y parecían gastados, como si hubiesen sido maltratados. De momento se me ocurrió que aquella herida, o lo que fuese, podía ser el medio de la manifiesta pérdida de sangre; pero abandoné la idea tan pronto como la hube formulado, pues tal cosa no podía ser. Toda la cama hubiera estado empapada de rojo con la sangre que la muchacha debió perder para tener una palidez como la que había mostrado antes de la transfusión.

—¿Bien? —dijo van Helsing.

—Bien —dije yo—, no me explico qué pueda ser.

Mi maestro se puso en pie.

—Debo regresar a Ámsterdam hoy por la noche —dijo—. Allí hay libros y documentos que deseo consultar. Usted debe permanecer aquí toda la noche, y no debe quitarle la vista de encima.

—¿Debo contratar a una enfermera? —le pregunté.

—Nosotros somos los mejores enfermeros, usted y yo. Usted vigílela toda la noche; vea que coma bien y que nada la moleste. Usted no debe dormir toda la noche. Más tarde podremos dormir, usted y yo. Regresaré tan pronto como sea posible, y entonces podremos comenzar.

—¿Podremos comenzar? —dije yo—. ¿Qué quiere usted decir con eso?

—¡Ya lo veremos! —respondió mi maestro, al tiempo que salía precipitadamente.

Regresó un momento después, asomó la cabeza por la puerta y dijo, levantando un dedo en señal de advertencia: —Recuérdelo: ella está a su cargo. ¡Si usted la deja y sucede algo, no podrá dormir tranquilamente en lo futuro!

Del diario del doctor Seward (continuación)

8 de septiembre. Estuve toda la noche sentado al lado de Lucy. El soporífero perdió su efecto al anochecer, y despertó naturalmente; parecía un ser diferente del que había sido antes de la operación. Su estado de ánimo era excelente, y estaba llena de una alegre vivacidad, pero pude ver las huellas de la extrema postración por la que había pasado. Cuando le dije a la señora Westenra que el doctor van Helsing había ordenado que yo estuviese sentado al lado de ella, casi se burló de la idea señalando las renovadas fuerzas de su hija y su excelente estado de ánimo. Sin embargo, me mostré firme, e hice los preparativos para mi larga vigilia. Cuando su sirvienta la hubo preparado para la noche, entré, habiendo entretanto cenado, y tomé asiento al lado de su cama. No hizo ninguna objeción, sino que se limitó a mirarme con gratitud siempre que pude captar sus ojos. Después de un largo rato pareció estar a punto de dormirse, pero con un esfuerzo pareció recobrarse y sacudirse el sueño. Esto se repitió varias veces, con más esfuerzo y pausas más cortas a medida que el tiempo pasaba. Era aparente que no quería dormir, de manera que yo abordé el asunto de inmediato:

—¡No quiere usted dormirse?

—No. Tengo miedo.

—¡Miedo de dormirse! ¿Por qué? Es una bendición que todos anhelamos.

—¡Ah! No si usted fuera como yo. ¡Si el sueño fuera para usted presagio de horror...!

—¡Un presagio de horror! ¿Qué quiere usted decir con eso?

—No lo sé, ¡ay!, no lo sé. Y eso es lo que lo hace tan terrible. Toda esta debilidad me llega mientras duermo; de tal manera que ahora me da miedo hasta la idea misma de dormir.

—Pero, mi querida niña, usted puede dormir hoy en la noche. Yo estaré aquí velando su sueño, y puedo prometerle que no sucederá nada.

—¡Ah! ¡Puedo confiar en usted!

Aproveché la oportunidad, y dije:

—Le prometo que si yo veo cualquier evidencia de pesadillas, la despertaré inmediatamente.

—¿Lo hará? ¿De verdad? ¡Qué bueno es usted conmigo! Entonces, dormiré.

Y casi al mismo tiempo dejó escapar un profundo suspiro de alivio, y se hundió en la almohada, dormida.

Toda la noche estuve a su lado. No se movió ni una vez, sino que durmió con un sueño tranquilo, reparador. Sus labios estaban ligeramente abiertos, y su pecho se elevaba y bajaba con la regularidad de un péndulo. En su rostro se dibujaba una sonrisa, y era evidente que no habían llegado pesadillas a perturbar la paz de su mente.

Temprano por la mañana llegó su sirvienta; yo la dejé al cuidado de ella y regresé a casa, pues estaba preocupado por muchas cosas. Envié un corto telegrama a van Helsing y a Arthur, comunicándoles el excelente resultado de la transfusión. Mi propio trabajo, con todos sus contratiempos, me mantuvo ocupado durante todo el día; ya había oscurecido cuando tuve oportunidad de preguntar por mi paciente zoófago. El informe fue bueno; había estado tranquilo durante el último día y la última noche.

Mientras estaba cenando, me llegó un telegrama de van Helsing, desde Ámsterdam, sugiriéndome que me dirigiera a Hillingham por la noche, ya que quizá sería conveniente estar cerca, y haciéndome saber que él saldría con el correo de la noche y que me alcanzaría temprano por la mañana.

9 de septiembre. Estaba bastante cansado cuando llegué a Hillingham. Durante dos noches apenas había podido dormir, y mi cerebro estaba comenzando a sentir ese entumecimiento que indica el agotamiento cerebral. Lucy estaba levantada y animosa.

Al estrecharme la mano me miró fijamente a la cara, y dijo:

—Usted no se sentará hoy toda la noche. Está acabado. Yo ya estoy bastante bien otra vez; de hecho, me siento perfectamente, y si alguien va a cuidar a alguien, entonces yo seré quien lo cuide a usted.

No tuve ánimos para discutir, sino que me fui a cenar.

Lucy subió conmigo, y avivado por su encantadora presencia, comí con bastante apetito y me tomé un par de vasos del más excelente oporto. Entonces Lucy me condujo arriba y me mostró un cuarto contiguo al de ella, donde estaba encendido un acogedor fogón.

—Ahora —dijo ella—, usted debe quedarse aquí. Dejaré esta puerta abierta, y también mi puerta. Puede acostarse en el sofá, pues sé que nada podría inducir a un médico a descansar debidamente en una cama mientras hay un paciente al lado. Si quiero cualquier cosa gritaré, y usted puede estar a mi lado al momento.

No pude sino asentir, pues estaba muerto de cansancio, y no hubiera podido mantenerme sentado aunque lo hubiese intentado. Así es que, haciendo que renovara su promesa de llamarme en caso de que necesitase algo, me acosté en el sofá y me olvidé completamente de todo.

Del diario de Lucy Westenra

9 de septiembre. Me siento feliz hoy por la noche. He estado tan tremendamente débil, que ser capaz de pensar y moverme es como sentir los rayos del sol después de un largo período de viento del este y de cielo nublado y gris. Arthur se siente muy cerca de mí. Me parece sentir su presencia caliente alrededor de mí. Supongo que es porque la enfermedad y la debilidad vuelven egoísta, y vuelven nuestros ojos internos y nuestra simpatía sobre nosotros mismos, mientras que la salud y la fuerza dan rienda suelta al amor, y en pensamiento y sentimiento puede uno andar donde uno quiera. Yo sé donde están mis pensamientos. ¡Si Arthur lo supiese! Querido mío, tus oídos deben zumbar mientras duermes, tal como me zumban los míos al caminar. ¡Oh, el maravilloso descanso de anoche! Cómo dormí, con el querido, buen doctor Seward vigilándome. Y hoy por la noche no tendré miedo de dormir, ya que está muy cerca y puedo llamarlo. ¡Gracias a todos por ser tan buenos conmigo! ¡Gracias a Dios! Buenas noches, Arthur.

Del diario del doctor Seward

10 de septiembre. Fui consciente de la mano del profesor sobre mi cabeza, y me desperté de golpe en un segundo.

Esa es una de las cosas que por lo menos aprendemos en un asilo.

—¿Y cómo está nuestra paciente?

—Bien, cuando la dejé, o mejor dicho, cuando ella me dejó a mí —le respondí.

—Venga, veamos —dijo él, y juntos entramos al cuarto contiguo.

La celosía estaba bajada, y yo la subí con mucho cuidado mientras van Helsing avanzó, con su pisada blanda, felina, hacia la cama.

Cuando subí la celosía y la luz de la mañana inundó el cuarto, oí el leve siseo de aspiración del profesor, y conociendo su rareza, un miedo mortal me heló la sangre. Al acercarme yo él retrocedió, y su exclamación de horror, *"¡Gott in Himmel!"* ,no necesitaba el refuerzo de su cara doliente. Alzó la mano y señaló en dirección a la cama, y su rostro de hierro estaba fruncido y blanco como la ceniza. Sentí que mis rodillas comenzaron a temblar.

Ahí sobre la cama, en un aparente desmayo, yacía la pobre Lucy, más terriblemente blanca y pálida que nunca. Hasta los labios estaban blancos, y las encías parecían haberse encogido detrás de los dientes, como algunas veces vemos en los cuerpos después de una prolongada enfermedad. Van Helsing levantó su pie para patear de cólera, pero el instinto de su vida y todos los largos años de hábitos lo contuvieron, y lo depositó otra vez suavemente.

—¡Pronto! —me dijo—. Traiga el brandy,

Volé, al comedor y regresé con la garrafa. Él humedeció con ella los pobres labios blancos y juntos frotamos las palmas, las muñecas y el corazón. Él escuchó el corazón, y después de unos momentos de agonizante espera, dijo: —No es demasiado tarde. Todavía late, aunque muy débilmente. Todo nuestro trabajo se ha perdido; debemos comenzar otra vez. No hay aquí ningún joven Arthur ahora; esta vez tengo que pedirle a usted mismo que done su sangre, amigo John.

Y a medida que hablaba, metía la mano en el maletín y sacaba los instrumentos para la transfusión; yo me quité la chaqueta y enrollé la manga de mi camisa. En tal situación no había posibilidad de usar un soporífero, pero además no había necesi-

dad de él; y así, sin perder un momento, comenzamos la transfusión. Después de cierto tiempo (tampoco pareció ser tan corto, pues el fluir de la propia sangre no importa con qué alegría se vea, es una sensación terrible), van Helsing levantó un dedo en advertencia:

—No se mueva —me dijo—, pues temo que al recobrar las fuerzas ella despierte; y eso sería muy, muy peligroso. Pero tendré precaución. Le aplicaré una inyección hipodérmica de morfina.

Entonces procedió, veloz y seguramente, a efectuar su proyecto. El efecto en Lucy no fue malo, pues el desmayo pareció transformarse sutilmente en un sueño narcótico. Fue con un sentimiento de orgullo personal como pude ver un débil matiz de color regresar lentamente a sus pálidas mejillas y labios. Ningún hombre sabe, hasta que lo experimenta, lo que es sentir que su propia sangre se transfiere a las venas de la mujer que ama.

El profesor me miraba críticamente.

—Eso es suficiente —dijo.

—¿Ya? —protesté yo—. Tomó usted bastante más de Art.

A lo cual él sonrió con una especie de sonrisa triste, y me respondió:

—Él es su novio, su *fiancé*. Usted tiene trabajo, mucho trabajo que hacer por ella y por otros; y con lo que hemos puesto es suficiente.

Cuando detuvimos la operación, él atendió a Lucy mientras yo aplicaba presión digital a mi propia herida. Me acosté, mientras esperaba a que tuviera tiempo de atenderme, pues me sentí débil y un poco mareado. Al cabo de un tiempo me vendó la herida y me envió abajo para que bebiera un vaso de vino. Cuando estaba saliendo del cuarto, vino detrás de mí y me susurró:

—Recuerde: nada debe decir de esto. Si nuestro joven enamorado aparece inesperadamente, como la otra vez, ninguna palabra a él. Por un lado lo asustaría, y además de eso lo pondría celoso. No debe haber nada de eso, ¿verdad?

Cuando regresé, me examinó detenidamente, y dijo:

—No está usted mucho peor. Vaya a su cuarto y descanse en el sofá un rato; luego tome un buen desayuno, y regrese otra vez acá.

Seguí sus órdenes, pues sabía cuán correctas y sabias eran. Había hecho mi parte y ahora mi siguiente deber era recuperar fuerzas. Me sentí muy débil, y en la debilidad perdí algo del placer de lo que había ocurrido. Me quedé dormido en el sofá; sin embargo, preguntándome una y otra vez como era que Lucy había hecho un movimiento tan retrógrado, y como había podido perder tanta sangre, sin dejar ninguna señal por ningún lado de ella. Creo que debo haber continuado preguntándome esto en mi sueño, pues, durmiendo y caminando, mis pensamientos siempre regresaban a los pequeños pinchazos en su garganta y la apariencia marchita y maltratada de sus bordes a pesar de lo pequeños que eran.

Lucy durmió hasta bien entrado el día, y cuando despertó estaba bastante bien y fuerte, aunque no tanto como el día anterior. Cuando van Helsing la hubo visto, salió a dar un paseo, dejándome a mí a cargo de ella, con instrucciones estrictas de no abandonarla ni por un momento. Pude escuchar su voz en el corredor, preguntando cuál era el camino para la oficina de telégrafos más cercana.

Lucy conversó conmigo alegremente, y parecía completamente inconsciente de lo que había sucedido. Yo traté de mantenerla entretenida e interesada. Cuando su madre subió a verla, no pareció notar ningún cambio en ella, y sólo me dijo agradecida: ¡Le debemos tanto a usted, doctor Seward, por todo lo que ha hecho! Pero realmente ahora debe usted tener cuidado de no trabajar en exceso. Se ve usted mismo un poco pálido. Usted necesita una mujer para que le sirva de enfermera y que lo cuide un poco; ¡eso es lo que usted necesita!

A medida que ella hablaba, Lucy se ruborizó, aunque sólo fue momentáneamente, pues sus pobres venas desgastadas no pudieron soportar el súbito flujo de sangre a la cabeza. La reacción llegó como una excesiva palidez al volver ella sus ojos implorantes hacia mí. Yo sonreí y moví la cabeza, y me llevé el dedo a los labios; exhalando un suspiro, la joven se hundió nuevamente entre sus almohadas.

Van Helsing regresó al cabo de unas horas, y me dijo:

—Ahora usted váyase a su casa, y coma mucho y beba bastante. Repóngase. Yo me quedaré aquí hoy por la noche, y

me sentaré yo mismo junto a la señorita. Usted y yo debemos observar el caso, y no podemos permitir que nadie más lo sepa. Tengo razones de peso. No, no me las pregunte; piense lo que quiera. No tema pensar incluso lo más improbable. Buenas noches.

En el corredor, dos de las sirvientas llegaron a mí y me preguntaron si ellas o cualquiera de ellas podría quedarse por la noche con la señorita Lucy. Me imploraron que las dejara, y cuando les dije que era una orden del doctor van Helsing que fuese él o yo quienes veláramos, me pidieron que intercediera con el "caballero extranjero". Me sentí muy conmovido por aquella bondad. Quizá porque estoy débil de momento, y quizá porque fue por Lucy que se manifestó su devoción; pues una y otra vez he visto similares manifestaciones de la bondad de las mujeres. Regresé aquí a tiempo para comer; hice todas mis visitas y todos mis pacientes estaban bien; y luego me senté mientras esperaba que llegara el sueño. Ya viene.

11 de septiembre. Esta tarde fui a Hillingham. Encontré a van Helsing de excelente humor y a Lucy mucho mejor. Poco después de mi llegada, el correo llevó un paquete muy grande para el profesor. Lo abrió con bastante prisa, así me pareció, y me mostró un gran ramo de flores blancas.

—Estas son para usted, señorita Lucy —dijo.

—¿Para mí? ¡Oh, doctor van Helsing!

—Sí, querida, pero no para que juegue con ellas. Estas son medicinas.

Lucy hizo un encantador mohín.

—No, pero no es para que se las tome cocidas ni en forma desagradable; no necesita fruncir su encantadora naricita, o tendré que indicarle a mi amigo Arthur los peligros que tendrá que soportar al ver tanta belleza, que él quiere tanto, distorsionarse en esa forma. Ajá, mi bella señorita, eso es: tan bonita nariz esta muy recta otra vez. Esto es medicinal, pero usted no sabe cómo. Yo lo pongo en su ventana, hago una bonita guirnalda y la cuelgo alrededor de su cuello, para que usted duerma bien. Sí; estas flores, como las flores de loto, hacen olvidar las penas. Huelen como las aguas de Letos, y de esa fuente de la

juventud que los conquistadores buscaron en la Florida, y la encontraron, pero demasiado tarde.

Mientras hablaba, Lucy había estado examinando las flores y oliéndolas. Luego las tiró, diciendo, medio en risa medio en serio:

—Profesor, yo creo que usted sólo me está haciendo una broma. Estas flores no son más que ajo común.

Para sorpresa mía, van Helsing se puso en pie y dijo con toda seriedad, con su mandíbula de acero rígida y sus espesas cejas encontrándose:

—¡No hay ningún juego en esto! ¡Yo nunca bromeo! Hay un serio propósito en lo que hago, y le prevengo que no me frustre. Cuídese, por amor a los otros si no por amor a usted misma —añadió, pero viendo que la pobre Lucy se había asustado como tenía razón de estarlo, continuó en un tono más suave—: ¡Oh, señorita, mi querida, no me tema! Yo sólo hago esto por su bien; pero hay mucha virtud para usted en esas flores tan comunes. Vea, yo mismo las coloco en su cuarto. Yo mismo hago la guirnalda que usted debe llevar. ¡Pero cuidado! No debe decírselo a los que hacen preguntas indiscretas. Debemos obedecer, y el silencio es una parte de la obediencia; y obediencia es llevarla a usted fuerte y llena de salud hasta los brazos que la esperan. Ahora siéntese tranquila un rato. Venga conmigo, amigo John, y me ayudará a cubrir el cuarto con mis ajos, que vienen desde muy lejos, desde Haarlem, donde mi amigo Vanderpool los hace crecer en sus invernaderos durante todo el año. Tuve que telegrafiar ayer, o no hubieran estado hoy aquí.

Entramos en el cuarto, llevando con nosotros las flores. Las acciones del profesor eran verdaderamente raras y no creo que se pudiera encontrar alguna farmacopea en la cual yo encontrara noticias. Primero cerró las ventanas y las aseguró con aldaba; luego, tomando un ramo de flores, frotó con ellas las guillotinas, como para asegurarse de que cada soplo de aire que pudiera pasar a través de ellas estuviera cargado con el olor a ajo. Después, con el manojo frotó los batientes de la puerta, arriba, abajo y a cada lado, y alrededor de la chimenea de la misma manera. Todo me pareció muy grotesco, y al momento le dije al profesor:

—Bien, profesor, yo sé que usted siempre tiene una razón por lo que hace, pero esto me deja verdaderamente perplejo. Está bien que no hay ningún escéptico a los alrededores, o

diría que usted está haciendo un conjuro para mantener alejado a un espíritu maligno.

—¡Tal vez lo esté haciendo! —me respondió rápidamente, al tiempo que comenzaba a hacer la guirnalda que Lucy tenía que llevar alrededor del cuello.

Luego esperamos hasta que Lucy hubo terminado de arreglarse para la noche, y cuando ya estaba en cama entramos y él mismo colocó la guirnalda de ajos alrededor de su cuello. Las últimas palabras que él le dijo a ella, fueron:

—Tenga cuidado y no la perturbe; y aunque el cuarto huela mal, no abra hoy por la noche la ventana ni la puerta.

—Lo prometo —dijo Lucy, y gracias mil a ustedes dos por todas sus bondades conmigo. ¡Oh! ¿Qué he hecho para ser bendecida con amigos tan buenos?

Cuando dejamos la casa en mi calesín, que estaba esperando, van Helsing dijo:

—Hoy en la noche puedo dormir en paz, y quiero dormir: dos noches de viaje, mucha lectura durante el día intermedio, mucha ansiedad al día siguiente y una noche en vela, sin pegar los ojos. Mañana temprano en la mañana pase por mí, y vendremos juntos a ver a nuestra bonita señorita, mucho más fuerte por mi "conjuro" que he hecho. ¡Jo!, ¡jo!

Estaba tan confiado que yo, recordando mi misma confianza de dos noches antes y los penosos resultados, sentí un profundo y vago temor. Debe haber sido mi debilidad lo que me hizo dudar de decírselo a mi amigo pero de todas maneras lo sentí, como lágrimas contenidas.

XI

El diario de Lucy Westenra

12 *de septiembre*. ¡Qué buenos son todos conmigo! Casi siento que quiero a ese adorable doctor van Helsing. Me pregunto por qué estaba tan ansioso acerca de estas flores. Realmente me asustó. ¡Parecía tan serio! Sin embargo, debe haber tenido razón, pues ya siento el alivio que me llega de ellas. Por algún motivo, no temo estar sola esta noche, y puedo acostarme a dormir sin temor. No me importará el aleteo fuera de la ventana. ¡Oh, la terrible lucha que he tenido contra el sueño tan a menudo últimamente!

¡El dolor del insomnio o el dolor del miedo a dormirme, y con los desconocidos horrores que tiene para mí! ¡Qué bendición tienen esas personas cuyas vidas no tienen temores, ni amenazas; para quienes el dormir es una dicha que llega cada noche, y no les lleva sino dulces sueños! Bien, aquí estoy hoy, esperando dormir, y haciendo como Ofelia en el drama: con *virgin crants and maiden strewments*. ¡Nunca me gustó el ajo antes de hoy, pero ahora lo siento admirable! Hay una gran paz en su olor; siento que ya viene el sueño. Buenas noches, todo el mundo.

Del diario del doctor Seward

13 de septiembre. Pasé por el Berkeley y encontré a van Helsing, como de costumbre, ya preparado para salir. El coche ordenado por el hotel estaba esperando. El profesor tomó su maletín, que ahora siempre lleva consigo.

Lo anotaré todo detalladamente. Van Helsing y yo llegamos a Hillingham a las ocho en punto. Era una mañana agradable; la brillante luz del sol y todo el fresco ambiente de la entrada del otoño parecían ser la culminación del trabajo anual de la naturaleza. Las hojas se estaban volviendo de todos los bellos colores, pero todavía no habían comenzado a caer de los árboles. Cuando entramos encontramos a la señora Westenra saliendo del recibidor. Ella siempre se levanta temprano. Nos saludó cordialmente, y dijo:

—Se alegrarán ustedes de saber que Lucy está mejor. La pequeñuela todavía duerme. Miré en su cuarto y la vi, pero no entré, para no perturbarla.

El profesor sonrió, y su mirada era alegre. Se frotó las manos, y dijo:

—¡Ajá! Pensé que había diagnosticado bien el caso. Mi tratamiento está dando buenos resultados.

A lo cual ella respondió:

—No debe usted llevarse todas las palmas solo, doctor. El buen estado de Lucy esta mañana se debe en parte a mi labor.

—¿Qué quiere usted decir con eso, señora? —preguntó el profesor.

—Bueno, estaba tan ansiosa acerca de la pobre criatura por la noche, que fui a su cuarto. Dormía profundamente; tan profundamente, que ni mi llegada la despertó. Pero el aire del cuarto estaba terriblemente viciado. Por todos lados había montones de esas flores horribles, malolientes, e incluso ella tenía un montón alrededor del cuello. Temí que el pesado olor fuese demasiado para mi querida criatura en su débil estado, por lo que me las llevé y abrí un poquito la ventana para dejar entrar aire fresco. Estoy segura de que la encontrarán mejor.

Se despidió de nosotros y se dirigió a su recámara donde generalmente se desayunaba temprano. Mientras hablaba, observé la cara del profesor y vi que se volvía gris como la ceniza. Fue capaz de retenerse por autodominio mientras la pobre dama estaba presente. Pues conocía su estado y el mal que le produciría una impresión; de hecho, llegó hasta a sonreírse y le sostuvo la puerta abierta para que ella entrara en su cuarto. Pero en el instante en que ella desapareció me dio un tirón repentino y fuerte, llevándome al comedor y cerrando la puerta tras él.

Allí, por primera vez en mi vida, vi a van Helsing abatido. Se llevó las manos a la cabeza en una especie de muda desesperación, y luego se dio puñetazos en las palmas de manera impotente; por último, se sentó en una silla, y cubriéndose el rostro con las manos comenzó a sollozar, con sollozos ruidosos, secos, que parecían salir de su mismo corazón roto. Luego alzó las manos otra vez, como si implorara a todo el universo.

—¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! —dijo—. ¿Qué hemos hecho, qué ha hecho esta pobre criatura, que nos ha causado tanta pena? ¿Hay entre nosotros todavía un destino, heredado del antiguo mundo pagano, por el que tienen que suceder tales cosas, y en tal forma? Esta pobre madre, ignorante, y según ella haciendo todo lo mejor, hace algo como para perder el cuerpo y el alma de su hija; y no podemos decirle, no podemos siquiera advertirle, o ella muere, y entonces mueren ambas. ¡Oh, cómo estamos acosados! ¡Cómo están todos los poderes de los demonios contra nosotros! —añadió, pero repentinamente saltó—. Venga —dijo—, venga; debemos ver y actuar. Demonios o no demonios, o todos los demonios de una vez, no importa: nosotros luchamos con él, o ellos y por todos.

Salió otra vez a la puerta del corredor con su maletín, y juntos subimos al cuarto de Lucy. Una vez más yo subí la celosía, mientras van Helsing fue hacia su cama. Esta vez él no retrocedió espantado al mirar el pobre rostro con la misma palidez de cera, terrible, como antes. Sólo puso una mirada de rígida tristeza e infinita piedad.

—Tal como lo esperaba —murmuró, con esa siseante aspiración que significaba tanto.

Sin decir una palabra más fue y cerró la puerta con llave, y luego comenzó a poner sobre la mesa los instrumentos para hacer otra transfusión de sangre. Yo había reconocido su necesidad de inmediato y comencé a quitarme la chaqueta, pero él me detuvo con una advertencia de la mano.

—No —dijo—. Hoy debe usted efectuar la operación. Yo seré el donante. Usted ya está débil.

Y al decir esto, se despojó de su chaqueta y se enrolló la manga de la camisa.

Otra vez la operación; nuevamente el narcótico. Una vez más regresó el color a las mejillas cenizas, y la respiración regular del sueño sano. Esta vez yo la vigilé mientras van Helsing se recluía y descansaba.

Poco después aprovechó una oportunidad para decirle a la señora Westenra que no debía quitar nada del cuarto de Lucy sin consultarlo. Que las flores tenían un valor medicinal, y que respirar su olor era parte del sistema de curación. Entonces se hizo cargo del caso él mismo, diciendo que velaría esa noche y la siguiente, y que me enviaría decir cuándo debería yo venir.

Al cabo de otra hora, Lucy despertó de su sueño, fresca y brillante, y desde luego mirándose mucho mejor de lo que se podía esperar debido a su terrible prueba.

¿Qué significa todo esto? Estoy comenzando a preguntarme si mi larga costumbre de vivir entre locos no estará empezando a ejercer influencia sobre mi propio cerebro.

Del diario de Lucy Westenra

17 de septiembre. Cuatro días y noches de paz. Me estoy poniendo otra vez tan fuerte que apenas me reconozco. Es como si hubiera pasado a través de una larga pesadilla, y acabara de despertar para ver alrededor de mí los maravillosos rayos del sol, y para sentir el aire fresco de la mañana. Tengo un ligero recuerdo de largos y ansiosos tiempos de espera y temor; una oscuridad en la cual no había siquiera la más ligera esperanza de hacer menos punzante la desesperación. Y luego, los largos períodos de olvido, y el regreso hacia la vida como un buzo que sale a la superficie después de sumergirse. Sin embargo, desde que el doctor van Helsing ha estado conmigo, todas estas pesadillas parecen haberse ido; los ruidos que solían asustarme hasta sacarme de quicio, el aleteo contra las ventanas, las voces distantes que parecían tan cercanas a mí, los ásperos sonidos que venían de no sé dónde y me ordenaban hacer no sé qué, todo ha cesado. Ahora me acuesto sin ningún temor de dormir. Ni siquiera trato de mantenerme despierta. Me he acostumbrado bastante bien al ajo; todos los días me llega desde Haarlem una caja llena. Hoy por la noche se irá el doctor van Helsing, ya que tiene que estar un día en Ámsterdam. Pero no necesito que me cuiden; ya estoy lo suficientemente bien como para quedarme sola. ¡Gracias a Dios en nombre de mi madre, y del querido Arthur, y de todos nuestros amigos que han sido tan amables! Ni siquiera sentiré el cambio, pues anoche el doctor van Helsing durmió en su cama bastante tiempo. Lo encontré dormido dos veces cuando desperté; pero no temí volver a dormirme, aunque las ramas o los murciélagos, o lo que fuese, aleteaban furiosamente contra los cristales de mi ventana.

Recorte de La Gaceta de Pall Mall, 18 de septiembre

EL LOBO QUE ESCAPO PELIGROSA AVENTURA DE NUESTRO REPORTERO

Entrevista con el guardián del Jardín Zoológico

Después de muchas pesquisas y otras tantas negaciones, y usando repetidamente las palabras *Gaceta de Pall Mall* como una especie de talismán, logré encontrar al guardián de la sección del Jardín Zoológico en el cual se encuentra incluido el departamento de lobos. Thomas Bilder vive en una de las cabañas detrás del recinto de los elefantes, y estaba a punto de sentarse a tomar el té cuando lo encontré. Thomas y su esposa son gente hospitalaria, y sin niños, y si la muestra de hospitalidad de que yo gocé es el término medio de su comportamiento, sus vidas deben ser bastante agradables. El guardián no quiso entrar en lo que llamó "negocios" hasta que hubimos terminado la cena y todos estábamos satisfechos. Entonces, cuando la mesa había sido limpiada, y él ya había encendido su pipa, dijo:

—Ahora, señor, ya puede adelantarse y preguntarme lo que quiera. Perdonará que me haya negado a hablar de temas profesionales antes de comer. Yo le doy a los lobos, a los chacales y a las hienas en todo nuestra sección su té antes de comenzar a hacerles preguntas.

—¿Qué quiere usted decir con "antes de hacerles preguntas"? —inquirí deseando ponerlo en situación de hablar.

—Golpeándolos sobre la cabeza con un palo es una manera; rascarles en las orejas es otra, cuando algún macho quiere impresionar un poco a sus muchachas. A mí no me importa mucho el barullo, pegarles con un palo antes de meterles su cena, pero espero, por así decirlo, a que se hayan tomado su *brandy* y su café, antes de intentar rascarles las orejas. ¿Sabe usted? —agregó filosóficamente —, hay bastante de la misma naturaleza a nosotros que en esos animales. Aquí está usted, viniendo y preguntando acerca de mi oficio, cuando no tenía yo nada en la barriga. Mi primer intento fue despedirlo sin decirle nada. Ni siquiera cuando usted me preguntó en forma medio sarcástica si quisiera que usted le preguntara al superintendente si usted podía hacerme algunas preguntas. Sin ofenderlo, ¿le dije que se fuera al diablo?

—Sí, me lo dijo.

—Y cuando usted dijo que daría un informe sobre mí por usar lenguaje obsceno, eso fue como si me golpeara sobre la cabeza; pero me contuve: lo hice muy bien. Yo no iba a pelear, así es que esperé por la comida e hice con mi escudilla como hacen los lobos, los leones y los tigres. Pero, que Dios tenga compasión de usted ahora que la vieja me ha metido un trozo de

su pastel en la barriga, me ha remojado con su floreciente tetera, y que yo he encendido mi tabaco. Puede usted rascarme las orejas todo lo que quiera, y no dejaré escapar ni un gruñido. Comience a preguntarme. Ya sé a lo que viene: es por ese lobo que se escapó.

—Exactamente. Quiero que usted me dé su punto de vista sobre ello. Sólo dígame cómo sucedió, y cuando conozca los hechos haré que me diga sus opiniones sobre la causa de ellos, y cómo piensa que va a terminar todo el asunto.

—Muy bien, gobernador. Esto que le digo es casi toda la historia. El lobo ese que llamábamos *Bersicker* era uno de los tres grises que vinieron de Noruega para Jamrach, y que compramos hace cuatro años. Era un lobo bueno, tranquilo, que nunca causó molestias de las que se pudiera hablar. Estoy verdaderamente sorprendido de que haya sido él, entre todos los animales, quien haya deseado irse de aquí. Pero ahí tiene, no puede fiarse uno de los lobos, así como no puede uno fiarse de las mujeres.

—¡No le haga caso, señor! —interrumpió la señora Bilder, riéndose alegremente—. Este viejo ha estado cuidando durante tanto tiempo a los animales, ¡que maldita sea si no es él mismo como un lobo viejo! Pero todo lo dice sin mala intención.

—Bien, señor, habían pasado como dos horas después de la comida, ayer, cuando escuché por primera vez el escándalo. Yo estaba haciendo una cama en la casa de los monos para un joven puma que está enfermo; pero cuando escuché los gruñidos y aullidos vine inmediatamente a ver. Y ahí estaba *Bersicker* arañando como un loco los barrotes, como si quisiera salir. No había mucha gente ese día, y cerca de él sólo había un hombre, un tipo alto, delgado, con nariz aguileña y barba en punta. Tenía una mirada dura y fría, y los ojos rojos, y a mí como que me dio mala espina desde un principio, pues parecía que era con él con quien estaban irritados los animales. Tenía guantes blancos de niño en las manos; señaló a los animales, y me dijo:

"Guardián, estos lobos parecen estar irritados por algo.

"Tal vez es por usted —le dije yo, pues no me agradaban los aires que se daba.

"No se enojó, como había esperado que lo hiciera, sino que sonrió con una especie de sonrisa insolente, con la boca llena de afilados dientes blancos.

"—¡Oh, no, yo no les gustaría! —me dijo.

"—¡Oh, sí!, yo creo que les gustaría —respondí yo, imitándolo—. Siempre les gusta uno o dos huesos para limpiarse los dientes después de la hora del té. Y usted tiene una bolsa llena de ellos.

"Bien, fue una cosa rara, pero cuando los animales nos vieron hablando se echaron, y yo fui hacia *Bersicker* y él me permitió que le acariciara las orejas como siempre. Entonces se acercó también el hombre, ¡y bendito sea si no él también extendió su mano y acarició las orejas del lobo viejo!

"Tenga cuidado —le dije yo—. *Bersicker* es rápido.

"No se preocupe —me contestó él—. ¡Estoy acostumbrado a ellos!

"—¿Es usted también del oficio? —le pregunté, quitándome el sombrero, pues un hombre que tenga algo que ver con lobos, etc., es un buen amigo de los guardianes.

"No —respondió él—, no soy precisamente del oficio, pero he amansado a varios de ellos.

"Y al decir esto levantó su sombrero como un lord, y se fue. El viejo *Bersicker* lo siguió con la mirada hasta que desapareció, y luego se fue a echar en una esquina y no quiso salir de ahí durante toda la noche. Bueno, anoche, tan pronto como salió la luna, todos los lobos comenzaron a aullar. No había nada ni nadie a quien le pudieran aullar. Cerca de ellos no había nadie, con excepción de alguien que evidentemente estaba llamando a algún perro en algún lugar, detrás de los jardines de la calle del Parque. Una o dos veces salí a ver que todo estuviera en orden, y lo estaba, y luego los aullidos cesaron. Un poco antes de las doce de la noche salí a hacer una última ronda antes de acostarme y, que me parta un rayo, cuando llegué frente a la jaula del viejo *Bersicker* vi los barrotes quebrados y doblados, y la jaula vacía. Y eso es todo lo que sé."

—¿No hubo nadie más que viera algo?

—Uno de nuestros jardineros regresaba a casa como a esa hora de una celebración, cuando ve a un gran perro gris

saliendo a través de las jaulas del jardín. Por lo menos así dice él, pero yo no le doy mucho crédito por mi parte, porque no le dijo ni una palabra del asunto a su mujer al llegar a su casa, y sólo hasta después de la escapada del lobo se conoció; y ya habíamos pasado toda la noche buscando por el parque a *Bersicker,* cuando recordó haber visto algo. Yo más bien creo que el vino de la celebración se le había subido a la cabeza.

—Bien, señor Bilder, ¿y puede usted explicarse la huida del lobo?

—Bien, señor —dijo él, con una modestia un tanto sospechosa —, creo que puedo; pero yo no sé si usted quedará completamente satisfecho con mi teoría.

—Claro que quedaré. Si un hombre como usted, que conoce a los animales por experiencia, no puede aventurar una buena hipótesis, ¿quién es el que puede hacerlo?

—Bien, señor, entonces le diré la manera como yo me explico esto. A mí me parece que este lobo se escapó... simplemente porque quería salir.

Por la manera tan calurosa como ambos, Thomas y su mujer, se rieron de la broma, pude darme cuenta de que ya había dado resultados otras veces, y que toda la explicación era simplemente una treta ya preparada. Yo no podía competir en pillerías con el valeroso Thomas, pero creí que conocía un camino mucho más seguro hasta su corazón, por lo que dije:

—Ahora, señor Bilder, consideraremos que este primer medio soberano ya ha sido amortizado, y este hermano de él está esperando ser reclamado cuando usted me diga qué piensa que va a suceder.

—Tiene usted razón, señor –dijo él rápidamente—. Me tendrá que disculpar, lo sé, por haberle hecho una broma, pero la vieja aquí me guiñó, que era tanto como decirme que siguiera adelante.

—¡Pero..., nunca! —dijo la vieja.

—Mi opinión es esta: el lobo ese está escondido en alguna parte, el jardinero dice que lo vio galopando hacia el norte más velozmente que lo que lo haría un caballo; pero yo no le creo, pues, ¿sabe usted, señor?, los lobos no galopan más de lo que galopan los perros, pues no están construidos de esa manera. Los lobos son muy bonitos en los libros de cuentos, y yo diría

cuando se reúnen en manadas y empiezan a acosar a algo que está más asustado que ellos, pueden hacer una bulla del diablo y cortarlo en pedazos, lo que sea. Pero, ¡Dios lo bendiga!, en la vida real un lobo es sólo una criatura inferior, ni la mitad de inteligente que un buen perro; y no tienen la cuarta parte de su capacidad de lucha. Este que se escapó no está acostumbrado a pelear, ni siquiera a procurarse a sí mismo sus alimentos, y lo más probable es que esté en algún lugar del parque escondido y temblando, si es capaz de pensar en algo, preguntándose dónde va a poder conseguirse su desayuno; o a lo mejor se ha retirado y está metido en una cueva de hulla. ¡Uf!, el susto que se va a llevar algún cocinero cuando baje y vea sus ojos verdes brillando en la oscuridad. Si no puede conseguir comida es muy posible que salga a buscarla, y pudiera ser que por casualidad fuera a dar a tiempo a una carnicería.

"Si no sucede eso y alguna institutriz sale a pasear con su soldado, dejando al infante en su cochecillo de niño, bien, entonces no estaría sorprendido si el censo da un niño menos. Eso es todo.

Le estaba entregando el medio soberano cuando algo asomó por la ventana, y el rostro del señor Bilder se alargó al doble de sus dimensiones naturales, debido a la sorpresa.

¡Dios me bendiga! —exclamó —. ¡Allí está el viejo *Bersicker* de regreso, sin que nadie lo traiga!

Se levantó y fue hacia la puerta a abrirla; un procedimiento que a mí me pareció innecesario. Yo siempre he pensado que un animal salvaje nunca es tan atractivo como cuando algún obstáculo de durabilidad conocida está entre él y yo; una experiencia personal ha intensificado, en lugar de disminuir, esta idea.

Después de todo, sin embargo, no hay nada como la costumbre, pues ni Bilder ni su mujer pensaron nada más del lobo de lo que yo pensaría de un perro. El animal mismo era tan pacífico como el padre de todos esos cuentos de lobos, el amigo de otros tiempos de Caperucita Roja, mientras está disfrazado tratando de ganarse su confianza.

Toda la escena fue una complicada mezcla de comedia y tragedia. El maligno lobo que durante un día y medio había paralizado a Londres y había hecho que todos los niños del pueblo temblaran en sus zapatos, estaba allí con mirada penitente, y estaba siendo recibido y acariciado como una especie de hijo

pródigo vulpino. El viejo Bilder lo examinó por todos lados con la más tierna atención, y cuando hubo terminado el examen del penitente, dijo:

—¡Vaya, ya sabía que el pobre animal se iba a meter en alguna clase de lío! ¿No lo dije siempre? Aquí está su cabeza toda cortada y llena de vidrio quebrado. Seguramente que quiso saltar sobre algún muro u otra cosa. Es una vergüenza que se permita a la gente que ponga pedazos de botellas en la parte superior de sus paredes. Estos son los resultados. Ven conmigo, *Bersicker*.

Se llevó al lobo y lo encerró en una jaula con un pedazo de carne que satisfacía, por lo menos en lo relativo a la cantidad, las condiciones elementales de un ternero gordo, y luego se fue a hacer el informe.

Yo también me marché a hacer el informe de la única y exclusiva información que se da hoy referente a la extraña escapada del zoológico.

Del diario del doctor Seward

17 de septiembre. Estaba ocupado, después de cenar, en mi estudio fechando mis libros, los cuales, debido a la urgencia de otros trabajos y a las muchas visitas a Lucy, se encontraban tristemente atrasados. De pronto, la puerta se abrió de golpe y mi paciente entró como un torbellino, con el rostro deformado por la ansiedad. Yo me sobresalté, pues es una cosa casi desconocida que un paciente entre de esa manera y por su propia cuenta en el despacho del superintendente. Sin hacer ninguna pausa se dirigió directamente hacia mí. En su mano había un cuchillo de cocina, y como vi que era peligroso, traté de mantener la mesa entre nosotros. Sin embargo, fue demasiado rápido y demasiado fuerte para mí; antes de que yo pudiera alcanzar mi equilibrio me había lanzado el primer golpe, cortándome bastante profundamente la muñeca izquierda. Pero antes de que pudiera lanzarme otro golpe, le di un derechazo y cayó con los brazos y piernas extendidos por el suelo. Mi muñeca sangraba profusamente, y un pequeño charco se formó sobre la alfombra. Vi que mi amigo no parecía intentar otro esfuerzo, por lo que me ocupé en vendar mi muñeca, manteniendo todo el tiempo una cautelosa vigilancia sobre la figura postrada. Cuando mis asistentes entraron corriendo y pusimos nuestra atención sobre él, su aspecto positivamente me enfermó. Estaba acostado sobre el

vientre en el suelo, lamiendo como un perro la sangre que había caído de mi muñeca herida. Lo sujetamos con facilidad, y, para sorpresa mía, se dejó llevar con bastante docilidad por los asistentes, repitiendo una y otra vez:

—¡La sangre es la vida! ¡La sangre es la vida!

No puedo permitirme perder sangre en la actualidad; ya he perdido demasiada últimamente como para estar sano, además de que la prolongada tensión de la enfermedad de Lucy y sus horribles fases me están minando. Estoy muy irritado y cansado, y necesito reposo, reposo, reposo. Afortunadamente, van Helsing no me ha llamado, por lo que no necesito privarme esta vez de dormir; no creo que podría prescindir de un buen descanso esta noche.

Telegrama de van Helsing a Seward, en Carfax

(Enviado a Carfax, Sussex, ya que no mencionaba ningún condado; entregado con veintidós horas de retraso.)

17 de septiembre. No deje de estar hoy por la noche en Hillingham. Si no observando todo el tiempo, visitando frecuentemente y viendo que las flores estén colocadas; muy importante; no falle. Estaré con usted tan pronto como posible después de llegada.

Del diario del doctor Seward

18 de septiembre. Acabo de tomar el tren para Londres. La llegada del telegrama de van Helsing me llenó de ansiedad. Una noche entera perdida, y por amarga experiencia sé lo que puede suceder en una noche. Por supuesto que es posible que todo esté bien, pero, ¿qué *puede* haber sucedido? Seguramente que hay un horrible sino pendiendo sobre nosotros, que hace que todo accidente posible nos frustre aquello que tratamos de hacer. Me llevaré conmigo este cilindro, y entonces podré completar mis apuntes en el fonógrafo de Lucy.

Memorando dejado por Lucy Westenra

17 de septiembre. Noche. Escribo esto y lo dejo para que lo vean, de manera que nadie pueda verse en problemas por mi causa. Este es un registro exacto de lo que sucedió hoy por la noche. Siento que estoy muriendo de debilidad y apenas

tengo fuerza para escribir, pero debo hacerlo, aunque muera en el intento.

Fui a la cama como siempre, cuidando de que las flores estuvieran colocadas como lo ha ordenado el doctor van Helsing, y pronto me quedé dormida.

Fui despertada por el aleteo en la ventana, que había comenzado desde aquella noche en que caminé sonámbula hasta el desfiladero de Whitby, donde Mina me salvó, y que ahora conozco tan bien. No tenía miedo, pero si deseé que el doctor Seward estuviera en el cuarto contiguo (tal como había dicho el doctor van Helsing que estaría), de manera que yo pudiera hablarle en cualquier momento. Traté de dormirme nuevamente, pero no pude. Entonces volvió la antigua angustia de antes de dormirme, y decidí permanecer despierta. Perversamente, el sueño trató de regresar cuando yo ya no quería dormir; de tal manera que, como temía estar sola, abrí mi puerta y grité: "¿Hay alguien allí?" No obtuve respuesta. Tuve miedo de despertar a mamá, y por eso cerré la puerta nuevamente. Entonces, afuera, en los arbustos, oí una especie de aullido de perro, pero más fiero y más profundo. Me dirigí a la ventana y miré hacia afuera, mas no alcancé a distinguir nada, excepto un gran murciélago, que evidentemente había estado pegando con sus alas contra la ventana. Por ello regresé de nuevo a la cama, pero con la firme determinación de no dormirme. Al momento se abrió la puerta y mi madre miró a través de ella; viendo por mi movimiento que no estaba dormida, entró y se sentó a mi lado. Me dijo, más dulce y suavemente que de costumbre:

—Estaba intranquila por ti, querida, y entré a ver si estabas bien.

Temí que pudiera resfriarse sentándose ahí, y le pedí que viniera y durmiera conmigo, por lo que se metió en la cama y se acostó a mi lado; no se quitó su bata, pues dijo que sólo iba a estar un momento y que luego regresaría a su propia cama. Mientras yacía ahí en mis brazos, y yo en los de ella, el aleteo y roce volvió a la ventana. Ella se sorprendió, y un poco asustada, preguntó: "¿Qué es eso?" Yo traté de calmarla; finalmente pude hacerlo, y ella yació tranquila; pero yo pude oír cómo su pobre y querido corazón todavía palpitaba terriblemente. Después de un rato se escuchó un estrépito en la ventana y un montón de pedazos de vidrio cayeron al suelo. La celosía de la ventana voló hacia adentro con el viento que entraba, y en la abertura de las vidrieras quebradas apareció la cabeza de un lobo grande y

flaco. Mi madre lanzó un grito de miedo y se incorporó rápidamente sentándose sobre la cama, sujetándose nerviosamente de cualquier cosa que pudiera ayudarla. Entre otras cosas se agarró de la guirnalda de flores que el doctor van Helsing insistió en que yo llevara alrededor de mi cuello, y me la arrancó de un tirón. Durante un segundo o dos se mantuvo sentada, señalando al lobo, y repentinamente hubo un extraño y horrible gorgoteo en la garganta; luego se desplomó, como herida por un rayo, y su cabeza me golpeó en la frente, dejándome por unos momentos un tanto aturdida. El cuarto y todo alrededor parecía girar. Mantuve mis ojos fijos en la ventana, pero el lobo retiró la cabeza y toda una miríada de pequeñas manchas parecieron entrar volando a través de la rota ventana, describiendo espirales y círculos como la columna de polvo que los viajeros describen cuando hay un simún en el desierto. Traté de moverme, pero había una especie de hechizo sobre mí, y el pobre cuerpo de mamá que parecía ya estarse enfriando, pues su querido corazón había cesado de latir, pesaba sobre mí; y por un tiempo no recuerdo más.

No pareció transcurrir mucho rato, sino más bien que fue muy, muy terrible, hasta que pude recobrar nuevamente la conciencia. En algún lugar cercano, una campana doblaba; todos los perros de la vecindad estaban aullando, y en nuestros arbustos, aparentemente muy cercanos, cantaba un ruiseñor. Yo estaba aturdida y embotada de dolor, terror y debilidad, pero el sonido del ruiseñor pareció la voz de mi madre muerta que regresaba para consolarme. Los ruidos parece que también despertaron a las sirvientas, pues pude oír sus pisadas descalzas corriendo fuera de mi puerta. Las llamé y entraron, y cuando vieron lo que había sucedido, y qué era lo que descansaba sobre mí en la cama, dieron gritos. El viento irrumpió a través de la rota ventana y la puerta se cerró de golpe. Levantaron el cuerpo de mi amada madre y la acostaron, cubriéndola con una sábana, sobre la cama, después de que yo me hube levantado. Estaban tan asustadas y nerviosas que les ordené fueran al comedor a tomar cada una un vaso de vino. La puerta se abrió de golpe unos instantes y luego se cerró otra vez. Las sirvientas gritaron horrorizadas, y luego se fueron en grupo compacto al comedor, y yo puse las flores que había tenido alrededor de mi cuello sobre el pecho de mi querida madre. Cuando ya estaban allí recordé lo que me había dicho el doctor van Helsing, pero no quise retirarlas, y, además, alguna de las sirvientas podría sentarse conmigo ahora. Me sorprendió que las criadas no regresaran. Las llamé,

pero no obtuve respuesta, por lo que bajé al comedor a buscarlas.

Mi corazón se encogió cuando vi lo que había sucedido. Las cuatro yacían indefensas en el suelo, respirando pesadamente. La garrafa del jerez estaba sobre la mesa medio llena, pero había alrededor un raro olor acre. Tuve mis sospechas y examiné la garrafa. Olía a láudano, y mirando en la alacena encontré que la botella que el doctor de mi madre usa para ella (¡oh, usaba!) estaba vacía. ¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer? Estoy de regreso en el cuarto, con mamá. No puedo abandonarla, y estoy sola, salvo por las sirvientas dormidas, que alguien ha narcotizado. ¡Sola con la muerte! No me atrevo a salir, pues oigo el leve aullido del lobo a través de la rota ventana. El aire parece lleno de manchas, flotando y girando en la corriente de la ventana, y las luces destellan azules y tenues. ¿Qué debo hacer? ¡Dios me proteja de cualquier mal esta noche! Esconderé este papel en mi seno, donde lo encontrarán cuando vengan a amortajarme. ¡Mi querida madre se ha ido! Ya es tiempo de que yo también me vaya.

Adiós, querido Arthur, si no logro sobrevivir esta noche. Que Dios te proteja, querido, ¡y que Dios me ayude!

XII

Del Diario Del Doctor Seward

18 *de septiembre*. Me dirigí de inmediato a Hillingham, y llegué temprano. Dejando mi calesa en el portón, corrí por la avenida solo. Toqué suavemente el timbre, lo más delicadamente posible, pues temía perturbar a Lucy o a su madre, y esperaba que me abriera la puerta sólo una sirvienta. Después de un rato, no encontrando respuesta, toqué otra vez; tampoco me respondieron. Maldije la haraganería de las sirvientas que todavía estuvieran en cama a esa hora, ya que eran las diez de la mañana, por lo que toqué otra vez, pero más impacientemente, sin obtener tampoco respuesta. Hasta aquí yo había culpado sólo a las sirvientas, pero ahora me comenzó a asaltar un terrible miedo. ¿Era esta desolación otro enlace en la cadena de infortunios que parecía estar cercándonos? ¿Sería acaso a una mansión de la muerte a la que habría llegado, demasiado tarde? Yo sé que minutos, o incluso segundos de tardanza pueden significar horas de peligro para Lucy, si ella hubiese tenido otra vez una de esas terribles recaídas; y fui alrededor de la casa para ver si podía encontrar por casualidad alguna otra entrada.

No pude encontrar ningún medio de entrar. Cada ventana y puerta tenía echado el cerrojo y estaba cerrada con llave, por lo que regresé desconcertado al pórtico. Al hacerlo, escuché el rápido golpeteo de las patas de un caballo que se acercaba velozmente, y que se detenía ante el portón. Unos segundos después encontré a van Helsing que corría por la avenida. Cuando me vio, alcanzó a murmurar:

—Entonces era usted quien acaba de llegar. ¿Cómo está ella? ¿Llegamos demasiado tarde? ¿No recibió usted mi telegrama?

Le respondí tan veloz y coherentemente como pude, advirtiéndole que su telegrama no lo había recibido hasta temprano por la mañana, que no había perdido ni un minuto en llegar hasta allí, y que no había podido hacer que nadie en la casa me

oyera. Hizo una pausa y se levantó el sombrero, diciendo solemnemente:

—Entonces temo que hayamos llegado demasiado tarde. ¡Que se haga la voluntad de Dios! —pero luego continuó, recuperando su habitual energía—: Venga. Si no hay ninguna puerta abierta para entrar, debemos hacerla. Creo que ahora tenemos tiempo de sobra.

Dimos un rodeo y fuimos a la parte posterior de la casa, donde estaba abierta una ventana de la cocina. El profesor sacó una pequeña sierra quirúrgica de su maletín, y entregándomela señaló hacia los barrotes de hierro que guardaban la ventana. Yo los ataqué de inmediato y muy pronto corté tres. Entonces, con un cuchillo largo y delgado empujamos hacia atrás el cerrojo de las guillotinas y abrimos la ventana. Le ayudé al profesor a entrar, y luego lo seguí. No había nadie en la cocina ni en los cuartos de servicio, que estaban muy cerca. Pulsamos la perilla de todos los cuartos a medida que caminamos, y en el comedor, tenuemente iluminado por los rayos de luz que pasaban a través de las persianas, encontramos a las cuatro sirvientas yaciendo en el suelo. No había ninguna necesidad de pensar que estuvieran muertas, pues su estertorosa respiración y el acre olor a láudano en el cuarto no dejaban ninguna duda respecto a su estado. Van Helsing y yo nos miramos el uno al otro, y al alejarnos, él dijo: "Podemos atenderlas más tarde." Entonces subimos a la habitación de Lucy. Durante unos breves segundos hicimos una pausa en la puerta y nos pusimos a escuchar, pero no pudimos oír ningún sonido. Con rostros pálidos y manos temblorosas, abrimos suavemente la puerta y entramos en el cuarto.

¿Cómo puedo describir lo que vimos? Sobre la cama yacían dos mujeres, Lucy y su madre. La última yacía más hacia adentro, y estaba cubierta con una sábana blanca cuyo extremo había sido volteado por la corriente que entraba a través de la rota ventana, mostrando el ojeroso rostro blanco, con una mirada de terror fija en él. A su lado yacía Lucy, con el rostro blanco y todavía más ojeroso. Las flores que habían estado alrededor de su cuello se encontraban en el pecho de su madre, y su propia garganta estaba desnuda, mostrando las dos pequeñas heridas que ya habíamos visto anteriormente, pero esta vez terriblemente blancas y maltratadas. Sin decir una palabra el profesor se inclinó sobre la cama con la cabeza casi tocando el pecho de la pobre Lucy; entonces giró rápidamente la cabeza, como alguien que escuchara, y poniéndose en pie, me gritó:

—¡Todavía no es demasiado tarde! ¡Rápido, rápido! ¡Traiga el brandy!

Volé escaleras abajo y regresé con él, teniendo cuidado de olerlo y probarlo, por si acaso también estuviera narcotizado como el jerez que encontré sobre la mesa. Las sirvientas todavía respiraban, pero más descansadamente, y supuse que los efectos del narcótico ya se estaban disipando. No me quedé para asegurarme, sino que regresé donde van Helsing. Como en la ocasión anterior, le frotó con brandy los labios y las encías, las muñecas y las palmas de las manos. Me dijo:

—Puedo hacer esto; es todo lo que puede ser hecho de momento. Usted vaya y despierte a esas sirvientas. Golpéelas suavemente en la cara con una toalla húmeda, y golpéelas fuerte. Hágalas que reúnan calor y fuego y calienten agua. Esta pobre alma está casi fría como la otra. Necesitará que la calentemos antes de que podamos hacer algo más.

Fui inmediatamente y encontré poca dificultad en despertar a tres de las mujeres. La cuarta sólo era una jovencita y el narcótico la había afectado evidentemente con más fuerza, por lo que la levanté hasta el sofá y la dejé dormir. Las otras estaban en un principio aturdidas, pero al comenzar a recordar lo sucedido sollozaron en forma histérica. Sin embargo, yo fui riguroso con ellas y no les permití hablar. Les dije que perder una vida era suficientemente doloroso, y que si se tardaban mucho iban a sacrificar también a la señorita Lucy. Así es que, sollozando, comenzaron a hacer los arreglos, a medio vestir como estaban, y prepararon el fuego y el agua.

Afortunadamente, el fuego de la cocina y del calentador todavía funcionaba, por lo que no hacía falta el agua caliente. Arreglamos el baño y llevamos a Lucy tal como estaba a la bañera. Mientras estábamos ocupados frotando sus miembros alguien llamó a la puerta del corredor. Una de las criadas corrió, se echo encima apresuradamente alguna ropa más, y abrió la puerta. Luego regresó y nos susurró que era un caballero que había llegado con un mensaje del señor Holmwood. Le supliqué simplemente que le dijera que debía esperar, pues de momento no podíamos ver a nadie. Ella salió con el recado, y embebidos en nuestro trabajo, olvidé por completo la presencia de aquel hombre.

En toda mi experiencia nunca vi trabajar a mi maestro con una seriedad tan solemne. Yo sabía, como lo sabía él, que

se trataba de una lucha desesperada contra la muerte, y en una pausa se lo dije. Me respondió de una manera que no pude comprender, pero con la mirada más seria que podía reflejar su rostro:

—Si eso fuera todo, yo pararía aquí mismo donde estamos ahora y la dejaría desvanecerse en paz, pues no veo ninguna luz en el horizonte de su vida.

Continuó su trabajo con un vigor, si es posible, renovado y más frenético.

Al cabo de un rato ambos comenzamos a ser conscientes de que el calor estaba comenzando a tener algún efecto. El corazón de Lucy latió un poco más audiblemente al estetoscopio, y sus pulmones tuvieron un movimiento perceptible. La cara de van Helsing casi irradió cuando la levantamos del baño y la enrollamos en una sábana caliente para secarla. Me dijo:

—¡La primera victoria es nuestra! ¡Jaque al rey!

Llevamos a Lucy a otra habitación, que para entonces ya había sido preparada, y la metimos en cama y la obligamos a que bebiera unas cuantas gotas de brandy. Yo noté que van Helsing ató un suave pañuelo de seda alrededor de su cuello. Ella todavía estaba inconsciente, y estaba tan mal, si no peor, de como jamás la hubiéramos visto.

Van Helsing llamó a una de las mujeres y le dijo que se quedara con ella y que no le quitara los ojos de encima hasta que regresáramos. Luego me hizo una seña para que saliéramos del cuarto.

—Debemos consultar sobre lo que vamos a hacer —me dijo, mientras descendíamos por las gradas.

En el corredor abrió la puerta del comedor y entramos en él, cerrando cuidadosamente la puerta. Las persianas habían quedado abiertas, pero las celosías ya estaban bajadas, con esa obediencia a la etiqueta de la muerte que la mujer británica de las clases inferiores siempre observa con rigidez. Por lo tanto, el cuarto estaba bastante oscuro. Sin embargo, había suficiente luz para nuestros propósitos. La seriedad de van Helsing se mitigaba un tanto por una mirada de perplejidad. Evidentemente estaba torturando su cerebro acerca de algo, por lo que yo esperé unos instantes, al cabo de los cuales dijo:

—¿Qué vamos a hacer ahora? ¿A quién podemos recurrir? Debemos hacer otra transfusión de sangre, y eso con prontitud, o la vida de esa pobre muchacha no va a durar una hora. Usted ya está agotado; yo estoy agotado también. Yo temo confiar en esas mujeres, aun cuando tuviesen el valor de someterse. ¿Qué debemos hacer por alguien que desee abrir sus venas por ella?

—Bien, entonces, ¿qué pasa conmigo?

La voz llegó desde el sofá al otro lado del cuarto, y sus tonos llevaron aliento y alegría a mi corazón, pues eran los de Quincey Morris. Van Helsing lo miró enojado al primer sonido, pero su rostro se suavizó y una mirada alegre le asomó por los ojos cuando yo grité: "¡Quincey Morris!", y corrí hacia él con los brazos extendidos.

—¿Qué te trajo aquí? —le pregunté, al estrecharnos las manos.

—Supongo que la causa es Art.

Me entregó un telegrama:

"No he tenido noticias de Seward durante tres días, y estoy terriblemente ansioso. No puedo ir. Mi padre en el mismo estado. Envíame noticias del estado de Lucy. No tardes. HOLMWOOD ."

—Creo que he llegado apenas a tiempo. Sabes que sólo tienes que decirme qué debo hacer.

Van Helsing dio unos pasos hacia adelante y tomó su mano, mirándolo fijamente a los ojos mientras le decía:

—La mejor cosa que hay en este mundo cuando una mujer está en peligro, es la sangre de un hombre valiente. Usted es un hombre, y no hay duda. Bien, el diablo puede trabajar contra nosotros haciendo todos sus esfuerzos, pero Dios nos envía hombres cuando los necesitamos.

Una vez más tuvimos que efectuar la horrenda operación. No tengo valor para describirla nuevamente en detalle. Lucy estaba terriblemente débil, y la debilidad la había afectado más que las otras veces, pues aunque bastante sangre penetró en sus venas, su cuerpo no respondió al tratamiento tan rápidamente como en otras ocasiones.

Su lucha por mantenerse en vida era algo terrible de ver y escuchar. Sin embargo, el funcionamiento, tanto de su corazón como de sus pulmones, mejoró, y van Helsing practicó inyección subcutánea de morfina, como antes, y con buenos resultados. Su desmayo se convirtió en un sueño profundo. El profesor la observó mientras yo bajaba con Quincey Morris, y envié a una de las sirvientas a que le pagara al cochero que estaba esperando. Dejé a Quincey acostado después de haberle servido un vaso de vino, y le dije a la cocinera que preparara un buen desayuno. Entonces tuve una idea y regresé al cuarto donde estaba Lucy. Cuando entré, sin hacer ruido, encontré a van Helsing con una o dos hojas de papel en las manos. Era evidente que las había leído, y que ahora estaba reflexionando sobre su contenido, sentado con una mano en su frente. Había una mirada de torva satisfacción en su cara, como la de alguien que ha resuelto una duda.

Me entregó los papeles, diciendo solamente:

—Se cayó del pecho de Lucy cuando la llevábamos hacia el baño.

Cuando los hube leído, me quedé mirando al profesor, y después de una pausa le pregunté:

—En nombre de Dios, ¿qué significa todo esto? ¿Estaba ella, o está loca? ¿O qué clase de horrible peligro es?

Estaba tan perplejo que no encontré otra cosa que decir. Van Helsing extendió la mano y tomó el papel diciendo:

—No se preocupe por ello ahora. De momento, olvídelo. Todo lo sabrá y lo comprenderá a su tiempo; pero será más tarde. Y ahora, ¿qué venía a decirme?

Esto me regresó a los hechos, y nuevamente fui yo mismo.

—Vine a hablarle acerca del certificado de defunción. Si no actuamos como es debido y sabiamente, puede haber pesquisas, y tendríamos que mostrar ese papel. Yo espero que no haya necesidad de pesquisas, pues si las hubiera, eso seguramente mataría a la pobre Lucy, si no la mata otra cosa. Yo sé, y usted sabe, y el otro doctor que la atendía a ella también, que la señora Westenra padecía de una enfermedad del corazón; nosotros podemos certificar que murió de ella. Llenemos inmediata-

mente el certificado y yo mismo lo llevaré al registro, y pasaré al servicio de pompas fúnebres.

—¡Bien, amigo John! ¡Muy bien pensado! Verdaderamente, si la señorita Lucy tiene que estar triste por los enemigos que la asedian, al menos puede estar contenta de los amigos que la aman. Uno, dos, tres, todos abren sus venas por ella, además de un viejo como yo. ¡Ah sí!, yo lo sé, amigo John; no estoy ciego; ¡lo quiero a usted más por ello! Ahora, váyase.

En el corredor encontré a Quincey Morris con un telegrama para Arthur diciéndole que la señora Westenra había muerto; que Lucy también había estado enferma, pero que ya estaba mejorando; y que van Helsing y yo estábamos con ella. Le dije adónde iba, y me instó a que me apresurara. Pero cuando estaba a punto de hacerlo, me dijo:

—Cuando regreses, Jack, ¿puedo hablarte a solas?

Moví la cabeza afirmativamente y salí. No encontré ninguna dificultad para hacer el registro, y convine con la funeraria local en que llegaran en la noche y tomaran las medidas del féretro e hiciesen los demás preparativos.

Cuando regresé, Quincey me estaba esperando. Le dije que lo vería tan pronto como supiera algo acerca de Lucy, y subí a su cuarto. Todavía estaba durmiendo, y aparentemente mi maestro no se había movido de su asiento al lado de ella. Por la manera como se puso el dedo sobre los labios, adiviné que esperaba que se despertara de un momento a otro, y estaba temeroso de adelantarse a la naturaleza. Así es que bajé donde Quincey y lo llevé al desayunador, donde las celosías no estaban bajadas y por lo cual era un poco más alegre, o mejor dicho, menos triste que los otros cuartos. Cuando estuvimos solos, me dijo:

—Jack Seward, no quiero entrometerme en ningún lugar donde no tenga derecho a estar, pero esto no es ningún caso ordinario. Tú sabes que yo amaba a esta muchacha y quería casarme con ella; pero, aunque todo eso está pasado y enterrado, no puedo evitar sentirme ansioso acerca de ella. ¿Qué le sucede? ¿De qué padece? El holandés, y bien me doy cuenta de que es un viejo formidable, dijo, en el momento en que ustedes dos entraron en el cuarto, que debían hacer *otra* transfusión de sangre y que ustedes dos ya estaban agotados. Ahora, yo sé muy bien que ustedes los médicos hablan *in camera,* y que uno no debe esperar saber lo que consultan en privado. Pero este no

es un asunto común, y, sea lo que fuera, yo he hecho mi parte. ¿No es así?

—Así es —le dije yo, y él continuó:

—Supongo que ustedes dos, tú y van Helsing, ya hicieron lo que yo hice hoy. ¿No es así?

—Así es.

—E imagino que Art también está en el asunto. Cuando lo vi hace cuatro días en su casa, parecía bastante raro. Nunca había visto a nadie que enflaqueciera tan rápidamente, desde que estuve en las Pampas y tuve una yegua que le gustaba ir a pastar por las noches. Uno de esos grandes murciélagos a los que ellos llaman vampiros la agarró por la noche y la dejó con la garganta y la vena abiertas, sin que hubiera suficiente sangre dentro de ella para permitirle estar de pie, por lo que tuve que meterle una bala mientras yacía. Jack, si puedes hablarme sin traicionar la confianza que hayan depositado en ti, dime, Arthur fue el primero, ¿no es así?

A medida que hablaba mi pobre amigo daba muestras de estar terriblemente ansioso. Estaba en una tortura de inquietud por la mujer que amaba, y su total ignorancia del terrible misterio que parecía rodearla a ella intensificaba su dolor. Le sangraba el propio corazón, y se necesitó toda la hombría en él (de la cual había bastante, puedo asegurarlo) para evitar que cayera abatido. Hice una pausa antes de responder, pues sentía que no debía decir nada que traicionara los secretos que el médico desea guardar; pero de todas maneras él ya sabía tanto, y adivinaba tanto, que no había ninguna razón para no responder, por lo que le contesté con la misma frase:

—Así es.

—¿Y durante cuánto tiempo ha estado sucediendo esto?

—Desde hace cerca de diez días,

—¡Diez días! Entonces supongo, Jack Seward, que la pobre criatura que todos amamos se ha puesto en sus venas durante ese tiempo la sangre de cuatro hombres fuertes. Un hombre mismo no podría soportarlo mucho tiempo —añadió, y luego, acercándoseme, habló en una especie de airado susurro—: ¿Qué se la sacó?

Yo moví la cabeza negativamente.

—He ahí el problema. Van Helsing simplemente se pone frenético acerca de ello, y yo estoy a punto de devanarme los sesos. Ya no puedo ni aventurar una adivinanza. Ha habido una serie de pequeñas circunstancias que han echado por tierra todos nuestros cálculos para que Lucy sea vigilada adecuadamente. Pero esto no ocurrirá otra vez. Nos quedaremos aquí hasta que todo esté bien... o mal.

Quincey extendió su mano.

—Cuenten conmigo —dijo—. Tú y el holandés sólo tienen que decirme lo que haga, y yo lo haré.

Cuando Lucy despertó por la tarde, su primer movimiento fue de palparse el pecho, y, para mi sorpresa, extrajo de él el papel que van Helsing me había dado a leer.

El cuidadoso profesor lo había colocado otra vez en su sitio, para evitar que al despertarse ella pudiera sentirse alarmada. Sus ojos se dirigieron a van Helsing y a mí y se alegraron. Entonces miró alrededor del cuarto y, viendo donde se encontraba, tembló; dio un grito agudo y puso sus pobres y delgadas manos sobre su pálido rostro. Ambos entendimos lo que significaba (se había dado plena cuenta de la muerte de su madre), por lo que tratamos de consolarla. No cabe la menor duda de que nuestra conmiseración la tranquilizó un poco, pero de todas maneras siguió muy desalentada y se quedó sollozando silenciosa y débilmente durante largo tiempo. Le dijimos que cualquiera de nosotros dos, o ambos, permaneceríamos con ella todo el tiempo, y eso pareció consolarla un poco. Hacia el atardecer cayó en una especie de aturdimiento. Entonces ocurrió algo muy extraño. Mientras todavía dormía sacó el papel de su pecho y lo rompió en dos pedazos. Van Helsing se adelantó y le quitó los pedazos de las manos.

De todas maneras, ella siguió con la intención de romper, como si todavía tuviese el material en los dedos; finalmente levantó las manos y las abrió, como si esparciera los fragmentos. Van Helsing pareció sorprendido y sus cejas se unieron como si pensara, pero no dijo nada.

19 de septiembre. Toda la noche pasada durmió precariamente, sintiendo siempre miedo de dormirse y aparentando estar un poco más débil cada vez que despertaba. El profesor y yo nos turnamos en la vigilancia, y no la dejamos ni un solo mo-

mento sin atender. Quincey Morris no dijo nada acerca de su intención, pero yo sé que toda la noche se estuvo paseando alrededor de la casa.

Cuando llegó el día, su esclarecedora luz mostró los estragos en la fortaleza de la pobre Lucy. Apenas si era capaz de volver su cabeza, y los pocos alimentos que pudo tomar parecieron no hacer ningún provecho. Por ratos durmió, y tanto van Helsing como yo anotamos la diferencia en ella, mientras dormía y mientras estaba despierta.

Mientras dormía se veía más fuerte, aunque más trasnochada, y su respiración era más suave; su abierta boca mostraba las pálidas encías retiradas de los dientes, que de esta manera positivamente se veían más largos y agudos que de costumbre; al despertarse, la suavidad de sus ojos cambiaba evidentemente la expresión, pues se veía más parecida a sí misma, aunque agonizando. Por la tarde preguntó por Arthur, y nosotros le telegrafiamos. Quincey fue a la estación a encontrarlo.

Cuando llegó ya eran cerca de las seis de la tarde y el sol se estaba ocultando con todo esplendor y colorido, y la luz roja fluía a través de la ventana y le daba más color a las pálidas mejillas. Al verla, Arthur simplemente se ahogó de emoción, y ninguno de nosotros pudo hablar. En las horas que habían pasado, los períodos de sueño, o la condición comatosa que simulaba serlo, se habían hecho más frecuentes, de tal manera que las pausas durante las cuales la conversación era posible se habían reducido. Sin embargo, la presencia de Arthur pareció actuar como un estimulante; se reanimó un poco y habló con él más lúcidamente de lo que lo había hecho desde nuestra llegada. Él también se dominó y habló tan alegremente como pudo, de tal manera que se hizo lo mejor.

Va a dar la una de la mañana, y él y van Helsing están sentados con ella. Yo los relevaré dentro de un cuarto de hora, y estoy consignando esto en el fonógrafo de Lucy.

Tratarán de descansar hasta las seis. Temo que mañana se termine nuestra vigilancia, pues la impresión ha sido demasiado grande; la pobre chiquilla no se puede reanimar.

Dios nos ayude a todos.

Carta de Mina Harker a Lucy Westenra (sin abrir)

17 de septiembre



"Mi querida Lucy:

"Me parece que han pasado siglos desde que tuve noticias de ti, o más bien desde que te escribí. Sé que me perdonarás por todas mis faltas cuando hayas leído las noticias que te voy a dar. Bien, pues traje a mi marido de regreso en buenas condiciones; cuando llegamos a Exéter nos estaba esperando un carruaje, y en él, a pesar de tener un ataque de gota, el señor Hawkins nos llevó a su casa, donde había habitaciones para nosotros, todas arregladas y cómodas, y cenamos juntos. Después de cenar, el señor Hawkins dijo:

"Queridos míos, quiero brindar por vuestra salud y prosperidad, y que todas las bendiciones caigan sobre vosotros dos. Os conozco desde niños, y he visto, con amor y orgullo, como crecíais. Ahora deseo que hagáis vuestro hogar aquí conmigo. Yo no dejo tras de mí ni descendientes ni hijos; todos se han ido, y en mi testamento os instituyo herederos universales.

"Yo lloré, Lucy querida, mientras Jonathan y el anciano señor Hawkins se estrechaban las manos. Tuvimos una velada muy, muy feliz.

"Así es que aquí estamos, instalados en esta bella y antigua casa, y tanto desde mi dormitorio como desde la sala puedo ver muy cerca los grandes olmos de la catedral, con sus fuertes troncos erectos contra las viejas piedras amarillas de la catedral, y puedo escuchar a las cornejas arriba graznando y cotorreando, chismorreando a la manera de las cornejas... y de los humanos. Estoy muy ocupada, y no necesito decírtelo, arreglando cosas y haciendo trabajos del hogar. Jonathan y el señor Hawkins pasan ocupados todo el día; pues ahora que Jonathan es su socio, el señor Hawkins quiere que sepa todo lo concerniente a sus clientes.

"¿Cómo sigue tu querida madre? Yo desearía poder ir a la ciudad durante uno o dos días para verte, querida, pero no me atrevo a ir todavía, con tanto trabajo sobre mis espaldas; y Jonathan todavía necesita que lo cuiden. Está comenzando a cubrir con carne sus huesos otra vez, pero estaba terriblemente debilitado por la larga enfermedad; incluso ahora algunas veces despierta sobresaltado de su sueño de una manera repentina, y se pone a temblar hasta que logro, con mimos, que recobre su placidez habitual. Sin embargo, gracias a Dios estas ocasiones son cada vez menos frecuentes a medida que pasan los días, y yo confío en que con el tiempo terminarán por desaparecer del

todo. Y ahora que te he dado mis noticias, déjame que pregunte por las tuyas. ¿Cuándo vas a casarte, y dónde, y quién va a efectuar la ceremonia, y qué vas a ponerte? ¿Va a ser una ceremonia pública, o privada? Cuéntame todo lo que puedas acerca de ello, querida; cuéntame todo acerca de todo, pues no hay nada que te interese a ti que no me sea querido a mí. Jonathan me pide que te envíe sus 'respetuosos saludos', pero yo no creo que eso esté a la altura del socio juvenil de la importante firma Hawkins & Harker; y así como tú me quieres a mí, y él me quiere a mí, y yo te quiero a ti con todos los modos y tiempos del verbo, simplemente te envío su 'cariño'. Adiós, mi queridísima Lucy, y todas las bendiciones para ti.

"Tu amiga,

MINA HARKER"

Informe de Patrick Hennessey, M. D.: M. R. C. S. L. K. Q. C. P. I., etc., para John Seward. M. D.

"Estimado señor:

"En obsequio de sus deseos envío adjunto un informe sobre las condiciones de todo lo que ha quedado a mi cargo... En relación con el paciente, hay algo más que decir. Ha tenido otro intento de escapatoria, que hubiera podido tener un final terrible, pero que, como sucedió, afortunadamente, no llegó al desenlace trágico que se esperaba.

Esta tarde, un carruaje con dos hombres llegó a la casa vacía cuyos terrenos colindan con los nuestros, la casa hacia la cual, usted recordará, el paciente se escapó en dos ocasiones. Los hombres se detuvieron ante el portón para preguntarle al portero por el camino, ya que eran forasteros. Yo mismo estaba viendo por la ventana del estudio, mientras fumaba después de la cena, y vi como uno de los hombres se acercaba a la casa. Al pasar por la ventana del cuarto de Renfield, el paciente comenzó a retarlo desde adentro y a llamarlo por todos los nombres podridos que pudo poner en su lengua. El hombre, que parecía un tipo decente, se limitó a decirle que "cerrara su podrida boca de mendigo", ante lo cual nuestro recluso lo acusó de robarle y querer matarlo, y agregó que frustraría sus planes aunque lo colgaran por ello. Yo abrí la ventana y le hice señas al hombre para que no tomara en serio las cosas, por lo que él se contentó con echar un vistazo por el lugar, quizá para hacerse una idea sobre la clase de sitio al que había ido a dar. Y luego dijo: 'Dios

lo bendiga, señor; yo no me altero por lo que me digan en una casa de locos como esta. Usted y el director más bien me dan lástima por tener que vivir en una casa con una bestia salvaje como esa. Luego preguntó por el camino con bastante cortesía, y yo le indiqué dónde quedaba el portón de la casa vacía; se alejó, seguido de amenazas e improperios de nuestro hombre. Bajé a ver si podía descubrir la causa de su enojo, ya que habitualmente a un hombre correcto, y con excepción de los periodos violentos nunca le ocurre nada parecido. Para mi asombro, lo encontré bastante tranquilo y comportándose de la manera más cordial. Traté de hacerlo hablar sobre el incidente, pero él me preguntó suavemente que de qué estaba hablando, y me condujo a creer que había olvidado completamente el asunto. Era, sin embargo, lamento tener que decirlo, sólo otra instancia de su astucia, pues media hora después tuve noticias de él otra vez. En esta ocasión se había escapado otra vez de la ventana de su cuarto, y corría por la avenida. Llamé a los asistentes para que me siguieran y corrí tras él, pues temía que estuviera intentando hacer alguna treta. Mi temor fue justificado cuando vi que por el camino bajaba el mismo carruaje que había pasado frente a nosotros anteriormente, cargado con algunas cajas de madera. Los hombres se estaban limpiando la frente y tenían las caras encendidas, como si acabaran de hacer un violento ejercicio. Antes de que pudiera alcanzarlo, el paciente corrió hacia ellos y, tirando a uno de ellos del carruaje, comenzó a pegar su cabeza contra el suelo. Si en esos momentos no lo hubiera sujetado, creo que habría matado a golpes al hombre allí mismo. El otro tipo saltó del carruaje y lo golpeó con el mango de su pesado látigo. Fue un golpe terrible, pero él no pareció sentirlo, sino que agarró también al hombre y luchó con nosotros tres tirándonos para uno y otro lado como si fuésemos gatitos. Usted sabe muy bien que yo no soy liviano, y los otros dos hombres eran fornidos. Al principio luchó en silencio, pero a medida que comenzamos a dominarlo, y cuando los asistentes le estaban poniendo la camisa de fuerza, empezó a gritar: 'Yo lo impediré. ¡No podrán robarme! ¡No me asesinarán por pulgadas! ¡Pelearé por mi amo y señor!', y toda esa clase de incoherentes fruslerías. Con bastante dificultad lograron llevarlo de regreso a casa y lo encerramos en el cuarto de seguridad. Uno de los asistentes, Hardy, tiene un dedo lastimado. Sin embargo, se lo entablilló bien, y está mejorando. "En un principio, los dos cocheros gritaron fuertes amenazas de acusarnos por daños, y prometieron que sobre nosotros lloverían todas las sanciones de la ley. Sin embargo, sus amenazas estaban mezcladas con una especie de lamenta-

ción indirecta por la derrota que habían sufrido a manos de un débil loco. Dijeron que si no hubiese sido por la manera como habían gastado sus fuerzas en levantar las pesadas cajas hasta el carruaje, habrían terminado con él rápidamente. Dieron otra razón de su derrota: el extraordinario estado de sequía a que habían sido reducidos por la naturaleza misma de su ocupación, y la reprensible distancia de cualquier establecimiento de entretenimiento público a que se encontraba la escena de sus labores. Yo entendí bien su insinuación, y después de un buen vaso de *grog,* o mejor, de varios vasos de la misma cosa, y teniendo cada uno de ellos un soberano en la mano, empezaron a hacer bromas sobre el ataque, y juraron que encontrarían cualquier día a un loco peor que ese sólo por tener el placer de conocer así a 'un tonto tan encantador' como el que esto escribe. Anoté sus nombres y direcciones, en caso de que los necesitemos. Son los siguientes: Jack Smollet, de Dudding's Rents, King George's Road. Great Walworth, y Thomas Snelling, Peter Farley's Row, Guide Court, Bethnal Green. Ambos son empleados de Harris e Hijos, Compañía de Mudanzas y Embarques, Orange Master's Yard, Soho.

"Le informaré de cualquier asunto de interés que ocurra aquí, y le telefonearé inmediatamente en caso de que suceda algo de importancia.

"Quedo de usted, estimado señor, su atento servidor,

PATRICK HENNESSEY"

Carta de Mina Harker a Lucy Westenra (sin abrir)

18 de septiembre

“Mi queridísima Lucy:

Hemos sufrido un terrible golpe. El señor Hawkins murió repentinamente. Algunos podrán pensar que esto no es triste para nosotros, pero ambos habíamos llegado a quererlo tanto que realmente parece como si hubiésemos perdido a un padre.

Yo nunca conocí ni a mi padre ni a mi madre, de tal manera que la muerte de este querido anciano ha sido un verdadero golpe para mí. Jonathan está también muy abatido. No sólo se siente triste, muy triste, por el querido viejo que le ha ayudado tanto en su vida, y que ahora al final lo ha tratado como si fuera su propio hijo y le ha dejado una fortuna que para gente de nuestro modesto origen es una riqueza más allá de los sueños

de avaricia. Jonathan siente también otra cosa: dice que la gran responsabilidad que recae sobre él lo pone nervioso. Empieza a dudar de sí mismo. Yo trato de animarlo, y mi fe en él le ayuda a tener fe en sí mismo. Pero es precisamente en esto como la gran impresión que ha experimentado ejerce más en él. ¡Oh! Es demasiado duro que una naturaleza tan dulce, simple, noble y fuerte como la de él (una naturaleza que le posibilitó, con la ayuda de nuestro amigo, elevarse desde simple empleado hasta el puesto que hoy tiene) se encuentre tan dañada que haya desaparecido la misma esencia de su fuerza. Perdóname, querida, si te importuno con mis problemas en medio de tu propia felicidad; pero, Lucy querida, yo debo hablar con alguien, pues el esfuerzo que hago por mantener una apariencia alegre ante Jonathan me cansa, y aquí no tengo a nadie en quien confiar. Temo llegar a Londres, como debemos hacerlo pasado mañana, pues el pobre señor Hawkins dejó dispuesto en su testamento que deseaba ser enterrado en la tumba con su padre. Como no hay ningún pariente, Jonathan tendrá que presidir los funerales. Trataré de pasar un momento a verte, querida, aunque sólo sea unos minutos. Perdona nuevamente que te cause aflicciones. Con todas las bendiciones, te quiere,

MINA HARKER"

Del diario del doctor Seward

20 de septiembre. Sólo un gran esfuerzo de voluntad y la costumbre me permiten hacer estas anotaciones hoy por la noche. Me siento demasiado desgraciado, demasiado abatido, demasiado hastiado del mundo y de todo lo que hay en él, incluida la vida misma, de tal manera que no me importaría escuchar en este mismo momento el aleteo de las alas del ángel de la muerte. Y han estado aleteando esas tenebrosas alas últimamente por algún motivo: la madre de Lucy y el padre de Arthur, y ahora...

Continuemos mi trabajo.

Relevé puntualmente a van Helsing en su guardia sobre Lucy. Queríamos que Arthur también se fuese a descansar, pero al principio se negó. Sólo accedió cuando le dije que lo necesitaríamos durante el día para que nos ayudara, y que no debíamos agotarnos todos al mismo tiempo porque Lucy podría sufrir las consecuencias. Van Helsing fue muy amable con él.

—Venga, hijo —le dijo—; venga conmigo. Usted está enfermo y débil y ha tenido muchas tristezas y muchos dolores, asimismo como un desgaste de su fuerza que nosotros conocemos bien. No debe usted estar solo, pues estar solo es estar lleno de temores y alarmas. Venga a la sala, donde hay una buena lumbre y dos sofás. Usted se acostará en uno y yo en el otro, y nuestra compañía nos dará cierto alivio, aun cuando no hablemos, y aun en caso de que durmamos.

Arthur se fue con él, echando una nostálgica mirada al rostro de Lucy, que yacía en su almohada casi más blanca que la sábana. Yacía bastante tranquila, y yo miré alrededor del cuarto para ver que todo estuviera en orden. Pude ver que el profesor había realizado en este cuarto, al igual que en el otro, su propósito de usar el ajo; todas las guillotinas de las ventanas olían fuertemente a él. Y alrededor del cuello de Lucy, sobre el pañuelo de seda que van Helsing le había hecho usar, había tosca gargantilla hecha de las mismas olorosas flores. Lucy estaba respirando un tanto estertorosamente y su rostro estaba descompuesto, pues la boca abierta mostraba las pálidas encías. A la tenue e incierta luz, sus dientes parecían más largos y más agudos de lo que habían estado en la mañana. En particular, debido quizá a algún juego de luz, los caninos parecían más largos y agudos que el resto. Yo me senté a su lado, y al poco tiempo ella se movió inquieta. En el mismo instante llegó una especie de sordo aleteo o arañazos desde la ventana. Fui silenciosamente hacia ella y espié por una esquina de la celosía.

Había luna llena, y pude ver que el ruido era causado por un gran murciélago que revoloteaba, indudablemente atraído por la luz, aunque fuese tan tenue, y de vez en cuando golpeaba la ventana con las alas. Cuando regreso a mi asiento, vi que Lucy se había movido ligeramente y se habían desprendido las flores de ajo del cuello. Las coloqué nuevamente en su sitio lo mejor que pude, y me senté, observándola.

Al poco rato despertó, y yo le di alimentos tal como los había prescrito van Helsing. Sólo tomó unos pocos, y de mala gana. Parecía que ya no estaba con ella su antigua inconsciente lucha por la vida, y la fortaleza que hasta entonces había marcado su enfermedad. Me sorprendió como un hecho curioso el que en el momento de volverse consciente ella apretara las flores de ajo contra su pecho. Ciertamente era muy raro que cuando quiera que ella entrara a ese estado letárgico, con respiración estertórea, tratara de quitarse las flores, pero que al despertar las

sujetara. No había ninguna posibilidad de cometer un error acerca de esto, pues en las largas horas que siguieron tuvo muchos períodos de sueño y vigilia, y repitió ambas acciones muchas veces.

A las seis de la mañana, van Helsing llegó a relevarme. Arthur había caído en un sopor, y bondadosamente él le permitió que siguiera durmiendo. Cuando vio el rostro de Lucy pude escuchar la siseante aspiración de su boca, y me dijo en un susurro agudo:

—Suba la celosía; ¡quiero luz!

Luego se inclinó y, con su rostro casi tocando el de Lucy, la examinó cuidadosamente. Quitó las flores y luego retiró el pañuelo de seda de su garganta. Al hacerlo retrocedió, y yo pude escuchar su exclamación: "¡*Mein Gott!...*" , que se quedó a media garganta. Yo me incliné y miré también, y cuando lo hice, un extraño escalofrío me recorrió el cuerpo.

Las heridas en la garganta habían desaparecido por completo.

Durante casi cinco minutos van Helsing la estuvo mirando, con el rostro serio y crispado como nunca. Luego se volvió hacia mí y me dijo calmadamente:

—Se está muriendo. Ya no le quedará mucho tiempo. Habrá mucha diferencia, créamelo, si muere consciente o si muere mientras duerme. Despierte al pobre muchacho y déjelo que venga y vea lo último; él confía en nosotros, y se lo habíamos prometido.

Bajé al comedor y lo desperté. Estuvo aturdido por un momento, pero cuando vio la luz del sol entrando a través de las rendijas de las persianas pensó que ya era tarde, y me expresó su temor. Yo le aseguré que Lucy todavía dormía, pero le dije tan suavemente como pude que tanto van Helsing como yo temíamos que el fin estaba cerca. Se cubrió el rostro con las manos y se deslizó sobre sus rodillas al lado del sofá, donde permaneció, quizá un minuto, con la cabeza agachada, rezando, mientras sus hombros se agitaban con el pesar. Yo lo tomé de la mano y lo levanté.

—Ven —le dije, mi querido viejo amigo; reúne toda tu fortaleza: será lo mejor y lo más fácil para ella. Cuando llegamos al cuarto de Lucy pude ver que van Helsing, con su habitual

previsión, había estado poniendo todas las cosas en su sitio y haciendo que todo estuviera tan agradable como fuera posible. Incluso le había cepillado el pelo a Lucy, de manera que éste se desparramaba por la almohada en sus habituales rizos de oro. Cuando entramos en el cuarto, ella abrió los ojos, y al verlo a él susurró débilmente:

—¡Arthur! ¡Oh, mi amor, estoy tan contenta de que hayas venido!

Él se detuvo para besarla, pero van Helsing le ordenó que se retirara.

—No —le susurró—, ¡todavía no! Sostenga su mano; le dará más consuelo.

Así es que Arthur le tomó la mano y se arrodilló al lado de ella, y ella resplandeció, con todas las suaves líneas haciendo juego con la angelical belleza de sus ojos. Entonces, gradualmente, sus ojos se cerraron y se hundió en el sueño. Por un corto tiempo su pecho se elevó suavemente; y subió y bajó como el de un niño cansado.

Luego, insensiblemente, llegó el extraño cambio que yo había notado durante la noche.

Su respiración se volvió estertórea, abrió la boca, y las pálidas encías estiradas hacia atrás hicieron que los dientes parecieran más largos y agudos que nunca. Abrió los ojos de una manera vaga, sonámbula, como inconsciente, reflejando ahora al mismo tiempo vaguedad y dureza, y dijo en una voz suave y voluptuosa, tal como yo nunca la había escuchado en sus labios:

—¡Arthur! ¡Oh, mi amor, estoy tan feliz de que hayas venido! ¡Bésame!

Arthur se inclinó ansiosamente para besarla, pero en ese mismo instante van Helsing, quien, como yo, había estado asombrado por la voz de la joven, se precipitó sobre el novio y, sujetándolo por el cuello con ambas manos, lo arrastró hacia atrás con una fuerza que yo nunca creí pudiera poseer, y de hecho lo lanzó casi al otro lado del cuarto.

—¡Nunca en su vida! —le dijo—; ¡no lo haga, por amor a su alma y a la de ella!

Y luego, se situó entre los dos como un león acorralado. Arthur estaba tan sorprendido que por un momento no encontró qué hacer ni qué decir; y antes de que ningún impulso de violencia pudiera apoderarse de él, se dio cuenta del lugar y de las circunstancias y se quedó en silencio, esperando.

Yo mantuve los ojos fijos en Lucy, lo mismo que van Helsing, y vimos un espasmo de ira pasar rápidamente como una sombra por su rostro; los agudos dientes se cerraron de golpe. Luego sus ojos se cerraron y ella respiró pesadamente.

Al poco tiempo sus ojos se abrieron con toda su suavidad, y extendiendo su pobre mano pálida y delgada, tomó la pesada y oscura mano de van Helsing; acercándosela, la besó.

—Mi verdadero amigo —dijo ella, en una débil voz pero con un acento doloroso indescriptible—. ¡Mi verdadero amigo, y amigo de él! ¡Oh, protéjalo, y deme paz a mí!

—¡Lo juro! —dijo él solemnemente, arrodillándose al lado de ella y sosteniendo su mano, como alguien que presta juramento. Luego se volvió a Arthur y le dijo—: Venga, hijo, tome la mano de ella entre las suyas, y bésela en la frente, y sólo una vez.

Se unieron sus ojos en vez de sus labios; y así se despidieron.

Los ojos de Lucy se cerraron; y van Helsing, que había estado observando desde cerca, tomó del brazo a Arthur y lo alejó del lecho.

Luego la respiración de Lucy se volvió estertórea una vez más, y repentinamente cesó del todo.

—Ya todo terminó —dijo van Helsing ¡Está muerta!

Tomé a Arthur del brazo y lo conduje a la sala, donde se sentó y se cubrió la cara con las manos, sollozando como un chiquillo.

Regresé al cuarto y encontré a van Helsing mirando a la pobre Lucy, y su rostro estaba más serio que nunca. El cuerpo de ella había cambiado algo. La muerte le había regresado parte de su belleza, pues sus cejas y mejillas habían recobrado algo de sus suaves líneas; hasta los labios habían perdido su mortal palidez. Era como si la sangre, innecesaria ya para el funciona-

miento del corazón, hubiera querido mitigar en lo posible la rigidez y la desolación de la muerte.

"Pensamos que moría mientras estaba durmiendo, y durmiendo cuando murió."

Me situé al lado de van Helsing, y le dije:

—¡Ah! ¡pobre muchacha! Al fin hay paz para ella. ¡Es el final! Él se volvió hacia mí, y dijo con grave solemnidad:

—Nada de eso. ¡Ay!, nada de eso. ¡Es sólo el comienzo!

Cuando le pregunté qué quería decir, movió la cabeza y me respondió:

—No podemos hacer nada por ella todavía. Espere. Ya verá usted...—.

XIII

Del diario del doctor Seward (Continuación)

Se dispuso el funeral para el día siguiente, de manera que Lucy y su madre pudieran ser enterradas juntas. Yo me encargué de todos los desagradables trámites, y el cortés empresario de pompas fúnebres me probó que sus empleados estaban afectados, o bendecidos, por algo de su propia gratuita suavidad. Hasta la mujer que efectuaba los últimos oficios para los muertos me comentó, de una manera confidencial, como entre compañeros de profesión, cuando hubo salido de la cámara de la muerte:

—Señor, la joven es un magnífico cadáver. Es verdaderamente un privilegio atenderla. ¡No exagero cuando digo que atender a semejantes clientes acredita a nuestro establecimiento!

—Noté que van Helsing nunca se alejaba mucho. Esto era posible debido al desordenado estado de la casa. No había parientes a mano, y como Arthur tenía que estar de regreso al día siguiente para atender a los funerales de su padre, fuimos incapaces de notificar a alguien que hubiera llevado la dirección de los asuntos. Bajo esas circunstancias, van Helsing y yo iniciamos el examen de los papeles, etc. Mi maestro insistió en hacerse cargo de los papeles de Lucy personalmente. Yo le pregunté por qué, pues temía que él, siendo extranjero no estuviera al tanto de los requerimientos legales ingleses, y pudiera de esta manera, por ignorancia causar algunos contratiempos innecesarios. Él me contestó:

—Lo sé; lo sé. Usted olvida que yo también soy abogado, además de médico. Pero esto no es de todas maneras para la ley. Usted previó claramente eso cuando evitó al forense. Yo tengo que evitar a otros además de él. Puede haber otros papeles...

Al hablar sacó de su libreta de bolsillo el memorando que había estado en el pecho de Lucy, y que ella había roto mientras dormía.

—Cuando usted descubra algo del abogado de la difunta señora Westenra, selle todos sus papeles y escríbale hoy por la noche. Yo, por mi parte, vigilaré aquí en el cuarto y en el viejo cuarto de la señorita Lucy toda la noche, y yo mismo buscaré por lo que sea. No es bueno que sus pensamientos más íntimos vayan a manos de gente extraña.

Yo me dediqué a mi parte del trabajo, y a la media hora había encontrado el nombre y la dirección del abogado de la señora Westenra, y le había escrito. Todos los papeles de la pobre dama estaban en orden; se daban en ellos órdenes explícitas respecto al lugar del entierro. No había terminado de sellar la carta cuando, para mi sorpresa, van Helsing entró en el cuarto, diciendo:

—¿Puedo ayudarle, amigo John? Estoy libre, y si me lo permite colaboraré con usted.

—¿Encontró lo que buscaba? —le pregunté, a lo cual él respondió:

—No busqué ninguna cosa específica. Sólo esperaba encontrar, y he encontrado algunas cartas y unas cuantas notas, y un diario recientemente comenzado. Pero los tengo aquí, y por el momento no diremos nada de ellos. Yo veré al pobre muchacho mañana por la noche, y, con su anuencia, utilizaré estos documentos.

Cuando terminamos el trabajo que teníamos entre manos, me dijo:

—Y ahora, amigo John, creo que podemos ir a la cama. Queremos dormir, tanto usted como yo, y descansar para recuperarnos. Mañana tendremos ambos mucho que hacer, pero por la noche de hoy no hay necesidad de nosotros.

Antes de retirarnos fuimos a ver a la pobre Lucy. El empresario de pompas fúnebres había hecho un trabajo indudablemente bueno, pues el cuarto se había transformado en una pequeña *chapelle ardente.* Había una multitud de bellas flores blancas, y la muerte había sido hecha lo menos repulsiva posible. El extremo del sudario estaba colocado sobre su cara; cuando el profesor se inclinó y lo retiró suavemente hacia atrás,

ambos nos sorprendimos de la belleza que estaba ante nosotros, dando los altos cirios de cera suficiente luz para que la notáramos. Toda la hermosura de Lucy había regresado a ella en la muerte, y las horas que habían transcurrido, en lugar de dejar trazos de los "aniquiladores de la muerte" habían restaurado la belleza de la vida, de tal manera que positivamente no daba crédito a mis ojos de estar mirando un cadáver.

El profesor miró con grave seriedad. No la había amado como yo, y por ello no había necesidad de lágrimas en sus ojos. Me dijo: "Permanezca aquí hasta que regrese", y salió del cuarto. Volvió con un puñado de ajo silvestre de la caja que estaba en el corredor pero que aún no había sido abierta, y colocó las flores entre las otras, encima y alrededor de la cama. Luego, tomó de su cuello, debajo de su camisa, un pequeño crucifijo de oro, y lo colocó sobre la boca de la muerta. Regresó la sábana a su lugar y salimos de la habitación.

Me estaba desvistiendo en mi propio cuarto cuando, con unos golpecitos de advertencia, entró, y de inmediato comenzó a hablar:

—Mañana quiero que usted me traiga, antes del anochecer, un juego de bisturíes de disección.

—¿Debemos hacer una autopsia? —le pregunté.

—Sí, y no. Quiero operar, pero no como usted piensa. Déjeme que se lo diga ahora, pero ni una palabra a otro. Quiero cortarle la cabeza y sacarle el corazón. ¡Ah!, usted es un cirujano y se espanta. Usted, a quien he visto sin temblor en la mano o en el corazón haciendo operaciones de vida y muerte que hacen temblar a los otros. ¡Oh! Pero no debo olvidar, mi querido amigo John, que usted la amaba; y no lo he olvidado, pues soy yo el que va a operar y usted no debe ayudar. Me gustaría hacerlo hoy por la noche, pero por Arthur no lo haré; él estará libre después de los funerales de su padre mañana y querrá verla a ella, ver *eso*. Luego, cuando ella ya esté en el féretro al día siguiente, usted y yo vendremos cuando todos duerman. Destornillaremos la tapa del féretro y haremos nuestra operación; luego lo pondremos todo en su lugar, para que nadie se entere, salvo nosotros.

—Pero, ¿por qué debemos hacer eso? La muchacha está muerta. ¿Por qué mutilar innecesariamente su pobre cuerpo? Y si no hay necesidad de una autopsia y nada se puede ganar con ella (no se beneficia a Lucy, no nos beneficiamos nosotros,

ni la ciencia, ni el conocimiento humano), ¿por qué debemos hacerlo? Tal cosa es monstruosa.

Por toda respuesta, él puso la mano sobre mi hombro, y dijo después, con infinita ternura:

—Amigo John, me compadezco de su pobre corazón sangrante; y lo quiero más porque sangra de esa manera. Si pudiera, yo mismo tomaría la carga que usted lleva. Pero hay cosas que usted ignora, y que sin embargo conocerá, y me bendecirá por saberlas, aunque no son cosas agradables. John, hijo mío, usted ha sido amigo mío desde hace muchos años, pero, ¿supo usted que alguna vez yo hiciera alguna cosa sin una buena razón? Puedo equivocarme, sólo soy un hombre: pero creo en todo lo que hago. ¿No fue por esto por lo que usted envió por mí cuando se presentó el gran problema? ¡Sí! ¿No estaba usted asombrado, más bien horrorizado, cuando yo no permití que Arthur besara a su amada, a pesar de que ella se estaba muriendo, y lo arrastré con todas mis fuerzas? ¡Sí! Sin embargo, usted vio como ella me agradeció, con sus bellos ojos moribundos, su voz también tan débil, y besó mi ruda y vieja mano y me bendijo. ¿Y no me oyó usted hacer una promesa a ella para que así cerrara agradecida los ojos? ¡Sí!

"Bien, ahora tengo una buena razón para todo lo que quiero hacer. Muchos años usted ha confiado en mí; en las semanas pasadas usted ha creído en mí, cuando ha habido cosas tan extrañas que bien hubiera podido dudar. Confíe en mí todavía un poco más, amigo John. Si no confía en mí, entonces debo decir lo que pienso; y eso tal vez no esté bien. Y si yo trabajo, como trabajaré, no importa la confianza ni la desconfianza, sin la confianza de mi amigo en mí, trabajo con el corazón pesado, y siento, ¡oh!, que estoy solo cuando deseo toda la ayuda y el valor que puede haber hizo una pausa un momento, y continuó solemnemente—: Amigo John, ante nosotros hay días extraños y terribles. Seamos no dos, sino uno, para poder trabajar con éxito. ¿Tendrá usted fe en mí?"

Tomé su mano y se lo prometí. Mientras él se alejaba, mantuve mi puerta abierta y lo observé entrar en su cuarto y cerrar la puerta. Mientras estaba sin moverme, vi a una de las sirvientas pasar silenciosamente a lo largo del corredor (iba de espaldas a mí, por lo que no me vio) y entrar en el cuarto donde yacía Lucy. Esto me impresionó. ¡La devoción es tan rara, y nos sentimos tan agradecidos para con aquellos que la demuestran hacia nuestros seres queridos sin que nosotros se lo pidamos...!

Allí estaba una pobre muchacha sobreponiéndose a los terrores que naturalmente sentía por la muerte, para ir a hacer guardia solitaria junto al féretro de la patrona a quien amaba, para que la pobre no estuviese solitaria hasta que fuese colocada para su eterno descanso...

Debo haber dormido larga y profundamente, pues ya era pleno día cuando van Helsing me despertó al entrar en mi cuarto. Llegó hasta cerca de mi cama, y dijo:

—No necesita molestarse por los bisturíes. No lo haremos.

—¿Por qué no? —le pregunté, pues la solemnidad que había manifestado la noche anterior me había impresionado profundamente.

Porque —dijo, solemnes demasiado tarde... o demasiado temprano. ¡Vea! —añadió, sosteniendo en su mano el pequeño crucifijo dorado. Esto fue robado durante la noche.

—¿Cómo? ¿Robado? —le pregunté con asombro—. Si usted lo tiene ahora...

—Porque lo he recobrado de la inútil desventurada que lo robó; de la mujer que robó a los muertos y a los vivos. Su castigo seguramente llegará, pero no por mi medio: ella no sabía lo que hacía, y por ignorancia, sólo robó. Ahora, debemos esperar.

Se alejó al decir esto, dejándome con un nuevo misterio en que pensar, un nuevo rompecabezas con el cual batirme.

La mañana pasó sin incidentes, pero al mediodía llegó el abogado: el señor Marquand, de Wholeman, hijos, Marquand & Lidderdale. Se mostró muy cordial y agradecido por lo que habíamos hecho, y nos quitó de las manos todos los cuidados relativos a los detalles. Durante el almuerzo nos dijo que la señora Westenra había estado esperando una muerte repentina por su corazón desde algún tiempo, y había puesto todos sus asuntos en absoluto orden; nos informó que, con la excepción de cierta propiedad con título del padre de Lucy, que ahora, a falta de heredero directo, se iba a una rama distante de la familia, todo el patrimonio quedaba absolutamente para Arthur Holmwood. Cuando nos hubo dicho todo eso, continuó:

—Francamente, nosotros hicimos lo posible por impedir tal disposición testamentaria, y señalamos ciertas contingencias

que podían dejar a su hija ya sea sin un centavo, o no tan libre como debiera ser para actuar teniendo en cuenta una alianza matrimonial. De hecho, presionamos tanto sobre el asunto que casi llegamos a un choque, pues ella nos preguntó si estábamos o no estábamos preparados para cumplir sus deseos. Por supuesto, no tuvimos otra alternativa que aceptar. En principio, nosotros teníamos razón, y noventa y nueve veces de cada cien hubiéramos podido probar, por la lógica de los acontecimientos, la cordura de nuestro juicio. Sin embargo, francamente, debo admitir que en este caso cualquier otra forma de disposición hubiera resultado en la imposibilidad de llevar a cabo sus deseos. Pues su hija hubiera entrado en posesión de la propiedad y, aunque ella sólo le hubiera sobrevivido a su madre cinco minutos, su propiedad, en caso de que no hubiera testamento, y un testamento era prácticamente imposible en tal caso, hubiera sido tratada a su defunción como *ab intestato*. En cuyo caso, lord Godalming, aunque era un amigo íntimo de ellas, no podría tener ningún derecho. Y los herederos, siendo parientes lejanos, no abandonarían tan fácilmente sus justos derechos, por razones sentimentales referidas a una persona totalmente extraña. Les aseguro, mis estimados señores, que estoy feliz por el resultado; muy feliz.

Era un buen tipo, pero su felicidad por aquella pequeña parte (en la cual estaba oficialmente interesado) en medio de una tragedia tan grande, fue una lección objetiva de las limitaciones de la conmiseración.

No permaneció mucho tiempo, pero dijo que regresaría más tarde durante el día y vería a lord Godalming. Su llegada, sin embargo, había sido un cierto alivio para nosotros, ya que aseguraba que no tendríamos la amenaza de críticas hostiles por ninguno de nuestros actos. Se esperaba que Arthur llegara a las cinco, por lo que poco antes de esa hora visitamos la cámara mortuoria. Y así podía llamarse de verdad, pues ahora tanto madre como hija yacían en ella. El empresario de pompas fúnebres, fiel a su habilidad, había hecho la mejor exposición de sus bienes que poseía, y en todo el lugar había una atmósfera tétrica que inmediatamente nos deprimió. Van Helsing ordenó que se pusiera todo como estaba antes, explicando que, como pronto llegaría lord Godalming, sería menos desgarrador para sus sentimientos ver todo lo que quedaba de su *fiancée* a solas. El empresario pareció afligido por su propia estupidez y puso todo empeño en volver a arreglarlo todo tal como había estado la

noche anterior, para que cuando llegara Arthur se evitaran tantas malas impresiones como fuera posible.

¡Pobre hombre! Estaba desesperadamente triste y abatido; hasta su hombría de acero parecía haberse reducido algo bajo la tensión de sus múltiples emociones. Había estado, lo sé, genuina y devotamente vinculado a su padre; y perderlo, en una ocasión como aquella, era un amargo golpe para él. Conmigo estuvo más afectuoso que nunca, y fue dulcemente cortés con van Helsing; pero no pude evitar ver que había alguna reticencia en él. El profesor lo notó también y me hizo señas para que lo llevara arriba.

Lo hice y lo dejé a la puerta del cuarto, ya que sentí que él desearía estar completamente solo con ella, pero él me tomó del brazo y me condujo adentro, diciendo secamente:

—Tú también la amabas, viejo amigo; ella me contó todo acerca de ello, y no había amigo que tuviese un lugar más cercano en su corazón que tú. Yo no sé como agradecerte todo lo que has hecho por ella. Todavía no puedo pensar...

Y aquí repentinamente mostró su abatimiento, y puso sus brazos alrededor de mis hombros haciendo descansar su cabeza en mi pecho, llorando:

—¡Oh, Jack! ¡Jack! ¿Qué haré? Toda la vida parece habérseme ido de golpe, y no hay nada en el ancho mundo por lo que desee vivir.

Lo consolé lo mejor que pude. En tales casos, los hombres no necesitan mucha expresión. Un apretón de manos, o palmadas sobre los hombros, un sollozo al unísono, son expresiones agradables para el corazón del hombre. Yo permanecí quieto y en silencio hasta que dejó de sollozar, y luego le dije suavemente:

—Ven y mírala.

Juntos caminamos hacia la cama, y yo retiré el sudario de su cara. ¡Dios! Qué bella estaba. Cada hora parecía ir acrecentando su hermosura. En alguna forma aquello me asombró y me asustó; y en cuanto a Arthur, él cayó temblando, y finalmente fue sacudido con la duda como si fuese un escalofrío. Después de una larga pausa, me dijo, exhalando un suspiro muy débil:

—Jack, ¿está realmente muerta?

Yo le aseguré con tristeza que así era, y luego le sugerí (pues sentí que una duda tan terrible no debía vivir ni un instante más del que yo pudiera permitirlo) que sucedía frecuentemente que después de la muerte los rostros se suavizaban y aun recobraban su belleza juvenil; esto era especialmente así cuando a la muerte le había precedido cualquier sufrimiento agudo o prolongado. Pareció que mis palabras desvanecían cualquier duda, y después de arrodillarse un rato al lado de la cama y mirarla a ella larga y amorosamente, se alejó. Le dije que ese tenía que ser el adiós, ya que el féretro tenía que ser preparado, por lo que regresó y tomó su mano muerta en la de él, la besó, y se inclinó y besó su frente. Luego se retiró, mirando amorosamente sobre su hombro hacia ella a medida que se alejaba.

Lo dejé en la sala y le conté a van Helsing que Arthur ya se había despedido de su amada; por lo que fue a la cocina a decir a los empleados del empresario de pompas fúnebres que continuaran los preparativos y atornillaran el féretro. Cuando salió otra vez del cuarto, le referí la pregunta de Arthur, y él replicó:

—No me sorprende. ¡Precisamente hace un momento yo dudaba de lo mismo!

Cenamos todos juntos, y pude ver como el pobre Art trataba de hacer las cosas lo mejor posible. Van Helsing guardó silencio durante todo el tiempo de la cena, pero cuando encendimos nuestros cigarrillos, dijo:

—Lord...

Mas Arthur lo interrumpió:

—No, no, eso no, ¡por amor de Dios! De todas maneras, todavía no. Perdóneme, señor, no quise ofenderlo; es sólo porque mi pérdida es muy reciente.

El profesor respondió muy amablemente:

—Sólo usé ese título porque estaba en duda. No debo llamarlo a usted "señor" y le he tomado mucho cariño; sí, mi querido muchacho, mucho cariño; le llamaré Arthur.

Arthur extendió la mano y estrechó calurosamente la del viejo.

—Llámeme como usted quiera —le dijo—. Y espero que siempre tenga el título de amigo. Y déjeme decirle que no en-

cuentro palabras para agradecerle todas sus bondades para con mi pobre amada —hizo una pausa y luego continuó—. Yo sé que ella comprendió sus bondades incluso mejor que yo; y si fui rudo o de cualquier forma molesto cuando usted actuó extrañamente, ¿lo recuerda? —el profesor asintió —, debe usted perdonarme.

Mi maestro contestó con solemne bondad:

—Sé que fue terrible para usted darme su confianza entonces, pues para confiar en tales violencias se necesita comprender; y yo supongo que usted no confía en mí ahora, no puede confiar, pues todavía no lo comprende. Y puede haber otras ocasiones en que yo quiera que usted confíe cuando no pueda, o no deba, y todavía no llegue a comprender. Pero llegará el tiempo en que su confianza en mí será irrestricta, y usted comprenderá, como si la misma luz del sol penetrara en su mente. Entonces, me bendecirá por su propio bien, por el bien de los demás y por el bien de aquella a quien juró proteger.

—Y, de hecho, señor —dijo Arthur calurosamente—, confiaré en usted de todas maneras. Yo sé y creo que usted tiene un corazón noble, y es amigo de Jack, y fue amigo de ella. Haga usted lo que juzgue conveniente.

El profesor se aclaró la garganta un par de veces, como si estuviese a punto de hablar, y finalmente dijo:

—¿Puedo preguntarle algo ahora?

—Por supuesto.

—¿Sabe usted que la señora Westenra le dejó todas sus propiedades?

—No. ¡Pobre señora! Nunca pensé en ello.

—Y como todo es de usted, tiene usted el derecho de hacer con ello lo que le plazca. Deseo que usted me dé su autorización para leer todas los papeles y cartas de la señorita Lucy. Créame, no es mera curiosidad. Yo tengo un motivo que, puede usted estar seguro, ella habría aprobado. Aquí los tengo todos. Los tomé antes de que supiéramos que todo era de usted, para que ninguna mano extraña los tocara, para que ningún ojo extraño pudiera ver a través de las palabras en su alma. Yo los guardaré, si me lo permite; ni usted mismo los podrá ver todavía, pero los guardaré bien. No se perderá ni una palabra, y en tiempo oportuno se los devolveré a usted. Es una cosa dura la que pido, pero usted la hará, ¿no es así?, por amor a Lucy...

Arthur habló sinceramente, como solía hacerlo:

—Doctor van Helsing, puede usted hacer lo que desee. Siento que al decir esto estoy haciendo lo que mi Lucy habría aprobado. No lo molestaré con preguntas hasta que llegue la hora.

El anciano profesor se puso en pie al tiempo que decía solemnemente:

—Y tiene usted razón. Habrá mucho dolor para todos nosotros; pero no todo será dolor, ni este dolor será el último. Nosotros y usted también, usted más que nadie, mi querido amigo, tendremos que pasar a través del agua amarga antes de llegar a la dulce. Pero debemos ser valientes y desinteresados, y cumplir con nuestro deber; todo saldrá bien.

Yo dormí en un sofá en el cuarto de Arthur esa noche. Van Helsing no se acostó.

Caminó de un lado a otro, como si estuviera patrullando la casa, y nunca se alejó mucho del cuarto donde Lucy yacía en su féretro, salpicada con las flores de ajo silvestre, que despedían, a través del aroma de las lilas y las rosas, un pesado y abrumador olor en el silencio de la noche.

Del diario de Mina Harker

22 de septiembre. En el tren hacia Exéter, Jonathan duerme. Parece que sólo fue ayer cuando hice los íntimos apuntes, y sin embargo, ¡cuánto ha transcurrido entre ellos, en Whitby y en todo el mundo ante mí! Jonathan estaba lejos y yo sin noticias de él; y ahora, casada con Jonathan, Jonathan de procurador, socio de una empresa, rico, dueño de su negocio, el señor Hawkins muerto y enterrado, y Jonathan con otro ataque que puede perjudicarlo mucho. Algún día me puede preguntar acerca de ello. Todo va para abajo. Estoy enmohecida en mi taquigrafía; véase lo que la prosperidad inesperada hace por nosotros, por lo que no está mal que la refresque otra vez ejercitándome un poco.

El servicio fue muy simple y solemne. Sólo asistimos nosotros mismos y los sirvientes, uno o dos viejos amigos de él de Exéter, su agente en Londres y un caballero representando a sir John Paxton, el presidente de la *Sociedad Jurídic*a. Jonathan y yo estuvimos tomados de la mano, y sentimos que nuestro mejor y más querido amigo nos había abandonado.

Regresamos a la ciudad en silencio y tomamos un autobús hasta la esquina de Hyde Park, Jonathan pensó que me interesaría ir un momento al Row, por lo que nos sentamos; pero había tan poca gente ahí, que era triste y desolado ver tantas sillas vacías. Nos hizo pensar en la silla vacía que teníamos en casa; así es que nos levantamos y caminamos en dirección a Piccadilly. Jonathan me llevaba de la mano, tal como solía hacerlo antiguamente antes de que yo fuera a la escuela. A mí me parecía aquello muy osado, pues no se pueden pasar años dando clases de etiqueta y decoro a las niñas sin que la pedantería de ello lo impresione a uno un poquito. Pero era Jonathan, y era mi marido, y nosotros no conocimos a nadie de los que vimos (y no nos importaba si ellos nos conocían), por lo que seguimos caminando en la misma forma.

Yo estaba mirando a una muchacha muy bella, con un sombrero de rueda de carruaje, que estaba sentada en una victoria afuera de *Giuliano's,* cuando sentí que Jonathan me apretó la mano tan fuerte que me hizo daño, y dijo como en un susurro: "¡Dios mío!" Yo siempre estoy ansiosa por Jonathan, pues siempre temo que algún ataque nervioso pueda enfermarlo otra vez; así es que me volví hacia él rápidamente y le pregunté qué le había molestado.

Estaba muy pálido, y sus ojos parecían salirse de sus órbitas, mientras, con una mezcla de terror y asombro, miraba fijamente a un hombre alto y delgado, de nariz aguileña, bigote negro y barba en punta, que también estaba observando a la muchacha bonita. La estaba mirando tan embebido que no se percató de nuestra presencia, y por ello pude echarle un buen vistazo. Su cara no era una buena cara; era dura y cruel, y sensual, y sus grandes dientes blancos, que se miraban más blancos por el encendido rojo de sus labios, estaban afilados como los de un animal. Jonathan estuvo mirándolo tan fijamente que yo tuve hasta miedo de que el individuo lo notara. Y temí que lo tomara a mal, ya que se veía tan fiero y detestable. Le pregunté a Jonathan por qué estaba perturbado, y él me respondió, pensando evidentemente que yo sabía tanto como él cuando lo hizo:

—¿No ves quién está allí?

—No, querido —dije yo—; no lo conozco, ¿quién es?

Su respuesta me impresionó y me llenó de ansias, pues la dio como si no supiera que era yo su Mina a quien hablaba:

—Es el hombre en persona.

Mi pobre amado estaba evidentemente aterrorizado por algo; muy aterrorizado.

Creo en verdad que si no me hubiese tenido a mí para apoyarse y para que lo sujetara, se habría desplomado. Se mantuvo mirando fijamente con asombro; un hombre salió de la tienda con un pequeño paquete y se lo dio a la dama, quien entonces reanudó su caminata. El hombre misterioso mantuvo sus ojos fijos en la bella dama, y cuando el carruaje se alejó por Piccadilly él siguió en la misma dirección, y alquiló un cabriolé.

Jonathan lo siguió con la mirada, y dijo, como para sí mismo:

—Creo que es el conde, pero ha rejuvenecido mucho. ¡Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Si yo supiera, si yo supiera!

Estaba tan nervioso que yo temí hacerle daño al hacerle preguntas, por lo que guardé silencio. Muy suavemente lo comencé a alejar del lugar, y él, asido a mi brazo, me siguió con facilidad. Caminamos un poco más y luego nos sentamos un rato en el *Green Park*. Era un día caluroso para ser otoño, y había un asiento bastante cómodo en un lugar sombreado. Después de mirar unos minutos fijamente al vacío, Jonathan cerró los ojos y rápidamente se sumió en un sueño, con la cabeza apoyada en mi hombro.

Pensé que era lo mejor para él, y no lo desperté. Como a los veinte minutos despertó, y me dijo bastante alegre:

—¡Pero, Mina, me he quedado dormido! ¡Oh, perdóname por ser tan desatento! Ven; nos tomaremos una taza de té en cualquier parte.

Evidentemente había olvidado todo lo relacionado con el extraño forastero, de la misma manera que durante su enfermedad había olvidado todo aquello que este episodio le había recordado nuevamente. No me gustan estos ataques de amnesia; puede causarle o prolongarle algún mal cerebral. Pero no debo preguntárselo, por temor a causarle más daño que bien; sin embargo, debo de alguna manera conocer los hechos de su viaje al extranjero. Temo que ha llegado la hora en que debo abrir aquel paquete y saber lo que contiene. ¡Oh, Jonathan, tú me perdonarás, lo sé, si hago mal, pero es por tu propio y sagrado bien!

Más tarde. Fue un regreso triste a casa en todos aspectos: la casa vacía del querido difunto que fuera tan bondadoso con nosotros: Jonathan todavía pálido y aturdido bajo una ligera recaída de su enfermedad, ahora un telegrama de van Helsing, quienquiera que sea: "Tengo la pena de participarle que la señora Westenra murió hace cinco días, y que Lucy murió anteayer. Ambas fueron enterradas hoy."

¡Oh, qué cúmulo de dolores en tan pocas palabras! ¡Pobre señora Westenra! ¡Pobre Lucy! ¡Se han ido; se han ido para no regresar nunca más a nosotros! ¡Y pobre, pobre Arthur, que ha perdido una dulzura tal de su vida! Dios nos ayude a sobrellevar todos nuestros pesares.

Del diario del doctor Seward

22 de septiembre. Todo ha culminado. Arthur ha regresado a Ring y se ha llevado consigo a Quincey Morris. ¡Qué magnífico tipo es este Quincey! Creo en lo más profundo de mi corazón que él sufrió tanto como cualquiera de nosotros dos por la muerte de Lucy; pero supo sobreponerse a su dolor como un estoico. Si América puede seguir produciendo hombres como este, no cabe la menor duda de que llegará a ser una gran potencia en el mundo. Van Helsing está acostado, tomándose un descanso preparatorio para su viaje. Se va a ir hoy por la noche a Ámsterdam, pero dice que regresará mañana por la noche; que sólo quiere hacer algunos arreglos que únicamente pueden efectuarse en persona. Cuando regrese, si puede, se quedará en mi casa; dice que tiene trabajo que hacer en Londres que le puede llevar cierto tiempo. ¡Pobre viejo amigo! Temo que el esfuerzo de las últimas semanas ha roto hasta su fortaleza de hierro.

Durante todo el tiempo del funeral, pude ver que él estaba haciendo un terrible esfuerzo por refrenarse. Cuando todo hubo pasado, estábamos parados al lado de Arthur, quien, pobrecito, estaba hablando de su parte en la operación cuando su sangre fue transferida a las venas de Lucy; pude ver que el rostro de van Helsing se ponía blanco y morado alternadamente. Arthur estaba diciendo que desde entonces sentía como si los dos hubiesen estado realmente casados y que ella era su mujer a los ojos de Dios. Ninguno de nosotros dijo una palabra de las otras operaciones, y ninguno de nosotros la dirá jamás. Arthur y Quincey se fueron juntos a la estación, y van Helsing y yo nos vinimos para acá. En el momento que estuvimos solos en el

carruaje dio rienda suelta a un ataque regular de histeria. Desde entonces se ha negado a admitir que fue histeria, e insiste que sólo fue su sentido del humor manifestándose bajo condiciones muy terribles. Rió hasta que se puso a llorar y yo tuve que bajar las celosías para que nadie nos pudiera ver y malinterpretar la situación; y entonces lloró hasta que rió otra vez; y río y lloró al mismo tiempo, tal como hace una mujer. Yo traté de ser riguroso con él, de la misma manera que se es con una mujer en iguales circunstancias; pero no dio efecto. ¡Los hombres y las mujeres son tan diferentes en su fortaleza o debilidad nerviosa!

Luego, cuando su rostro se volvió nuevamente grave y serio, le pregunté el motivo de su júbilo y por qué precisamente en aquellos momentos. Su réplica fue en cierta manera característica de él, pues fue lógica, llena de fuerza y misterio. Dijo:

—Ah, usted no comprende, amigo John. No crea que no estoy triste, aunque río. Fíjese, he llorado aun cuando la risa me ahogaba. Pero no piense más que estoy todo triste cuando lloro, pues la risa hubiera llegado de la misma manera. Recuerde siempre que la risa que toca a su puerta, y dice: "¿puedo entrar?", no es la verdadera risa. ¡No! La risa es una reina, y llega cuando y como quiere. No pregunta a persona alguna; no escoge tiempo o adecuación. Dice: "aquí estoy". Recuerde, por ejemplo, yo me dolí en el corazón por esa joven chica tan dulce; yo doy mi sangre por ella, aunque estoy viejo y gastado; di mi tiempo, mi habilidad, mi sueño; dejo a mis otros que sufran necesidad para que ella pueda tener todo. Y sin embargo, puedo reír en su propia tumba, reír cuando la tierra de la pala del sepulturero caía sobre su féretro y decía ¡tud!, ¡tud!, sobre mi corazón, hasta que éste retiró de mis mejillas la sangre. Mi corazón sangró por ese pobre muchacho, ese muchacho querido, tan de la edad en que estuviera mi propio muchacho si bendecidamente viviera, y con su pelo y sus ojos tan iguales. Vaya, ahora usted sabe por qué yo lo quiero tanto. Y sin embargo, cuando él dice cosas que conmueven mi corazón de hombre tan profundamente, y hacen mi corazón de padre nostálgico de él como de ningún otro hombre, ni siquiera de usted, amigo John, porque nosotros estamos más equilibrados en experiencias que un padre y un hijo, pues aun entonces, en esos momentos, la reina risa viene a mí y grita y ruge en mi oído: "¡aquí estoy, aquí estoy!", hasta que la risa viene bailando nuevamente y trae consigo algo de la luz del sol que ella me lleva a las mejillas. Oh, amigo John, es un mundo extraño, un mundo lleno de miserias, y amenazas, y problemas, y sin embargo, cuando la reina risa viene hace que to-

dos bailemos al son de la tonada que ella toca. Corazones sangrantes, y secos huesos en los cementerios, y lágrimas que queman al caer..., todos bailan juntos la misma música que ella ejecuta con esa boca sin risa que posee. Y créame, amigo John, que ella es buena de venir, y amable. Ah, nosotros hombres y mujeres somos como cuerdas en medio de diferentes fuerzas que nos tiran de diferentes rumbos. Entonces vienen las lágrimas; y como la lluvia sobre las cuerdas nos atirantan, hasta que quizá la tirantez se vuelve demasiado grande y nos rompemos. Pero la reina risa, ella viene como la luz del sol, y alivia nuevamente la tensión; y podemos soportar y continuar con nuestra labor, cualquiera que sea.

No quise herirlo pretendiendo que no veía su idea; pero, como de todas maneras no entendía las causas de su regocijo, le pregunté. Cuando me respondió, su rostro se puso muy serio, y me dijo en un tono bastante diferente:

—Oh, fue la triste ironía de todo eso, esta encantadora dama engalanada con flores, que se veía tan fresca como si estuviese viva, de modo que uno por uno dudamos de si en realidad estaba muerta; ella yaciendo en esa fina casa de mármol en el cementerio solitario, donde descansan tantas de su clase, yacía allí con su madre que tanto la amaba, y a quien ella amaba a su vez; y aquella sagrada campana haciendo: ¡dong!, ¡dong!, ¡dong!, tan triste y despacio; y aquellos santos hombres, con los blancos vestidos del ángel, pretendiendo leer libros, y sin embargo, todo el tiempo sus ojos nunca estaban en una página; y todos nosotros con la cabeza inclinada. ¿Y todo para qué? Ella está muerta; así pues, ¿o no?

—Bien, pues por mi vida, profesor —le dije yo—, yo no veo en todo eso nada que cause risa. La verdad es que su explicación lo hace más difícil de entender todavía. Pero aunque el servicio fúnebre haya sido cómico, ¿qué hay del pobre Art y de sus problemas? Pues yo creo que su corazón se estaba sencillamente rompiendo.

—Justamente. ¿Dijo él que la transfusión de su sangre a las venas de ella la había hecho su verdadera esposa?

—Sí, y fue una idea dulce y consoladora para él.

—Así es. Pero había una dificultad, amigo John. Si así era, ¿qué hay de los otros? ¡Jo, jo! Pues esta pobre y dulce doncella es una poliándrica, y yo, con mi pobre mujer muerta para mí pero viva para la ley de la iglesia, aunque sin chistes, libre de

todo, hasta yo, que soy fiel marido a esta actual no esposa, soy un bígamo.

—Pues tampoco veo aquí donde está el chiste —dije yo, y no me sentí muy alegre con él porque estuviese diciendo esas cosas. Él puso su mano sobre mi brazo y dijo:

—Amigo John, perdóneme si causo dolor. No le mostré mis sentimientos a otros cuando hubieran herido, sino sólo a usted, mi viejo amigo, en quien puedo confiar. Si usted hubiera podido mirar dentro de mi propio corazón entonces, cuando yo quería reír; si usted hubiera podido hacerlo cuando la risa llegó, si usted lo pudiera hacer, cuando la reina risa ha empacado sus coronas, y todo lo que es de ella, pues se va lejos, muy lejos de mí, y por un tiempo largo, muy largo, tal vez usted quizá se compadecería de mí más que nadie.

Me conmovió la ternura de su tono y le pregunté por qué.

—¡Porque yo sé!

Y ahora estamos todos regados; y durante muchos largos días la soledad se va a sentar sobre nuestros techos con las alas desplegadas. Lucy descansa en la tumba de su familia, un señorial mausoleo en un solitario cementerio, lejos del prolífico Londres, donde el aire es fresco y el sol se levanta sobre el Hampstead Hill, y donde las flores salvajes crecen según su propio acuerdo.

Así es que puedo terminar este diario; y sólo Dios sabe si alguna vez comenzaré otro. Si lo comienzo, o si tan sólo vuelvo a abrir éste otra vez, tratará con gente diferente y con temas diferentes; pues aquí al final, donde se narra el romance de mi vida, aquí vuelvo yo a tomar el hilo de mi trabajo cotidiano, y lo digo triste y sin esperanza.

FINIS

"Gaceta de Westminster", 25 de septiembre

UN MISTERIO DE HAMPSTEAD

La vecindad de Hampstead está de momento siendo acosada por una serie de sucesos que parecen correr en líneas paralelas con aquellos que fueron conocidos por los escritores de titulares como "El horror de Kensington", o "La Asesina del Puñal", o "La Mujer de Negro". Durante los últimos dos o tres

días han acontecido varios casos de pequeños niños que vagabundean de su hogar o se olvidan de regresar de su juego en el Brezal. En todos estos casos los niños han sido demasiado pequeños como para poder dar adecuadamente una explicación inteligible de lo sucedido, pero el consenso de sus culpas es que han estado con la "dama fanfarrona". Siempre ha sido tarde por la noche cuando se ha notado su ausencia, y en dos ocasiones los niños no han sido encontrados sino hasta temprano a la mañana siguiente. En el vecindario se supone generalmente que, como el primer niño perdido dio como su razón de haberse ausentado que una "dama fanfarrona" le había pedido que se fuera con ella a dar un paseo, los otros han recogido la frase y la han usado en su debida ocasión. Esto es tanto más natural cuanto el juego favorito de los pequeñuelos es actualmente atraerse unos a otros mediante engaños. Un corresponsal nos escribe que ver a los chiquilines pretendiendo ser la "dama fanfarrona", es verdaderamente divertido. Dice que algunos de nuestros caricaturistas debieran tomar una lección en ironía de lo grotesco comparando la realidad y el teatro. Sólo es de acuerdo con los principios generales de la naturaleza humana que la "dama fanfarrona" deba ser el papel popular en estas representaciones *al fresco*. Nuestro corresponsal dice ingenuamente que ni Ellen Terry podría ser tan felizmente atractivo como pretenden ser algunos de estos pequeñuelos de cara arrugada, e incluso se imaginan que son.

Sin embargo, posiblemente hay un lado serio de la cuestión, pues algunos de los niños, de hecho todos los que han sido perdidos durante la noche, han estado ligeramente rasgados o heridos en la garganta. Las heridas parecen tales que pudieran haber sido hechas por una rata o un pequeño perro, y aunque individualmente carecen de mucha importancia, tienden a mostrar que cualquiera que sea el animal que las causa, tiene un sistema o método propio. La policía del lugar ha sido instruida para que mantenga una aguda vigilancia sobre niños vagabundos, especialmente si son muy jóvenes, en los alrededores y dentro del Brezal de Hampstead, y también por cualquier perro vagabundo que ande en los alrededores.

"Gaceta de Westminster". 25 de septiembre

Extra Especial

EL HORROR DE HAMPSTEAD OTRO NIÑO HERIDO



La "Dama Fanfarrona"

Acabamos de recibir noticias de que otro niño perdido anoche, sólo pudo ser encontrado tarde esta mañana bajo un arbusto de retama en el lado de Shooter's Hill del Brezal de Hampstead, que es, tal vez, menos frecuentado que las otras partes. Tenía las mismas diminutas heridas en la garganta que han sido notadas en otros casos. Estaba terriblemente débil y parecía bastante extenuado. También él, cuando se hubo recuperado parcialmente, tuvo la misma historia de haber sido engañado a irse por la "dama fanfarrona".

XIV

Del diario de Mina Harker

23 *de septiembre*. Jonathan ha mejorado después de una mala noche. Estoy contenta de que tenga bastante trabajo que hacer, pues eso le mantiene la mente alejada de cosas terribles; y, ¡oh, estoy feliz de que ahora ya no esté abrumado por la responsabilidad de su nueva posición! Yo sabía que sería fiel a sí mismo, y ahora estoy orgullosa de ver a mi Jonathan elevándose hasta las alturas de su avanzada posición y manteniendo el paso en toda forma con los deberes que recaen sobre él. Estará fuera de casa todo el día hasta tarde, pues dijo que no regresaría a la hora de comer. He terminado mis quehaceres domésticos, por lo que tomaré su diario extranjero y me encerraré en mi cuarto para leerlo...

24 de septiembre. No tuve ánimos de escribir anoche; ese terrible registro de Jonathan me sobresaltó. ¡Pobre querido mío!, cómo debe haber sufrido, sea verdad o sólo su imaginación. Me pregunto si hay alguna verdad en todo eso. ¿Tuvo primero la fiebre cerebral y luego escribió todas esas cosas terribles, o había otra causa para todo ello? Supongo que nunca lo sabré, pues no me atrevo a abrir conversación sobre el tema con él... ¡Y sin embargo, ese hombre que vio ayer! Parecía estar bastante seguro de él...

¡Pobre Jonathan! Supongo que fue el funeral lo que le intranquilizó y envió su mente de regreso en una cadena de pensamientos... Él mismo lo cree todo. Recuerdo cómo en nuestro día de casamiento dijo: "A menos que algún solemne deber caiga sobre mí para hacerme regresar a las amargas horas, dormido o despierto, loco o cuerdo." Parece haber a través de esto un hilo de continuidad... Ese terrible conde iba a venir a Londres... Si así fuera y viniera a Londres, con sus prolíficos millones... Puede haber un deber solemne; y si llega ese deber no debemos encogernos ante él... Yo estaré preparada. Tomaré mi máquina de escribir en este mismo momento y comenzaré la transcripción. Entonces estaremos listos para otros ojos si es

necesario. Y si así se quiere, entonces, tal vez, si estoy lista, el pobre Jonathan no necesita sobresaltarse, pues yo puedo hablar por él y no dejar nunca que se moleste o preocupe por el asunto para nada. Si alguna vez, Jonathan se sobrepone a su nerviosismo, puede ser que quiera decirme todo, y yo puedo hacerle preguntas y averiguar las cosas, y ver cómo puedo consolarlo.

Carta de van Helsing a la señora Harker

24 de septiembre (Confidencial)

“Querida señora:

"Le ruego que perdone que le escriba, ya que soy un amigo tan lejano, y que le envié las malas noticias de la muerte de la señorita Lucy Westenra. Por la bondad de lord Godalming, tengo poder para leer sus cartas y papeles, pues estoy profundamente interesado en ciertos asuntos vitalmente importantes. En ellos encuentro algunas cartas de usted, que muestran cuán gran amiga era usted de ella y cómo la quería. ¡Oh, señora Mina, por ese amor yo le imploro que me ayude! Por el bien de otros le pido, para evitar mucho mal, y para evitar muchos y muy terribles trastornos que pueden ser mucho mayores de lo que usted se imagina, ¿me concedería usted una entrevista? Puede usted confiar en mí. Soy amigo del doctor John Seward y de lord Godalming (ese era el Arthur de la señorita Lucy). De momento debo guardar estricta reserva. Yo acudiría a Exéter a verla a usted inmediatamente si usted me dice que puedo tener el honor de verla, y dónde y cómo. Señora, le imploro perdón. He leído sus cartas para la pobre Lucy, y sé cuán buena es usted y cómo sufre su marido; por eso le ruego, si puede ser, no le diga nada a él, pues pudiera causarle daño. Otra vez le pido perdón y quedo de usted, respetuosamente,

VAN HELSING "

Telegrama de la señora Harker al doctor van Helsing

25 de septiembre. Venga hoy tren cuarto pasadas las diez si puede alcanzarlo.

Puedo recibirlo en cualquier momento que usted llegue.

WILLHELMINA HARKER



Del diario de Mina Harker

25 de septiembre. No puedo evitar sentirme terriblemente ansiosa a medida que se acerca la hora de la visita del doctor van Helsing, pues espero que me iluminará sobre la triste experiencia de Jonathan; y como él ha atendido a la pobre Lucy en su última enfermedad, me puede contar muchas cosas acerca de ella. Esa es la razón por la que viene; es debido a Lucy y a su sonambulismo, y no acerca de Jonathan. ¡Entonces nunca sabré la verdadera realidad! ¡Qué tonta soy! Ese horroroso diario se apodera de mi imaginación y tiñe todo con algo de su propio color. Por supuesto que es algo acerca de Lucy. La enfermedad le volvió a la pobrecita, y la terrible noche en el acantilado debe haberla enfermado. Debido a todos los asuntos que tengo entre manos, ya casi había olvidado cómo había estado enferma después. Ella debe haberle contado a él su aventura de sonámbula en el acantilado, y que yo sabía todo acerca de ello; y ahora él quiere que yo le diga lo que sé, de manera que él pueda entenderlo.

Espero haber obrado bien al no decirle nada a la señora Westenra; nunca me podría perdonar a mí misma si algún acto mío, aunque fuese por descuido, le hubiese causado daño a mi pobre Lucy. Espero, también, que el doctor van Helsing no me culpe a mí; he tenido tantos problemas y tanta ansiedad últimamente, que siento no poder soportar más de momento.

Supongo que a todos nos hace bien llorar de vez en cuando... Las lágrimas limpian el ambiente, así como la lluvia. Tal vez fue la lectura del diario de ayer lo que me inquietó, y luego Jonathan se fue hoy por la mañana para no regresar durante un día entero y la noche, siendo esta la primera vez que nos separamos desde nuestro casamiento. Realmente espero que mi amado esposo pueda cuidarse, y que no ocurra nada que lo intranquilice. Son las dos de la tarde, y el doctor estará por llegar. No le diré nada del diario de Jonathan, a menos que él me lo pregunte. Celebro ahora haber pasado a máquina mi diario, para que, en caso de que me pregunte algo sobre Lucy, yo pueda entregárselo a él; eso ahorrará muchas preguntas.

Más tarde. Ha venido, y ya se fue. ¡Oh, qué encuentro más extraño, y cómo hace que todo gire en mi cabeza! Me siento como si estuviera en un sueño. ¿Puede ser todo posible, o siquiera parte de ello? Si yo no hubiese leído primero el diario de Jonathan, jamás habría aceptado ni siquiera una posibilidad...

¡Pobre, pobre querido Jonathan! ¡Cómo debe haber sufrido! Quiera Dios que todo esto no lo vuelva a intranquilizar. Yo trataré de salvarlo de ello, pero incluso puede ser un consuelo o ayuda para él, aunque sea muy terrible y horroroso en sus consecuencias, el saber con certeza que sus ojos, sus oídos y su cerebro no lo engañaron, y que todo es realidad.

Puede ser que sea la duda la que lo inquiete; que cuando la duda termine, independientemente de la verdad, vigilia o sueño, estará más satisfecho y más capaz de soportar la impresión. El doctor van Helsing debe ser un hombre bueno y además inteligente, si es amigo de Arthur y del doctor Seward, y si ellos lo trajeron de Holanda sólo para que cuidara a Lucy. Tengo la impresión, después de haberlo visto, de que es bueno, amable y noble. Cuando regrese mañana, le preguntaré acerca de Jonathan; y entonces, ojalá que toda esta tristeza y ansiedad nos conduzca a un desenlace feliz. Yo solía pensar que me gustaban las entrevistas; el amigo de Jonathan en *Las Noticias de Exéter* le dijo que la memoria era todo en un trabajo como ese; que uno debe ser capaz de escribir exactamente casi todas las palabras que se dicen, aunque posteriormente se tenga que refinar algo. Esta fue una entrevista rara; trataré de registrarla *verbatim*.

Eran las dos y media de la tarde cuando llamaron a la puerta. Hice de tripas corazón, y esperé. Poco después Mary abrió la puerta y anunció: "El doctor van Helsing."

Me puse en pie e hice una inclinación de cabeza y él se acercó a mí; es un hombre de peso medio, fornido, de hombros echados hacia atrás, pecho amplio y profundo y el cuello bien asentado sobre el tronco tal como la cabeza sobre el cuello. Su cabeza me impresionó inmediatamente como indicativa de fuerza de pensamiento e inteligencia; la cabeza es noble, de regular tamaño, amplia, y ancha detrás de las orejas.

El rostro, afeitado, muestra un mentón duro y cuadrado, una boca larga, resuelta e inquieta, una nariz de tamaño regular, más bien recta, pero con ventanas muy sensibles, que parecen dilatarse a medida que caen las espesas cejas y que se aprieta la boca. La frente es amplia y fina, levantándose al principio casi recta y luego echándose hacia atrás sobre dos protuberancias muy separadas; es una frente en la que el pelo rojizo no puede caer sobre ella, sino que naturalmente cae hacia atrás o hacia los lados. Los ojos azul oscuro están muy separados, y son rápidos y tiernos o serios, según el estado de ánimo del hombre. Me dijo:

—¿La señora Harker?

Incliné la cabeza, asintiendo.

—¿Fue usted la señorita Mina Murray?

Asentí nuevamente.

—Es a Mina Murray a quien vengo a ver; a la que fue amiga de la infortunada, querida Lucy Westenra. Señora Mina, en nombre de la muerta vengo.

—Caballero —dije yo—, no puede usted tener mejor carta de presentación que haber sido amigo y médico de Lucy Westenra.

Y le extendí la mano. Él la tomó y dijo tiernamente:

—¡Oh, señora Mina!, yo sé que la amiga de esa pobre muchachita debe ser buena, pero todavía tenía que saber...

Terminó su discurso haciendo una reverencia cortés. Yo le pregunté para qué me quería ver, por lo que él comenzó de inmediato:

—He leído sus cartas a la señorita Lucy. Perdóneme, pero yo tenía que comenzar las investigaciones en algún lado, y no había nadie a quien preguntar. Sé que usted estuvo con ella en Whitby. Ella algunas veces llevó un diario, no necesita usted mirar sorprendida, señora Mina; lo comenzó después de que usted se hubo venido y era una imitación del suyo, y en ese diario ella rastrea por inferencia ciertas cosas relacionadas con un sonambulismo, y anota que usted la salvó. Con gran perplejidad entonces yo vengo a usted, y le pido, abusando de su mucha amabilidad, que me diga todo lo que pueda recordar acerca de eso.

—Creo que le puedo decir a usted, doctor van Helsing, todo lo que sucedió.

—¡Ah! ¡Entonces usted tiene buena memoria para los hechos, para los detalles! No siempre sucede lo mismo con todas las jóvenes.

—No, doctor, pero sucede que escribí todo lo que sucedía. Puedo mostrárselo, si usted quiere.

—¡Oh, señora Mina, se lo agradezco mucho! Me honrará y me ayudará usted muchísimo.

No pude evitar la tentación de hacerle una broma; supongo que ese es el gusto de la manzana original que todavía permanece en nosotras, de tal manera que le entregué el diario estenográfico. Él lo tomó, haciendo una reverencia de agradecimiento, y me dijo:

—¿Puedo leerlo?

—Si usted quiere —le respondí, tan modestamente como pude.

Él lo abrió y durante un instante su rostro se fijó en el papel. Luego se puso en pie e hizo una reverencia.

—¡Oh, usted es una mujer muy lista! —me dijo él—. Desde hace tiempo sabía que el señor Jonathan era un hombre de muchos merecimientos; pero vea, su mujer no le va a la zaga. ¿Y no me haría usted el honor de ayudarme a leer esto? ¡Ay! No sé taquigrafía.

Para aquel tiempo, ya mi broma había pasado, y me sentí casi avergonzada; de manera que tomé la copia mecanográfica de mi cesto de costura, y se la entregué

—Perdóneme —le dije—, no pude evitarlo; pero yo había estado pensando que era algo acerca de la querida Lucy que usted deseaba preguntarme, y para que usted no tenga que esperar mucho tiempo, no de mi parte, sino porque yo sé que el tiempo debe ser precioso para usted, he sacado una copia de esto a máquina para usted.

La tomó, y sus ojos brillaron.

—Es usted muy amable —dijo—. ¿Puedo leerlo ahora? Quizá me gustaría hacerle unas preguntas después de haberlo leído.

—No faltaba más —le dije yo—, léalo todo mientras yo ordeno la comida; y luego me puede usted preguntar lo que quiera, mientras comemos.

Hizo una reverencia y se acomodó en una silla, de espaldas a la luz, y se absorbió en los papeles, mientras yo iba a ver cómo estaba la comida, principalmente para dejarlo leer a sus anchas. Cuando regresé lo encontré caminando rápidamente de uno a otro lado del cuarto, con el rostro todo encendido de emoción. Se dirigió rápidamente hacia mí y me tomó ambas manos.

—¡Oh, señora Mina! —me dijo—, ¿cómo puedo decirle lo que le debo? Este papel es claro como el sol. Me abre las puertas. Estoy aturdido, deslumbrado por tanta luz, y sin embargo, unas nubes rondan siempre detrás de la luz. Pero eso usted no lo comprende; no lo puede comprender. ¡Oh! Pero le estoy muy agradecido. Es usted una mujer muy lista. Señora agregó esta vez con tono solemne—, si alguna vez Abraham van Helsing puede hacer algo por usted o los suyos, espero que usted me lo comunique. Será un verdadero placer y una dicha si puedo servirla a usted como amigo; como amigo, pero con todo lo que he sabido, todo lo que puedo hacer, para usted y los que usted ama. Hay oscuridades en la vida y hay claridades; usted es una de esas luces. Usted tendrá una vida feliz y una vida buena, y su marido será bendecido en usted.

—Pero, doctor, usted me alaba demasiado, y no me conoce.

—¡No la conozco...! Yo, que ya soy un viejo, y toda mi vida he estudiado a hombres y mujeres; yo, que he hecho del cerebro y de todo lo que con él se relaciona y de todo lo que surge de él, mi especialidad. Y he leído su diario, que usted tan bondadosamente ha escrito para mí, y que respira en cada línea veracidad. Yo, que he leído su carta tan dulce para la pobre Lucy contándole de su casamiento y confiándole sus cuitas. ¡Cómo no la voy a conocer! ¡Oh! señora Mina, las buenas mujeres dicen toda su vida, y día a día, hora por hora y minuto a minuto, muchas cosas que los ángeles pueden leer; y nosotros los hombres que deseamos saber tenemos dentro algo de ojos de ángel. Su marido es de muy noble índole, y usted también es noble, pues confía, y la confianza no puede existir donde hay almas mezquinas. Y su marido, dígame, ¿está bien? ¿Ya cesó la fiebre, y está fuerte y contento?

Aquí vi yo una oportunidad para consultarlo acerca de Jonathan, por lo que dije:

—Ya casi se había alentado, pero se ha puesto muy inquieto por la muerte del señor Hawkins.

El médico me interrumpió:

—¡Oh, sí! Ya lo sé. Leí sus últimas dos cartas.

Yo continué:

—Supongo que esto lo puso nervioso, pues cuando estuvimos el jueves en la ciudad sufrió una especie de impresión.

—¡Un susto, y después de la fiebre cerebral tan cercana! Eso no es bueno. ¿Qué clase de susto fue?

—Pensó que vio a alguien que le recordaba cosas terribles; acontecimientos que le causaron la fiebre cerebral.

Y al decir aquello toda la historia pareció sobrecogerme repentinamente. La lástima por Jonathan, el horror que había experimentado, todo el aterrador misterio de su diario, y el temor que me había estado rondando desde entonces, todo se me representó en tumulto. Supongo que yo estaba histérica, pues caí de rodillas y levanté mis dos manos hacia él, implorándole que curara a mi marido y lo dejara sano otra vez.

Él me tomó de las manos y me levantó, y me hizo sentarme en el sofá, sentándose él a mi lado; me sujetó las manos en las suyas, y me dijo con una indecible ternura:

—Mi vida es yerma y solitaria, y tan llena de trabajo que no he tenido mucho tiempo para la amistad, pero desde que he sido llamado aquí por mi amigo John Seward he llegado a conocer a tanta gente buena, y he visto tanta nobleza que siento más que nunca, y esto ha ido creciendo al avanzar mis años, la soledad de mi vida. Créame, entonces, que yo vengo aquí lleno de respeto por usted, y usted me ha dado esperanza... Esperanza, no de lo que yo estoy buscando, sino de que todavía quedan mujeres buenas para hacer la vida feliz... Mujeres buenas, cuyas vidas y cuyas verdades pueden ser buenas lecciones para los hombres del mañana. Estoy muy contento de poderle ser útil a usted, pues si su marido sufre, sufre dentro de los dominios de mis estudios y experiencias. Le prometo a usted que haré con gusto todo lo que pueda por él; todo lo que pueda por hacer su vida más fuerte, y que también la vida de usted sea feliz. Ahora debe usted comer. Está usted agotada y tal vez emocionada. A su esposo no le gustará verla pálida; y lo que no le gusta de la que ama, no es bueno para él. Por lo tanto, por amor a él debe usted comer y sonreír. Ya me lo ha dicho usted todo acerca de Lucy, así es que ahora no hablaremos sobre ello, pues puede molestarla. Me quedaré esta noche en Exéter, pues quiero pensar mucho sobre lo que usted me dijo, y cuando haya pensado le haré a usted preguntas, si me lo permite. Y luego, también me contará usted los problemas de su esposo tanto como pueda,

pero todavía no. Ahora debe comer; después hablaremos largo y tendido.

Después de la comida, cuando ya habíamos regresado a la sala, me dijo:

—Y ahora, cuénteme acerca de él.

En el momento en que iba a comenzar a hablarle a este gran hombre, empecé a sentir miedo de que creyese que yo era una tontuela y Jonathan un loco (siendo su diario tan extraordinariamente extraño), y por un momento dudé cómo proseguir. Pero él fue muy dulce y amable, y me había prometido tratar de ayudarme, por lo que tuve confianza en él, y le dije:

—Doctor van Helsing, lo que yo tengo que decirle a usted es muy raro, pero usted no debe reírse de mí ni de mi marido. Desde ayer he estado en una especie de fiebre de incertidumbre; debe tener usted paciencia conmigo, y no creer que soy tonta por haber creído algunas cosas muy raras.

Él me volvió a tranquilizar con sus maneras y sus palabras cuando dijo:

—¡Oh, mi querida amiga!, si usted supiera qué raro es el asunto por el cual yo estoy aquí, entonces sería usted la que reiría. He aprendido a no pensar mal de las creencias de cualquiera, por más extrañas que sean. He tratado de mantener una mente abierta; y no son las cosas ordinarias de la vida las que pueden cerrarla, sino las cosas extrañas; las cosas extraordinarias, las cosas que lo hacen dudar a uno si son locura o realidad.

—¡Gracias, gracias, mil veces gracias! Me ha quitado usted un peso de la mente. Si usted me lo permite, yo le daré un papel para que lo lea. Es largo, pero lo he mecanografiado. En él está descrito mi problema y el de Jonathan. Es una copia del diario que llevó mientras estuvo fuera del país y de todo lo que sucedió. No me atrevo a decir nada de él. Usted debe leerlo por su cuenta y juzgar. Y después de que lo haya visto, tal vez sea usted tan amable de decirme lo que piensa acerca de él.

—Lo prometo —me dijo, al tiempo que yo le entregaba los papeles—; en la misma mañana, tan pronto como pueda, vendré a verla a usted y a su marido, si me lo permite.

—Jonathan estará aquí a las once y media, y usted debe venir a comer con nosotros y verlo a él entonces; podría usted

tomar el tren rápido de las 3:34, que lo dejará en Paddington antes de las ocho.

Se quedó sorprendido sobre mi conocimiento del horario de trenes, pero no sabe que he aprendido de memoria todos los trenes que salen y llegan a Exéter, de manera que pueda ayudarle a Jonathan en caso de que él tenga prisa.

Así es que tomó los papeles consigo y se fue, y yo estoy sentada pensando...

Pensando no sé qué.

Carta (manuscrita) de van Helsing a la señora Harker

25 de septiembre, 6 de la tarde

"Querida señora Mina:

"He leído el maravilloso diario de su marido. Usted puede dormir sin duda. ¡Extraño y terrible como es, es verdad! Yo podría apostar mi vida a ello. Puede ser peor para otros; pero para usted y él no hay amenaza. Él es un tipo muy noble; y permítame decirle, por la experiencia de hombres, que uno que hiciera como hizo él bajando por la pared y entrando por ese cuarto (¡ay!, y entrando por segunda vez), no es alguien que pueda ser perjudicado permanentemente por una impresión. Su cerebro y su corazón están muy bien; esto lo juro, antes de siquiera haberlo visto; por lo tanto, tranquilícese.

Tendré muchas preguntas que hacerle sobre otras cosas. Estoy muy contento de poder llegar hoy a verlos, pues de golpe he aprendido tantas cosas que otra vez estoy deslumbrado... Deslumbrado más que nunca, y debo pensar.

"Su fiel servidor,

ABRAHAM VAN HELSING "

Carta de la señora Harker al doctor van Helsing

25 de septiembre, 6:30 p. m.

"Mi querido doctor van Helsing:

"Mil gracias por su amable carta, que me ha quitado un gran peso de la mente. Y sin embargo, a decir verdad, qué cosas más terribles hay en el mundo, y qué cosas más horrorosas si ese hombre, ese monstruo, está realmente en Londres. Temo



pensarlo. En estos momentos, mientras escribía, he recibido una llamada de Jonathan, diciéndome que sale de Launceston con el tren de las 6:25 hoy por la noche, y que estará aquí a las 10:18 para que yo no tenga miedo por la noche. Entonces, ¿podría usted en vez, de venir a comer con nosotros mañana, pasar a desayunarse a las ocho de la mañana si no es muy temprano para usted? Si tiene prisa, puede irse con el tren de las 10:30, que lo dejará en Paddington a las 2:35. No me conteste ésta, pues en caso de que no tenga noticias de usted sabré que vendrá a desayunarse con nosotros.

"Quedo de usted, su fiel y agradecida amiga,

MINA HARKER"

Del diario de Jonathan Harker

26 de septiembre. Yo creí que nunca volvería a escribir en este diario, pero ha llegado la hora. Cuando llegué a casa anoche, Mina ya había preparado la cena, y cuando terminamos de cenar me refirió la visita de van Helsing y de que le había entregado a él copias mecanográficas de los dos diarios, y de que había estado muy preocupada por mí. Me mostró que en la carta del doctor se aseguraba que todo lo que yo había escrito era verdad. Me parece que eso ha hecho un nuevo hombre de mí. Lo que verdaderamente me atormentaba era la duda acerca de la realidad de todo el asunto.

Me sentía impotente, en la oscuridad, y desconfiado. Pero ahora, ahora que sé, no le tengo miedo ni siquiera al conde. Ha logrado, a pesar de todo, realizar sus designios de llegar a Londres, y seguramente fue a él a quien vi. Ha rejuvenecido, pero, ¿cómo? Van Helsing es el hombre que puede desenmascararlo y perseguirlo si es como Mina me lo ha descrito. Estuvimos despiertos hasta muy tarde y hablamos sobre todo esto. Mina se está vistiendo y yo iré dentro de unos minutos al hotel, a buscar al doctor.

Creo que se asombró de verme. Cuando entré en la habitación en que se encontraba y me presenté, me tomó por un hombro, volvió mi cabeza hacia la luz, y dijo, después de un detenido escrutinio:

—Pero la señora Mina me dijo que usted estaba enfermo y bajo una fuerte impresión.

Fue muy divertido oír que este anciano de rostro fuerte y amable llamara a mi esposa "señora Mina". Sonreí, y le dije:

—*Estaba* enfermo, y tuve una fuerte impresión: pero usted ya me curó.

—¿Y cómo?

—Mediante su carta a Mina, anoche. Yo sentía incertidumbre, y entonces todo tomaba un halo de sobrenaturalidad, y yo no sabía en qué confiar; ni siquiera en la evidencia de mis sentidos. No sabiendo en qué confiar, no sabía tampoco qué hacer; y entonces sólo podía mantenerme trabajando en lo que hasta aquí había sido la rutina de mi vida. La rutina cesó de serme útil, y yo desconfié de mí mismo. Doctor, usted no sabe lo que es dudar de todo; incluso de uno mismo. No, usted no lo sabe, usted no podría saberlo con esas cejas que tiene.

Pareció complacido, y rió mientras dijo:

—¡Así es que usted es un fisonomista! Cada hora que pasa aprendo algo más aquí.

Voy a desayunarme con ustedes con mucho gusto, y, ¡oh, señor!, usted permitirá una alabanza de un viejo como yo, pero usted tiene una mujer que es una bendición.

Yo escucharía alabanzas de él para Mina durante un día entero, por lo que simplemente hice un movimiento con la cabeza y guardé silencio.

—Ella es una de las mujeres de Dios, confeccionadas por sus propias manos para mostrarnos a los hombres y a otras mujeres que existe un cielo en donde podemos entrar, y que su luz puede estar aquí en la tierra. Tan veraz, tan dulce, tan noble, tan desinteresada, y eso, permítame decirle a usted, es mucho en esta edad tan escéptica y egoísta. Y usted, señor, he leído todas las cartas para la pobre señorita Lucy, y algunas de ellas hablan de usted, de tal manera que por medio del conocimiento de otros lo conozco a usted desde hace algunos días; pero he conocido su verdadera personalidad desde anoche. Me dará usted su mano, ¿verdad que sí? Y seamos amigos para toda la vida.

Nos estrechamos las manos, y él se comportó tan serio y tan amable que por un momento me sentí sofocado.

—Y ahora —dijo él—, ¿podría pedirle un poco de ayuda más? Tengo que llevar a cabo una gran tarea, y al principio debo saber algo más. En eso me puede ayudar usted. ¿Puede usted decirme qué pasó antes de irse usted a Transilvania? Más tarde puede ser que le pida más ayuda, de diferente índole; pero de momento con esto bastará.

—Mire, un momento, señor —le dije—, ¿lo que usted tiene que hacer está relacionado con el conde?

—Lo está —me dijo solemnemente.

—Entonces estoy con usted en cuerpo y alma. Como va a partir en el tren de las 10: 30 no tendrá usted tiempo para leerlos, pero le traeré el rollo de papeles. Puede llevárselos y leerlos en el tren durante el viaje.

Después del desayuno lo acompañé a la estación. Cuando nos estábamos despidiendo, dijo:

—Tal vez vendrá usted a la ciudad cuando yo lo llame, y traiga también a la señora Mina.

—Ambos llegaremos cuando usted nos lo pida.

Yo le había comprado los periódicos de la mañana y los periódicos de Londres de la noche anterior, mientras hablábamos por la ventanilla del coche, esperando que el tren partiera; él comenzó a hojearlos. Sus ojos parecieron repentinamente captar algo en uno de ellos: *La Gaceta de Westminste*r; yo lo reconocí por el color, y se puso bastante pálido. Leyó algo intensamente murmurando para sí mismo: *"¡Mein Gott! ¡Mein Gott!* ¡Tan pronto! ¡Tan pronto!" No creo que se acordase de mí en esos momentos. En esos mismos instantes sonó el silbato y el tren arrancó. Esto pareció volverlo en sí, y se inclinó por la ventanilla agitando su mano y gritando: "Recuerdos a la señora Mina; escribiré tan pronto como me sea posible."

Del diario del doctor Seward

26 de septiembre. Verdaderamente no hay cosa que sea definitiva. No ha pasado una semana desde que dije "Finis", y aquí estoy comenzando de nuevo, o más bien, continuando mi antiguo registro. Hasta esta tarde no tenía ningún motivo para pensar en lo que estoy haciendo. Renfield se había vuelto, contra todos los pronósticos, tan cuerdo como siempre. Ya estaba muy adelantado en su negocio de las moscas, y había comen-

zado en la línea de las arañas; de tal manera que no me había causado ninguna molestia. Recibí una carta de Arthur escrita el domingo, y por el contenido de ella me parece que lo está soportando muy bien. Quincey Morris está con él y eso le ayuda mucho, Pues él mismo es una burbujeante fuente de buen humor. Quincey también me escribió una línea, y por él sé que Arthur está recobrando algo de su antigua animación; por lo que respecta a ellos, pues, mi mente está tranquila. En cuanto a mí mismo, me estaba acomodando en el trabajo con el entusiasmo que solía tener por él, por lo que bien pude haber dicho que la herida causada por la desaparición de la pobre Lucy había comenzado a cicatrizar. Sin embargo, todo se ha vuelto a abrir nuevamente; y cómo irá a terminar, es cosa que sólo Dios sabe. Tengo la vaga impresión de que van Helsing también cree que sabe algo, pero no deja entrever más que lo suficiente para estimular la curiosidad. Ayer fue a Exéter, y se quedó allí por la noche. Regresó hoy, y casi saltó a mi cuarto como a las cinco y media poniendo en mis manos la *Gaceta de Westminster* de anoche.

—¿Qué piensa usted de eso? —me preguntó, mientras se retiraba y se cruzaba de brazos.

Miré el periódico, pues realmente no sabía qué me quería decir; pero él me lo quitó y señaló unos párrafos acerca de algunos niños que habían sido atraídos con engaños en Hampstead. La noticia no me dio a entender mucho, hasta que llegué a un pasaje donde describía pequeñas heridas de puntos en sus gargantas. Una idea me pasó por la mente, y alcé la vista.

—¿Bien? —dijo él.

—Son como las de la pobre Lucy.

—¿Y qué saca en conclusión de ello?

—Simplemente que hay alguna causa común. Aquello que la hirió a ella los ha herido a ellos.

No comprendí del todo su respuesta.

—Eso es verdad indirectamente, pero no directamente.

—¿Qué quiere decir con eso, profesor? —le pregunté yo. Estaba un tanto inclinado a tomar en broma su seriedad, pues, después de todo, cuatro días de descanso y libertad de la ansiedad horripilante y agotadora, le ayudan a uno a recobrar el buen ánimo. Pero cuando vi su cara, me ensombrecí. Nunca; ni

siquiera en medio de nuestra desesperación por la pobre Lucy, había puesto expresión tan seria.

—¿Cómo? —le dije yo—. No puedo aventurar opiniones. No sé qué pensar, y no tengo ningún dato sobre el que fundar una conjetura.

—¿Quiere usted decirme, amigo John, que usted no tiene ninguna sospecha del motivo por el cual murió la pobre Lucy; no la tiene después de todas las pistas dadas, no sólo por los hechos sino también por mí?

—De postración nerviosa, a consecuencia de una gran pérdida o desgaste de sangre.

—¿Y cómo se perdió o gastó la sangre?

Yo moví la cabeza. El maestro se acercó a mí y se sentó a mi lado.

—Usted es un hombre listo, amigo John; y tiene un ingenio agudo, pero tiene también demasiados prejuicios. No deja usted que sus ojos vean y que sus oídos escuchen, y lo que está más allá de su vida cotidiana no le interesa. ¿No piensa usted que hay cosas que no puede comprender, y que sin embargo existen? ¿Qué algunas personas pueden ver cosas y que otras no pueden? Pero hay cosas antiguas y nuevas que no deben contempladas por los ojos de los hombres, porque ellos creen o piensan creer en cosas que otros hombres les han dicho. ¡Ah, es error de nuestra ciencia querer explicarlo todo! Y si no puede explicarlo, dice que no hay nada que explicar. Pero usted ve alrededor de nosotros que cada día crecen nuevas creencias, que se consideran a sí mismas nuevas, y que sin embargo son las antiguas, que pretenden ser jóvenes como las finas damas en la ópera. Yo supongo que usted no cree en la transferencia corporal. ¿No? Ni en la materialización. ¿No? Ni en los cuerpos astrales. ¿No? Ni en la lectura del pensamiento. ¿No? Ni en el hipnotismo...

—Sí —dije yo—. Charcot ha probado esto último bastante bien.

Mi maestro sonrió, al tiempo que continuaba:

—Entonces usted está satisfecho en cuanto a eso. ¿Sí? Y por supuesto, entonces usted entiende cómo actúa y puede seguir la mente del gran Charcot. ¡Lástima que ya no viva! Estaba dentro del alma misma del paciente que él trataba. ¿No?

Entonces, amigo John, debo deducir que usted simplemente acepta los hechos, y se satisface en dejar completamente en blanco desde la premisa hasta la conclusión. ¿No? Entonces, dígame, pues soy un estudioso del cerebro, ¿cómo acepta usted el hipnotismo y rechaza la lectura del pensamiento? Permítame decirle, mi amigo, que hay actualmente cosas en las ciencias físicas que hubieran sido consideradas impías por el mismo hombre que descubrió la electricidad, quien a su vez no hace mucho tiempo habría podido ser quemado por hechicero. Siempre hay misterios en la vida. ¿Por qué vivió Matusalén novecientos años, y el "Old Parr" ciento sesenta y nueve, y sin embargo esa pobre Lucy, con la sangre de cuatro hombres corriéndole en las venas no pudo vivir ni un día? Pues, si hubiera vivido un día más, la habríamos podido salvar. ¿Conoce usted todos los misterios de la vida y de la muerte? ¿Conoce usted toda la anatomía comparada para poder decir por qué las cualidades de los brutos se encuentran en algunos hombres, y en otros no? ¡Puede usted decirme por qué, si todas las arañas se mueren pequeñas y rápidamente, por qué esa gran araña vivió durante siglos en la torre de una vieja iglesia española, y creció, hasta que al descender se podía beber el aceite de todas las lámparas de la iglesia? ¿Puede usted decirme por qué en las pampas, ¡oh!, y en muchos otros lugares, existen murciélagos que vienen durante la noche y abren las venas del ganado y los caballos para chuparlos y secarles las venas? ¿Cómo en algunas islas de los mares occidentales hay murciélagos que cuelgan todo el día de los árboles, y que los que los han visto los describen como nueces o vainas gigantescas, y que cuando los marinos duermen sobre cubierta, debido a que está muy caliente, vuelan sobre ellos y entonces en la mañana se encuentran sus cadáveres, tan blancos como el de la señorita Lucy?

—¡Santo Dios, profesor! —dije yo, poniéndome en pie—. ¿Quiere usted decirme que Lucy fue mordida por un murciélago de esos, y que una cosa semejante a ésa está aquí en Londres, en el siglo XIX?

Movió la mano, pidiéndome silencio, y continuó:

—¿Puede usted decirme por qué una tortuga vive mucho más tiempo que muchas generaciones de hombres? ¿Por qué el elefante sigue viviendo hasta que ha visto dinastías, y por qué el loro nunca muere si no es de la mordedura de un gato o un perro, u otro accidente? ¿Puede usted decirme por qué en todas las edades y lugares los hombres creen que hay unos

hombres que viven si se les permite, es decir, que hay unos hombres y mujeres que no mueren de muerte natural? Todos sabemos, porque la ciencia ha atestiguado el hecho, que algunos sapitos han estado encerrados en formaciones rocosas durante miles de años, en un pequeño agujero que los ha sostenido desde los primeros años del mundo. ¿Puede usted decirme cómo el faquir hindú puede dejarse morir y enterrar, y sellar su tumba plantando sobre ella maíz, y que el maíz madure y se corte y desgrane y se siembre y madure y se corte otra vez, y que entonces los hombres vengan y retiren el sello sin romper y que ahí se encuentre el faquir hindú, no muerto, sino que se levante y camine entre ellos como antes?

Y al llegar aquí lo interrumpí. Me estaba descontrolando; de tal manera estaba amontonando en mi mente su lista de todas las excentricidades e imposibilidades "posibles" que mi imaginación parecía haber cogido fuego. Tuve la vaga idea de que me estaba dando alguna clase de lección, como solía hacerlo hacía algún tiempo en su estudio en Ámsterdam; pero él solía decirme la cosa de manera que yo pudiera tener el objeto en la mente todo el tiempo. Mas ahora yo estaba sin esta ayuda, y sin embargo lo quería seguir, por lo que dije:

—Maestro, permítame que sea otra vez su discípulo predilecto. Dígame la tesis, para que yo pueda aplicar su conocimiento a medida que usted avanza. De momento voy de un punto a otro como un loco, y no como un cuerdo que sigue una idea. Me siento como un novicio dando traspiés a través de un pantano envuelto en la niebla, saltando de un matorral a otro en el esfuerzo ciego de andar sin saber hacia dónde voy.

—Esa es una buena imagen —me dijo él—. Bien, se lo diré a usted. Mi tesis es esta: yo quiero que usted crea.

—¿Qué crea qué?

—Que crea en cosas que no pueden ser. Permítame que lo ilustre. Una vez escuché a un norteamericano que definía la fe de esta manera: "Es esa facultad que nos permite creer en lo que nosotros sabemos que no es verdad." Por una vez, seguí a ese hombre. Él quiso decir que debemos tener la mente abierta, y no permitir que un pequeño pedazo de la verdad interrumpa el torrente de la gran verdad, tal como una piedra puede hacer descarrilar a un tren. Primero obtenemos la pequeña verdad. ¡Bien! La guardamos y la evaluamos; pero al mismo tiempo no

debemos permitir que ella misma se crea toda la verdad del universo.

—Entonces, usted no quiere que alguna convicción previa moleste la receptividad de mi mente en relación con algo muy extraño. ¿Interpreto bien su lección?

—¡Ah! Usted todavía es mi alumno favorito. Vale la pena enseñarle. Ahora que está deseoso de entender, ha dado el primer paso para entender. ¿Piensa usted que esos pequeños agujeros en las gargantas de los niños fueron hechos por lo mismo que hizo los orificios en la señorita Lucy?

—Así lo supongo.

Se puso en pie y dijo solemnemente:

—Entonces, se equivoca usted. ¡Oh, que así fuera! ¡Pero no lo es! Es mucho peor, mucho, pero mucho peor.

—En nombre de Dios, profesor van Helsing, ¿qué es lo que usted quiere decir?

Se dejó caer con un gesto de desesperación en una silla, y puso sus codos sobre la mesa cubriéndose el rostro con las manos al hablar.

—¡Fueron hechos por la señorita Lucy!.

XV

El diario del doctor Seward (Continuación)

Por un momento me dominó una fuerte cólera; fue como si en vida hubiese abofeteado a Lucy. Golpeé fuertemente la mesa y me puse en pie al mismo tiempo que le decía:

—Doctor van Helsing, ¿está usted loco?

Él levantó la cabeza y me miró: la ternura que reflejaba su rostro me calmó de inmediato.

—¡Me gustaría que así fuera! —dijo él—. La locura sería más fácil de soportar comparada con verdades como esta. ¡Oh, mi amigo!, ¿por qué piensa que yo di un rodeo tan grande? ¿Por qué tomé tanto tiempo para decirle una cosa tan simple? ¿Es acaso porque lo odio y lo he odiado a usted toda mi vida? ¿Es porque deseaba causarle daño? ¿Era porque yo quería, ahora, después de tanto tiempo, vengarme por aquella vez que usted salvó mi vida, y de una muerte terrible? ¡Ah! ¡No!.

—Perdóneme —le dije yo.

Mi maestro continuó:

—Mi amigo, fue porque yo deseaba ser cuidadoso en darle la noticia, porque yo sé que usted amó a esa niña tan dulce. Pero aun ahora no espero que usted me crea. Es tan difícil aceptar de golpe cualquier verdad muy abstracta, ya que nosotros podemos dudar que sea posible si siempre hemos creído en su imposibilidad..., y es todavía más difícil y duro aceptar una verdad concreta tan triste, y de una persona como la señorita Lucy. Hoy por la noche iré a probarlo. ¿Se atreve a venir conmigo?

Esto me hizo tambalear. Un hombre no gusta que le prueben tales verdades; Byron decía de los celos: "Y prueban la verdad pura de lo que más aborrecía."

Él vio mi indecisión, y habló:

—La lógica es simple, aunque esta vez no es lógica de loco, saltando de un montecillo a otro en un pantano con niebla. Si no es verdad, la prueba será un alivio; en el peor de los casos, no hará ningún daño. ¡Si es verdad...! ¡Ah!, ahí está la amenaza. Sin embargo, cada amenaza debe ayudar a mi causa, pues en ella hay necesidad de creer. Venga; le digo lo que me propongo: primero, salimos ahora mismo y vamos a ver al niño al hospital. El doctor Vincent, del Hospital del Norte, donde el periódico dice que se encuentra el niño, es un amigo mío, y creo que de usted también, ya que estudió con él en Ámsterdam. Permitirá que dos científicos vean su caso, si no quiere que lo hagan dos amigos. No le diremos nada, sino sólo que deseamos aprender. Y entonces...

—¿Y entonces?

Sacó una llave de su bolsillo y la sostuvo ante mí.

—Entonces, pasamos la noche, usted y yo, en el cementerio donde yace Lucy. Esta es la llave que cierra su tumba. Me la dio el hombre que hizo el féretro, para que se la diera a Arthur.

Mi corazón se encogió cuando sentí que una horrorosa aventura parecía estar ante nosotros. Sin embargo, no podía hacer nada, así es que hice de tripas corazón y dije que sería mejor darnos prisa, ya que la tarde estaba pasando...

Encontramos despierto al niño. Había dormido y había comido algo, y en conjunto iba mejorando notablemente. El doctor Vincent retiró la venda de su garganta y nos mostró los puntos. No había ninguna duda con su parecido de aquellos que habían estado en la garganta de Lucy. Eran más pequeños, y los bordes parecían más frescos; eso era todo. Le preguntamos a Vincent a qué los atribuía, y él replicó que debían ser mordiscos de algún animal; tal vez de una rata; pero se inclinaba a pensar que era uno de uno de esos murciélagos que eran tan numerosos en las alturas del norte de Londres.

—Entre tantos inofensivos —dijo él—, puede haber alguna especie salvaje del sur de algunos tipos más malignos. Algún marinero pudo haberlo llevado a su casa, y puede habérsele escapado; o incluso algún polluelo puede haberse salido de los jardines zoológicos, o alguno de los de ahí puede haber sido creado por un vampiro. Estas cosas suceden; ¿saben ustedes?, hace sólo diez días se escapó un lobo, y creo que lo siguieron en esta dirección. Durante una semana después de eso, los niños no hicieron más que jugar a "Caperucita Roja" en el Brezal

y en cada callejuela del lugar hasta que el espanto de esta "dama fanfarrona" apareció. Desde entonces se han divertido mucho. Hasta este pobre pequeñuelo, cuando despertó hoy, le preguntó a una de las enfermeras si podía irse. Cuando ella le preguntó por qué quería irse, él dijo que quería ir a jugar con la "dama fanfarrona"

—Espero —dijo van Helsing— que cuando usted envíe a este niño a casa tomará sus precauciones para que sus padres mantengan una estricta vigilancia sobre él. Dar libre curso a estas fantasías es lo más peligroso; y si el niño fuese a permanecer otra noche afuera, probablemente sería fatal para él. Pero en todo caso supongo que usted no lo dejará salir hasta dentro de algunos días, ¿no es así?

—Seguramente que no; permanecerá aquí por lo menos una semana; más tiempo si la herida todavía no le ha sanado.

Nuestra visita al hospital se prolongó más tiempo del que habíamos previsto, y antes de que saliéramos el sol ya se había ocultado. Cuando van Helsing vio que estaba oscuro, dijo:

—No hay prisa. Es más tarde de lo que yo creía. Venga; busquemos algún lugar donde podamos comer, y luego continuaremos nuestro camino.

Cenamos en el *Castillo de Jack Straw*, junto con un pequeño grupo de ciclistas y otros que eran alegremente ruidosos. Como a las diez de la noche, salimos de la posada.

Ya estaba entonces bien oscuro, y las lámparas despergidagadas hacían la oscuridad aún mayor una vez que uno salía de su radio individual. El profesor había evidentemente estudiado el camino que debíamos seguir, pues continuó con toda decisión; en cambio, yo estaba bastante confundido en cuanto a la localidad. A medida que avanzamos fuimos encontrando menos gente, hasta que finalmente nos sorprendimos cuando encontramos incluso a la patrulla de la policía montada haciendo su ronda suburbana normal. Por último, llegamos a la pared del cementerio, la cual escalamos. Con alguna pero no mucha dificultad (pues estaba oscuro, y todo el lugar nos parecía extraño) encontramos la cripta de los Westenra. El profesor sacó la llave, abrió la rechinante puerta y apartándose cortésmente, pero sin darse cuenta, me hizo una seña para que pasara adelante. Hubo una deliciosa ironía en este ademán; en la amabilidad de ceder el paso en una ocasión tan lúgubre. Mi compañero me siguió inmediatamente y cerró la puerta con cuidado, después de ver que

el candado estuviera abierto y no cerrado. En este último caso hubiésemos estado en un buen lío. Luego, buscó a tientas en su maletín, y sacando una caja de fósforos y un pedazo de vela, procedió a hacer luz. La tumba, durante el día y cuando estaba adornada con flores frescas, era ya suficientemente lúgubre; pero ahora, algunos días después, cuando las flores colgaban marchitas y muertas, con sus pétalos mustios y sus cálices y tallos pardos; cuando la araña y el gusano habían reanudado su acostumbrado trabajo; cuando la piedra descolorida por el tiempo, el mortero cubierto de polvo, y el hierro mohoso y húmedo, y los metales empañados, y las sucias filigranas de plata reflejaban el débil destello de una vela, el efecto era más horripilante y sórdido de lo que puede ser imaginado.

Irresistiblemente pensé que la vida, la vida animal, no era la única cosa que pasaba y desaparecía.

Van Helsing comenzó a trabajar sistemáticamente. Sosteniendo su vela de manera que pudiera leer las inscripciones de los féretros, y sosteniéndola de manera que el esperma de ballena caía en blancas gotas que se congelaban al tocar el metal, buscó y encontró el sarcófago de Lucy. Otra búsqueda en su maletín, y sacó un destornillador.

—¿Qué va a hacer? —le pregunté.

—Voy a abrir el féretro. Entonces estará usted convencido.

Sin perder tiempo comenzó a quitar los tornillos y finalmente levantó la tapa, dejando al descubierto la cubierta de plomo bajo ella. La vista de todo aquello casi fue demasiado para mí. Me parecía que era tanto insulto para la muerta como si se le hubiesen quitado sus vestidos mientras dormía estando viva; de hecho le sujeté la mano y traté de detenerlo. Él sólo dijo: "Verá usted", y buscando a tientas nuevamente en su maletín sacó una pequeña sierra de calados. Atravesando un tornillo a través del plomo mediante un corto golpe hacia abajo, cosa que me estremeció, hizo un pequeño orificio que, sin embargo, era suficientemente grande para admitir la entrada de la punta de la sierra. Yo esperé una corriente de gas del cadáver de una semana. Los médicos, que tenemos que estudiar nuestros peligros, nos tenemos que acostumbrar a tales cosas, y yo retrocedí hacia la puerta. Pero mi maestro no se detuvo ni un momento; aserró unos sesenta centímetros a lo largo de uno de los costados del féretro, y luego a través y luego por el otro lado hacia

abajo. Tomando luego el borde de la pestaña suelta, lo dobló hacia atrás en dirección a los pies del féretro, y sosteniendo la vela en la abertura me indicó que echara una mirada.

Me acerqué y miré. El féretro estaba vacío.

Ciertamente me causó una gran sorpresa, y me dio una fuerte impresión; pero van Helsing permaneció inmóvil. Ahora estaba más seguro que antes sobre lo que hacía, y más decidido a proseguir su tarea.

—¿Está usted ahora satisfecho, amigo John? —me preguntó.

Yo sentí que toda la rebeldía agazapada de mi carácter se despertaba dentro de mí, y le respondí:

—Estoy satisfecho de que el cuerpo de Lucy no está en el féretro; pero eso sólo prueba una cosa...

—¿Y qué es lo que prueba, amigo John?.

—Que no está ahí.

—Eso es buena lógica —dijo él—, hasta cierto punto. Pero, ¿cómo puede usted explicarse que no esté ahí?

—Tal vez un ladrón de cadáveres —sugerí yo—. Alguno de los empleados del empresario de pompas fúnebres pudo habérselo robado.

Yo sentí que estaba diciendo tonterías, y sin embargo, aquella fue la única causa real que pude sugerir. El profesor suspiró.

—¡Ah! Debemos tener más pruebas. Venga conmigo, John.

Cerró otra vez la tapa del féretro, recogió todas sus cosas y las metió en el maletín, apagó la luz y colocó la vela en el mismo lugar de antes. Abrimos la puerta y salimos. Detrás de nosotros cerró la puerta y le echó llave. Me entregó la llave, diciendo:

—¿Quiere guardarla usted? Sería mejor que estuviese bien guardada.

Yo reí, con una risa que me veo obligado a decir que no era muy alegre, y le hice señas para que la guardara él.

—Una llave no es nada —le dije—, puede haber duplicados; y de todas maneras, no es muy difícil abrir un candado de esa clase.

Mi maestro no dijo nada, sino que guardó la llave en su bolsillo. Luego me dijo que vigilara un lado del cementerio mientras él vigilaba el otro. Ocupé mi lugar detrás de un árbol de tejo, y vi su oscura figura moviéndose hasta que las lápidas y los árboles lo ocultaron a mi vista.

Fue una guardia muy solitaria. Al poco rato de estar en mi lugar escuché un reloj distante que daba las doce, y a su debido tiempo dio la una y las dos. Yo estaba tiritando de frío, muy nervioso, y enojado con el profesor por llevarme a semejante tarea y conmigo mismo por haber acudido. Estaba demasiado frío y demasiado adormilado para mantener una aguda observación, pero no estaba lo suficientemente adormilado como para traicionar la confianza del maestro; en resumen, pasé un largo rato muy desagradable.

Repentinamente, al darme vuelta, pensé ver una franja blanca moviéndose entre dos oscuros árboles de tejo, en el extremo más lejano de la tumba al otro lado del cementerio; al mismo tiempo, una masa oscura se movió del lado del profesor y se apresuró hacia ella. Luego yo también caminé: pero tuve que dar un rodeo por unas lápidas y unas tumbas cercadas, y tropecé con unas sepulturas. El cielo estaba nublado, y en algún lugar lejano un gallo tempranero lanzó su canto. Un poco más allí, detrás de una línea de árboles de enebros, que marcaban el sendero hacia la iglesia, una tenue y blanca figura se apresuraba en dirección a la tumba. La propia tumba estaba escondida entre los árboles, y no pude ver donde desapareció la figura. Escuché el crujido de unos pasos sobre las hojas en el mismo lugar donde había visto anteriormente a la figura blanca, y al llegar allí encontré al profesor sosteniendo en sus brazos a un niño tierno.

Cuando me vio lo puso ante mí, y me dijo:

—¿Está usted satisfecho ahora?

—No —dije yo en una manera que sentí que era agresiva.

—¿No ve usted al niño?

—Sí; es un niño, pero, ¿quién lo trajo aquí? ¿Está herido?

—Veremos —dijo el profesor, y movidos por el mismo impulso buscamos la salida del cementerio, llevando con nosotros al niño dormido.

Cuando nos hubimos alejado un pequeño trecho, nos recogimos tras un macizo de árboles, encendimos un fósforo y miramos la garganta del niño. No tenía ni un arañazo ni cicatriz alguna.

—¿Tenía yo razón? —pregunté triunfalmente.

—Llegamos apenas a tiempo —dijo el profesor, como meditando.

Ahora teníamos que decidir qué íbamos a hacer con el niño, por lo que consultamos acerca de él. Si lo llevábamos a una estación de policía tendríamos que dar declaración de nuestro movimiento durante la noche; por lo menos, tendríamos que declarar de alguna manera como habíamos encontrado al niño. Así es que finalmente decidimos que lo llevaríamos al Brezal, y que si oíamos acercarse a un policía lo dejaríamos en un lugar en donde él tuviera que encontrarlo. Luego podríamos irnos a casa lo más pronto posible, A la orilla del Brezal de Hampstead, oímos los pesados pasos de un policía y dejamos al niño a la orilla del camino, y luego esperamos y observamos hasta que vimos que él lo había iluminado con su linterna. Escuchamos sus exclamaciones de asombro y luego nos alejamos en silencio. Por suerte encontramos un coche cerca de "Los Españoles", y nos fuimos en él a la ciudad.

No puedo dormir, por lo que estoy haciendo estas anotaciones. Pero debo tratar de dormir siquiera unas horas, ya que van Helsing vendrá por mí al mediodía. Insiste en que lo acompañe en otra expedición semejante a la de hoy.

27 de septiembre. Dieron las dos de la tarde antes de que encontráramos una oportunidad para realizar nuestro intento. Un funeral efectuado al mediodía había terminado, y los últimos dolientes rezagados se alejaban perezosamente en grupos, cuando, mirando cuidadosamente detrás de un macizo de árboles de aliso, vimos cómo el sepulturero cerraba la verja detrás de él. Sabíamos que estaríamos a salvo hasta la mañana en caso de que lo deseáramos; pero mi maestro me dijo que no necesitaríamos más que una hora, a lo sumo. Nuevamente sentí esa horrible sensación de la realidad de las cosas, en la cual cual-

quier esfuerzo de la imaginación parece fuera de lugar; y me di cuenta distintamente de las amenazas de la ley que pendían sobre nosotros debido a nuestro impío trabajo. Además, sentí que todo era inútil. Delictuoso como fuese el abrir un féretro de plomo, para ver si una mujer muerta cerca de una semana antes estaba realmente muerta, ahora me parecía la mayor de las locuras abrir otra vez esa tumba, cuando sabíamos, por haberlo visto con nuestros propios ojos, que el féretro estaba vacío. Me encogí de hombros, sin embargo, permanecí en silencio, pues van Helsing tenía una manera de seguir su propio camino, sin importarle quién protestara. Sacó la llave, abrió la cripta y nuevamente me hizo una cortés seña para que lo precediera. El lugar no estaba tan espantoso como la noche anterior, pero, ¡oh!, cómo se sentía una indescriptible tristeza cuando le daba la luz del sol. Van Helsing caminó hacia el féretro de Lucy y yo lo seguí. Se inclinó sobre él y nuevamente torció hacia atrás la pestaña de plomo. Un escalofrío de sorpresa y espanto me recorrió el cuerpo.

Allí yacía Lucy, aparentemente igual a como la habíamos visto la noche anterior a su entierro. Estaba, si era posible, más bella y radiante que nunca; no podía creer que estuviera muerta. Sus labios estaban rojos, más rojos que antes, y sus mejillas resplandecían ligeramente.

—¿Qué clase de superchería es esta? —dije a van Helsing.

—¿Está usted convencido ahora? —dijo el profesor como respuesta, y mientras hablaba alargó una mano de una manera que me hizo temblar, levantó los labios muertos y mostró los dientes blancos. Vea —continuó—, están incluso más agudos que antes. Con éste y éste —y tocó uno de los caninos y el diente debajo de ellos pequeñuelos pueden ser mordidos. ¿Lo cree ahora, amigo John?

Una vez más la hostilidad se despertó en mí. No podía aceptar una idea tan abrumadora como la que me sugería; así es que, con una intención de discutir de la que yo mismo me avergonzaba en esos momentos, le dije:

—La pudieron haber colocado aquí anoche.

—Es verdad. Eso es posible. ¿Quién?

—No lo sé. Alguien lo ha hecho.

—Y sin embargo, hace una semana que está muerta. La mayor parte de la gente no tendría ese aspecto después de tanto tiempo...

Para esto no tenía respuesta y guardé silencio. Van Helsing no pareció notar mi silencio; por lo menos no mostró ni disgusto ni triunfo. Estaba mirando atentamente el rostro de la muerta; levantó los párpados, la miró a los ojos y, una vez más, le separó los labios y examinó sus dientes. Luego, se volvió hacia mí, y me dijo:

—Aquí hay algo diferente a todo lo conocido; hay alguna vida dual que no es como las comunes. Fue mordida por el vampiro cuando estaba en un trance, caminando dormida. ¡Oh!, se asombra usted. No sabe eso, amigo John, pero lo sabrá más tarde; y en trance sería lo mejor para regresar a tomar más sangre. Ella murió en trance, y también en trance es una "nomuerta". Por eso es distinta a todos los demás.

Generalmente, cuando los "nomuertos" duermen en casa —y al hablar hizo un amplio ademán con los brazos para designar lo que para un vampiro era "casa" su rostro muestra lo que son, pero éste es tan dulce, que cuando ella es "nomuerta" regresa a la nada de los muertos comunes. Vea; no hay nada aparentemente maligno aquí, y es muy desagradable que yo tenga que matarla mientras duerme.

Esto me heló la sangre, y comencé a darme cuenta de que estaba aceptando las teorías de van Helsing; pero si ella estaba realmente muerta, ¿qué había de terrorífico en la idea de matarla? Él levantó su mirada hacia mí, y evidentemente vio el cambio en mi cara, pues dijo casi alegre:

—¡Ah! ¿Cree usted ahora?

Respondí:

—No me presione demasiado. Estoy dispuesto a aceptar. ¿Cómo va a hacer usted este trabajo macabro?

—Le cortaré la cabeza y llenaré su boca con ajo, y atravesaré su corazón con una estaca.

Me hizo temblar pensar en la mutilación del cuerpo de la mujer que yo había amado. Sin embargo, el sentimiento no fue tan fuerte como lo hubiera esperado. De hecho, comenzaba a sentir repulsión ante la presencia de aquel ser, de aquella

"nomuerta", como lo había llamado van Helsing, y a detestarlo. ¿Es posible que el amor sea todo subjetivo, o todo objetivo?

Esperé un tiempo bastante considerable para que van Helsing comenzara, pero él se quedó quieto, como si estuviese absorto en profundas meditaciones. Finalmente, cerró de un golpe su maletín, y dijo:

—Lo he estado pensando, y me he decidido por lo que considero lo mejor. Si yo actuara simplemente siguiendo mi inclinación, haría ahora, en este momento, lo que debe hacerse; pero otras cosas seguirán, y cosas que son mil veces más difíciles y que todavía no conocemos. Esto es simple. Ella todavía no ha matado a nadie, aunque eso es cosa de tiempo; y el actuar ahora sería quitar el peligro de ella para siempre. Pero luego podemos necesitar a Arthur, ¿y cómo le diremos esto? Si usted, que vio las heridas en la garganta de Lucy, y vio las heridas tan similares en el niño, en el hospital; si usted, que vio anoche el féretro vacío y lo ha visto hoy lleno, con una mujer que no sólo no ha cambiado sino que se ha vuelto más rosada y más bella en una semana después de muerta, si usted sabe esto y sabe de la figura blanca que anoche trajo al niño al cementerio, y sin embargo, no cree a sus propios sentidos, ¿cómo entonces puedo esperar que Arthur, quien desconoce todas estas cosas, crea? Dudó de mí cuando evité que besara a la moribunda. Yo sé, que él me ha perdonado, pero creyendo que por ideas equivocadas yo he hecho algo que evitó que él se despidiera como debía; y puede pensar que debido a otro error esta mujer ha sido enterrada viva; y en la más grande de todas las equivocaciones, que la hemos matado. Entonces argüirá que nosotros, los equivocados, somos quienes la hemos matado debido a nuestras ideas; y entonces se quedará muy triste para siempre. Sin embargo, nunca podrá estar seguro de nada, y eso es lo peor de todo. Y algunas veces pensará que aquella a quien amaba fue enterrada viva, y eso pintará sus sueños con los horrores que ella debe haber sufrido; y otra vez, pensará que pueda ser que nosotros tengamos razón, y que después de todo, su amada era una "nomuerta". ¡No! Ya se lo dije una vez, y desde entonces yo he aprendido mucho. Ahora, desde que sé que todo es verdad, cien mil veces más sé que debe pasar a través de las aguas amargas para llegar a las dulces. El pobre muchacho, debe tener una hora que le hará parecer negra la faz del mismo cielo; luego podremos actuar decisivamente y a fondo, y ponerlo en paz consigo mismo. Me he decidido. Vámonos. Usted regrese a su casa, por la noche, a su asilo, y vea que todo esté bien. En

cuanto a mí, pasaré esta noche aquí en el cementerio. Mañana por la noche vaya a recogerme al hotel *Berkeley* a las diez. Avisaré a Arthur para que venga también, y también a ese fino joven de América que dio su sangre. Más tarde, todas tendremos mucho que hacer. Yo iré con usted hasta Piccadilly y cenaré ahí, pues debo estar de regreso aquí antes de la salida del sol.

Así pues, echamos llave a la tumba y nos fuimos, y escalamos el muro del cementerio, lo cual no fue una tarea muy difícil, y condujimos de regreso a Piccadilly.

Nota dejada por van Helsing en su abrigo, en el hotel Berkeley, y dirigida a John Seward, M. D. (sin entregar).

27 de septiembre

"Amigo John:

"Le escribo esto por si algo sucediera. Voy a ir solo a vigilar ese cementerio de la iglesia. Me agradaría que la muerta viva, o "nomuerta", la señorita Lucy, no saliera esta noche, con el fin de que mañana a la noche esté más ansiosa. Por consiguiente, debo preparar ciertas cosas que no serán de su agrado: ajos y un crucifijo, para sellar la entrada de la tumba. No hace mucho tiempo que es muerta viva, y tendrá cuidado. Además, esas cosas tienen el objeto de impedir que salga, puesto que no pueden vencerla si desea entrar; porque, en ese caso, el muerto vivo está desesperado y debe encontrar la línea de menor resistencia, sea cual sea. Permaneceré alerta durante toda la noche, desde la puesta del sol hasta el amanecer, y si existe algo que pueda observarse, lo haré. No tengo miedo de la señorita Lucy ni temo por ella; en cuanto a la causa a la que debe el ser muerta viva, tenemos ahora el poder de registrar su tumba y guarecernos. Es inteligente, como me lo ha dicho el señor Jonathan, y por el modo en que nos ha engañado durante todo el tiempo que luchó con nosotros por apoderarse de la señorita Lucy. La mejor prueba de ello es que perdimos. En muchos aspectos, los muertos vivos son fuertes. Tienen la fuerza de veinte hombres, e incluso la de nosotros cuatro, que le dimos nuestras fuerzas a la señorita Lucy. Además, puede llamar a su lobo y no sé qué pueda suceder. Por consiguiente, si va allá esta noche, me encontrará allá; pero no me verá ninguna otra persona, hasta que sea ya demasiado tarde. Empero, es posible que no le resulte muy atractivo ese lugar. No hay razón por la que debiera presentarse,

ya que su coto de caza contiene piezas más importantes que el cementerio de la iglesia donde duerme la mujer muerta viva y vigila un anciano.

"Por consiguiente, escribo esto por si acaso... Recoja los papeles que se encuentran junto a esta nota: los diarios de Harker y todo el resto, léalos, y, después, busque a ese gran muerto vivo, córtele la cabeza y queme su corazón o atraviéselo con una estaca, para que el mundo pueda estar en paz sin su presencia.

"Si sucede lo que temo, adiós.

VAN HELSING"

Del diario del doctor Seward

28 de septiembre. Es maravilloso lo que una buena noche de sueño reparador puede hacer por uno. Ayer estaba casi dispuesto a aceptar las monstruosas ideas de van Helsing, pero, en estos momentos, veo con claridad que son verdaderos retos al sentido común. No me cabe la menor duda de que él lo cree todo a pie juntillas. Me pregunto si no habrá perdido el juicio. Con toda seguridad debe haber alguna explicación lógica de todas esas cosas extrañas y misteriosas. ¿Es posible que el profesor lo haya hecho todo él mismo? Es tan anormalmente inteligente que, si pierde el juicio, llevaría a cabo todo lo que se propusiera, con relación a alguna idea fija, de una manera extraordinaria. Me niego a creerlo, puesto que sería algo tan extraño como lo otro descubrir que van Helsing está loco; pero, de todos modos, tengo que vigilarlo cuidadosamente. Es posible que así descubra algo relacionado con el misterio.

29 de septiembre, por la mañana... Anoche, poco antes de las diez, Arthur y Quincey entraron en la habitación de van Helsing; éste nos dijo todo lo que deseaba que hiciéramos; pero, especialmente, se dirigió a Arthur, como si todas nuestras voluntades estuvieran concentradas en la suya. Comenzó diciendo que esperaba que todos nosotros lo acompañáramos.

—Puesto que es preciso hacer allí algo muy grave, ¿viene usted? ¿Le asombró mi carta?

Las preguntas fueron dirigidas a lord Godalming.

—Sí. Me sentí un poco molesto al principio. Ha habido tantos enredos en torno a mi casa en los últimos tiempos que no me agradaba la idea de uno más. Asimismo, tenía curiosidad por saber qué quería usted decir. Quincey y yo discutimos acerca de ello; pero, cuanto más ahondábamos la cuestión tanto más desconcertados nos sentíamos. En lo que a mí respecta, creo que he perdido por completo la capacidad de comprender.

—Yo me encuentro en el mismo caso —dijo Quincey Morris, lacónicamente.

—¡Oh! —dijo el profesor—. En ese caso, se encuentran ustedes más cerca del principio que nuestro amigo John, que tiene que desandar mucho camino para acercarse siquiera al principio.

A todas luces había comprendido que había vuelto a dudar de todo ello, sin que yo pronunciara una sola palabra. Luego, se volvió hacia los otros dos y les dijo, con mucha gravedad:

—Deseo que me den su autorización para hacer esta noche lo que creo conveniente. Aunque sé que eso es mucho pedir; y solamente cuando sepan qué me propongo hacer comprenderán su importancia. Por consiguiente, me veo obligado a pedirles que me prometan el permiso sin saber nada, para que más tarde, aunque se enfaden conmigo y continúen enojados durante cierto tiempo, una posibilidad que no he pasado por alto, no puedan culparse ustedes de nada.

—Me parece muy leal su proceder —interrumpió Quincey—. Respondo por el profesor. No tengo ni la menor idea de cuáles sean sus intenciones; pero les aseguro que es un caballero honrado, y eso basta para mí.

—Muchas gracias, señor —dijo van Helsing con orgullo—. Me he honrado considerándolo a usted un amigo de confianza, y su apoyo me es muy grato.

Extendió una mano, que Quincey aceptó.

Entonces, Arthur tomó la palabra:

—Doctor van Helsing, no me agrada "comprar un cerdo en un saco sin verlo antes", como dicen en Escocia, y si hay algo en lo que mi honor de caballero o mi fe como cristiano puedan verse comprometidos, no puedo hacer esa promesa. Si puede usted asegurarme que esos altos valores no están en peligro de violación, le daré mi consentimiento sin vacilar un

momento; aunque le aseguro que no comprendo qué se propone.

—Acepto sus condiciones —dijo van Helsing—, y lo único que le pido es que si considera necesario condenar alguno de mis actos, reflexione cuidadosamente en ello, para asegurarse de que no se hayan violado sus principios morales.

—¡De acuerdo! —dijo Arthur—. Me parece muy justo. Y ahora que ya hemos terminado las *negociacione*s, ¿puedo preguntar qué tenemos que hacer?

—Deseo que vengan ustedes conmigo en secreto, al cementerio de la iglesia de Kingstead.

El rostro de Arthur se ensombreció, al tiempo que decía, con tono que denotaba claramente su desconcierto:

—¿En donde está enterrada la pobre Lucy?

El profesor asintió con la cabeza, y Arthur continuó:

—¿Y una vez allí...?

—¡Entraremos en la tumba!

Arthur se puso en pie.

—Profesor, ¿está usted hablando en serio, o se trata de alguna broma monstruosa? Excúseme, ya veo que lo dice en serio.

Volvió a sentarse, pero vi que permanecía en una postura rígida y llena de altivez, como alguien que desea mostrarse digno. Reinó el silencio, hasta que volvió a preguntar:

—¿Y una vez en la tumba?

—Abriremos el ataúd.

—¡Eso es demasiado! —exclamó, poniéndose en pie lleno de ira—. Estoy dispuesto a ser paciente en todo cuanto sea razonable; pero, en este caso..., la profanación de una tumba... de la que...

Perdió la voz, presa de indignación. El profesor lo miró tristemente.

—Si pudiera evitarle a usted un dolor semejante, amigo mío —dijo—, Dios sabe que lo haría; pero esta noche nuestros

pies hollarán las espinas; o de lo contrario, más tarde y para siempre, ¡los pies que usted ama hollarán las llamas!

Arthur levantó la vista, con rostro extremadamente pálido y descompuesto, y dijo:

—¡Tenga cuidado, señor, tenga cuidado!

—¿No cree usted que será mejor que escuche lo que tengo que decirles? —dijo van Helsing—. Así sabrá usted por lo menos cuáles son los límites de lo que me propongo. ¿Quieren que prosiga?

—Me parece justo —intervino Morris.

Al cabo de una pausa, van Helsing siguió hablando, haciendo un gran esfuerzo por ser claro:

—La señorita Lucy está muerta; ¿no es así? ¡Sí! Por consiguiente, no es posible hacerle daño; pero, si no está muerta...

Arthur se puso en pie de un salto.

—¡Santo Dios! —gritó—. ¿Qué quiere usted decir? ¿Ha habido algún error? ¿La hemos enterrado viva?

Gruñó con una cólera tal que ni siquiera la esperanza podía suavizarla.

—No he dicho que estuviera viva, amigo mío; no lo creo. Solamente digo que es posible que sea una "muerta viva", o "no muerta".

—¡Muerta viva! ¡No muerta! ¿Qué quiere usted decir? ¿Es todo esto una pesadilla, o qué?

—Existen misterios que el hombre solamente puede adivinar, y que desentraña en parte con el paso del tiempo. Créanme: nos encontramos actualmente frente a uno de ellos. Pero no he terminado. ¿Puedo cortarle la cabeza al cadáver de la señorita Lucy?

—¡Por todos los diablos, no! —gritó Arthur, con encendida pasión—. Por nada del mundo consentiré que se mutile su cadáver. Doctor van Helsing, está usted abusando de mi paciencia. ¿Qué le he hecho para que desee usted torturarme de este modo? ¿Qué hizo esa pobre y dulce muchacha para que desee usted causarle una deshonra tan grande en su tumba? ¿Está usted loco para decir algo semejante, o soy yo el alienado al

escucharlo? No se permita siquiera volver a pensar en tal profanación. No le daré mi consentimiento en absoluto. Tengo el deber de proteger su tumba de ese ultraje. ¡Y les prometo que voy a hacerlo!

Van Helsing se levantó del asiento en que había permanecido sentado durante todo aquel tiempo, y dijo, con gravedad y firmeza:

—Lord Godalming, yo también tengo un deber; un deber para con los demás, un deber para con usted y para con la muerta. ¡Y le prometo que voy a cumplir con él! Lo único que le pido ahora es que me acompañe, que observe todo atentamente y que escuche; y si cuando le haga la misma petición más adelante no está usted más ansioso que yo mismo porque se lleve a cabo, entonces... Entonces cumpliré con mi deber, pase lo que pase. Después, según los deseos de usted, me pondré a su disposición para rendirle cuentas de mi conducta, cuando y donde usted quiera —la voz del maestro se apagó un poco, pero continuó, en tono lleno de conmiseración—: Pero le ruego que no siga enfadado conmigo. En el transcurso de mi vida he tenido que llevar a cabo muchas cosas que me han resultado profundamente desagradables, y que a veces me han destrozado el corazón; sin embargo, nunca había tenido una tarea, tan ingrata entre mis manos. Créame que si llegara un momento en que cambiara usted su opinión sobre mí, una sola mirada suya borraría toda la tristeza enorme de estos momentos, puesto que voy a hacer todo lo humanamente posible por evitarle a usted la tristeza y el pesar. Piense solamente, ¿por qué iba a tomarme tanto trabajo y tantas penas? He venido desde mi país a hacer lo que creo que es justo; primeramente, para servir a mi amigo John, y, además, para ayudar a una dama que yo también llegué a amar. Para ella, y siento tener que decirlo, aun cuando lo hago para un propósito constructivo, di lo mismo que usted: la sangre de mis venas. Se la di, a pesar de que no era como usted, el hombre que amaba, sino su médico y su amigo. Le consagré mis días y mis noches... antes de su muerte y después de ella, y si mi muerte puede hacerle algún bien, incluso ahora, cuando es un "muerto vivo", la pondré gustosamente a su disposición.

Dijo esto con una dignidad muy grave y firme, y Arthur quedó muy impresionado por ello. Tomó la mano del anciano y dijo, con voz entrecortada:

—¡Oh! Es algo difícil de creer y no lo entiendo. Pero, al menos, debo ir con usted y observar los acontecimientos.

XVI

Del diario del doctor Seward (Continuación)

Eran las doce menos cuarto en punto de la noche cuando penetramos en el cementerio de la iglesia, pasando por encima de la tapia, no muy alta. La noche era oscura, aunque, a veces, la luz de la luna se infiltraba entre las densas nubes que cubrían el firmamento. Nos mantuvimos muy cerca unos de otros, con van Helsing un poco más adelante, mostrándonos el camino. Cuando llegamos cerca de la tumba, miré atentamente a Arthur, porque temía que la proximidad de un lugar lleno de tan tristes recuerdos lo afectaría profundamente; pero logró controlarse. Pensé que el misterio mismo que envolvía todo aquello estaba mitigando su enojo. El profesor abrió la puerta y, viendo que vacilábamos, lo cual era muy natural, resolvió la dificultad entrando él mismo el primero. Todos nosotros lo imitamos, y el anciano cerró la puerta. A continuación, encendió una linterna sorda e iluminó el ataúd. Arthur dio un paso al frente, no muy decidido, y van Helsing me dijo:

—Usted estuvo conmigo aquí el día de ayer. ¿Estaba el cuerpo de la señorita Lucy en este ataúd?

—Así es.

El profesor se volvió hacia los demás, diciendo:

—Ya lo oyen y además, no creo que haya nadie que no lo crea.

Sacó el destornillador y volvió a quitarle la tapa al féretro. Arthur observaba, muy pálido, pero en silencio.

Cuando fue retirada la tapa dio un paso hacia adelante. Evidentemente, no sabía que había una caja de plomo o, en todo caso, no pensó en ello. Cuando vio la luz reflejada en el plomo, la sangre se agolpó en su rostro durante un instante; pero, con la misma rapidez, volvió a retirarse, de tal modo que su rostro permaneció extremadamente pálido. Todavía guardaba

silencio. Van Helsing retiró la tapa de plomo y todos nosotros miramos y retrocedimos.

¡El féretro estaba vacío!

Durante varios minutos, ninguno de nosotros pronunció una sola palabra. El silencio fue interrumpido por Quincey Morris:

—Profesor, he respondido por usted. Todo lo que deseo es su palabra... No haría esta pregunta de ordinario..., deshonrándolo o implicando una duda; pero se trata de un misterio que va más allá del honor o el deshonor. ¿Hizo usted esto?

—Le juro por todo cuanto considero sagrado que no la he retirado de aquí, y que ni siquiera la he tocado. Lo que sucedió fue lo siguiente: hace dos noches, mi amigo Seward y yo vinimos aquí... con buenos fines, créanme. Abrí este féretro, que entonces estaba bien cerrado, y lo encontramos como ahora, vacío. Entonces esperamos y vimos una forma blanca que se dirigía hacia acá, entre los árboles. Al día siguiente volvimos aquí, durante el día, y vimos que el cadáver reposaba ahí. ¿No es cierto, amigo John?

—Sí.

—Esa noche llegamos apenas a tiempo. Otro niñito faltaba de su hogar y lo encontramos, ¡gracias a Dios!, indemne, entre las tumbas. Ayer vine aquí antes de la puesta de sol, ya que al ponerse el sol pueden salir los "muertos vivos". Estuve esperando aquí durante toda la noche, hasta que volvió a salir el sol; pero no vi nada. Quizá se deba a que puse en los huecos de todas esas puertas ajos, que los "no muertos" no pueden soportar, y otras cosas que procuran evitar. Esta mañana quité el ajo y lo demás. Y ahora hemos encontrado este féretro vacío. Pero créanme: hasta ahora hay ya muchas cosas que parecen extrañas; sin embargo, permanezcan conmigo afuera, esperando, sin hacer ruido ni dejarnos ver, y se producirán cosas todavía más extrañas. Por consiguiente —dijo, apagando el débil rayo de luz de la linterna—, salgamos.

Abrió la puerta y salimos todos apresuradamente; el profesor salió al último y, una vez fuera, cerró la puerta. ¡Oh! ¡Qué fresco y puro nos pareció el aire de la noche después de aquellos horribles momentos! Resultaba muy agradable ver las nubes que se desplazaban por el firmamento y la luz de la luna que se filtraba de vez en cuando entre jirones de nubes..., como la ale-

gría y la tristeza de la vida de un hombre. ¡Qué agradable era respirar el aire puro que no tenía aquel desagradable olor de muerte y descomposición! ¡Qué tranquilizador poder ver el resplandor rojizo del cielo, detrás de la colina, y oír a lo lejos el ruido sordo que denuncia la vida de una gran ciudad! Todos, cada quien a su modo, permanecimos graves y llenos de solemnidad. Arthur guardaba todavía obstinado silencio y, según pude colegir, se estaba esforzando por llegar a comprender cuál era el propósito y el significado profundo del misterio. Yo mismo me sentía bastante tranquilo y paciente, e inclinado a rechazar mis dudas y a aceptar las conclusiones de van Helsing. Quincey Morris permanecía flemático, del modo que lo es un hombre que lo acepta todo con sangre fría, exponiéndose valerosamente a todo cuanto pueda suceder.

Como no podía fumar, tomó un puñado bastante voluminoso de tabaco y comenzó a masticarlo. En cuanto a van Helsing, estaba ocupado en algo específico. Sacó de su maletín un objeto que parecía ser un bizcocho semejante a una oblea y que estaba envuelto cuidadosamente en una servilleta blanca; a continuación, saco un buen puñado de una sustancia blancuzca, como masa o pasta. Partió la oblea, desmenuzándola cuidadosamente, y lo revolvió todo con la masa que tenía en las manos. A continuación, cortó estrechas tiras del producto y se dio a la tarea de colocar en todas las grietas y aberturas que separaban la puerta de la pared de la cripta. Me sentí un tanto confuso y, puesto que me encontraba cerca de él, le pregunté qué estaba haciendo. Arthur y Quincey se acercaron también, movidos por la curiosidad. El profesor respondió:

—Estoy cerrando la tumba, para que la "muerta viva" no pueda entrar.

—¿Va a impedirlo esa sustancia que ha puesto usted ahí?

—Así es.

—¿Qué está usted utilizando?

Esa vez, fue Arthur quien hizo la pregunta.

Con cierta reverencia, van Helsing levantó el ala de su sombrero y respondió:

—La Hostia. La traje de Ámsterdam. Tengo autorización para emplearla aquí.

Era una respuesta que impresionó a todos nosotros, hasta a los más escépticos, y sentimos individualmente que en presencia de un fin tan honrado como el del profesor, que utilizaba en esa labor lo que para él era más sagrado, era imposible desconfiar. En medio de un respetuoso silencio, cada uno de nosotros ocupó el lugar que le había sido asignado, en torno a la tumba; pero ocultos, para que no pudiera vernos ninguna persona que se aproximase. Sentí lástima por los demás, principalmente por Arthur. Yo mismo me había acostumbrado un poco, debido a que ya había hecho otras visitas y había estado en contacto con aquel horror; y aun así, yo, que había rechazado las pruebas hacía aproximadamente una hora, sentía que el corazón me latía con fuerza. Nunca me habían parecido las tumbas tan fantasmagóricamente blancas; nunca los cipreses, los tejos ni los enebros me habían parecido ser, como en aquella ocasión, la encarnación del espíritu de los funerales. Nunca antes los árboles y el césped me habían parecido tan amenazadores. Nunca antes crujían las ramas de manera tan misteriosa, ni el lejano ladrar de los perros envió nunca un presagio tan horrendo en medio de la oscuridad de la noche.

Se produjo un instante de profundo silencio: un vacío casi doloroso. Luego, el profesor ordenó que guardáramos silencio con un siseo. Señaló con la mano y, a lo lejos, entre los tejos, vimos una figura blanca que se acercaba... Una figura blanca y diminuta, que sostenía algo oscuro apretado contra su pecho. La figura se detuvo y, en ese momento, un rayo de la luna se filtró entre las nubes, mostrando claramente a una mujer de cabello oscuro, vestida con la mortaja encerada de la tumba. No alcanzamos a verle el rostro, puesto que lo tenía inclinado sobre lo que después identificamos como un niño de pelo rubio. Se produjo una pausa y, a continuación, un grito agudo, como de un niño en sueños o de un perro acostado cerca del fuego, durmiendo. Nos disponíamos a lanzarnos hacia adelante, pero el profesor levantó una mano, que vimos claramente contra el tejo que le servía de escondrijo, y nos quedamos inmóviles; luego, mientras permanecíamos expectantes, la blanca figura volvió a ponerse en movimiento. Se encontraba ya lo bastante cerca como para que pudiéramos verla claramente, y la luz de la luna daba todavía de lleno sobre ella. Sentí que el corazón se me helaba, y logré oír la exclamación y el sobresalto de Arthur cuando reconocimos claramente las facciones de Lucy Westenra. Era ella. Pero, ¡cómo había cambiado! Su dulzura se había convertido en una crueldad terrible e inhumana, y su pureza en

una perversidad voluptuosa. Van Helsing abandonó su escondite y, siguiendo su ejemplo, todos nosotros avanzamos; los cuatro nos encontramos alineados delante de la puerta de la cripta. Van Helsing alzó la linterna y accionó el interruptor, y gracias a la débil luz que cayó sobre el rostro de Lucy, pudimos ver que sus labios estaban rojos, llenos de sangre fresca, y que había resbalado un chorro del líquido por el mentón, manchando la blancura inmaculada de su mortaja.

Nos estremecimos, horrorizados, y me di cuenta, por el temblor convulsivo de la luz, de que incluso los nervios de acero de van Helsing habían flaqueado. Arthur estaba a mi lado, y si no lo hubiera tomado del brazo, para sostenerlo, se hubiera desplomado al suelo.

Cuando Lucy... (llamo Lucy a la cosa que teníamos frente a nosotros, debido a que conservaba su forma) nos vio, retrocedió con un gruñido de rabia, como el de un gato cuando es sorprendido; luego, sus ojos se posaron en nosotros. Eran los ojos de Lucy en forma y color; pero los ojos de Lucy perversos y llenos de fuego infernal, que no los ojos dulces y amables que habíamos conocido. En esos momentos, lo que me quedaba de amor por ella se convirtió en odio y repugnancia; si fuera preciso matarla, lo habría hecho en aquel preciso momento, con un deleite inimaginable. Al mirar, sus ojos brillaban con un resplandor demoníaco, y el rostro se arrugó en una sonrisa voluptuosa.

¡Oh, Dios mío, como me estremecí al ver aquella sonrisa! Con un movimiento descuidado, como una diablesa llena de perversidad, arrojó al suelo al niño que hasta entonces había tenido en los brazos y permaneció gruñendo sobre la criatura, como un perro hambriento al lado de un hueso. El niño gritó con fuerza y se quedó inmóvil, gimiendo. Había en aquel acto una muestra de sangre fría tan monstruosa que Arthur no pudo contener un grito; cuando la forma avanzó hacia él, con los brazos abiertos y una sonrisa de voluptuosidad en los labios, se echó hacia atrás y escondió el rostro en las manos.

No obstante, la figura siguió avanzando, con movimientos suaves y graciosos.

—Ven a mí, Arthur —dijo—. Deja a todos los demás y ven a mí. Mis brazos tienen hambre de ti. Ven, y podremos quedarnos juntos. ¡Ven, esposo mío, ven!

Había algo diabólicamente dulce en el tono de su voz... Algo semejante al ruido producido por el vidrio cuando se golpea

que nos impresionó a todos los presentes, aun cuando las palabras no nos habían sido dirigidas. En cuanto a Arthur, parecía estar bajo el influjo de un hechizo; apartó las manos de su rostro y abrió los brazos. Lucy se precipitó hacia ellos; pero van Helsing avanzó, se interpuso entre ambos y sostuvo frente a él un crucifijo de oro. La forma retrocedió ante la cruz y, con un rostro repentinamente descompuesto por la rabia, pasó a su lado, como para entrar en la tumba.

Cuando estaba a treinta o sesenta centímetros de la puerta, sin embargo, se detuvo, como paralizada por alguna fuerza irresistible. Entonces se volvió, y su rostro quedó al descubierto bajo el resplandor de la luna y la luz de la linterna, que ya no temblaba, debido a que van Helsing había recuperado el dominio de sus nervios de acero. Nunca antes había visto tanta maldad en un rostro; y nunca, espero, podrán otros seres mortales volver a verla. Su hermoso color desapareció y el rostro se le puso lívido, sus ojos parecieron lanzar chispas de un fuego infernal, la frente estaba arrugada, como si su carne estuviera formada por las colas de las serpientes de Medusa, y su boca adorable, que entonces estaba manchada de sangre, formó un cuadrado abierto, como en las máscaras teatrales de los griegos y los japoneses. En ese momento vimos un rostro que reflejaba la muerte como ningún otro antes. ¡Si las miradas pudieran matar!

Permaneció así durante medio minuto, que nos pareció una eternidad, entre el crucifijo levantado y los sellos sagrados que había en su puerta de entrada. Van Helsing interrumpió el silencio, preguntándole a Arthur.

—Respóndame, amigo mío: ¿quiere que continúe adelante?

Arthur se dejó caer de rodillas y se cubrió el rostro con las manos, al tiempo que respondía:

—Haga lo que crea conveniente, amigo mío. Haga lo que quiera. No es posible que pueda existir un horror como éste —gimió.

Quincey y yo avanzamos simultáneamente hacia él y lo cogimos por los brazos.

Alcanzamos a oír el chasquido que produjo la linterna al ser apagada. Van Helsing se acercó todavía más a la cripta y comenzó a retirar el sagrado emblema que había colocado en

las grietas. Todos observamos, horrorizados y confundidos, cuando el profesor retrocedió, cómo la mujer, con un cuerpo humano tan real en ese momento como el nuestro, pasaba por la grieta donde apenas la hoja de un cuchillo hubiera podido pasar. Todos sentimos un enorme alivio cuando vimos que el profesor volvía a colocar tranquilamente la masa que había retirado en su lugar.

Después de hacerlo, levantó al niño y dijo:

—Vámonos, amigos. No podemos hacer nada más hasta mañana. Hay un funeral al mediodía, de modo que tendremos que volver aquí no mucho después de esa hora. Los amigos del difunto se irán todos antes de las dos, y cuando el sacristán cierre la puerta del cementerio deberemos quedarnos dentro. Entonces tendremos otras cosas que hacer; pero no será nada semejante a lo de esta noche. En cuanto a este pequeño, no está mal herido, y para mañana por la noche se encontrará perfectamente. Debemos dejarlo donde la policía pueda encontrarlo, como la otra noche, y a continuación regresaremos a casa.

Se acercó un poco más a Arthur, y dijo:

—Arthur, amigo mío, ha tenido usted que soportar una prueba muy dura; pero, más tarde, cuando lo recuerde, comprenderá que era necesaria. Está usted lleno de amargura en este momento; pero, mañana a esta hora, ya se habrá consolado, y quiera Dios que haya tenido algún motivo de alegría; por consiguiente, no se desespere demasiado. Hasta entonces no voy a rogarle que me perdone.

Arthur y Quincey regresaron a mi casa, conmigo, y tratamos de consolarnos unos a otros por el camino. Habíamos dejado al niño en lugar seguro y estábamos cansados. Dormimos todos de manera más o menos profunda.

29 de septiembre, en la noche. Poco antes de las doce, los tres, Arthur, Quincey Morris y yo, fuimos a ver al profesor. Era extraño el notar que, como de común acuerdo, nos habíamos vestido todos de negro. Por supuesto, Arthur iba de negro debido a que llevaba luto riguroso; pero los demás nos vestimos así por instinto. Fuimos al cementerio de la iglesia hacia la una y media, y nos introdujimos en el camposanto, permaneciendo en donde no nos pudieran ver, de tal modo que, cuando los sepultureros hubieron concluido su trabajo, y el sacristán, creyendo que

no quedaba nadie en el cementerio, cerró el portón, nos quedamos tranquilos en el interior. Van Helsing, en vez de su portafolios negro, llevaba una funda larga de cuero que parecía contener un bastón de criquet; era obvio que pesaba bastante.

Cuando nos encontramos solos, después de oír los últimos pasos perderse calle arriba, en silencio y como de común acuerdo, seguimos al profesor hacia la cripta. Van Helsing abrió la puerta y entramos, cerrando a nuestras espaldas. Entonces el anciano sacó la linterna, la encendió y también dos velas de cera que, dejando caer unas gotitas, colocó sobre otros féretros, de tal modo que difundían un resplandor que permitía trabajar. Cuando volvió a retirar la tapa del féretro de Lucy, todos miramos, Arthur temblando violentamente, y vimos el cadáver acostado, con toda su belleza póstuma.

Pero no sentía amor en absoluto, solamente repugnancia por el espantoso objeto que había tomado la forma de Lucy, sin su alma. Vi que incluso el rostro de Arthur se endurecía, al observar el cuerpo muerto. En aquel momento, le preguntó a van Helsing:

—¿Es realmente el cuerpo de Lucy, o solamente un demonio que ha tomado su forma?

—Es su cuerpo, y al mismo tiempo no lo es. Pero, espere un poco y volverá a verla como era y es.

El cadáver parecía Lucy vista en medio de una pesadilla, con sus colmillos afilados y la boca voluptuosa manchada de sangre, que lo hacía a uno estremecerse a su sola vista. Tenía un aspecto carnal y vulgar, que parecía una caricatura diabólica de la dulce pereza de Lucy. Van Helsing, con sus movimientos metódicos acostumbrados, comenzó a sacar todos los objetos que contenía la funda de cuero y fue colocándolos a su alrededor, preparados para ser utilizados. Primeramente, sacó un cautín de soldar y una barrita de estaño, y luego, una lamparita de aceite que, al ser encendida en un rincón de la cripta, dejó escapar un gas que ardía, produciendo un calor extremadamente fuerte; luego, sus bisturíes, que colocó cerca de su mano, y después una estaca redonda de madera, de unos seis u ocho centímetros de diámetro y unos noventa centímetros de longitud. Uno de sus extremos había sido endurecido, metiéndolo en el fuego, y la punta había sido afilada cuidadosamente. Junto a la estaca había un martillito, semejante a los que hay en las carboneras, para romper los pedazos demasiado gruesos del mineral.

Para mí, las preparaciones llevadas a cabo por un médico para llevar a cabo cualquier tipo de trabajo eran estimulantes y me tranquilizaban; pero todas aquellas manipulaciones llenaron a Quincey y a Arthur de consternación. Sin embargo, ambos lograron controlarse y permanecieron inmóviles y en silencio.

Cuando todo estuvo preparado, van Helsing dijo:

—Antes de hacer nada, déjenme explicarles algo que procede de la sabiduría y la experiencia de los antiguos y de todos cuantos han estudiado los poderes de los "muertos vivos". Cuando se convierten en muertos vivos, el cambio implica la inmortalidad; no pueden morir y deben seguir a través de los tiempos cobrando nuevas víctimas y haciendo aumentar todo lo malo de este mundo; puesto que todos los que mueren a causa de los ataques de los "muertos vivos" se convierten ellos mismos en esos horribles monstruos y, a su vez, atacan a sus semejantes. Así, el círculo se amplía, como las ondas provocadas por una piedra al caer al agua. Amigo Arthur, si hubiera aceptado usted el beso aquel antes de que la pobre Lucy muriera, o anoche, cuando abrió los brazos para recibirla, con el tiempo, al morir, se convertiría en un *nosferatu,* como los llaman en Europa Oriental, y seguiría produciendo cada vez más "muertos vivos", como el que nos ha horrorizado. La carrera de esta desgraciada dama acaba apenas de comenzar. Esos niños cuya sangre succiona no son todavía lo peor que puede suceder; pero si sigue viviendo, como "muerta viva", pierden cada vez más sangre, y a causa de su poder sobre ellos, vendrán a buscarla; así, les chupará la sangre con esa horrenda boca.

Pero si muere verdaderamente, entonces todo cesa; los orificios de las gargantas desaparecen, y los niños pueden continuar con sus juegos, sin acordarse siquiera de lo que les ha estado sucediendo. Pero lo mejor de todo es que cuando hagamos que este cadáver que ahora está "muerto vivo" muera realmente, el alma de la pobre dama que todos nosotros amamos, volverá a estar libre. En lugar de llevar a cabo sus horrendos crímenes por las noches y pasarse los días digiriendo su espantoso condumio, ocupará su lugar entre los demás ángeles, De modo que, amigo mío, será una mano bendita por ella la que dará el golpe que la liberará. Me siento dispuesto a hacerlo, pero, ¿no hay alguien entre nosotros que tiene mayor derecho de hacerlo? ¿No será una alegría el pensar, en el silencio de la noche, cuando el sueño se niega a envolverlo: "Fue mi mano la que la envió al cielo; fue la mano de quien más la quería; la

mano que ella hubiera escogido de entre todas, en el caso de que hubiera podido hacerlo."? Díganme, ¿hay alguien así entre nosotros?

Todos miramos a Arthur. Comprendió, lo mismo que todos nosotros, la infinita gentileza que sugería que debía ser la suya la mano que nos devolvería a Lucy como un recuerdo sagrado, no ya infernal; avanzó de un paso y dijo valientemente, aun cuando sus manos le temblaban y su rostro estaba tan pálido como si fuera de nieve:

—Mi querido amigo, se lo agradezco desde el fondo de mi corazón destrozado. ¡Dígame qué tengo que hacer y no fallaré!

Van Helsing le puso una mano en el hombro, y dijo:

—¡Bravo! Un momento de valor y todo habrá concluido. Debe traspasar su cuerpo con esta estaca. Será una prueba terrible, no piense otra cosa; pero sólo durará un instante, y a continuación, la alegría que sentirá será mucho mayor que el dolor que esa acción le produzca; de esta triste cripta saldrá usted como si volara en el aire. Pero no debe fallar una vez que ha comenzado a hacerlo. Piense solamente en que todos nosotros, sus mejores amigos, estaremos a su alrededor, sin cesar de orar por usted.

Tome esa estaca en la mano izquierda, listo para colocarle la punta al cadáver sobre el corazón, y el martillo en la mano derecha. Luego, cuando iniciemos la oración de los difuntos..., yo voy a leerla. Tengo aquí el libro y los demás recitarán conmigo. Entonces, golpee en nombre de Dios, puesto que así todo irá bien para el alma de la que amamos y la "muerta viva" morirá.

Arthur tomó la estaca y el martillo, y, puesto que su mente estaba ocupada en algo preciso, sus manos ya no le temblaban en absoluto. Van Helsing abrió su misal y comenzó a leer, y Quincey y yo repetimos lo que decía del mejor modo posible. Arthur colocó la punta de la estaca sobre el corazón del cadáver y, al mirar, pude ver la depresión en la carne blanca. Luego, golpeó con todas sus fuerzas.

El objeto que se encontraba en el féretro se retorció y un grito espeluznante y horrible salió de entre los labios rojos entreabiertos. El cuerpo se sacudió, se estremeció y se retorció, con movimientos salvajes; los agudos dientes blancos se cerraron

hasta que los labios se abrieron y la boca se llenó de espuma escarlata. Pero Arthur no vaciló un momento. Parecía una representación del dios escandinavo Thor, mientras su brazo firme subía y bajaba sin descanso, haciendo que penetrara cada vez más la piadosa estaca, al tiempo que la sangre del corazón destrozado salía con fuerza y se esparcía en torno a la herida. Su rostro estaba descompuesto y endurecido a causa de lo que creía un deber; el verlo nos infundió valor y nuestras voces resonaron claras en el interior de la pequeña cripta.

Paulatinamente, fue disminuyendo el temblor y también los movimientos bruscos del cuerpo, los dientes parecieron morder y el rostro temblaba. Finalmente, el cadáver permaneció inmóvil. La terrible obra había concluido.

El martillo se le cayó a Arthur de las manos. Giró sobre sus talones, y se hubiera caído al suelo si no lo hubiéramos sostenido. Gruesas gotas de sudor aparecieron en su frente y respiraba con dificultad. En realidad, había estado sujeto a una tensión tremenda, y de no verse obligado a hacerlo por consideraciones más importantes que todo lo humano, nunca hubiera podido llevar a feliz término aquella horrible tarea.

Durante unos minutos estuvimos tan ensimismados con él que ni miramos al féretro en absoluto. Cuando lo hicimos, sin embargo, un murmullo de asombro salió de todas nuestras bocas. Teníamos un aspecto tan extraño que Arthur se incorporó, puesto que había estado sentado en el suelo, y se acercó también para mirar; entonces, una expresión llena de alegría, con un brillo extraño, apareció en su rostro, reemplazando al horror que estaba impreso hasta entonces en sus facciones.

Allí, en el ataúd, no reposaba ya la cosa espantosa que habíamos odiado tanto, de la que considerábamos como un privilegio su destrucción y que se la confiamos a la persona más apta para ello, sino Lucy, tal y como la habíamos conocido en vida, con su rostro de inigualable dulzura y pureza. Es cierto que sus facciones reflejaban el dolor y la preocupación que todos habíamos visto en vida; pero eso nos pareció agradable, debido a que eran realmente parte integrante de la verdadera Lucy. Sentimos todos que la calma que resplandecía como la luz del sol sobre el rostro y el cuerpo de la muerta, era sólo un símbolo terrenal de la tranquilidad de que disfrutaría durante toda la eternidad.

Van Helsing se acercó, colocó su mano sobre el hombro de Arthur, y le dijo:

—Y ahora, Arthur, mi querido amigo, ¿no me ha perdonado?

La reacción a la terrible tensión se produjo cuando tomó entre las suyas la mano del anciano, la levantó hasta sus labios, la apretó contra ellos y dijo:

—¿Perdonarlo? ¡Que Dios lo bendiga por haber devuelto su alma a mi bienamada y a mí la paz!

Colocó sus manos sobre el hombro del profesor y, apoyando la cabeza en su pecho, lloró en silencio, mientras nosotros permanecíamos inmóviles. Cuando volvió a levantar la cabeza, van Helsing le dijo:

—Ahora, amigo mío, puede usted besarla, Bésele los labios muertos si lo desea, como ella lo desearía si pudiera escoger. Puesto que ya no es una diablesa sonriente..., un objeto maldito para toda la eternidad. Ya no es la diabólica "muerta viva". ¡Es una muerta que pertenece a Dios y su alma esta con Él!.

Arthur se inclinó y la besó. Luego, enviamos a Arthur y a Quincey fuera de la cripta. El profesor y yo cortamos la parte superior de la estaca, dejando la punta dentro del cuerpo. Luego, le cortamos la cabeza y le llenamos la boca de ajo. Soldamos cuidadosamente la caja de plomo, colocamos en su sitio la cubierta del féretro, apretando los tornillos, y luego de recoger todo cuanto nos pertenecía, salimos de la cripta. El profesor cerró la puerta y le entregó la llave a Arthur.

Al exterior el aire era suave, el sol brillaba, los pájaros gorjeaban y parecía que toda la naturaleza había cambiado por completo. Había alegría, paz y tranquilidad por todas partes. Nos sentíamos todavía nosotros mismos y llenos de alegría, aunque no se trataba de un gozo intenso, sino más bien de algo suave y muy agradable.

Antes de que nos pusiéramos en movimiento para alejarnos de aquel lugar, van Helsing dijo:

—Ahora, amigos míos, hemos concluido ya una etapa de nuestro trabajo, la más dura para nosotros. Pero nos espera una tarea bastante más difícil: descubrir al autor de todos estos sufrimientos que hemos debido soportar y liquidarlo. Tengo indi-

cios que podemos seguir, pero se trata de una tarea larga y difícil, llena de peligros y de dolor. ¿No van a ayudarme todos ustedes? Hemos aprendido a creer todos nosotros, ¿no es así? Y, siendo así, ¿no vemos cuál es nuestro deber? ¡Sí! ¿No prometemos ir hasta el fin, por amargo que sea?

Todos aceptamos su mano, uno por uno, y prometimos. Luego, al tiempo que nos alejábamos del cementerio, el profesor dijo:

—Dentro de dos noches deberán reunirse conmigo para cenar juntos en casa de nuestro amigo John. Debo hablar con otros dos amigos, dos personas a las que ustedes no conocen todavía; y debo prepararme para tener listo el programa de trabajo y todos nuestros planes. Amigo John, venga conmigo a casa, ya que tengo muchas cosas que consultarle y podrá ayudarme. Esta noche saldré para Ámsterdam, pero regresaré mañana por la noche. Entonces comenzará verdaderamente nuestro trabajo. Pero, antes de ello, tendré muchas cosas que decirles, para que sepan qué tenemos que hacer y qué es lo que debemos temer. Luego, volveremos a renovar nuestra promesa, unos a otros, ya que nos espera una tarea terrible, y una vez que hayamos echado a andar sobre ese terreno ya no podremos retroceder.

XVII

Del diario del doctor Seward (Continuación)

Cuando llegamos al hotel Berkeley, van Helsing encontró un telegrama que había llegado en su ausencia:

"Llegaré por tren. Jonathan en Whitby. Noticias importantes.

MINA HARKER ."

El profesor estaba encantado.

—¡Ah!, esa maravillosa señora Mina —dijo—. ¡Una perla entre las mujeres! Va a llegar; pero no puedo quedarme a esperarla. Debe llevarla a su casa, amigo John. Debe ir a recibirla a la estación. Mándele un telegrama *en camino* para que esté preparada.

Cuando enviamos el telegrama, el profesor tomó una taza de té; a continuación, me habló de un diario de Jonathan Harker y me entregó una copia mecanografiada, así como el diario que escribió Mina Harker en Whitby.

—Tómelos —me dijo y examínelos atentamente. Para cuando regrese, estará usted al corriente de todos los hechos y así podremos emprender mejor nuestras investigaciones. Cuídelos, puesto que su contenido es un verdadero tesoro. Necesitará toda su fe, a pesar de la experiencia que ha tenido hoy mismo. Lo que se dice aquí —colocó pesadamente la mano, con gravedad, sobre el montón de papeles, al tiempo que hablaba—, puede ser el principio del fin para usted, para mí y para muchos otros; o puede significar el fin del "muerto vivo" que tantas atrocidades comete en la tierra. Léalo todo, se lo ruego, con atención. Y si puede añadir usted algo a la historia que aquí se relata, hágalo, puesto que en este caso todo es importante. Ha consignado en su diario todos esos extraños sucesos, ¿no es así? ¡Claro! Bueno, pues entonces, pasaremos todo en revista juntos, cuando regrese.

A continuación, hizo todos los preparativos para su viaje y, poco después, se dirigió a Liverpool Street. Yo me encaminé a Paddington, a donde llegué como un cuarto de hora antes de la llegada del tren.

La multitud se fue haciendo menos densa, después del movimiento característico en los andenes de llegada. Comenzaba a intranquilizarme, temiendo no encontrar a mi invitada, cuando una joven de rostro dulce y apariencia delicada se dirigió hacia mí, y después de una rápida ojeada me dijo:

—Es usted el doctor Seward, ¿verdad?

—¡Y usted la señora Harker! —le respondí inmediatamente.

Entonces, la joven me tendió la mano.

—Lo conocía por la descripción que me hizo la pobre Lucy; pero... guardó silencio repentinamente y un fuerte rubor cubrió sus mejillas.

El rubor que apareció en mi propio rostro nos tranquilizó a los dos en cierto modo, puesto que era una respuesta tácita al suyo. Tomé su equipaje, que incluía una máquina de escribir, y tomamos el metro hasta Fenchurch Street, después de enviar recado a mi ama de llaves para que dispusiera una salita y una habitación dormitorio para la recién llegada.

Pronto llegamos. La joven sabía, por supuesto, que el lugar era un asilo de alienados; pero vi que no lograba contener un estremecimiento cuando entramos.

Me dijo que si era posible le gustaría acompañarme a mi estudio, debido a que tenía mucho de que hablarme. Por consiguiente, estoy terminando de registrar los conocimientos en mi diario fonográfico, mientras la espero.

Como todavía no he tenido la oportunidad de leer los papeles que me confió van Helsing, aunque se encuentran extendidos frente a mí, tendré que hacer que la señora se interese en alguna cosa para poder dedicarme a su lectura. No sabe cuán precioso es el tiempo o de qué índole es la tarea que hemos emprendido. Debo tener cuidado para no asustarla. ¡Aquí llega!

Del diario de Mina Harker

29 de septiembre. Después de instalarme, descendí al estudio del doctor Seward.

En la puerta me detuve un momento, porque creí oírlo hablar con alguien. No obstante, como me había rogado que no perdiera el tiempo, llamé a la puerta y entré al estudio una vez que me dio permiso para hacerlo.

Me sorprendí mucho al constatar que no había nadie con él. Estaba absolutamente solo, y sobre la mesa, frente a él, se encontraba lo que supe inmediatamente, por las descripciones, que se trataba de un fonógrafo. Nunca antes había visto uno y me interesó mucho.

—Espero no haberlo hecho esperar mucho —le dije—; pero me detuve ante la puerta, ya que creí oírlo a usted hablando y supuse que habría alguna persona en su estudio.

—¡Oh! —replicó, con una sonrisa—. Solamente estaba registrando en mi diario los últimos acontecimientos.

—¿Su diario? —le pregunté, muy sorprendida.

—Sí —respondió —, lo registro en este aparato. Al tiempo que hablaba, colocó la mano sobre el fonógrafo. Me sentí muy excitada y exclamé:

—¡Vaya! ¡Esto es todavía más rápido que la taquigrafía! ¿Me permite oír el aparato un poco?

—Naturalmente —replicó con amabilidad y se puso en pie para preparar el artefacto de modo que hablara.

Entonces, se detuvo y apareció en su rostro una expresión confusa.

—El caso es —comenzó en tono extraño que sólo registro mi diario; y se refiere enteramente..., casi completamente..., a mis casos. Sería algo muy desagradable... Quiero decir...

Guardó silencio y traté de ayudarlo a salir de su confusión.

—Usted ayudó en la asistencia a mi querida Lucy en los últimos instantes. Déjeme escuchar cómo murió. Le agradeceré mucho todo lo que pueda saber sobre ella. Me era verdaderamente muy querida.

Para mi sorpresa, respondió, con una expresión de profundo horror en sus facciones:

—¿Quiere que le hable de su muerte? ¡Por nada del mundo!

—¿Por qué no? —pregunté, mientras un sentimiento terrible se iba apoderando de mí.

El doctor hizo nuevamente una pausa y pude ver que estaba tratando de buscar una excusa. Finalmente, balbuceó:

—¿Ve usted? No sé como retirar todo lo particular que contiene el diario.

Mientras hablaba se le ocurrió una idea, y dijo, con una simplicidad llena de inconsciencia, en un tono de voz diferente y con el candor de un niño:

—Esa es la verdad, le doy mi palabra de ello. ¡Sobre mi honor de indio honrado!

No pude menos de sonreír y el doctor hizo una mueca.

—¡Esta vez me he traicionado! —dijo—. Pero, ¿sabe usted que aún cuando hace ya varios meses que mantengo al día el diario, nunca me preocupé de cómo podría encontrar cualquier parte en especial de él que deseara examinar?

Pero esta vez me convencí de que el diario del doctor que asistió a Lucy tendría algo que añadir a nuestra suma de conocimientos sobre el terrible ser, y dije llanamente:

—Entonces, doctor Seward, lo mejor será que me deje que le haga una copia en mi máquina de escribir.

Se puso intensamente pálido, al tiempo que me decía:

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Por nada en el mundo dejaré que usted conozca esa terrible historia!

Por consiguiente, era terrible. ¡Mi intuición no me había engañado! Por unos instantes estuve pensando, y mientras mis ojos examinaban cuidadosamente la habitación, buscando algo o alguna oportunidad que pudiera ayudarme, vi un montón de papeles escritos a máquina sobre su mesa. Los ojos del doctor se fijaron en los míos, e involuntariamente, siguió la dirección de mi mirada. Al ver los papeles, comprendió qué era lo que estaba pensando.

—Usted no me conoce —le dije—. Cuando haya leído esos papeles, el diario de mi esposo y el mío propio, que yo misma copié en la máquina de escribir, me conocerá un poco mejor. No he dejado de expresar todos mis pensamientos y los sentimientos de mi corazón en ese diario; pero, naturalmente, usted no me conoce... todavía; y no puedo esperar que confíe en mí para revelarme algo tan importante.

Desde luego, es un hombre de naturaleza muy noble; mi pobre Lucy tenía razón respecto a él. Se puso en pie y abrió un amplio cajón, en el que estaban guardados en orden varios cilindros metálicos huecos, cubiertos de cera oscura, y dijo:

—Tiene usted razón. No confiaba en usted debido a que no la conocía. Pero ahora la conozco; y déjeme decirle que debí conocerla hace ya mucho tiempo. Ya sé que Lucy le habló a usted de mí, del mismo modo que me habló a mí de usted. ¿Me permite que haga el único ajuste que puedo? Tome los cilindros y óigalos. La primera media docena son personales y no la horrorizarán; así podrá usted conocerme mejor. Para cuando termine de oírlos, la cena estará ya lista. Mientras tanto, debo leer parte de esos documentos, y así estaré en condiciones de comprender mejor ciertas cosas.

Llevó él mismo el fonógrafo a mi salita y lo ajustó para que pudiera oírlo. Ahora voy a conocer algo agradable, estoy segura de ello, ya que me va a mostrar el otro lado de un verdadero amor del que solamente conozco una parte...

Del diario del doctor Seward

29 de septiembre. Estaba tan absorto en la lectura del diario de Jonathan Harker y en el de su esposa que dejé pasar el tiempo sin pensar. La señora Harker no había descendido todavía cuando la sirvienta anunció que la cena estaba servida.

—Es probable que esté cansada. Será mejor que retrasemos la cena una hora —le dije, y volví a enfrascarme en mi lectura.

Acababa de terminar la lectura del diario de la señora Harker cuando ella entró al estudio. Se veía muy bonita y dulce, pero un poco triste, y sus ojos estaban un poco hinchados, signo inequívoco de que había estado llorando. Por alguna razón, eso me emocionó profundamente. Unos instantes antes había tenido yo mismo ganas de llorar, ¡Dios lo sabe!; pero el alivio que las

lágrimas procuran me había sido negado, y entonces, el ver aquellos ojos de mirada dulce, que habían estado llenos de lágrimas, me impresionó. Por consiguiente, le dije con toda la amabilidad que pude:

—Me temo que mi diario la ha desconsolado.

—¡Oh, no! No estoy desconsolada —replicó—; pero me han emocionado más de lo que puedo decir sus lamentaciones. Es una máquina maravillosa, pero cruelmente verdadera. Me hizo escuchar, en el tono exacto, las angustias de su corazón. Era como un alma que se dirige a Dios Todopoderoso. ¡Nadie debe volver a escribir nunca eso! He tratado de serle útil. He copiado sus palabras en mi máquina de escribir y nadie más necesita oír ahora los latidos de su corazón, como lo he hecho yo.

—Nadie necesita saberlo nunca, ni lo sabrá —le dije, en tono muy bajo.

Ella colocó su mano sobre las mías y me dijo con gravedad:

—¡Deben conocerlo!

—¡Deben! ¿Por qué? —preguntó.

—Porque es una parte de la terrible historia, una parte de la muerte de la pobre y querida Lucy y de las causas que la provocaron; porque en la lucha que nos espera, para librar a la tierra de ese terrible monstruo, debemos adquirir todos los conocimientos y toda la ayuda que es posible obtener. Creo que los cilindros que me confió contienen más de lo que usted deseaba que yo conociera; pero he visto que en ese registro hay muchos indicios para la solución de este negro misterio. ¿No va a dejarme usted que le ayude? Conozco todo hasta cierto punto; y comprendo ya, aunque su diario me condujo sólo hasta el siete de septiembre, cómo estaba siendo acosada la pobre Lucy y cómo se iba desarrollando su terrible destino. Jonathan y yo hemos estado trabajando día y noche desde que el profesor van Helsing estuvo con nosotros. Mi esposo ha ido a Whitby a conseguir más información y llegará aquí mañana, para tratar de ayudarnos a todos. No debemos tener secretos entre nosotros; trabajando juntos y con entera confianza podremos ser, con toda seguridad, más útiles y efectivos que si alguno de nosotros está sumido en la oscuridad.

Me miró de modo tan suplicante, y al mismo tiempo manifestando tanto valor y resolución en su actitud, que cedí inmediatamente ante sus deseos.

—Haga usted lo que mejor le parezca con respecto a este asunto —le dije —. ¡Que Dios me perdone si hago mal! Hay aún cosas terribles que va a conocer; pero si ha recorrido ya tanto trecho en lo referente a la muerte de la pobre Lucy, no se contentará, lo sé, permaneciendo en la ignorancia. No, el fin mismo podrá darle a usted un poco de paz. Venga, la cena está servida. Debemos fortalecernos para soportar lo que nos espera; tenemos ante nosotros una tarea cruel y peligrosa. Cuando haya cenado podrá conocer todo el resto y responderé a todas las preguntas que usted quiera hacerme..., en el caso de que haya algo que no comprenda; aunque estaba claro para todos los que estábamos presentes.

Del diario de Mina Harker

29 de septiembre. Después de cenar, acompañé al doctor Seward a su estudio.

Llevó el fonógrafo de mi salita y yo tomé mi máquina de escribir. Hizo que me instalara en un asiento cómodo y colocó el fonógrafo de tal modo que pudiera manejarlo sin necesidad de levantarme, y me mostró como detenerlo, en el caso de que deseara hacer una pausa. Entonces, muy preocupado, tomó asiento de espaldas a mí, para que me sintiera con mayor libertad, y comenzó a leer. Yo me coloqué en los oídos el casco, y escuché.

Cuando conocí la terrible historia de la muerte de Lucy y de todo lo que siguió, permanecí reclinada en mi asiento, como paralizada, absolutamente sin fuerzas.

Afortunadamente no soy dada a desmayarme. En cuanto el doctor Seward me vio, se puso en pie de un salto, con expresión horrorizada, y apresurándose a sacar de una alacena una botella me dio una copita de brandy, que, en unos minutos, me devolvió las fuerzas. Mi cerebro era un verdadero caos, y solamente entre todos los horrores surgía un ligero rayo de luz al saber que mi pobre y querida Lucy estaba finalmente en paz. De no ser por eso, no creo haber podido tolerarlo sin hacer una escena. Era todo tan salvaje, misterioso y extraño, que si no hubiera conocido la experiencia de Jonathan en Transilvania, no hubiera podido creerlo. En realidad, no sabía qué creer y procuré

salir del paso ocupándome de otra cosa. Le quité la cubierta a mi máquina de escribir, y le dije al doctor Seward:

—Déjeme que le escriba todo esto. Debemos estar preparados para cuando regrese el doctor van Helsing. Le he enviado un telegrama a Jonathan para que venga aquí en cuanto llegue a Londres, procedente de Whitby. En este caso, las fechas son importantes, y creo que si preparamos todo el material y lo disponemos todo en orden cronológico, habremos adelantado mucho. Me ha dicho usted que lord Godalming y el señor Morris van a venir también. Así podremos estar en condiciones de ponerlo al corriente de todo en cuanto llegue.

El doctor, de acuerdo con lo dicho, hizo que el fonógrafo funcionara más lentamente y comencé a escribir a máquina desde el principio del séptimo cilindro.

Usaba papel carbón y saqué tres copias, lo mismo que había hecho con todo el resto. Era ya tarde cuando concluí el trabajo, pero el doctor fue a cumplir con su deber, en su ronda de visita a los pacientes; cuando terminó, regreso y se sentó a mi lado, leyendo, para que no me sintiera demasiado sola mientras trabajaba. ¡Qué bueno y comprensivo es! ¡El mundo parece estar lleno de hombres buenos, aun cuando haya también monstruos! Antes de despedirme de él recordé lo que Jonathan había escrito en su diario sobre la perturbación del profesor cuando leyó algo en un periódico de la tarde en la estación de Exéter; así, al ver que el doctor Seward guardaba clasificados sus periódicos, me llevé a la habitación, después de pedirle permiso para ello, los álbumes de *The Westminster Gazette* y *The Pall Mall Gazette*. Recordaba lo mucho que nos habían ayudado los periódicos *The Dailygraph* y *The Whitby Gazette* ,de los que había guardado recortes, para comprender los terribles sucesos de Whitby cuando llegó el conde Drácula. Por consiguiente, tengo el propósito de examinar cuidadosamente, desde entonces, los periódicos de la tarde, y quizá pueda así encontrar algún indicio. No tengo sueño, y el trabajo servirá para tranquilizarme.

Del diario del doctor Seward

30 de septiembre. El señor Harker llegó a las nueve en punto. Había recibido el telegrama de su esposa poco antes de ponerse en camino. Tiene una inteligencia poco común, si es posible juzgar eso por sus facciones, y está lleno de energía. Si su diario es verdadero, y debe ser, a juzgar por las maravillosas

experiencias que hemos tenido, es también un hombre enérgico y valiente. Su ida a la tumba por segunda vez era una obra maestra de valor. Después de leer su informe, estaba preparado a encontrarme con un buen espécimen de la raza humana, pero no con el caballero tranquilo y serio que llegó aquí hoy.

Más tarde. Después del almuerzo, Harker y su esposa regresaron a sus habitaciones, y al pasar hace un rato junto a su puerta, oí el ruido que producía su máquina de escribir. Trabajan mucho. La señora Harker me dijo que estaban poniendo en orden cronológico todas las pruebas que poseían. Harker había recibido las cartas entre la consigna de las cajas en Whitby y los mozos de cuerda que se ocuparon de ellas en Londres. Ahora esta leyendo la copia mecanografiada por su esposa de mi diario. Me pregunto qué conclusiones sacarán. Aquí está...

¡Es extraño que no se me ocurriera pensar que la casa vecina pudiera ser el escondrijo del conde! ¡Sin embargo, Dios sabe que habíamos tenido suficientes indicios a causa del comportamiento del pobre Renfield! El montón de cartas relativas a la adquisición de la casa se encontraba con las copias mecanografiadas. ¡Si lo hubiéramos sabido antes, hubiéramos podido salvarle la vida a la pobre Lucy! ¡Basta! ¡Esos pensamientos conducen a la locura! Harker ha regresado a sus habitaciones y está otra vez poniendo en orden el material que posee. Dice que para la hora de la cena estarán en condiciones de presentar una narración que tenga una relación absoluta entre todos los hechos. Piensa que, mientras tanto, debo ir a ver a Renfield, puesto que hasta estos momentos ha sido una especie de guía sobre las entradas y salidas del conde. Me es difícil verlo todavía; pero, cuando examine las fechas, supongo que veré claramente la relación existente. ¡Qué bueno que la señora Harker mecanografió el contenido de mis cilindros! Nunca hubiéramos podido encontrar las fechas de otro modo...

Encontré a Renfield sentado plácidamente en su habitación y sonriendo como un bendito. En ese momento parecía tan cuerdo como cualquier otra persona de las que conozco. Me senté a su lado y hablé con él de infinidad de temas, que él desarrolló de una manera absolutamente natural. Entonces, por su propia voluntad, me habló de regresar a su casa, un tema que nunca había tocado, que yo sepa, durante su estancia en el asilo. En efecto, me habló confiado de que podría ser dado de alta inmediatamente.

Creo que de no haber conversado antes con Harker y haber leído las cartas y las fechas de sus ataques, me hubiera sentido dispuesto a firmar su salida, al cabo de un corto tiempo de observación. Tal y como están las cosas, sospecho de todo. Todos esos ataques estaban ligados en cierto modo a la presencia del conde en las cercanías. ¿Qué significaba entonces aquella satisfacción absoluta? ¿Quiere decir que sus instintos están satisfechos a causa del convencimiento del triunfo final del vampiro? Es el mismo zoófago y en sus terribles furias, al exterior de la puerta de la capilla de la casa, habla siempre del "amo". Todo esto parece ser una confirmación de nuestra idea. Sin embargo, al cabo de un momento, lo dejé; mi amigo estaba en esos instantes demasiado cuerdo para poder ponerlo a prueba seriamente con preguntas. Puede comenzar a reflexionar y, entonces... Por consiguiente, me alejé de él. Desconfío de esos momentos de calma que tiene a veces, y le he dado al enfermero la orden de que lo vigile estrechamente y que tenga lista una camisa de fuerza para utilizarla en caso de necesidad.

Del diario de Jonathan Harker

29 de septiembre, en el tren hacia Londres. Cuando recibí el amable mensaje del señor Billington, en el que me decía que estaba dispuesto a facilitarme todos los informes que obraban en su poder, creí conveniente ir directamente a Whitby y llevar a cabo, en el lugar mismo, todas las investigaciones que deseaba. Mi objeto era el de seguir el horrible cargamento del conde hasta su casa de Londres. Más tarde podríamos ocuparnos de ello. El hijo de Billington, un joven muy agradable, fue a la estación a recibirme y me condujo a casa de su padre, en donde habían decidido que debería pasar la noche. Eran hospitalarios, con la hospitalidad propia de Yorkshire: dando todo a los invitados y dejándolos en entera libertad para que hicieran lo que deseaban. Sabían que tenía mucho quehacer y que mi estancia iba a ser muy corta, y el señor Billington tenía preparados en su oficina todos los documentos relativos a la consignación de las cajas.

Me llevé una fuerte impresión al volver a ver una de las cartas que había visto sobre la mesa del conde, antes de tener conocimiento de sus planes diabólicos. Todo había sido pensado cuidadosamente y ejecutado sistemáticamente y con precisión. Parecía haber estado preparado para vencer cualquier obstáculo que pudiera surgir por accidente para impedir que se llevaran a

cabo sus intenciones. No había dejado nada a la casualidad, y la absoluta exactitud con la que sus instrucciones fueron seguidas era simplemente un resultado lógico de su cuidado. Vi la factura y tomé nota de ella: "Cincuenta cajas de tierra común, para fines experimentales." También la copia de la carta dirigida a Carter Paterson y su respuesta; saqué copias de las dos. Esa era toda la información que podía facilitarme el señor Billington, de modo que me dirigí al puerto a ver a los guardacostas, a los oficiales de la aduana y al comandante de puerto. Todos ellos tenían algo que decir sobre la entrada extraña del barco, que ya comenzaba a tener su lugar en las tradiciones locales; pero no pudieron añadir nada a la simple descripción "cincuenta cajas de tierra común". A continuación fui a ver al jefe de estación, que me puso amablemente en contacto con los hombres que habían recibido en realidad las cajas. Su descripción coincidía con las listas y no tuvieron nada que añadir, excepto que las cajas eran "extraordinariamente pesadas" y que su embarque había sido un trabajo muy duro. Uno de ellos dijo que era una pena que no hubiera habido algún caballero presente "como usted, señor", para recompensar en cierto modo sus esfuerzos, con una propina en metálico; otro expresó lo mismo, diciendo que el esfuerzo hecho les había producido una sed tan grande que todavía no habían logrado calmarla del todo. No es necesario añadir que, antes de dejarlos, me encargué de que no volvieran a tener que hacer ningún reproche al respecto.

30 de septiembre. El jefe de estación tuvo la amabilidad de darme unas líneas escritas para su colega de King's Cross, de manera que cuando llegué allá por la mañana, pude hacerle preguntas sobre la llegada de las cajas. Él también me puso inmediatamente en contacto con los empleados apropiados y vi que sus explicaciones coincidían con la factura original. Las oportunidades de tener una sed anormal habían sido pocas en este último caso; sin embargo, habían sido aprovechadas generosamente y me vi obligado a ocuparme del resultado de un modo *ex post facto*.

De allí me dirigí a las oficinas centrales de Carter Paterson, donde fui recibido con la mayor cortesía. Examinaron la transacción en su diario y sus archivos de correspondencia y telefonearon inmediatamente a su oficina de King's Cross para obtener más detalles. Afortunadamente, los hombres que se encargaron del acarreo estaban esperando trabajo y el funcionario los envió inmediatamente, mandando asimismo con uno de ellos el certificado de tránsito y todos los documentos relativos a

la entrega de las cajas en Carfax. Nuevamente, descubrí que el duplicado correspondía exactamente; los portadores estaban en condiciones de complementar la parquedad de los documentos con unos cuantos detalles. Pronto supe que esos detalles estaban relacionados con lo sucio del trabajo y con la terrible sed que les produjo a los trabajadores. Al ofrecerles la oportunidad, más tarde, para que la calmaran, uno de los hombres hizo notar:

—Esa casa, señor, es la más abandonada que he visto en toda mi vida. ¡Caramba! Parece que hace ya un siglo que nadie la ha tocado. Había una capa tan gruesa de polvo que hubiéramos podido dormir en el suelo sin lastimarnos los riñones, y tan en desorden que parecía el antiguo templo de Jerusalén. Pero la vieja capilla... ¡Fue el colmo de todo! Mis compañeros y yo pensamos que nunca saldríamos de esa casa bastante pronto. ¡Cielo santo! ¡Por nada del mundo me quedaría allí un solo instante después de anochecer!

Puesto que yo había estado en la casa, no tuve inconveniente en creerle; pero, si hubiera sabido lo que yo, es seguro que habría empleado palabras más duras.

Hay algo de lo que estoy satisfecho, sin embargo: que *todas* las cajas que llegaron a Whitby de Varna, en el *Demetrio,* estaban depositadas en la vieja capilla de Carfax. Debía haber allí cincuenta, a menos que hubieran retirado ya alguna..., como lo temía, basándome en el diario del doctor Seward.

Tengo que tratar de entrevistarme con el portador que se llevaba las cajas de Carfax, cuando Renfield los atacó. Siguiendo esa pista, es posible que lleguemos a saber muchas cosas importantes.

Más tarde. Mina y yo hemos trabajado durante todo el día y hemos puesto en orden todos los papeles.

Del diario de Mina Harker

30 de septiembre. Estoy tan contenta que me es difícil contenerme. Supongo que se trata de la reacción natural después del horrible temor que tenía: de que ese terrible asunto y la reapertura de sus antiguas heridas podrían actuar en detrimento de Jonathan.

Lo vi salir hacia Whitby con un rostro tan animado como era posible; pero me sentía enferma de aprensión. Sin embargo, el esfuerzo le había sentado bien. Nunca había estado tan re-

suelto, fuerte y con tanta energía volcánica, como ahora. Es exacto lo que me dijo el excelente profesor van Helsing: es verdaderamente resistente y mejora bajo tensiones que matarían a una persona de naturaleza más débil. Ha regresado lleno de vida, de esperanza y de determinación. Lo hemos ordenado todo para esta noche. Me siento muy emocionada. Supongo que es preciso tener lástima de alguien que es tan perseguido como el conde. Solamente que... esa cosa no es humana... No es ni siquiera una bestia. Leer el relato del doctor Seward sobre la muerte de la pobre Lucy y todo lo que siguió, es suficiente para ahogar todos los sentimientos de conmiseración.

Más tarde. Lord Godalming y el señor Morris llegaron más temprano de lo que los esperábamos. El doctor Seward había salido a arreglar unos asuntos y se había hecho acompañar por Jonathan; por consiguiente, tuve que recibirlos yo. Fue para mí algo muy desagradable, debido a que me recordó todas las esperanzas de la pobre Lucy, de hacía solamente unos meses. Naturalmente, habían oído a Lucy hablar de mí y parecía que el doctor van Helsing había estado también "haciéndome propaganda", como lo expresó el señor Morris. ¡Pobres amigos! Ninguno de ellos sabe que estoy al corriente de todas las proposiciones que le hicieron a Lucy. No sabían exactamente qué decir o hacer, ya que ignoraban hasta que punto estaba yo al corriente de todo; por consiguiente, tuvieron que hablar de trivialidades. Sin embargo, reflexioné profundamente y llegué a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era ponerlos al corriente de todo. Sabía, por el diario del doctor Seward, que habían asistido a la muerte de la pobre Lucy..., a la muerte verdadera..., y que no debía tener miedo de revelar un secreto antes de tiempo. Por consiguiente, les dije de la mejor manera posible, que había leído todos los documentos y diarios, y que mi esposo y yo, después de mecanografiarlos, acabábamos de terminar de ponerlos en orden. Les di una copia a cada uno de ellos, para que pudieran leerlos en la biblioteca. Cuando lord Godalming recibió la suya y la leyó cuidadosamente (era un legajo considerable de documentos), dijo:

—¿Ha escrito usted todo esto, señora Harker?

Asentí, y él agregó:

—No comprendo muy bien el fin de todo esto; pero son todos ustedes tan buenos y amables y han estado trabajando de manera tan enérgica y honrada, que lo único que puedo hacer es aceptar todas sus ideas a ciegas y tratar de ayudarlos. Ya he

recibido una lección al tener que aceptar hechos que son suficientes para hacer que un hombre se sienta triste hasta los últimos momentos de su vida. Además, sé que usted amaba a mi pobre Lucy...

Al llegar a este punto, se volvió y se cubrió el rostro con las manos. Alcancé a percibir el llanto en el tono de su voz. El señor Morris, con delicadeza instintiva, le puso una mano en el hombro, durante un momento, y luego salió lentamente de la habitación.

Supongo que hay algo en la naturaleza de una mujer que hace que un hombre se sienta libre para desplomarse frente a ella y expresar sus sentimientos emotivos o de ternura, sin creer que sean humillantes para su virilidad; porque cuando lord Godalming se vio solo conmigo, se sentó en el diván y dio rienda suelta al llanto sincera y abiertamente.

Me senté a su lado y le tomé la mano. Espero que no haya pensado que fuera un atrevimiento mío, y que si piensa en ello después, nunca se le ocurrirá nada semejante.

Lo estoy denigrando un poco; sé que nunca lo hará... Es demasiado caballeresco para eso. Comprendí que su corazón estaba destrozado, y le dije:

—Quería a Lucy y sé lo que ella representaba para usted, y lo que era usted para ella. Éramos como hermanas, y, ahora que ella se ha ido, ¿no va a permitirme que sea como una hermana para usted en medio de su dolor? Sé la tristeza que lo ha embargado, aunque no puedo medir exactamente su profundidad. Si la simpatía y la comprensión pueden ayudarlo a usted en su aflicción, ¿no me permite que lo ayude..., por amor de Lucy?

En un instante, el pobre hombre se encontró abrumado por el dolor. Me pareció que todo lo que había tenido que sufrir en silencio hasta entonces brotaba de golpe. Se puso fuera de sí y, levantando las manos abiertas, hizo chocar las palmas, expresando la magnitud de su dolor. Se puso en pie y, un instante después, volvió a tomar asiento y las lágrimas no cesaban de correrle por las mejillas. Sentí una enorme lástima por él, y sin pensarlo, abrí los brazos. Con un sollozo, apoyó su cabeza en mi hombro y lloró como un niño cansado, al tiempo que temblaba de emoción.

Nosotras, las mujeres, tenemos algo de madres que nos hace elevarnos sobre las cosas menos importantes cuando se invoca la maternidad; sentí que aquella cabeza de hombre presa del dolor reposaba sobre mí, como si fuera la del *bebé* que algún día podré tener en el regazo, y le acaricié el pelo, como si se tratara de mi hijo. En aquel momento no pensé en lo extraño que era todo aquello.

Al cabo de un rato, sus sollozos cesaron y se irguió, excusándose, aunque no trató de esconder su emoción. Me dijo que durante muchos días y noches, días llenos de fatiga y noches sin sueño, se había sentido incapaz de hablar con nadie, como debe hacerlo un hombre en momentos de aflicción como aquellos. No había ninguna mujer cuyo consuelo pudiera serle entregado o con el que, debido a las terribles circunstancias que rodeaban a su dolor, pudiera hablar libremente.

—Ahora sé como sufría —dijo, al tiempo que se secaba los ojos—. Pero, no sé ni siquiera en este momento y ninguna otra persona podrá comprenderlo nunca, lo mucho que ha significado hoy para mí su dulce consuelo. Con el tiempo lo comprenderé mejor, y créame que, aunque se lo agradezco infinitamente ahora, mi agradecimiento irá en aumento al mismo tiempo que mi comprensión. ¿Me permite usted que seamos como hermanos durante todas nuestras vidas..., por amor de Lucy?

—Por el amor de nuestra Lucy —le dije, al tiempo que le daba la mano.

—Y por usted misma —añadió él—, puesto que si la estimación de un hombre y su gratitud tienen algún valor, usted las ha ganado hoy. Si alguna vez en el futuro llega usted a tener necesidad de la ayuda de un hombre, créame que no me llamará usted en vano. Dios quiera que nunca se presente ese momento en que la luz del sol desaparezca de su vida; pero si llegara a presentarse, prométame que acudirá a mí.

Era tan sincero y su dolor había sido tan profundo, que comprendí que sería un consuelo para él, y le dije:

—Se lo prometo.

Cuando salí al pasillo vi al señor Morris, que estaba mirando al exterior por una de las ventanas. Se volvió al oír el ruido de mis pasos.

—¿Cómo está Art? —inquirió.

Luego, viendo mis ojos enrojecidos, siguió diciendo:

—¡Ah! Ya veo que lo ha estado usted consolando. ¡Pobre amigo mío! Eso es lo que necesita. Nadie que no sea una mujer puede consolar a un hombre cuando tiene el corazón destrozado, y él no tiene a ninguna...

Enterró su propio dolor con tanta entereza que mi corazón sangró por él. Vi que tenía el manuscrito en la mano y sabía que en cuanto lo leyera se daría cuenta de cuanto sabía; por consiguiente, le dije:

—Desearía poder consolar a todos los que sufren profundamente. ¿Quiere usted ser mi amigo y venir a mí si necesita consuelo? Más tarde comprenderá usted de qué le estoy hablando.

Vio que se lo decía con sinceridad y, haciéndome una reverencia, me tomó la mano, se la llevó a los labios y la besó. Parecía ser un consuelo demasiado pobre para un alma tan valerosa y desinteresada. Entonces, impulsivamente, me incliné y lo besé.

Sus ojos se le llenaron de lágrimas y se le hizo un nudo en la garganta. Luego, dijo, en tono tranquilo:

—¡Pequeña, nunca olvidará usted esa bondad sincera, en toda su vida!

Luego, se dirigió hacia el estudio, donde se encontraba su amigo.

—¡Pequeña!

La misma palabra con que se había referido a Lucy.

¡Pero demostró ser un amigo!.



XVIII

Del diario del doctor Seward

30 *de septiembre*. Llegué a casa a las cinco y descubrí que Godalming y Morris no solamente habían llegado, sino que también habían estudiado las transcripciones de los diversos diarios y cartas que Harker y su maravillosa esposa habían preparado y ordenado. Harker no había regresado todavía de su visita a los portadores, sobre los que me había escrito el doctor Hennessey. La señora Harker nos dio una taza de té, y puedo decir con toda sinceridad que, por primera vez desde que vivía allí, aquella vieja casona me pareció un hogar. Cuando terminamos, la señora Harker dijo:

—Doctor Seward, ¿puedo pedirle un favor? Deseo ver a su paciente, al señor Renfield. Déjeme verlo. Me interesa mucho lo que dice usted de él en su diario.

Parecía tan suplicante y tan bonita que no pude negárselo; por consiguiente, la llevé conmigo. Cuando entré en la habitación, le dije al hombre que había una dama a la que le gustaría verlo, a lo cual respondió simplemente:

—¿Por qué?

—Está visitando toda la casa y desea ver a todas las personas que hay en ella —le contesté.

—¡Ah, muy bien! —dijo—. Déjela entrar, sea como sea; pero espere un minuto, hasta que ponga en orden el lugar.

Su método de ordenar la habitación era muy peculiar.

Simplemente se tragó todas las moscas y arañas que había en las cajas, antes de que pudiera impedírselo. Era obvio que temía o estaba celoso de cualquier interferencia.

Cuando hubo concluido su desagradable tarea, dijo amablemente:

—Haga pasar a la dama.

Y se sentó sobre el borde de su cama con la cabeza inclinada hacia abajo; pero con los párpados alzados, para poder ver a la dama en cuanto entrara en la habitación.

Por espacio de un momento estuve pensando que quizá tuviera intenciones homicidas.

Recordaba lo tranquilo que había estado poco antes de atacarme en mi propio estudio, y me mantuve en un lugar tal que pudiera sujetarlo inmediatamente si intentaba saltar sobre ella.

La señora Harker entró en la habitación con una gracia natural que hubiera hecho que fuera respetada inmediatamente por cualquier lunático..., ya que la desenvoltura y la gracia son las cualidades que más respetan los locos. Se dirigió hacia él, sonriendo agradablemente, y le tendió la mano.

—Buenas tardes, señor Renfield —le dijo—. Como usted puede ver, lo conozco. El doctor Seward me ha hablado de usted.

El alienado no respondió enseguida, sino que la examinó con el ceño fruncido.

Su expresión cambió, su rostro reflejó el asombro y, luego, la duda; luego, con profunda sorpresa de mi parte, le oí decir:

—No es usted la mujer con la que el doctor deseaba casarse, ¿verdad? No puede usted serlo, puesto que está muerta.

La señora Harker sonrió dulcemente, al tiempo que respondía:

—¡Oh, no! Tengo ya un esposo, con el que estoy casada desde mucho antes de conocer siquiera al doctor Seward. Soy la señora Harker.

—Entonces, ¿qué está usted haciendo aquí?

—Mi esposo y yo hemos venido a visitar al doctor Seward.

—Entonces no se quede.

—Pero, ¿por qué no?

Pensé que aquel estilo de conversación no podía ser más agradable para la señora Harker que lo que lo era para mí. Por consiguiente, intervine:



—¿Cómo sabe usted que deseaba casarme?

Su respuesta fue profundamente desdeñosa y la dio en una pausa en que apartó sus ojos de la señora Harker y posó su mirada en mí, para volverla a fijar inmediatamente después en la dama.

—¡Qué pregunta tan estúpida!

—Yo no lo creo así en absoluto, señor Renfield —le dijo la señora Harker, defendiéndome.

Renfield le habló entonces con tanta cortesía y respeto como desdén había mostrado hacia mí unos instantes antes.

—Estoy seguro de que usted comprenderá, señora Harker, que cuando un hombre es tan querido y honrado como nuestro anfitrión, todo lo relativo a él resulta interesante en nuestra pequeña comunidad. El doctor Seward es querido no solamente por sus servidores y sus amigos, sino también por sus pacientes, que, puesto que muchos de ellos tienen cierto desequilibrio mental, están en condiciones de distorsionar ciertas causas y efectos. Puesto que yo mismo he sido un paciente de un asilo de alienados, no puedo dejar de notar que las tendencias mitómanas de algunos de los asilados conducen hacia errores de *non causa e ignoratio elenchi*.

Abrí mucho los ojos ante ese desarrollo completamente nuevo. Allí estaba el peor de todos mis lunáticos, el más afirmado en su tipo que he encontrado en toda mi vida, hablando de filosofía elemental, con los modales de un caballero refinado. Me pregunté si sería la presencia de la señora Harker la que había tocado alguna cuerda en su memoria. Si aquella nueva fase era espontánea o debida a la influencia inconsciente de la señora, la dama debía poseer algún don o poder extraño.

Continuamos hablando, durante un rato y, viendo que en apariencia razonaba a la perfección, se aventuró, mirándome a mí interrogadoramente al principio, llevándolo hacia su tema favorito de conversación. Volví a asombrarme al ver que Renfield enfocaba la cuestión con la imparcialidad característica de una cordura absoluta; incluso se puso de ejemplo al mencionar ciertas cosas.

—Bueno, yo mismo soy ejemplo de un hombre que tiene una extraña creencia. En realidad, no es extraño que mis amigos se alarmaran e insistieran en que debía ser controlado. Acos-

tumbraba pensar que la vida era una entidad positiva y perpetua, y que al consumir multitud de seres vivos, por muy bajos que se encuentren éstos en la escala de la creación, es posible prolongar la vida indefinidamente. A veces creía en ello con tanta firmeza que trataba de comer carne humana. El doctor, aquí presente, confirmara que una vez traté de matarlo con el fin de fortalecer mis poderes vitales, por la asimilación en mi propio cuerpo de su vida, por medio de su sangre, Basándome, desde luego, en la frase bíblica: "Porque la sangre es vida." Aunque, en realidad, el vendedor de cierta panacea ha vulgarizado la perogrullada hasta llegar al desprecio. ¿No es cierto eso, doctor?

Asentí distraídamente, debido a que estaba tan asombrado que no sabía exactamente qué pensar o decir; era difícil creer que lo había visto comerse sus moscas y arañas menos de cinco minutos antes. Miré mi reloj de pulsera y vi que ya era tiempo de que me dirigiera a la estación para esperar a van Helsing; por consiguiente, le dije a la señora Harker que ya era hora de irnos. Ella me acompañó enseguida, después de decirle amablemente al señor Renfield:

—Hasta la vista. Espero poder verlo a usted con frecuencia, bajo auspicios un poco más agradables para usted.

A lo cual, para asombro mío, el alienado respondió:

—Adiós, querida señora. Le ruego a Dios no volver a ver nunca su dulce rostro. ¡Que Él la bendiga y la guarde!

Cuando me dirigí a la estación, dejé atrás a los muchachos. El pobre Arthur parecía estar más animado que nunca desde que Lucy enfermara, y Quincey estaba mucho más alegre que en muchos días.

Van Helsing descendió del vagón con la agilidad ansiosa de un niño. Me vio inmediatamente y se precipitó a mi encuentro, diciendo:

—¡Hola, amigo John! ¿Cómo está todo? ¿Bien? ¡Bueno! He estado ocupado, pero he regresado para quedarme aquí en caso necesario. He arreglado todos mis asuntos y tengo mucho de qué hablar. ¿Está la señora Mina con usted? Sí. ¿Y su simpático esposo también? ¿Y Arthur y mi amigo Quincey están asimismo en su casa? ¡Bueno!

Mientras nos dirigíamos en el automóvil hacia la casa, lo puse al corriente de todo lo ocurrido y cómo mi propio diario

había llegado a ser de alguna utilidad por medio de la sugestión de la señora Harker. Entonces, el profesor me interrumpió:

—¡Oh! ¡Esa maravillosa señora Mina! Tiene el cerebro de un hombre; de un hombre muy bien dotado, y corazón de mujer. Dios la formó con algún fin excelso, créame, cuando hizo una combinación tan buena. Amigo John, hasta ahora la buena suerte ha hecho que esa mujer nos sea de gran auxilio; después de esta noche no deberá tener nada que hacer en este asunto tan terrible. No es conveniente que corra un peligro tan grande. Nosotros los hombres, puesto que nos hemos comprometido a ello, estamos dispuestos a destruir a ese monstruo; pero no hay lugar en ese plan para una mujer. Incluso si no sufre daños físicos, su corazón puede fallarle en muchas ocasiones, debido a esa multitud de horrores; y a continuación puede sufrir de insomnios a causa de sus nervios, y al dormir, debido a las pesadillas. Además, es una mujer joven y no hace mucho tiempo que se ha casado; puede que haya otras cosas en que pensar en otros tiempos, aunque no en la actualidad. Me ha dicho usted que lo ha escrito todo; por consiguiente, lo consultará con nosotros; pero mañana se apartará de este trabajo, y continuaremos solos.

Estuve sinceramente de acuerdo con él, y a continuación le relaté todo lo que habíamos descubierto en su ausencia y que la casa que había adquirido Drácula era la contigua a la mía. Se sorprendió mucho y pareció sumirse en profundas reflexiones.

—¡Oh! ¡Si lo hubiéramos sabido antes! —exclamó—. Lo hubiéramos podido alcanzar a tiempo para salvar a la pobre Lucy. Sin embargo, "la leche derramada no se puede recoger", como dicen ustedes. No debemos pensar en ello, sino continuar nuestro camino hasta el fin.

Luego, se sumió en un silencio que duró hasta que entramos en mi casa. Antes de ir a prepararnos para la cena, le dijo a la señora Harker:

—Mi amigo John me ha dicho, señora Mina, que su esposo y usted han puesto en orden todo lo que hemos podido obtener hasta este momento.

—No hasta este momento —le dijo ella impulsivamente—, sino hasta esta mañana.

—Pero, ¿por qué no hasta este momento? Hemos visto hasta ahora los buenos resultados que han dado los pequeños

detalles. Hemos revelado todos nuestros secretos y, no obstante, ninguno de ellos va a ser lo peor de cuanto tenemos que aprender aún.

La señora Harker comenzó a sonrojarse, y sacando un papel del bolsillo, dijo:

—Doctor van Helsing, ¿quiere usted leer esto y decirme si es preciso que lo incluyamos? Es mi informe del día de hoy. Yo también he comprendido la necesidad de registrarlo ahora todo, por muy trivial que parezca; pero, en esto hay muy poco que no sea personal. ¿Debemos incluirlo?

El profesor leyó la nota gravemente y se la devolvió a Mina, diciendo:

—No es preciso que lo incluyamos, si usted no lo desea así; pero le ruego que acepte hacerlo. Solamente hará que su esposo la ame todavía más y que todos nosotros, sus amigos, la honremos, la estimemos y la queramos más aún.

La señora Harker volvió a tomar el pedazo de papel con otro sonrojo y una amplia sonrisa.

Y de ese modo, hasta este preciso instante, todos los registros que tenemos están completos y en orden. El profesor se llevó una copia para examinarla después de la cena y antes de nuestra reunión, que ha sido fijada para las nueve de la noche. Los demás lo hemos leído ya todo; así, cuando nos reunamos en el estudio, estaremos bien informados de todos los hechos y podremos preparar nuestro plan de batalla contra ese terrible y misterioso enemigo.

Del diario de Mina Harker

30 de septiembre. Cuando nos reunimos en el estudio del doctor Seward, dos horas después de la cena, que tuvo lugar a las seis de la tarde, formamos de manera inconsciente una especie de junta o comité. El profesor van Helsing se instaló en la cabecera de la mesa, en el sitio que le indicó el doctor Seward en cuanto entró en la habitación. Me hizo sentarme inmediatamente a su derecha y me rogó que actuara como secretaria: Jonathan se sentó a mi lado, y frente a nosotros se encontraban Lord Godalming, el doctor Seward y el señor Morris. Lord Godalming se encontraba al lado del profesor y el doctor Seward en el centro. El profesor dijo:

—Creo que puedo dar por sentado que todos estamos al corriente de los hechos que figuran en esos documentos.

Todos asentimos, y el doctor continuó:

—Entonces, creo que sería conveniente que les diga algo sobre el tipo de enemigo al que vamos a tener que enfrentarnos. Así pues, voy a revelarles parte de la historia de ese hombre, que he podido llegar a conocer. A continuación podremos discutir nuestro método de acción, y podremos tomar de común acuerdo todas las disposiciones necesarias.

"Existen seres llamados vampiros; todos nosotros tenemos pruebas de su existencia. Incluso en el caso de que no dispusiéramos de nuestras desafortunadas experiencias, las enseñanzas y los registros de la antigüedad proporcionan pruebas suficientes para las personas cuerdas. Admito que, al principio, yo mismo era escéptico al respecto. Si no me hubiera preparado durante muchos años para que mi mente permaneciera clara, no lo habría podido creer en tanto los hechos me demostraran que era cierto, con pruebas fehacientes e irrefutables. Si, ¡ay!, hubiera sabido antes lo que sé ahora e incluso lo que adivino, hubiéramos podido quizá salvar una vida que nos era tan preciosa a todos cuantos la amábamos. Pero eso ya no tiene remedio, y debemos continuar trabajando, de tal modo que otras pobres almas no perezcan, en tanto nos sea posible salvarlas. El *nosferatu* no muere como las abejas cuando han picado, dejando su aguijón. Es mucho más fuerte y, debido a ello, tiene mucho más poder para hacer el mal. Ese vampiro que se encuentra entre nosotros es tan fuerte personalmente como veinte hombres; tiene una inteligencia más aguda que la de los mortales, puesto que ha ido creciendo a través de los tiempos; posee todavía la ayuda de la nigromancia, que es, como lo implica su etimología, la adivinación por la muerte, y todos los muertos que fallecen a causa suya están a sus órdenes; es rudo y más que rudo; puede, sin limitaciones, aparecer y desaparecer a voluntad cuando y donde lo desee y en cualquiera de las formas que le son propias; puede, dentro de sus límites, dirigir a los elementos; la tormenta, la niebla, los truenos; puede dar órdenes a los animales dañinos, a las ratas, los búhos y los murciélagos... A las polillas, a los zorros y a los lobos; puede crecer y disminuir de tamaño; y puede a veces hacerse invisible. Así pues, ¿cómo vamos a llevar a cabo nuestro ataque para destruirlo? ¿Cómo podremos encontrar el lugar en que se oculta y, después de haberlo hallado, destruirlo? Amigos míos, es una gran labor.

Vamos a emprender una tarea terrible, y puede haber suficiente para hacer que los valientes se estremezcan. Puesto que si fracasamos en nuestra lucha, él tendrá que vencernos necesariamente y, ¿dónde terminaremos nosotros en ese caso? La vida no es nada; no le doy importancia. Pero, fracasar en este caso no significa solamente vida o muerte. Es que nos volveríamos como él; que en adelante seríamos seres nefandos de la noche, como él... Seres sin corazón ni conciencia, que se dedican a la rapiña de los cuerpos y almas de quienes más aman. Para nosotros, las puertas del cielo permanecerán cerradas para siempre, porque, ¿quién podrá abrírnoslas? Continuaremos existiendo, despreciados por todos, como una mancha ante el resplandor de Dios; como una flecha en el costado de quien murió por nosotros. Pero, estamos frente a frente con el deber y, en ese caso, ¿podemos retroceder? En lo que a mi respecta, digo que no; pero yo soy viejo, y la vida, con su brillo, sus lugares agradables, el canto de los pájaros, su música y su amor, ha quedado muy atrás. Todos los demás son jóvenes. Algunos de ustedes han conocido el dolor, pero les esperan todavía días muy dichosos. ¿Qué dicen ustedes?"

Mientras el profesor hablaba, Jonathan me había tomado de la mano. Temía que la naturaleza terrible del peligro lo estuviera abrumando, cuando vi que me tendía la mano; pero el sentir su contacto me infundió vida..., tan fuerte, tan segura, con tanta resolución... La mano de un hombre valiente puede hablar por sí misma; no necesita ni siquiera que sea una mujer enamorada quien escuche su música.

Cuando el profesor cesó de hablar, mi esposo me miró a los ojos y yo lo miré a él; no necesitábamos hablar para comprendemos.

—Respondo por Mina y por mí —dijo.

—Cuente conmigo, profesor —dijo Quincey Morris, lacónicamente, como de costumbre.

—Estoy con ustedes —dijo lord Godalming—, por el amor de Lucy, y no por ninguna otra razón.

El doctor Seward se limitó a asentir. El profesor se puso en pie y después de dejar su crucifijo de oro sobre la mesa, extendió las manos a ambos lados. Yo le tomé la mano derecha y lord Godalming la izquierda; Jonathan me cogió la mano derecha con su izquierda y tendió su derecha al señor Morris. Así, cuando todos nos tomamos de la mano, nuestra promesa solemne

estaba hecha. Sentí una frialdad mortal en el corazón, pero ni por un momento se me ocurrió retractarme. Volvimos a tomar asiento en nuestros sitios correspondientes y el doctor van Helsing siguió hablando, con una complacencia que mostraba claramente que había comenzado el trabajo en serio. Era preciso tomarlo con la misma gravedad y seriedad que cualquier otro asunto importante de la vida.

—Bueno, ya saben a qué tendremos que enfrentarnos; pero tampoco nosotros carecemos de fuerza. Tenemos, por nuestra parte, el poder de asociarnos... Un poder que les es negado a los vampiros; tenemos fuentes científicas; somos libres para actuar y pensar, y nos pertenecen tanto las horas diurnas como las nocturnas. En efecto, por cuanto nuestros poderes son extensos, son también abrumadores, y estamos en libertad para utilizarlos. Tenemos una verdadera devoción a una causa y un fin que alcanzar que no tiene nada de egoísta. Eso es mucho ya.

"Ahora, veamos hasta dónde están limitados los poderes a que vamos a enfrentarnos y cómo está limitado el individuo. En efecto, vamos a examinar las limitaciones de los vampiros en general y de éste en particular.

"Todo cuanto tenemos como puntos de referencia son las tradiciones y las supersticiones. Esos fundamentos no parecen, al principio, ser muy importantes, cuando se ponen en juego la vida y la muerte. No tenemos modo de controlar otros medios, y, en segundo lugar porque, después de todo, esas cosas, la tradición y las supersticiones, son algo. ¿No es cierto que otros conservan la creencia en los vampiros, aunque nosotros no? Hace un año, ¿quién de nosotros hubiera aceptado una posibilidad semejante, en medio de nuestro siglo diecinueve, científico, escéptico y realista? Incluso nos negábamos a aceptar una creencia que parecía justificada ante nuestros propios ojos. Aceptemos entonces que el vampiro y la creencia en sus limitaciones y en el remedio contra él reposan por el momento sobre la misma base. Puesto que déjenme decirles que ha sido conocido en todos los lugares que han sido habitados por los hombres. En la antigua Grecia, en la antigua Roma; existió en Alemania, en Francia, en la India, incluso en el Chernoseso; y en China, que se encuentra tan lejos de nosotros, por todos conceptos, existe todavía, y los pueblos los temen incluso en nuestros días. Ha seguido la estela de los islandeses navegantes, de los malditos hunos, de los eslavos, los sajones y los magiares. Hasta aquí, tenemos todo lo que podríamos necesitar para ac-

tuar; y permítanme decirles que muchas de las creencias han sido justificadas por lo que hemos visto en nuestra propia y desgraciada experiencia. El vampiro sigue viviendo y no puede morir simplemente a causa del paso del tiempo; puede fortalecerse, cuando tiene oportunidad de alimentarse de la sangre de los seres vivos. Todavía más: hemos visto entre nos otros que puede incluso rejuvenecerse; que sus facultades vitales se hacen más poderosas y que parecen refrescarse cuando tiene suficiente provisión de sangre humana. Pero no puede prosperar sin ese régimen; no come como los demás. Ni siquiera el amigo Jonathan, que vivió con él durante varias semanas, lo vio comer nunca. No proyecta sombra, ni se refleja en los espejos, como observó también Jonathan. Tiene la fuerza de muchos en sus manos, testimonio también de Jonathan, cuando cerró la puerta contra los lobos y cuando lo ayudó a bajar de la diligencia. Puede transformarse en lobo, como lo sabemos por su llegada a Whitby y por el amigo John, que lo vio salir volando de la casa contigua, y por mi amigo Quincey que lo vio en la ventana de la señorita Lucy. Puede aparecer en medio de una niebla que él mismo produce, como lo atestigua el noble capitán del barco, que lo puso a prueba; pero, por cuanto sabemos, la distancia a que puede hacer llegar esa niebla es limitada y solamente puede encontrarse en torno a él. Llega en los rayos de luz de la luna como el polvo cósmico... Como nuevamente Jonathan vio a esas hermanas en el castillo de Drácula. Se hace tan pequeño... Nosotros mismos vimos a la señorita Lucy, antes de que recuperara la paz, entrar por una rendija del tamaño de un cabello en la puerta de su tumba. Puede, una vez que ha encontrado el camino, salir o entrar de o a cualquier sitio, por muy herméticamente cerrado que esté, o incluso unido por el fuego..., soldado, podríamos decir. Puede ver en la oscuridad..., lo cual no es un pequeño poder en un mundo que esta siempre sumido a medias en la oscuridad. Pero, escúchenme bien: puede hacer todas esas cosas, aunque no está libre. No, es todavía más prisionero que el esclavo en las galeras o el loco en su celda. No puede ir a donde quiera. Aunque no pertenece a la naturaleza debe, no obstante, obedecer a algunas de las leyes naturales... No sabemos por qué. No puede entrar en cualquier lugar al principio, a menos que haya algún habitante de la casa que lo haga entrar; aunque después pueda entrar cuándo y cómo quiera. Sus poderes cesan, como los de todas las cosas malignas, al llegar el día.

"Solamente en algunas ocasiones puede gozar de cierto margen de libertad. Si no se encuentra exactamente en el lugar

debido, solamente puede cambiarse al mediodía o en el preciso momento de la puesta del sol o del amanecer. Son cosas que hemos sabido, y que en nuestros registros hemos probado por inferencia. Así, mientras puede hacer lo que guste dentro de sus límites, cuando se encuentra en el lugar que le corresponde, en tierra, en su ataúd o en el infierno, en un lugar profano, como vimos cuando se dirigió a la tumba del suicida en Whitby; en otros lugares, solamente puede cambiarse cuando llega el momento oportuno. Se dice también que solamente puede pasar por las aguas corrientes al reflujo de la marea. Además, hay cosas que lo afectan de tal forma que pierde su poder, como los ajos, que ya conocemos, y las cosas sagradas, como este símbolo, mi crucifijo, que estaba entre nosotros incluso ahora, cuando hicimos nuestra resolución; para él todas esas cosas no es nada; pero toma su lugar a distancia y guarda silencio, con respeto. Existen otras cosas también, de las que voy a hablarles, por si en nuestra investigación las necesitamos. La rama de rosal silvestre que se coloca sobre su féretro le impide salir de él; una bala consagrada disparada al interior de su ataúd, lo mata, de tal forma que queda verdaderamente muerto; en cuanto a atravesarlo con una estaca de madera o a cortarle la cabeza, eso lo hace reposar para siempre. Lo hemos visto con nuestros propios ojos.

"Así, cuando encontremos el lugar en que habita ese hombre del pasado, podemos hacer que permanezca en su féretro y destruirlo, si empleamos todos nuestros conocimientos al respecto. Pero es inteligente. Le pedí a mi amigo Arminius, de la Universidad de Budapest, que me diera informes para establecer su ficha y, por todos los medios a su disposición, me comunicó lo que sabía. En realidad, debía tratarse del Voivo de Drácula que obtuvo su nobleza luchando contra los turcos, sobre el gran río que se encuentra en la frontera misma de las tierras turcas. De ser así, no se trataba entonces de un hombre común; puesto que en esa época y durante varios siglos después se habló de él como del más inteligente y sabio, así como el más valiente de los hijos de la "tierra más allá de los bosques". Ese poderoso cerebro y esa resolución férrea lo acompañaron a la tumba y se enfrentan ahora a nosotros. Los Drácula eran, según Arminius, una familia grande y noble; aunque, de vez en cuando, había vástagos que, según sus coetáneos, habían tenido tratos con el maligno. Aprendieron sus secretos en la Escolomancia, entre las montañas sobre el lago Hermanstadt, donde el diablo reclamaba al décimo estudiante como suyo propio. En los registros hay

palabras como..., brujo, y.. Satán e infierno; y en un manuscrito se habla de este mismo Drácula como de un "wampyr", que todos comprendemos perfectamente. De esa familia surgieron muchos hombres y mujeres grandes, y sus tumbas consagraron la tierra donde sólo este ser maligno puede morar. Porque no es el menor de sus horrores que ese ser maligno esté enraizado en todas las cosas buenas, sino que no puede reposar en suelo que tenga reliquias santas."

Mientras hablaba el maestro, el señor Morris estaba mirando fijamente a la ventana y, levantándose tranquilamente, salió de la habitación. Se hizo una ligera pausa y el profesor continuó:

—Ahora debemos decidir qué vamos a hacer. Tenemos a nuestra disposición muchos datos y debemos hacer los planes necesarios para nuestra campaña. Sabemos por la investigación llevada a cabo por Jonathan que enviaron del castillo cincuenta cajas de tierra a Whitby, y que todas ellas han debido ser entregadas en Carfax; sabemos asimismo que al menos unas cuantas de esas cajas han sido retiradas. Me parece que nuestro primer paso debe ser el averiguar si el resto de esas cajas permanecen todavía en la casa que se encuentra más allá del muro que hemos observado hoy, o si han sido retiradas otras. De ser así, debemos seguirlas...

En ese punto, fuimos interrumpidos de un modo asombroso. Al exterior de la casa sonó el ruido de un disparo de pistola; el cristal de la ventana fue destrozado por una bala que, desviada sobre el borde del marco, fue a estrellarse en el lado opuesto de la habitación. Temo que soy en el fondo una cobarde, puesto que me estremecí profundamente. Todos los hombres se pusieron en pie; lord Godalming se precipitó a la ventana y la abrió. Al hacerlo, oímos al señor Morris que decía:

—¡Lo siento! Creo haberlos alarmado. Voy a subir y les explicaré todo lo relativo a mi acto.

Un minuto más tarde entró en la habitación, y dijo:

—Fue una idiotez de mi parte y le pido perdón, señora Harker, con toda sinceridad. Creo que he debido asustarla mucho. Pero el hecho es que mientras el profesor estaba hablando un gran murciélago se posó en el pretil de la ventana. Les tengo un horror tan grande a esos espantosos animales desde que se produjeron los sucesos recientes, que no puedo soportarlos y salí para pegarle un tiro, como lo he estado haciendo todas las

noches, siempre que veo a alguno. Antes acostumbraba usted reírse de mí por ello, Art.

—¿Lo hirió? —preguntó el doctor van Helsing.

—No lo sé, pero creo que no, ya que se alejó volando hacia el bosque.

Sin añadir más, volvió a ocupar su asiento, y el profesor reanudó sus declaraciones:

—Debemos encontrar todas y cada una de esas cajas, y cuando estemos preparados, debemos capturar o liquidar a ese monstruo o, por así decirlo, debemos esterilizar esa tierra, para que ya no pueda buscar refugio en ella. Así, al fin, podremos hallarlo en su forma humana, entre el mediodía y la puesta del sol y atacarlo cuando más debilitado se encuentre.

"Ahora, en cuanto a usted, señora Mina, esta noche es el fin, hasta que todo vaya bien. Nos es usted demasiado preciosa para correr riesgos semejantes. Cuando nos separemos esta noche, usted no deberá ya volver a hacernos preguntas. Se lo explicaremos todo a su debido tiempo. Nosotros somos hombres, y estamos en condiciones de soportarlo, pero usted debe ser nuestra estrella y esperanza, y actuaremos con mayor libertad si no se encuentra usted en peligro, como nosotros."

Todos los hombres, incluso Jonathan, parecieron sentir alivio, pero no me parecía bueno que tuvieran que enfrentarse al peligro y quizá reducir su seguridad, siendo la fuerza la mejor seguridad..., sólo por tener que cuidarme; pero estaban decididos, y aunque era una píldora difícil de tragar para mí, no podía decir nada. Me limité a aceptar aquel cuidado quijotesco de mi persona.

El señor Morris resumió la discusión:

—Como no hay tiempo que perder, propongo que le echemos una ojeada a esa casa ahora mismo. El tiempo es importante y una acción rápida nuestra puede salvar a otra víctima.

Sentí que el corazón me fallaba, cuando vi que se acercaba el momento de entrar en acción, pero no dije nada, pues tenía miedo, ya que si parecía ser un estorbo o una carga para sus trabajos, podrían dejarme incluso fuera de sus consejos. Ahora se han ido a Carfax, lo cual quiere decir que van a entrar en la casa.

De manera muy varonil, me han dicho que me acueste y que duerma, como si una mujer pudiera dormir cuando las personas a quienes ama se encuentran en peligro.

Tengo que acostarme y fingir que duermo, para que Jonathan no sienta más ansiedad por mí cuando regrese.

Del diario del doctor Seward

1 de octubre, a las cuatro de la mañana. En el momento en que nos disponíamos a salir de la casa, me llegó un mensaje de Renfield, rogándome que fuera a verlo inmediatamente, debido a que tenía que comunicarme algo de la mayor importancia. Le dije al mensajero que le comunicara que cumpliría sus deseos por la mañana; que estaba ocupado en esos momentos. El enfermero añadió:

—Parece muy intranquilo, señor. Nunca lo había visto tan ansioso. Creo que si no va usted a verlo pronto, es posible que tenga uno de sus ataques de violencia.

Sabía que el enfermero no me diría eso sin tener una causa justificada para ello y, por consiguiente, le dije:

—Muy bien, iré a verlo ahora mismo.

Y les pedí a los otros que me esperaran unos minutos, puesto que tenía que ir a visitar a mi "paciente".

—Lléveme con usted, amigo John —dijo el profesor —. Su caso, que se encuentra en el diario de usted, me interesa mucho y ha tenido relación también, de vez en cuando, con nuestro caso. Me gustaría mucho verlo, sobre todo cuando su mente se encuentra en mal estado.

—¿Puedo acompañarlos también? —preguntó lord Godalming.

—¿Yo también? —inquirió el señor Morris—. ¿Puedo acompañarlos?

—¿Me dejan ir con ustedes? —quiso saber Harker.

Asentí, y avanzamos todos juntos por el pasillo.

Lo encontramos en un estado de excitación considerable, pero mucho más razonable en su modo de hablar y en sus modales de lo que lo había visto nunca. Tenía una comprensión inusitada de sí mismo, que iba más allá de todo lo que había

encontrado hasta entonces en los lunáticos, y daba por sentado que sus razonamientos prevalecerían con otras personas cuerdas. Entramos los cinco en la habitación, pero, al principio, ninguno de los otros dijo nada. Su petición era la de que lo dejara salir inmediatamente del asilo y que lo mandara a su casa. Apoyaba su súplica con argumentos relativos a su recuperación completa, y ponía como ejemplo su propia cordura de ese momento.

—Hago un llamamiento a sus amigos —dijo—. Es posible que no les moleste sentarse a examinar mi caso. A propósito, no me ha presentado usted a ellos.

Estaba tan extrañado, que el hecho de presentar a otras personas a un loco recluido en un asilo no me pareció extraño en ese momento. Además, había cierta dignidad en los modales del hombre, que denunciaba tanto la costumbre de considerarse como un igual, que hice las presentaciones inmediatamente.

—Lord Godalming, el profesor van Helsing, el señor Quincey Morris, de Texas, el señor Jonathan Harker y el señor Renfield.

Les dio la mano a todos ellos, diciéndoles, conforme lo hacía:

—Lord Godalming, tuve el honor de secundar a su padre en el Windham; siento saber, por el hecho de que es usted quien posee el título, que ya no existe. Era un hombre querido y respetado por todos los que lo conocían, y he oído decir que en su juventud fue el inventor del ponche de ron que es tan apreciado en la noche del Derby.

"Señor Morris, debe estar usted orgulloso de su gran estado. Su recepción en la Unión puede ser un acontecimiento de gran alcance que puede tener repercusiones en lo futuro, cuando los Polos y los Trópicos puedan firmar una alianza con las Estrellas y las Barras. El poder del Tratado puede resultar todavía un motor de expansión, cuando la doctrina Monroe ocupe el lugar que le corresponde como fábula política. ¿Qué puede decir cualquier hombre sobre el placer que siente al conocer a van Helsing? Señor, no me excuso por abandonar todas las formas de prejuicios tradicionales. Cuando un individuo ha revolucionado la terapéutica por su descubrimiento de la evolución continua de la materia cerebral, las formas tradicionales no son apropiadas, puesto que darían la impresión de limitarlo a una clase específica. A ustedes, caballeros, que por nacionalidad, por heren-

cia o por dones naturales, están destinados a ocupar sus lugares respectivos en el mundo en movimiento, los tomo como testigos de que estoy tan cuerdo como, al menos, la mayoría de los hombres que están en completa posesión de su libertad. Y estoy seguro de que usted, doctor Seward, humanista y médico jurista, así como científico, considerará como un deber moral el tratarme como a alguien que debe ser considerado bajo circunstancias excepcionales.”

Hizo esta última súplica con un aire de convencimiento que no dejaba de tener su encanto.

Creo que estábamos todos asombrados. Por mi parte, estaba convencido, a pesar de que conocía el carácter y la historia del hombre, que había recobrado la razón, y me sentí impulsado a decirle que estaba satisfecho en lo tocante a su cordura y que llevaría a cabo todo lo necesario para dejarlo salir del asilo al día siguiente. Sin embargo, creí preferible esperar, antes de hacer una declaración tan grave, puesto que hacía mucho que estaba al corriente de los cambios repentinos que sufría aquel paciente en particular.

Así, me contenté con hacer una declaración en el sentido de que parecía estar curándose con mucha rapidez; que conversaría largamente con él por la mañana, y que entonces decidiría qué podría hacer para satisfacer sus deseos. Eso no lo satisfizo en absoluto, puesto que se apresuró a decir:

—Pero, temo, doctor Seward, que no ha comprendido usted cuál es mi deseo. Deseo irme ahora... Inmediatamente..., en este preciso instante..., sin esperar un minuto más, si es posible. El tiempo urge, y en nuestro acuerdo implícito con el viejo escita, esa es la esencia del contrato. Estoy seguro de que es suficiente comunicar a un doctor tan admirable como el doctor Seward un deseo tan simple aunque tan impulsivo, para asegurar que sea satisfecho.

Me miró inteligentemente y, al ver la negativa en mi rostro, se volvió hacia los demás y los examinó detenidamente. Al no encontrar una reacción suficientemente favorable, continuó diciendo:

—¿Es posible que me haya equivocado en mi suposición?

—Así es —le dije francamente, pero, al mismo tiempo, como lo comprendí enseguida, con brutalidad.

Se produjo una pausa bastante larga y, luego, dijo lentamente:

—Entonces, supongo que deberé cambiar solamente el modo en que he formulado mi petición. Déjeme que le ruegue esa concesión..., don, privilegio, como quiera usted llamarlo. En un caso semejante, me veo contento de implorar, no por motivos personales, sino por amor de otros. No estoy en libertad para facilitarle a usted todas mis razones, pero puede usted, se lo aseguro, aceptar mi palabra de que son buenas, sanas y no egoístas, y que proceden de un alto sentido del deber. Si pudiera usted mirar dentro de mi corazón, señor, aprobaría de manera irrestricta los sentimientos que me animan. Además, me contaría usted entre los mejores y los más sinceros de sus amigos.

Nuevamente nos miró con ansiedad. Tenía el convencimiento cada vez mayor de que su cambio repentino de método intelectual era solamente otra forma o fase de su locura y, por consiguiente, tomé la determinación de dejarlo hablar todavía un poco, sabiendo por experiencia que, al fin, como todos los lunáticos, se denunciaría él mismo.

Van Helsing lo estaba observando con una mirada de extraordinaria intensidad, con sus pobladas cejas casi en contacto una con la otra, a causa de la fija concentración de su mirada. Le dijo a Renfield en un tono que no me sorprendió en ese momento, pero sí al pensar en ello más adelante..., puesto que era el de alguien que se dirigía a un igual:

—¿No puede usted decirnos francamente cuáles son sus razones para desear salir del asilo esta misma noche? Estoy seguro de que si desea usted satisfacerme incluso a mí, que soy un extranjero sin prejuicios y que tengo la costumbre de aceptar todo tipo de ideas, el doctor Seward le concederá, bajo su responsabilidad, el privilegio que desea.

Renfield sacudió la cabeza tristemente y con una expresión de enorme sentimiento. El profesor siguió diciendo:

—Vamos, señor mío, piénselo bien. Pretende usted gozar del privilegio de la razón en su más alto grado, puesto que trata usted de impresionarnos con su capacidad para razonar. Hace usted algo cuya cordura tenemos derecho a poner en duda, debido a que no ha sido todavía dado de alta del tratamiento médico a causa de un defecto mental precisamente. Si no nos ayuda usted a escoger lo más razonable, ¿cómo quiere usted que llevemos a cabo los deberes que usted mismo nos ha fija-

do? Sería conveniente que nos ayudara, y si podemos hacerlo, lo ayudaremos para que sus deseos sean satisfechos.

Renfield volvió a sacudir la cabeza, y dijo:

—Doctor van Helsing, nada tengo que decir. Su argumento es completo y si tuviera libertad para hablar, no dudaría ni un solo momento en hacerlo, pero no soy yo quien tiene que decidir en ese asunto. Lo único que puedo hacer es pedirles que confíen en mí. Si me niegan esa confianza, la responsabilidad no será mía.

Creí que era el momento de poner fin a aquella escena, que se estaba tornando demasiado cómicamente grave. Por consiguiente, me dirigí hacia la puerta, al tiempo que decía:

—Vámonos, amigos míos. Tenemos muchas cosas que hacer. ¡Buenas noches!

Sin embargo, cuando me acerqué a la puerta, un nuevo cambio se produjo en el paciente. Se dirigió hacia mí con tanta rapidez que, por un momento, temí que se dispusiera a llevar a cabo otro ataque homicida. Sin embargo, mis temores eran infundados, ya que extendió las dos manos, en actitud suplicante y me hizo su petición en tono emocionado. Como vio que el mismo exceso de su emoción operaba en contra suya, al hacernos volver a nuestras antiguas ideas, se hizo todavía más demostrativo.

Miré a van Helsing y vi mi convicción reflejada en sus ojos; por consiguiente, me convencí todavía más de lo correcto de mi actitud e hice un ademán que significaba claramente que sus esfuerzos no servían para nada. Había visto antes en parte la misma emoción que crecía constantemente, cuando me dirigía alguna petición de lo que, en aquellos momentos, significaba mucho para él, como, por ejemplo, cuando deseaba un gato; y esperaba presenciar el colapso hacia la misma aquiescencia hosca en esta ocasión. Lo que esperaba no se cumplió, puesto que, cuando comprendió que su súplica no servía de nada, se puso bastante frenético. Se dejó caer de rodillas y levantó las manos juntas, permaneciendo en esa postura, en dolorosa súplica, y repitió su ruego con insistencia, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas, y tanto su rostro como su cuerpo expresaban una intensa emoción.

—Permítame suplicarle, doctor Seward; déjeme que le implore que me deje salir de esta casa inmediatamente. Mándeme como quiera y a donde quiera; envíe guardianes conmigo,

con látigos y cadenas; deje que me lleven metido en una camisa de fuerza, maniatado y con las piernas trabadas con cadenas, incluso a la cárcel, pero déjeme salir de aquí. No sabe usted lo que hace al retenerme aquí. Le estoy hablando del fondo de mi corazón..., con toda mi alma. No sabe usted a quién causa perjuicio, ni cómo, y yo no puedo decírselo. ¡Ay de mí! No puedo decirlo. Por todo lo que le es sagrado, por todo lo que le es querido; por su amor perdido, por su esperanza de que viva, por amor del Todopoderoso, sáqueme usted de aquí y evite que mi alma se sienta culpable. ¿No me oye usted, doctor? ¿No comprende usted que estoy cuerdo, y que le estoy diciendo ahora la verdad, que no soy un lunático en un momento de locura, sino un hombre cuerdo que está luchando por la salvación de su alma? ¡Oh, escúcheme! ¡Déjeme salir de aquí! ¡Déjeme! ¡Déjeme!

Pensé que cuanto más durara todo aquello tanto más furioso se pondría y que, así, le daría otro ataque de locura. Por consiguiente, lo tomé de la mano e hice que se levantara.

—Vamos —le dije con firmeza —. No continúe esa escena; ya la hemos presenciado bastante. ¡Vaya a su cama y trate de comportarse de modo más discreto!

Repentinamente guardó silencio y me miró un momento fijamente. Luego, sin pronunciar una sola palabra, se volvió y se sentó al borde de la cama. El colapso se había producido, como en ocasiones anteriores, tal como yo lo había esperado.

Cuando me disponía a salir de la habitación, el último del grupo, me dijo, con voz tranquila y bien controlada:

—Espero, doctor Seward, teniendo en cuenta lo que pueda suceder más adelante, que haya yo hecho todo lo posible por convencerlo a usted esta noche.

XIX

Del diario de Jonathan Harker

1 *de octubre, a las cinco de la mañana*. Salí con el grupo para llevar a cabo la investigación con la mente tranquila, debido a que creo que no había visto nunca a Mina tan firme y tan bien. Me alegro mucho de que consintiera en apartarse y dejarnos a nosotros, los hombres, encargarnos del trabajo. En cierto modo, era como una pesadilla para mí que estuviera mezclada en tan terrible asunto, pero ahora que su trabajo está hecho y que se debe a su energía e inteligencia, así como a su previsión, que toda la historia haya sido reunida, de tal modo que cada detalle tiene significado, puede sentir con todo derecho que ya ha llevado a cabo su parte y que, en adelante, puede dejar que nosotros nos encarguemos de todo el resto. Creo que estábamos todos un poco molestos por la escena que había tenido lugar con el señor Renfield. Cuando salimos de su habitación, guardamos todos silencio hasta que regresamos al estudio. Una vez allí, el señor Morris dijo, dirigiéndose al doctor Seward:

—Dígame, Jack, si ese hombre no estaba representando una escena con el fin de engañarnos, creo que es el lunático más cuerdo que he conocido. No estoy seguro, pero creo que tenía algún fin serio, y en ese caso, es muy cruel que no se le haya dado ni una sola oportunidad.

Lord Godalming y yo guardamos silencio, pero el doctor van Helsing añadió:

—Amigo John, conoce usted a más lunáticos que yo, y me alegro de ello, porque temo que si fuera yo quien tuviera que decidir, lo hubiera dejado en libertad antes de que se produjera ese ataque de neurosis. Pero vivimos aprendiendo y en el momento actual no debemos correr riesgos inútiles, como diría mi amigo Quincey. Todos están mejor como están.

El doctor Seward pareció responderles a los dos de un modo preocupado:

—Yo lo único que sé es que estoy de acuerdo con ustedes. Si ese hombre hubiera sido un lunático ordinario, habría

corrido el riesgo de confiar en él, pero parece estar tan ligado al conde de un modo tan extraño, que tengo miedo de hacer algo indebido al satisfacer sus deseos. No puedo olvidar cómo suplicaba casi con el mismo fervor porque deseaba un gato, y cómo después trató de destrozarme la garganta con los dientes.

Además, llamó al conde "señor y amo" y es posible que desee salir para ayudarlo en algún plan diabólico. Esa cosa horrible tiene a los lobos, a las ratas y a sus iguales para que lo ayuden, de modo que supongo que es capaz de utilizar a un pobre lunático. Sin embargo, es cierto que parecía sincero. Sólo es pero que hayamos hecho lo mejor posible en este caso. Esas cosas, junto al duro trabajo que nos espera, son suficientes para afectar los nervios de un hombre.

El profesor avanzó y, poniéndole una mano en el hombro, le dijo con la gravedad y amabilidad que le eran habituales:

—No tema, amigo John. Estamos tratando de cumplir con nuestro deber en un caso extremadamente triste y terrible; sólo podemos hacer lo que nos parezca mejor. ¿Qué otra cosa podemos esperar, a no ser la piedad del Altísimo?

Lord Godalming había salido durante unos minutos, pero regresó inmediatamente. Levantó un pequeño silbato de plata, al tiempo que observaba:

—Es posible que esa vieja casona esté llena de ratas, y en ese caso, tenemos un antídoto a mano.

Después de pasar sobre el muro, nos dirigimos hacia la casa, teniendo cuidado de permanecer entre las sombras de los árboles, proyectadas sobre el césped, cuando salía la luna. Cuando llegamos al porche, el profesor abrió su maletín y sacó un montón de objetos, que colocó en uno de los escalones, formando con ellos cuatro grupos, evidentemente uno para cada uno de nosotros. Luego dijo:

—Amigos míos, vamos a correr un riesgo tremendo, y tenemos que armarnos de diversas formas. Nuestro enemigo no lo es solamente espiritual. Recuerden que tiene la fuerza de veinte hombres y que, aunque nuestros cuellos o nuestros aparatos respiratorios son del tipo común, o sea, que pueden ser rotos o aplastados, los de él no pueden ser vencidos simplemente por la fuerza. Un hombre más fuerte, o un grupo de hombres que, en conjunto son más fuertes que él, pueden sujetarlo a veces, pero no pueden herirlo, como nosotros podemos ser heri-

dos por él. Así pues, es preciso que tengamos cuidado de que no nos toque. Mantengan esto cerca de sus corazones.

Al hablar, levantó un pequeño crucifijo de plata y me lo entregó, ya que era yo el que más cerca de él se encontraba.

—Póngase estas flores alrededor del cuello.

Al decir eso, me tendió un collar hecho con cabezas de ajos.

—Para otros enemigos más terrenales, este revólver y este puñal, y para ayuda de todos, esas pequeñas linternas eléctricas, que pueden ustedes sujetar a su pecho, y sobre todo y por encima de todo, finalmente, esto, que no debemos emplear sin necesidad.

Era un trozo de la Sagrada Hostia, que metió en un sobre y me entregó. Todos los demás fueron provistos de manera similar.

—Ahora —dijo—, amigo John, ¿dónde están las llaves maestras? Si logramos abrir la puerta, no necesitaremos introducirnos en la casa por la ventana, como lo hicimos antes en la de la señorita Lucy.

El doctor Seward ensayó un par de llaves maestras, con la destreza manual del cirujano, que le daba grandes ventajas para ejecutar aquel trabajo. Finalmente, encontró una que entraba y, después de varios avances y retrocesos, el pestillo cedió y, con un chirrido, se retiró. Empujamos la puerta; los goznes herrumbrosos chirriaron y se abrió.

Era algo asombrosamente semejante a la imagen que me había formado de la apertura de la tumba de la señorita Westenra, tal como la había leído en el diario del doctor Seward; creo que la misma idea se les ocurrió a todos los demás, puesto que, como de común acuerdo, retrocedieron. El profesor fue el primero en avanzar y en dirigirse hacia la puerta abierta.

—*¡In manustuas, Domine!* —dijo, persignándose, al tiempo que cruzaba el umbral de la puerta.

Cerramos la puerta a nuestras espaldas, para evitar que cuando encendiéramos las lámparas, el resplandor pudiera atraer a alguien que lo viera desde la calle. El profesor pulsó el pestillo cuidadosamente, por si no es tuviéramos en condiciones

de abrirlo rápidamente en caso de que tuviéramos que salir de la casa a toda prisa.

Entonces, encendimos todos nuestras lámparas y comenzamos nuestra investigación.

La luz de las diminutas lámparas caía sobre toda clase de formas extrañas, cuando los rayos se cruzaban unos con otros o nuestros cuerpos opacos proyectaban enormes sombras. No se apartaba de mí el sentimiento de que había alguien más entre nosotros. Supongo que era el recuerdo, sugerido de manera tan poderosa por el tétrico ambiente, de la espantosa experiencia que yo tuviera en Transilvania. Creo que todos nosotros teníamos el mismo sentimiento, puesto que noté que los otros no cesaban de mirar por encima del hombro cada vez que se producía un ruidito o que se proyectaba alguna nueva sombra, tal como lo hacía yo mismo.

Todo el lugar estaba cubierto por una espesa capa de polvo. En el suelo, esa capa tenía varios centímetros de profundidad, excepto en los lugares en que se veían huellas de pasos recientes en las que, bajando la lámpara, pude ver marcas de tachuelas. Los muros estaban mohosos y cubiertos de polvo, y en los rincones había gruesas telarañas, sobre las que se había acumulado el polvo, de tal forma que colgaban como trapos desgarrados en los lugares en que se habían roto, a causa del peso que tenían que soportar. En una mesa, en el vestíbulo, había un gran manojo de llaves, cada una de las cuales tenía una etiqueta amarillenta a causa de la acción del tiempo. Habían sido usadas varias veces, puesto que había varias marcas en el polvo similares a la que quedó cuando el profesor levantó las llaves. Van Helsing se volvió hacia mí y me dijo:

—Usted conoce este lugar, Jonathan. Ha copiado planos de él, y lo conoce por lo menos mejor que todos nosotros. ¿Por dónde se va a la capilla?

Tenía una idea de en dónde se encontraba, aunque durante mi última visita no había logrado entrar en ella; por consiguiente, los guié y, después de unas cuantas vueltas equivocadas, me encontré frente a una puerta baja, que formaba un arco de madera de roble, cruzada por barras de hierro.

—Este es el lugar —dijo el profesor, al tiempo que hacía que reposara la lucecita de su lámpara sobre un mapa de la casa, copiado de mis archivos sobre la correspondencia relativa a la adquisición de la casa. Con cierta dificultad, encontramos la

llave correspondiente en el manojo y abrimos la puerta. Estábamos preparados para algo desagradable, puesto que al estar abriendo la puerta, un aire tenue y maloliente parecía brotar de entre las rendijas, pero ninguno de nosotros esperaba encontrarse con un olor como el que nos llegó. Ninguno de los otros había encontrado al conde en sus cercanías, y cuando yo lo había visto, estaba, o bien en su rápida existencia en las habitaciones o, cuando estaba lleno de sangre fresca, en un edificio en ruinas, a cielo abierto, donde penetraba el aire libre; pero, allí, el lugar era reducido y cerrado, y el largo tiempo que había permanecido sin ser hallado hacía que el aire estuviera estancado y que oliera a podrido.

Había un olor a tierra, como el de algún miasma seco, que sobresalía del aire viciado. Pero, en cuanto al olor mismo, ¿cómo poder describirlo? No era sólo que se compusiera de todos los males de la mortalidad y del olor acre y penetrante de la sangre, sino que daba la impresión de que la corrupción misma se había podrido. ¡Oh! Me pongo enfermo sólo al recordarlo. Cada vez que aquel monstruo había respirado, su aliento parecía haber quedado estancado en aquel lugar, intensificando su repugnancia.

Bajo circunstancias ordinarias, un olor semejante hubiera puesto punto final a nuestra empresa, pero aquel no era un caso ordinario, y la tarea elevada y terrible en la que estábamos empeñados nos dio fuerzas que se sobreponían a las consideraciones físicas. Después del primer estremecimiento involuntario, consecuencia directa de la primera ráfaga de aire nauseabundo, nos pusimos todos a trabajar, como si aquel repugnante lugar fuera un verdadero jardín de rosas.

Examinamos cuidadosamente el lugar, y el profesor dijo, al comenzar:

—Ante todo, hay que ver cuántas cajas quedan todavía; a continuación, deberemos examinar todos los rincones, agujeros y rendijas, para ver si podemos encontrar alguna indicación respecto a qué ha sucedido con las otras.

Una mirada era suficiente para comprobar cuántas quedaban, ya que las grandes cajas de tierra eran muy voluminosas, y no era posible equivocarse respecto a ellas.

¡Solamente quedaban veintinueve, de las cincuenta! En un momento dado me llevé un buen susto, ya que al ver a lord Godalming que se volvía repentinamente y miraba por la puerta

de entrada hacia el oscuro pasadizo que había más allá, yo también miré y, durante un instante, me pareció ver los rasgos más notables del rostro maligno del conde, la nariz puntiaguda, los ojos rojizos, los labios rojos y la terrible palidez. Eso ocurrió sólo durante el espacio de un segundo, ya que, como resumió lord Godalming:

—Creí haber visto un rostro, pero eran sólo las sombras.

Y volvió a dedicarse a su investigación. Volví mi lámpara hacia esa dirección y me dirigí hacia el pasadizo. No había señales de la presencia de nadie, y como no había puertas, ni rincones, ni aberturas de ninguna clase, sino sólo los sólidos muros del pasadizo, no podía haber ningún escondrijo, ni siquiera para él. Supuse que el miedo había ayudado a la imaginación, y no dije nada.

Unos minutos más tarde vi que Morris retrocedía repentinamente del rincón que estaba examinando. Todos nosotros seguimos con la mirada sus movimientos, debido a que, indudablemente, cierto nerviosismo se estaba apoderando de nosotros, y vimos una masa fosforescente que parpadeaba como las estrellas. Instintivamente, todos retrocedimos. Todo el lugar estaba poblándose de ratas.

Durante un momento permanecimos inmóviles, asombrados, todos, excepto lord Godalming que, aparentemente, estaba preparado para una contingencia similar.

Precipitándose hacia la pesada puerta de roble y bandas de hierro, que el doctor Seward había descrito del exterior y que yo mismo había visto, hizo girar la llave en la cerradura, retiró los enormes pestillos y abrió de un golpe la puerta. Luego, sacando del bolsillo su silbato de plata, hizo que sonara lenta y agudamente. De detrás de la casa del doctor Seward le respondieron los ladridos de varios perros, y un minuto después, tres terriers aparecieron, corriendo, por una de las esquinas de la casa. Inconscientemente, todos nos habíamos vuelto hacia la puerta y, al hacerlo, vimos que el polvo se había levantado mucho; las cajas que habían sido sacadas, lo habían sido por allá. Pero incluso en un solo minuto que había pasado, el número de las ratas había aumentado mucho. Parecían aparecer en la habitación todas a un tiempo, a tal punto que la luz de las lámparas, que se reflejaba sobre sus cuerpos oscuros y en movimiento y brillaba sobre sus malignos ojos, hacía que toda la habitación pareciera estar llena de luciérnagas. Los perros aparecieron

rápidamente, pero en el umbral de la puerta se detuvieron de pronto y olfatearon; luego, simultáneamente, levantaron las cabezas y comenzaron a aullar de manera lúgubre en extremo. Las ratas estaban multiplicándose por miles, y salimos de la habitación.

Lord Godalming levantó a uno de los perros y, llevándolo al interior de la habitación, lo colocó suavemente en el suelo. En el momento mismo en que sus patas tocaron el suelo pareció recuperar su valor y se precipitó sobre sus enemigos naturales.

Las ratas huyeron ante él con tanta rapidez, que antes de que hubiera acabado con un número considerable, los otros perros, que habían sido transportados al centro de la habitación del mismo modo, tenían pocas presas que hacer, puesto que toda la masa de ratas se había desvanecido.

Con su desaparición, pareció que había dejado de estar presente algo diabólico, puesto que los perros comenzaron a juguetear y a ladrar alegremente, al tiempo que se precipitaban sobre sus enemigos postrados, los zarandeaban y los enviaban al aire en sacudidas feroces. Todos nosotros nos sentimos envalentonados. Ya fuera a causa de la purificación de la atmósfera de muerte, debido a que habíamos abierto la puerta de la capilla, o por el alivio que sentimos al encontrarnos ante la abertura, no lo sé; pero el caso es que la sombra del miedo pareció abandonarnos, como si fuera un sudario, y la ocasión de nuestra ida a la casa perdió parte de su tétrico significado, aunque no perdimos en absoluto nuestra resolución. Cerramos la puerta exterior, la atrancamos y corrimos los cerrojos; luego, llevando los perros con nosotros, comenzamos a registrar la casa. No encontramos otra cosa que polvo en grandes cantidades, y todo parecía no haber sido tocado en absoluto, exceptuando el rastro de mis pasos, que había quedado de mi primera visita. Los perros no demostraron síntomas de intranquilidad en ningún momento, e incluso cuando regresamos a la capilla, continuaron jugueteando, como si estuvieran cazando conejos en el bosque, durante una noche de verano.

El resplandor del amanecer estaba irrumpiendo por levante, cuando salimos por la puerta principal. El doctor van Helsing había tomado del manojo la llave de la puerta de entrada, cerró ésta cuidadosamente, se metió la llave en el bolsillo y se dirigió a nosotros.

—Hasta ahora —dijo—, la noche ha sido verdaderamente un éxito para nosotros. No hemos recibido ningún daño, como hubiéramos podido temer y, además, hemos podido cerciorarnos de qué número de cajas falta. Sobre todo, me alegro mucho de que este primer paso que hemos dado, quizá el más difícil y peligroso de todos, hayamos podido llevarlo a cabo sin que nuestra dulce señora Mina nos acompañara, y sin que hubiera necesidad de turbar sus pensamientos, tanto más cuanto que estaría despierta y dormida pensando en visiones, ruidos y olores que nunca podría olvidar. Asimismo, hemos aprendido una lección, si es que podemos decirlo *a particulari*: que las bestias que están a las órdenes del conde no son, sin embargo, dóciles al espíritu del conde, puesto que esas ratas acudirían a su llamado, del mismo modo que llamó a los lobos desde la torre de su castillo, para que saliera a su encuentro y al de aquella pobre madre. Aunque las ratas acudieron, huyeron un momento después en desorden, ante la presencia de los perritos de nuestro amigo Arthur. Tenemos ante nosotros otros asuntos, otros peligros y otros temores; y ese monstruo no ha usado sus poderes sobre el mundo animal por última o única vez esta noche. Sea que se haya ido a algún otro lugar... ¡Bueno! Nos ha dado la oportunidad de dar "jaque" en esta partida de ajedrez que estamos jugando en nombre del bien de las almas humanas. Ahora, volvamos a casa. El amanecer esta ya cerca, y tenemos razones para sentirnos contentos del trabajo de nuestra primera noche. Es posible que nos queden todavía muchos días y noches llenas de peligros, pero debemos seguir adelante, sin retroceder ante ningún riesgo.

La casa estaba sumida en un profundo silencio cuando llegamos a ella, excepto por los gritos de alguna pobre criatura que estaba en una de las alas más alejadas y un sonido bajo y lastimero que salía de la habitación de Renfield. Indudablemente, el pobre hombre se estaba torturando, a la manera de los orates, con pensamientos innecesariamente dolorosos.

Entré en mi habitación de puntillas y encontré a Mina dormida, respirando con tanta suavidad que tuve que aguzar el oído para captar el sonido. Parecía más pálida que de costumbre. Esperaba que la reunión de aquella noche no la hubiera impresionado demasiado. Me siento verdaderamente agradecido de que permanezca fuera de nuestro trabajo futuro e incluso de nuestras deliberaciones. Es una tensión demasiado grande para que la soporte una mujer. No pensaba así al principio, pero ahora sé mucho mejor a qué atenerme. Por consiguiente, me alegro

de que eso haya sido resuelto. Es posible que haya cosas que la asustaran si las oyera, no obstante, ocultárselas sería peor que revelárselas, si es que llega a sospechar que hay algo que no le decimos. A partir de este momento, tendremos que ser para ella como libros cerrados, por lo menos hasta el momento en que podamos anunciarle que todo ha concluido y que la tierra ha sido liberada de aquel monstruo de las tinieblas. Supongo que será difícil guardar silencio, debido a la confianza que reina entre nosotros, pero debo continuar en mi resolución y silenciar completamente todo lo relativo a nuestros actos durante aquella noche, negándome a hablar de lo que ha sucedido. Me acosté sobre el diván, para no molestarla.

1 de octubre, más tarde. Supongo que es natural que hayamos dormido todos hasta una hora avanzada, ya que el día estaba ocupado en duros trabajos y la noche era pesada e insomne. Incluso Mina debía haber sentido el cansancio, puesto que, aunque dormí hasta que el sol estaba muy alto, desperté antes que ella. En realidad, estaba tan profundamente dormida, que durante unos segundos no me reconoció siquiera y me miró con un profundo terror, como si hubiera sido despertada en medio de una terrible pesadilla. Se quejó un poco de estar cansada y la dejé reposar hasta una hora más avanzada del día. Sabíamos ahora que veintiún cajas habían sido retiradas, y en el caso de que fueran llevadas varias a la vez, era posible que pudiéramos encontrarlas. Por supuesto, ello simplificaría considerablemente nuestro trabajo y cuanto antes solventáramos ese asunto, tanto mejor sería. Tenía que ir a ver a Thomas Snelling.

Del diario del doctor Seward

1 de octubre. Era casi mediodía cuando fui despertado por el profesor, que entró en mi habitación. Estaba más alegre y amable que de costumbre, y es evidente que el trabajo de la noche anterior había servido para aligerar parte del peso que tenía en la mente. Después de hablar de la aventura de la noche anterior, dijo repentinamente:

—Su paciente me interesa mucho. ¿Es posible que lo visite con usted esta mañana? O, en el caso de que esté usted muy ocupado, puedo ir solo a verlo, si usted me lo permite. Es una experiencia nueva para mí encontrar a un lunático que habla de filosofía y discurre de manera tan cuerda.

Tenía ciertos trabajos urgentes que hacer y le dije que me gustaría que él fuera solo, ya que así no me vería obligado a hacerlo esperar. Por consiguiente, llamé a uno de los ayudantes y le di las debidas instrucciones. Antes de que mi maestro abandonara la habitación, le aconsejé que no se llevara una impresión falsa sobre mi paciente.

—Deseo que me hable de sí mismo y de su decepción en cuanto a su consumo de animales vivos. Le dijo a la señora Mina, como vi en su diario de ayer, que tuvo antes esas creencias. ¿Por qué sonríe usted, amigo John?

—Excúseme —le dije —, pero la respuesta se encuentra aquí.

Coloqué la mano sobre las hojas mecanografiadas.

—Cuando nuestro cuerdo e inteligente lunático hizo esa declaración, tenía la boca todavía llena de las moscas y arañas que acababa de comer, un instante antes de que la señora Harker entrara en su habitación.

—¡Bueno! —dijo—. Su memoria es buena. Debí haberlo recordado. Y, no obstante, esa misma desviación del pensamiento y de la memoria es lo que hace que el estudio de las enfermedades mentales sea tan apasionante. Es posible que obtenga más conocimientos de la locura de ese pobre alienado que lo que podría obtener de los hombres más sabios. ¿Quién sabe?

Continué mi trabajo y, antes de que pasara mucho tiempo, había concluido con lo más urgente. Parecía que no había pasado realmente mucho tiempo, pero van Helsing había vuelto ya al estudio.

—¿Lo interrumpo? —preguntó cortésmente, permaneciendo en el umbral de la puerta.

—En absoluto —respondí—. Pase. Ya he terminado mi trabajo y estoy libre. Puedo acompañarlo, si lo desea.

—Es inútil. ¡Acabo de verlo!

—¿Y?

—Temo que no me aprecia mucho. Nuestra entrevista ha sido corta. Cuando entré en su habitación estaba sentado en una silla, en el centro, con los codos apoyados sobre las rodillas y en su rostro había una expresión hosca y malhumorada. Le he

hablado con toda la amabilidad posible, y con todo el respeto que he logrado aparentar. No me respondió palabra alguna.

"—¿No me reconoce usted? —inquirí.

"Su respuesta no fue muy tranquilizadora.

"—Lo conozco perfectamente. Es usted el viejo idiota de van Helsing. Desearía que se fuera usted con sus estúpidas teorías psicológicas a otro lado. ¡Malditos sean todos los estúpidos holandeses!

"No pronunció ni una palabra más y siguió sentado, encerrado en su descontento y malhumor, exactamente como si yo no hubiera estado en la habitación en absoluto; tal era su indiferencia. Así he perdido la oportunidad de aprender algo de ese inteligente lunático; por consiguiente, debo irme para tratar de consolarme cruzando unas cuantas palabras agradables con la dulce señora Mina. Amigo John, me alegro infinitamente de que ya no tenga ella que sufrir más, ni que preocuparse por nuestros terribles asuntos. Aunque echaremos en falta su ayuda, es mejor que así sea."

—Estoy absolutamente de acuerdo con usted —le dije sinceramente, puesto que no quería que su decisión al respecto se debilitara—. La señora Harker está mejor permaneciendo fuera de todo esto. La situación está ya bastante mala para nosotros, los hombres, que nos hemos visto a veces en lugares poco agradables, pero no es un lugar apropiado para una mujer y, si hubiera continuado con este asunto, es muy posible que hubiera terminado siendo destrozada.

Así, van Helsing fue a conversar con el señor y la señora Harker. Quincey y Art han salido para descubrir todo lo posible con respecto a la desaparición de las cajas. Yo tengo que concluir mi ronda de trabajo, y nos reuniremos esta noche.

Del diario de Mina Harker

1 de octubre. Me resulta extraño permanecer en la oscuridad, como hoy; después de la confianza total de Jonathan durante tantos años, me resulta desagradable verlo evitar ciertos temas de conversación de manera manifiesta: los temas más vitales de todos. Esta mañana dormí hasta una hora avanzada, a causa de las fatigas de ayer, y aunque Jonathan durmió hasta tarde también, despertó antes que yo. Habló conmigo antes de salir, y nunca antes lo había hecho con mayor dulzura o ternura,

pero no mencionó ni una sola palabra sobre lo que había sucedido en su visita a la casa del conde. Sin embargo, debe saber la terrible ansiedad que sentía yo. ¡Pobre Jonathan! Supongo que eso debe haberlo afligido todavía más que a mí. Todos estuvieron de acuerdo en que no siguiera yo adelante en ese horrible asunto, y estuve de acuerdo.

Pero, ¡me resulta muy desagradable pensar que me oculta algo! Y ahora estoy llorando como una idiota, cuando, en realidad, sé que todo esto es producto del gran amor de mi esposo y de la buena voluntad de todos esos hombres fuertes.

Eso me ha sentado bien. Bueno, algún día me lo contará todo Jonathan, y para evitar que pueda llegar a pensar que le oculto yo también algo, continúo escribiendo mi diario, como de costumbre. Así, si ha temido por mi confianza, debo mostrárselo, incluyendo todos los pensamientos y los sentimientos de mi corazón, para que pueda leerlos claramente. Me siento hoy extrañamente triste y malhumorada. Supongo que es la reacción a causa de la tremenda emoción.

Anoche me acosté cuando se fueron los hombres, sencillamente porque me dijeron que me acostara. No tenía sueño, y sentía una ansiedad enorme. Estuve pensando en todo lo sucedido desde que Jonathan fue a verme a Londres y todo ello parecía una horrible tragedia, como si el destino impulsara todo hacia un fin siniestro.

Todo lo que hacemos, por muy buenas intenciones que tengamos, parece conducir a algo que debe deplorarse profundamente. Si no hubiera ido a Whitby es posible que la pobre y querida Lucy estuviera ahora entre nosotros. No se le había ocurrido visitar el cementerio de la iglesia hasta el momento de mi llegada, y si no hubiera ido allí durante el día no habría regresado dormida durante la noche, y el monstruo no la hubiera destruido como lo hizo. ¡Oh! ¿Por qué fui a Whitby? ¡Otra vez llorando! No sé qué me sucede hoy. Debo ocultárselo a Jonathan, puesto que si sabe que he llorado ya dos veces esta mañana, yo que no lloro nunca y que nunca he tenido que derramar una sola lágrima por él, el pobre hombre se desanimará y se preocupará. Debo aparentar un semblante sereno, y si me siento con ganas de llorar, él no debe saberlo. Supongo que es una de las lecciones que nosotras, las pobres mujeres, tenemos que aprender...

No puedo dejar de recordar cómo me quedé dormida. Recuerdo haber oído el ladrido repentino de los perros y un es-

truendo de sonidos extraños, como oraciones en una gama tumultuosa, procedentes de la habitación del señor Renfield, que se encuentra en alguna parte debajo de la mía. Luego, el silencio volvió a reinar, tan profundo, que me sobresaltó y me levanté para mirar por la ventana. Todo estaba oscuro y en silencio.

Las negras sombras proyectadas por la luz de la luna parecían estar llenas de un misterio que les era propio. Nada parecía moverse, pero todo parecía lúgubre y tétrico, de modo que una ligera nubecilla de niebla blanca, que avanzaba con una lentitud que hacía que su movimiento resultara casi imperceptible, hacia la casa, por encima del césped, parecía tener una vitalidad propia. Creo que esos pensamientos, al hacerme olvidar los anteriores, me hicieron bien, puesto que al volver a acostarme sentí un letargo que me embargaba suavemente. Permanecí acostada un rato, pero no lograba conciliar el sueño, de modo que volví a levantarme y a mirar por la ventana. La niebla se estaba extendiendo y se encontraba ya muy cerca de la casa, de tal modo que la vi adosarse pesadamente a las paredes, como si estuviera trepando hacia las ventanas. El pobre hombre hablaba con más fuerza que nunca y, aunque no lograba distinguir bien sus palabras, comprendí que se trataba de una súplica apasionada de su parte. Luego, oí el ruido de un forcejeo y comprendí que los enfermeros se estaban encargando de él. Me sentí tan asustada, que me cubrí la cabeza con las sábanas, tapándome los oídos con los dedos. No tenía sueño en absoluto o, por lo menos, así lo creía, pero debo haberme quedado dormida, puesto que, con excepción de los sueños, no recuerdo ninguna otra cosa hasta la llegada de la mañana, cuando Jonathan me despertó. Creo que necesité cierto esfuerzo y tiempo para recordar donde me encontraba y que era Jonathan el que estaba inclinado sobre mí. Mi sueño era muy peculiar, y era algo típico, del modo como al despertar los pensamientos se entremezclan con los sueños.

Creí que estaba dormida, esperando a que regresara Jonathan. Me sentía muy ansiosa por él y no podía hacer nada; tenía las piernas, los brazos y el cuerpo con un peso encima, de tal modo que no podía ejecutar ningún movimiento como de costumbre. Así dormí muy intranquilamente, y seguí soñando cosas extrañas. Luego, comencé a sentir que el aire era pesado, húmedo y frío. Retiré las sábanas de mi rostro y, con gran sorpresa, vi que todo estaba oscuro. La lamparita de gas que había dejado encendida para Jonathan, aunque muy débil, parecía una chispita roja y diminuta a través de la niebla, que, evidentemen-

te, se había hecho más densa y había entrado en la habitación. Entonces, recordé que había cerrado la ventana antes de acostarme. Deseaba levantarme para asegurarme de ello, pero una letargia de plomo parecía retener mis miembros y mi voluntad. Permanecí inmóvil; eso fue todo. Cerré los ojos, pero todavía podía ver con claridad a través de los párpados (es maravilloso ver qué trucos tienen los sueños, y de qué manera tan lógica trabaja a veces nuestra imaginación). La niebla se hacía cada vez más espesa, y ya podía ver cómo entraba en la habitación, puesto que la veía como si fuera humo..., o como el vapor blanco del agua en ebullición..., entrando, no por la ventana, sino por debajo de la puerta. Fue haciéndose cada vez más espesa, hasta que pareció concentrarse en una columna de vapor sobre la que alcanzaba a ver la lucecita de la lámpara de gas que brillaba como un ojo rojizo. Las ideas se agolparon en mi cerebro, al tiempo que la columna de vapor comenzaba a danzar en la habitación y entre todos mis pensamientos me llegaron las frases de las escrituras: "Una columna de vapor por las noches y de fuego durante el día." ¿Se trataba de algún guía espiritual que me llegaba a través del sueño? Pero la columna estaba compuesta tanto del guía diurno como del nocturno, puesto que el fuego estaba en el ojo rojo que, al pensar en él, me fascinó en cierto modo, puesto que, mientras lo observaba, el fuego pareció dividirse y lo vi como si se tratara de dos ojos rojos, a través de la niebla, tal y como Lucy me dijo que los había visto en sus divagaciones mentales, sobre el risco, cuando el sol poniente se reflejó en las ventanas de la iglesia de Santa María. Repentinamente, recordé horrorizada que era así como Jonathan había visto materializarse a aquellas horribles mujeres de la niebla que giraba bajo el resplandor de la luna, y en mi sueño debo haberme desmayado, puesto que me encontré en medio de la más profunda oscuridad.

El último esfuerzo consciente que hizo mi imaginación fue el de hacerme ver un rostro lívido que se inclinaba sobre mí, saliendo de entre la niebla. Debo tener cuidado con esos sueños, ya que pueden hacer vacilar la razón de una persona, si se presentan con demasiada frecuencia. Voy a ver al doctor van Helsing o al doctor Seward para que me receten algo que me haga dormir profundamente; lo único malo es que temo alarmarlos.

Un sueño semejante se mezclaría en estos momentos con sus temores por mí. Esta noche deberé esforzarme por dormir de manera natural. Si no lo logro, debo lograr que me den

para mañana en la noche una dosis de cloral; eso no me causará por una vez ningún daño y me sentará bien una buena noche de sueño. Hoy desperté más fatigada que si no hubiera dormido en absoluto.

2 de octubre, a las diez de la noche. Anoche dormí, pero no soñé. Debo haber dormido profundamente, puesto que no desperté cuando se acostó Jonathan, pero el sueño no me ha sentado todo lo bien que sería de desear, puesto que hoy me he sentido débil y desanimada. Pasé todo el día de ayer tratando de dormir o acostada, dormitando.

Por la tarde, el señor Renfield preguntó si podría verme. ¡Pobre hombre! Estuvo muy amable, y al marcharse me besó la mano y rogó a Dios que me bendijera. En cierto modo, eso me afectó mucho, y las lágrimas acuden a mis ojos cuando pienso en él. Esta es una nueva debilidad de la que tengo que preocuparme y cuidarme. Jonathan se entristecería mucho si supiera que he estado llorando. Tanto él como los demás estuvieron fuera hasta la hora de la cena, y regresaron muy cansados. Hice todo lo posible por alegrarlos, y creo que el esfuerzo me sentó bien, puesto que me olvidé de lo cansada que estaba yo misma. Después de la cena me mandaron a acostarme y todos salieron a fumar juntos, según dijeron, pero sabía perfectamente que lo que deseaban era contarse unos a otros lo que les había sucedido a cada uno de ellos durante el día; comprendí por la actitud de Jonathan que tenía algo muy importante que comunicarles.

No tenía tanto sueño como debería; por consiguiente, antes de que se fueran le pedí al doctor Seward que me diera alguna pastilla para dormir, de cualquier tipo, ya que no había dormido bien la noche anterior. Con mucha habilidad, me preparó una droga adormecedora y me la dio, diciéndome que no me causaría ningún daño, ya que era muy ligera... La he tomado y estoy esperando a que el sueño me venza, lo cual me parece todavía algo lejano. Espero no haber hecho mal, ya que cuando el sueño comienza a apoderarse de mí, me asalta un nuevo temor; es posible que haya cometido una tontería al privarme del poder de despertar. Es posible que lo necesite. Ya tengo sueño. ¡Buenas noches!

XX

Del diario de Jonathan Harker

1 *de octubre, por la noche.* Encontré a Thomas Snelling en su casa, en Bethnal Green; pero, desafortunadamente, no estaba en condiciones de recordar nada. El aliciente mismo de la cerveza que mi esperada visita había abierto ante él, resultó demasiado fuerte, y comenzó a beber demasiado pronto, antes de mi llegada. Sin embargo, supe, gracias a su esposa, una persona decente y tímida, que era solamente el asistente de Smollet, que de los dos era el responsable. De modo que me dirigí hacia Walworth y encontré al señor Joseph Smollet en su casa, en mangas de camisa, tomando una taza de té tardía, que levantaba de un platillo. Es un tipo honrado e inteligente, un trabajador de confianza y con una inteligencia y una personalidad que le son propias. Recordaba todo respecto al incidente de las cajas, y, sacando de un lugar misterioso de la parte posterior de su pantalón una libreta con las puntas de las hojas dobladas y las páginas cubiertas de jeroglíficos trazados con un lápiz de punta gruesa y con una escritura muy apoyada, me comunicó el punto de destino de las cajas. Había seis que había tomado en Carfax y las había depositado en el número ciento noventa y siete de Chicksand Street, en Mile End New Town, y otras seis que había depositado en Jamaica Lane, Bermondsey. En el caso de que el conde deseara distribuir sus fantasmales refugios por todo Londres, esos lugares habrían sido escogidos como punto de partida, de tal modo que a continuación pudiera distribuir completamente las cajas.

El modo sistemático en que todo aquello estaba siendo llevado a cabo me hizo pensar que eso no podría significar que el monstruo deseaba confinarse en dos lugares de Londres. Estaba situado ya en la parte este de la ribera norte, al este de la costa sur y al sur de la ciudad. Era seguro que no pensaba dejar fuera de sus planes diabólicos el norte y el oeste..., por no hablar de la City misma, y el corazón mismo del Londres elegante, al sudoeste y al oeste. Volví a ver a Smollet y le pregunté si podría decirnos si había sido sacada alguna otra caja de Carfax.

Entonces respondió:

—Bueno, señor, se ha portado usted muy bien conmigo —le había dado medio soberano y voy a decirle todo lo que sé. Oí a un hombre llamado Bloxam que decía hace cuatro noches en el "Are and Ounds" de Pincer's Alley, que él y su compañero habían tenido un trabajo sucio y raro en una vieja casa de Purfleet. No son frecuentes aquí los trabajos de esa índole, y creo que Sam Bloxam podrá decirle algo más al respecto.

Le pregunté si le era posible indicarme donde podría encontrarlo. Le dije que si podía conseguirme la dirección, tendría mucho gusto en entregarle otro medio soberano.

De modo que tomó de un trago el resto de su té y se puso en pie, diciendo que iba a iniciar sus averiguaciones. En la puerta se detuvo, y dijo:

—Escuche, señor, no tiene sentido que espere usted aquí. Es posible que encuentre pronto a Sam, o que no lo haga, pero, de todos modos, no creo que se encuentre en condiciones de decirle muchas cosas esta noche. Sam es un tipo raro cuando saca los pies de sus casillas. Si puede usted darme un sobre con un sello de correos y su dirección, veré donde es posible encontrar a Sam y le enviaré los datos por correo esta misma noche. Pero será preciso que vaya a verlo muy de mañana si quiere encontrarlo, puesto que Sam se levanta temprano, por muy prolongada que haya sido la juerga de la noche anterior.

Eso resultó práctico, de modo que uno de los niños salió con un penique a comprar un sobre y una hoja de papel, y le di el cambio. Cuando regresó, le puse la dirección al sobre y le pegué el sello, y cuando Smollet me prometió otra vez que me enviaría la dirección por correo en cuanto la descubriera, me dirigí a casa. De todos modos, estamos sobre la pista. Esta noche me siento cansado y deseo dormir. Mina está profundamente dormida y tiene un aspecto demasiado pálido; sus ojos dan la impresión de que ha estado llorando. Pobre mujer, estoy seguro de que le es muy duro permanecer en la ignorancia y que eso puede hacer que se sienta doblemente ansiosa por mí y por todos los demás. Pero es mejor así. Es mejor sentirse decepcionado y ansioso, que tener los nervios destrozados. Los médicos tenían razón al insistir en que ella debía permanecer fuera de todo este terrible asunto. Debo mantenerme firme, puesto que la carga del silencio debe pesar sobre todo en mí. Ni siquiera puedo mencionar el tema ante ella, por ninguna circunstancia. En

realidad, no creo que resulte una tarea difícil y dura, después de todo, ya que ella misma se ha hecho reticente en lo relativo a ese tema y no ha vuelto a hablar del conde ni de sus actos desde que le comunicamos nuestra decisión.

2 de octubre, por la noche. Fue un día largo, emocionante, y de los que resultan una verdadera prueba. Por el primer correo he recibido la carta que me era destinada y que contenía una hoja sucia de papel, sobre el que habían escrito con un lápiz de carpintero y una mano demasiado pesada: "Sam Bloxam, Korkrans, 4, Poters Cort, Bartel Street, Walworth. Pregunte por el algacil."

Recibí la carta en la cama y me levanté, sin despertar a Mina. Estaba pálida y parecía dormir pesada y profundamente. Pensé no despertarla, pero en cuanto volviera de esa investigación, tomaría las disposiciones pertinentes para que regresara a Exéter. Creo que estará más contenta en nuestra propia casa, interesándose en sus tareas cotidianas, que estando aquí, entre nosotros, en la ignorancia de todo lo que está sucediendo. Vi solamente al doctor Seward durante un momento y le dije adónde me dirigía, prometiéndole regresar a explicarle todo el resto en cuanto pudiera descubrir algo. Me dirigí a Walworth y encontré con ciertas dificultades Potter's Court. La ortografía del señor Smollet me engañó, debido a que pregunté primeramente por Poter's Court en lugar de Potter's Court. Sin embargo, cuando encontré la dirección, no tuve dificultades en encontrar la casa de huéspedes *Corcoran*. Cuando le pregunté al hombre que salió a la puerta por el "algacil", movió la cabeza y dijo:

—No lo conozco. No hay ningún tipo así aquí; no he oído hablar de él en toda mi vida. No creo que haya nadie semejante que viva aquí o en las cercanías.

Saqué la carta de Smollet y al leerla me pareció que la lección sobre la ortografía con que estaba escrito la dirección podría ayudarme.

—¿Quién es usted? —le pregunté.

—Soy el alguacil —respondió.

Comprendí inmediatamente que estaba en terreno seguro.

La ortografía con que estaba escrita la carta me volvió a engañar.

Una propina de media corona puso los conocimientos del alguacil a mi disposición y supe que el señor Bloxam había dormido en la casa *Corcaran,* para que se difuminaran los vapores de la cerveza que había tomado la noche anterior, pero que se había ido a su trabajo en Poplar a las cinco de la mañana. No pudo indicarme donde se encontraba el lugar exacto en que trabajaba, pero tenía una vaga idea de que se trataba de algún almacén nuevo y con ese indicio tan sumamente ligero me puse en camino hacia Poplar. Eran ya las doce antes de que lograra indicaciones sobre un edificio similar y fue en un café donde me dieron los datos. En el salón había varias mujeres comiendo. Una de ellas me dijo que estaban construyendo en Cross Angel Street un edificio nuevo de "almacenes refrigerados", y puesto que se apegaba a la descripción del alguacil, me dirigí inmediatamente hacia allá. Una entrevista con un guardián bastante hosco y con un capataz todavía más malhumorado que el guarda, cuyo humor hice que mejorara un poco con la ayuda de unas monedas, me puso sobre la pista de Bloxam; mandaron a buscarlo cuando sugerí que estaba dispuesto a pagarle al capataz su sueldo del día íntegro por el privilegio de hacerle unas cuantas preguntas sobre un asunto privado. Era un tipo bastante inteligente, aunque de maneras y hablar un tanto bruscos.

Cuando le prometí pagarle por sus informes y le di un adelanto, me dijo que había hecho dos viajes entre Carfax y una casa de Piccadilly y que había llevado de la primera dirección a la última nueve grandes cajas, "muy pesadas", con una carreta y un caballo que había alquilado para el trabajo. Le pregunté si podría indicarme el número de la casa de Piccadilly, a lo cual replicó:

—Bueno, señor, me he olvidado del número, pero estaba a unas cuantas puertas de una gran iglesia blanca, o algo semejante, que no hace mucho que ha sido construida. Era una vieja casona cubierta de polvo, aunque no tan llena de polvo como la casa de la que saqué las cajas.

—¿Cómo logró usted entrar, si estaban desocupadas las dos casas?

—Me estaba esperando el viejo que me contrató en la casa de Purfleet. Me ayudó a levantar las cajas y a colocarlas en la carreta. Me insultó, pero era el tipo más fuerte que he visto.

Era un anciano, con unos bigotes blancos, tan finos que casi no se le notaban.

¡Esa frase hizo que me sobresaltara!

—Tomó uno de los extremos de la caja como si se tratara de un juego de té, mientras yo tomaba el otro, sudando y jadeando como un oso. Me costó un gran trabajo levantar la parte que me correspondía, pero lo conseguí y... no soy tampoco un debilucho.

—¿Cómo logró usted entrar en la casa de Piccadilly?

—Me estaba esperando también allí. Debió salir inmediatamente y llegar allí antes que yo, puesto que cuando llamé a la puerta, salió él mismo a abrirme y me ayudó a descargar las cajas en el vestíbulo.

—¿Las nueve? —le pregunté.

—Sí; llevé cinco en el primer viaje y cuatro en el segundo. Era un trabajo muy pesado, y no recuerdo muy bien cómo regresé a casa.

Lo interrumpí:

—¿Se quedaron las cajas en el vestíbulo?

—Sí; era una habitación muy amplia, y no había en ella nada más.

Hice otra tentativa para saber algo más al respecto.

—¿No le dio ninguna llave?

—No tuve necesidad de ninguna llave. El anciano me abrió la puerta y volvió a cerrarla cuando me fui. No recuerdo nada de la segunda vez, pero eso se debe a la cerveza.

—¿Y no recuerda usted el número de la casa?

—No, señor. Pero no tendrá dificultades en encontrarla. Es un edificio alto, con una fachada de piedra y un escudo de armas y unas escaleras bastante altas que llegan hasta la puerta de entrada. Recuerdo esas escaleras debido a que tuve que subir por ellas con las cajas, junto con tres muchachos que se acercaron para ganarse unos peniques. El viejo les dio chelines y, como vieron que les había dado mucho, quisieron más todavía, pero el anciano agarró a uno de ellos por el hombro y poco

faltó para que lo echara por las escaleras; entonces, todos ellos se fueron, insultándolo.

Pensaba que con esos informes no tendría dificultades en encontrar la casa, de modo que después de pagarle a mi informante, me dirigí hacia Piccadilly. Había adquirido una nueva y dolorosa experiencia. El conde podía por lo visto manejar las cajas solo. De ser así, el tiempo resultaba precioso, puesto que ya que había llevado a cabo ciertas distribuciones, podría llevar a cabo el resto de su trabajo, escogiendo el tiempo oportuno para ello, pasando completamente inadvertido. En Piccadilly Circus me apeé y me dirigí caminando hacia el oeste; después de pasar el junior Constitutional, llegué ante la casa que me había sido descrita y me satisfizo la idea de que se trataba del siguiente refugio que había escogido Drácula. La casa parecía haber estado desocupada durante mucho tiempo. Las ventanas estaban llenas de polvo y las persianas estaban levantadas. Toda la estructura estaba ennegrecida por el tiempo, y de las partes metálicas la pintura había desaparecido. Era evidente que en el balcón superior había habido un anuncio durante cierto tiempo, que había sido retirado bruscamente, de tal modo que todavía quedaban los soportes verticales. Detrás de la barandilla del balcón vi que sobresalían varias tablas sueltas, cuyos bordes parecían blancos. Hubiera dado mucho por poder ver intacto el anuncio, puesto que quizá me hubiera dado alguna indicación en cuanto a la identidad de su propietario. Recordaba mi experiencia sobre la investigación y la compra de la casa de Carfax y no podía dejar de pensar que si podía encontrar al antiguo propietario era posible que descubriera algún medio para entrar en la casa.

Por el momento, no había nada que pudiera descubrir del lado de Piccadilly y tampoco podía hacerse nada, de modo que me dirigí hacia la parte posterior para ver si podía verse algo de ese lado. Las caballerizas estaban llenas de actividad, debido a que la mayoría de las casas estaban ocupadas. Les pregunté a un par de criados y de encargados de las cuadras, que pude encontrar, si podían decirme algo sobre la casa desocupada. Uno de ellos me dijo que había oído decir que alguien la había comprado en los últimos tiempos, pero no sabía quién era el nuevo propietario. Uno de ellos, sin embargo, me dijo que hasta hacía muy poco tiempo había habido un anuncio que decía "se vende" y que era posible que podrían facilitarme más detalles *Mitchell, Sons & Candy*, los agentes de mudanzas, puesto que me dijo que creía recordar que ese era el nombre que figuraba

en el anuncio para todos los informes. No deseaba parecerle demasiado ansioso a mi informador, ni dejar que adivinara demasiado, por lo cual, luego de darle las más cumplidas gracias, me alejé. Estaba oscureciendo y la noche otoñal estaba errándose, de modo que no quise perder el tiempo. Después de buscar la dirección de *Mitchell, Sons & Candy* en un directorio telefónico de Berkeley, me dirigí inmediatamente a sus oficinas, que se encontraban en Sackville Street.

El caballero que me recibió tenía unos modales particularmente suaves, pero no era muy comunicativo. Después de decirme que la casa de Piccadilly, que en nuestra conversación llamó "mansión", había sido vendida, consideró que mi interés debía concluir allí. Cuando le pregunté quién la había comprado, abrió los ojos demasiado y guardó silencio un momento antes de responder:

—Está vendida, señor.

—Excúseme —dije, con la misma cortesía—, pero tengo razones especiales para desear saber quién adquirió ese edificio.

Volvió a hacer una pausa bastante prolongada y alzó las cejas todavía más.

—Está vendida, señor —volvió a decir, lacónicamente.

—Supongo que no le importará darme esa información —insistí.

—Pero, ¡por supuesto que me importa! —respondió—. Los asuntos de nuestros clientes son absolutamente confidenciales en manos de *Mitchell, Sons & Candy*.

Estaba claro que se trataba de un pedante de la peor especie y que no merecía la pena discutir con él. Pensé que sería mejor enfrentarme a él en su propio terreno y le dije:

—Sus clientes, señor, tienen suerte de tener un guardián tan resuelto de sus confidencias. Yo mismo soy un profesional —al decir esto le tendí mi tarjeta—. En este caso, no estoy interesado en este asunto por curiosidad: actúo por parte de lord Godalming, que desea saber algo sobre la propiedad que creía que, hasta últimas fechas, se encontraba en venta.

Esas palabras hicieron que las cosas tomaran otro cariz.

—Me gustaría darle a usted esos informes si los tuviera, señor Harker, y especialmente me gustaría servir a su cliente. En cierta ocasión llevamos a cabo unas transacciones para él sobre el alquiler de unas habitaciones cuando era el Honorable Arthur Holmwood. Si puede usted darme la dirección de su señoría, tendré mucho gusto en consultar a la casa sobre el sujeto y, en todo caso, me comunicaría con su señoría por medio del correo de esta misma noche. Será un placer el facilitarle esos informes a su señoría, si es que podemos apartarnos en este caso de las reglas de conducta de esta casa.

Deseaba hacerme una amistad, no buscarme un enemigo, de modo que le di las gracias, le entregué la dirección de la casa del doctor Seward y me fui. Era ya de noche y me sentía cansado y hambriento. Tomé una taza de té en la *Aerated Bread Company* y regresé a Purfleet en tren.

Encontré a todos los otros en la casa. Mina tenía aspecto pálido y cansado, pero hizo un valeroso esfuerzo para parecer amable y animosa: me dolía pensar que había tenido que ocultarle algo y que de ese modo la había inquietado. Gracias a Dios, sería la última noche que tendría que estar cerca sin asistir a nuestras conferencias, creyendo en cierto modo que no era merecedora de nuestra confianza. Necesité todo mi valor para mantenerla realmente alejada de todo lo relativo a nuestro horrible trabajo. Parece estar en cierto modo más hecha a la idea, o el sujeto se le ha hecho repugnante, puesto que cada vez que se hace alguna alusión accidental a ese tema, se estremece verdaderamente. Me alegro de que hayamos tomado nuestra resolución a tiempo, puesto que con sentimientos semejantes, nuestros conocimientos cada vez mayores serían una verdadera tortura para ella.

No podía hablarles a los demás de los descubrimientos que había efectuado durante el día en tanto no estuviéramos solos. Así, después de la cena, y de un pequeño intermedio musical que sirvió para guardar las apariencias, incluso para nosotros mismos, conduje a Mina a su habitación y la dejé que se acostara. Mi adorable esposa fue más cariñosa conmigo que nunca y me abrazó como si deseara retenerme, pero había mucho de qué hablar y tuve que dejarla sola. Gracias a Dios, el haber dejado de contarnos todas las cosas, no había hecho que cambiaran las cosas entre nosotros.

Cuando bajé otra vez encontré a todos sentados en torno al fuego, en el estudio.

En el tren había escrito en mi diario todo lo relativo a mis descubrimientos del día, y me limité a leerles lo que había escrito, como el mejor medio posible en que pudieran enterarse de los informes que había obtenido. Cuando terminé, van Helsing dijo:

—Ha tenido usted un magnífico día de trabajo, amigo Jonathan. Indudablemente, estamos sobre la pista de las cajas que faltan. Si encontramos todas en esa casa, entonces, nuestro trabajo se acerca a su final. Pero, si falta todavía alguna de ellas, tendremos que buscarla hasta que la encontremos. Entonces daremos el golpe final y haremos que el monstruo muera verdaderamente.

Permanecimos todos sentados en silencio y, de pronto, el señor Morris dijo:

—¡Digan! ¿Cómo vamos a poder entrar a esa casa?

—Lo mismo que como lo hicimos en la otra —dijo lord Godalming rápidamente.

—Pero, Art, entramos por efracción en Carfax; pero era de noche y teníamos el parque que nos ocultaba a las miradas indiscretas. Sería algo muy diferente el cometer ese delito en Piccadilly, tanto de noche como de día. Confieso que no veo cómo vamos a poder entrar, a no ser que ese pedante de la agencia inmobiliaria nos consiga alguna llave.

Lord Godalming frunció el ceño, se puso en pie y se paseó por la habitación. De pronto se detuvo y dijo, volviéndose hacia nosotros y mirándonos uno por uno:

—Quincey tiene razón. Este asunto de las entradas por efracción se hace muy serio; nos salió muy bien una vez, pero el trabajo que tenemos ahora entre manos es muy diferente..., a menos que encontremos el llavero del conde.

Como no podíamos hacer nada antes de la mañana y como era aconsejable que lord Godalming esperara hasta recibir la comunicación de Mitchell's, decidimos no dar ningún paso hasta la hora del desayuno. Durante un buen rato, permanecimos sentados, fumando, discutiendo todas las facetas del asunto, visto desde diferentes ángulos; aproveché la oportunidad de completar este diario y ponerlo al corriente hasta este preciso instante. Tengo mucho sueño y debo ir a acostarme...

Sólo una línea más. Mina duerme profundamente y su respiración es regular. Tiene la frente surcada de pequeñas arrugas, como si incluso dormida estuviera pensando. Está todavía muy pálida, pero no tan macilenta como esta mañana. Mañana espero que podremos poner fin a todo esto; se irá a nuestra casa de Exéter. ¡Oh! ¡Qué sueño tengo!

Del diario del doctor Seward

1 de octubre. Estoy absolutamente asombrado por lo de Renfield. Sus saltos de humor son tan repentinos, que tengo dificultades para poder registrarlos y adaptarme a ellos, y como siempre tienen un significado que va más allá de su propio bienestar, forman un estudio más que interesante. Esta mañana, cuando fui a verlo, después de que hubo rechazado a van Helsing, sus modales eran los de un hombre que estaba dirigiendo al destino. En efecto, estaba dándole órdenes al destino, subjetivamente. No se preocupaba en absoluto por ninguna de las cosas terrenales; estaba en las nubes y miraba desde su atalaya a todas las flaquezas y deseos de nosotros, los pobres mortales.

Decidí aprovecharme de la ocasión y aprender algo, de modo que le pregunté:

—¿Qué me dice usted de las moscas en estos últimos tiempos?

Me sonrió con aire muy superior..., con una sonrisa como la que hubiera podido aparecer en el rostro de Malvolio, antes de responderme:

—La mosca, mi querido señor, tiene una característica sorprendente: sus alas son típicas del carácter aéreo de las facultades psíquicas. ¡Los antiguos tuvieron razón cuando representaron el alma en forma de mariposa!

Pensé agotar su analogía, y dije rápidamente:

—¡Oh! ¿Está usted buscando un alma ahora?

Su locura envolvió a la razón y una expresión de asombro se extendió sobre su rostro al tiempo que, sacudiendo la cabeza con una energía que no le había visto nunca antes, dijo:

—¡Oh, no, no! No quiero almas. Todo lo que quiero es vida —su rostro se iluminó en ese momento—. Siento una gran indiferencia sobre eso en la actualidad. La vida está muy bien:

tengo toda la que necesito. Tiene que buscarse usted otro paciente, doctor, si es que desea estudiar la zoofagia.

Esa salida me sorprendió un poco, por lo cual le dije:

—Entonces, usted dirige la vida; debe ser usted un dios, ¿no es así?

Sonrió con una especie de superioridad benigna e inefable.

—¡Oh, no! No entra en mis cálculos, de ninguna manera, el arrogarme los atributos de la divinidad. Ni siquiera me interesan sus actos especialmente espirituales. ¡Si me es posible establecer cuál es mi posición intelectual, diría que estoy, en lo referente a las cosas puramente terrenales, en cierto modo en la posición que ocupaba Enoch espiritualmente!

Eso representaba para mí un problema difícil, no lograba recordar en ese momento cuál había sido la posición de Enoch. Por consiguiente, tuve que hacerle una pregunta simple, aunque comprendí que, al hacerlo, me estaba rebajando ante los ojos del lunático...

—¿Y por qué se compara con Enoch?

—Porque andaba con Dios.

No comprendí la analogía, pero no me agradaba reconocerlo, de modo que volví al tema que ya había negado:

—De modo que no le preocupa la vida y no quiere almas, ¿por qué?

Le hice la pregunta rápidamente y con bastante sequedad, con el fin de ver si me era posible desconcertarlo.

El esfuerzo dio resultado y por espacio de un instante se tranquilizó y volvió a sus antiguos modales serviles, se inclinó ante mí y me aduló servilmente, al tiempo que respondía:

—No quiero almas. ¡Es cierto! ¡Es cierto! No quiero. No me servirían de nada si las tuviera; no tendría modo de usarlas. No podría comérmelas o...

Guardó silencio repentinamente y la antigua expresión de astucia volvió a extenderse sobre su rostro, como cuando un viento fuerte riza la superficie de las aguas.

—Escuche, doctor, en cuanto a la vida, ¿qué es después de todo? Cuando ha obtenido todo lo necesario y sabe que nunca deseará otra cosa, eso es todo. Tengo amigos, buenos amigos, como usted, doctor Seward —esto lo dijo con una expresión de indecible astucia—. ¡Sé que nunca me faltarán los medios de vida!

Creo que entre las brumas de su locura vio en mí cierto antagonismo, puesto que, finalmente, retrocedió al abrigo de sus iguales..., al más profundo y obstinado silencio.

Al cabo de poco tiempo, comprendí que por el momento era inútil tratar de hablar con él. Estaba enfurruñado. De modo que lo dejé solo y me fui.

Más tarde, en el curso del día, me mandó llamar. Ordinariamente no hubiera ido a visitarlo sin razones especiales, pero en este momento estoy tan interesado en él que me veo contento de hacer ese pequeño esfuerzo. Además, me alegró tener algo que me ayude a pasar el tiempo. Harker está fuera, siguiendo pistas; y también Quincey y lord Godalming. Van Helsing está en mi estudio, examinando cuidadosamente los registros preparados por los Harker; parece creer que por medio de un conocimiento exacto de todos los detalles es posible que llegue a encontrar algún indicio importante. No desea que lo molesten mientras trabaja, a no ser por algún motivo especial. Pude hacer que me acompañara a ver al paciente, pero pensé que después de haber sido rechazado como lo había sido, no le agradaría ya ir a verlo. Además, había otra razón: Renfield no hablaría con tanta libertad ante una tercera persona como lo haría estando solos él y yo.

Lo encontré sentado en la silla, en el centro de su habitación, en una postura que indica generalmente cierta energía mental de su parte. Cuando entré, dijo inmediatamente, como si la pregunta le hubiera estado quemando los labios:

—¿Qué me dice de las almas?

Era evidente que mi aplazamiento había sido correcto. Los pensamientos inconscientes llevaban a cabo su trabajo, incluso en el caso de los lunáticos. Decidí acabar con aquel asunto.

—¿Qué me dice de ellas usted mismo? —inquirí.

Renfield no respondió por el momento y miró en torno suyo, arriba y abajo, como si esperara obtener alguna inspiración para responder.

—¡No quiero almas! —dijo en tono débil y como de excusa.

El asunto parecía ocupar su mente y decidí aprovecharme de ello... a ser "cruel sólo para ser bueno". De modo que le dije:

—A usted le gusta la vida, ¿quiere la vida?

—¡Oh, sí! Pero, eso ya está bien. ¡No necesita usted preocuparse por eso!

—Pero —inquirí—, ¿cómo vamos a obtener la vida sin obtener el alma al mismo tiempo?

Eso pareció sorprenderlo, de modo que desarrollé la idea:

—Pasará usted un tiempo muy divertido cuando salga de aquí, con las almas de todas las moscas, arañas, pájaros y gatos, zumbando, retorciéndose y maullando en torno suyo. Les ha quitado usted las vidas y debe saber qué hacer con sus almas.

Algo pareció afectar su imaginación, ya que se cubrió los oídos con los dedos y cerró los ojos, apretándolos con fuerza, como lo hace un niño cuando le están lavando la cara con jabón. Había algo patético en él que me emocionó; asimismo, recibí una lección, puesto que me parecía que había un niño frente a mí..., solamente un niño, aunque sus rasgos faciales reflejaban el cansancio y la barba que aparecía sobre sus mejillas era blanca. Era evidente que estaba sufriendo algún proceso de desarreglo mental y, sabiendo cómo sus estados anímicos anteriores parecían haber interpretado cosas que eran aparentemente extrañas para él, creí conveniente introducirme en sus pensamientos tanto como fuera posible, para acompañarlo. El primer paso era el de volver a ganarme su confianza, de modo que le pregunté, hablando con mucha fuerza, para que pudiera oírme, a pesar de que tenía los oídos cubiertos:

—¿Quiere usted un poco de azúcar para volver a atraer a sus moscas?

Pareció despertarse de pronto y movió la cabeza. Con una carcajada, dijo:

—¡No! ¡las moscas son de poca importancia, después de todo! —hizo una ligera pausa, y añadió —: Pero, de todos modos, no quiero que sus almas me anden zumbando en los oídos.

—¿O las arañas? —continué diciendo.

—¡No quiero arañas! ¿Para qué sirven las arañas? No tienen nada para comer o... —guardó silencio repentinamente, como si se acordara de algún tópico prohibido.

"¡Vaya, vaya!", me dije para mis adentros. "Es la segunda vez que se detiene repentinamente ante la palabra, ¿qué significa esto?"

Renfield se dio cuenta de que había cometido un error, ya que se apresuró a continuar, como para distraer mi atención e impedir que me fijara en ello.

—No tengo ningún interés en absoluto en esos animales. "Ratas, ratones y otros animales semejantes", como dice Shakespeare. Puede decirse que no tienen importancia. Ya he sobrepasado todas esas tonterías. Sería lo mismo que le pidiera usted a un hombre que comiera moléculas con palillos, que el tratar de interesarme en los carnívoros, cuando sé lo que me espera.

—Ya comprendo —le dije—. Desea usted animales grandes en los que poder clavar sus dientes, ¿no es así? ¿Qué le parecería un elefante para su desayuno?

—¡Está usted diciendo tonterías absolutamente ridículas!

Se estaba despertando mucho, de modo que me dispuse a ahondar un poco más el asunto.

—Me pregunto —le dije, pensativamente— a qué se parece el alma de un elefante.

Obtuve el efecto que deseaba, ya que volvió a bajar de las alturas y a convertirse en un niño.

—¡No quiero el alma de un elefante, ni ningún alma en absoluto! —dijo.

Durante unos momentos, permaneció sentado, como abatido. Repentinamente se puso en pie, con los ojos brillantes y todos los signos de una gran excitación cerebral.

—¡Váyase al infierno con sus almas! —gritó—. ¿Por qué me molesta con sus almas? ¿Cree que no tengo ya bastante con qué preocuparme, sufrir y distraerme, sin pensar en las almas?

Tenía un aspecto tan hostil que pensé que se disponía a llevar a cabo otro ataque homicida, de modo que hice sonar mi silbato. Sin embargo, en el momento en que lo hice se calmó y dijo, en tono de excusa:

—Perdóneme, doctor; perdí el control. No necesita usted ayuda de ninguna especie. Estoy tan preocupado que me irrito con facilidad. Si conociera usted el problema al que tengo que enfrentarme y al que tengo que buscar una solución, me tendría lástima, me toleraría y me excusaría. Le ruego que no me metan en una camisa de fuerza. Deseo reflexionar y no puedo hacerlo cuando tengo el cuerpo atado. ¡Estoy seguro de que usted lo comprenderá!

Era evidente que tenía autodominio, de modo que cuando llegaron los asistentes les dije que podían retirarse. Renfield los observó, mientras se alejaban; cuando cerraron la puerta, dijo, con una considerable dignidad y dulzura:

—Doctor Seward, ha sido usted muy considerado conmigo. ¡Créame que le estoy muy agradecido!

Creí que sería conveniente dejarlo en ese momento y me fui. Hay desde luego algo en que pensar respecto al estado de ese hombre. Varios puntos parecen formar lo que los periodistas americanos llaman "una historia", tan sólo es preciso ponerlos en orden. Vamos a intentarlo.

No desea mencionar la palabra "beber".

Teme el sentirse cargado con el "alma" de algo.

No tiene miedo de pensar en la "vida" en el futuro.

Desprecia todas las formas inferiores de vida, aunque teme ser atormentado por sus almas.

¡Lógicamente, todos esos puntos indican algo! Tiene la seguridad, en cierto modo, de que llegará a adquirir cierta forma de vida superior. Teme la consecuencia..., la carga de un alma. Por consiguiente, ¡es una vida humana la que está buscando!

¿En cuanto a la seguridad...? ¡Gran Dios! ¡El conde ha estado con él y se prepara algún otro tremendo horror!

Más tarde. He ido a ver a van Helsing después de terminar mi ronda y le he comunicado mis sospechas. Se puso muy serio y, después de reflexionar en ello por un momento, me pidió que lo llevara a ver a Renfield. Así lo hice.

Cuando llegamos junto a la puerta de la habitación del alienado, oímos que estaba cantando al interior con mucha alegría, como acostumbraba hacerlo en una época que parecía encontrarse ya muy atrás. Al entrar vimos que había extendido el azúcar, como acostumbraba hacerlo antes, y que las moscas, sumidas en el letargo del otoño, comenzaban ya a zumbar en la habitación. Tratamos de hacerlo hablar sobre el sujeto de nuestra conversación anterior, pero se negó a prestarnos atención. Continuó cantando, tal y como si no estuviéramos con él en absoluto. Había conseguido un pedazo de papel y lo estaba doblando, al interior de una libreta de notas. Tuvimos que irnos, sin haber aprendido nada nuevo.

Es realmente un caso curioso. Tendremos que vigilarlo esta noche.

Carta de Mitchell, Sons & Candy a lord Godalming

1 de octubre

"Su señoría:

"Estamos siempre muy bien dispuestos a satisfacerlo en sus deseos. Estamos en condiciones, con respecto a los deseos de Su Señoría, expresados por el señor Harker de parte de usted, de darle los informes requeridos sobre el número trescientos cuarenta y siete de Piccadilly. Los vendedores originales son los herederos del difunto señor Archibald Winter Suffield. El comprador es un noble extranjero, el conde de Ville, que efectuó personalmente la compra, pagando al contado el precio estipulado, si Su Señoría nos excusa el empleo de una expresión tan sumamente vulgar. Aparte de esto, no conocemos absolutamente nada más respecto al mencionado conde.

"Somos, señor, los más humildes servidores de Su Señoría,

"MITCHEL, SONS & CANDY "

Del diario del doctor Seward

*2 de octubr*e. Coloqué a un hombre en el pasillo durante la última noche, para presentar un informe exacto de todos los ruidos que pudiera oír en la habitación de Renfield y dándole instrucciones para que en el caso de que se produjera algo insólito, me llamara inmediatamente. Después de la cena, cuando estuvimos todos reunidos en torno al fuego del estudio, y después de que la señora Harker se hubo retirado a sus habitaciones, discutimos de las tentativas y los descubrimientos que habíamos hecho durante aquel día. Harker era el único de nosotros que había obtenido resultados y tenemos grandes esperanzas de que los indicios que ha obtenido puedan ser de mucha importancia.

Antes de ir a acostarme, di una vuelta por las habitaciones de los pacientes y miré por el judas de la puerta. Renfield estaba durmiendo profundamente y su pecho se elevaba y descendía con regularidad.

Esta mañana, el hombre que permaneció de servicio me comunicó que después de medianoche estuvo inquieto y recitando sus oraciones con voz un poco fuerte. Le pregunté si eso era todo y me respondió que eso era todo lo que había oído. Había algo en sus modales que se hacía tan sospechoso que le pregunté francamente si se había dormido. Lo negó, pero admitió haberse quedado medio dormido durante un rato. Es una desgracia que no se pueda confiar en los hombres, a menos que se les esté vigilando.

Hoy, Harker ha salido a seguir su pista y Art y Quincey han ido a buscar caballos. Godalming piensa que sería conveniente tener siempre preparados a los caballos, ya que cuando dispongamos de los informes que buscamos, es posible que no haya tiempo que perder. Debemos esterilizar toda la tierra importada entre el amanecer y la puesta del sol. Así podremos tomar al conde por su punto más débil, y sin un lugar en el que pueda refugiarse. Van Helsing ha ido al Museo Británico buscando a ciertas autoridades de medicina antigua. Los antiguos médicos tomaron en cuenta ciertas cosas que sus seguidores no aceptaron y el profesor está buscando curas contra los demonios y los hechizos, que pueden sernos útiles más adelante.

A veces pienso que debemos estar todos completamente locos y que vamos a recuperar la razón, viéndonos encerrados en camisas de fuerza.

Más tarde. Nos hemos reunido nuevamente. Parece que al fin estamos sobre la pista y que el trabajo de mañana puede muy bien ser el principio del fin. Me pregunto si la calma de Renfield tiene algo que ver con eso. Sus saltos de humor se han ajustado tanto a los movimientos del conde, que la destrucción inminente del monstruo puede haberle sido revelada de algún modo sutil. Si pudiéramos tener alguna idea de lo que está ocurriendo en su mente, sobre todo entre el momento en que estuve conversando con él y el instante en que volvió a dedicarse a la caza de moscas, podría considerarlo como una pista valiosa. Aparentemente iba a estar tranquilo durante una temporada... ¿Será cierto…? Ese grito horrible parece proceder de su habitación... El asistente entró precipitadamente en mi habitación y me dijo que de alguna forma, Renfield había tenido un accidente. Había oído su grito y cuando acudió a su habitación lo encontró desplomado en el suelo, boca abajo y todo cubierto de sangre.

Debo ir a verlo inmediatamente...

XXI

Del diario del doctor Seward

3 *de octubre*. Déjenme expresar exactamente todo lo sucedido, tal y como lo recuerdo desde la última vez en que escribí en el diario. Debo hacerlo con toda calma, ya que no debo pasar por alto ni uno solo de los detalles que recuerdo.

Cuando llegué a la habitación de Renfield, lo encontré tendido en el suelo sobre su costado, en medio de un charco de sangre. Cuando me dispuse a moverlo, comprendí que había recibido varias heridas terribles; no parecía existir esa unidad de fines entre las partes del cuerpo, que parecen marcar incluso la cordura letárgica. Al observar su rostro pude advertir que lo tenía horriblemente magullado, como si se lo hubieran golpeado contra el suelo..., en realidad era de las heridas que tenía en el rostro que había surgido el charco de sangre. El asistente que estaba arrodillado al lado del cuerpo me dijo, mientras le dábamos la vuelta al cuerpo:

—Creo, señor, que tiene la espalda rota. Vea, tanto su brazo como su pierna derecha, así como el lado derecho de su rostro, están paralizados.

El asistente estaba absolutamente estupefacto, debido a que no se explicaba cómo había podido suceder algo semejante. Parecía absolutamente desconcertado y sus cejas estaban muy fruncidas cuando dijo:

—No puedo comprender ninguna de las dos cosas. Puede marcarse el rostro así, golpeando su cabeza contra el suelo. En cierta ocasión vi a una joven que lo hizo en el Asilo Eversfield, antes de que nadie pudiera impedírselo. Y supongo que hubiera podido romperse la espalda al caer de la cama, si lo hizo en una mala postura. Pero le aseguro que me es imposible imaginarme cómo pudieron suceder ambas cosas al mismo tiempo. Si tenía la espalda rota no podía golpearse la cabeza, y si tenía el rostro así ya antes de caerse de la cama, entonces habría rastro de sangre.

Entonces, le dije:

—Vaya a buscar al doctor van Helsing y ruéguele que tenga la bondad de venir aquí cuanto antes. Quiero verlo inmediatamente.

El hombre se fue corriendo y a los pocos minutos apareció el profesor, en pijama y con sus zapatillas. Cuando vio a Renfield en el suelo, lo miró agudamente y se volvió hacia mí. Creo que reconoció lo que estaba pensando, como si estuviera reflejado claramente en mis ojos, ya que dijo tranquilamente, manifiestamente para que lo oyera el asistente:

—¡Qué triste accidente! Necesitará una vigilancia muy atenta y muchos cuidados. Voy a quedarme con usted; pero, ante todo, voy a vestirme. Si quiere usted quedarse aquí, me reuniré con usted en unos momentos.

El paciente estaba respirando ahora de manera estentórea y era fácil comprender que había sufrido alguna herida terrible. Van Helsing regresó con extraordinaria celeridad, trayendo consigo un maletín con el instrumental de cirugía. Era evidente que había estado pensando y que se había decidido, puesto que, incluso antes de echarle una ojeada al paciente, me susurró:

—Mande salir al asistente. Tenemos que estar solos con él para cuando se recupere de la operación.

Por consiguiente, dije:

—Creo que eso es todo, Simmons. Hemos hecho ya todo lo que podíamos hacer. Será mejor que vaya a ocuparse de su ronda; el doctor van Helsing va a operar al paciente. En caso de que haya algo extraño en alguna parte, comuníquemelo inmediatamente.

El hombre se retiró y nosotros examinamos cuidadosamente al paciente. Las heridas de su rostro eran superficiales; la verdadera herida era una fractura del cráneo, que se extendía sobre la región motora. El profesor reflexionó durante un momento, y dijo:

—Debemos reducir la presión y volver a las condiciones normales, tanto como sea posible hacerlo; la rapidez de la sufusión muestra la naturaleza terrible del daño. Toda la región motora parece estar afectada. La sufusión del cerebro aumentará rápidamente, debemos practicar la trepanación inmediatamente, si no queremos que resulte demasiado tarde.

Mientras hablaba, se oyeron unos golpecitos suaves en la puerta; me dirigí a ella, la abrí y encontré a Quincey y a Arthur que estaban en el pasillo, en pijama y zapatillas; este último habló:

—Oí a su asistente que llamaba al doctor van Helsing y le hablaba de un accidente. Por consiguiente, desperté a Quincey o, más bien, lo llamé, ya que estaba despierto. Las cosas están sucediendo con demasiada rapidez y de manera muy extraña como para que podamos dormir profundamente en estos tiempos. He estado pensando en que mañana por la noche no veremos las cosas tal como han sucedido. Tendremos que mirar hacia atrás y hacia adelante un poco más de lo que lo hemos estado haciendo. ¿Podemos entrar?

Asentí, y mantuve la puerta abierta hasta que se encontraron en el interior; luego, volví a cerrarla. Cuando Quincey vio la actitud y el estado del paciente y notó el horrible charco de sangre que había en el suelo, dijo suavemente:

—¡Dios santo! ¿Qué le ha sucedido? ¡Pobre diablo!

Se lo expliqué brevemente y añadí que esperábamos que recuperaría el conocimiento después de la operación..., al menos durante un corto tiempo. Fue inmediatamente a sentarse al borde de la cama, con Godalming a su lado, y esperamos todos pacientemente.

—Debemos esperar —dijo van Helsing para determinar el mejor sitio posible en donde poder practicar la trepanación, para poder retirar el coágulo de sangre con la mayor rapidez y eficiencia posibles, ya que es evidente que la hemorragia va en aumento.

Los minutos durante los cuales estuvimos esperando pasaron con espantosa lentitud. Tenía un pensamiento terrible, y por el semblante de van Helsing comprendí que sentía cierto temor o aprensión de lo que iba a suceder. Temía las palabras que Renfield iba a pronunciar.

Temía verdaderamente pensar, pero estaba consciente de lo que estaba sucediendo, puesto que he oído hablar de hombres que han oído el reloj de la muerte. La respiración del pobre hombre se hizo jadeante e irregular. Parecía en todo momento que iba a abrir los ojos y a hablar, pero entonces, se producía una respiración prolongada y estertórea y se calmaba, para adquirir una mayor insensibilidad. Aunque estaba acostum-

brado a los lechos de los enfermos y a los muertos, aquella expectación se fue haciendo para mí cada vez más intolerable. Casi podía oír con claridad los latidos de mi propio corazón y la sangre que fluía en mis sienes resonaba como si fueran martillazos.

Finalmente, el silencio se hizo insoportable. Miré a mis compañeros y vi en sus rostros enrojecidos y en la forma en que tenían fruncido el ceño que estaban soportando la misma tortura que yo. Un suspenso nervioso flotaba sobre todos nosotros, como si sobre nuestras cabezas fuera a sonar alguna potente campana cuando menos lo esperábamos.

Finalmente, llegó un momento en que era evidente que el paciente se estaba debilitando rápidamente; podía morir en cualquier momento. Miré al profesor y vi que sus ojos estaban fijos en mí. Su rostro estaba firme cuando habló:

—No hay tiempo que perder. Sus palabras pueden contribuir a salvar muchas vidas; he estado pensando en ello, mientras esperábamos. ¡Es posible que haya un alma que corra un peligro muy grande! Debemos operar inmediatamente encima del oído.

Sin añadir una palabra más comenzó la operación. Durante unos minutos más la respiración continuó siendo estertórea. Luego, aspiró el aire de manera tan prolongada que parecía que se le iba a rasgar el pecho. Repentinamente, abrió los ojos y permanecieron fijos, con una mirada salvaje e impotente. Permaneció así durante unos momentos y, luego, su mirada se suavizó, mostrando una alegre sorpresa. De sus labios surgió un suspiro de alivio. Se movió convulsivamente, y al hacerlo, dijo:

—Estaré tranquilo, doctor. Dígales que me quiten la camisa de fuerza. He tenido un terrible sueño y me he quedado tan débil que ni siquiera puedo moverme. ¿Qué me sucede en el rostro? Lo siento todo inflamado y me duele horriblemente.

Trató de volver la cabeza, pero, a causa del esfuerzo, sus ojos parecieron ponérsele otra vez vidriosos y, suavemente, lo hice desistir de su empeño. Entonces, van Helsing dijo en tono grave y tranquilo:

—Cuéntenos su sueño, señor Renfield.

Cuando oyó la voz del profesor, su rostro se iluminó, a pesar de sus magulladuras, y dijo:

—Usted es el doctor van Helsing. ¡Me alegro mucho de que esté usted aquí! Deme un trago de agua; tengo los labios secos. Luego se lo contaré todo. He soñado.

Hizo una pausa, y pareció desvanecerse.

Llamé quedamente a Quincey.

—¡El brandy! Está en mi estudio..., ¡dese prisa!

Se fue rápidamente y regresó con un vaso, una botella de brandy y una jarra de agua. Le humedecimos al herido los labios magullados y recobró el sentido rápidamente. Sin embargo, parecía que su pobre cerebro herido había estado trabajando mientras tanto, puesto que, cuando recuperó completamente el conocimiento, me miró fijamente, con una terrible expresión de desconcierto que nunca podré olvidar, y me dijo:

—No debo engañarme; no se trataba de un sueño, sino de una terrible realidad.

Sus ojos recorrieron la habitación, y cuando vio a las dos figuras que permanecían sentadas pacientemente en el borde del lecho, continuó diciendo:

—Si no estuviera seguro de ello ya, lo sabría por ellos.

Cerró los ojos por un instante..., no a causa del dolor o del sueño, sino voluntariamente, como si estuviera reuniendo todas sus fuerzas; cuando volvió a abrirlos, dijo apresuradamente y con mayor energía de la que había mostrado hasta entonces:

—¡Rápido, doctor, rápido! ¡Me estoy muriendo! Siento que me quedan solamente unos minutos y después caeré muerto o algo peor. Vuelva a humedecerme los labios con brandy. Tengo que decirle algo antes de morir, o antes de que mi cerebro destrozado muera. ¡Gracias! Sucedió aquella noche, después de que salió usted de aquí, cuando le imploré que me dejara salir del asilo. No podía hablar, ya que sentía que mi lengua estaba atada; pero estaba tan cuerdo entonces, exceptuando el hecho de que no podía hablar, como ahora. Estuve desesperado durante mucho tiempo después de que se fue usted de mi habitación; debieron pasar varias horas. Luego, sentí una paz repentina. Mi cerebro pareció volver a funcionar fríamente y comprendí dónde me encontraba. Oí que los perros ladraban detrás de la casa, pero, ¡no donde estaba *él*!

Mientras el paciente hablaba, van Helsing lo miraba sin parpadear, pero alargó la mano, tomó la mía y me la apretó con fuerza. Sin embargo, no se traicionó; asintió ligeramente y dijo en voz muy baja:

—Continúe.

Renfield continuó diciendo:

—Llegó hasta la ventana en medio de la niebla, como lo había visto antes, con frecuencia; pero entonces era algo sólido, no un fantasma, y sus ojos eran feroces, como los de un hombre encolerizado. Su boca roja estaba riendo y sus dientes blancos y agudos brillaban bajo el resplandor de la luna, al tiempo que miraba hacia los árboles, hacia donde los perros estaban ladrando. No le pedí que entrara al principio, aunque sabía que deseaba hacerlo... como había querido hacerlo siempre. Luego, comenzó a prometerme cosas..., no con palabras sino haciéndolas verdaderamente.

Fue interrumpido por una palabra del profesor.

—¿Cómo?

—Haciendo que las cosas sucedieran; del mismo modo que acostumbraba mandarme las moscas cuando brillaba el sol. Grandes moscas bien gordas, con acero y zafiros en sus alas; y enormes palomillas, por las noches, con calaveras y tibias cruzadas.

Van Helsing asintió en dirección al oído, al mismo tiempo que me susurraba a mí, de manera inconsciente:

—La *Acherontia Atropos de las Esfinge*s, lo que ustedes llaman la "polilla de la calavera", ¿no es así?

El paciente continuó hablando, sin hacer ninguna pausa:

—Entonces comenzó a susurrar: "¡Ratas, ratas, ratas! Cientos, miles, millones de ellas y cada una de ellas es una vida; y perros para comerlas y también gatos. ¡Todos son vida! Todos tienen sangre roja con muchos años de vida en ellos; ¡no sólo moscas zumbadoras!" Yo me reí de él, debido a que deseaba ver qué podía hacer. Entonces, los perros aullaron, a lo lejos, más allá de los árboles oscuros, en su casa. Me hizo acercarme a la ventana. Me puse en pie, miré al exterior y él alzó los brazos y pareció estar llamando a alguien, sin pronunciar una sola palabra. Una masa oscura se extendió sobre el césped y avanzó

como las llamas en un incendio. Apartó la niebla a derecha e izquierda y pude ver que había miles y miles de ratas, con ojos rojos iguales a los de él, sólo que más pequeños. Mantuvo la mano en alto, y todas las ratas se detuvieron; y pensé que parecía estar diciéndome: "¡Te daré todas esas vidas y muchas más y más importantes, a través de los tiempos sin fin, si aceptas postrarte y adorarme!" Y entonces, una nube rojiza, del color de la sangre, pareció colocarse ante mis ojos y, antes de saber qué estaba haciendo, estaba abriendo el ventanillo de esa ventana y diciéndole: "¡Entre, Amo y Señor!" Todas las ratas se habían ido, pero *él* se introdujo en la habitación por la ventana, a pesar de que solamente estaba entreabierta unos centímetros..., como la luna ha aparecido muchas veces por un pequeño resquicio y se ha presentado frente a mí en todo su tamaño y esplendor.

Su voz se hizo más débil, de modo que volví a humedecerle los labios con el brandy y continuó hablando, pero parecía como si su memoria hubiera continuado funcionando en el intervalo, puesto que su relato había avanzado bastante ya, cuando volvió a tomar la palabra. Estaba a punto de hacerlo volver al punto en que se había quedado, cuando van Helsing me susurró:

—Déjelo seguir. No lo interrumpa; no puede volver atrás, y quizá no pueda continuar en absoluto, una vez que pierda el hilo de sus pensamientos.

Renfield agregó:

—Esperé todo el día tener noticias suyas, pero no me envió nada; ni siquiera una mosca, y cuando salió la luna, yo estaba muy enfadado con él. Cuando se introdujo por la ventana, a pesar de que estaba cerrado, sin molestarse siquiera en llamar, me enfurecí mucho. Se burló de mí y su rostro blanco surgió de entre la niebla, mientras sus ojos rojizos brillaban, y se paseó por la habitación como si toda ella le perteneciera y como si yo no existiera. No tenía ni siquiera el mismo olor cuando pasó a mi lado. No pude detenerlo. Creo que, de algún modo, la señora Harker había entrado en la habitación.

Los dos hombres que estaban sentados junto a la cama se pusieron en pie y se acercaron, quedándose detrás del herido, de tal modo que él no pudiera verlos, pero en donde podían oír mejor lo que estaba diciendo. Los dos estaban silenciosos, pero el profesor se sobresaltó y se estremeció; sin embargo, su

rostro adquirió una expresión más firme y grave. Renfield continuó adelante, sin darse cuenta de nada:

—Cuando la señora Harker vino a verme aquella tarde, no era la misma; era como el té, después de que se le ha echado agua a la tetera.

En ese momento, todos nosotros nos movimos, pero ninguno pronunció una palabra; Renfield prosiguió:

—No supe que estaba aquí hasta que me habló, y no parecía la misma. No me intereso por las personas pálidas; me agradan cuando tienen mucha sangre, y parecía que ella la había perdido toda. No pensé en ello en ese momento, pero cuando salió de aquí, comencé a reflexionar en ello y me enfurecí enormemente al comprender que *él* le estaba robando la vida.

Noté que todos los presentes se estremecieron, lo mismo que yo; pero, aparte de eso, todos permanecimos inmóviles.

—Así, cuando vino esta noche, lo estaba esperando. Vi la niebla que penetraba por la ventana y lo así con fuerza. He oído decir que los locos tienen una fuerza sobrenatural, y como sabrá que yo estaba loco, por lo menos a veces, resolví utilizar mi poder. Él también lo sintió, puesto que tuvo que salir de la niebla para pelear conmigo.

Lo sujeté fuertemente y pensé que iba a vencerlo, porque no quería que continuara robándole la vida a ella. Entonces vi sus ojos. Su mirada me traspasó, y mis fuerzas me abandonaron. Se soltó, y cuando trataba otra vez de aferrarlo, me levantó en el aire y me dejó caer. Había una nube roja frente a mí y oí un ruido como un trueno. La niebla pareció escaparse por debajo de la puerta.

Su voz se estaba haciendo más débil y su respiración más jadeante. Van Helsing se puso en pie instintivamente.

—Ahora conocemos lo peor —dijo—. Está aquí, y conocemos sus fines. Puede que no sea demasiado tarde. Tenemos que armarnos, lo mismo que la otra noche; pero no perdamos tiempo. No hay un instante que perder.

No era necesario expresar con palabras nuestros temores ni nuestra convicción..., puesto que eran comunes a todos nosotros. Nos apresuramos a tomar en nuestras habitaciones las mismas cosas que teníamos cuando entramos en la casa del

conde. El profesor tenía preparadas sus cosas, y cuando nos reunimos en el pasillo, las señaló de manera significativa y dijo:

—Nunca las dejo, y no debo hacerlo, hasta que este desgraciado asunto concluya. Sean prudentes también, amigos míos. No estamos enfrentándonos a un enemigo común. ¡Nuestra querida señora Mina debe sufrir! ¡Ay! ¡Qué lástima!

Al exterior de la puerta de los Harker hicimos una pausa. Art y Quincey se mantuvieron atrás, y el último preguntó:

—¿Debemos molestarla?

—Es preciso —dijo van Helsing tristemente—. Si la puerta está cerrada, la forzaremos para entrar.

—¿No la asustaremos terriblemente? ¡No es natural entrar por efracción en la habitación de una dama!

Van Helsing dijo solemnemente:

—Tiene usted toda la razón, pero se trata de una cuestión de vida o muerte. Todas las habitaciones son iguales para un médico, e incluso si no lo fueran, esta noche son todas como una sola. Amigo John, cuando haga girar la perilla, si la puerta no se abre, ¿quiere usted apoyar el hombro y abrirla a la fuerza? ¿Y ustedes también, amigos míos? ¡Ahora!

Hizo girar la perilla de la puerta al tiempo que hablaba, pero la puerta no se abrió. Nos lanzamos todos contra ella y, con un ruido seco, se abrió de par en par.

Caímos a la habitación y estuvimos a punto de perder todos el equilibrio. En efecto, el profesor cayó de bruces, y pude ver por encima de él, mientras se levantaba sobre las manos y las rodillas. Lo que vi me dejó estupefacto. Sentí que el cabello se me ponía rígido, como cerdas, en la parte posterior del cuello; el corazón pareció detenérseme.

La luz de la luna era tan fuerte que, a través de los espesos visillos amarillentos, la habitación podía verse con claridad. Sobre la cama, al lado de la ventana, estaba tendido Jonathan Harker, con el rostro sonrojado y respirando pesadamente, como presa de estupor. Arrodillada sobre el borde más cercano del lecho que daba al exterior, se distinguía la figura blanca de su esposa. A su lado estaba un hombre alto y delgado, vestido de negro. Tenía el rostro vuelto hacia el otro lado, pero en cuanto lo vimos, reconocimos todos al conde..., con todos los deta-

lles, incluso con la cicatriz que tenía en la frente. Con su mano izquierda tenía sujetas las dos manos de la señora Harker, apartándolas junto con sus brazos; su mano derecha la aferraba por la parte posterior del cuello, obligándola a inclinar la cabeza hacia su pecho. Su camisón blanco de dormir estaba manchado de sangre y un ligero reguero del mismo precioso líquido corría por el pecho desnudo del hombre, que aparecía por una rasgadura de sus ropas, La actitud de los dos tenía un terrible parecido con un niño que estuviera obligando a un gatito a meter el hocico en un platillo de leche, para que beba. Cuando entramos precipitadamente en la habitación, el conde volvió la cabeza y en su rostro apareció la expresión infernal que tantas veces había oído describir. Sus ojos brillaron, rojizos, con una pasión demoníaca; las grandes ventanas de su nariz blanca y aquilina estaban distendidas y temblaban ligeramente; y sus dientes blancos y agudos, detrás de los labios gruesos de la boca succionadora de sangre, estaban apretados, como los de un animal salvaje. Girando bruscamente, de tal modo que su víctima cayó sobre la cama como si tuviera un lastre, se lanzó sobre nosotros. Pero, para entonces, el profesor se había puesto ya en pie y tendía hacia él el sobre que contenía la Sagrada Hostia. El conde se detuvo repentinamente, del mismo modo que la pobre Lucy lo había hecho fuera de su tumba, y retrocedió. Retrocedió al tiempo que nosotros, con los crucifijos en alto, avanzábamos hacia él. La luz de la luna desapareció de pronto, cuando una gran nube negra avanzó en el cielo, y cuando Quincey encendió la lamparita de gas con un fósforo, no vimos más que un ligero vapor que desaparecía bajo la puerta que, con el retroceso natural después de haber sido abierta bruscamente, estaba en su antigua posición. Van Helsing, Art y yo, nos dirigimos apresuradamente hacia la señora Harker, que para entonces había recuperado el aliento y había proferido un grito tan agudo, tan penetrante y tan lleno de desesperación, que me pareció que iba a poder escucharlo hasta los últimos instantes de mi propia vida. Durante unos segundos, permaneció en su postura llena de impotencia y de desesperación. Su rostro estaba fantasmal, con una palidez que era acentuada por la sangre que manchaba sus labios, sus mejillas y su barbilla; de su cuello surgía un delgado hilillo de sangre; sus ojos estaban desorbitados de terror. Entonces, se cubrió el rostro con sus pobres manos lastimadas, que llevaban en su blancura la marca roja de la terrible presión ejercida por el conde sobre ellas, y de detrás de sus manos salió un gemido de desolación que hizo que el terrible grito de unos instantes antes pareciera solamente la expresión de un dolor inter-

minable. Van Helsing avanzó y cubrió el cuerpo de la dama con las sábanas, con suavidad, mientras Art, mirando un instante su rostro pálido, con la desesperación reflejada en el semblante, salió de la habitación.

Van Helsing me susurró:

—Jonathan es víctima de un estupor como sabemos que sólo el vampiro puede provocarlo. No podemos hacer nada por la pobre señora Mina durante unos momentos, en tanto no se recupere. ¡Debo despertar a su esposo!

Metió la esquina de una toalla en agua fría y comenzó a frotarle el rostro a Jonathan. Mientras tanto, su esposa se cubría el pálido rostro con ambas manos y sollozaba de tal modo, que resultaba desgarrador oírla. Levanté los visillos y miré por la ventana, hacia el exterior, y en ese momento vi a Quincey Morris que corría sobre el césped y se escondía detrás de un tejo. No logré imaginarme qué estaba haciendo allí; pero, en ese momento, oí la rápida exclamación de Harker, cuando recuperó en parte el sentido y se volvió hacia la cama. En su rostro, como era muy natural, había una expresión de total estupefacción. Pareció atontado unos instantes y, entonces, pareció que la conciencia volvía a él por completo, y empezó a erguirse. Su esposa se incorporó a causa del rápido movimiento y se volvió hacia él, con los brazos extendidos, como para abrazarlo; sin embargo, inmediatamente los echó hacia atrás, juntó los codos y se cubrió de nuevo el rostro, estremeciéndose de tal modo, que el lecho temblaba violentamente bajo su cuerpo.

—¡En nombre del cielo! ¿Qué significa esto? —exclamó Harker—. Doctor Seward, doctor van Helsing, ¿qué significa esto? ¿Qué ha sucedido? Mina, querida, ¿qué ocurre? ¿Qué significa esa sangre? ¡Dios mío, Dios mío! ¡Ha estado aquí! —e incorporándose, hasta quedar de rodillas, juntó las manos—. ¡Dios mío!, ¡ayúdanos! ¡Ayúdala! ¡Oh, Dios mío, ayúdala!

Con un movimiento rápido, saltó de la cama y comenzó a vestirse. Todo su temple de hombre despertó de improviso, sintiendo la necesidad de entrar en acción inmediatamente.

—¿Qué ha sucedido? ¡Explíquenmelo todo! —dijo, sin hacer ninguna pausa—. Doctor van Helsing, sé que usted ama a Mina. ¡Haga algo por salvarla! No es posible que sea demasiado tarde. ¡Cuídela, mientras yo voy a buscarlo a él! —su esposa, en medio de su terror, de su horror y de su desesperación, vio algún

peligro seguro para él, puesto que, inmediatamente, olvidando su propio dolor, se aferró a él y gritó:

—¡No, no! ¡Jonathan! ¡No debes dejarme sola! Ya he sufrido bastante esta noche, Dios lo sabe bien, sin temer que él te haga daño a ti. ¡Tienes que quedarte conmigo! ¡Quédate con nuestros amigos, que cuidarán de ti!

Su expresión se hizo frenética, al tiempo que hablaba; y, mientras él cedía hacia ella, Mina lo hizo inclinarse, sentándolo en el borde de la cama y aferrándose a él con todas sus fuerzas.

Van Helsing y yo tratamos de calmarlos a ambos. El profesor conservaba en la mano su crucifijo de oro y dijo con una calma maravillosa:

—No tema usted, querida señora. Estamos nosotros aquí con ustedes, y mientras este crucifijo esté a su lado, no habrá ningún monstruo de esos que pueda acercársele. Está usted a salvo esta noche, y nosotros debemos tranquilizarnos y consolarnos juntos.

La señora Harker se estremeció y guardó silencio, manteniendo la cabeza apoyada en el pecho de su esposo. Cuando alzó ella el rostro, la camisa blanca de su esposo estaba manchada de sangre en el lugar en que sus labios se habían posado y donde la pequeña herida abierta que tenía en el cuello había dejado escapar unas gotitas.

En cuanto la señora Harker lo vio, se echó hacia atrás, con un gemido bajo y un susurro, en medio de tremendos sollozos:

—¡Sucio, sucio! No debo volver a tocarlo ni a besarlo. ¡Oh! Es posible que sea yo ahora su peor enemigo y que sea de mí de quien mayor temor deba él sentir.

Al oír eso, Jonathan habló con resolución.

—¡Nada de eso, Mina! Me avergüenzo de oír esas palabras; no quiero que digas nada semejante de ti misma, ni quiero que pienses siquiera una cosa semejante. ¡Que Dios me juzgue con dureza y me castigue con un sufrimiento todavía mayor que el de estos momentos, si por cualquier acto o palabra mía hay un alejamiento entre nosotros!

Extendió los brazos y la atrajo hacia su pecho. Durante unos instantes, su esposa permaneció abrazada a él, sollozan-

do. Jonathan nos miró por encima de la cabeza inclinada de su esposa, con ojos brillantes, que parpadeaban sin descanso, al tiempo que las ventanas de su nariz temblaban convulsivamente y su boca adoptaba la dureza del acero. Al cabo de unos momentos, los sollozos de la señora Harker se hicieron menos frecuentes y más suaves y, entonces, Jonathan me dijo, hablando con una calma estudiada que debía estar poniendo a ruda prueba sus nervios:

—Y ahora, doctor Seward, cuénteme todo lo ocurrido. Ya conozco demasiado bien lo que sucedió, pero reláteme todos los detalles, por favor.

Le expliqué exactamente qué había sucedido y me escuchó con impasibilidad forzada, pero las ventanas de la nariz le temblaban y sus ojos brillaban cuando le expliqué cómo las manos del conde sujetaban a su esposa en aquella terrible y horrenda posición, con su boca apoyada en la herida abierta de su garganta. Me interesó, incluso en ese momento, el ver que, aunque el rostro blanco por la pasión se contorsionaba convulsivamente sobre la cabeza inclinada de la señora Harker, las manos acariciaban suave y cariñosamente el cabello ensortijado de su esposa.

Cuando terminé de hablar, Quincey y Godalming llamaron a la puerta. Entraron, después de que les dimos permiso para hacerlo. Van Helsing me miró interrogadoramente. Comprendí que quería indicarme que quizá sería conveniente aprovecharnos de la llegada de nuestros dos amigos para distraer la atención de los esposos atribulados, con el fin de que no se fijaran por el momento uno en el otro; así pues, cuando le hice un signo de asentimiento, el profesor les preguntó a los recién llegados qué habían visto o hecho. Lord Godalming respondió:

—No lo encontré en el pasillo ni en ninguna de nuestras habitaciones. Miré en el estudio; pero, aun cuando había estado allí, ya se había ido. Sin embargo...

Guardó silencio un instante, mirando a la pobre figura tendida en el lecho. Van Helsing le dijo gravemente:

—Continúe, amigo Arthur. No debemos ocultar nada más. Nuestra esperanza reposa ahora en saberlo todo. ¡Hable libremente!

Por consiguiente, Art continuó:

—Había estado allí y, aunque solamente pudo estar unos segundos, puso todo el estudio en desorden. Todos los manuscritos han sido quemados y las llamas azules estaban lamiendo todavía las cenizas blancas —hizo una pausa—. ¡Gracias a Dios que está la otra copia en la caja fuerte!

Su rostro se iluminó un instante, pero volvió a entristecerse al agregar:

—Corrí entonces escaleras abajo, pero no encontré ningún signo de él. Miré en la habitación de Renfield, pero... no había rastro de él, excepto... —volvió a guardar silencio.

—Continúe —le dijo Harker, con voz ronca.

Lord Godalming inclinó la cabeza, se humedeció los labios y continuó:

—Excepto que el pobre tipo está muerto.

La señora Harker levantó la cabeza, nos miró uno por uno a todos, y dijo solemnemente:

—¡Que se haga la voluntad de Dios!

No pude dejar de pensar que Art estaba ocultándonos algo, pero como supuse que lo haría con un fin determinado, no dije nada. Van Helsing se volvió a Morris y le preguntó:

—Y usted, amigo Quincey, ¿no tiene nada que contarnos?

—Un poco —dijo Morris—. Es posible que sea algo importante, pero, por el momento, no puedo asegurarlo. Creía que sería conveniente saber adónde iba el conde al salir de la casa. No lo vi, pero advertí un murciélago que remontaba el vuelo desde la ventana de Renfield y volaba hacia el oeste. Esperaba verlo regresar a Carfax en alguna de sus formas, pero, evidentemente, se dirigió hacia algún otro refugio. Ya no volverá esta noche, debido a que el cielo comienza a enrojecer por el este y se acerca el amanecer. ¡Debemos trabajar mañana!

Pronunció las últimas palabras con los dientes apretados. Durante unos dos minutos, reinó el silencio y me imaginé que podíamos oír el ruido producido por los latidos de nuestros corazones. Entonces, van Helsing, colocando cariñosamente su mano sobre la cabeza de la señora Harker, dijo:

—Ahora, querida señora Harker, díganos qué ha sucedido, con exactitud. Dios sabe que no quiero causarle ninguna pena, pero es preciso que lo sepamos todo, ya que ahora, más que nunca, tenemos que llevar a cabo todo el trabajo con rapidez y eficacia y con una urgencia mortal. Se acerca el día en que debe terminarse todo, si es posible, y si tenemos la oportunidad de poder vivir y aprender.

La pobre señora se estremeció violentamente y pude advertir la tensión de sus nervios, abrazándose a su esposo con mayor fuerza y haciendo que su cabeza descendiera todavía más sobre su pecho. Luego, levantó la cabeza orgullosamente y tendió una mano que van Helsing tomó y, haciendo una reverencia, la besó respetuosamente y la conservó entre sus propias manos. La otra mano de la señora Harker estaba sujeta en una de las de su esposo, que, con el otro brazo, rodeaba su talle protectoramente. Al cabo de una pausa en la que estuvo obviamente ordenando sus pensamientos, comenzó:

—Tomé la droga que usted, con tanta amabilidad, me entregó, pero durante bastante tiempo no me hizo ningún efecto. Me pareció estar cada vez más despierta, e infinidad de fantasmas comenzaron a poblar mi imaginación... Todas ellas relativas a la muerte y a los vampiros, a la sangre, al dolor y a la desesperación —su esposo gruñó involuntariamente, al tiempo que ella se volvía hacia Jonathan y le decía amorosamente—: No te irrites, cariño. De es ser valeroso y fuerte, para ayudarme en esta terrible prueba. Si supieras qué esfuerzo tan grande me cuesta simplemente hablar de este asunto tan horrible, comprenderías lo mucho que necesito tu ayuda. Bueno, comprendí que debía tratar de ayudar a la medicina para que hiciera efecto, por medio de mi propia voluntad, si es que quería que me sirviera de algo. Por consiguiente, resueltamente, me esforcé en dormir. Estoy segura de que debí dormirme inmediatamente, puesto que no recuerdo nada más. Jonathan, al entrar, no me despertó, puesto que mi recuerdo siguiente es que estaba a mi lado. Había en la habitación la misma niebla ligera que había visto antes. Pero no recuerdo si tienen ustedes conocimiento de ello; encontrarán todo al respecto en mi diario, que les mostraré más tarde. El mismo terror vago de la otra vez se apoderó de mí y tuve el mismo sentimiento de que había alguien en la habitación. Me volví para despertar a Jonathan, pero descubrí que dormía tan profundamente, que más bien parecía que era él y no yo quien había tomado la droga.

Me esforcé todo lo que pude, pero no logré que despertara. Eso hizo que me asustara mucho y miré en torno mío, aterrorizada. Entonces, el corazón me dio un vuelco: al lado de la cama, como si hubiera surgido de la niebla o mejor dicho, como si la niebla se hubiera transformado en él, puesto que había desaparecido por completo, había un hombre alto y delgado, vestido de negro. Lo reconocí inmediatamente por la descripción que me hicieron los otros. Por su rostro blanco como la cera; la nariz larga y aquilina, sobre la que la luz formaba una delgada línea blanca; los labios entreabiertos, entre los que aparecían los dientes blancos y agudos y los ojos rojos que me parecía haber visto a la puesta del sol en la Iglesia de Santa María, en Whitby. Conocía también la cicatriz roja que tenía en la frente, donde Jonathan lo golpeó. Durante un momento, mi corazón se detuvo y quise gritar, pero estaba paralizada. Mientras tanto, el monstruo habló, con un susurro seco y cortante, mostrando con el dedo a Jonathan:

"—¡Silencio! Si profiere usted un solo sonido, lo cogeré a él y le aplastaré la cabeza.

"Yo estaba aterrorizada y demasiado estupefacta como para poder hacer o decir algo. Con una sonrisa burlona, me puso una mano en el hombro y, manteniéndome bien sujeta me desnudó la garganta con la otra, diciendo al mismo tiempo:

"—Primeramente, un pequeño refresco, como pago por mis esfuerzos. Será mejor que esté inmóvil; no es la primera vez ni la segunda que sus venas me han calmado la sed.

"Yo estaba atolondrada y, por extraño que pueda parecer, no deseaba estorbarle. Supongo que es parte de su terrible poder, cuando está tocando a una de sus víctimas. Y, ¡oh, Dios mío, oh, Dios mío, ten piedad de mí! ¡Apoyó sus labios asquerosos en mi garganta!

"Sentí que mis fuerzas me estaban abandonando y estaba medio desmayada. No sé cuanto tiempo duró esa terrible escena, pero me pareció que pasaba un buen rato antes de que retirara su boca asquerosa, maloliente y sucia. ¡Vi que estaba llena de sangre fresca!"

El recuerdo pareció ser superior a sus fuerzas y se hubiera desplomado a no ser por el brazo de su esposo que la sostenía. Con un enorme esfuerzo, se controló, y siguió diciendo:

—Luego, me habló burlonamente: "¡De modo que usted, como los demás, quería enfrentar su inteligencia a la mía! ¡Quería ayudar a esos hombres a aniquilarme y a frustrar mis planes! Ahora ya sabe usted y todos ellos saben en parte y sabrán plenamente antes de que pase mucho tiempo, qué significa cruzarse en mi camino. Debieron guardar sus energías para usarlas más cerca de sus hogares. Mientras hacían planes para enfrentarse a mí... A mí que he dirigido naciones, que he intrigado por ellas y he luchado por ellas, cientos de años antes de que ellos nacieran, yo los estaba saboteando. Y usted, la bienamada de todos ellos, es ahora mía; es carne de mi carne, sangre de mi sangre, familiar de mi familia; mi prensa de vino durante cierto tiempo; y, más adelante, será mi compañera y ayudante. Será usted vengada a su vez, puesto que ninguno de ellos podrá suplir sus necesidades. Pero ahora debo castigarla por lo que ha hecho aliándose a los demás para combatirme. De ahora en adelante acudirá a mi llamado. Cuando mi mente ordene, pensando en usted, cruzará tierras y mares si es preciso para acudir a mi lado y hacer mi voluntad, y para asegurarme de ello, ¡mire lo que hago!" Entonces, se abrió la camisa, y con sus largas y agudas uñas, se abrió una vena en el pecho. Cuando la sangre comenzó a brotar, tomó mis manos en una de las suyas, me las apretó con firmeza y, con su mano libre, me agarró por el cuello y me obligó a apoyar mi boca contra su herida, de tal modo que o bien me ahogaba o estaba obligada a tragar... ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho para merecer un destino semejante, yo, que he intentado permanecer en el camino recto durante todos los días de mi vida? ¡Ten piedad de mí, Dios mío! ¡Baja tu mirada sobre mi pobre alma que está sujeta a un peligro más que mortal! ¡Compadécete de mí!

Entonces, comenzó a frotarse los labios, como para evitar la contaminación.

Mientras narraba su terrible historia, el cielo, al oriente, comenzó a iluminarse, y todos los detalles de la habitación fueron apareciendo con mayor claridad. Harker permanecía inmóvil y en silencio, pero en su rostro, conforme el terrible relato avanzaba, apareció una expresión grisácea que fue profundizándose a medida que se hacía más clara la luz del día; cuando el resplandor rojizo del amanecer se intensificó, su piel resaltaba, muy oscura, contra sus cabellos, que se le iban poniendo blancos.

Hemos tomado disposiciones para permanecer siempre uno de nosotros atento al llamado de la infeliz pareja, hasta que poda-

mos reunirnos todos y dispongamos todo lo necesario para entrar en acción. Estoy seguro de que el sol no se elevará hoy sobre ninguna casa que esté más sumida en la tristeza que ésta.

XXII

Del diario de Jonathan Harker

3 *de octubre*. Tengo que hacer algo, si no quiero volverme loco; por eso estoy escribiendo en este diario. Son ahora las seis de la mañana, y tenemos que reunirnos en el estudio dentro de media hora, para comer algo, puesto que el doctor Seward y el profesor van Helsing están de acuerdo en que si no comemos nada no estaremos en condiciones de hacer nuestro mejor trabajo. Dios sabe que hoy necesitaremos dar lo mejor de cada uno de nosotros. Tengo que continuar escribiendo, cueste lo que cueste, ya que no puedo detenerme a pensar. Todo, los pequeños detalles tanto como los grandes, debe quedar asentado; quizá los detalles insignificantes serán los que nos sirvan más, después. Las enseñanzas, buenas o malas, no podrán habernos hecho mayor daño a Mina y a mí que el que estamos sufriendo hoy. Sin embargo, debemos tener esperanza y confianza. La pobre Mina me acaba de decir hace un momento, con las lágrimas corriéndole por sus adoradas mejillas, que es en la adversidad y la desgracia cuando debemos demostrar nuestra fe... Que debemos seguir teniendo confianza, y que Dios nos ayudará hasta el fin. ¡El fin! ¡Oh, Dios mío! ¿Qué fin...? ¡A trabajar! ¡A trabajar!

Cuando el doctor van Helsing y el doctor Seward regresaron de su visita al pobre Renfield, discutimos gravemente lo que era preciso hacer. Primeramente, el doctor Seward nos dijo que cuando él y el doctor van Helsing habían descendido a la habitación del piso inferior, habían encontrado a Renfield tendido en el suelo. Tenía el rostro todo magullado y aplastado y los huesos de la nariz rotos.

El doctor Seward le preguntó al asistente que se encontraba de servicio en el pasillo si había oído algo. El asistente le dijo que se había sentado y estaba semidormido, cuando oyó fuertes voces en la habitación del paciente y a Renfield que gritaba con fuerza varias veces: "¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!" Después de eso, oyó el ruido de una caída y, cuando entró en la habitación, lo encontró tendido en el suelo, con el rostro contra el suelo, tal y

como el doctor lo había visto. Van Helsing le preguntó si había oído "voces" o "una sola voz" y el asistente dijo que no estaba seguro de ello; que al principio le había parecido que eran dos, pero que, puesto que solamente había una persona en la habitación, tuvo que ser una sola. Podía jurarlo, si fuera necesario, que la palabra pronunciada por el paciente había sido "¡Dios!". El doctor Seward nos dijo, cuando estuvimos solos, que no deseaba entrar en detalles sobre ese asunto; era preciso tener en cuenta la posibilidad de una encuesta, y no contribuiría en nada a demostrar la verdad, puesto que nadie sería capaz de creerla. En tales circunstancias, pensaba que, de acuerdo con las declaraciones del asistente, podría extender un certificado de defunción por accidente, debido a una caída de su cama. En caso de que el forense lo exigiera, habría una encuesta que conduciría exactamente al mismo resultado.

Cuando comenzamos a discutir lo relativo a cuál debería ser nuestro siguiente paso, lo primero de todo que decidimos era que Mina debía gozar de entera confianza y estar al corriente de todo; que nada, absolutamente nada, por horrible o doloroso que fuera, debería ocultársele. Ella misma estuvo de acuerdo en cuanto a la conveniencia de tal medida, y era una verdadera lástima verla tan valerosa y, al mismo tiempo, tan llena de dolor y de desesperación.

—No deben ocultarme nada —dijo—. Desafortunadamente ya me han ocultado demasiadas cosas. Además, no hay nada en el mundo que pueda causarme ya un dolor mayor que el que he tenido que soportar..., ¡que todavía estoy sufriendo! ¡Sea lo que sea lo que suceda, significará para mí un consuelo y una renovación de mis esperanzas!

Van Helsing la estaba mirando fijamente, mientras hablaba, y dijo, repentinamente, aunque con suavidad:

—Pero, querida señora Mina, ¿no tiene usted miedo, si no por usted, al menos por los demás, después de lo que ha pasado?

El rostro de Mina se endureció, pero sus ojos brillaron con la misma devoción de una mártir, cuando respondió:

—¡No! ¡Mi mente se ha acostumbrado ya a la idea!

—¿A qué idea? —preguntó el profesor suavemente, mientras permanecíamos todos inmóviles, ya que todos noso-

tros, cada uno a su manera, teníamos una ligera idea de lo que deseaba decir.

Su respuesta fue dada con toda sencillez, como si estuviera simplemente constatando un hecho seguro:

—Porque si encuentro en mí (y voy a vigilarme con todo cuidado) algún signo de que pueda ser causa de daños para alguien a quien amo, ¡debo morir!

—¿Se matará usted misma? —preguntó van Helsing, con voz ronca.

—Lo haré, si no hay ningún amigo que desee salvarme, evitándome ese dolor y ese esfuerzo desesperado.

Mina miró al profesor gravemente, al tiempo que hablaba. Van Helsing estaba sentado, pero de pronto se puso en pie, se acercó a ella y, poniéndole suavemente la mano sobre la cabeza, declaró solemnemente:

—Amiga mía, hay alguien que estaría dispuesto a hacerlo si fuera por su bien. Puesto que yo mismo estaría dispuesto a responder de un acto semejante ante Dios, si la eutanasia para usted, incluso en este mismo momento, fuera lo mejor, resultara necesaria. Pero, querida señora...

Durante un momento pareció ser víctima de un choque emocional y un enorme sollozo fue ahogado en su garganta; tragó saliva y continuó:

—Hay aquí varias personas que se levantarían entre usted y la muerte. No debe usted morir de ninguna manera, y menos todavía por su propia mano. En tanto el otro, que ha intoxicado la dulzura de su vida, no haya muerto, no debe usted tampoco morir; porque si existe él todavía entre los muertos vivos, la muerte de usted la convertiría exactamente en lo mismo que es él. ¡No! ¡Debe usted vivir! Debe luchar y esforzarse por vivir, ya que la muerte sería un horror indecible. Debe usted luchar contra la muerte, tanto si le llega a usted en medio de la tristeza o de la alegría; de día o de noche; a salvo o en peligro. ¡Por la salvación de su alma le ruego que no muera y que ni siquiera piense en la muerte, en tanto ese monstruo no haya dejado de existir!

Mi pobre y adorada esposa se puso pálida como un cadáver y se estremeció violentamente, como había visto que se estremecían las arenas movedizas cuando alguien caía entre ellas. Todos guardábamos silencio; nada podíamos hacer. Fi-

nalmente, Mina se calmó un poco, se volvió hacia el profesor y dijo con dulzura, aunque con una infinita tristeza, mientras el doctor van Helsing le tomaba la mano:

—Le prometo, amigo mío, que si Dios permite que siga viviendo, yo me esforzaré en hacerlo, hasta que, si es su voluntad, este horror haya concluido para mí.

Ante tan buena y valerosa actitud, todos sentimos que nuestros corazones se fortalecían, disponiéndonos a trabajar y a soportarlo todo por ella. Y comenzamos a deliberar sobre qué era lo que debíamos hacer. Le dije a Mina que tenía que guardar todos los documentos en la caja fuerte y todos los papeles, diarios o cilindros de fonógrafo que pudiéramos utilizar más adelante, y que debería encargarse de tenerlo todo en orden, como lo había hecho antes, Vi que le agradaba la perspectiva de tener algo que hacer... si el verbo "agradar" puede emplearse, con relación a un asunto tan horrendo.

Como de costumbre, van Helsing nos había tomado la delantera a todos, y estaba preparado con un plan exacto para nuestro trabajo.

—Es quizá muy conveniente el hecho de que cuando visitamos Carfax decidiéramos no tocar las cajas de tierra que allí había —dijo—. Si lo hubiéramos hecho, el conde podría adivinar cuáles eran nuestras intenciones y, sin duda alguna, hubiera tomado las disposiciones pertinentes, de antemano, para frustrar un esfuerzo semejante en lo que respecta a las otras cajas, pero, ahora, no conoce nuestras intenciones.

Además, con toda probabilidad no sabe que tenemos el poder de esterilizar sus refugios, de tal modo que no pueda volver a utilizarlos. Hemos avanzado tanto en nuestros conocimientos sobre la disposición de esas cajas, que cuando hayamos visitado la casa de Piccadilly, podremos seguir el rastro a las últimas de las cajas. Por consiguiente, el día de hoy es nuestro, y en él reposan nuestras esperanzas. El sol que se eleva sobre nosotros, en medio de nuestra tristeza, nos guía en su curso. Hasta que se ponga el astro rey, esta noche, el monstruo deberá conservar la forma que ahora tiene. Está confinado en las limitaciones de su envoltura terrestre. No puede convertirse en aire, ni desaparecer, pasando por agujeros, orificios, rendijas ni grietas. Para pasar por una puerta, tiene que abrirla, como todos los mortales. Por consiguiente, tenemos que encontrar en este día todos sus refugios, para esterilizarlos. Entonces, si todavía no lo

hemos atrapado y destruido, tendremos que hacerlo caer en alguna trampa, en algún lugar en el que su captura y aniquilación resulten seguras, en tiempo apropiado.

En ese momento me puse en pie, debido a que no me era posible contenerme al pensar que los segundos y los minutos que estaban cargados con la vida preciosa de mi adorada Mina y con su felicidad, estaban pasando, puesto que mientras hablábamos, era imposible que emprendiéramos ninguna acción. Pero van Helsing levantó una mano, conteniéndome.

—No, amigo Jonathan —me dijo—. En este caso, el camino más rápido para llegar a casa es el más largo, como dicen ustedes. Tendremos que actuar todos, con una rapidez desesperada, cuando llegue el momento de hacerlo. Pero creo que la clave de todo este asunto se encuentra, con toda probabilidad, en su casa de Piccadilly. El conde debe haber adquirido varias casas, y debemos tener de todas ellas las facturas de compra, las llaves y diversas otras cosas. Tendrá papel en que escribir y su libreta de cheques. Hay muchas cosas que debe tener en alguna parte y, ¿por qué no en ese lugar central, tan tranquilo, al que puede entrar o del que puede salir, por delante o por detrás, en todo momento, de tal modo que en medio del intenso tráfico, no haya nadie que se fije siquiera en él? Debemos ir allá y registrar esa casa y, cuando sepamos lo que contiene, haremos lo que nuestro amigo Arthur diría, refiriéndose a la caza: "detendremos las tierras", para perseguir a nuestro viejo zorro. ¿Les parece bien?

—¡Entonces, vamos inmediatamente! —grité—. ¡Estamos perdiendo un tiempo que nos es precioso!

El profesor no se movió, sino que se limitó a decir:

—¿Y cómo vamos a poder entrar a esa casa de Piccadilly?

—¡De cualquier modo! —exclamé—. Por efracción, si es necesario.

—Y la policía de ustedes, ¿dónde estará y qué dirá?

Estaba desesperado, pero sabía que, si esperaba, tenía una buena razón para hacerlo. Por consiguiente, dije, con toda la calma de que fui capaz:

—No espere más de lo que sea estrictamente necesario. Estoy seguro de que se da perfectamente cuenta de la tortura a que estoy siendo sometido.

—¡Puede estar seguro de ello, amigo mío! Y créame que no tengo ningún deseo de añadir todavía mas sufrimiento al que ya está soportando. Pero tenemos que pensar antes de actuar, hasta el momento en que todo el mundo esté en movimiento. Entonces llegará el momento oportuno para entrar en acción. He reflexionado mucho, y me parece que el modo más simple es el mejor de todos. Deseamos entrar a la casa, pero no tenemos llave. ¿No es así?

Asentí.

—Supongamos ahora que usted fuera realmente el dueño de la casa, que hubiera perdido la llave y que no tuviera conciencia de delincuente, puesto que estaría en su derecho... ¿Qué haría?

—Buscaría a un respetable cerrajero, y lo pondría a trabajar, para que me franqueara la entrada.

—Pero, la policía intervendría, ¿no es así?

—¡No! No intervendría, sabiendo que el cerrajero estaba trabajando para el dueño de la casa.

—Entonces —me miró fijamente, al tiempo que continuaba —, todo lo que estará en duda es la conciencia y la opinión de la policía en cuanto a si es el propietario quien recurrió al cerrajero y la opinión de la policía en cuanto a si el artesano está trabajando o no de acuerdo con las leyes. Su policía debe estar compuesta de hombres cuidadosos e inteligentes, extraordinariamente inteligentes para leer el corazón humano, si es que han de estar seguros de lo que deben hacer. No, no, amigo Jonathan, puede usted ir a abrir las cerraduras de un centenar de casas vacías en su Londres o en cualquier ciudad del mundo, y si lo hace de tal modo que parezca correcto, nadie intervendrá en absoluto. He leído algo sobre un caballero que tenía una hermosa casa en Londres y cuando fue a pasar los meses del verano en Suiza, dejando su casa cerrada, un delincuente rompió una de las ventanas de la parte posterior y entró. Luego se dirigió al frente, abrió las ventanas, levantó las persianas y salió por la puerta principal, ante los mismos ojos de la policía. A continuación, hizo una pública subasta en la casa, la anunció en todos los periódicos y, cuando llegó el día establecido, vendió

todas las posesiones del caballero que se encontraba fuera. Luego, fue a ver a un constructor y le vendió la casa, estableciendo el acuerdo de que debería derribarla y retirar todos los escombros antes de una fecha determinada. Tanto la policía como el resto de las autoridades inglesas lo ayudaron todo lo que pudieron. Cuando el verdadero propietario regresó de Suiza encontró solamente un solar vacío en el lugar en que había estado su casa. Ese delito fue llevado a cabo *en régle,* y nuestro trabajo debe llevarse a cabo también *en régle*. No debemos ir tan temprano que los policías sospechen de nuestros actos; por el contrario, debemos ir después de las diez de la mañana, cuando haya muchos agentes en torno nuestro, y nos comportaremos como si fuéramos realmente los propietarios de la casa.

No pude dejar de comprender que tenía toda la razón y hasta la terrible desesperación reflejada en el rostro de Mina se suavizó un poco, debido a las esperanzas que cabía abrigar en un consejero tan bueno. Van Helsing continuó:

—Una vez dentro de la casa, podemos encontrar más indicios y, de todos modos, alguno de nosotros podrá quedarse allá, mientras los demás van a visitar los otros lugares en los que se encuentran otras cajas de tierra... en Bermondsey y en Mile End.

Lord Godalming se puso en pie.

—Puedo serles de cierta utilidad en este caso —dijo—. Puedo ponerme en comunicación con los míos para conseguir caballos y carretas en cuanto sea necesario.

—Escuche, amigo mío —intervino Morris—, es una buena idea el tenerlo todo dispuesto para el caso de que tengamos que retroceder apresuradamente a caballo, pero, ¿no cree usted que cualquiera de sus vehículos, con sus adornos heráldicos, atraería demasiado la atención para nuestros fines, en cualquier camino lateral de Walworth o de Mile End? Me parece que será mejor que tomemos coches de alquiler cuando vayamos al sur o al oeste; e incluso dejarlos en algún lugar cerca del punto a que nos dirigimos.

—¡El amigo Quincey tiene razón! —dijo el profesor —. Su cabeza está, como se dice, al ras del horizonte. Vamos a llevar a cabo un trabajo delicado y no es conveniente que la gente nos observe, si es posible evitarlo.

Mina se interesaba cada vez más en todos los detalles y yo me alegraba de que las exigencias de esos asuntos contribuyeran a hacerla olvidar la terrible experiencia que había tenido aquella noche. Estaba extremadamente pálida..., casi espectral y tan delgada que sus labios estaban retirados, haciendo que los dientes resaltaran en cierto modo. No mencioné nada, para evitar causarle un profundo dolor, pero sentí que se me helaba la sangre en las venas al pensar en lo que le había sucedido a la pobre Lucy, cuando el conde le había sorbido la sangre de sus venas. Todavía no había señales de que los dientes comenzaran a agudizarse, pero no había pasado todavía mucho tiempo y había ocasión de temer.

Cuando llegamos a la discusión de la secuencia de nuestros esfuerzos y de la disposición de nuestras fuerzas, hubo nuevas dudas. Finalmente, nos pusimos de acuerdo en que antes de ir a Piccadilly, teníamos que destruir el refugio que tenía el conde cerca de allí. En el caso de que se diera cuenta demasiado pronto de lo que estábamos haciendo, debíamos estar ya adelantados en nuestro trabajo de destrucción, y su presencia, en su forma natural y en el momento de mayor debilidad, podría facilitarnos todavía más indicaciones útiles.

En cuanto a la disposición de nuestras fuerzas, el profesor sugirió que, después de nuestra visita a Carfax, debíamos entrar todos a la casa de Piccadilly; que los dos doctores y yo deberíamos permanecer allí, mientras Quincey y lord Godalming iban a buscar los refugios de Walworth y Mile End y los destruían. Era posible, aunque no probable, que el conde apareciera en Piccadilly durante el día y, en ese caso, estaríamos en condiciones de acabar con él allí mismo. En todo caso, estaríamos en condiciones de seguirlo juntos. Yo objeté ese plan, en lo relativo a mis movimientos, puesto que pensaba quedarme a cuidar a Mina; creía que estaba bien decidido a ello; pero ella no quiso escuchar siquiera esa objeción. Dijo que era posible que se presentara algún asunto legal en el que yo pudiera resultar útil; que entre los papeles del conde podría haber algún indicio que yo pudiera interpretar debido a mi estancia en Transilvania y que de todos modos, debíamos emplear todas las fuerzas de que disponíamos para enfrentarnos al tremendo poder del monstruo. Tuve que ceder, debido a que Mina había tomado su resolución al respecto; dijo que su última esperanza era que pudiéramos trabajar todos juntos.

—En cuanto a mí —dijo—, no tengo miedo. Las cosas han sido ya tan sumamente malas que no pueden ser peores, y cualquier cosa que suceda debe encerrar algún elemento de esperanza o de consuelo. ¡Vete, esposo mío! Dios, si quiere hacerlo, puede ayudarme y defenderme lo mismo si estoy sola que si estoy acompañada por todos ustedes.

Por consiguiente, volví a comenzar a dar gritos:

—¡Entonces, en el nombre del cielo, vámonos inmediatamente! ¡Estamos perdiendo el tiempo! El conde puede llegar a Piccadilly antes de lo que pensamos.

—¡De ninguna manera! —dijo van Helsing, levantando una mano.

—¿Por qué no? —inquirí.

—¿Olvida usted que anoche se dio un gran banquete y que, por consiguiente, dormirá hasta una hora muy avanzada? —dijo, con una sonrisa.

¡No lo olvidé! ¿Lo olvidaré alguna vez..., podré llegar a olvidarlo? ¿Podrá alguno de nosotros olvidar alguna vez esa terrible escena? Mina hizo un poderoso esfuerzo para no perder el control, pero el dolor la venció y se cubrió el rostro con ambas manos, estremeciéndose y gimiendo. Van Helsing no había tenido la intención de recordar esa terrible experiencia. Sencillamente, se había olvidado de ella y de la parte que había tenido, debido a su esfuerzo mental. Cuando comprendió lo que acababa de decir, se horrorizó a causa de su falta de tacto y se esforzó en consolar a mi esposa.

—¡Oh, señora Mina! —dijo—. ¡No sabe cómo siento que yo, que la respeto tanto, haya podido decir algo tan desagradable! Mis estúpidos y viejos labios y mi inútil cabeza no merecen su perdón; pero lo olvidará, ¿verdad?

El profesor se inclinó profundamente junto a ella, al tiempo que hablaba. Mina le tomó la mano y, mirándolo a través de un velo de lágrimas, le dijo, con voz ronca:

—No, no debo olvidarlo, puesto que es justo que lo recuerde; además, en medio de todo ello hay muchas cosas de usted que son muy dulces, debo recordarlo todo. Ahora, deben irse pronto todos ustedes. El desayuno está preparado y debemos comer todos algo, para estar fuertes.



El desayuno fue una comida extraña para todos nosotros. Tratamos de mostrarnos alegres y de animarnos unos a otros y Mina fue la más alegre y valerosa de todos. Cuando concluimos, van Helsing se puso en pie y dijo:

—Ahora, amigos míos, vamos a ponernos en marcha para emprender nuestra terrible tarea. ¿Estamos armados todos, como lo estábamos el día en que fuimos por primera vez a visitar juntos el refugio de Carfax, armados tanto contra los ataques espirituales como contra los físicos?

Todos asentimos.

—Muy bien. Ahora, señora Mina, está usted aquí completamente a salvo hasta la puesta del sol y yo volveré antes de esa hora..., sí... ¡Volveremos todos! Pero, antes de que nos vayamos quiero que esté usted armada contra los ataques personales. Yo mismo, mientras estaba usted fuera, he preparado su habitación, colocando cosas que sabemos que le impiden al monstruo la entrada. Ahora, déjeme protegerla a usted misma. En su frente, le pongo este fragmento de la Sagrada Hostia, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del...

Se produjo un grito de terror que casi heló la sangre en nuestras venas. Cuando el profesor colocó la Hostia sobre la frente de Mina, la había traspasado..., había quemado la frente de mi esposa, como si se tratara de un metal al rojo vivo. Mi pobre Mina comprendió inmediatamente el significado de aquel acto, al mismo tiempo que su sistema nervioso recibía el dolor físico, y los dos sentimientos la abrumaron tanto que fueron expresados en aquel terrible grito. Pero las palabras que acompañaban a su pensamiento llegaron rápidas. Todavía no había cesado completamente el eco de su grito, cuando se produjo la reacción, y se desplomó de rodillas al suelo, humillándose.

Se echó su hermoso cabello sobre el rostro, como para cubrirse la herida, y exclamó:

—¡Sucia! ¡Sucia! ¡Incluso el Todopoderoso castiga mi carne corrompida! ¡Tendré que llevar esa marca de vergüenza en la frente hasta el Día del Juicio Final!

Todos guardaron silencio. Yo mismo me había arrojado a su lado, en medio de una verdadera agonía, sintiéndome impotente, y, rodeándola con mis brazos, la mantuve fuertemente abrazada a mí. Durante unos minutos, nuestros corazones angustiados batieron al unísono, mientras que los amigos que se

encontraban cerca de nosotros, volvieron a otro lado sus ojos arrasados de lágrimas. Entonces, van Helsing se volvió y dijo gravemente, en tono tan grave que no pude evitar el pensar que estaba siendo inspirado en cierto modo, y estaba declarando algo que no salía de él mismo:

—Es posible que tenga usted que llevar esa marca hasta que Dios mismo lo disponga o para que la vea durante el Juicio Final, cuando enderece todos los errores de la tierra y de Sus hijos que ha colocado en ella. Y mi querida señora Mina, ¡deseo que todos nosotros, que la amamos, podamos estar presentes cuando esa cicatriz rojiza desaparezca, dejando su frente tan limpia y pura como el corazón que todos conocemos!. Ya que estoy tan seguro como de que estoy vivo de que esa cicatriz desaparecerá en cuanto Dios disponga que concluya de pesar sobre nosotros la carga que nos abruma. Hasta entonces, llevaremos nuestra cruz como lo hizo Su Hijo, obedeciendo Su voluntad. Es posible que seamos instrumentos escogidos de Su buena voluntad y que obedezcamos a Su mandato entre estigmas y vergüenzas; entre lágrimas y sangre; entre dudas y temores, y por medio de todo lo que hace que Dios y los hombres seamos diferentes.

Había esperanza en sus palabras y también consuelo. Además, nos invitaban a resignarnos. Mina y yo lo comprendimos así y, simultáneamente, tomamos cada uno de nosotros una de las manos del anciano y se la besamos humildemente. Luego, sin pronunciar una sola palabra, todos nos arrodillamos juntos y, tomándonos de la mano, juramos ser sinceros unos con otros y pedimos ayuda y guía en la terrible tarea que nos esperaba. Todos los hombres nos esforzamos en retirar de Mina el velo de profunda tristeza que la cubría, debido a que todos, cada quien a su manera, la amábamos.

Era ya hora de partir. Así pues, me despedí de Mina, de una manera tal que ninguno de nosotros podremos olvidarla hasta el día de nuestra muerte, y nos fuimos. Había algo para lo que estaba ya preparado: si descubríamos finalmente que Mina resultaba un vampiro, entonces, no debería ir sola a aquella tierra terrible y desconocida. Supongo que era así como en la antigüedad un vampiro se convertía en muchos; sólo debido a que sus horribles cuerpos debían reposar en tierra santa, asimismo el amor más sagrado era el mejor sargento para el reclutamiento de su ejército espectral.

Entramos en Carfax sin dificultad y encontramos todo exactamente igual que la primera vez que estuvimos en la casona. Era difícil creer que entre aquel ambiente prosaico de negligencia, polvo y decadencia, pudiera haber una base para un horror como el que ya conocíamos. Si nuestras mentes no estuvieran preparadas ya y si no nos espolearan terribles recuerdos, no creo que hubiéramos podido llevar a cabo nuestro cometido. No encontramos papeles ni ningún signo de uso en la casa, y en la vieja capilla, las grandes cajas parecían estar exactamente igual que como las habíamos visto la última vez. El doctor van Helsing nos dijo solemnemente, mientras permanecíamos en pie ante ellas:

—Ahora, amigos míos, tenemos aquí un deber que cumplir. Debemos esterilizar esta tierra, tan llena de sagradas reliquias, que la han traído desde tierras lejanas para poder usarla. Ha escogido esta tierra debido a que ha sido bendecida. Por consiguiente, vamos a derrotarlo con sus mismas armas, santificándola todavía más. Fue santificada para el uso del hombre, y ahora vamos a santificarla para Dios.

Mientras hablaba, sacó del bolsillo un destornillador y una llave y, muy pronto, la tapa de una de las cajas fue levantada. La tierra tenía un olor desagradable, debido al tiempo que había estado encerrada, pero eso no pareció importarnos a ninguno de nosotros, ya que toda nuestra atención estaba concentrada en el profesor. Sacando del bolsillo un pedazo de la Hostia Sagrada, lo colocó reverentemente sobre la tierra y, luego, volviendo a colocar la tapa en su sitio, comenzó a ponerle otra vez los tornillos.

Nosotros lo ayudamos en su trabajo.

Una después de otra, hicimos lo mismo con todas las grandes cajas y, en apariencia, las dejamos exactamente igual que como las habíamos encontrado, pero en el interior de cada una de ellas había un pedazo de Hostia. Cuando cerramos la puerta a nuestras espaldas, el profesor dijo solemnemente:

—Este trabajo ha terminado. Es posible que logremos tener el mismo éxito en los demás lugares, y así, quizá para cuando el sol se ponga hoy, la frente de la señora Mina esté blanca como el marfil y sin el estigma.

Al pasar sobre el césped, en camino hacia la estación, para tomar el tren, vimos la fachada del asilo. Miré ansiosamente, y en la ventana de nuestra habitación vi a Mina.

La saludé con la mano y le dirigí un signo de asentimiento para darle a entender que nuestro trabajo allí había concluido satisfactoriamente. Ella me hizo una señal en respuesta, para indicarme que había comprendido. Lo último que vi de ella fue que me saludaba con la mano. Buscamos la estación con el corazón lleno de tristeza y tomamos el tren apresuradamente, debido a que para cuando llegamos ya estaba junto al andén de la estación, disponiéndose a ponerse nuevamente en marcha. He escrito todo esto en el tren.

Piccadilly, las doce y media en punto. Poco antes de que llegáramos a Fenchurch Street, lord Godalming me dijo:

—Quincey y yo vamos a buscar un cerrajero. Será mejor que no venga usted con nosotros, por si se presenta alguna dificultad, ya que, en las circunstancias actuales, no sería demasiado malo para nosotros el irrumpir en una casa desocupada. Pero usted es abogado, y la *Incorporated Law Society* puede decirle que debía haber sabido a qué atenerse.

Yo protesté, porque no deseaba dejar de compartir con ellos ningún peligro, pero él continuó diciendo:

—Además, atraeremos mucho menos la atención si no somos demasiados. Mi título me ayudará mucho para contratar al cerrajero y para entendérmelas con cualquier policía que pueda encontrarse en las cercanías. Será mejor que vaya usted con Jack y el profesor y que se queden en Green Park, en algún lugar desde el que puedan ver la casa, y cuando vean que la puerta ha sido abierta y que el cerrajero se ha ido, acudan. Los estaremos esperando y les abriremos la puerta en cuanto lleguen.

—¡El consejo es bueno! —dijo van Helsing.

Por consiguiente no discutimos más del asunto. Godalming y Morris se adelantaron en un coche de alquiler y los demás los seguimos en otro. En la esquina de Arlington Street, nuestro grupo descendió del vehículo y nos internamos en Green Park.

Mi corazón latió con fuerza cuando vi la casa en que estaban centradas nuestras esperanzas y que sobresalía, siniestra y silenciosa, en condiciones de abandono, entre los edificios más alegres y llenos de vida del vecindario. Nos sentamos en un banco, a la vista de la casa y comenzamos a fumar unos cigarros puros, con el fin de atraer lo menos posible la atención. Los

minutos nos parecieron eternos, mientras esperábamos la llegada de los demás.

Finalmente, vimos un coche de cuatro ruedas que se detenía cerca. De él se apearon tranquilamente lord Godalming y Morris y del pescante descendió un hombre rechoncho vestido con ropas de trabajo, que llevaba consigo una caja con las herramientas necesarias para su cometido. Morris le pagó al cochero, que se tocó el borde de la gorra y se alejó. Ascendieron juntos los escalones y lord Godalming le dijo al obrero qué era exactamente lo que deseaba que hiciera. El trabajador se quitó la chaqueta, la colocó tranquilamente sobre la barandilla del porche y le dijo algo a un agente de policía que acertó a pasar por allí en ese preciso momento. El policía asintió, y el hombre se arrodilló, colocando la caja de herramientas a su lado. Después de buscar entre sus útiles de trabajo, sacó varias herramientas que colocó en orden a su lado.

Luego, se puso en pie, miró por el ojo de la cerradura, sopló y, volviéndose hacia nuestros amigos, les hizo algunas observaciones. Lord Godalming sonrió y el hombre levantó un manojo de llaves; escogió una de ellas, la metió en la cerradura y comenzó a probarla, como si estuviera encontrando a ciegas el camino. Después de cierto tiempo, probó una segunda y una tercera llaves. De pronto, al empujar la puerta el empleado un poco, tanto él como nuestros dos amigos entraron en el vestíbulo. Permanecimos inmóviles, mientras mi cigarro ardía furiosamente y el de van Helsing, al contrario, se apagaba. Esperamos pacientemente hasta que vimos al cerrajero salir con su caja de herramientas. Luego, mantuvo la puerta entreabierta, sujetándola con las rodillas, mientras adaptaba una llave a la cerradura. Finalmente, le tendió la llave a lord Godalming, que sacó su cartera y le entregó algo. El hombre se tocó el ala del sombrero, recogió sus herramientas, se puso nuevamente la chaqueta y se fue. Nadie observó el desarrollo de aquella maniobra.

Cuando el hombre se perdió completamente de vista, nosotros tres cruzamos la calle y llamamos a la puerta. Esta fue abierta inmediatamente por Quincey Morris, a cuyo lado se encontraba lord Godalming, encendiendo un cigarro puro.

—Este lugar tiene un olor extremadamente desagradable —comentó este último, cuando entramos.

En verdad, la atmósfera era muy desagradable y maloliente, como la vieja capilla de Carfax y, con nuestra experiencia

previa, no tuvimos dificultad en comprender que el conde había estado utilizando aquel lugar con toda libertad.

A continuación, nos dedicamos a explorar la casa, y permanecimos todos juntos, en previsión de algún ataque, ya que sabíamos que nos enfrentábamos a un enemigo fuerte, cruel y despiadado y todavía no sabíamos si el conde estaba o no en la casa. En el comedor, que se encontraba detrás del vestíbulo, encontramos ocho cajas de tierra.

¡Ocho de las nueve que estábamos buscando! Nuestro trabajo no estaba todavía terminado ni lo estaría en tanto no encontráramos la caja que faltaba. Primeramente, abrimos las contraventanas que daban a un patio cercado con muros de piedra, en cuyo fondo había unas caballerizas encaladas, que tenían el aspecto de una pequeña casita.

No había ventanas, de modo que no teníamos miedo de que nos vieran. No perdimos el tiempo examinando los cajones. Con las herramientas que habíamos llevado con nosotros, abrimos las cajas, una por una, e hicimos exactamente lo mismo que habíamos hecho con las que estaban en la vieja capilla. Era evidente que el conde no se hallaba en la casa en esos momentos, y registramos todo el edificio, buscando alguno de sus efectos. Después de examinar rápidamente todas las habitaciones, desde la planta baja al ático, llegamos a la conclusión de que en el comedor debían encontrarse todos los efectos que pertenecían al conde y, por consiguiente, procedimos a examinarlo todo con extremo cuidado. Se encontraban todos en una especie de desorden ordenado en el centro de la gran mesa del comedor. Había títulos de propiedad de la casa de Piccadilly en un montoncito; facturas de la compra de las casas de Mile End y Bermondsey; papel para escribir, sobres, plumas y tinta. Todo estaba envuelto en papel fino, para preservarlo del polvo. Había también un cepillo para la ropa, un cepillo y un peine y una jofaina... Esta última contenía agua sucia, enrojecida, como si tuviera sangre. Lo último de todo era un llavero con llaves de todos los tamaños y formas, probablemente las que pertenecían a las otras casas. Cuando examinamos aquel último descubrimiento, lord Godalming y Quincey Morris tomaron notas sobre las direcciones de las casas al este y al sur, tomaron consigo las llaves y se pusieron en camino para destruir las cajas en aquellos lugares. El resto de nosotros estamos, con toda la paciencia posible, esperando su regreso..., o la llegada del conde.

XXIII

Del diario del doctor Seward

3 *de octubre*. El tiempo nos pareció extremadamente largo, mientras esperábamos a lord Godalming y a Quincey Morris. El profesor trataba de mantenernos distraídos, utilizando nuestras mentes sin descanso. Comprendí perfectamente cuál era el benéfico objetivo que perseguía con ello, por las miradas que lanzaba de vez en cuando a Harker. El pobre hombre está abrumado por una tristeza que da dolor. Anoche era un hombre franco, de aspecto alegre, de rostro joven y fuerte, lleno de energía y con el cabello de color castaño oscuro. Hoy, parece un anciano macilento y enjuto, cuyo cabello blanco se adapta muy bien a sus ojos brillantes y profundamente hundidos en sus cuencas y con sus rasgos faciales marcados por el dolor. Su energía permanece todavía intacta, en realidad, es como una llama viva. Eso puede ser todavía su salvación, puesto que, si todo sale bien, le hará remontar el período de desesperación; entonces, en cierto modo, volverá a despertar a las realidades de la vida. ¡Pobre tipo! Pensaba que mi propia desesperación y mis problemas eran suficientemente graves; pero, ¡esto...! El profesor lo comprende perfectamente y está haciendo todo lo que está en su mano por mantenerlo activo. Lo que estaba diciendo era, bajo las circunstancias, de un interés extraordinario. Estas fueron más o menos sus palabras:

—He estado estudiando, de manera sistemática y repetida, desde que llegaron a mis manos, todos los documentos relativos a ese monstruo, y cuanto más lo he examinado tanto mayor me parece la necesidad de borrarlo de la faz de la tierra. En todos los papeles hay señales de su progreso; no solamente de su poder, sino también de su conocimiento de ello. Como supe, por las investigaciones de mi amigo Arminius de Budapest, era, en vida, un hombre extraordinario. Soldado, estadista y alquimista..., cuyos conocimientos se encontraban entre los más desarrollados de su época. Poseía una mente poderosa, conocimientos incomparables y un corazón que no conocía el temor ni el remordimiento. Se permitió incluso asistir a la Escolomancia, y no hubo ninguna rama del saber de su tiempo que no hu-

biera ensayado. Bueno, en él, los poderes mentales sobrevivieron a la muerte física, aunque parece que la memoria no es absolutamente completa. Respecto a algunas facultades mentales ha sido y es como un niño, pero está creciendo y ciertas cosas que eran infantiles al principio, son ahora de estatura de hombre. Está experimentando y lo está haciendo muy bien, y a no ser porque nos hemos cruzado en su camino, podría ser todavía, o lo será si fracasamos, el padre o el continuador de seres de un nuevo orden, cuyos caminos conducen a través de la muerte, no de la vida.

Harker gruñó, y dijo:

—¡Y todo eso va dirigido contra mi adorada esposa! Pero, ¿cómo está experimentando? ¡El conocimiento de eso puede ayudarnos a destruirlo!

—Desde su llegada, ha estado ensayando sus poderes sin cesar, lenta y seguramente; su gran cerebro infantil está trabajando, puesto que si se hubiera podido permitir ensayar ciertas cosas desde un principio, hace ya mucho tiempo que estarían dentro de sus poderes. Sin embargo, desea triunfar, y un hombre que tiene ante sí varios siglos de existencia puede permitirse esperar y actuar con lentitud. *Festina lente* puede ser muy bien su lema.

—No lo comprendo —dijo Harker cansadamente—. Sea más explícito, por favor. Es posible que el sufrimiento y las preocupaciones estén oscureciendo mi entendimiento.

El profesor le puso una mano en el hombro, y le dijo:

—Muy bien, amigo mío, voy a ser más explícito. ¿No ve usted cómo, últimamente, ese monstruo ha adquirido conocimientos de manera experimental? Ha estado utilizando al paciente zoófago para lograr entrar en la casa del amigo John. El vampiro, aunque después puede entrar tantas veces como lo desee, al principio solamente puede entrar en un edificio si alguno de los habitantes así se lo pide. Pero esos no son sus experimentos más importantes. ¿No vimos que al principio todas esas pesadas cajas de tierra fueron desplazadas por otros? No sabía entonces a qué atenerse, pero, a continuación, todo cambió. Durante todo este tiempo su cerebro infantil se ha estado desarrollando, y comenzó a pensar en si no podría mover las cajas él mismo. Por consiguiente, más tarde, cuando descubrió que no le era difícil hacerlo, trató de desplazarlas solo, sin ayuda de nadie. Así progresó y logró distribuir sus tumbas, de tal modo,

que sólo él conoce ahora el lugar en donde se encuentran. Es posible que haya pensado en enterrar las cajas profundamente en el suelo de tal manera que solamente las utilice durante la noche o en los momentos en que puede cambiar de forma; le resulta igualmente conveniente, ¡y nadie puede saber donde se encuentran sus escondrijos! ¡Pero no se desesperen, amigos míos, adquirió ese conocimiento demasiado tarde! Todos los escondrijos, excepto uno, deben haber sido esterilizados ya, y antes de la puesta del sol lo estarán todos. Entonces, no le quedará ningún lugar donde poder esconderse. Me retrasé esta mañana para estar seguro de ello. ¿No ponemos en juego nosotros algo mucho más preciado que él? Entonces, ¿por qué no somos más cuidadosos que él? En mi reloj veo que es ya la una y, si todo marcha bien, nuestros amigos Arthur y Quincey deben estar ya en camino para reunirse con nosotros. Hoy es nuestro día y debemos avanzar con seguridad, aunque lentamente y aprovechando todas las oportunidades que se nos presenten. ¡Vean! Seremos cinco cuando regresen nuestros dos amigos ausentes.

Mientras hablábamos, nos sorprendimos mucho al escuchar una llamada en la puerta principal de la casona: la doble llamada del repartidor de mensajes telegráficos.

Todos salimos al vestíbulo al mismo tiempo, y van Helsing, levantando la mano hacia nosotros para que guardáramos silencio, se dirigió hacia la puerta y la abrió. Un joven le tendió un telegrama. El profesor volvió a cerrar la puerta y, después de examinar la dirección, lo abrió y leyó en voz alta: "Cuidado con D. Acaba de salir apresuradamente de Carfax en este momento, a las doce cuarenta y cinco, y se ha dirigido rápidamente hacia el sur. Parece que está haciendo una ronda y es posible que desee verlos a ustedes. Mina."

Se produjo una pausa, que fue rota por la voz de Jonathan Harker.

—¡Ahora, gracias a Dios, pronto vamos a encontrarnos! Van Helsing se volvió rápidamente hacia él, y le dijo:

—Dios actuará a su modo y en el momento que lo estime conveniente. No tema ni se alegre todavía, puesto que lo que deseamos en este momento puede significar nuestra destrucción.

—Ahora no me preocupa nada —dijo calurosamente—, excepto el borrar a esa bestia de la faz de la tierra. ¡Sería capaz de vender mi alma por lograrlo!

—¡No diga usted eso, amigo mío! —dijo van Helsing—. Dios en su sabiduría no compra almas, y el diablo, aunque puede comprarlas, no cumple su palabra. Pero Dios es misericordioso y justo, y conoce su dolor y su devoción hacia la maravillosa señora Mina, su esposa. No temamos ninguno de nosotros; todos estamos dedicados a esta causa, y el día de hoy verá su feliz término. Llega el momento de entrar en acción; hoy, ese vampiro se encuentra limitado con los poderes humanos y, hasta la puesta del sol, no puede cambiar. Tardará cierto tiempo en llegar... Es la una y veinte..., y deberá pasar un buen rato antes de que llegue. Lo que debemos esperar ahora es que lord Arthur y Quincey lleguen antes que él.

Aproximadamente media hora después de que recibiéramos el telegrama de la señora Harker, oímos un golpe fuerte y resuelto en la puerta principal, similar al que darían cientos de caballeros en cualquier puerta. Nos miramos y nos dirigimos hacia el vestíbulo; todos estábamos preparados para usar todas las armas de que disponíamos..., las espirituales en la mano izquierda y las materiales en la derecha. Van Helsing retiró el pestillo y, manteniendo la puerta entornada, dio un paso hacia atrás, con las dos manos dispuestas para entrar en acción. La alegría de nuestros corazones debió reflejarse claramente en nuestros rostros cuando vimos cerca de la puerta a lord Godalming y a Quincey Morris. Entraron rápidamente, y cerraron la puerta tras ellos, y el último de ellos dijo, al tiempo que avanzábamos todos por el vestíbulo:

—Todo está arreglado. Hemos encontrado las dos casas. ¡Había seis cajas en cada una de ellas, y las hemos destruido todas!

—¿Las han destruido? —inquirió el profesor.

—¡Para él!

Guardamos silencio unos momentos y, luego, Quincey dijo:

—No nos queda más que esperar aquí. Sin embargo, si no llega antes de las cinco de la tarde, tendremos que irnos, puesto que no podemos dejar sola a la señora Harker después de la puesta del sol.

—Ya no tardará mucho en llegar aquí —dijo van Helsing, que había estado consultando su librito de notas—. *Nota bene*. En el telegrama de la señora Harker decía que había salido de Carfax hacia el sur, lo cual quiere decir que tenía que cruzar el río y solamente podría hacerlo con la marea baja, o sea, poco antes de la una. El hecho de que se haya dirigido hacia el sur tiene cierto significado para nosotros. Todavía sospecha solamente, y fue de Carfax al lugar en donde menos puede sospechar que pueda encontrar algún obstáculo. Deben haber estado ustedes en Bermondse y muy poco rato antes que él. El hecho de que no haya llegado aquí todavía demuestra que fue antes a Mile End. En eso se tardará algún tiempo, puesto que tendrá que volver a cruzar el río de algún modo. Créanme, amigos míos, que ahora ya no tendremos que esperar mucho rato. Tenemos que tener preparado algún plan de ataque, para que no desaprovechemos ninguna oportunidad. Ya no tenemos tiempo. ¡Tengan todos preparados las armas! ¡Manténganse alerta!

Levantó una mano, a manera de advertencia, al tiempo que hablaba, ya que todos pudimos oír claramente que una llave se introducía suavemente en la cerradura.

No pude menos que admirar, incluso en aquel momento, el modo como un espíritu dominante se afirma a sí mismo. En todas nuestras partidas de caza y aventuras de diversa índole, en varias partes del mundo, Quincey Morris había sido siempre el que disponía los planes de acción y Arthur y yo nos acostumbramos a obedecerle de manera implícita. Ahora, la vieja costumbre parecía renovarse instintivamente. Dando una ojeada rápida a la habitación, estableció inmediatamente nuestro plan de acción y, sin pronunciar ni una sola palabra, con el gesto, nos colocó a todos en nuestros respectivos puestos. Van Helsing, Harker y yo estábamos situados inmediatamente detrás de la puerta, de tal manera que, en cuanto se abriera, el profesor pudiera guardarla, mientras Harker y yo nos colocaríamos entre el recién llegado y la puerta. Godalming detrás y Quincey enfrente, estaban dispuestos a dirigirse a las ventanas, escondidos por el momento donde no podían ser vistos. Esperamos con una impaciencia tal que hizo que los segundos pasaran con una lentitud de verdadera pesadilla. Los pasos lentos y cautelosos atravesaron el vestíbulo... El conde, evidentemente, estaba preparado para una sorpresa o, al menos, la temía.

Repentinamente, con un salto enorme, penetró en la habitación, pasando entre nosotros antes de que ninguno pudiera

siquiera levantar una mano para tratar de detenerlo. Había algo tan felino en el movimiento, algo tan inhumano, que pareció despertarnos a todos del choque que nos había producido su llegada. El primero en entrar en acción fue Harker, que, con un rápido movimiento, se colocó ante la puerta que conducía a la habitación del frente de la casa. Cuando el conde nos vio, una especie de siniestro gesto burlón apareció en su rostro, descubriendo sus largos y puntiagudos colmillos; pero su maligna sonrisa se desvaneció rápidamente, siendo reemplazada por una expresión fría de profundo desdén. Su expresión volvió a cambiar cuando, todos juntos, avanzamos hacia él. Era una lástima que no hubiéramos tenido tiempo de preparar algún buen plan de ataque, puesto que en ese mismo momento me pregunté qué era lo que íbamos a hacer. No estaba convencido en absoluto de si nuestras armas letales nos protegerían. Evidentemente, Harker estaba dispuesto a ensayar, puesto que preparó su gran cuchillo *kukri* y le lanzó al conde un tajo terrible. El golpe era poderoso; solamente la velocidad diabólica de desplazamiento del conde le permitió salir con bien.

Un segundo más y la hoja cortante le hubiera atravesado el corazón. En realidad, la punta sólo cortó el tejido de su chaqueta, abriendo un enorme agujero por el que salieron un montón de billetes de banco y un chorro de monedas de oro. La expresión del rostro del conde era tan infernal que durante un momento temí por Harker, aunque él estaba ya dispuesto a descargar otra cuchillada. Instintivamente, avancé, con un impulso protector, manteniendo el crucifijo y la Sagrada Hostia en la mano izquierda. Sentí que un gran poder corría por mi brazo y no me sorprendí al ver al monstruo que retrocedía ante el movimiento similar que habían hecho todos y cada uno de mis amigos. Sería imposible describir la expresión de odio y terrible malignidad, de ira y rabia infernales, que apareció en el rostro del conde. Su piel cerúlea se hizo verde amarillenta, por contraste con sus ojos rojos y ardientes, y la roja cicatriz que tenía en la frente resaltaba fuertemente, como una herida abierta y palpitante. Un instante después, con un movimiento sinuoso, pasó bajo el brazo armado de Harker, antes de que pudiera éste descargar su golpe, recogió un puñado del dinero que estaba en el suelo, atravesó la habitación y se lanzó contra una de las ventanas. Entre el tintineo de los cristales rotos, cayó al patio, bajo la ventana. En medio del ruido de los cristales rotos, alcancé a oír el ruido que hacían varios soberanos al caer al suelo, sobre el asfalto.

Nos precipitamos hacia la ventana y lo vimos levantarse indemne del suelo.

Ascendió los escalones a toda velocidad, cruzó el patio y abrió la puerta de las caballerizas. Una vez allí, se volvió y nos habló:

—Creen ustedes poder confundirme... con sus rostros pálidos, como las ovejas en el matadero. ¡Ahora van a sentirlo, todos ustedes! Creen haberme dejado sin un lugar en el que poder reposar, pero tengo otros. ¡Mi venganza va a comenzar ahora! Ando por la tierra desde hace siglos y el tiempo me favorece. Las mujeres que todos ustedes aman son mías ya, y por medio de ellas, ustedes y muchos otros me pertenecerán también... Serán mis criaturas, para hacer lo que yo les ordene y para ser mis chacales cuando desee alimentarme. ¡Bah!

Con una carcajada llena de desprecio, pasó rápidamente por la puerta y oímos que el oxidado cerrojo era corrido, cuando cerró la puerta tras él. Una puerta, más allá, se abrió y se cerró nuevamente. El primero de nosotros que habló fue el profesor, cuando, comprendiendo lo difícil que sería perseguirlo por las caballerizas, nos dirigimos hacia el vestíbulo.

—Hemos aprendido algo... ¡Mucho! A pesar de sus fanfarronadas, nos teme; teme al tiempo y teme a las necesidades. De no ser así, ¿por qué iba a apresurarse tanto? El tono mismo de sus palabras lo traicionó, o mis oídos me engañaron, ¿Por qué tomó ese dinero? ¡Van a comprenderme rápidamente! Son ustedes cazadores de una bestia salvaje y lo comprenden. En mi opinión, tenemos que asegurarnos de que no pueda utilizar aquí nada, si es que regresa.

Al hablar, se metió en el bolsillo el resto del dinero; tomó los títulos de propiedad del montoncito en que los había dejado Harker y arrojó todo el resto a la chimenea, prendiéndole fuego con un fósforo.

Godalming y Morris habían salido al patio y Harker se había descolgado por la ventana para seguir al conde. Sin embargo, Drácula había cerrado bien la puerta de las caballerizas, y para cuando pudieron abrirla, ya no encontraron rastro del vampiro. Van Helsing y yo tratamos de investigar un poco en la parte posterior de la casa, pero las caballerizas estaban desiertas y nadie lo había visto salir.

La tarde estaba ya bastante avanzada y no faltaba ya mucho para la puesta del sol. Tuvimos que reconocer que el trabajo había concluido y, con tristeza, estuvimos de acuerdo con el profesor, cuando dijo:

—Regresemos con la señora Mina... Con la pobre señora Harker. Ya hemos hecho todo lo que podíamos por el momento y, al menos, vamos a poder protegerla. Pero es preciso que no desesperemos. No le queda al vampiro más que una caja de tierra y vamos a tratar de encontrarla; cuando lo logremos, todo irá bien.

Comprendí que estaba hablando tan valerosamente como podía para consolar a Harker. El pobre hombre estaba completamente abatido y, de vez en cuando, gemía, sin poder evitarlo... Estaba pensando en su esposa.

Llenos de tristeza, regresamos a mi casa, donde hallamos a la señora Harker esperándonos, con una apariencia de buen humor que honraba su valor y su espíritu de colaboración. Cuando vio nuestros rostros, el suyo propio se puso tan pálido como el de un cadáver: durante uno o dos segundos, permaneció con los ojos cerrados, como si estuviera orando en secreto y, después, dijo amablemente:

—Nunca podré agradecerles bastante lo que han hecho. ¡Oh, mi pobre esposo! —mientras hablaba, tomó entre sus manos la cabeza grisácea de su esposo y la besó—. Apoya tu pobre cabeza aquí y descansa. ¡Todo estará bien ahora, querido! Dios nos protegerá, si así lo desea.

El pobre hombre gruñó. No había lugar para las palabras en medio de su sublime tristeza.

Cenamos juntos sin apetito, y creo que eso nos dio ciertos ánimos a todos. Era quizá el simple calor animal que infunde el alimento a las personas hambrientas, ya que ninguno de nosotros había comido nada desde la hora del desayuno, o es probable que sentir la camaradería que reinaba entre nosotros nos consolara un poco, pero, sea como fuere, el caso es que nos sentimos después menos tristes y pudimos pensar en lo porvenir con cierta esperanza. Cumpliendo nuestra promesa, le relatamos a la señora Harker todo lo que había sucedido, y aunque se puso intensamente pálida a veces, cuando su esposo estuvo en peligro, y se sonrojó otras veces, cuando se puso de manifiesto la devoción que sentía por ella, escuchó todo el relato valerosamente y conservando la calma. Cuando llegamos al

momento en que Harker se había lanzado sobre el conde, con tanta decisión, se asió con fuerza del brazo de su marido y permaneció así, como si sujetándole el brazo pudiera protegerlo contra cualquier peligro que hubiera podido correr. Sin embargo, no dijo nada, hasta que la narración estuvo terminada y cuando ya estaba al corriente de todo lo ocurrido hasta aquel preciso momento, entonces, sin soltar la mano de su esposo, se puso en pie y nos habló. No tengo palabras para dar una idea de la escena. Aquella mujer extraordinaria, dulce y buena, con toda la radiante belleza de su juventud y su animación, con la cicatriz rojiza en su frente, de la que estaba consciente y que nosotros veíamos apretando los dientes... al recordar dónde, cuándo y cómo había ocurrido todo; su adorable amabilidad que se levantaba contra nuestro odio siniestro; su fe tierna contra todos nuestros temores y dudas. Y sabíamos que, hasta donde llegaban los símbolos, con toda su bondad, su pureza y su fe, estaba separada de Dios.

—Jonathan —dijo, y la palabra pareció ser música, por el gran amor y la ternura que puso en ella—, mi querido Jonathan y todos ustedes, mis maravillosos amigos, quiero que tengan en cuenta algo durante todo este tiempo terrible. Sé que tienen que luchar..., que deben destruir incluso, como destruyeron a la falsa Lucy, para que la verdadera pudiera vivir después; pero no es una obra del odio. Esa pobre alma que nos ha causado tanto daño, es el caso más triste de todos. Imaginen ustedes cuál será su alegría cuando él también sea destruido en su peor parte, para que la mejor pueda gozar de la inmortalidad espiritual. Deben tener también piedad de él, aun cuando esa piedad no debe impedir que sus manos lleven a cabo su destrucción.

Mientras hablaba, pude ver que el rostro de su marido se obscurecía y se ponía tenso, como si la pasión que lo consumía estuviera destruyendo todo su ser.

Instintivamente, su esposa le apretó todavía más la mano, hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Ella no parpadeó siquiera a causa del dolor que, estoy seguro, debía estar sufriendo, sino que lo miró con ojos más suplicantes que nunca. Cuando ella dejó de hablar, su esposo se puso en pie bruscamente, arrancando casi su mano de la de ella, y dijo:

—¡Qué Dios me lo ponga en las manos durante el tiempo suficiente para destrozar su vida terrenal, que es lo que es-

tamos tratando de hacer! ¡Si además de eso puedo enviar su alma al infierno ardiente por toda la eternidad, lo haré gustoso!

—¡Oh, basta, basta! ¡En el nombre de Dios, no digas tales cosas!, Jonathan, esposo mío, o harás que me desplome, víctima del miedo y del horror. Piensa sólo, querido...; yo he estado pensando en ello durante todo este largo día..., que quizá... algún día... yo también puedo necesitar esa piedad, y que alguien como tú, con las mismas causas para odiarme, puede negármela. ¡Oh, esposo mío! ¡Mi querido Jonathan! Hubiera querido evitarte ese pensamiento si hubiera habido otro modo, pero suplico a Dios que no tome en cuenta tus palabras y que las considere como el lamento de un hombre que ama y que tiene el corazón destrozado. ¡Oh, Dios mío! ¡Deja que sus pobres cabellos blancos sean una prueba de todo lo que ha sufrido, él que en toda su vida no ha hecho daño a nadie, y sobre el que se han acumulado tantas tristezas!

Todos los hombres presentes teníamos ya los ojos llenos de lágrimas. No pudimos resistir, y lloramos abiertamente. Ella también lloró al ver que sus dulces consejos habían prevalecido. Su esposo se arrodilló a su lado y, rodeándola con sus brazos, escondió el rostro en los vuelos de su vestido. Van Helsing nos hizo una seña y salimos todos de la habitación, dejando a aquellos dos corazones amantes a solas con su Dios.

Antes de que se retiraran a sus habitaciones, el profesor preparó la habitación para protegerla de cualquier incursión del vampiro, y le aseguró a la señora Harker que podía descansar en paz. Ella trató de convencerse de ello y, para calmar a su esposo, aparentó estar contenta. Era una lucha valerosa y quiero creer que no careció de recompensa. Van Helsing había colocado cerca de ellos una campana que cualquiera de ellos debía hacer sonar en caso de que se produjera cualquier eventualidad. Cuando se retiraron, Quincey, Godalming y yo acordamos que debíamos permanecer en vela, repartiéndonos la noche entre los tres, para vigilar a la pobre dama y custodiar su seguridad. La primera guardia le correspondió a Quincey, de modo que el resto de nosotros debía acostarse tan pronto como fuera posible. Godalming se ha acostado ya, debido a que él tiene el segundo turno de guardia. Ahora que he terminado mi trabajo, yo también tengo que acostarme.

Del diario de Jonathan Harker

3-4 de octubre, cerca de la medianoche. Creí que el día de ayer no iba a terminar nunca. Tenía el deseo de dormirme, con la esperanza de que al despertar descubriría que las cosas habían cambiado y que todos los cambios serían en adelante para mejor. Antes de separarnos, discutimos sobre cuál debería ser nuestro siguiente paso, pero no pudimos llegar a ningún resultado. Lo único que sabíamos era que quedaba todavía una caja de tierra y que solamente el conde sabía dónde se encontraba. Si desea permanecer escondido, puede confundirnos durante años enteros y, mientras tanto, el pensamiento es demasiado horrible; no puedo permitirme pensar en ello en este momento. Lo que si sé es que si alguna vez ha existido una mujer absolutamente perfecta, esa es mi adorada y herida esposa. La amo mil veces más por su dulce piedad de anoche; una piedad que hizo que incluso el odio que le tengo al monstruo pareciera despreciable. Estoy seguro de que Dios no permitirá que el mundo se empobrezca por la pérdida de una criatura semejante. Esa es una esperanza para mí. Nos estamos dirigiendo todos hacia los escollos, y la esperanza es la única ancla que me queda. Gracias a Dios, Mina está dormida y no tiene pesadillas. Temo pensar en cuáles podrían ser sus pesadillas, con recuerdos tan terribles que pueden provocarlas. No ha estado tan tranquila, por cuanto he podido ver, desde la puesta del sol. Luego, durante un momento, se extendió en su rostro una calma tal, que era como la primavera después de las tormentas de marzo.

Pensé en ese momento que debía tratarse del reflejo de la puesta del sol en su rostro, pero, en cierto modo, ahora sé que se trataba de algo mucho más profundo. No tengo sueño yo mismo, aunque estoy cansado... Terriblemente cansado. Sin embargo, debo tratar de conciliar el sueño, ya que tengo que pensar en mañana, y en que no podrá haber descanso para mí hasta que...

Más tarde. Debo haberme quedado dormido, puesto que me ha despertado Mina, que estaba sentada en el lecho, con una expresión llena de asombro en el rostro. Podía ver claramente, debido a que no habíamos dejado la habitación a oscuras; Mina me había puesto la mano sobre la boca y me susurró al oído:

—¡Chist! ¡Hay alguien en el pasillo!

Me levanté cautelosamente y, cruzando la habitación, abrí la puerta sin hacer ruido.

Cruzado ante el umbral, tendido en un colchón, estaba el señor Morris, completamente despierto. Levantó una mano, para imponerme silencio, y me susurró:

—¡Silencio! Vuelva a acostarse; no pasa nada. Uno de nosotros va a permanecer aquí durante toda la noche. ¡No queremos correr ningún riesgo!

Su expresión y su gesto impedían toda discusión, de modo que volví a acostarme y le dije a Mina lo que sucedía. Ella suspiró y la sombra de una sonrisa apareció en su rostro pálido, al tiempo que me rodeaba con sus brazos y me decía suavemente:

—¡Oh, doy gracias a Dios, por todos los hombres buenos!

Dio un suspiro y volvió a acostarse de espaldas, para tratar de volver a dormirse.

Escribo esto ahora porque no tengo sueño, aunque voy a tratar también de dormirme.

4 de octubre, por la mañana. Mina me despertó otra vez en el transcurso de la noche. Esta vez, habíamos dormido bien los dos, ya que las luces del amanecer iluminaban ya las ventanas débilmente, y la lamparita de gas era como un punto, más que como un disco de luz.

—Vete a buscar al profesor —me dijo apresuradamente—. Quiero verlo enseguida.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Tengo una idea. Supongo que debe habérseme ocurrido durante la noche, y que ha madurado sin darme cuenta de ello. Debe hipnotizarme antes del amanecer, y entonces podré hablar. Date prisa, querido; ya no queda mucho tiempo.

Me dirigí a la puerta, y vi al doctor Seward que estaba tendido sobre el colchón y que, al verme, se puso en pie de un salto.

—¿Sucede algo malo? —me preguntó, alarmado.

—No —le respondí—, pero Mina desea ver al doctor van Helsing inmediatamente.

Dos o tres minutos después, van Helsing estaba en la habitación, en sus ropas de dormir, y el señor Morris y lord Godalming estaban en la puerta, con el doctor Seward, haciendo preguntas. Cuando el profesor vio a Mina, una sonrisa, una verdadera sonrisa, hizo que la ansiedad abandonara su rostro; se frotó las manos, y dijo:

—¡Mi querida señora Mina! ¡Vaya cambio! ¡Mire! ¡Amigo Jonathan, hemos recuperado a nuestra querida señora Mina nuevamente, como antes! —luego, se volvió hacia ella y le dijo amablemente—: ¿Y qué puedo hacer por usted? Supongo que no me habrá llamado usted a esta hora por nada.

—¡Quiero que me hipnotice usted! —dijo Mina —. Hágalo antes del amanecer, ya que creo que, entonces, podré hablar libremente. ¡Dése prisa; ya no nos queda mucho tiempo!

Sin decir palabra, el profesor le indicó que tomara asiento en la cama.

La miró fijamente y comenzó a hacer pases magnéticos frente a ella, desde la parte superior de la cabeza de mi esposa, hacía abajo, con ambas manos, repitiendo los movimientos varias veces. Mina lo miró fijamente durante unos minutos, durante los cuales mi corazón latía como un martillo pilón, debido a que sentía que iba a presentarse pronto alguna crisis. Gradualmente, sus ojos se fueron cerrando y siguió sentada, absolutamente inmóvil. Solamente por la elevación de su pecho, al ritmo de su respiración, podía verse que estaba viva. El profesor hizo unos cuantos pases más y se detuvo; entonces vi que tenía la frente cubierta de gruesas gotas de sudor. Mina abrió los ojos, pero no parecía ser la misma mujer. Había en sus ojos una expresión de vacío, como si su mirada estuviera perdida a lo lejos, y su voz tenía una tristeza infinita, que era nueva para mí. Levantando la mano para imponerme silencio, el profesor me hizo seña de que hiciera pasar a los demás. Entraron todos sobre la punta de los pies, cerrando la puerta tras ellos y permanecieron en pie cerca de la cama, mirando atentamente. Mina no pareció verlos. El silencio fue interrumpido por el profesor van Helsing, hablando en un tono muy bajo de voz, para no interrumpir el curso de los pensamientos de mi esposa:

—¿Dónde se encuentra usted?

La respuesta fue dada en un tono absolutamente carente de inflexiones:

—No lo sé. El sueño no tiene ningún lugar que pueda considerar como real.

Durante varios minutos reinó el silencio. Mina continuaba sentada rígidamente, y el profesor la miraba fijamente; el resto de nosotros apenas nos atrevíamos a respirar.

La habitación se estaba haciendo cada vez más clara. Sin apartar los ojos del rostro de Mina, el profesor me indicó con un gesto que corriera las cortinas, y el día pareció envolvernos a todos. Una raya rojiza apareció, y una luz rosada se difundió por la habitación. En ese instante, el profesor volvió a hablar:

—¿Dónde está usted ahora?

La respuesta fue de sonámbula, pero con intención; era como si estuviera interpretando algo. La he oído emplear el mismo tono de voz cuando lee sus notas escritas en taquigrafía.

—No lo sé. ¡Es un lugar absolutamente desconocido para mí!

—¿Qué ve usted?

—No veo nada; está todo oscuro.

—¿Qué oye usted?

Noté la tensión en la voz paciente del profesor.

—El ruido del agua. Se oye un ruido de resaca y de pequeñas olas que chocan.

Puedo oírlas al exterior.

—Entonces, ¿está usted en un barco?

Todos nos miramos, unos a otros, tratando de comprender algo. Teníamos miedo de pensar. La respuesta llegó rápidamente:

—¡Oh, sí!

—¿Qué otra cosa oye?

—Ruido de pasos de hombres que corren de un lado para otro. Oigo también el ruido de una cadena y un gran estrépito, cuando el control del torno cae al trinquete.

—¿Qué está usted haciendo?

—Estoy inmóvil; absolutamente inmóvil. ¡Es algo como la muerte!

La voz se apagó, convirtiéndose en un profundo suspiro, como de alguien que está dormido, y los ojos se le volvieron a cerrar.

Pero esta vez el sol se había elevado ya y nos encontramos todos en plena luz del día. El doctor van Helsing colocó sus manos sobre los hombros de Mina, e hizo que su cabeza reposara suavemente en las almohadas. Ella permaneció durante unos momentos como una niña dormida y, luego, con un largo suspiro, despertó y se extrañó mucho al vernos a todos reunidos en torno a ella.

—¿He hablado en sueños? —fue todo lo que dijo.

Sin embargo, parecía conocer la situación, sin hablar, puesto que se sentía ansiosa por saber qué había dicho. El profesor le repitió la conversación, y Mina le dijo:

—Entonces, no hay tiempo que perder. ¡Es posible que no sea todavía demasiado tarde!

El señor Morris y lord Godalming se dirigieron hacia la puerta, pero la voz tranquila del profesor los llamó y los hizo regresar sobre sus pasos:

—Quédense, amigos míos. Ese barco, dondequiera que se encuentre, estaba levando anclas mientras hablaba la señora. Hay muchos barcos levando anclas en este momento, en su gran puerto de Londres. ¿Cuál de ellos buscamos? Gracias a Dios que volvemos a tener indicios, aunque no sepamos adónde nos conducen. Hemos estado en cierto modo ciegos, de una manera muy humana, ¡puesto que al mirar atrás, vemos lo que hubiéramos podido ver al mirar hacia adelante, si hubiéramos sido capaces de ver lo que era posible ver! ¡Vaya! ¡Esa frase es un rompecabezas!, ¿no es así? Podemos comprender ahora qué estaba pensando el conde cuando recogió el dinero, cuando el cuchillo esgrimido con rabia por Jonathan lo puso en un peligro al que todavía teme. Quería huir. ¡Escúchenme: HUIR! Comprendió que con una sola caja de tierra a su disposición y un grupo de hombres persiguiéndolo como los perros a un zorro, Londres no era un lugar muy saludable para él. ¡Adelante!, como diría nuestro amigo Arthur, al ponerse su casaca roja para la

caza. Nuestro viejo zorro es astuto, muy astuto, y debemos darle caza con ingenio. Yo también soy astuto y voy a pensar en él dentro de poco. Mientras tanto, vamos a descansar en paz, puesto que hay aguas entre nosotros que a él no le agrada cruzar y que no podría hacerlo aunque quisiera... A menos que el barco atracara y, en ese caso, solamente podría hacerlo durante la pleamar o la bajamar.

Además, el sol ha salido y todo el día nos pertenece, hasta la puesta del sol. Vamos a bañarnos y a vestirnos. Luego, nos desayunaremos, ya que a todos nos hace buena falta.

Además, podremos comer con tranquilidad, puesto que el monstruo no se encuentra en la misma tierra que nosotros.

Mina lo miró suplicantemente, al tiempo que preguntaba:

—Pero, ¿por qué necesitan ustedes seguir buscándolo, si se ha alejado de nosotros?

El profesor le tomó la mano y le dio unas palmaditas al tiempo que respondía:

—No me pregunte nada al respecto por el momento. Después del desayuno responderé a sus preguntas.

No aceptó decir nada más, y nos separamos todos para vestirnos.

Después del desayuno, Mina repitió su pregunta. El profesor la miró gravemente durante un minuto, y luego respondió en tono muy triste:

—Porque, mi querida señora Mina, ahora más que nunca debemos encontrarlo, ¡aunque tengamos que seguirlo hasta los mismos infiernos!

Mina se puso más pálida, al tiempo que preguntaba:

—¿Por qué?

—Porque —respondió van Helsing solemnemente— puede vivir durante varios siglos, y usted es solamente una mujer mortal. Debemos temer ahora al tiempo..., puesto que ya le dejó esa marca en la garganta.

Apenas tuve tiempo de recogerla en mis brazos, cuando cayó hacia adelante, desmayada.

XXIV

Del diario fonográfico del doctor Seward, narrado por van Helsing

Esto es para Jonathan Harker.

Debe usted quedarse con su querida señora Mina. Nosotros debemos ir a ocuparnos de nuestra investigación..., si es que puedo llamarla así, ya que no es una investigación, sino algo que ya sabemos, y solamente buscamos una confirmación. Pero usted quédese y cuídela durante el día de hoy. Esa es lo mejor y lo más sagrado para todos nosotros. De todos modos, el monstruo no podrá presentarse hoy. Déjeme ponerlo al corriente de lo que nosotros cuatro sabemos ya, debido a que se lo he comunicado a los demás. El monstruo, nuestro enemigo, se ha ido; ha regresado a su castillo, en Transilvania. Lo sé con tanta seguridad como si una gigantesca mano de fuego lo hubiera dejado escrito en la pared. En cierto modo, se había preparado para ello, y su última caja de tierra estaba preparada para ser embarcada. Por eso tomó el dinero y se apresuró tanto; para evitar que lo atrapáramos antes de la puesta del sol. Era su única esperanza, a menos que pudiera esconderse en la tumba de la pobre Lucy, que él pensaba que era como él y que, por consiguiente, estaba abierta para él. Pero no le quedaba tiempo. Cuando eso le falló, se dirigió directamente a su último recurso..., a su última obra terrestre podría decir, si deseara una *double entente*. Es inteligente; muy inteligente. Comprendió que había perdido aquí la partida, y decidió regresar a su hogar. Encontró un barco que seguía la ruta que deseaba, y se fue en él. Ahora vamos a tratar de descubrir cuál era ese barco y, sin perder tiempo, en cuanto lo sepamos, regresaremos para comunicárselo a usted. Entonces lo consolaremos y también a la pobre señora Mina, con nuevas esperanzas. Puesto que es posible conservar esperanzas, al pensar que no todo se ha perdido. Esa misma criatura a la que perseguimos tardó varios cientos de años en llegar a Londres y, sin embargo, en un solo día, en cuanto tuvimos conocimiento de sus andanzas, lo hicimos huir de aquí. Tiene limitaciones, puesto que tiene el poder de hacer

mucho daño, aunque no puede soportarlo como nosotros. Pero somos fuertes, cada cual a nuestro modo; y somos todavía mucho más fuertes, cuando estamos todos reunidos. Anímese usted, querido esposo de nuestra señora Mina. Esta batalla no ha hecho más que comenzar y, al final, venceremos...

Estoy tan seguro de ello como de que en las alturas se encuentra Dios vigilando a sus hijos. Por consiguiente, permanezca animado y consuele a su esposa hasta nuestro regreso.

VAN HELSING

Del diario de Jonathan Harker

4 de octubre. Cuando le leí a Mina el mensaje que me dejó van Helsing en el fonógrafo, mi pobre esposa se animó considerablemente. La certidumbre de que el conde había salido del país le proporcionó consuelo ya, y el consuelo es la fortaleza para ella. Por mi parte, ahora que ese terrible peligro no se encuentra ya cara a cara con nosotros, me resulta casi imposible creer en él. Incluso mis propias experiencias terribles en el castillo de Drácula parecen ser como una pesadilla que se hubiese presentado hace mucho tiempo y que estuviera casi completamente olvidada, aquí, en medio del aire fresco del otoño y bajo la luz brillante del sol...

Sin embargo, ¡ay!, ¿cómo voy a poder olvidarlo? Entre las nieblas de mi imaginación, mi pensamiento se detiene en la roja cicatriz que mi adorada y atribulada esposa tiene en la frente blanca. Mientras esa cicatriz permanezca en su frente, no es posible dejar de creer. Mina y yo tememos permanecer inactivos, de modo que hemos vuelto a revisar varias veces todos los diarios. En cierto modo, aunque la realidad parece ser cada vez más abrumadora, el dolor y el miedo parecen haber disminuido. En todo ello se manifiesta, en cierto modo, una intención directriz, que resulta casi reconfortante. Mina dice que quizá seamos instrumentos de un buen final. ¡Puede ser!

Debo tratar de pensar como ella. Todavía no hemos hablado nunca sobre lo futuro. Será mejor esperar a ver al profesor y a todos los demás, después de su investigación.

El día ha pasado mucho más rápidamente de lo que hubiera creído que podría volver a pasar para mí. Ya son las tres de la tarde.

Del diario de Mina Harker

5 de octubre, a las cinco de la tarde. Reunión para escuchar informes. Presentes: el profesor van Helsing, lord Godalming, el doctor Seward, el señor Quincey Morris, Jonathan Harker y Mina Harker.

El doctor van Helsing describió los pasos que habían dado durante el día, para descubrir sobre qué barco y con qué rumbo había huido el conde Drácula.

—Sabíamos que deseaba regresar a Transilvania. Estaba seguro de que remontaría la desembocadura del Danubio; o por alguna ruta del Mar Negro, puesto que vino siguiendo esa ruta. Teníamos una tarea muy difícil ante nosotros. *Omne ignotum pro magnifico;* así, con un gran peso en el corazón, comenzamos a buscar los barcos que salieron anoche para el Mar Negro. Estaba en un barco de vela, puesto que la señora Mina nos habló de las velas en su visión. Esos barcos no son tan importantes como para figurar en la lista que aparece en el *Times* y, por consiguiente, fuimos, aceptando una sugestión de lord Godalming, a *Lloyd's,* donde están anotados todos los barcos que aparejan, por pequeños que sean. Allí descubrimos que sólo un barco con destino al Mar Negro había salido aprovechando las mareas. Es el *Czarina Catherine* y va de Doolittle Wharf con destino a Varna, a otros puertos y, luego, remontará por el río Danubio.

"Entonces", dije yo, "ese es el barco en que navega el conde." Por consiguiente, fuimos a Doolittle's Wharf y encontramos a un hombre en una oficina tan diminuta que el hombre parecía ser mayor que ella. Le preguntamos todo lo relativo a las andanzas del *Czarina Catherine.* Maldijo mucho, su rostro se enrojeció y su voz era muy ríspida; pero no era mal tipo, de todos modos, y cuando Quincey sacó algo del bolsillo y se lo entregó, produciendo un crujido cuando el hombre lo tomó y lo metió en una pequeña billetera que llevaba en las profundidades de sus ropas, se convirtió en un tipo todavía mejor, y humilde servidor nuestro. Nos acompañó y les hizo preguntas a varios hombres sudorosos y rudos; esos también resultaron mejores tipos cuando aplacaron su sed.

Hablaron mucho de sangre y de otras cosas que no entendí, aunque adiviné qué era lo que querían decir. Sin embargo, nos comunicaron todo lo que deseábamos saber.

"Nos comunicaron, entre otras cosas, que ayer, más o menos a las cinco de la tarde, llegó un hombre con mucho apresuramiento. Un hombre alto, delgado y pálido, con nariz aquilina, dientes muy blancos y unos ojos que parecían estar ardiendo. Que iba vestido todo de negro, con excepción de un sombrero de paja que llevaba y que no le sentaba bien ni a él ni al tiempo que estaba haciendo, y que distribuyó generosamente su dinero, haciendo preguntas para saber si había algún barco que se dirigiera hacia el Mar Negro, y hacia qué punto. Lo llevaron a las oficinas y al barco, a bordo del cual no quiso subir, sino que se detuvo en el muelle y pidió que el capitán fuera a verlo. El capitán acudió, cuando le dijeron que le pagaría bien, y aunque maldijo mucho al principio, cerró trato con él. Entonces, el hombre alto y delgado se fue, no sin que antes le indicara alguien donde podía encontrar una carreta y un caballo. Pronto volvió, conduciendo él mismo una carreta sobre la que había una gran caja, que descargó él solo, aunque fueron necesarios varios hombres para llevarla a la grúa y para meterla a la bodega del barco. Le dio muchas indicaciones al capitán respecto a cómo y dónde debería ser colocada aquella caja, pero al capitán no le agradó aquello, lo maldijo en varias lenguas y le dijo que fuera si quería a ver como era estibada la maldita caja. Pero él dijo que no podía hacerlo en ese momento; que embarcaría más tarde, ya que tenía muchas cosas en qué ocuparse. Entonces, el capitán le dijo que se diera prisa... con sangre... ya que aquel barco iba a aparejar... con sangre... en cuanto fuera propicia la marea... con sangre. Entonces, el hombre sonrió ligeramente y le dijo que, por supuesto, iría en tiempo útil, pero que no sería demasiado pronto. El capitán volvió a maldecir como un poligloto y el hombre alto le hizo una reverencia y le dio las gracias, prometiéndole embarcarse antes de que aparejara, para no causarle ningún trastorno innecesario. Finalmente, el capitán, más rojo que nunca, y en muchas otras lenguas, le dijo que no quería malditos franceses piojosos en su barco. Entonces, después de preguntar dónde podría encontrar un barco no muy lejos, en donde poder comprar impresos de embarque, se fue. "Nadie sabía adónde había ido, como decían, puesto que pronto pareció que el *Czarina Catherine* no aparejaría tan pronto como habían pensado. Una ligera bruma comenzó a extenderse sobre el río y fue haciéndose cada vez más espesa, hasta que, finalmente, una densa niebla cubrió al barco y todos sus alrededores. El capitán maldijo largo y tendido en todas las lenguas que conocía, pero no pudo hacer nada. El agua se elevaba cada vez más y comenzó a pensar que de todos modos iba a perder la marea. No

estaba de muy buen humor, cuando exactamente en el momento de la pleamar, el hombre alto y delgado volvió a presentarse y pidió que le mostraran dónde habían estibado su caja. Entonces, el capitán le dijo que deseaba que tanto él como su caja estuvieran en el infierno. Pero el hombre no se ofendió y bajó a la bodega con un tripulante, para ver dónde se encontraba su caja. Luego, volvió a la cubierta y permaneció allí un rato, envuelto en la niebla. Debió subir de la bodega solo, ya que nadie lo vio. En realidad, no pensaron más en él, debido a que pronto la niebla comenzó a levantarse y el tiempo aclaró completamente. Mis amigos sedientos y malhablados sonrieron cuando me explicaron cómo el capitán maldijo en más lenguas que nunca y tenía un aspecto más pintoresco que nunca, cuando al preguntarles a otros marinos que se desplazaban hacia un lado y otro del río a esa hora, descubrió que muy pocos de ellos habían visto niebla en absoluto, excepto donde se encontraba él, cerca del muelle. Sin embargo, el navío aparejó con marea menguante, e indudablemente para la mañana debía encontrarse lejos de la desembocadura del río. Así pues, mientras nos explicaban todo eso, debía encontrarse lejos ya, en alta mar. "Y ahora, señora Mina, tendremos que reposar durante cierto tiempo, puesto que nuestro enemigo está en el mar, con la niebla a sus órdenes, dirigiéndose hacia la desembocadura del Danubio. El avance en un barco de vela no es nunca demasiado rápido; por consiguiente, podremos salir por tierra con mucha mayor rapidez. y lo alcanzaremos allí. Nuestra mejor esperanza es encontrarlo cuando esté en su caja entre el amanecer y la puesta del sol, ya que entonces no puede luchar y podremos tratarlo como se merece. Tenemos varios días a nuestra disposición, durante los cuales podremos hacer planes. Conocemos todo sobre el lugar a donde debemos ir, puesto que hemos visto al propietario del barco, que nos ha mostrado facturas y toda clase de documentos. La caja que nos interesa deberá ser desembarcada en Varna y entregada a un agente, un tal Ristics, que presentará allá sus credenciales. Así, nuestro amigo marino habrá concluido su parte. Cuando nos preguntó si pasaba algo malo, ya que de ser así podría telegrafiar a Varna para que se llevara a cabo una encuesta, le dijimos que no, debido a que nuestro trabajo no puede llevarse a cabo por la policía ni en la aduana.

Debemos hacerlo nosotros mismos, a nuestro modo." Cuando el doctor van Helsing concluyó su relato, le pregunté si se había cerciorado de que el conde se había quedado a bordo del barco. El profesor respondió:

—Tenemos la mejor prueba posible de ello: sus propias declaraciones, cuando estaba usted en trance hipnótico, esta mañana.

Volví a preguntarle si era necesario que persiguieran al conde, debido a que temía que Jonathan me dejara sola y sabía que se iría también si los demás lo hacían.

Me habló al principio con calma y cada vez de manera más apasionada. Sin embargo, conforme continuaba hablando, se airaba más cada vez, hasta que al final vimos que le quedaba al menos aún parte de aquel dominio de sí mismo que lo hacía maestro entre los hombres.

—Sí, es necesario... ¡Necesario! ¡Necesario! Por su bien en primer lugar, y por el bien de toda la humanidad. Ese monstruo ha hecho ya demasiado daño, en el estrecho espacio en que se encuentra y en el corto tiempo que ha transcurrido desde que era sólo un cuerpo que estaba buscando su medida en la oscuridad y en la ignorancia. Todo eso se lo he explicado ya a los demás; usted, mi querida señora Mina, lo escuchará en el fonógrafo de mi amigo John o en el de su esposo. Les he explicado como el hecho de salir de su tierra árida..., árida en habitantes..., para venir a este país en el que las personas habitan como los granos de maíz en una plantación, había sido un trabajo de siglos. Si algún otro muerto vivo tratara de hacer lo mismo que él, necesitaría para ello todos los siglos del planeta y todavía no tendría bastante. En el caso del vampiro que nos ocupa, todas las fuerzas ocultas de la naturaleza, profundas y poderosas, deben haberse unido de alguna forma monstruosa. El lugar mismo en que permaneció como muerto vivo durante todos esos siglos, está lleno de rarezas del mundo geológico y químico. Hay fisuras y profundas cavernas que nadie sabe hasta dónde llegan. Hay también volcanes, algunos de los cuales expulsan todavía aguas de propiedades extrañas, y gases que matan o vivifican. Indudablemente, hay algo magnético o eléctrico en algunas de esas combinaciones de fuerzas ocultas, que obran de manera extraña sobre la vida física, y que en sí mismas fueron desde el principio grandes cualidades. En tiempos duros y de guerras, fue celebrado como el hombre de nervios mejor templados, de inteligencia más despierta, y de mejor corazón. En él, algún principio vital extraño encontró su máxima expresión, y mientras su cuerpo se fortalecía, se desarrollaba y luchaba, su mente también crecía. Todo esto, con la ayuda diabólica con que cuenta seguramente, puesto que todo ello debe atribuirse a los poderes que

proceden del bien y que son simbólicos en él. Y ahora, he aquí lo que representa para nosotros: la ha infectado a usted; perdóneme que le diga eso, señora, pero lo hago por su bien. La contaminó de una forma tan inteligente, que incluso en el caso de que no vuelva a hacerlo, solamente podría usted vivir a su modo antiguo y dulce, y así, con el tiempo, la muerte, que es común a todos los hombres y está sancionada por el mismo Dios, la convertirá a usted en una mujer semejante a él. ¡Eso no debe suceder! Hemos jurado juntos que no lo permitiremos. Así, somos ministros de la voluntad misma de Dios: que el mundo y los hombres por los que murió Su Hijo, no sean entregados a monstruos cuya existencia misma es una blasfemia contra Él. Ya nos ha permitido redimir un alma, y estamos dispuestos, como los antiguos caballeros de las Cruzadas, a redimir muchas más. Como ellos, debemos ir hacia el Oriente, y como ellos, si debemos caer, lo haremos por una buena causa.

Guardó silencio un momento y luego dije:

—Pero, ¿no aceptará sabiamente el conde su derrota? Puesto que ha sido expulsado de Inglaterra, ¿no evitará este país, como evita un tigre el poblado del que ha sido rechazado?

—¡Ajá! Su imagen sobre el tigre es muy buena y voy a adoptarla. Su devorador de hombres, como llaman los habitantes de la India a los tigres que han probado la sangre humana, se desentienden de todas las otras presas, y acechan al hombre hasta que pueden atacarlo. El monstruo que hemos expulsado de nuestro poblado es un tigre, un devorador de hombres, que nunca dejará de acechar a sus presas. No, por naturaleza; no es alguien que se retire y permanezca alejado. Durante su vida, su vida verdadera, atravesó la frontera turca y atacó a sus enemigos en su propio terreno; fue rechazado, pero, ¿se conformó? ¡No! Volvió una y otra vez. Observe su constancia y su resistencia. En su cerebro infantil había concebido ya desde hace mucho tiempo la idea de ir a una gran ciudad. ¿Qué hizo? Encontró el lugar más prometedor para él de todo el mundo. Entonces, de manera deliberada, se preparó para la tarea. Descubrió pacientemente cuál es su fuerza y cuáles son sus poderes. Estudió otras lenguas. Aprendió la nueva vida social; ambientes nuevos de regiones antiguas, la política, la legislación, las finanzas, las ciencias, las costumbres de una nueva tierra y nuevos individuos, que habían llegado a existir desde que él vivía. La mirada que pudo echar a ese mundo no hizo sino aumentar su apetito y agudizar su deseo. Eso lo ayudó a desarrollarse, al mismo tiem-

po que su cerebro, puesto que pudo comprobar cuán acertado había estado en sus suposiciones. Lo había hecho solo, absolutamente solo, saliendo de una tumba en ruinas, situada en una tierra olvidada. ¿Qué no podrá hacer cuando el ancho mundo del pensamiento le sea abierto? Él, que puede reírse de la muerte, como lo hemos visto, que puede fortalecerse en medio de epidemias y plagas que matan a todos los individuos a su alrededor... ¡Oh! Si tal ser procediera de Dios y no del Diablo, ¡qué fuerza del bien podría ser en un mundo como el nuestro! Pero tenemos que librar de él al mundo. Nuestro trabajo debe llevarse a cabo en silencio, y todos nuestros esfuerzos deben llevarse a cabo en secreto. Puesto que en esta época iluminada, cuando los hombres no creen ni siquiera en lo que ven, las dudas de los hombres sabios pueden constituir su mayor fuerza. Serán al mismo tiempo su protección y su escudo, y sus armas para destruirnos, a nosotros que somos sus enemigos, que estamos dispuestos a poner en peligro incluso nuestras propias almas para salvar a la que amamos... por el bien de la humanidad y por el honor y la gloria de Dios.

Después de una discusión general, se llegó a estar de acuerdo en que no debíamos hacer nada esa noche; que deberíamos dormir y pensar en las conclusiones apropiadas. Mañana, a la hora del desayuno, debemos volver a reunirnos, y después de comunicar a los demás nuestras conclusiones, debemos decidirnos por alguna acción determinada...

Siento una maravillosa paz y descanso esta noche. Es como si una presencia espectral fuera retirada de mí. Quizá...

Mi suposición no fue concluida, ya que vi en el espejo la roja cicatriz que tengo en la frente, y comprendí que todavía estoy estigmatizada.

Del diario del doctor Seward

5 de octubre. Todos nos levantamos temprano, y creo que haber dormido nos hizo mucho bien a todos. Cuando nos reunimos para el desayuno, reinaba entre nosotros una animación como no habíamos esperado nunca volver a tener.

Es maravilloso ver qué elasticidad hay en la naturaleza humana. Basta que una causa de obstrucción, sea cual sea, sea retirada de cualquier forma, incluso por medio de la muerte, para que volvamos a sentir la misma esperanza y alegría de antes. Más de una vez, mientras permanecimos en torno a la mesa, me

pregunté si los horrores de los días precedentes no habían sido solamente un sueño. Fue solamente cuando vi la cicatriz que tenía la señora Harker en la frente cuando volví a la realidad. Incluso ahora, cuando estoy resolviendo el asunto gravemente, es casi imposible comprender que la causa de todos nuestros problemas existe todavía. Incluso la señora Harker parece olvidarse de su situación durante largos ratos; solo de vez en cuando, cuando algo se lo recuerda, se pone a pensar en la terrible marca que lleva en la frente. Debemos reunirnos aquí, en mi estudio, dentro de media hora, para decidir qué vamos a hacer. Solamente veo una dificultad inmediata; la veo más por instinto que por raciocinio: tendremos que hablar todos francamente y, sin embargo, temo que, de alguna manera misteriosa, la lengua de la pobre señora Harker esté sujeta. Sé que llega a conclusiones que le son propias, y por cuanto ha sucedido, puedo imaginarme cuán brillantes y verdaderas deben ser; pero no desea o no puede expresarlas. Le he mencionado eso a van Helsing y él y yo deberemos conversar sobre ese tema cuando estemos solos. Supongo que parte de ese horrible veneno que le ha sido introducido en las venas comienza a trabajar. El conde tenía sus propios propósitos cuando le dio lo que van Helsing llama "el bautismo de sangre del vampiro". Bueno, puede haber un veneno que se destila de las cosas buenas; ¡en una época en la que la existencia de tomaínas es un misterio, no debemos sorprendernos de nada! Algo es seguro: que si mi instinto no me engaña respecto a los silencios de la pobre señora Harker, existirá una terrible dificultad, un peligro desconocido, en el trabajo que nos espera. El mismo poder que la hace guardar silencio puede hacerla hablar. No puedo continuar pensando en ello, porque, de hacerlo, deshonraría con el pensamiento a una mujer noble.

Más tarde. Cuando llegó el profesor, discutimos sobre la situación. Comprendía que tenía alguna idea, que quería exponérnosla, pero tenía cierto temor de entrar de lleno en el tema. Después de muchos rodeos, dijo repentinamente:

—Amigo John, hay algo que usted y yo debemos discutir solos, en todo caso, al principio. Más tarde, tendremos que confiar en todos los demás.

Hizo una pausa. Yo esperé, y el profesor continuó al cabo de un momento:

—La señora Mina, nuestra pobre señora Mina, está cambiando.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal, al ver que mis suposiciones eran confirmadas de ese modo. Van Helsing continuó:

—Con la triste experiencia de la señorita Lucy, debemos estar prevenidos esta vez, antes de que las cosas vayan demasiado lejos. Nuestra tarea es, ahora, en realidad, más difícil que nunca, y este problema hace que cada hora que pasa sea de la mayor importancia. Veo las características del vampiro aparecer en su rostro. Es todavía algo muy ligero, pero puede verse si se le observa sin prejuicios. Sus dientes son un poco más agudos y, a veces, sus ojos son más duros. Pero eso no es todo; guarda frecuentemente silencio, como lo hacía la señorita Lucy. No habla, aun cuando escribe lo que quiere que se sepa más adelante. Ahora, mi temor es el siguiente: puesto que ella pudo, por el trance hipnótico que provocamos en ella, decir qué veía y oía el conde, no es menos cierto que él, que la hipnotizó antes, que bebió su sangre y le hizo beber de la suya propia, puede, si lo desea, hacer que la mente de la señora Mina le revele lo que conoce. ¿No parece justa esa suposición?

Asentí, y el maestro siguió diciendo:

—Entonces, lo que debemos hacer es evitar eso; debemos mantenerla en la ignorancia de nuestro intento, para que no pueda revelar en absoluto lo que no conoce. ¡Es algo muy doloroso! Tan doloroso, que me duele enormemente tener que hacerlo, pero es necesario. Cuando nos reunamos hoy, voy a decirle que, por razones de las que no deseamos hablar, no podrá volver a asistir a nuestros consejos, pero que nosotros continuaremos custodiándola.

Se enjugó la frente, de la que le había brotado bastante sudor, al pensar en el dolor que podría causar a aquella pobre mujer que ya estaba siendo tan torturada. Sabía que le serviría de cierto consuelo el que yo le dijera que, por mi parte, había llegado exactamente a la misma conclusión, puesto que, por lo menos, le evitaría tener dudas. Se lo dije, y el efecto fue el que yo esperaba.

Falta ya poco para que llegue el momento de nuestra reunión general. Van Helsing ha ido a prepararse para la citada reunión y la dolorosa parte que va a tener que desempeñar en ella. Realmente creo que lo que desea es poder orar a solas.

Más tarde. En el momento mismo en que daba comienzo la reunión, tanto van Helsing como yo experimentamos un gran

alivio. La señora Harker envió un mensaje, por mediación de su esposo, diciendo que no iba a reunirse con nosotros entonces, puesto que estaba convencida de que era mejor que nos sintiéramos libres para discutir sobre nuestros movimientos, sin la molestia de su presencia. El profesor y yo nos miramos uno al otro durante un breve instante y, en cierto modo, ambos nos sentimos aliviados. Por mi parte, pensaba que si la señora Harker se daba cuenta ella misma del peligro, habíamos evitado así un grave peligro y, sin duda, también un gran dolor. Bajo las circunstancias, estuvimos de acuerdo, por medio de una pregunta y una respuesta, con un dedo en los labios, para guardarnos nuestras sospechas, hasta que estuviéramos nuevamente en condiciones de conversar a solas. Pasamos inmediatamente a nuestro plan de campaña. Van Helsing nos explicó de manera resumida los hechos:

—El *Czarina Catherine* abandonó el Támesis ayer por la mañana. Necesitará por lo menos, aunque vaya a la máxima velocidad que puede desarrollar, tres semanas para llegar a Varna, pero nosotros podemos ir por tierra al mismo lugar en tres días. Ahora bien, si concedemos dos días menos de viaje al barco, debido a la influencia que tiene sobre el clima el conde y que nosotros conocemos, y si concedemos un día y una noche como margen de seguridad para cualquier circunstancia que pueda retrasarnos, entonces, nos queda todavía un margen de casi dos semanas. Por consiguiente, con el fin de estar completamente seguros, debemos salir de aquí el día diecisiete, como fecha límite. Luego, llegaremos a Varna por lo menos un día antes de la llegada del *Czarina Catherine,* en condiciones de hacer todos los preparativos que juzguemos necesarios.

Por supuesto, debemos ir todos armados... Armados contra todos los peligros, tanto espirituales como físicos.

En eso, Quincey Morris añadió:

—Creo haber oído decir que el conde procede de un país de lobos, y es posible que llegue allí antes que nosotros. Por consiguiente, aconsejo que llevemos *Winchesters* con nosotros. Tengo plena confianza en los rifles *Winchester* cuando se presenta un peligro de ese tipo. ¿Recuerda usted, Art, cuando nos seguía la jauría en Tobolsk? ¡Qué no hubiéramos dado entonces por poseer un fusil de repetición!

—¡Bien! —dijo van Helsing—. Los *Winchesters* son muy convenientes. Quincey piensa frecuentemente con mucho acier-

to, pero, sobre todo, cuando se trata de cazar. Las metáforas son más deshonrosas para la ciencia que los lobos peligrosos para el hombre. Mientras tanto, no podemos hacer aquí nada en absoluto, y como creo que ninguno de nosotros está familiarizado con Varna, ¿por qué no vamos allá antes?

Resultará tan largo el esperar aquí como el hacerlo allá. Podemos prepararnos entre hoy y mañana, y entonces, si todo va bien, podremos ponemos en camino nosotros cuatro.

—¿Los cuatro? —dijo Harker, interrogativamente, mirándonos a todos, de uno en uno.

—¡Naturalmente! —dijo el profesor con rapidez—. ¡Usted debe quedarse para cuidar a su dulce esposa!

Harker guardó silencio un momento, y luego dijo, con voz hueca:

—Será mejor que hablemos de esto mañana. Voy a consultar con Mina al respecto.

Pensé que ése era el momento oportuno para que van Helsing le advirtiera que no debería revelar a su esposa cuáles eran nuestros planes, pero no se dio por aludido.

Lo miré significativamente y tosí. A modo de respuesta, se puso un dedo en los labios y se volvió hacia otro lado.

Del diario de Jonathan Harker

Octubre, por la tarde. Durante un buen rato, después de nuestra reunión de esta mañana, no pude reflexionar. Las nuevas fases de los asuntos me dejaron la mente en un estado tal, que me era imposible pensar con claridad. La determinación de Mina de no tomar parte activa en la discusión me tenía preocupado y, como no me era posible discutir de eso con ella, solamente podía tratar de adivinar. Todavía estoy tan lejos como al principio de haber hallado la solución a esa incógnita. Asimismo, el modo en que los demás recibieron esa determinación, me asombró; la última vez que hablamos de todo ello, acordamos que ya no deberíamos ocultarnos nada en absoluto unos a otros. Mina está dormida ahora, calmada y tranquila como una niñita. Sus labios están entreabiertos y su rostro sonríe de felicidad. ¡Gracias a Dios, incluso ella puede gozar aún de momentos similares!

Más tarde. ¡Qué extraño es todo! Estuve observando el rostro de Mina, que reflejaba tanta felicidad, y estuve tan cerca de sentirme yo mismo feliz un momento, como nunca hubiera creído que fuera posible otra vez. Conforme avanzó la tarde y la tierra comenzó a cubrirse de sombras proyectadas por los objetos a los que iluminaba la luz del sol que comenzaba a estar cada vez más bajo, el silencio de la habitación comenzó a parecerme cada vez más solemne. De repente, Mina abrió los ojos y, mirándome con ternura, me dijo:

—Jonathan, deseo que me prometas algo, dándome tu palabra de honor. Será una promesa que me harás a mí, pero de manera sagrada, teniendo a Dios como testigo, y que no deberás romper, aunque me arrodille ante ti y te implore con lágrimas en los ojos. Rápido; debes hacerme esa promesa inmediatamente.

—Mina —le dije—, no puedo hacerte una promesa de ese tipo inmediatamente. Es posible que no tenga derecho a hacértela.

—Pero, querido —dijo con una tal intensidad espiritual que sus ojos refulgían como si fueran dos estrellas polares—, soy yo quien lo desea, y no por mí misma. Puedes preguntarle al doctor van Helsing si no tengo razón; si no está de acuerdo, podrás hacer lo que mejor te parezca. Además, si están todos de acuerdo, quedarás absuelto de tu promesa.

—¡Te lo prometo! —le dije; durante un momento, pareció sentirse extraordinariamente feliz, aunque en mi opinión, toda felicidad le estaba vedada, a causa de la cicatriz que tenía en la frente.

—Prométeme que no me dirás nada sobre los planes que hagan para su campaña en contra del conde —me dijo—. Ni de palabra, ni por medio de inferencias ni implicaciones, en tanto conserve esto.

Y señaló solemnemente la cicatriz de su frente. Vi que estaba hablando en serio y le dije solemnemente también:

—¡Te lo prometo!

Y en cuanto pronuncié esas palabras comprendí que acababa de cerrarse una puerta entre nosotros.

Más tarde, a la medianoche. Mina se ha mostrado alegre y animada durante toda la tarde. Tanto, que todos los demás

parecieron animarse a su vez, como dejándose contagiar por su alegría; como consecuencia de ello, yo también me sentí como si el peso tremendo que pesa sobre todos nosotros se hubiera aligerado un poco. Todos nos retiramos temprano a nuestras habitaciones. Mina está durmiendo ahora como un bebé; es maravilloso que le quede todavía la facultad de dormir, en medio de su terrible problema. Doy gracias a Dios por ello, ya que, de ese modo, al menos podrá olvidarse ella de su dolor. Es posible que su ejemplo me afecte, como lo hizo su alegría de esta tarde. Voy a intentarlo. ¡Qué sea un sueño sin pesadillas!

6 de octubre, por la mañana. Otra sorpresa. Mina me despertó temprano, casi a la misma hora que el día anterior, y me pidió que le llevara al doctor van Helsing. Pensé que se trataba de otra ocasión para el hipnotismo y, sin vacilaciones, fui en busca del profesor. Evidentemente, había estado esperando una llamada semejante, ya que lo encontré en su habitación completamente vestido. Tenía la puerta entreabierta, como para poder oír el ruido producido por la puerta de nuestra habitación al abrirse. Me acompañó inmediatamente; al entrar en la habitación, le preguntó a Mina si deseaba que los demás estuvieran también presentes.

—No —dijo con toda simplicidad—; no será necesario. Puede usted decírselo más tarde. Deseo ir con ustedes en su viaje.

El doctor van Helsing estaba tan asombrado como yo mismo. Al cabo de un momento de silencio, preguntó:

—Pero, ¿por qué?

—Deben llevarme con ustedes. Yo estoy más segura con ustedes, y ustedes mismos estarán también más seguros conmigo.

—Pero, ¿por qué, querida señora Mina? Ya sabe usted que su seguridad es el primero y el más importante de nuestros deberes. Vamos a acercarnos a un peligro, al que usted está o puede estar más expuesta que ninguno de nosotros, por las circunstancias y las cosas que han sucedido.

Hizo una pausa, sintiéndose confuso.

Al replicar, Mina levantó una mano y señaló hacia su frente.

—Ya lo sé. Por eso que debo ir. Puedo decírselo a ustedes ahora, cuando el sol va a salir; es posible que no pueda hacerlo más tarde. Sé que cuando el conde me quiera a su lado, tendré que ir. Sé que si me dice que vaya en secreto, tendré que ser astuta y no me detendrá ningún obstáculo... Ni siquiera Jonathan.

Dios vio la mirada que me dirigió al tiempo que hablaba, y si había allí presente uno de los ángeles escribanos, esa mirada ha debido quedar anotada para honor eterno de ella. Lo único que pude hacer fue tomarla de la mano, sin poder hablar; mi emoción era demasiado grande para que pudiera recibir el consuelo de las lágrimas. Continuó hablando:

—Ustedes, los hombres, son valerosos y fuertes. Son fuertes reunidos, puesto que pueden desafiar juntos lo que destrozaría la tolerancia humana de alguien que tuviera que guardarse solo. Además, puedo serles útil, puesto que puede usted hipnotizarme y hacer que le diga lo que ni siquiera yo sé.

El profesor hizo una pausa antes de responder.

—Señora Mina, es usted, como siempre, muy sabia. Debe usted acompañarnos, y haremos juntos lo que sea necesario que hagamos.

El largo silencio que guardó Mina me hizo mirarla. Había caído de espaldas sobre las almohadas, dormida; ni siquiera despertó cuando levanté las persianas de la ventana y dejé que la luz del sol iluminara plenamente la habitación. Van Helsing me hizo seña de que lo acompañara en silencio. Fuimos a su habitación y, al cabo de un minuto, lord Godalming, el doctor Seward y el señor Morris estuvieron también a nuestro lado. Les explicó lo que le había dicho Mina y continuó hablando:

—Por la mañana, debemos salir hacia Varna. Debemos contar ahora con un nuevo factor: la señora Mina. Pero su alma es pura. Es para ella una verdadera agonía decirnos lo que nos ha dicho, pero es muy acertado, y así estaremos advertidos a tiempo. No debemos desaprovechar ninguna oportunidad y, en Varna, debemos estar dispuestos a actuar en el momento en que llegue ese barco.

—¿Qué deberemos hacer exactamente? —preguntó el señor Morris, con su habitual laconismo.

El profesor hizo una pausa, antes de responder.



—Primeramente, debemos tomar ese navío; luego, cuando hayamos identificado la caja, debemos colocar una rama de rosal silvestre sobre ella. Deberemos sujetarla, ya que cuando la rama está sobre la caja, nadie puede salir de ella. Al menos así lo dice la superstición. Y la superstición debe merecemos confianza en principio; era la fe del hombre en la antigüedad, y tiene todavía sus raíces en la fe. Luego, cuando tengamos la oportunidad que estamos buscando... Cuando no haya nadie cerca para vernos, abriremos la caja y..., y todo habrá concluido.

—No pienso esperar a que se presente ninguna oportunidad —dijo Morris—. En cuanto vea la caja, la abriré y destruiré al monstruo, aunque haya mil hombres observándome, y aunque me linchen un momento después.

Agarré su mano instintivamente y descubrí que estaba tan firme como un pedazo de acero. Pienso que comprendió mi mirada; espero que la entendiera.

—¡Magnífico! —dijo el profesor van Helsing—. ¡Magnífico! ¡Nuestro amigo Quincey es un hombre verdadero! ¡Que Dios lo bendiga por ello! Amigo mío, ninguno de nosotros se quedará atrás ni será detenido por ningún temor. Estoy diciendo solamente lo que podremos hacer... Lo que debemos hacer. Pero en realidad ninguno de nosotros puede decir qué hará. Hay muchas cosas que pueden suceder, y sus métodos y fines son tan diversos que, hasta que llegue el momento preciso, no podremos decirlo. De todos modos, deberemos estar armados, y cuando llegue el momento final, nuestro esfuerzo no debe resultar vano. Ahora, dediquemos el día de hoy a poner todas nuestras cosas en orden. Dejemos preparadas todas las cosas relativas a otras personas que nos son queridas o que dependen de nosotros, puesto que ninguno de nosotros puede decir qué, cuándo ni cómo puede ser el fin. En cuanto a mí, todos mis asuntos están en orden y, como no tengo nada más que hacer, voy a preparar ciertas cosas y a tomar ciertas disposiciones para el viaje. Voy a conseguir todos nuestros billetes, etcétera.

No había nada más de qué hablar, y nos separamos.

Ahora debo poner en orden todos mis asuntos sobre la tierra y estar preparado para cualquier cosa que pueda suceder...

Más tarde. Ya está todo arreglado. He hecho mi testamento y todo está completo. Mina, si sobrevive, es mi única he-

redera. De no ser así, entonces, nuestros amigos, que tan buenos han sido con nosotros, serán mis herederos.

Se acerca el momento de la puesta del sol; el desasosiego de Mina me hace darme cuenta de ello. Estoy seguro de que existe algo en su mente que despierta en el momento de la puesta del sol. Esos momentos están llegando a ser muy desagradables para todos nosotros, puesto que cada vez que el sol se pone o sale, representa la posibilidad de un nuevo peligro..., de algún nuevo dolor que, sin embargo, puede ser un medio del Señor para un buen fin. Escribo todas estas cosas en mi diario, debido a que mi adorada esposa no debe tener conocimiento de ellas por ahora, pero si es posible que las pueda leer más tarde, estará preparado para que pueda hacerlo.

Me está llamando en este momento.

XXV

Del diario del doctor Seward

11 *de octubre, por la noche.* Jonathan Harker me ha pedido que tome nota de todo esto, ya que dice no estar en condiciones de encargarse de esta tarea, y que desea que mantengamos un registro preciso de los acontecimientos.

Creo que ninguno de nosotros se sorprendió cuando nos pidieron que fuéramos a ver a la señora Harker, poco antes de la puesta del sol. Hacía tiempo que habíamos llegado todos a comprender que el momento de la salida del sol y el de su puesta eran momentos durante los que gozaba ella de mayor libertad; cuando su antigua personalidad podía manifestarse sin que ninguna fuerza exterior la subyugara, la limitara o la incitara a entrar en acción. Esa condición o humor comienza siempre como media hora antes de la puesta del sol y de su salida, y dura hasta que el sol se encuentra alto, o hasta que las nubes, con el sol oculto, brillan todavía por los rayos de luz que brotan del horizonte. Al principio, se trata de una especie de condición negativa, como si se rompiera algún asidero y, a continuación, se presenta rápidamente la libertad absoluta; sin embargo, cuando cesa la libertad, el retroceso tiene lugar muy rápidamente, precedido solamente por un período de silencio, que es una advertencia.

Esta noche, cuando nos reunimos, parecía estar reprimida y mostraba todos los signos de una lucha interna. Sin embargo, vi que hizo un violento esfuerzo en cuanto le fue posible.

Sin embargo, unos cuantos minutos le dieron control completo de sí misma; luego, haciéndole a su esposo una seña para que se sentara junto a ella, en el diván, donde estaba medio reclinada, hizo que todos los demás acercáramos nuestras sillas.

Luego, tomando una mano de su esposo entre las suyas, comenzó a decir:

—¡Estamos todos juntos aquí, libremente, quizá por última vez! Ya lo sé, querido; ya sé que tú estarás siempre conmigo, hasta el fin —eso lo dijo dirigiéndose a su esposo, cuya mano, como pudimos ver, tenía apretada—. Mañana vamos a irnos, para llevar a cabo nuestra tarea, y solamente Dios puede saber lo que nos espera a cada uno de nosotros. Van a ser muy buenos conmigo al aceptar llevarme. Sé lo que todos ustedes, hombres sinceros y buenos, pueden hacer por una pobre y débil mujer, cuya alma está quizá perdida... ¡No, no, no! ¡Todavía no! Pero es algo que puede producirse tarde o temprano. Y sé que lo harán. Y deben recordar que yo no soy como ustedes. Hay un veneno en mi sangre y en mi alma, que puede destruirme; que debe destruirme, a menos que obtengamos algún alivio. Amigos míos, saben ustedes tan bien como yo que mi alma está en juego, y aun cuando sé que hay un modo en que puedo salir de esta situación, ni ustedes ni yo debemos aceptarlo.

Nos miró de manera suplicante a todos, uno por uno, comenzando y terminando con su esposo.

—¿Cuál es ese modo? —inquirió van Helsing, con voz ronca. ¿Cuál es esa solución que no debemos ni podemos aceptar?

—Que muera yo ahora mismo, ya sea por mi propia mano o por mano de alguno de ustedes, antes de que el mal sea consumado. Tanto ustedes como yo sabemos que una vez muerta, ustedes podrían liberar mi espíritu y lo harían, como lo hicieron en el caso de la pobre y querida Lucy. Si fuera la muerte o el miedo a la muerte el único obstáculo que se interpusiera en nuestro camino, no tendría ningún inconveniente en morir aquí, ahora mismo, en medio de los amigos que me aman. Pero la muerte no lo es todo. No creo que sea voluntad de Dios que yo muera en este caso, cuando todavía hay esperanzas y nos espera a todos una difícil tarea. Por consiguiente, por mi parte, rechazo en este momento lo que podría ser el descanso eterno y salgo al exterior, a la oscuridad, donde pueden encontrarse las cosas más malas que el mundo o el más allá encierran.

Guardamos todos silencio, ya que comprendíamos de manera instintiva que se trataba solamente de un preludio. Los rostros de todos los demás estaban serios, y el de Harker se había puesto pálido como el de un cadáver; quizá adivinaba, mejor que ninguno de nosotros, lo que iba a seguir.

La señora Harker continuó:

—Esa es mi contribución —no pude evitar el observar el empleo de esas palabras en aquellas circunstancias y dichas con una seriedad semejante—. ¿Cuál será la contribución de cada uno de ustedes? La vida, lo sé continuó diciendo rápidamente—; eso es fácil para los hombres valientes. Sus vidas son de Dios y pueden ustedes devolverle lo que le pertenece, pero, ¿qué es lo que van a darme a mí?

Volvió a mirarnos inquisitivamente, pero esta vez evitó posar su mirada en el rostro de su esposo.

Quincey pareció comprender, asintió y el rostro de la señora Harker se iluminó.

—Entonces, debo decirles claramente qué deseo, puesto que no deben quedar dudas a este respecto entre todos nosotros. Deben ustedes prometerme, todos juntos y uno por uno, incluyéndote a ti, mi amado esposo, que, si se hace necesario, me matarán.

—¿Cuándo será, eso? —la voz era de Quincey, pero era baja y llena de tensión.

—Cuando estén ustedes convencidos de que he cambiado tanto que es mejor que muera a que continúe viviendo. Entonces, cuando mi carne esté muerta, sin un momento de retraso, me atravesarán con una estaca, me cortarán la cabeza o harán cualquier cosa que pueda hacerme reposar en paz.

Quincey fue el primero en levantarse después de la pausa. Se arrodilló ante ella y, tomándole la mano, le dijo solemnemente:

—Soy un tipo vulgar que, quizá, no he vivido como debe hacerlo un hombre para merecer semejante distinción; pero le juro a usted, por todo cuanto me es sagrado y querido que, si alguna vez llega ese momento, no titubearé ni trataré de evadirme del deber que usted nos ha impuesto. ¡Y le prometo también que me aseguraré, puesto que si tengo dudas, consideraré que ha llegado el momento!

—¡Mi querido amigo! —fue todo lo que pudo decir en medio de las lágrimas que corrían rápidamente por sus mejillas, antes de inclinarse y besarle a Morris la mano.

—¡Yo le juro lo mismo, señora Mina! —dijo van Helsing.

—¡Y yo! —dijo lord Godalming, arrodillándose ambos, por turno, ante ella, para hacer su promesa.

Los seguí yo mismo.

Entonces, su esposo se volvió hacia ella, con rostro descompuesto y una palidez verdosa que se confundía con la blancura de su cabello, y preguntó:

—¿Debo hacerte yo también esa promesa, esposa mía?

—Tú también, amor mío —le respondió ella, con una lástima infinita reflejada en sus ojos y en su voz—. No debes vacilar. Tú eres el más cercano y querido del mundo para mí; nuestras almas están fundidas en una por toda la vida y todos los tiempos.

Piensa, querido, que ha habido épocas en las que hombres valerosos han matado a sus esposas y a sus hijas, para impedir que cayeran en manos de sus enemigos. Sus manos no temblaron en absoluto, debido a que aquellas a quienes amaban les pedían que acabaran con ellas. ¡Es el deber de los hombres para quienes aman, en tiempos semejantes de dura prueba! Y, amor mío, si la mano de alguien debe darme la muerte, deja que sea la mano de quien más me ama. Doctor van Helsing, no he olvidado la gracia que le hizo usted a la persona que más amaba, en el caso de la pobre Lucy —se detuvo, sonrojándose ligeramente, y cambió su frase—, al que más derecho tenía a darle la paz. Si se presenta otra vez una ocasión semejante cuento con usted para que establezca ese recuerdo en la vida de mi esposo, que sea su mano amorosa la que me libere de esa terrible maldición que pesa sobre mí.

—¡Lo juro nuevamente! —dijo el profesor, con voz resonante.

La señora Harker sonrió, verdaderamente sonrió, al tiempo que con un verdadero suspiro se echaba hacia atrás y decía:

—Ahora, quiero hacerles una advertencia; una advertencia que nunca puedan olvidar: esta vez, si se presenta, puede hacerlo con rapidez y de manera inesperada, y en ese caso, no deben perder tiempo en aprovechar esa oportunidad. En ese momento puedo estar yo misma..., mejor dicho, si llega ese momento, *lo estaré...* Aliada a nuestro enemigo, en contra de ustedes.

"Una petición más —se hizo muy solemne al decirlo—. No es nada vital ni necesario como la otra petición, pero deseo que hagan algo por mí, si así lo quieren."

Todos asentimos, pero nadie dijo nada; no había necesidad de hablar.

—Quiero que lean ustedes el Oficio de Difuntos.

Un fuerte gemido de su esposo la interrumpió; tomó su mano entre las suyas, se la llevó al corazón y continuó:

—Algún día tendrás que leerlo sobre mí, sea cual sea el final de este terrible estado de cosas. Será un pensamiento dulce para todos o para algunos de nosotros. Tú, amor mío, espero que serás quien lo lea, porque así será tu voz la que recuerde para siempre, pase lo que pase.

—¿Debo leer eso, querida mía? —preguntó Jonathan.

—¡Eso me consolará, esposo mío! —fue todo lo que dijo ella.

Y Jonathan comenzó a leer, después de preparar el libro.

¿Cómo voy a poder, cómo podría alguien, describir aquella extraña escena, su solemnidad, su lobreguez, su tristeza, su horror y, sin embargo, también su dulzura?

Incluso un escéptico, que solamente pudiera ver una farsa de la amarga verdad en cualquier cosa sagrada o emocional, se hubiera impresionado profundamente, al ver a aquel pequeño grupo de amigos devotos y amantes, arrodillados en torno a aquella triste y desventurada dama; o sentir la tierna pasión que tenía la voz de su esposo, cuyo tono era tan emocionado que frecuentemente tenía que hacer una pausa, leyendo el sencillo y hermoso Oficio de Difuntos. No... No puedo continuar, las palabras y la voz... me faltan.

Su instinto no la engañó. Por extraño que pareciera y que fuera, y que, sobre todo, pueda parecer después incluso a nosotros, que en ese momento pudimos sentir su poderosa influencia, nos consoló mucho; y el silencio que precedía a la pérdida de libertad espiritual de la señora Harker, no nos pareció tan lleno de desesperación como todos nosotros habíamos temido.

Del diario de Jonathan Harker

15 de octubre, en Varna. Salimos de Charing Cross por la mañana del día doce, llegamos a París durante la misma noche y ocupamos las plazas que habíamos reservado en el Orient Express. Viajamos día y noche y llegamos aquí aproximadamente a las cinco. Lord Godalming fue al consulado, para ver si le había llegado algún telegrama, mientras el resto de nosotros vinimos a este hotel..., "el Odessus". El viaje pudo haber resultado atractivo; sin embargo, estaba demasiado ansioso para preocuparme de ello.

Hasta el momento en que el *Czarina Catherine* llegue al puerto no habrá nada en todo el mundo que me interese en absoluto. ¡Gracias a Dios!, Mina está bien y parece estar recuperando sus fuerzas; está recuperando otra vez el color. Duerme mucho. Durante el día, duerme casi todo el tiempo. Sin embargo, antes de la salida y de la puesta del sol, se encuentra muy despierta y alerta, y se ha convertido en una costumbre para van Helsing hipnotizarla en esos momentos. Al principio, era preciso cierto esfuerzo y necesitaba hacer muchos pases, pero ahora, ella parece responder en seguida, como por costumbre, y apenas si se necesita alguna acción. El profesor parece tener poder en esos momentos particulares; le basta con quererlo, y los pensamientos de mi esposa le obedecen.

Siempre le pregunta qué puede ver y oír. A la primera pregunta, Mina responde:

—Nada; todo está oscuro. Y a la segunda:

—Oigo las olas que se estrellan contra los costados del navío y el ruido característico del agua. Las velas y las cuerdas se tensan y los mástiles y planchas crujen. El viento es fuerte... Lo oigo sobre la cubierta, y la espuma que levanta la popa cae sobre el puente.

Es evidente que el *Czarina Catherine* se encuentra todavía en el mar, apresurándose a recorrer la distancia que lo separa de Varna. Lord Godalming acaba de regresar. Tiene cuatro telegramas, uno para cada uno de los cuatro días transcurridos y todos para el mismo efecto: el de asegurarse de que el *Czarina Catherine* no le había sido señalado al *Lloyd's* de ninguna parte. Había tomado disposiciones para que el agente le enviara un telegrama diario, indicándole si el navío había sido señalado. Tenía que recibir un mensaje cada día, incluso en el caso de que

no hubiera noticia alguna del barco, para que pudiera estar seguro de que montaban la guardia realmente al otro lado de la línea telegráfica.

Cenamos y nos acostamos temprano. Mañana iremos a ver al vicecónsul, para llegar a un acuerdo, si es posible, con el fin de subir a bordo del barco en cuanto llegue al muelle. Van Helsing dice que nuestra mejor oportunidad consiste en llegar al barco entre el amanecer y la puesta del sol. El conde, aunque tome la forma de murciélago, no puede cruzar el agua por su propia voluntad y, por consiguiente, no puede abandonar el barco. Como no puede adoptar la forma humana sin levantar sospechas, lo cual no debe ir muy de acuerdo con sus deseos, permanecerá encerrado en la caja. Si podemos entonces subir a bordo después de la salida del sol, estará completamente a nuestra merced, puesto que podremos abrir la caja y asegurarnos de él, como lo hicimos con la pobre Lucy, antes de que despierte. La piedad que pueda despertar en algunos de nosotros o en todos, no debe tomarse en cuenta. No creemos que vayamos a tener muchas dificultades con los funcionarios públicos o los marinos. ¡Gracias a Dios! Este es un país en el que es posible utilizar el soborno y todos nosotros disponemos de dinero en abundancia. Solamente debemos ver que el barco no pueda entrar en el puerto entre la puesta del sol y el amanecer, sin que nos adviertan de ello y, así, estaremos sobre seguro. El juez Bolsa de Dinero resolverá este caso, creo yo.

16 de octubre. El informe de Mina sigue siendo el mismo: choques de las olas y ruidos del agua, oscuridad y vientos favorables. Evidentemente, estamos a tiempo, y para cuando llegue el *Czarina Catherine,* estaremos preparados. Como debe pasar por el estrecho de los Dardanelos, estamos seguros de recibir entonces algún informe.

17 de octubre. Todo está dispuesto ya, creo yo, para recibir al conde al regreso de su viaje. Godalming les dijo a los estibadores que creía que la caja contenía probablemente algo que le habían robado a un amigo suyo y obtuvo el consentimiento para abrirla, bajo su propia responsabilidad. El armador le dio un papel en el que indicaba al capitán que le diera todas las facilidades para hacer lo que quisiera a bordo del navío, y, asimismo, una autorización similar, destinada a su agente en Var-

na. Hemos visitado al agente, que se impresionó mucho por los modales de lord Godalming para con él, y estamos seguros de que todo lo que pueda hacer para satisfacer nuestros deseos, lo hará. Ya hemos resuelto lo que deberemos hacer, en el caso de que recibamos la caja abierta. Si el conde se encuentra en el interior, van Helsing y el doctor Seward deberán cortarle la cabeza inmediatamente y atravesarle el corazón con una estaca.

Morris, lord Godalming y yo debemos evitar las intromisiones, incluso en el caso de que sea preciso utilizar las armas, que tendremos preparadas. El profesor dice que si podemos tratar así el cuerpo del conde, se convertirá en polvo inmediatamente. En ese caso, no habrá pruebas contra nosotros, en el caso de que hubiera sospechas de asesinato. Pero, incluso si no sucediera así, deberemos salir bien o mal de nuestro acto y es posible que algún día, en lo futuro, estos escritos puedan servir para interponerse entre algunos de nosotros y la horca. En lo que a mí respecta, correré el riesgo sintiéndome muy agradecido, si fuera necesario. No pensamos dejar nada al azar para llevar a cabo nuestro intento. Hemos tomado disposiciones con varios funcionarios, para que se nos informe por medio de un mensajero especial en cuanto el *Czarina Catherine* sea avistado.

24 de octubre. Llevamos toda una semana esperando. Lord Godalming recibe diariamente sus telegramas, pero siempre dicen lo mismo: "No ha sido señalado aún." La respuesta de Mina por las mañanas y las tardes, siempre en trance hipnótico, no ha cambiado: choque de olas, ruidos del agua y crujidos de los mástiles.

Telegrama, 24 de octubre

Rufus Smith, Lloyd's, Londres, a lord Godalming,

a cargo del H. Vicecónsul inglés en Varna

"*Czarina Catherine* señalado esta mañana en los Dardanelos."

Del diario del doctor Seward

25 de octubre. ¡Cómo echo en falta mi fonógrafo! Escribir un diario con pluma me resulta desesperante. Pero van Helsing dice que debo hacerlo. Estuvimos todos muy nerviosos ayer, cuando Godalming recibió su telegrama de *Lloyd's.* Ahora

comprendo perfectamente lo que los hombres sienten en las batallas, cuando se les da órdenes de entrar en acción. La única de nuestro grupo que no mostró ninguna señal de emoción fue la señora Harker. Después de todo, no es extraño que no se emocionara, ya que tuvimos especial cuidado en no dejar que ella supiera nada sobre ello y todos tratamos de no mostrarnos turbados en su presencia. En otros tiempos, estoy seguro de que lo hubiera notado inmediatamente, por mucho que hubiéramos tratado de ocultárselo, pero, en realidad, ha cambiado mucho durante las últimas tres semanas. La letargia se hace cada vez mayor en ella y está recuperando parte de sus colores. Van Helsing y yo no nos sentimos satisfechos. Hablamos frecuentemente de ella; sin embargo, no les hemos dicho ni una palabra a los demás. Eso destrozaría el corazón al pobre Harker, o por lo menos su sistema nervioso, si supiera que teníamos aunque solamente fueran sospechas al respecto. Van Helsing me dice que le examina los dientes muy cuidadosamente, mientras está en trance hipnótico, puesto que asegura que en tanto no comiencen a aguzarse, no existe ningún peligro activo de un cambio en ella. Si ese cambio se produce..., ¡lo hará en varias etapas...! Ambos sabemos cuáles serán necesariamente estas etapas, aunque no nos confiamos nuestros pensamientos el uno al otro. No debemos ninguno de nosotros retroceder ante la tarea... por muy tremenda que pueda parecernos. ¡La "eutanasia" es una palabra excelente y consoladora! Le estoy agradecido a quienquiera que sea el que la haya inventado.

Hay sólo unas veinticuatro horas de navegación a vela de los Dardanelos a este lugar, a la velocidad que el *Czarina Catherine* ha venido desde Londres. Por consiguiente, deberá llegar durante la mañana, pero como no es posible que llegue antes del mediodía, nos disponemos todos a retirarnos pronto a nuestras habitaciones.

Debemos levantarnos a la una, para estar preparados.

25 de octubre, al mediodía. Todavía no hemos recibido noticias de la llegada del navío. El informe hipnótico de la señora Harker esta mañana fue el mismo de siempre; por consiguiente, es posible que recibamos las noticias al respecto en cualquier momento. Todos los hombres estamos febriles a causa de la excitación, excepto Harker, que está tranquilo; sus manos están frías como el hielo y, hace una hora, lo encontré humedeciendo el filo del gran cuchillo gurka que siempre lleva ahora consigo.

¡Será un mal momento para el conde si el filo de ese "kukri" llega a tocarle la garganta, empuñado por unas manos tan frías y firmes!

Van Helsing y yo estamos un tanto alarmados hoy respecto a la señora Harker. Cerca del mediodía se sumió en una especie de letargo que no nos agrada en absoluto, aunque mantuvimos el secreto, y no les dijimos nada a los demás, no nos sentimos contentos en absoluto de ello. Estuvo inquieta toda la mañana, de tal modo que, al principio, nos alegramos al saber que se había dormido. Sin embargo, cuando su esposo mencionó que estaba tan profundamente dormida que no había podido despertarla, fuimos a su habitación para verla nosotros mismos. Estaba respirando con naturalidad y tenía un aspecto tan agradable y lleno de paz, que estuvimos de acuerdo en que el sueño era mejor para ella que ninguna otra cosa. ¡Pobre mujer! Tiene tantas cosas que olvidar, que no es extraño que el sueño, si le permite el olvido, le haga mucho bien.

Más tarde. Nuestra opinión estaba justificada, puesto que, después de un buen sueño de varias horas, despertó; parecía estar más brillante y mejor que lo que lo había estado durante varios días. Al ponerse el sol, dio el mismo informe que de costumbre.

Sea donde sea que se encuentre, en el Mar Negro, el conde se está apresurando en llegar a su punto de destino. ¡Confío en que será a su destrucción!

26 de octubre. Otro día más, y no hay señales del *Czarina Catherine.* Ya debería haber llegado. Es evidente que todavía está navegando hacia alguna parte, ya que el informe hipnótico de la señora Harker, antes de la salida del sol, fue exactamente el mismo. Es posible que el navío permanezca a veces detenido, a causa de la niebla; varios de los vapores que llegaron en el curso de la última noche indicaron haber encontrado nubes de niebla tanto al norte como al sur del puerto. Debemos continuar nuestra vigilancia, ya que el barco puede sernos señalado ahora en cualquier momento.

27 de octubre, al mediodía. Es muy extraño que no hayamos recibido todavía noticias del barco que estamos esperando. La señora Harker dio su informe anoche y esta mañana co-

mo siempre: "Choques de olas y ruidos del agua", aunque añadió que "las olas eran muy suaves". Los telegramas de Londres habían sido exactamente los mismos de siempre: "No hay más informes." Van Helsing está terriblemente ansioso y me dijo hace unos instantes que teme que el conde esté huyendo de nosotros. Añadió significativamente:

—No me gusta ese letargo de la señora Mina. Las almas y las memorias pueden hacer cosas muy extrañas durante los trances.

Me disponía a preguntarle algo más al respecto, pero Harker entró en ese momento y el profesor levantó una mano para advertirme de ello. Debemos intentar esta tarde, a la puesta del sol, hacerla hablar un poco más, cuando esté en su estado hipnótico.

28 de octubre. Telegrama.

Rufus Smith, Londres, a lord Godalming,

a cargo del H. Vicecónsul inglés en Varna

"Señalan que *Czarina Catherine* entró en Galatz hoy a la una en punto."

Del diario del doctor Seward

28 de octubre. Cuando llegó el telegrama anunciando la llegada del barco a Galatz, no creo que nos produjo a ninguno de nosotros el choque que era dado esperar en aquellas circunstancias. Es cierto que ninguno de nosotros sabíamos de dónde, cómo y cuándo surgiría la dificultad, pero creo que todos esperábamos que ocurriera algo extraño. El día en que debería haber llegado a Varna nos convencimos todos, individualmente, de que las cosas no iban a suceder como nos lo habíamos imaginado; solamente esperábamos saber dónde ocurriría el cambio. Sin embargo, de todos modos, resultó una sorpresa. Supongo que la naturaleza trabaja de acuerdo con bases tan llenas de esperanza, que creemos, en contra de nosotros mismos, que las cosas tienen que ser como deben ser, no como deberíamos saber que van a ser. El trascendentalismo es una guía para los ángeles, pero un fuego fatuo para los hombres. Van Helsing levantó la mano sobre su cabeza durante un momento, como discutiendo con el Todopoderoso, pero no dijo ni una sola palabra y, al cabo de unos segundos, se puso en pie con rostro duro. Lord Godal-

ming se puso muy pálido y se sentó, respirando pesadamente. Yo mismo estaba absolutamente estupefacto y miraba asombrado a los demás. Quincey Morris se apretó el cinturón con un movimiento rápido que yo conocía perfectamente: en nuestros tiempos de aventuras, significaba "acción". La señora Harker se puso intensamente pálida, de tal modo que la cicatriz que tenía en la frente parecía estar ardiendo, pero juntó las manos piadosamente y levantó la mirada, orando. Harker sonrió, con la sonrisa oscura y amarga de quien ha perdido toda esperanza, pero al mismo tiempo, su acción desmintió esa impresión, ya que sus manos se dirigieron instintivamente a la empuñadura de su gran cuchillo *kukri* y permanecieron apoyadas en ella.

—¿Cuándo sale el próximo tren hacia Galatz? —nos preguntó van Helsing, dirigiéndose a todos en general.

—¡Mañana por la mañana, a las seis y media! —todos nos sobresaltamos, debido a que la respuesta la había dado la señora Harker.

—¿Cómo es posible que usted lo sepa? —dijo Art.

—Olvida usted..., o quizá no lo sabe, aunque lo saben muy bien mi esposo y el doctor van Helsing, que soy una maníaca de los trenes. En casa, en Exéter, siempre acostumbraba ajustar las tablas de horarios, para serle útil a mi esposo. Sabía que si algo nos obligaba a dirigirnos hacia el castillo de Drácula, deberíamos ir por Galatz o, por lo menos, por Bucarest; por consiguiente, me aprendí los horarios cuidadosamente. Por desgracia, no había muchos horarios que aprender, ya que el único tren sale mañana a la hora que les he dicho.

—¡Maravillosa mujer! —dijo el profesor.

—¿No podemos conseguir uno especial? —preguntó lord Godalming. Van Helsing movió la cabeza.

—Temo que no. Este país es muy diferente del suyo o el mío; incluso en el caso de que consiguiéramos un tren especial, no llegaríamos antes que el tren regular. Además, tenemos algo que preparar. Debemos reflexionar. Tenemos que organizarnos. Usted, amigo Arthur, vaya a la estación, adquiera los billetes y tome todas las disposiciones pertinentes para que podamos ponernos en camino mañana. Usted, amigo Jonathan, vaya a ver al agente del armador para que le dé órdenes para el agente en Galatz, con el fin de que podamos practicar un registro del barco tal como lo habíamos hecho aquí. Quincey Morris, vea

usted al vicecónsul y obtenga su ayuda para entrar en relación con su colega en Galatz y que haga todo lo posible para allanarnos el camino, con el fin de que no tengamos que perder tiempo cuando estemos sobre el Danubio. John deberá permanecer con la señora Mina y conmigo y conversaremos. Así, si pasa el tiempo y ustedes se retrasan, no importará que llegue el momento de la puesta del sol, puesto que yo estaré aquí con la señora Mina, para que nos haga su informe.

—Y yo —dijo la señora Harker vivamente, con una expresión más parecida a la antigua, de sus días felices, que la que le habíamos visto desde hacía muchos días—, voy a tratar de serles útil de todas las formas posibles y debo pensar y escribir para ustedes, como lo hacía antes. Algo está cambiando en mí de una manera muy extraña, ¡y me siento más libre que lo que lo he estado durante los últimos tiempos!

Los tres más jóvenes parecieron sentirse más felices en el momento en que les pareció comprender el significado de sus palabras, pero van Helsing y yo nos miramos con gravedad y una gran preocupación. Sin embargo, no dijimos nada en ese momento. Cuando los tres hombres salieron, para ocuparse de los encargos que les habían sido confiados, van Helsing le pidió a la señora Harker que buscara las copias de los diarios y le llevara la parte del diario de Harker relativo al castillo. La dama se fue a buscar lo que le había pedido el profesor. Este, en cuanto la puerta se cerró tras ella, me dijo:

—¡Pensamos lo mismo! ¡Hable!

—Se ha producido un cambio. Es una esperanza que me pone enfermo, debido a que podemos sufrir una decepción.

—Exactamente. ¿Sabe usted por qué le pedí a ella que me fuera a buscar el manuscrito?

—¡No! —le dije—, a menos que fuera para tener oportunidad de hablar conmigo a solas.

—Tiene usted en parte razón, amigo mío, pero sólo en parte. Quiero decirle algo y, verdaderamente, amigo John, estoy corriendo un riesgo terrible, pero creo que es justo. En el momento en que la señora Mina dijo esas palabras que nos sorprendieron tanto a ambos. Tuve una inspiración. Durante el trance de hace tres días, el conde le envió su espíritu para leerle la mente; o es más probable que se la llevara para que lo viera a él en su caja de tierra del navío, en medio del mar; por eso se libe-

raba poco antes de la salida y de la puesta del sol. Así supo que estábamos aquí, puesto que ella tenía más que decir en su vida al aire libre, con ojos para ver y oídos para escuchar, que él, encerrado como está, en su féretro. Entonces, ahora debe estar haciendo un supremo esfuerzo para huir de nosotros. Actualmente no la necesita. "Está seguro, con el gran conocimiento que tiene, que ella acudirá a su llamada, pero eliminó su poder sobre ella, como puede hacerlo, para que ella no vaya a su encuentro. ¡Ah! Ahora tengo la esperanza de que nuestros cerebros de hombres, que han sido humanos durante tanto tiempo y que no han perdido la gracia de Dios, llegarán más lejos que su cerebro infantil que permaneció en su tumba durante varios siglos, que todavía no ha alcanzado nuestra estatura y que solamente hace trabajos egoístas y, por consiguiente, mediocres. Aquí llega la señora Mina. ¡No le diga usted una sola palabra sobre su trance! Ella no lo sabe, y sería tanto como abrumarla y desesperarla justamente cuando queremos toda su esperanza, todo su valor; cuando debemos utilizar el cerebro que tiene y que ha sido entrenado como el de un hombre, pero es el de una dulce mujer y ha recibido el poder que le dio el conde y que no puede retirar completamente..., aunque él no lo piensa así. ¡Oh, John, amigo mío, estamos entre escollos terribles! Tengo un temor mayor que en ninguna otra ocasión. Solamente podemos confiar en Dios. ¡Silencio! ¡Aquí llega!"

Pensé que el profesor iba a tener un ataque de neurosis y a desplomarse, como cuando murió Lucy, pero con un gran esfuerzo se controló y no parecía estar nervioso en absoluto cuando la señora Harker hizo su entrada en la habitación, vivaz y con expresión de felicidad y, al estar ocupándose de algo, aparentemente olvidada de su tragedia. Al entrar, le tendió a van Helsing un manojo de papeles escritos a máquina. El profesor los hojeó gravemente y su rostro se fue iluminando al tiempo que leía. Luego, sosteniendo las páginas entre el índice y el pulgar, dijo:

—Amigo John, para usted, que ya tiene cierta experiencia..., y también para usted que es joven, señora Mina, he aquí una buena lección: no tengan miedo nunca de pensar. Un pensamiento a medias ha estado revoloteando frecuentemente en mi imaginación, pero temo dejar que pierda sus alas... Ahora, con más conocimientos, regreso al lugar de donde procedía ese embrión de pensamiento y descubro que no tiene nada de embrionario, sino que es un pensamiento completo; aunque tan joven aún que no puede utilizar bien sus alas diminutas. No;

como el "Patito Feo" de mi amigo Hans Andersen, no era un pensamiento pato en absoluto, sino un pensamiento cisne, grande, que vuela con alas muy poderosas, cuando llega el momento de que las ensaye. Miren, leo aquí lo que escribió Jonathan:

—"Ese otro de su raza que, en una época posterior, repetidas veces, hizo que sus tropas cruzaran El Gran Río y penetraran en territorio turco; que, cuando era rechazado, volvía una y otra vez, aun cuando debía regresar solo del campo de batalla ensangrentada donde sus tropas estaban siendo despedazadas, puesto que sabía que él solo podía triunfar..."

"¿Qué nos sugiere esto? ¿No mucho? ¡No! El pensamiento infantil del conde no vela nada, por eso habló con tanta libertad. Sus pensamientos humanos no vieron nada, ni tampoco mi pensamiento de hombre, hasta ahora. ¡No! Pero llega otra palabra de una persona que habla sin pensar, debido a que ella tampoco sabe lo que significa..., lo que puede significar. Es como los elementos en reposo que, no obstante, en su curso natural, siguen su camino, se tocan... y, ¡puf!, se produce un relámpago de luz que cubre todo el firmamento, que ciega, mata y destruye algo o a alguien, pero que ilumina abajo toda la tierra, kilómetros y más kilómetros alrededor. ¿No es así? Bueno, será mejor que me explique. Para empezar, ¿han estudiado ustedes alguna vez la filosofía del crimen? "Sí" y "no". Usted, amigo John, sí, puesto que es un estudioso de la locura. Usted, señora Mina, no; porque el crimen no la toca a usted..., excepto una vez. Sin embargo, su mente trabaja realmente y no arguye a *particulari ad universale.*

"En los criminales existe esa peculiaridad. Es tan constante en todos los países y los tiempos, que incluso la policía, que no sabe gran cosa de filosofía, llega a conocerlo empíricamente, que *existe*. El criminal siempre trabaja en un crimen..., ese es el verdadero criminal, que parece estar predestinado para ese crimen y que no desea cometer ningún otro. Ese criminal no tiene un cerebro completo de hombre. Es inteligente, hábil, y está lleno de recursos, pero no tiene un cerebro de adulto. Cuando mucho, tiene un cerebro infantil. Ahora, este criminal que nos ocupa, está también predestinado para el crimen; él, también tiene un cerebro infantil y es infantil el hacer lo que ha hecho. Los pajaritos, los peces pequeños, los animalitos, no aprenden por principio sino empíricamente, y cuando aprenden cómo hacer algo, ese conocimiento les sirve de base para hacer algo más, partiendo de él. *Dos pousto,* dijo Arquímedes, ¡dénme

punto de apoyo y moveré al mundo! El hacer una cosa una vez es el punto de apoyo a partir del cual el cerebro infantil se desarrolla hasta ser un cerebro de hombre, y en tanto no tenga el deseo de hacer más, continuará haciendo lo mismo repetidamente, ¡exactamente como lo ha hecho antes! Oh, mi querida señora, veo que sus ojos se abren y que para usted, la luz del relámpago ilumina todo el terreno." La señora Harker comenzaba a apretarse las manos y sus ojos lanzaban chispas. El profesor continuó diciendo:

—Ahora debe hablar. Díganos a nosotros, a dos hombres secos a ciencia, qué ve con esos ojos tan brillantes.

Le tomó una mano y la sostuvo entre las suyas mientras hablaba. Su dedo índice y su pulgar se apoyaron en su pulso, pensé instintiva e inconscientemente, al tiempo que ella hablaba:

—El conde es un criminal y del tipo criminal. Nordau y Lombroso lo clasificarían así y, como criminal, tiene un cerebro imperfectamente formado. Así, cuando se encuentra en dificultades, debe refugiarse en los hábitos. Su pasado es un indicio, y la única página de él que conocemos, de sus propios labios, nos dice que en una ocasión, antes, cuando se encontraba en lo que el señor Morris llamaría "una difícil situación", regresó a su propio país de la tierra que había ido a invadir y, entonces, sin perder de vista sus fines, se preparó para un nuevo esfuerzo. Volvió otra vez, mejor equipado para llevar a cabo aquel trabajo, y venció. Así, fue a Londres, a invadir una nueva tierra. Fue derrotado, y cuando perdió toda esperanza de triunfo y vio que su existencia estaba en peligro, regresó por el mar hacia su hogar; exactamente como antes había huido sobre el Danubio, procedente de tierras turcas.

—¡Magnífico! ¡Magnífico! ¡Es usted una mujer extraordinariamente inteligente! —dijo van Helsing, con entusiasmo, al tiempo que se inclinaba y le besaba la mano. Un momento más tarde me dijo, con la misma calma que si hubiéramos estado llevando a cabo una auscultación a un enfermo:

—Solamente setenta y dos y con toda esta excitación. Tengo esperanzas —se volvió nuevamente hacia ella y dijo, con una gran expectación—: Continúe. ¡Continúe! Puede usted decirnos más si lo desea; John y yo lo sabemos. Por lo menos, yo lo sé, y le diré si está usted o no en lo cierto. ¡Hable sin miedo!

—Voy a intentarlo; pero espero que me excusen ustedes si les parezco egoísta.

—¡No! No tema. Debe ser usted egoísta, ya que es en usted en quien pensamos.

—Entonces, como es criminal, es egoísta; y puesto que su intelecto es pequeño y sus actos están basados en el egoísmo, se limita a un fin. Ese propósito carece de remordimientos. Lo mismo que atravesó el Danubio, dejando que sus tropas fueran destrozadas, así, ahora, piensa en salvarse, sin que le importe otra cosa. Así, su propio egoísmo libera a mi alma, hasta cierto punto, del terrible poder que adquirió sobre mí aquella terrible noche. ¡Lo siento! ¡Oh, lo siento! ¡Gracias a Dios por su enorme misericordia! Mi alma está más libre que lo que lo ha estado nunca desde aquella hora terrible, y lo único que me queda es el temor de que en alguno de mis trances o sueños, haya podido utilizar mis conocimientos para sus fines.

El profesor se puso en pie, y dijo:

—Ha utilizado su mente; por eso nos ha dejado aquí, en Varna, mientras el barco que lo conducía avanzaba rápidamente, envuelto en la niebla, hacia Galatz, donde, sin duda, lo había preparado todo para huir de nosotros. Pero su mente infantil no fue más allá, y es posible que, como siempre sucede de acuerdo con la Providencia Divina, lo que el criminal creía que era bueno para su bienestar egoísta, resulta ser el daño más importante que recibe. El cazador es atrapado en su propia trampa, como dice el gran salmista. Puesto que ahora que cree que está libre de nosotros y que no ha dejado rastro y que ha logrado huir de nosotros, disponiendo de tantas horas de ventaja para poder hacerlo, su cerebro infantil lo hará dormir. Cree, asimismo, que al dejar de conocer su mente de usted, no puede usted tener ningún conocimiento de él; ¡ese es su error! Ese terrible bautismo de sangre que le infligió a usted la hace libre de ir hasta él en espíritu, como lo ha podido hacer usted siempre hasta ahora, en sus momentos de libertad, cuando el sol sale o se pone. En esos momentos, va usted por mi voluntad, no por la de él. Y ese poder, para bien tanto de usted como de tantos otros, lo ha adquirido usted por medio de sus sufrimientos en sus manos. Eso nos es tanto más precioso, cuanto que él mismo no tiene conocimiento de ello, y, para guardarse él mismo, evita poder tener conocimiento de nuestras andanzas. Sin embargo, nosotros no somos egoístas, y creemos que Dios está con nosotros durante toda esta oscuridad y todas estas horas terribles. Debemos seguirlo, y no vamos a fallar; incluso si nos ponemos en peligro de volvernos como él. Amigo John, ésta ha sido una hora magnífi-

ca; y hemos ganado mucho terreno en nuestro caso. Debe usted hacerse escriba y ponerlo todo por escrito, para que cuando lleguen los demás puedan leerlo y saber lo que nosotros sabemos.

Por consiguiente, he escrito todo esto mientras esperamos el regreso de nuestros amigos, y la señora Harker lo ha escrito todo con su máquina, desde que nos trajo los manuscritos.



XXVI

Del diario del doctor Seward

29 *de octubre*. Esto lo escribo en el tren, de Varna a Galatz. Ayer, por la noche, todos nos reunimos poco antes de la puesta del sol. Cada uno de nosotros había hecho su trabajo tan bien como pudo; en cuanto al pensamiento, a la dedicación y a la oportunidad, estamos preparados para todo nuestro viaje y para nuestro trabajo cuando lleguemos a Galatz. Cuando llegó el momento habitual, la señora Harker se preparó para su esfuerzo hipnótico, y después de un esfuerzo más prolongado y serio de parte de van Helsing de lo que era necesario usualmente, la dama entró en trance. De ordinario, la señora hablaba con una sola insinuación, pero esa vez, el profesor tenía que hacerle preguntas y hacérselas de manera muy firme, antes de que pudiéramos saber algo; finalmente, llegó su respuesta:

—No veo nada; estamos inmóviles; no hay olas, sino un ruido suave de agua que corre contra la estacha. Oigo voces de hombres que gritan, cerca y lejos, y el sonido de remos en sus emplazamientos. Alguien dispara una pistola en alguna parte; el eco del disparo parece muy lejano. Siento ruido de pasos encima y colocan cerca cadenas y sogas. ¿Qué es esto? Hay un rayo de luz; siento el aire que me da de lleno.

Aquí se detuvo. Se había levantado impulsivamente de donde había permanecido acostada, en el diván, y levantó ambas manos, con las palmas hacia arriba, como si estuviese soportando un gran peso. Van Helsing y yo nos miramos, comprendiendo perfectamente. Quince y levantó las cejas un poco y la miró fijamente, mientras Harker cerraba instintivamente su mano sobre la empuñadura de su *kukri*. Se produjo una prolongada pausa. Todos sabíamos que el momento en que podía hablar estaba pasando, pero pensamos que era inútil decir nada. Repentinamente, se sentó y, al tiempo que abría los ojos, dijo dulcemente:

—¿No quiere alguno de ustedes una taza de té? Deben estar todos muy cansados.

Deseábamos complacerla y, por consiguiente, asentimos. Salió de la habitación para buscar el té. Cuando nos quedamos solos, van Helsing dijo:

—¿Ven ustedes, amigos míos? Está cerca de la tierra: ha salido de su caja de tierra. Pero todavía tiene que llegar a la costa. Durante la noche puede permanecer escondido en alguna parte, pero si no lo llevan a la orilla o si el barco no atraca junto a ella, no puede llegar a tierra. En ese caso puede, si es de noche, cambiar de forma y saltar o volar a tierra, como lo hizo en Whitby. Pero si llega el día antes de que se encuentre en la orilla, entonces, a menos que lo lleven a tierra, no puede desembarcar. Y si lo descargan, entonces los aduaneros pueden descubrir lo que contiene la caja. Así, resumiendo, si no escapa a tierra esta noche o antes de la salida del sol, perderá todo el día. Entonces, podremos llegar a tiempo, puesto que si no escapa durante la noche, nosotros llegaremos junto a él durante el día y lo encontraremos dentro de la caja y a nuestra merced, puesto que no puede ser su propio yo, despierto y visible, por miedo de que lo descubran.

No había nada más que decir, de modo que esperamos pacientemente a que llegara el amanecer, ya que a esa hora podríamos saber algo más, por mediación de la señora Harker.

Esta mañana temprano, escuchamos, conteniendo la respiración, las respuestas que pudiera darnos durante su trance. La etapa hipnótica tardó todavía más en llegar que la vez anterior, y cuando se produjo, el tiempo que quedaba hasta la salida del sol era tan corto que comenzamos a desesperarnos. Van Helsing parecía poner toda su alma en el esfuerzo; finalmente, obedeciendo a la voluntad del profesor, la señora Harker dijo:

—Todo está oscuro. Oigo el agua al mismo nivel que yo, y ciertos roces, como de madera sobre madera.

Hizo una pausa y el sol rojizo hizo su aparición. Deberemos esperar hasta esta noche.

Por consiguiente, estamos viajando hacia Galatz muy excitados y llenos de expectación. Debemos llegar entre las dos y las tres de la mañana, pero en Bucarest tenemos ya tres horas de retraso, de modo que es imposible que lleguemos antes de que el sol se encuentre ya muy alto en el cielo. ¡Así pues, tendremos todavía otros dos mensajes hipnóticos de la señora Har-

ker! Cualquiera de ellos o ambos pueden arrojar más luz sobre lo que está sucediendo.

Más tarde. El sol se ha puesto ya. Afortunadamente, su puesta se produjo en un momento en el que no había distracción, puesto que si hubiera tenido lugar durante nuestra estancia en una estación, no hubiéramos tenido la suficiente calma y aislamiento. La señora Harker respondió a la influencia hipnótica todavía con mayor retraso que esta mañana. Temo que su poder para leer las sensaciones del conde esté desapareciendo, y en el momento en que más lo necesitamos. Me parece que su imaginación comienza a trabajar. Mientras ha estado en trance hasta ahora, se ha limitado siempre a los hechos simples. Si esto puede continuar así, es posible que llegue a inducirnos a error. Si pensara que el poder del conde sobre ella desaparecerá al mismo tiempo que el poder de ella para conocerlo a él, me sentiría feliz, pero temo que no suceda eso. Cuando habló, sus palabras fueron enigmáticas:

—Algo está saliendo; siento que pasa a mi lado como un viento frío. Puedo oír, a lo lejos, sonidos confusos... Como de hombres que hablan en lenguas desconocidas; el agua que cae con fuerza y aullidos de lobos.

Hizo una pausa y la recorrió un estremecimiento, que aumentó de intensidad durante unos segundos, hasta que, finalmente, temblaba como en un ataque. No dijo nada más; ni siquiera en respuesta al interrogatorio imperioso del profesor. Cuando volvió del trance, estaba fría, agotada de cansancio y lánguida, pero su mente estaba bien despierta. No logró recordar nada; preguntó qué había dicho, y reflexionó en ello durante largo rato, en silencio.

30 de octubre, a las siete de la mañana. Estamos cerca de Galatz ya y es posible que no tenga tiempo para escribir más tarde. Todos esperamos ansiosamente la salida del sol esta mañana. Conociendo la dificultad creciente de procurar el trance hipnótico, van Helsing comenzó sus pases antes que nunca. Sin embargo, no produjeron ningún efecto, hasta el tiempo regular, cuando ella respondió con una dificultad creciente, sólo un minuto antes de la salida del sol. El profesor no perdió tiempo en interrogarla. Su respuesta fue dada con la misma rapidez:

—Todo está oscuro. Siento pasar el agua cerca de mis orejas, al mismo nivel, y el raspar de madera contra madera.

Oigo ganado a lo lejos. Hay otro sonido, uno muy extraño, como...

Guardó silencio y se puso pálida, intensamente pálida.

—¡Continúe, continúe! ¡Se lo ordeno! ¡Hable! —dijo van Helsing, en tono firme. Al mismo tiempo, la desesperación apareció en sus ojos, debido a que el sol, al salir, estaba enrojeciendo incluso el rostro pálido de la señora Harker. Esta abrió los ojos y todos nos sobresaltamos cuando dijo dulcemente y, en apariencia, con la mayor falta de interés:

—¡Oh, profesor! ¿Por qué me pide usted que haga lo que sabe que no puedo? ¡No recuerdo nada! —entonces, viendo la expresión de asombro en nuestros ojos, dijo, volviéndose de unos a otros, con una mirada confusa—: ¡Qué les he dicho? ¿Qué he hecho? No sé nada; sólo que estaba acostada aquí, medio dormida, cuando le oí decir a usted: "¡Continúe! ¡Continúe! ¡Se lo ordeno! ¡Hable!" Me pareció muy divertido oírlo a usted darme órdenes, ¡como si fuera una niña traviesa!

—¡Oh, señora Mina! —dijo van Helsing tristemente—. ¡Eso es una prueba, si es necesaria, de cómo la amo y la honro, puesto que una palabra por su bien, dicha con mayor sinceridad que nunca, puede parecer extraña debido a que está dirigida a aquella a quien me siento orgulloso de obedecer!

Se oyen silbidos; nos estamos aproximando a Galatz. Estamos llenos de ansiedad.

Del diario de Mina Harker

30 de octubre. El señor Morris me condujo al hotel en el que habían sido reservadas habitaciones para nosotros por telégrafo, puesto que él no hablaba ninguna lengua extranjera y, por consiguiente, era el que resultaba menos útil. Las fuerzas fueron distribuidas en gran parte como lo habían sido en Varna, excepto que lord Godalming fue a ver al vicecónsul, puesto que su título podría servirle como garantía inmediata en cierto modo, ante el funcionario, debido a que teníamos una prisa extraordinaria. Jonathan y los dos médicos fueron a ver al agente de embarque para conocer todos los detalles sobre la llegada del *Czarina Catherine*.

Más tarde. Lord Godalming ha regresado. El cónsul está fuera y el vicecónsul enfermo; de modo que el trabajo de rutina

es atendido por un secretario. Fue muy amable y ofreció hacer todo lo que estuviera en su poder.

Del diario de Jonathan Harker

30 de octubre. A las nueve, el doctor van Helsing, el doctor Seward y yo visitamos a los señores Mackenzie y Steinkoff, los agentes de la firma londinense de Hapgood. Habían recibido un telegrama de Londres, en respuesta a la petición telegráfica de lord Godalming, rogándoles que nos demostraran toda la cortesía posible y que nos ayudaran tanto como pudieran. Fueron más que amables y corteses, y nos llevaron inmediatamente a bordo del *Czarina Catherin*e, que estaba anclado en el exterior, en la desembocadura del río. Allí encontramos al capitán, de nombre Donelson, que nos habló de su viaje. Nos dijo que en toda su vida no había tenido un viento tan favorable.

—¡Vaya! —dijo—. Pero estábamos temerosos, debido a que temíamos tener que pagar con algún accidente o algo parecido la suerte extraordinaria que nos favoreció durante todo el viaje. No es corriente navegar desde Londres hasta el Mar Negro con un viento en popa que parecía que el diablo mismo estaba soplando sobre las velas, para sus propios fines. Al mismo tiempo, no alcanzamos a ver nada. En cuanto nos acercábamos a un barco o a tierra, una neblina descendía sobre nosotros, nos cubría y viajaba con nosotros, hasta que cuando se levantaba, mirábamos en torno nuestro y no alcanzábamos a ver nada. Pasamos por Gibraltar sin poder señalar nuestro paso, y no pudimos comunicarnos hasta que nos encontramos en los Dardanelos, esperando que nos dieran el correspondiente permiso. Al principio, me sentía inclinado a arriar las velas y a esperar a que la niebla se levantara, pero, entre tanto, pensé que si el diablo tenia interés en hacernos llegar rápidamente al Mar Negro, era probable que lo hiciera, tanto si nos deteníamos, como si no. Si efectuábamos un viaje rápido, eso no nos desacreditaría con los armadores y no causaba daño a nuestro tráfico, y el diablo que habría logrado sus fines, estaría agradecido por no haberle puesto obstáculos.

Esta mezcla de simplicidad y astucia, de superstición y razonamiento comercial, entusiasmó a van Helsing, que dijo:

—¡Amigo mío, ese diablo es mucho más inteligente de lo que muchos piensan y sabe cuándo encuentra la horma de su zapato!

El capitán no se mostró descontento por el cumplido, y siguió diciendo:

—Cuando pasamos el Bósforo, los hombres comenzaron a gruñir; algunos de ellos, los rumanos, vinieron a verme y me pidieron que lanzara por la borda una gran caja que había sido embarcada por un anciano de mal aspecto, poco antes de que saliéramos de Londres. Los había visto espiar al sujeto ese y levantar sus dos dedos índices cuando lo veían, para evitar el mal ojo. ¡Vaya! ¡Las supersticiones de esos extranjeros son absolutamente ridículas! Los mandé a que se ocuparan de sus propios asuntos rápidamente, pero como poco después nos encerró la niebla otra vez, sentí en cierto modo que quizá tuvieran un poco de razón, aunque no podría asegurar que fuera nuevamente la gran caja. Bueno, continuamos navegando y, aunque la niebla no nos abandonó durante cinco días, dejé que el viento nos condujera, puesto que si el diablo quería ir a algún sitio... Bueno, no habría de impedírselo. Y si no nos condujo él, pues, echaremos una ojeada de todos modos. En todo caso, tuvimos aguas profundas y una buena travesía durante todo el tiempo, y hace dos días, cuando el sol de la mañana pasó entre la niebla, descubrimos que estábamos en el río, justamente frente a Galatz. Los rumanos estaban furiosos y deseaban que, ya fuera con mi consentimiento o sin él, se arrojara la gran caja por encima de la borda, al río. Tuve que discutir un poco con ellos, con una barra en la mano, y cuando el último de ellos abandonó el puente con la cabeza entre las manos, había logrado convencerlos de que con mal ojo o no, las propiedades de mis patrones se encontraban mucho mejor a bordo de mi barco que en el fondo del Danubio. Habían subido la caja a la cubierta, disponiéndose a arrojarla al agua, y como estaba marcada Galatz vía Varna, pensé que lo mejor sería dejarla allí, hasta que la descargáramos en el puerto y nos liberáramos de ella de todos modos. No hicimos mucho trabajo durante ese día, pero por la mañana, una hora antes de la salida del sol, un hombre llegó a bordo con una orden escrita en inglés y que le había sido enviada de Londres, para recibir una caja que iba marcada para cierto conde Drácula.

Naturalmente, todo estaba preparado para que se la llevara. Tenía los papeles en regla y me vi contento de deshacerme de esa maldita caja, puesto que yo mismo comenzaba a sentirme inquieto a causa de ella. Si el diablo tenía algún equipaje a bordo, estaba convencido de que solamente podría tratarse de aquella caja.

—¿Cómo se llamaba el hombre que se llevó esa caja? —preguntó el doctor van Helsing, dominando su ansiedad.

—¡Voy a decírselo enseguida! —respondió y, bajando a su camarote, nos mostró un recibo firmado por "Immanuel Hildesheim". La dirección era *Burgenstrasse 16*.

Descubrimos que eso era todo lo que conocía el capitán, de modo que le dimos las gracias, y nos fuimos.

Encontramos a Hildesheim en sus oficinas; era un hebreo del tipo del Teatro Adelphi, con una nariz como de carnero y un fez. Sus argumentos estuvieron marcados por el dinero, nosotros hicimos la oferta y al cabo de ciertos regateos, terminó diciéndonos todo lo que sabía. Eso resultó simple, pero muy importante. Había recibido una carta del señor de Ville, de Londres, diciéndole que recibiera, si posible antes del amanecer, para evitar el paso por las aduanas, una caja que llegaría a Galatz en el *Czarina Catherine*. Tendría que entregarle la citada caja a un tal Petrof Skinsky, que comerciaba con los eslovacos que comercian río abajo, hasta el puerto. Había recibido el pago por su trabajo en la forma de un billete de banco inglés, que había sido convenientemente cambiado por oro en el Banco Internacional del Danubio. Cuando Skinsky se presentó ante él, le había entregado la caja, después de conducirlo al barco, para evitarse los gastos de descarga y transporte. Eso era todo lo que sabía.

Entonces, buscamos a Skinsky, pero no logramos hallarlo.

Uno de sus vecinos, que no parecía tenerlo en alta estima, dijo que se había ido hacía dos días y que nadie sabía adónde. Eso fue corroborado por su casero, que había recibido por medio de un enviado especial la llave de la casa, al mismo tiempo que el importe del alquiler que le debía, en dinero inglés. Eso había sucedido entre las diez y las once de la noche anterior. Estábamos nuevamente en un callejón sin salida.

Mientras estábamos hablando, un hombre se acercó corriendo y, casi sin aliento, dijo que habían encontrado el cuerpo de Skinsky en el interior del cementerio de San Pedro y que tenía la garganta destrozada, como si lo hubiera matado algún animal salvaje. Los hombres y las mujeres con quienes habíamos estado hablado salieron corriendo a ver aquello, mientras las mujeres gritaban:

—¡Eso es obra de un eslovaco!

Nos alejamos de allí apresuradamente, para no vernos envueltos en el asunto y que nos interrogaran.

Cuando llegamos a la casa, no pudimos llegar a ninguna solución definida.

Estábamos convencidos de que la caja estaba siendo transportada por el agua hacia algún lugar, pero tendríamos que descubrir hacia dónde. Con gran tristeza, volvimos al hotel, para reunirnos con Mina.

Cuando nos reunimos todos, lo primero que consultamos fue si debíamos volver a depositar nuestra confianza en Mina, revelándole todos los secretos de nuestras conferencias. La situación es bastante crítica, y esa es por lo menos una oportunidad aunque un poco arriesgada. Como paso preliminar, fui eximido de la promesa que le había hecho a ella.

Del diario de Mina Harker

30 de octubre, por la noche. Estaban todos tan cansados, desanimados y tristes, que no era posible hacer nada sin que antes descansaran; por consiguiente, les pedía todos que se acostaran durante media hora, mientras yo lo escribo todo, poniendo al corriente los diarios hasta el momento actual. Me siento muy agradecida hacia el inventor de la máquina de escribir portátil y hacia el señor Morris, que me consiguió ésta. El trabajo se me hubiera hecho un poco pesado si hubiera tenido que escribirlo todo con la pluma...

Todo está hecho; pobre y querido Jonathan, ¡cuánto ha sufrido y cuanto debe estar sufriendo todavía! Está tendido en el diván y apenas se nota que respire; todo su cuerpo parece ser víctima de un colapso. Tiene el ceño fruncido y su rostro refleja claramente su sufrimiento. Pobre hombre, quizá está pensando y puedo ver su rostro arrugado, a causa de sus reflexiones. ¡Si pudiera serles de alguna utilidad…! Haré todo lo posible.

Le he preguntado al doctor van Helsing, y él me ha entregado todos los papeles que no he visto aún... Mientras ellos descansan, voy a examinar cuidadosamente todos los documentos, y es posible que llegue a alguna conclusión. Debo tratar de seguir el ejemplo del profesor, y pensar sin prejuicios en los hechos que tengo ante mí...

Creo que, gracias a la Divina Providencia, he hecho un descubrimiento. Tengo que conseguir un mapa, para verificarlo...

Estoy más segura que nunca de que tengo razón. Mi nueva conclusión está preparada, de modo que tengo que reunir a todos nuestros amigos para leérsela. Ellos podrán juzgarla. Es bueno ser precisos, y todos los minutos cuentan.

Memorando de Mina Harker (Incluido en su diario)

Base de encuesta. El problema del conde Drácula consiste en regresar a su hogar.

a) Debe ser llevado hasta allá por alguien. Esto es evidente, puesto que si tuviera poder para desplazarse como quisiera, lo haría en forma de hombre, de lobo, de murciélago o de cualquier otro animal. Evidentemente, teme que lo descubran o que le pongan obstáculos, en el estado de desamparo en que debe encontrarse..., confinado como está, entre el alba y la puesta del sol, en su caja de madera.

b) ¿Cómo puede ser transportado? En este caso, el procedimiento del razonamiento por eliminación puede sernos útil. ¿Por tren, por carretera, por agua?

1. Por carretera. Hay demasiadas dificultades, especialmente para salir de la ciudad.

x) Hay gente; la gente es curiosa e investiga. Una idea, una duda o una suposición respecto a lo que hay en la caja puede significar su destrucción.

y) Hay, o puede haber, aduanas o puestos de control por donde haya que pasar.

z) Sus perseguidores pueden seguirlo. Ese es su mayor temor, y con el fin de no ser traicionado ha repelido, tan lejos como puede hacerlo, incluso a su víctima... ¡A mí!

2. Por tren. No hay nadie que se encargue de la caja. Tendría que correr el riesgo de retrasarse, y un retraso sería fatal para él, puesto que sus enemigos lo persiguen. Es cierto que podría huir de noche, pero, ¿qué sería de él al encontrarse en un lugar extraño, sin poder ir a ningún refugio? No es eso lo que desea, y no está dispuesto a arriesgarse a eso.

3. Por agua. Este es el camino más seguro en cierto modo, pero el que mayor peligro encierra en otros aspectos.



Sobre el agua, carece de poder, con excepción de por la noche; incluso entonces, solamente puede atraer la niebla, la tormenta, la nieve y a sus lobos. Pero en caso de accidente, las aguas vivas lo sumergirían y estaría realmente perdido. Podría hacer que su barca llegara a la orilla, pero si se encontraba en tierras enemigas, donde no estaría en libertad de desplazarse, su situación sería todavía desesperada.

Sabemos por lo sucedido hasta ahora que estaba en el agua; así pues, nos queda por averiguar en *qué aguas*.

Lo primero de todo es comprender lo que ha hecho hasta ahora; entonces tendremos una idea sobre cuál debe ser su tarea.

Primeramente. Debemos diferenciar entre lo que hizo en Londres, como parte de su plan general, cuando tenía prisa a veces y tenía que arreglárselas lo mejor posible.

En segundo lugar debemos ponernos, lo mejor que podamos, a juzgar por los hechos que conocemos, que ha hecho aquí.

En cuanto al primer punto, evidentemente pensaba llegar a Galatz, y envió la caja a Varna para engañarnos, por si averiguábamos sus medios para huir de Inglaterra; entonces, su propósito inmediato y único era escapar. Para probar todo eso, tenemos la carta de instrucciones enviada a Immanuel Hildesheim, en el sentido de que debía recoger la caja y desembarcarla *antes de la salida del sol*. Asimismo, las instrucciones a Petrof Skinsky. En este caso, solamente podemos adivinar, pero debe haber habido alguna carta o mensaje, puesto que Skinsky fue a ver a Hildesheim.

Así, hasta ahora, sabemos que sus planes han tenido éxito. El *Czarina Catherine* hizo un viaje extraordinariamente rápido... A tal punto, que las sospechas del capitán Donelson fueron despertadas, pero su superstición, unida a su inercia, sirvieron al conde y navegó con viento propicio a través de la niebla y todo lo demás, llegando a ciegas a Galatz. Ha sido probado que las disposiciones del conde han sido bien tomadas. Hildesheim recibió la caja, la sacó del barco y se la entregó a Skinsky. Este la tomó... y aquí es donde se pierde la pista. Solamente sabemos que la caja se encuentra en algún lugar, sobre el agua, desplazándose. La aduana y la oficina de consumos, si existe, han sido evitadas.

Ahora llegamos a lo que el conde debió hacer después de su llegada a tierra, en Galatz.

La caja le fue entregada a Skinsky antes de la salida del sol. Al salir éste, el conde podía aparecerse en su verdadera forma. Aquí preguntamos: ¿por qué fue escogido Skinsky para que llevara a cabo esa tarea? En el diario de mi esposo está indicado el tal Skinsky como un individuo que traficaba con los eslovacos que comerciaban por el río, hasta el puerto; y el grito de las mujeres, de que el crimen había sido cometido por eslovacos, mostraba el sentimiento general en contra de los de su clase. El conde deseaba aislamiento.

Yo supongo que, en Londres, el conde decidió regresar a su castillo por el agua, puesto que éste era el camino más seguro y secreto. A él lo llevaron desde el castillo los cíngaros, y probablemente entregaron su carga a eslovacos, que la llevaron a Varna, donde fue embarcada con destino a Londres. Así, el conde conocía a las personas que podían efectuar ese servicio. Cuando la caja estaba en tierra, antes de la salida del sol o después de su puesta, salió de su caja, se reunió con Skinsky y le dio instrucciones sobre lo que tenía que hacer respecto a encontrar alguien que pudiera transportar la caja por el río. Cuando Skinsky lo hizo, y el conde supo que todo estaba en orden, se dio a la tarea de borrar las pistas, asesinando a su agente.

He examinado los mapas y he descubierto que el río más apropiado para que los eslovacos hayan ascendido por él es el Pruth o el Sereth. He leído en el manuscrito que en mis momentos de trance oí vacas a lo lejos y el ruido del agua al nivel de mis oídos, así como también el ruido de roce de madera contra madera. Entonces, eso quiere decir que el conde, en su caja, viajaba sobre el río, en una barca abierta..., impulsada probablemente por medio de remos o flotadores, ya que los bancos se encuentran cerca y navega contra la corriente. No se producirían esos ruidos si avanzara al mismo tiempo que la corriente.

Naturalmente, debe tratarse, ya sea del Sereth o del Pruth; pero, en este punto, podemos investigar algo más. El Pruth es el más fácil para la navegación, pero el Sereth, en Fundu, recibe al Bistritza, que corre en torno al Paso Borgo. La curva que describe se encuentra manifiestamente tan cerca del castillo de Drácula como es posible llegar por agua.

Del Diario de Mina Harke (continuación)

Cuando concluí la lectura, Jonathan me tomó en sus brazos y me abrazó; los demás me tomaron de ambas manos, me sacudieron y el doctor van Helsing dijo:

—Nuestra querida señora Mina es, una vez más, nuestra maestra. Sus ojos se han posado en donde nosotros no habíamos visto nada. Ahora, estamos nuevamente sobre la pista y, esta vez, podemos triunfar. Nuestro enemigo se encuentra en su punto más débil y, si podemos alcanzarlo de día, sobre el agua, nuestra tarea habrá concluido. Tiene cierta ventaja, pero no puede apresurarse, ya que no puede abandonar su caja con el fin de no despertar sospechas entre quienes lo transportan; en el caso de que ellos sospecharan algo, su primera reacción sería la de arrojarlo inmediatamente por la borda, y perecería en el agua. Naturalmente, él sabe eso y no puede exponerse. Ahora, amigos, celebremos nuestro consejo de guerra, puesto que es preciso que proyectemos aquí mismo, en este preciso instante, lo que cada uno de nosotros debe hacer.

—Voy a conseguir una lancha de vapor para seguirlo —dijo lord Godalming.

—Y yo caballos para perseguirlo por tierra, en el caso de que desembarque por casualidad —dijo Morris.

—¡Bien! —dijo el profesor—. Ambos tienen razón, pero ninguno deberá ir solo.

Debemos tener fuerzas para vencer a otras fuerzas, en caso necesario; los eslovacos son fuertes y rudos, y van bien armados.

Todos los hombres sonrieron, ya que llevaban sobre ellos un pequeño arsenal.

—He traído varios *Winchester* —dijo el señor Morris—. Pueden usarse muy bien en medio de una multitud y, además, hay lobos, El conde, si lo recuerdan ustedes, tomó otras precauciones; dio ciertas instrucciones que la señora Harker no pudo oír ni comprender. Debemos estar preparados para todo.

—Creo que lo mejor será que vaya yo con Quincey —dijo el doctor Seward—. Estamos acostumbrados a cazar juntos, y los dos, bien armados, podemos ser enemigos de cuidado para cualquiera que se nos ponga enfrente. Usted tampoco debe

ir solo, Art. Puede ser necesario luchar contra los eslovacos, y un golpe de suerte, ya que no creo que lleven armas de fuego, puede hacer fracasar todos nuestros planes. No debemos correr riesgos esta vez; no descansaremos en tanto la cabeza y el cuerpo del conde no hayan sido separados y estemos seguros de que no va a poder reencarnar.

Miró a Jonathan, al tiempo que hablaba, y mi esposo me miró a mí. Comprendí que el pobre hombre estaba desesperado. Naturalmente, deseaba estar conmigo; pero, en todo caso, el grupo que partiría en la lancha sería el que más probabilidades tendría de destruir al..., al... vampiro (¿por qué dudo en escribir la palabra?). Guardó silencio un momento y el doctor van Helsing intervino, diciendo:

—Amigo Jonathan, eso le corresponde, por dos razones: primeramente, porque es usted joven, valeroso y puede pelear. Todas las fuerzas pueden ser necesarias en el momento final; además, tiene usted el derecho a destruirlo, puesto que tanto les ha hecho sufrir, a usted y a los suyos. No tema por la señora Mina; yo la cuidaré, si puedo. Soy viejo y mis piernas no me permiten correr ya como antes; además, no estoy acostumbrado a cabalgar un trecho tan prolongado para perseguir al conde, como puede ser necesario, ni a luchar con armas mortales. Y puedo morir, si es necesario, tan bien como los hombres más jóvenes. Déjenme decirles que lo que deseo es lo siguiente: mientras usted, lord Godalming y nuestro amigo Jonathan, avanzan con tanta rapidez en su hermosa lancha de vapor, y mientras John y Quincey guardan la ribera, donde por casualidad puede haber desembarcado Drácula, voy a llevar a la señora Mina exactamente al territorio del enemigo. Mientras el viejo zorro se encuentra encerrado en su caja, flotando en medio de la corriente del río, donde no puede escapar a tierra, y donde no puede permitirse levantar la cubierta de su caja, debido a que quienes lo transportan lo arrojarían al agua y lo dejarían perecer en ella, debemos seguir la pista recorrida por Jonathan. Desde Bistritz, sobre el Borgo, y tenemos que encontrar el camino hacia el castillo del conde de Drácula. Allí, el poder hipnótico de la señora Mina podrá ayudarnos seguramente, y nos pondremos en camino, que es oscuro y desconocido, después del primer amanecer inmediato a nuestra llegada a las cercanías de ese tétrico lugar. Hay mucho quehacer, y otros lugares en que poder santificarse, para que ese nido de víboras sea destruido.

En ese momento, Jonathan lo interrumpió, diciendo ardientemente:

—¿Quiere usted decir, profesor, que va a conducir a Mina, en su triste estado y estigmatizada como está con esa enfermedad diabólica, a la guarida del lobo para que caiga en una trampa mortal? ¡De ninguna manera! ¡Por nada del mundo!

Durante un minuto perdió la voz y continuó, más adelante:

—¿Sabe usted cómo es ese lugar? ¿Ha visto usted ese terrible antro de infernales infamias... donde la misma luz de la luna está viva y adopta toda clase de formas, y en donde toda partícula de polvo es un embrión de monstruo? ¿Ha sentido usted los labios del vampiro sobre su cuello?

Se volvió hacia mí, fijó los ojos en mi frente y levantó los brazos, gritando:

—¡Dios mío!, ¿qué hemos hecho para que hayas enviado este horror sobre nosotros? —y se desplomó sobre el diván, sintiéndose destrozado.

La voz del profesor, con su tono dulce y claro, que parecía vibrar en el aire, nos calmó a todos.

—Amigo mío, es porque quiero salvar a la señora Mina de ese horror por lo que quiero llevarla allí. Dios no permita que la introduzca en ese lugar. Hay cierto trabajo; un trabajo terrible que hay que hacer allí, y que los ojos de ella no deben ver. Todos los hombres presentes, excepto Jonathan, hemos visto qué vamos a tener que hacer antes de que ese lugar quede purificado. Recuerde que nos encontramos en medio de un peligro terrible. Si el conde huye de nosotros esta vez, y hay que tener en cuenta que es fuerte, inteligente y hábil, puede desear dormir durante un siglo, y a su debido tiempo, nuestra querida dama — me tomó de la mano irá a su lado para acompañarlo, y será como las otras que vio usted, Jonathan. Nos ha descrito usted todo lo referente a sus labios glotones y a sus risas horribles, cuando se llevaban el saco que se movía y que el conde les había arrojado. Usted se estremece, pero es algo que puede suceder. Perdone que le cause tanto dolor, pero es necesario. Amigo mío, ¿no se trata de una empresa en la que probablemente tendré que perder la vida? En el caso de que alguno de nosotros deba ir a ese lugar para quedarse, tendré que ser yo, para hacerles compañía.

—Haga lo que guste —dijo Jonathan, con un sollozo que hizo que temblara todo su cuerpo. ¡Estamos en las manos de Dios!

Más tarde. Me hizo mucho bien ver el modo en que esos hombres valerosos trabajan. ¿Cómo es posible que las mujeres no amen a hombres que son tan sinceros, francos y valerosos? Asimismo, pensé en el extraordinario poder del dinero. ¿Qué no puede hacer cuando es aplicado correctamente?, ¿qué no puede conseguir cuando es usado de manera baja? Me siento muy contenta de que lord Godalming sea tan rico y de que tanto él como el señor Morris, que posee también mucho dinero, estén dispuestos a gastarlo con tanta liberalidad. Ya que, de no ser así, nuestra expedición no hubiera podido ponerse en marcha, ni tan rápidamente ni con tan buen equipo, como va a hacerlo dentro de otra hora. No han pasado todavía tres horas desde que se decidió qué parte íbamos a desempeñar cada uno de nosotros, y ahora, lord Godalming y Jonathan, tienen una hermosa lancha de vapor, y están dispuestos a partir en cualquier momento.

El doctor Seward y el señor Morris tienen media docena de excelentes caballos, todos preparados. Poseemos todos los mapas y las ampliaciones de todos tipos que es posible conseguir. El profesor van Helsing y yo deberemos salir esta noche, a las once y cuarenta minutos, en tren, con destino a Veresti, en donde conseguiremos una calesa que nos conduzca hasta el Paso del Borgo. Llevamos encima una buena cantidad de dinero, ya que tendremos que comprar la calesa y los caballos. Deberemos conducirla nosotros mismos, puesto que no hay nadie en quien podamos confiar en este caso. El profesor conoce muchas lenguas, de modo que podremos salir adelante sin demasiadas dificultades. Todos tenemos armas, e incluso me consiguieron a mí un revolver de cañón largo; Jonathan no se sentía tranquilo, a menos que fuera armada como el resto de ellos. Pero no puedo llevar un arma que llevan los demás; el estigma sobre mi frente me lo prohíbe. El querido doctor van Helsing me consuela, diciéndome que estoy bien armada, puesto que es posible que encontremos lobos. El tiempo se está haciendo cada hora que pasa más frío y hay copos de nieve que flotan en el aire, como malos presagios.

Más tarde. Me armé de valor para despedirme de mi querido esposo. Es posible que no volvamos a vernos nunca más. ¡Valor, Mina! El profesor te está mirando fijamente y esa

mirada es una advertencia. No debes derramar lágrimas ahora..., a menos que Dios permita que sean de alegría.

Del diario de Jonathan Harker

30 de octubre, por la noche. Estoy escribiendo esto a la luz que despide la caldera de la lancha de vapor; lord Godalming está haciendo de fogonero. Tiene experiencia en el trabajo, puesto que tuvo durante muchos años una lancha propia en el Támesis y otra en Norfolk Broads. Con relación a nuestros planes, hemos decidido finalmente que las suposiciones de Mina eran pertinentes y que si el conde había escogido una vía acuática para regresar a su castillo, debía tratarse necesariamente del río Sereth y del Bistritza. Supusimos que en algún lugar cerca del grado cuarenta y siete de latitud norte sería el escogido para atravesar el país entre el río y los Cárpatos. No teníamos miedo de avanzar a buena velocidad sobre el río, en plena noche; el agua es profunda y las orillas están lo suficientemente separadas de nosotros como para que podamos navegar tranquilamente y sin dificultades, incluso en la oscuridad. Lord Godalming me dice que duerma un rato; que es suficiente por el momento que se quede uno de nosotros de guardia. Pero no puedo dormir... ¿Cómo iba a poder hacerlo, con el terrible peligro que pesa sobre mi querida esposa y al pensar que se dirige hacia ese maldito lugar…? Mi único consuelo es que estamos en las manos de Dios. Lo malo es que, con esa fe, sería más fácil morir que continuar viviendo, para terminar de una vez con todas estas preocupaciones. El señor Morris y el doctor Seward salieron para hacer su enorme recorrido a caballo, antes de que nosotros nos pusiéramos en marcha; deben mantenerse sobre la orilla del río, a bastante distancia, sobre las tierras altas, como para que puedan ver una buena extensión del río sin necesidad de seguir sus meandros. Para las primeras etapas, llevan consigo a dos hombres, para que conduzcan a sus caballos de refresco... Cuatro en total, con el fin de no despertar la curiosidad. Cuando despidan a los hombres, lo cual sucederá bastante pronto, deberán cuidar ellos mismos de los caballos. Es posible que necesitemos unirnos todos y, en ese caso, todos podremos montar en los caballos... Una de las sillas de montar tiene un pomo móvil, que puede adaptarse para Mina, en caso necesario.

Hemos emprendido una aventura terrible. Aquí, mientras avanzamos en medio de la oscuridad, sintiendo la frialdad del río que parece levantarse para golpearnos, rodeados de todas las

voces misteriosas de la noche, vemos todo claramente. Parecemos ir hacia lugares desconocidos, por rutas desconocidas, y entrar en un mundo nuevo de objetos oscuros y terribles. Godalming está cerrando la puerta de la caldera...

31 de octubre. Continuamos avanzando a buena velocidad. Ha llegado el día y Godalming está durmiendo. Yo estoy de guardia. La mañana está muy fría y resulta muy agradable el calor que se desprende de la caldera, a pesar de que llevamos gruesas chaquetas de piel. Hasta ahora, solamente hemos pasado a unos cuantos botes abiertos, pero ninguno de ellos tenía a bordo ninguna caja de equipo de ninguna clase, de tamaño aproximado a la que estamos buscando. Los hombres se asustaban siempre que volvimos nuestra lámpara eléctrica hacia ellos, se arrodillaban y oraban.

1 de noviembre, por la noche. No hemos tenido noticias en todo el día ni hemos encontrado nada del tipo que buscamos. Ya hemos pasado Bistritza, y si nos equivocamos en nuestras suposiciones, habremos perdido la oportunidad. Hemos observado todas las embarcaciones, grandes y pequeñas. Esta mañana, temprano, la tripulación de uno de ellos creyó que éramos una nave del gobierno, y nos trató muy bien. Vimos en ello, en cierto modo, un mejoramiento de nuestra situación; así, en Fundu, donde el Bistritza converge en el Sereth. Conseguimos una bandera rumana que ahora llevamos en la proa. Este truco ha tenido éxito en todos los botes que hemos encontrado a continuación; todos nos han mostrado una gran deferencia y nadie ha objetado nada sobre lo que deseábamos inspeccionar o preguntar. En Fundu no logramos noticias sobre ningún barco semejante, de modo que debió pasar por allí de noche. Siento mucho sueño; el frío me está afectando quizá, y la naturaleza necesita reposar de vez en cuando. Godalming insiste en que él se encargará del primer cuarto de guardia. Dios lo bendiga por todas sus bondades para con Mina y conmigo.

2 de noviembre, por la mañana. El día está muy claro. Mi buen amigo no quiso despertarme. Dijo que hubiera considerado eso como un pecado, ya que estaba dormido pacíficamente y, por el momento, me olvidaba de mis pesares. Me pareció algo desconsiderado el haber dormido tanto tiempo y dejarlo velando

durante toda la noche, pero tenía razón. Soy un hombre nuevo esta mañana y, mientras permanezco sentado, viéndolo dormir a él, puedo ocuparme del motor, del timón y de la vigilancia. Siento que mis fuerzas y mis energías están volviendo a mí. Me pregunto dónde estarán ahora Mina y van Helsing. Debieron llegar a Veresti aproximadamente al mediodía del miércoles. Necesitarían cierto tiempo para conseguir la calesa y los caballos, de modo que si se habían puesto en marcha, avanzando con rapidez, estarían ya cerca del Paso del Borgo. ¡Que Dios los ayude y los cuide! Temo pensar en lo que pueda suceder. ¡Si pudiéramos avanzar con mayor rapidez! Pero no es posible. Los motores están trabajando a plena capacidad, y no es posible pedirles más. Me pregunto también cómo se encuentran el señor Morris y el doctor Seward. Parece haber interminables torrentes que bajan de las montañas hasta el río, pero como ninguno de ellos es demasiado ancho..., en este momento cuando menos, aun cuando sean indudablemente terribles en invierno y cuando se derrite la nieve, los jinetes no encontrarán grandes dificultades para cruzarlos. Espero alcanzar a verlos antes de llegar a Strasba, puesto que si para entonces no hemos atrapado al conde, será quizá preciso que nos reunamos para decidir qué vamos a hacer a continuación.

Del diario del doctor Seward

2 de noviembre. Llevamos tres días galopando. No hay nada nuevo y, de todos modos, no hubiera tenido tiempo para escribir nada, en caso de que hubiera habido algo.

Solamente tomamos los descansos necesarios para los caballos, pero ambos lo estamos soportando muy bien. Los días en que corríamos tantas aventuras están resultando muy útiles. Debemos continuar adelante; nunca nos sentiremos contentos en tanto no volvamos a ver la lancha.

3 de noviembre. En Fundu nos enteramos de que la lancha había ido por el Bistritza. Deseé que no hiciera tanto frío. Había señales de que nevaría, y si la nieve cayera con mucha fuerza, nos detendría. En ese caso, tendremos que conseguir un trineo para continuar, al estilo ruso.

4 de noviembre. Hoy nos enteramos de que la lancha fue detenida por un accidente, cuando trataba de ascender por los rápidos. Los botes eslovacos suben bien, con la ayuda de una cuerda y dirigiéndolos correctamente. Algunos de ellos as-

cendieron sólo unas horas antes. Godalming era un ajustador aficionado y, evidentemente, fue él quien puso la lancha en marcha otra vez. Finalmente, consiguieron cruzar los rápidos, con ayuda de los habitantes, y acaban de emprender la marcha, descansados. Temo que la lancha no mejoró mucho con el accidente; los campesinos nos informaron que después de que volvió nuevamente a aguas tranquilas, seguía deteniéndose de vez en cuando, mientras permaneció a la vista. Debemos avanzar con mayor brío que nunca; es posible que pronto necesiten nuestra ayuda.

Del diario de Mina Harker

31 de octubre. Llegamos a Veresti por la tarde. El profesor me dice que esta mañana, al amanecer, a duras penas pudo hipnotizarme, y que todo lo que pude decir fue: "oscuro y tranquilo". Ahora está fuera, comprando una calesa y caballos; dice que más tarde tratará de comprar más caballos, de manera que podamos cambiarlos en el camino. Nos quedan todavía ciento diez kilómetros por recorrer. El paisaje es precioso y muy interesante; si nos encontráramos en diferentes circunstancias, ¡qué encantador resultaría contemplar todo esto! Si Jonathan y yo viajáramos solos por estas tierras, ¡qué placer sería! Podríamos detenernos, veríamos a la gente, aprenderíamos algo sobre ella y llenaríamos nuestras mentes con todo lo pintoresco y el colorido del campo salvaje y hermoso y las personas tan singulares. Pero, ¡ay...!

Más tarde. El doctor van Helsing ha regresado. Consiguió la calesa y los caballos; vamos a cenar, y emprenderemos el viaje dentro de una hora. La casera nos está preparando una enorme canasta de provisiones; parece ser suficiente para toda una compañía de soldados. El profesor la anima y me dice en susurros que es posible que pase una semana antes de que podamos volver a obtener alimentos. El también ha estado de compras, y ha enviado a su casa un conjunto maravilloso de abrigos y pellizas y toda clase de ropa de abrigo. No tendremos ningún peligro de sentir frío.

Pronto nos pondremos en marcha. Temo pensar en lo que puede sucedernos; verdaderamente, estamos en las manos de Dios; solamente Él sabe lo que puede suceder y le ruego, con toda la fuerza de mi alma triste y humilde, que cuide a mi amado esposo; que, suceda lo que suceda, Jonathan pueda saber que lo amo y que lo he honrado más de lo que puedo expresar, y que

mi último y más sincero pensamiento afectuoso será siempre para él.

XXVII

El diario de Mina Harker

1 *de noviembre*. Hemos viajado todo el día a buena velocidad. Los caballos parecen saber que los estamos tratando con bondad, ya que demuestran la voluntad de avanzar al mejor paso. Hemos tenido algunos cambios y encontramos tan constantemente lo mismo, que nos sentimos animados a pensar que el viaje será fácil. El doctor van Helsing se muestra lacónico; les dice a los granjeros que se apresura a ir a Bistritz y les paga bien por hacer un cambio de caballos. Nos dan sopa caliente, café o té, y salimos inmediatamente. Es un paisaje encantador, lleno de bellezas de todos los tipos imaginables, y las personas son valerosas, fuertes y sencillas; parecen tener muchas cualidades hermosas. Son *muy, muy* supersticiosos. En la primera casa en que nos detuvimos, cuando la mujer que nos sirvió vio la cicatriz en mi frente, se persignó y puso dos dedos delante de mí, para mantener alejado el mal de ojo. Creo que hasta se tomaron la molestia de poner una cantidad adicional de ajo en nuestros alimentos, y yo no puedo soportarlo. Desde entonces, he tenido el cuidado de no quitarme el velo, y de esa forma he logrado escapar a sus suspicacias. Estamos viajando a gran velocidad, y puesto que no tenemos cochero que pueda contar chismes, seguimos nuestro camino sin ningún escándalo; pero me atrevo a decir que el miedo al mal de ojo nos seguirá constantemente por todos lados. El profesor parece incansable; no quiso descansar en todo el día, a pesar de que me obligó a dormir un buen rato. Al atardecer, me hipnotizó, y dice que contesté como siempre: "Oscuridad, ruido de agua y roce de madera." De manera que nuestro enemigo continúa en el río. Tengo miedo de pensar en Jonathan, pero de alguna manera ya no siento miedo por él ni por mí. Escribo esto mientras esperamos en una granja, a que los caballos estén preparados. El doctor van Helsing está durmiendo. ¡Pobre hombre! Parece estar muy cansado y haber envejecido y encanecido. Pero su boca tiene la firmeza de un conquistador. Aun en sueños, tiene el instinto de la resolución. Cuando hayamos emprendido el camino, deberé hacer que descanse, mientras yo misma conduzco la calesa; le diré que tenemos todavía varios días por delante, y que no debe debilitarse,

cuando sea necesaria toda su fuerza... Todo está preparado. Dentro de poco partiremos.

2 de noviembre, por la mañana. Tuve éxito y tomamos turnos para conducir durante toda la noche; ahora ya es de día y el tiempo está claro a pesar de que hace frío.

Hay una extraña pesadez en el aire...; digo pesadez porque no encuentro una palabra mejor; quiero decir que nos oprime a ambos. Hace mucho frío y sólo nuestras pieles calientes nos permiten sentirnos cómodos. Al amanecer, van Helsing me hipnotizó, dice que contesté: "Oscuridad, roces de madera y agua rugiente", de manera que el río está cambiando a medida que ascienden. Mi gran deseo es que mi amado no corra ningún peligro; no más de lo necesario, pero estamos en las manos de Dios.

2 de noviembre, por la noche. Hemos estado viajando todo el día. El campo se hace más salvaje a medida que avanzamos y las grandes elevaciones de los Cárpatos, que en Veresti parecían estar tan alejadas de nosotros y tan bajas en el horizonte, parecen rodearnos y elevarse frente a nosotros. Ambos parecemos estar de buen humor; creo que nos esforzamos en animarnos uno al otro y, así, nos consolamos. El doctor van Helsing dice que por la mañana llegaremos al Paso de l Borgo. Las casas son ahora muy escasas, y el profesor dice que el último caballo que obtuvimos tendrá que continuar con nosotros, ya que es muy posible que no podamos volver a cambiarlo. Tenemos dos, además de los otros dos que cambiamos, de manera que ahora poseemos un buen tiro.

Los caballos son pacientes y buenos y no nos causan ningún problema. No nos preocupamos de otros viajeros, de manera que hasta yo puedo conducir. Llegaremos al paso de día; no queremos llegar antes, de manera que vamos con calma y ambos tomamos un largo descanso, por turnos. ¿Qué nos traerá el día de mañana? Vamos hacia el lugar en donde mi pobre esposo sufrió tanto. Dios nos permita llegar con bien hasta allí y que Él se digne cuidar a mi esposo y a los que nos son queridos, que se encuentran en un peligro tan mortal. En cuanto a mí, no soy digna de Él. ¡Ay! ¡No estoy limpia ante sus ojos, y así permaneceré hasta que Él se digne permitirme estar ante su presencia, como uno de los que no han provocado su ira!

Memorando de Abraham van Helsing

4 de noviembre. Esto es para mi antiguo y sincero amigo, el doctor John Seward, de Purefleet, Londres, en caso de que no lo pueda volver a ver. Es posible que aclare. Es de mañana, y escribo junto al fuego que nos ha mantenido vivos durante toda la noche.

La señora Mina me ha ayudado. Hace frío; mucho frío. Tanto, que el cielo gris y pesado está lleno de nieve que, cuando caiga, permanecerá durante todo el invierno, ya que la tierra se está endureciendo para recibirla. Parece haber afectado a la señora Mina. Ha tenido la cabeza tan pesada durante todo el día, que no parece ser la misma. ¡Duerme, duerme y sigue durmiendo! Ella, que es siempre tan vivaz, no ha hecho casi absolutamente nada en todo el día; hasta ha perdido el apetito. No hizo ninguna anotación en su diario, ella que tan fielmente había escrito en cada una de nuestras paradas. Algo me dice que no todo marcha bien. Sin embargo, esta noche está más vivaz. Su largo sueño del día la ha refrescado y restaurado, y ahora está tan dulce y despierta como siempre. Traté de hipnotizarla al amanecer, pero sin obtener ningún resultado positivo. El poder ha ido disminuyendo continuamente, día a día, y esta noche me falló por completo. Bueno, ¡que se haga la voluntad de Dios...! ¡Cualquiera que sea y adondequiera que nos lleve! Ahora, pasemos a lo histórico; ya que la señora Mina no escribió en su diario, debo, en mi laborioso lenguaje antiguo, hacerlo, de manera que ningún día que pasamos quede sin ser registrado.

Llegamos al Paso del Borgo un poco antes del amanecer, ayer por la mañana; cuando observé los signos precursores del alba, me preparé a hipnotizarla. Detuvimos la calesa y descendimos, con el fin de que nada nos perturbara. Hice una especie de sofá con pieles, y la señora Mina, después de acostarse, se prestó a la hipnosis, como siempre, pero más lenta y brevemente que nunca. Como antes, su respuesta fue: "Oscuridad y aguas agitadas." Luego despertó, vivaz y radiante, y continuamos nuestro camino, para llegar pronto al Paso. En esta hora y lugar, ella se llenó de un nuevo entusiasmo; un nuevo poder director se manifestó en ella, ya que señaló un camino y dijo:

—Este es el camino.

—¿Cómo lo sabe? —inquirí.

—Por supuesto que lo sé —contestó ella, y al cabo de una pausa añadió—: ¿Acaso no viajó por él mi Jonathan y escribió todo lo relativo a su viaje?

En un principio, pensé que era algo extraño, pero pronto vi que sólo podía existir un camino semejante. Es muy poco utilizado, y sumamente diferente del camino real que conduce de Bucovina a Bistritz, que es más amplio y duro y más utilizado.

De manera que tomamos ese camino. Encontramos otros caminos (no siempre estábamos seguros de que fueran verdaderos caminos, ya que estaban descuidados y cubiertos de una capa ligera de nieve). Los caballos sabían y solamente ellos. Les dejaba las riendas sueltas y los animales continuaban pacientemente. Una detrás de otra, encontramos todas las cosas que Jonathan anotó en el maravilloso diario que escribió.

Luego, proseguimos, durante largas y prolongadas horas. En un principio, le dije a la señora Mina que durmiera; lo intentó y logró hacerlo. Durmió todo el tiempo hasta que, por fin, sentí que las sospechas crecían en mí e intenté despertarla, pero ella continuó durmiendo y no logré despertarla a pesar de que lo intenté. No quise hacerlo con demasiada fuerza por no dañarla, ya que yo sé que ha sufrido mucho y que el sueño, en ocasiones, puede ser muy conveniente para ella. Creo que yo me adormecí, porque, de pronto, me sentí culpable, como si hubiera hecho algo indebido. Me encontré erguido, con las riendas en la mano y los hermosos caballos que trotaban como siempre. Bajé la mirada y vi que la señora Mina continuaba dormida. No falta mucho para el atardecer y, sobre la nieve, la luz del sol riela como si fuera una enorme corriente amarilla, de manera que nosotros proyectamos una larga sombra en donde la montaña se eleva verticalmente. Estamos subiendo y subiendo continuamente y todo es, ¡oh!, muy agreste y rocoso. Como si fuera el fin del mundo.

Luego, desperté a la señora Mina. Esta vez despertó sin gran dificultad y, luego, traté de hacerla dormir hipnóticamente, pero no lo logré; era como si yo no estuviera allí. Sin embargo, vuelvo a intentarlo repetidamente, hasta que, de pronto, nos encontramos en la oscuridad, de manera que miro a mi alrededor y descubro que el sol se ha ido. La señora Mina se ríe y me vuelvo hacia ella. Ahora está bien despierta y tiene tan buen aspecto como nunca le he visto desde aquella noche en Carfax, cuando entramos por primera vez en la casa del conde. Me siento asombrado e intranquilo, pero está tan vivaz, tierna y solícita

conmigo, que olvido todo temor. Enciendo un fuego, ya que trajimos con nosotros una provisión de leña, y ella prepara alimentos mientras yo desato los caballos y los acomodo en la sombra, para alimentarlos. Luego, cuando regresé a la fogata, ella tenía mi cena lista. Fui a ayudarle, pero ella me sonrió y me dijo que ya había comido, que tenía tanta hambre que no había podido esperar. Eso no me agradó, y tengo terribles dudas, pero temo asustarla y no menciono nada al respecto. La señora Mina me ayudó, comí, y luego, nos envolvimos en las pieles y nos acostamos al lado del fuego. Le dije que durmiera y que yo velaría, pero de pronto me olvido de la vigilancia y, cuando súbitamente me acuerdo de que debo hacerlo, la encuentro tendida, inmóvil; pero despierta mirándome con ojos muy brillantes. Esto sucedió una o dos veces y pude dormir hasta la mañana. Cuando desperté, traté de hipnotizarla, pero, a pesar de que ella cerró obedientemente los ojos, no pudo dormirse. El sol se elevó cada vez más y, luego, el sueño llegó a ella, demasiado tarde; fue tan fuerte, que no despertó.

Tuve que levantarla y colocarla, dormida, en la calesa, una vez que coloqué en varas a los caballos y lo preparé todo. La señora continúa dormida y su rostro parece más saludable y sonrosado que antes, y eso no me gusta. ¡Tengo miedo, mucho miedo!

Tengo miedo de todas las cosas. Hasta de pensar; pero debo continuar mi camino. Lo que nos jugamos es algo de vida o muerte, o más que eso aún, y no debemos vacilar un instante.

5 de noviembre, por la mañana. Permítaseme ser exacto en todo, puesto que, aunque usted y yo hemos visto juntos cosas extrañas, puede comenzar a pensar que yo, van Helsing, estoy loco; que los muchos horrores y las tensiones tan prolongadas sobre mi sistema nervioso han logrado al fin trastornar mi cerebro. Viajamos todo el día de ayer, acercándonos cada vez más a las montañas y recorriendo un terreno cada vez más agreste y desierto. Hay precipicios gigantescos y amenazadores, muchas cascadas, y la naturaleza parece haber realizado en alguna época su carnaval. La señora Mina sigue durmiendo constantemente, y aunque yo sentí hambre y la satisfice, no logré despertarla, ni siquiera para comer. Comencé a temer que el hechizo fatal del lugar se estuviera apoderando de ella, ya que está manchada con ese bautismo de sangre del vampiro.

—Bien —me dije a mí mismo—, si duerme todo el día, también es seguro que yo no dormiré durante la noche.

Mientras viajábamos por el camino áspero, ya que se trataba de un camino antiguo y deteriorado, me dormí. Volví a despertarme con la sensación de culpabilidad y del tiempo transcurrido, y descubrí que la señora Mina continuaba dormida y que el sol estaba muy bajo, pero, en efecto, todo había cambiado. Las amenazadoras montañas parecían más lejanas y nos encontrábamos cerca de la cima de una colina de pendiente muy pronunciada, y en cuya cumbre se encontraba el castillo, tal como Jonathan indicaba en su diario. Inmediatamente me sentí intranquilo y temeroso, debido a que, ahora, para bien o para mal, el fin estaba cercano. Desperté a la señora Mina y traté nuevamente de hipnotizarla, pero no obtuve ningún resultado. Luego, la profunda oscuridad descendió sobre nosotros, porque aun después del ocaso, los cielos reflejaban el sol oculto sobre la nieve y todo estaba sumido, durante algún tiempo, en una gigantesca penumbra. Desenganché los caballos, y les di de comer en el albergue que logré encontrar. Luego, encendí un fuego y, cerca de él, hice que la señora Mina, que ahora estaba más despierta y encantadora que nunca, se sentara cómodamente, entre sus pieles. Preparé la cena, pero ella no quiso comer. Dijo simplemente que no tenía hambre. No la presioné, sabiendo que no lo deseaba, pero yo cené, porque necesitaba estar fuerte por todos. Luego, presa aún del temor por lo que pudiera suceder, tracé un círculo grande en torno a la señora Mina y sobre él coloqué parte de la Hostia sagrada y la desmenucé finamente, para que todo estuviera protegido. Ella permaneció sentada tranquilamente todo el tiempo; tan tranquila como si estuviera muerta, y empezó a ponerse cada vez más pálida, hasta que tenía casi el mismo color de la nieve; no pronunció palabra alguna, pero cuando me acerqué a ella, se abrazó a mí, y noté que la pobre se estremecía de la cabeza a los pies, con un temblor que era doloroso de ver. A continuación, cuando se tranquilizó un poco, le dije:

—¿No quiere usted acercarse al fuego?

Deseaba hacer una prueba para saber si le era posible hacerlo.

Se levantó obedeciendo, pero, en cuanto dio un paso, se detuvo y permaneció inmóvil, como petrificada.

—¿Por qué no continúa? —le pregunté.

Ella meneó la cabeza y, retrocediendo, volvió a sentarse en su lugar.

Luego, mirándome con los ojos muy abiertos, como los de una persona que acaba de despertar de un sueño, me dijo con sencillez:

—¡No puedo! —y guardó silencio.

Me alegró sabiendo que si ella no podía pasar, ninguno de los vampiros, a los que temíamos, podría hacerlo tampoco. ¡Aunque era posible que hubiera peligros para su cuerpo, al menos su alma estaba a salvo!

En ese momento, los caballos comenzaron a inquietarse y a tirar de sus riendas, hasta que me acerqué a ellos y los calmé. Cuando sintieron mis manos sobre ellos, relincharon en tono bajo, como de alegría, frotaron sus hocicos en mis manos y permanecieron tranquilos durante un momento. Muchas veces, en el curso de la noche, me levanté y me acerqué a ellos hasta que llegó el momento frío en que toda la naturaleza se encuentra en su punto más bajo de vitalidad, y, todas las veces, mi presencia los calmaba. Al acercarse la hora más fría, el fuego comenzó a extinguirse y me levanté para echarle más leña, debido a que la nieve caía con más fuerza y, con ella, se acercaba una neblina ligera y muy fría. Incluso en la oscuridad hay un resplandor de cierto tipo, como sucede siempre sobre la nieve, y pareció que los copos de nieve y los jirones de niebla tomaban forma de mujeres, vestidas con ropas que se arrastraban por el suelo. Todo parecía muerto, y reinaba un profundo silencio, que solamente interrumpía la agitación de los caballos, que parecían temer que ocurriera lo peor. Comencé a sentir un tremendo miedo, pero entonces me llegó el sentimiento de seguridad, debido al círculo dentro del que me encontraba. Comencé a pensar también que todo era debido a mi imaginación en medio de la noche, a causa del resplandor, de la intranquilidad, de la fatiga y de la terrible ansiedad. Era como si mis recuerdos de las terribles experiencias de Jonathan me engañaran, porque los copos de nieve y la niebla comenzaron a girar en torno a mí, hasta que pude captar una imagen borrosa de aquellas mujeres que lo habían besado. Luego, los caballos se agacharon cada vez más y se lamentaron aterrorizados, como los hombres lo hacen en medio del dolor. Hasta la locura del temor les fue negada, de manera que pudieran alejarse. Sentí temor por mi querida señora Mina, cuando aquellas extrañas figuras se acercaron y me rodearon. La miré, pero ella permaneció sentada tranquila, sonriéndome; cuando me acerqué al fuego para echarle más leña,

me cogió una mano y me retuvo; luego, susurró, con una voz que uno escucha en sueños, sumamente baja:

—¡No! ¡No! No salga. ¡Aquí está seguro!

Me volví hacia ella y le dije, mirándola a los ojos:

—Pero, ¿y usted? ¡Es por usted por quien temo! Al oír eso, se echó a reír... con una risa ronca, e irreal, y dijo:

—¿Teme por *mí*? ¿Por qué teme por mí? Nadie en todo el mundo esta mejor protegido contra ellos que yo.

Y mientras me preguntaba el significado de sus palabras, una ráfaga de viento hizo que la llama se elevara y vi la cicatriz roja en su frente. Luego lo comprendí. Y si no lo hubiera comprendido entonces, pronto lo hubiera hecho, gracias a las figuras de niebla y nieve que giraban y que se acercaban, pero manteniéndose lejos del círculo sagrado. Luego, comenzaron a materializarse, hasta que, si Dios no se hubiera llevado mi cordura, porque lo vi con mis propios ojos, estuvieron ante mí, en carne y hueso, las mismas tres mujeres que Jonathan vio en la habitación, cuando le besaron la garganta.

Yo conocía las imágenes que giraban, los ojos brillantes y duros, las dentaduras blancas, el color sonrosado y los labios voluptuosos. Le sonreían continuamente a la pobre señora Mina, Y al resonar sus risas en el silencio de la noche, agitaban los brazos y la señalaban, hablando con las voces resonantes y dulces de las que Jonathan había dicho que eran insoportablemente dulces, como cristalinas.

—¡Ven, hermana! ¡ven con nosotras! ¡ven! ¡ven! —le decían.

Lleno de temor, me volví hacia mi pobre señora Mina y mi corazón se elevó como una llama, lleno de gozo, porque, ¡oh!, el terror que se reflejaba en sus dulces ojos y la repulsión y el horror, hacían comprender a mi corazón que aún había esperanzas, ¡gracias sean dadas a Dios porque no era aún una de ellas! Cogí uno de los leños de la fogata, que estaba cerca de mí, y, sosteniendo parte de la Hostia, avancé hacia ellas. Se alejaron de mí y se rieron a carcajadas, de manera ronca y horrible. Alimenté el fuego y no les tuve miedo, porque sabía que estábamos seguros dentro de nuestro círculo protector. No podían acercárseme, mientras estuviera armado en esa forma, ni a la señora Mina, en tanto permaneciera dentro del círculo, que

ella no podía abandonar, y en el que las otras no podían entrar. Los caballos habían dejado de gemir y permanecían inmóviles echados en el suelo. La nieve caía suavemente sobre ellos, hasta que se pusieron blancos. Supe que, para los pobres animales, no existía un terror mayor.

Permanecimos así hasta que el rojo color del amanecer comenzó a vislumbrarse en medio de la nieve sombría. Me sentía desolado y temeroso, lleno de presentimientos y terrores, pero cuando el hermoso sol comenzó a ascender por el horizonte, la vida volvió a mí. Al aparecer el alba, las figuras horribles se derritieron en medio de la niebla y la nieve que giraba; las capas de neblina transparente se alejaron hacia el castillo y se perdieron. Instintivamente, al llegar la aurora, me volví hacia la señora Mina, para tratar de hipnotizarla, pero vi que se había quedado repentina y profundamente dormida, y no pude despertarla. Traté de hipnotizarla dormida, pero no me dio ninguna respuesta en absoluto, y el sol salió. Tengo todavía miedo de moverme. He hecho fuego y he ido a ver a los caballos. Todos están muertos. Hoy tengo mucho quehacer aquí y espero hasta que el sol se encuentre ya muy alto, porque puede haber lugares a donde tengo que ir, en los que ese sol, aunque oscurecido por la nieve y la niebla, será para mí una seguridad.

Voy a fortalecerme con el desayuno, y después, voy a ocuparme de mi terrible trabajo. La señora Mina duerme todavía y, ¡gracias a Dios!, está tranquila en su sueño.

Del diario de Jonathan Harker

4 de noviembre, por la noche. El accidente de la lancha había sido terrible para nosotros. A no ser por él, hubiéramos atrapado el bote desde hace mucho tiempo, y para ahora, mi querida Mina estaría ya libre. Temo pensar en ella, lejos del mundo, en aquel horrible lugar. Hemos conseguido caballos, y seguimos por el camino. Escribo esto mientras Godalming se prepara. Tenemos preparadas nuestras armas y los cíngaros tendrán que tener cuidado si es que desean pelear. ¡Si Morris y Seward estuvieran con nosotros! ¡Sólo nos queda esperar! ¡Si no vuelvo a escribir, adiós, Mina! ¡Que Dios te bendiga y te guarde!

Del diario del doctor Seward

5 de noviembre. Al amanecer, vemos la tribu de cíngaros delante de nosotros, alejándose del río, en sus carretas. Se reúnen en torno a ellas y se desplazan apresuradamente, como si estuvieran siendo acosados. La nieve está cayendo lentamente y hay una enorme tensión en la atmósfera. Es posible que se trate solamente de nuestros sentimientos, pero la impresión es extraña. A lo lejos, oigo el aullido de los lobos; la nieve los hace bajar de las montañas y el peligro para todos es grande y procede de todos lados. Los caballos están casi preparados, y nos ponemos en marcha inmediatamente. Vamos hacia la muerte de alguien. Solamente Dios sabe de quién o dónde, o qué o cuándo o cómo puede suceder...

Memorando, por el doctor van Helsing

5 de noviembre, por la tarde. Por lo menos, estoy cuerdo. Gracias a Dios por su misericordia en medio de tantos sucesos, aunque hayan resultado una prueba terrible.

Cuando dejé a la señora Mina dormida en el interior del círculo sagrado, me encaminé hacia el castillo. El martillo de herrero que llevaba en la calesa desde Veresti me ha sido útil; aunque las puertas estaban abiertas, las hice salir de sus goznes oxidados, para evitar que algún intento maligno o la mala suerte pudieran cerrarlas de tal modo que una vez dentro no pudiera volver a salir. Las amargas experiencias de Jonathan me sirven.

Recordando su diario, encuentro el camino hacia la vieja capilla, ya que sé que es allí donde voy a tener que trabajar. La atmósfera era sofocante; parecía que había en ella algún ácido sulfuroso que, a veces, me atontó un poco. O bien oía un rugido, o me llegaban distorsionados los aullidos de los lobos. Entonces, me acordé de mi querida señora Mina y me encontré en medio de un terrible dilema.

No me he permitido traerla a este horrendo lugar, sino que la he dejado a salvo de los vampiros en el círculo sagrado; sin embargo, ¡había lobos que la ponían en peligro! Resolví que tenía que hacer el principal trabajo en el castillo, y que en lo tocante a los lobos deberíamos someternos a la voluntad de Dios. De todos modos, eso significaría sólo la muerte y la libertad. Así es que me decidí por ella. Si la elección hubiera sido por

mí, no me hubiera sido difícil decidirme; ¡era mil veces mejor encontrarse en medio de una jauría de lobos que en la tumba del vampiro! Por consiguiente, decidí continuar mi trabajo.

Sabía que había al menos tres tumbas que encontrar, las cuales estaban habitadas. De modo que busqué sin descanso, y encontré una de ellas. Estaba tendida en su sueño de vampiro, tan llena de vida y de voluptuosa belleza que me estremecí, como si me dispusiera a cometer un crimen. No pongo en duda que, en la antigüedad, a muchos hombres que se disponían a llevar a cabo una tarea como la mía les fallaran el corazón y los nervios. Por consiguiente, se retrasaba hasta que la misma belleza de la *muerta viva* lo hipnotizaba; y se quedaba allí, hasta que llegaba la puesta del sol y cesaba el sueño del vampiro. Entonces, los hermosos ojos de la mujer vampiro se abrían y lo miraban llenos de amor, y los labios voluptuosos se entreabrían para besar... El hombre es débil. Así había una víctima más en la guarida del vampiro; ¡uno más que engrosaba las filas terribles de los muertos vivos...!

Desde luego, existe cierta fascinación, puesto que me conmuevo ante la sola presencia de una mujer tan bella, aun cuando esté tendida en una tumba destartalada por los años y llena del polvo de varios siglos, aunque había ese olor horrible que flotaba en la guarida del conde. Sí; me sentía turbado... Yo, van Helsing, a pesar de mis propósitos y de mis motivos de odios..., sentía la necesidad de un retraso que parecía paralizar mis facultades y aferrarme el alma misma. Era posible que la necesidad de sueño natural y la extraña opresión del aire me estuvieran abrumando. Estaba seguro de que me estaba dejando dominar por el sueño; el sueño con los ojos abiertos de una persona que se entrega a una dulce fascinación, cuando llegó a través del aire silencioso y lleno de nieve un gemido muy prolongado, tan lleno de aflicción y de pesar, que me despertó como si hubiera sido una trompeta, puesto que era la voz de la señora Mina la que estaba oyendo.

Luego, me dediqué a mi horrible tarea y descubrí, levantando las losas de las tumbas, a otra de las hermanas, la otra morena. No me detuve a mirarla, como lo había hecho con su hermana, por miedo de quedar fascinado otra vez; continúo buscando hasta que, de pronto, descubro en una gran tumba que debió ser construida para una mujer muy amada, a la otra hermana, a la que, como mi amigo Jonathan, he visto materializarse de la niebla. Era tan agradable de contemplar, de una belleza

tan radiante y tan exquisitamente voluptuosa, que el mismo instinto de hombre en mí, que exigía parte de mi sexo para amar y proteger a una de ellas, hizo que mi cabeza girara con una nueva emoción. Pero, gracias a Dios, aquel lamento prolongado de mi querida señora Mina no había cesado todavía en mis oídos y, antes de que el hechizo pudiera afectarme otra vez, ya me había decidido a llevar a cabo mi terrible trabajo. Había registrado todas las tumbas de la capilla, según creo, y como solamente había habido cerca de nosotros, durante la noche, tres de esos fantasmas de muertas vivas, supuse que no había más muertas vivas activas que ellas. Había una gran tumba, más señorial que todas las demás, enorme y de nobles proporciones. Sobre ella había escrita una sola palabra: DRÁCULA

Así pues, aquella era la tumba del Rey Vampiro, al que se debían tantos otros. El hecho de que estuviese vacía fue lo suficientemente elocuente como para asegurarme de lo que ya sabía. Antes de comenzar a restaurar a aquellas mujeres a su calidad de muertas verdaderas, por medio de mi horrible trabajo, dejé una parte de la hostia sagrada en la tumba de Drácula, haciendo así que la entrada le fuera prohibida y que permaneciera eternamente como muerto vivo.

Entonces comenzó mi terrible tarea, y tuve horror de ella. Si solamente hubiera sido una, no resultaría difícil, relativamente. Pero, ¡eran tres! Tenía que recomenzar dos veces después de haber llegado al colmo del horror. Puesto que si fue terrible con la dulce Lucy, ¿cómo no iba a serlo con aquellas desconocidas, que habían sobrevivido durante varios siglos y que habían sido fortalecidas por el paso de los años? Si pudieran, ¿lucharían por sus horrendas vidas...?

¡Oh, amigo John, era un trabajo de carnicero! Si no me hubiera dado ánimos el pensar en otros muertos y en los vivos sobre los que pesaba un error semejante, no habría podido hacerlo. No ceso de temblar todavía, aunque hace tiempo ya que el trabajo ha concluido. Gracias a Dios, mis nervios no me traicionaron. Si no hubiera visto el reposo en primer lugar y la alegría que se extendió sobre el rostro del cadáver un momento antes de que comenzara la disolución, como demostración de que un alma había sido liberada, no hubiera podido concluir mi carnicería. No hubiera podido soportar el terrible ruido de la estaca al penetrar, los labios cubiertos de espuma sanguinolenta, ni el retorcerse del cuerpo. Debí dejar mi trabajo sin terminar, huyendo aterrorizado de allí, pero, ¡ya está concluido! Y en cuanto a

las pobres almas, puedo ahora sentir lástima por ellas y derramar lágrimas, puesto que vi la paz que se extendía sobre sus rostros, antes de desaparecer. Puesto que, amigo John, apenas había cortado con mi cuchillo la cabeza de todas ellas, cuando los cuerpos comenzaron a desintegrarse hasta convertirse en el polvo natural, como si la muerte que debía haberse producido varios siglos antes, se hubiera finalmente establecido con firmeza, proclamando: "¡Aquí estoy!"

Antes de salir del castillo, cerré las puertas de tal modo, que nunca volviera a poder entrar el conde como muerto vivo.

Cuando entré en el círculo sagrado, en cuyo interior dormía la señora Mina, despertó y, al verme, me dijo llorando que yo había soportado ya demasiado.

—¡Vámonos! —dijo—. ¡Alejémonos de este horrible lugar! Vamos a salir al encuentro de mi esposo, que ya está en camino hacia nosotros; lo sé.

Tenía un aspecto frágil, pálido y débil, pero sus ojos estaban puros y brillaban con fervor. Estaba contento de ver su palidez y su aspecto enfermizo, ya que mi mente estaba todavía llena del horror producido al ver aquel sueño de las mujeres vampiros.

Así, con confianza y esperanza y, sin embargo, llenos de temor, nos dirigimos hacia el este, para reunirnos con nuestros amigos y con *él*, puesto que la señora Mina dice que *sabe* que vienen a nuestro encuentro.

Del diario de Mina Harker

6 de noviembre. Estaba ya bastante avanzada la tarde cuando el profesor y yo nos pusimos en marcha hacia el este, por donde sabía yo que se estaba acercando Jonathan. No avanzamos rápidamente, debido a que el terreno era muy en pendiente y teníamos que llevar con nosotros pesadas pieles y abrigos, porque no deseábamos correr el riesgo de permanecer sin ropas calientes en medio del frío y de la nieve. Además, tuvimos que llevarnos parte de nuestras provisiones, ya que estábamos en una comarca absolutamente desolada y, en toda la extensión que abarcaba nuestra mirada, sobre la nieve, no se veía ningún lugar habitado. Cuando hubimos recorrido aproximadamente kilómetro y medio, me sentí cansada por la pesada caminata, y me senté un momento a descansar. Entonces, mi-

ramos atrás y vimos el lugar en que el altivo castillo de Drácula destacaba contra el cielo, debido a que estábamos en un lugar tan bajo con respecto a la colina sobre la que se levantaba, que los Cárpatos se encontraban muy lejos detrás de él.

Lo vimos en toda su grandeza, casi pendiente sobre un precipicio enorme, y parecía que había una gran separación entre la cima y las otras montañas que lo rodeaban por todos lados. Alcanzábamos a oír el aullido distante de los lobos. Estaban muy lejos, pero el sonido, aunque amortiguado por la nieve, era horripilante. Comprendí por el modo en que el profesor van Helsing estaba mirando a nuestro alrededor, que estaba buscando un punto estratégico en donde estaríamos menos expuestos en caso de ataque. El camino real continuaba hacia abajo y podíamos verlo a pesar de la nieve que lo cubría.

Al cabo de un momento, el profesor me hizo señas y, levantándome, me dirigí hacia él. Había encontrado un lugar magnífico; una especie de hueco natural en una roca, con una entrada semejante a una puerta, entre dos peñascos. Me tomó de la mano y me hizo entrar.

—¡Vea!—. Me dijo. —Aquí estará usted a salvo, y si los lobos se acercan, podrá recibirlos uno por uno—.

Llevó al interior todas nuestras pieles y me preparó un lecho cómodo; luego, sacó algunas provisiones y me obligó a consumirlas. Pero no podía comer, e incluso el tratar de hacerlo me resultaba repulsivo; aunque me hubiera gustado mucho poder complacerlo, no pude hacerlo. Pareció muy entristecido. Sin embargo, no me hizo ningún reproche. Sacó de su estuche sus anteojos y permaneció en la parte más alta de la roca, examinando cuidadosamente el horizonte. Repentinamente, gritó:

—¡Mire, señora Mina!, ¡Mire! ¡Mire!—.

Me puse en pie de un salto y ascendí a la roca, deteniéndome a su lado; me tendió los anteojos y señaló con el dedo. La nieve caía con mayor fuerza y giraba en torno nuestro con furia, debido a que se había desatado un viento muy fuerte. Sin embargo, había veces en que la ventisca se calmaba un poco y lograba ver una gran extensión de terreno. Desde la altura en que nos encontrábamos, era posible ver a gran distancia y, a lo lejos, más allá de la blanca capa de nieve, el río que avanzaba formando meandros, como una cinta negra, justamente frente a nosotros y no muy lejos..., en realidad tan cerca, que me sorprendió que no los hubiéramos visto antes, avanzaba un grupo

de hombres montados a caballo, que se apresuraban todo lo que podían. En medio de ellos llevaban una carreta, un vehículo largo que se bamboleaba de un lado a otro, como la cola de un perro, cuando pasaba sobre alguna desigualdad del terreno. En contraste con la nieve, tal y como aparecían, comprendí por sus ropas que debía tratarse de campesinos o de guanos.

Sobre la carreta había una gran caja cuadrada, y sentí que mi corazón comenzaba a latir fuertemente debido a que presentía que el fin estaba cercano. La noche se iba acercando ya, y sabía perfectamente que, a la puesta del sol, la cosa que estaba encerrada en aquella caja podría salir y, tomando alguna de las formas que estaban en su poder, eludir la persecución. Aterrorizada, me volví hacia el profesor y vi consternada que ya no estaba a mi lado. Un instante después lo vi debajo de mí. Alrededor de la roca había trazado un círculo, semejante al que había servido la noche anterior para protegernos. Cuando lo terminó, se puso otra vez a mi lado, diciendo:

—¡Al menos estará usted aquí a salvo de él!—.

Me tomó los anteojos de las manos, y al siguiente momento de calma recorrió con la mirada todo el terreno que se extendía a nuestros pies.

—Vea—. Dijo: —Se acercan rápidamente, espoleando los caballos y avanzando tan velozmente como el camino se lo permite—. Hizo una pausa y, un instante después, continuó, con voz hueca: —Se están apresurando a causa de que está cerca la puesta del sol. Es posible que lleguemos demasiado tarde. ¡Que se haga la voluntad del Señor! —.

Volvió a caer otra vez la nieve con fuerza, y todo el paisaje desapareció. Sin embargo, pronto se calmó y, una vez más, el profesor escudriñó la llanura con ayuda de sus anteojos. Luego, gritó repentinamente:

—¡Mire! ¡Mire! ¡Mire! Vea: dos jinetes los siguen rápidamente, procedentes del sur. Deben ser Quincey y John. Tome los anteojos. ¡Mire antes de que la nieve nos impida ver otra vez!

Tomé los anteojos y miré. Los dos hombres podían ser el señor Morris y el doctor Seward. En todo caso, estuve segura de que ninguno de ellos era Jonathan. Al mismo tiempo, *sabía* que Jonathan no se encontraba lejos; mirando en torno mío, vi al norte del grupo que se acercaban otros dos hombres, que galopaban a toda la velocidad que podían desarrollar sus monturas.

Comprendí que uno de ellos era Jonathan y, por supuesto, supuse que el otro debía ser lord Godalming. Ellos también estaban persiguiendo al grupo de la carreta. Cuando se lo dije al profesor, saltó de alegría, como un escolar y, después de mirar atentamente, hasta que otra ventisca de nieve hizo que toda visión fuera imposible, preparó su *Winchester,* colocándolo sobre uno de los peñascos, preparado para disparar.

—Están convergiendo todos— Dijo. —Cuando llegue el momento, tendremos gitanos por todos lados—.

Saqué mi revólver y lo mantuve a punto de disparar, ya que, mientras hablábamos, el aullido de los lobos sonó mucho más cerca. Cuando la tormenta de nieve se calmó un poco, volvimos a mirar. Era extraño ver la nieve que caía con tanta fuerza en el lugar en que nosotros nos encontrábamos y, un poco más allá, ver brillar el sol, cada vez con mayor intensidad, acercándose cada vez más a la línea de montañas. Al mirar en torno nuestro, pude ver manchas que se desplazaban sobre la nieve, solas, en parejas o en tríos y en grandes números... Los lobos se estaban reuniendo para atacar a sus presas.

Cada instante que pasaba parecía una eternidad, mientras esperábamos. El viento se hizo de pronto más fuerte y la nieve caía con furia, girando sobre nosotros sin descanso. A veces no llegábamos a ver ni siquiera a la distancia de nuestros brazos extendidos; pero en otros momentos, el aire se aclaraba y nuestra mirada abarcaba todo el paisaje. Durante los últimos tiempos nos habíamos acostumbrado tanto a esperar la salida y la puesta del sol, que sabíamos exactamente cuándo iba a producirse. No faltaba mucho para el ocaso. Era difícil creer que, de acuerdo con nuestros relojes, hacía menos de una hora que estábamos sobre aquella roca, esperando, mientras los tres grupos de jinetes convergían sobre nosotros. El viento se fue haciendo cada vez más fuerte y soplaba de manera más regular desde el norte. Parecía que las nubes cargadas de nieve se habían alejado de nosotros, porque había cesado, salvo copos ocasionales. Resultaba bastante extraño que los perseguidos no se percataran de que eran perseguidos, o que no se preocuparan en absoluto de ello. Sin embargo, parecían apresurarse cada vez más, mientras el sol descendía sobre las cumbres de las montañas.

Se iban acercando... El profesor y yo nos agazapamos detrás de una roca y mantuvimos nuestras armas preparadas para disparar. Comprendí que estaba firmemente determinado a

no dejar que pasaran. Ninguno de ellos se había dado cuenta de nuestra presencia.

Repentinamente, dos voces gritaron con fuerza:

—¡Alto!—.

Una de ellas era la de mi Jonathan, que se elevaba en tono de pasión; la otra era la voz resuelta y de mando del señor Morris. Era posible que los gitanos no comprendieran la lengua, pero el tono en que fue pronunciada esa palabra no dejaba lugar a dudas, sin que importara en absoluto en qué lengua había sido dicha.

Instintivamente, tiraron de las riendas y, de pronto, lord Godalming y Jonathan se precipitaron hacia uno de los lados y el señor Morris y el doctor Seward por el otro. El líder de los gitanos, un tipo de aspecto impresionante que montaba a caballo como un centauro, les hizo un gesto, ordenándoles retroceder y, con voz furiosa, les dio a sus compañeros orden de entrar en acción. Espolearon a los caballos que se lanzaron hacia adelante, pero los cuatro jinetes levantaron sus rifles *Winchester* y, de una manera inequívoca, les dieron la orden de detenerse. En ese mismo instante, el doctor van Helsing y yo nos pusimos en pie detrás de las rocas y apuntamos a los gitanos con nuestras armas. Viendo que estaban rodeados, los hombres tiraron de las riendas y se detuvieron. El líder se volvió hacia ellos, les dio una orden y, al oírla, todos los gitanos echaron mano a las armas de que disponían, cuchillos o pistolas, y se dispusieron a atacar. El resultado no se hizo esperar.

El líder, con un rápido movimiento de sus riendas, lanzó su caballo hacia el frente, dirigiéndose primeramente hacia el sol, que estaba ya muy cerca de las cimas de las montañas y, luego, hacia el castillo, diciendo algo que no pude comprender. Como respuesta, los cuatro hombres de nuestro grupo desmontaron de sus caballos y se lanzaron rápidamente hacia la carreta. Debía haberme sentido terriblemente aterrorizada al ver a Jonathan en un peligro tan grande, pero el ardor de la batalla se había apoderado de mí, lo mismo que de todos los demás; no tenía miedo, sino un deseo salvaje y apremiante de hacer algo. Viendo el rápido movimiento de nuestros amigos, el líder de los gitanos dio una orden y sus hombres se formaron instantáneamente en torno a la carreta, en una formación un tanto indisciplinada, empujándose y estorbándose unos a otros, en su afán por ejecutar la orden con rapidez.

En medio de ellos, alcancé a ver a Jonathan que se abría paso por un lado hacia la carreta, mientras el señor Morris lo hacía por el otro. Era evidente que tenían prisa por llevar a cabo su tarea antes de que se pusiera el sol. Nada parecía poder de tenerlos o impedirles el paso: ni las armas que les apuntaban, ni los cuchillos de los gitanos que estaban formados frente a ellos, ni siquiera los aullidos de los lobos a sus espaldas parecieron atraer su atención. La impetuosidad de Jonathan y la firmeza aparente de sus intenciones parecieron abrumar a los hombres que se encontraban frente a él, puesto que, instintivamente, retrocedieron y lo dejaron pasar. Un instante después, subió a la carreta y, con una fuerza que parecía increíble, levantó la caja y la lanzó al suelo, sobre las ruedas. Mientras tanto, el señor Morris había tenido que usar la fuerza para atravesar el círculo de gitanos. Durante todo el tiempo en que había estado observando angustiada a Jonathan, vi con el rabillo del ojo a Quincey que avanzaba, luchando desesperadamente entre, los cuchillos de los gitanos que brillaban al sol y se introducían en sus carnes. Se había defendido con su puñal y, finalmente, creí que había logrado pasar sin ser herido, pero cuando se plantó de un salto al lado de Jonathan, que se había bajado ya de la carreta, pude ver que con la mano izquierda se sostenía el costado y que la sangre brotaba entre sus dedos. Sin embargo, no se dejó acobardar por eso, puesto que Jonathan, con una energía desesperada, estaba atacando la madera de la caja, con su gran cuchillo *kukri,* para quitarle la tapa, y Quincey atacó frenéticamente el otro lado con su puñal. Bajo el esfuerzo de los dos hombres, la tapa comenzó a ceder y los clavos salieron con un chirrido seco. Finalmente, la tapa de la caja cayó a un lado.

Para entonces, los gitanos, viéndose cubiertos por los *Winchesters* y a merced de lord Godalming y del doctor Seward, habían cedido y ya no presentaban ninguna resistencia. El sol estaba casi escondido ya entre las cimas de las montañas y las sombras de todo el grupo se proyectaban sobre la tierra. Vi al conde que estaba tendido en la caja, sobre la tierra, parte de la cual había sido derramada sobre él, a causa de la violencia con que la caja había caído de la carreta. Estaba profundamente pálido, como una imagen de cera, y sus ojos rojos brillaban con la mirada vengadora y horrible que tan bien conocía yo.

Mientras yo lo observaba, los ojos vieron el sol que se hundía en el horizonte y su expresión de odio se convirtió en una de triunfo.

Pero, en ese preciso instante, surcó el aire el terrible cuchillo de Jonathan. Grité al ver que cortaba la garganta del vampiro, mientras el puñal del señor Morris se clavaba en su corazón.

Fue como un milagro, pero ante nuestros propios ojos y casi en un abrir y cerrar de ojos, todo el cuerpo se convirtió en polvo, y desapareció.

Me alegraré durante toda mi vida de que, un momento antes de la disolución del cuerpo, se extendió sobre el rostro del vampiro una paz que nunca hubiera esperado que pudiera expresarse.

El castillo de Drácula destacaba en aquel momento contra el cielo rojizo, y cada una de las rocas de sus diversos edificios se perfilaba contra la luz del sol poniente.

Los gitanos, considerándonos responsables de la desaparición del cadáver, volvieron grupas a sus caballos y se alejaron a toda velocidad, como si temieran por sus vidas. Los que iban a pie saltaron sobre la carreta y les gritaron a los jinetes que no los abandonaran. Los lobos, que se mantenían a respetable distancia, los siguieron y nos dejaron solos.

El señor Morris, que se había desplomado al suelo con la mano apretada sobre su costado, veía la sangre que salía entre sus dedos. Corrí hacia él, debido a que el círculo sagrado no me impedía ya el paso; lo mismo hicieron los dos médicos. Jonathan se arrodilló a su lado y el herido hizo que su cabeza reposara sobre su hombro. Con un suspiro me tomó una mano con la que no tenía manchada de sangre. Debía estar viendo la angustia de mi corazón reflejada en mi rostro, ya que me sonrió y dijo:

—¡Estoy feliz de haber sido útil! ¡Oh, Dios!—. Gritó repentinamente, esforzándose en sentarse y señalándome. —¿Vale la pena morir por eso?, ¡Miren! ¡Miren!—.

El sol estaba ya sobre los picos de las montañas y los rayos rojizos caían sobre mi rostro, de tal modo que estaba bañada en un resplandor rosado. Con un solo impulso, los hombres cayeron de rodillas y dijeron: "Amén", con profunda emoción, al seguir con la mirada lo que Quincey señalaba. El moribundo habló otra vez:

—¡Gracias, Dios mío, porque todo esto no ha sido en vano!, ¡Vean!, ¡Ni la nieve está más limpia que su frente!, ¡La maldición ha concluido!—.

Y, ante nuestro profundo dolor, con una sonrisa y en silencio, murió un extraordinario caballero.

NOTA

Hace siete años, todos nosotros atravesamos las llamas; y por la felicidad de que gozamos desde entonces algunos de nosotros, creo que bien vale la pena haber sufrido tanto. Para Mina y para mí es una alegría suplementaria el hecho de que el cumpleaños de nuestro hijo sea el mismo día en que murió Quincey Morris. Su madre tiene la creencia, en secreto, aunque yo lo sé, de que parte del espíritu de nuestro querido amigo ha pasado al niño. Su conjunto de nombres enlaza los de todo nuestro grupo de hombres, pero lo llamamos Quincey.

Durante el verano de este año, hicimos un viaje a Transilvania, recorriendo el terreno que para nosotros estaba y está tan lleno de terribles recuerdos. Nos resultó casi imposible creer que las cosas que habíamos visto con nuestros propios ojos y oído con nuestros oídos, hubieran podido existir. Todo rastro de aquello ha desaparecido por completo. El castillo permanece como antes, elevándose ante un paisaje lleno de desolación.

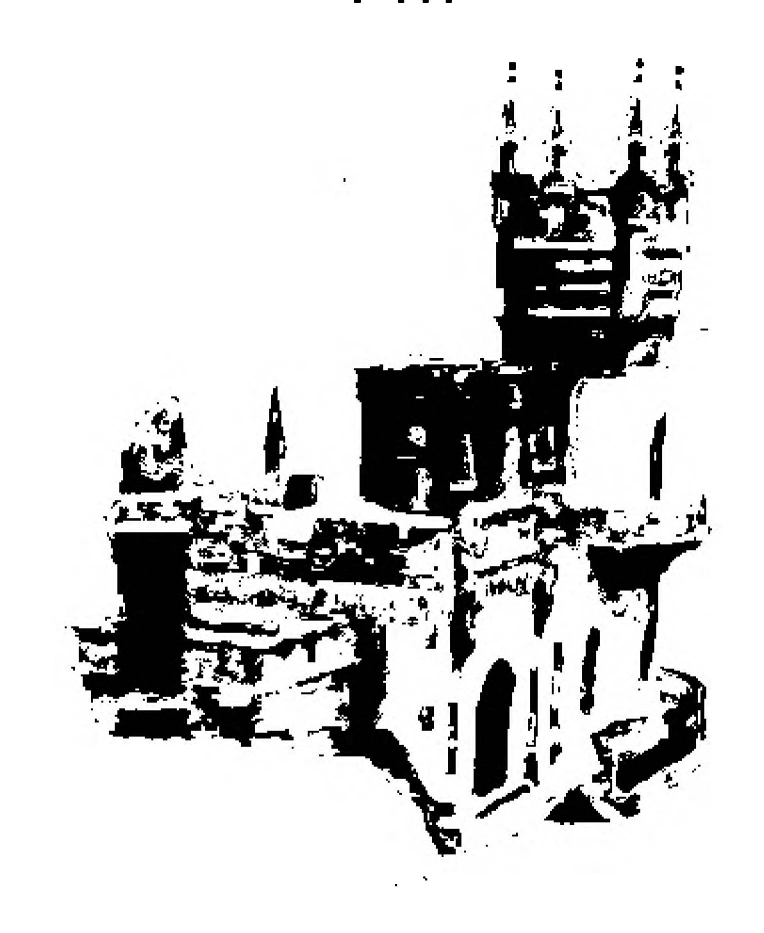
Cuando volvimos a casa, hablamos de los viejos tiempos..., que podíamos recordar sin sentir desesperación, puesto que tanto Godalming como Seward son felices en sus matrimonios. Saqué los papeles de la caja fuerte en que se han encontrado guardados desde nuestro regreso, hace tanto tiempo.

Nos sorprendimos al ver que todo el conjunto de papeles que componen la totalidad de los registros, no puede decirse que constituyan un auténtico documento; solamente son un montón de papeles mecanografiados, con excepción de las últimas notas tomadas por Mina, por el doctor Seward y por mí mismo, así como el memorando del doctor van Helsing. No podemos pedirle a nadie, ni aunque lo deseemos, aceptar ese montón de papeles como prueba de una historia tan terrible. Van Helsing resumió todo cuando dijo, teniendo a nuestro hijito sobre sus rodillas:

—No necesitamos pruebas. ¡No le pedimos a nadie que nos crea! Este muchacho sabrá alguna vez lo valerosa y extraordinaria que es su madre. Ahora, ya conoce su dulzura y su cariño; más adelante, comprenderá cómo la amaban algunos hombres, que tanto arriesgaron por su bien—.

JONATHAN HARKER.

Fin



EDITORIAL ANTO

Libros de la editorial

Titulo **Autor**

Martin Fierro ....José Hernández

Robinson Crusoe .... Daniel Defoe

El jugador .... Fiódor Dostoievski

La historia de Gregorio .... Enrique Sosa

La vuelta al mundo en 80 días .... Julio Verne

Los tres mosqueteros .... Alejandro Dumas

Alicia en el país de las maravillas .... Lewis Carroll

Detrás del espejo y lo que Alicia encontró allí .... Lewis Carroll

Poemas de Corazón y Guadaña .... Juan Benito

Ilíada ....Homero

EDITORIAL ANTO

EDITORIAL ANTO



Bram Stoker nacío en Irlanda en el año de 1847. Dueño de un talento inigualable, este impresionante escritor nos ha dejado una de las obras que son el principio de la nueva etapa en el relato de terror, percursor de muchos estilos en la narración que se muestran en la actualidad, es y será uno de los mejores autores que hacen de la literartura un acontecimiento.

EA